

De todas las obras que se hayan escrito sobre la evangelización, ninguna, aparte de esta que el lector tiene ahora en sus manos, merecería ser considerada la obra cumbre sobre el tema. En ella el autor combina el sentido práctico derivado de una larga experiencia como evangelista, con la profundidad del teólogo avezado en el diálogo con el mundo moderno y con la pasión del creyente convencido de la urgente necesidad de dar a conocer el Evangelio de Jesucristo a toda persona. Uno de sus mayores méritos es, además, su énfasis en el carácter esencialmente *eclesial* de la evangelización: para el autor, como el título sugiere, ésta es predominantemente una tarea de la iglesia local. Por todo lo dicho esta obra se constituirá en el texto favorito para la enseñanza de cursos sobre evangelización en iglesias e instituciones de educación teológica.

MICHAEL GREEN fue pastor de la Iglesia de St. Aldate de Oxford por muchos años. Posteriormente fue profesor en Regent College, en Vancouver, Canadá. Actualmente dirige un programa relacionado con «la década de la evangelización» de la Iglesia Anglicana en las Islas Británicas. Es conocido como conferencista en todo el mundo y ha escrito numerosos libros, entre los cuales se cuenta *La evangelización en la iglesia primitiva*.

Portada: Lorraine White

BUENOS AIRES
GRAND RAPIDS



 **WM. B. EERDMANS
PUBLISHING CO.**
Grand Rapids/Cambridge

ISBN 0-8028-0937-5



9 780802 809377

GREEN

LA IGLESIA LOCAL
Agente de evangelización

NUEVA CREACIÓN

LA IGLESIA LOCAL

Agente de evangelización

Michael Green

La iglesia local, agente de evangelización

Michael Green

NUEVA CREACION
Buenos Aires -- Grand Rapids
y
William B. Eerdmans Publishing Company

Copyright ©1996 Nueva Creación
filial de Wm. B. Eerdmans Publishing Co.
255 Jefferson Ave. S. E., Grand Rapids, Michigan 49503, EE.UU.

Nueva Creación, José Mármol 1734 -- (1602) Florida
Buenos Aires, Argentina

Título original:
Evangelism Through the Local Church
Copyright ©1990 Michael Green
Hodder & Stoughton, London, Sydney, Auckland, Toronto

Traducción de Juan Sánchez Araujo

Reservados todos los derechos
All rights reserved

Impreso en los Estados Unidos
Printed in the United States of America

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Green, Michael, 1930-
[Evangelism through the local church. Spanish]
La iglesia local, agente de evangelización / Michael Green.
p. cm.

Includes bibliographical references.

ISBN 0-8028-0937-5 (pbk. : alk. paper).

1. Evangelistic work. I. Title.

BV3790.G7918 1996

269'.2—dc20 96-14648

CIP

A Rosemary,
querida esposa e íntima amiga,
y una consejera,
que también hace obra de evangelista.

Indice

Prólogo	7
Prefacio	9

PRIMERA PARTE: TEMAS CLAVE PARA LA IGLESIA

1 La evangelización	15
2 Desbrozo del terreno	39
3 ¿Evangelizar en una sociedad religiosamente pluralista?	59
4 La iglesia que Dios utiliza	99

SEGUNDA PARTE: EL DESAFÍO SECULAR

5 En lucha con la mente secular	129
6 El agnóstico, Dios y Jesús	165
7 Los problemas de los milagros y el sufrimiento	199
8 Las razones del corazón	235

TERCERA PARTE: LA EVANGELIZACIÓN DESDE LA IGLESIA

9 En busca de resultados	255
10 De persona a persona	283
11 La formación cristiana	317
12 Múltiples maneras de evangelizar	345
13 Las campañas	379
14 Dios el evangelista	415
15 La iglesia local, agente de evangelización	441

CUARTA PARTE: APÉNDICES PRÁCTICOS

A Cursos para indagadores	457
B «Grupos de descubrimiento» para nuevos cristianos	477
C Campañas en la iglesia y la ciudad	507
D Dirigir una campaña y capacitar a un equipo	529

E El teatro y el movimiento en la evangelización	575
F La dirección del culto en la evangelización	583
G Ministerio deportivo de la iglesia local	593
H La evangelización y la justicia social	601
Notas sobre los colaboradores	611
Bibliografía	613

Prefacio a la edición castellana

De todas las obras que se hayan escrito sobre la evangelización, ninguna, aparte de esta que el lector tiene ahora en sus manos, merecería ser considerada la obra cumbre sobre el tema. En ella el autor combina el sentido práctico derivado de una larga experiencia como evangelista, con la profundidad del teólogo avezado en el diálogo con el mundo moderno y con la pasión del creyente convencido de la urgente necesidad de dar a conocer el Evangelio de Jesucristo a toda persona. Uno de sus mayores méritos es, además, su énfasis en el carácter esencialmente *eclesial* de la evangelización: para el autor, como el título sugiere, ésta es predominantemente una tarea de la iglesia local.

Entre las muchas virtudes de esta obra se destaca su riqueza bibliográfica. Aunque en múltiples casos los libros mencionados por el autor en el original inglés no están en castellano, nos hemos esforzado por incluir en la bibliografía todos los que, por lo que hemos podido averiguar, se han traducido a nuestro idioma.

Por todo lo dicho, pensamos que esta obra se constituirá en el texto favorito para la enseñanza de cursos sobre evangelización en iglesias e instituciones de educación teológica. La publicamos para el mundo hispanoparlante con el deseo y la oración que sea una herramienta útil para la capacitación del pueblo de Dios para esta noble tarea de proclamar las Buenas Nuevas de salvación en Jesucristo.

Los editores

Prefacio

Así como la Biblia es el *best seller* mundial pero a menudo se queda en el salón sin ser leída, la evangelización resulta esencial para la naturaleza misma del cristianismo y sin embargo recibe más honra por incumplimiento que por observancia. En el plano intelectual, la evangelización ha dejado más bien paso al diálogo; y en el popular, la mayoría de los miembros de las iglesias alternan entre no ver en ella mucha utilidad y tener mala conciencia por no llevarla a cabo. Y lo mismo parece poder decirse de la mayor parte de los pastores y demás ministros.

Si la evangelización se da hoy en día en la sociedad occidental, posiblemente sea de una de estas dos formas: la gran campaña de evangelización o la conversación personal. Naturalmente que hay algunos intentos por parte de las iglesias de llegar a sus localidades con el evangelio cristiano, pero con demasiada frecuencia tales intentos son irregulares, de corta duración e ineficaces. Por otro lado, la evangelización más agresiva de algunos de los movimientos paraeclesiales tiende a ser muy fogosa pero poco iluminadora.

No obstante, siempre que el cristianismo se ha encontrado en sus momentos más saludables, la evangelización ha surgido de la iglesia local y ha tenido un impacto notable en el área circundante. No creo que la «recristianización» de Occidente sea posible sin una renovación de las iglesias locales en toda esta área de la evangelización. Necesitamos una presentación de la fe cristiana --en palabra y acción-- que sea reflexiva, sostenida y pertinente, encarnada por una iglesia local afectuosa, piadosa y viva que se interese de veras por su comunidad en todos los órdenes.

Este libro se ha escrito con la convicción de que una evangelización así en la iglesia local, y partiendo de ella, no sólo es algo muy necesario sino también eminentemente posible. Creo que se trata de la evangelización más natural, duradera y eficaz que podamos realizar. Si las iglesias locales estuvieran practicando una evangelización amorosa y extravertida en sus vecindarios, muchos

de nuestros esfuerzos evangelizadores y de nuestras campañas se harían bastante menos necesarios.

La evangelización ha formado parte de mi vida desde que tenía veintitantos años de edad, y todavía es así. Durante décadas han luchado dentro de mí dos llamamientos: el de profesor de teología y el de evangelista. Pero tal vez no se trate de una tensión del todo mala, por rara que parezca, ya que la mayoría de los teólogos hacen poca evangelización y muchos evangelistas no se preocupan demasiado de la teología, lo cual los empobrece a ambos. Si este libro tiene algún mérito, tal vez se derive de la combinación entre teoría y práctica, entre un estudio de la fe cristiana en cierta profundidad y un compartir la misma con algo de consideración.

Hace algunos años escribí un libro titulado *La evangelización en la iglesia primitiva*, que trataba de dar una idea precisa de cuál era el Evangelio que proclamaban los cristianos del siglo I y las formas en que lo hacían. Este surgió de un intento de muchos años de seguir por el camino que abrieron aquellos primeros evangelistas. Mediante la predicación, la conversación personal, el trabajo en la iglesia, la enseñanza teológica, los escritos y la dirección de esfuerzos evangelizadores en diversas iglesias, universidades y ciudades, he tratado de hacer evangelización y no meramente estudiarla. Como consecuencia de ello este libro tiene un aspecto abiertamente práctico que confío será aceptable. Mi deseo más profundo no es que el lector esté de acuerdo conmigo, sino que sea estimulado a evangelizar de la manera que resulte más apropiada dentro de la familia de la iglesia local y partiendo de ella. *Extra ecclesiam nulla salus* (fuera de la iglesia no hay salvación). La iglesia, la congregación local, es la matriz que da a luz una evangelización saludable.

Jane Holloway ha participado conmigo en la preparación de este libro: lo ha leído y ha hecho numerosas observaciones útiles que han mejorado su texto principal. También ha sido la responsable de buena parte del trabajo en detalle de los apéndices. Actualmente es la coordinadora del departamento de Trabajo Práctico y Extensión de Regent College, Vancouver, Canadá. En esta doble capacidad, ha sido ella quien ha ideado y llevado a cabo gran parte de la capacitación en no menos de cinco esfuerzos de evangelización de envergadura sólo durante los dos años pasados, así como en numerosos proyectos de menor duración. Antes de ocupar su cargo actual, Jane trabajó conmigo como secretaria y ayudante personal del párroco en la iglesia de St. Aldate, Oxford, donde desempeñó un papel sustancial en la capacitación de equipos de estudiantes que partían cada año en misión pastoral a alguna localidad o ciudad

que los había invitado. Estas misiones eran a gran escala e interdenominacionales. También organizó la capacitación y la coordinación de aquellos que dirigían «grupos de descubrimiento» para la instrucción de nuevos creyentes. Por lo tanto, Jane Holloway está excepcionalmente bien dotada para cooperar en la producción de un libro como este.

Cuando pienso en lo que hay detrás de un volumen así, reconozco muchas deudas de gratitud. Gratitud hacia unos padres amorosos y un hogar dominado por los valores cristianos. Gratitud hacia Richard Gorrie, que me guió a una fe personal en Jesucristo. Gratitud hacia las fiestas caseras de «Iwerne Minister» donde esa fe fue alimentada en sus primeros días; a Oxford y Cambridge que me hicieron más amplio; a los profesores Charlie Moule y Sir Henry Chadwick que me enseñaron teología. Siento un profundo agradecimiento por el privilegio tanto de estudiar como de propagar las buenas nuevas de Cristo en muchos países.

Soy particularmente consciente de la deuda que tengo con amigos tales como el Dr. Os Guinness y el Dr. Graeme MacLean, pensadores cristianos de los que tanto he aprendido, como quedará patente en los capítulos 5 a 8 para aquellos acostumbrados a leer entre líneas. Graeme tuvo la gran amabilidad de repasar cuidadosamente esos capítulos y hacerme abundantes sugerencias, sin las cuales yo habría cometido muchos más errores de los que sin duda he hecho. También estoy agradecido al Rdo. Dr. John Goldingay, Director de St. John's College, Nottingham, al Rdo. Peter Ball, obispo de Lewes, y al Rdo. David Winter, hasta hace poco jefe de emisiones religiosas de la BBC y ahora evangelista diocesano de Oxford. Todos ellos han leído partes del manuscrito y me han hecho provechosas sugerencias, como también el Dr. Jim Houston y el Dr. Loren Wilkinson, mis colegas de Regent College.

Quiero expresar mi profunda gratitud a esos amigos que me han ayudado con los apéndices. El constante apoyo y estímulo de David Wavre, de Hodder & Stoughton, significa para mí, por otra parte, más de lo que puedo expresar. También estoy agradecido a los muchos agnósticos y ateos que me han desafiado y hecho reflexionar mientras se abrían laboriosamente camino hacia Cristo.

Muchísimas gracias igualmente a Martha Jean Brodhead, que con tanta amabilidad mecanografió el manuscrito, y a mis colegas de la iglesia de St. Aldate, Oxford (sobre todo al Rdo. Bruce Gillingham y Paul Herrington, director de música), y más recientemente a los de Regent College, Vancouver, de los que he aprendido mucho y en cuya compañía ha sido un placer celebrar a nuestro Maestro, Jesucristo, en muchas empresas. Sobre todo, quiero

dar las gracias a Dios por atraerme a sí mismo y darme el ministerio de evangelista.

La primera parte de este libro trata de examinar la situación presente, aclarar algunas de las cuestiones que se plantean, estudiar lo apropiado de la evangelización en una sociedad pluralista, y considerar la calidad de vida que necesitan manifestar nuestras iglesias para que la evangelización sea creíble.

La segunda parte se concentra en los desafíos intelectuales a los que tienen que hacer frente los cristianos que tratan de evangelizar en el contexto de la cultura occidental moderna; pero acaba con la advertencia de que no vale de nada contestar a las preguntas de la mente si descuidamos aquellas del corazón.

La tercera parte es la sección práctica, que trata de la predicación evangelizadora, la evangelización personal, la instrucción de los nuevos creyentes, la variedad de métodos que podemos usar, y las posibilidades de una cooperación entre las iglesias a fin de alcanzar para Cristo a localidades y ciudades enteras. Esta sección acaba recordando que la evangelización no es una cuestión de esfuerzo humano, sino que se trata de la obra de Dios en la cual tenemos el privilegio de participar y que, para ser real, la evangelización debe ser local. El libro concluye con una serie de apéndices sobre algunos temas prácticos específicos.

He intentado adoptar un lenguaje no sexista; pero educado como he sido en un ambiente en el que ser «hombre» es una cuestión de género y no de sexo, sé que he fracasado. Imploro el perdón de cualquier lector sensible a este tema. No he tenido la intención deliberada de ofender.

Este libro podría haber sido considerablemente más extenso --soy consciente de sus omisiones--, pero ya resulta bastante largo. Y se lo ofrezco a las iglesias locales de Occidente con la esperanza de que sea de alguna utilidad para estimular su evangelización, tanto más en una década que algunas de las mayores denominaciones del mundo han querido que los cristianos conviertan en década de evangelización.

Michael Green
Vancouver, 1990

PRIMERA PARTE

TEMAS CLAVE PARA LA IGLESIA

1

La evangelización

La evangelización no tiene buena prensa. Aunque literalmente significa compartir buenas noticias, para la mayoría de la gente pocas buenas noticias hay en ella. La evangelización evoca imágenes de predicadores estridentes y sudorosos, de melosos teleevangelistas o de extraños personajes en las esquinas de las calles instando a los transeúntes a que se arrepientan y se encuentren con su Dios.

En una palabra: la evangelización es algo en lo que ninguna persona con dignidad querría mezclarse. Tiene tintes de manipulación. En una era permisiva como la nuestra huele a querer cambiar la forma de ser de otra persona. Y esto es un insulto, algo inaceptable.

No resulta sorprendente, por lo tanto, que en muchas iglesias históricas la evangelización se haya eclipsado. Es algo que hace la gente de reputación dudosa, a lo que se aficionan los entusiastas sin equilibrio ni noción alguna de teología. Se trata de algo bajo ningún concepto respetable. Una iglesia equilibrada y responsable no debe tener nada que ver con ello.

Y, sin embargo, esas mismas iglesias no están tan seguras cuando allí donde antes había personas en sus cultos ahora ven bancos vacíos. Algunas veces vuelven a preguntarse acerca de la evangelización al meditar sobre la impiedad, el materialismo y el egoísmo cada vez más extendidos por toda la sociedad; y si su visión abarca a las iglesias de crecimiento rápido, por ejemplo del Africa oriental, puede que digan lo que expresó David Jenkins, obispo de Durham, a David Gitari, obispo de Monte Kenya del Este, después de la Conferencia de Lambeth en 1988: «Necesito aprender de usted.»

Me parece significativo que ninguna iglesia se haya tomado más en serio la evangelización en la última década que la Iglesia Católica Romana, ¡la más institucional y responsable de todas las

denominaciones! Tal vez el resto de nosotros deberíamos seguir su ejemplo.

Me pregunto qué es lo que nos viene a la mente cuando se utiliza la palabra «evangelización». ¿Piensa usted en un predicador, algún Billy Graham que viene a tomar la ciudad por asalto? ¿Tal vez en un programa cuidadosamente ideado para alcanzar a todos los sectores de su comunidad local? ¿O quizá en dos personas, ambas con aspecto ligeramente incómodo, enfrascadas en una seria conversación con su Biblia abierta? ¿Y cómo se siente cuando las iglesias más importantes del planeta, incluyendo la Iglesia Católica Romana y la Anglicana, proclaman los últimos diez años de este siglo como una década de evangelización?

Tal vez nos vendría bien, para empezar, limpiar nuestra mente de algunos falsos conceptos que suelen empañarla cuando se considera el tema de la evangelización. Reconozcamos al menos lo que *no* es evangelizar.

LA EVANGELIZACIÓN NO ES...

Evangelizar no es lo mismo que llenar bancos. Entre los pastores normalmente recelosos de una cosa de este tipo, la evangelización sólo salta brevemente a la popularidad cuando caen en picado el número de miembros o las finanzas de sus iglesias. Pero la motivación de tal «evangelización» es sospechosa y sus resultados probablemente no durarán mucho.

La evangelización no es lo que en Canadá se llama eufemísticamente una «barajada de ovejas». Buena parte de lo que pasa por evangelización en iglesias de rápido crecimiento no es más que un aumento por transferencia desde alguna otra parte de la desgarrada iglesia de Dios, y no sirve a ninguna otra causa que a la de la autoestima del pastor de la nueva congregación.

La evangelización tampoco es una incursión esporádica realizada por alguna celebridad visitante. Si ésta sucede, muchos de la congregación se mostrarán contrarios a ella, mantendrán la cabeza agachada mientras se produce y saldrán de nuevo a la superficie cuando todo haya pasado. Una invasión así tiene más probabilidades de polarizar a la iglesia que de unirlos en la misión.

Desde luego que los visitantes pueden contribuir mucho a la movilización y el estímulo en la evangelización, pero no si se los considera como los expertos que tienen todas las soluciones y van a evangelizar en lugar de la iglesia local.

La evangelización no es una cuestión de apasionados y repetidos llamamientos a tomar decisiones. Si tales desafíos se hacen repetitivos llegan a ser ineficaces, y si no descansan sobre una enseñanza clara resultan superficiales.

Recuerdo haber visto cierto cartel en una pared que decía: «Jesús es la respuesta», al que alguien había añadido, no sin razón, la frase: «¿Y cuál es la pregunta?» La repetición simplista de clichés, o la formulación de desafíos bíblicos sin el apoyo correspondiente de la enseñanza escritural ni relación alguna con las necesidades actuales, no son evangelización, por muy ortodoxas que puedan parecer.

La evangelización no es ningún sistema. Con demasiada frecuencia se la presenta como un paquete que consiste en tres puntos claros, cuatro leyes espirituales o cinco cosas que Dios quiere que sepas. Yo no tengo nada en contra de tales ayudas para la memoria de aquellos que están comunicando las buenas nuevas. El peligro surge cuando el Evangelio se encoge hasta las dimensiones de unas fórmulas tan selectivas y limitadoras. Por causa de la sencillez, se abre la puerta a los falsos conceptos, la superficialidad e incluso la herejía.

La evangelización no es solamente una actividad propia de los ministros, ni tampoco un asunto de predicación, como muchas veces pensamos. Si ha de tener lugar, nos decimos, debería ser los domingos, en el edificio de la iglesia y por cuenta del pastor. Resulta saludable recordar que en la época del mayor avance de la iglesia, ésta no contaba con ningún edificio especial ni con ministros claramente definidos. Evangelizar se consideraba el llamamiento de todos los cristianos, y se entendía que las buenas nuevas podían comunicarse de múltiples maneras, y no necesariamente --ni siquiera de un modo primordial-- en la iglesia.

La evangelización no es ni sólo proclamación ni sólo presencia. Durante el siglo XX, tanto en Europa como en los Estados Unidos, se ha abierto una desastrosa brecha entre quienes piensan en la evangelización como proclamación y aquellos que, cansados de la hipocresía y la exageración presentes en buena parte de esas prédicas, mantienen que lo que cuenta no son nuestras palabras, sino nuestra presencia como cristianos en medio de un mundo que sufre. Y una dicotomía muy parecida es la que separa a los que ven las cosas desde el punto de vista del Evangelio espiritual de los que las ven desde la perspectiva del Evangelio social. En ambos casos tal diferenciación es, bien ilusoria, bien malévol: disociar las palabras de la acción supone separar dos cosas que Dios ha unido. Desligar lo espiritual de lo social es estar ciego al

hecho de que estamos hablando del exterior y el interior de una misma cosa. Como siempre, para los cristianos, Jesús es el ejemplo supremo: su interés social y su preocupación espiritual iban de la mano; su presencia encarnando el reino de Dios era equiparada por sus palabras explicando dicho reino. Ambas cosas no se oponen entre sí, sino que son complementarias. Resulta alentador que los cristianos «liberales» y «conservadores» estén ahora comprendiendo otro tanto y comenzando a actuar de común acuerdo sobre esta cuestión.

La evangelización no es individualista. Aunque por la fragmentación de la cultura occidental a menudo resulte así, muchas veces en la historia de la expansión cristiana la evangelización ha constituido un hecho social: aldeas, ciudades y comunidades enteras de distinto tipo han sido traídas a la fe de manera conjunta en mayor o menor medida. Es así como algunos países fueron ganados en otro tiempo para el Evangelio, y también como hoy en día son llevadas a la fe tribus completas como los aucas de América Latina o los sawi de Indonesia. Para que los secularizados europeos, arraigados en la solidaridad fraternal de sus sindicatos, sean ganados para el cristianismo, será necesario que la iglesia engrane con este aspecto corporativo de la evangelización; ya que esta última no puede, ni debe ser meramente «arrebatar tizones del incendio», sino cambiar la dirección de la sociedad, que se aleja del Dios vivo, y enfocarla hacia él.

La evangelización no es ningún extra opcional para quienes disfrutan de este tipo de cosas, sino un aspecto básico de la obediencia de toda la iglesia al mandamiento de su Señor: él nos dijo que fuésemos a todo el mundo e hiciésemos discípulos. Resulta difícil entender cómo podemos reconocerlo de un modo realista como Señor si no prestamos atención a lo que nos dice que hagamos. La iglesia, como nos recuerda Pedro, existe no en menor grado «para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia» (1 P. 2.9-10). Unas buenas nuevas así son para compartir, y cualquier iglesia digna de ese nombre debe asegurarse de que tal cosa se haga.

Resulta triste decirlo, pero mucho de lo que pasa por evangelización hoy en día no tiene nada que ver con ella.

La evangelización está a menudo demasiado institucionalizada, y puede considerarse, no erróneamente, como la actividad de la iglesia para conseguir nuevos adeptos.

También está con frecuencia demasiado atomizada, con su lado espiritual separado del resto de la vida. El énfasis en la respuesta del espíritu a Cristo no va acompañado de una solicitud igual por el bienestar físico y moral de toda la persona.

La evangelización está a menudo demasiado fosilizada: el embalaje de las buenas nuevas llega a ser erróneamente identificado con ellas y el resultado es un cristianismo que transmite una cultura específica. Esto ha sucedido de un modo bastante obvio en la exportación de las denominaciones y los ropajes europeos, juntamente con las buenas nuevas, a África y Asia.

La evangelización está además excesivamente clericalizada: por lo general se la considera como algo reservado a los ministros. Si una persona está pensando en la ordenación, la gente identifica inmediatamente sus funciones con las de la iglesia; y esta identificación prácticamente total para muchos de la iglesia con sus ministros es una de las distorsiones más serias del cristianismo que impiden la propagación del Evangelio en nuestra generación.

En algunos círculos la evangelización ha llegado a estar demasiado secularizada. Como reacción a los llamamientos simplistas y pietistas al arrepentimiento, muchos de los cristianos más radicales de nuestros días han identificado el evangelizar con el ponerse al lado de los pobres y los oprimidos. Aunque dicha identificación es totalmente correcta y digna de encomio, cuando se extiende a proporcionarles a aquéllos armas y a abrazar movimientos terroristas de liberación, el asunto ya no está tan claro. Y cuando tal acción se describe como evangelización es que nos hemos apartado mucho de Cristo, quien se negó a tomar la espada y sin embargo fue crucificado en un patíbulo de luchador por la libertad.

En el otro extremo, y con más frecuencia, reconocemos fácilmente un cristianismo «pasteurizado». Al igual que la leche, dicho cristianismo es tratado y embotellado antes de distribuirse, y se obtiene una «evangelización» indefinida, que no molesta a nadie, no desafía a nadie, ni transforma a nadie. Esa evangelización no tiene que ver con el cambio radical, sino con una ósmosis paulatina en el sistema eclesial, y está a años luz de Cristo, el radical más extremo que el mundo jamás haya visto, el cual siempre desafiaba a hombres y mujeres a abandonar las áreas mimadas de su vida egoísta e ir en pos de él. La iglesia, con frecuencia, ha domesticado a Jesús y mutilado las buenas nuevas.

Todas estas son expresiones de una evangelización empobrecida. Necesitamos volver a la amplitud de las buenas nuevas como Jesús mismo las proclamó ante una asombrada sinagoga local en

Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor» (Lc. 4.18).

Jesús cerró el rollo de Isaías 61, del cual había estado leyendo este pasaje, y sorprendió a sus oyentes diciéndoles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros» (Lc. 4.21).

No se trataba de unas buenas nuevas ordinarias, ni de un mensajero corriente: era nada más y nada menos que la salvación de Dios largamente esperada proclamada por el Mesías mismo. Dios había venido de veras a rescatar a un mundo necesitado. No es extraño, por lo tanto, que esas buenas nuevas llegaran a ser conocidas como *to euangelion*, las buenas nuevas.

El pasaje de Isaías es altamente significativo: está relacionado con el período posterior al exilio de Babilonia, y el mensajero, ungido con el mismo Espíritu de Dios, anuncia la insigne victoria del Señor, su dominio regio. Proclama, nada más y nada menos, que el amanecer de una nueva era, y de una era de la cual los gentiles no están excluidos. Han llegado los días de la salvación. El pueblo de Dios se halla dispuesto y esperándolo como una esposa a su marido, cubierta su indignidad con un manto de justicia y establecida su relación con Dios mediante un pacto eterno. Son días de liberación, de sanidad, de magníficas buenas nuevas destinadas a propagarse como la pólvora. Dios está extendiendo la mano desde una Jerusalén reconstruida para dar a conocer sus caminos a los gentiles. Todo ello, y más, se narra en el capítulo de Isaías del que Jesús leyó este manifiesto en la inauguración de sus buenas nuevas para el mundo. La evangelización es un asunto muy espléndido.

¿QUÉ ES LA EVANGELIZACIÓN?

Hay tres definiciones de evangelización que me han sido de ayuda.

La primera de ellas es una palabra: «rebosadura». Este término aporta el matiz adecuado de alguien que está tan lleno de gozo por causa de Jesús que se desborda igual que una bañera llena de agua hasta rebosar. Es algo natural, muy obvio. Por consiguiente tiene esa cualidad que le falta a tanta evangelización actual: la espontaneidad. Dicho sea de paso, «rebosadura» es una traducción bastante aceptable de una palabra griega que aparece mucho en el

Nuevo Testamento describiendo la liberada confianza del cristiano *plēroforia*. Pablo recuerda a los tesalonicenses que «nuestro Evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre [*plēroforia*, mucho desbordamiento confiado]» (1 Ts. 1.5).

La segunda definición es una frase atribuida a C. H. Spurgeon, el famoso predicador y evangelista británico del siglo XIX. La evangelización, mantenía Spurgeon, «es un mendigo diciéndole a otro dónde puede conseguir pan». Me gusta esa definición, ya que llama la atención tanto sobre la necesidad del recipiente como sobre la generosidad del dador: Dios no nos dará una piedra si le pedimos pan. Y me gusta la igualdad que subraya: un evangelista no es en modo alguno mejor, ni se halla en una posición más elevada, que la persona a la que está hablando. En torno a la cruz de Cristo el terreno se encuentra nivelado, y la única diferencia entre los dos mendigos hambrientos es que uno ha sido alimentado y sabe dónde hay siempre comida disponible. No existe demasiado misterio al respecto. La evangelización es simplemente decirle a otro buscador en qué lugar puede conseguir pan. Pero hay otro toque importante en esta definición: nos recuerda que no podemos llevar a los demás esas buenas nuevas a menos que nosotros, personalmente, hayamos llegado a «[gustar], y [ver] que es bueno Jehová» (Sal. 34.8).

✓ Pero tal vez la definición más exhaustiva de la evangelización, y la que ha conseguido una aceptación mayor, sea la del arzobispo inglés William Temple, que aparece al principio del informe titulado *Towards the Conversion of England* [Hacia la conversión de Inglaterra], y que dice lo siguiente: «Evangelizar es presentar de tal manera a Jesucristo en el poder del Espíritu Santo que los hombres lleguen a poner su confianza en Dios por medio de él, a aceptarle como su Salvador y a servirle como a su Rey en la comunión de la iglesia.» Esta definición, si la aceptamos, dice cosas muy importantes acerca de la evangelización.

✓ Primeramente, evangelización no es lo mismo que misión. La misión es la mitad de la razón de ser de la iglesia; la otra mitad es la adoración. Se nos llama a manifestar de esas dos maneras lo que significa ser «una colonia del cielo». Pero la misión de la iglesia es, desde luego, más amplia que la evangelización, y abarca todo el impacto del cuerpo de Cristo en el mundo: su influencia, su participación en la vida social, política y moral de la comunidad y la nación en donde está situada, su socorro de toda manera posible a la humanidad que sufre. Esta misión incluye la evangelización, y lo más grande que podemos hacer por cualquiera es ponerlo cara a cara con el Cristo que murió por él en la cruz, pero está claro que la

evangelización es un aspecto, y sólo uno, de la misión total de la iglesia.

En segundo lugar, la evangelización son las buenas nuevas acerca de Jesús; no es promover los derechos de una iglesia, una nación o una ideología, sino los del propio Cristo. Como dijo el papa Pablo VI, «no hay verdadera evangelización si no se proclama el nombre, la enseñanza, las promesas, la vida, la muerte, la resurrección, el reino y el misterio de Jesucristo el Hijo de Dios». En el momento de las Olimpiadas de 1960, una revista publicó una divertida caricatura que mostraba al célebre corredor de la batalla de Maratón llegando a Atenas y cayendo agotado al suelo mientras mascullaba con un rostro sin expresión: «...He olvidado el mensaje». ¡Por desgracia así parece suceder muchas veces con la iglesia actual! A menos que Jesús mismo, que mediante su muerte y su resurrección *llegó a ser* el Evangelio, constituya la esencia de nuestro mensaje, hagamos lo que hagamos no estaremos evangelizando.

En tercer lugar, la evangelización se centra en Dios Padre. Jesucristo comparte tanto la naturaleza divina como la nuestra, y es un indicador fiable de cómo es Dios, pero no agota toda la Deidad. Jesús dijo: «El Padre mayor es que yo» (Jn. 14.28). Por consiguiente, cualquier evangelización que esté tan centrada en Cristo que nos haga olvidarnos del Padre no es del todo cristiana. El «Movimiento de Jesús» de la década del sesenta, con todos sus puntos positivos, presentaba una notable debilidad en esta área. Era una religión de Jesús, mientras que la del Nuevo Testamento es firmemente trinitaria y nos lleva hasta la fuente de la divinidad, el Padre mismo, por medio del Hijo y a instancias del Espíritu Santo.

Y esta es la cuarta característica de la evangelización como la definió William Temple: algo que depende por entero, para su eficacia, de la obra del Espíritu Santo. Nosotros, los seres humanos, somos del todo incapaces de atraer a otros a Cristo. Constituye la prerrogativa del Espíritu el vencer a las personas de que necesitan a Jesús, el hacer a éste real para ellas, el llevarlas a que lo confiesen como Señor, el bautizarlas en el cuerpo de Cristo --la iglesia-- y asegurarles que están en su sitio. Todo eso es obra del Espíritu y no nuestra. No debemos olvidarlo. Nosotros podemos hablar y desafiar, instar y animar cuanto queramos, pero somos completamente incapaces de hacer pasar a nadie «de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios» (Hch. 26.18). Esa es sólo la obra soberana de Dios.

En quinto lugar, evangelizar significa incorporar a la iglesia, el cuerpo de Cristo. Y aquí nos encontramos con uno de los rasgos tan preocupantes de buena parte de la «teleevangelización: se invita

a los telespectadores a poner las manos sobre el televisor, a abrir su vida a Cristo y todo lo demás, pero sólo un número reducidísimo de aquellos que hacen algún tipo de profesión de fe en este ambiente llega a integrarse alguna vez en la familia de la iglesia. Y no obstante la evangelización que aparece en el Nuevo Testamento es abiertamente comunitaria. Puede usted venir a Cristo por sí solo, pero tan pronto como lo hace se encuentra en medio de una familia completa de hermanos y hermanas. Se ha dicho que un cristianismo que no comience por el individuo, no comienza; pero que un cristianismo que acaba en el individuo, acaba. Eso es algo que los cristianos protestantes han aprendido de sus hermanos católicos. Como lo expresara el papa Pablo VI:

La evangelización no es para nadie un acto individual y aislado. Se trata de un acto profundamente eclesial: cuando el más oscuro predicador, en la tierra más lejana, reúne a su pequeña comunidad o administra un sacramento, incluso estando solo, lleva a cabo un acto eclesial, y su acción está vinculada ciertamente con la actividad evangelizadora de toda la iglesia.

En sexto lugar, nuestra definición deja bien claro que la evangelización exige una decisión. No basta con que la gente oiga la predicación del Evangelio y sea movida por la calidad de la vida cristiana que tiene en su medio: deben decidir si va o no a doblar la rodilla ante su Rey Jesús. Esta decisión puede ser lenta o repentina --eso no importa--, y también implícita --si la persona ha crecido y ha sido educada desde sus años tempranos en un hogar y una comunidad creyente-- o muy explícita. En ambos casos la decisión debe tomarse. Lo importante no es si soy capaz o no de recordar el día en que me entregué; de lo que se trata es de si tengo o no esa relación de compromiso y obediencia con él *ahora*. La enseñanza de Jesús y de los apóstoles, la predicación evangelizadora de los cristianos a lo largo de los siglos, siempre ha tenido este elemento de desafío. Existen dos caminos por los cuales un hombre puede viajar, dos fundamentos sobre los que es posible asentar una vida, dos estados --las tinieblas o la luz-- en los que podemos habitar: dos y ninguno más. Hay por tanto una elección que no nos es posible eludir: no decidir equivale en realidad a hacerlo; y esa decisión conlleva importantes consecuencias de largo alcance. ¿Llegaremos o no llegaremos a «poner [nuestra] confianza en Dios por medio de él»; a «aceptarle como [nuestro] Salvador»? Debemos escoger.

Por último, la definición que adoptó Temple establece la importante proposición de que la evangelización desemboca en el discipulado. No es simplemente cuestión de proclamar las buenas

nuevas; ni tampoco de producir decisiones por Cristo, conseguir que las manos se levanten o que haya un llanto de compromiso. El objetivo de la evangelización no es ni más ni menos que cumplir la Gran Comisión y hacer discípulos de Jesucristo. Un discípulo es un aprendiz, y la evangelización verdadera desemboca en una vida que de ir por su propio camino pasa a seguir el camino de Cristo. Desde luego que habrá muchas caídas, pero lo importante es la dirección que llevemos. Y la dirección del cristiano es seguir el camino de Jesús y tratar de servirlo como a su Rey en la comunión de los hermanos y hermanas cristianos dentro de la iglesia. El evangelista no tiene ningún derecho a ir buscando simplemente decisiones, a pesar de lo importante que resulte desde luego el elemento de la decisión. Buscará discípulos; y no para sí mismo, su iglesia o su organización, sino discípulos de Jesucristo.

Eso --y nada menos-- es evangelizar. Los cristianos de los primeros siglos estaban siempre ocupados en ello: en los bares y en las calles; en los lavaderos y en las playas ... Y en muchas partes del mundo --especialmente en Africa, Asia y América Latina-- todavía lo están. Sin embargo, en gran parte de Europa y de Norteamérica nos retraemos de la evangelización directa, cordial y entusiasta. ¿Por qué?

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

Tal vez la mayor razón por la que la gente de iglesia es reacia a evangelizar sea que no cree que deba hacerlo. En la iglesia occidental ha surgido el mito de que la religión es un asunto muy privado y que no debemos hablar de ella. Si alguien ha de romper la barrera del sonido debe ser el pastor, dentro de una situación muy estructurada, ataviado con su ropa especial y en medio de un culto en el que se le permite predicar por un período de hasta veinte minutos sin interrupción.

Sin embargo, en las pujantes iglesias de los países en vías de desarrollo no sucede así: los cristianos reconocen que cada creyente es llamado a dar testimonio de su Señor. Y este testimonio tendrá lugar de diversas maneras, pero tendrá lugar.

La iglesia en Occidente seguirá decayendo, e incluso tal vez muera, a menos que vuelva al imperativo novotestamentario de ir y ser testigos de Jesucristo. No todos los creyentes son llamados a predicar, ni tampoco todos son llamados a evangelizar (ese es un don para algunos cristianos); pero todos sí son llamados a dar testimonio del Señor a quien aman y sirven. Cada uno puede contar

su historia personal, lo que causa mucho impacto. Así es como las iglesias que crecen --las pentecostales, por ejemplo-- están extendiéndose tan rápidamente en muchos países del mundo. Tal vez no tengan predicadores destacados --y ciertamente no poseen una educación excepcional-- pero sí entienden claramente que uno no puede ser cristiano sin ser al mismo tiempo testigo de Jesucristo. Esa es la mayor lección que los cristianos tradicionales de Occidente necesitan aprender.

Una segunda razón por la que la gente de iglesia es reacia a compartir su fe es que muchos de ellos tal vez no tengan una fe de primera mano. Puede que hayan sido miembros de una congregación durante muchos años, que estén completamente de acuerdo con los artículos del Credo, que sean personas maravillosas, amables y buenas ... pero que no conozcan a Jesucristo. Sé que tal cosa es más que posible, porque yo mismo era así. La pertinencia de la carta a Laodicea (Ap. 3.14-22) no es sólo para el primer siglo. Dicha carta fue escrita a una iglesia que se creía rica, próspera y sin necesidad de nada; pero el Señor, con su abrasadora mirada, sabía que era desventurada, miserable, pobre, ciega y desnuda.

El Cristo ascendido les animó a cambiar todo aquello de una manera muy simple. Ese Cristo que ellos conocían, el Cristo en el que creían pero con quien no tenían ningún contacto personal, estaba a la puerta de los miembros de esa iglesia y llamaba. La respuesta no podía ser corporativa: cada individuo debía decidir si quería o no que el Señor entrara y compartiera la vida con él. Y lo mismo puede decirse hoy en día. Jesús manda: «Arrepiéntete.» Y luego hace este maravilloso ofrecimiento: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Ap. 3.20). Este versículo ha sido el instrumento para que muchos miles de personas pasasen de un vínculo nominal con la iglesia a una relación viva con Jesucristo. Así sucedió conmigo. Pero dicho versículo es sólo una de las muchas formas en que los escritores del Nuevo Testamento destacan la importancia de una relación vital con Jesús para que no sólo sepamos acerca de él sino que le conozcamos. Al igual que San Pablo, tenemos el privilegio de decir: «Yo sé a quién he creído...» (2 Ti. 1.12). Tal vez muchas de las cosas en las que hemos creído sean confusas para nosotros, e incluso puede que nos hallemos equivocados acerca de bastantes de ellas, pero en algo tenemos claridad y estamos confiados: lo *conocemos*: Desde luego que hemos de conocerlo mejor; pero hay un lazo personal que nos une con Cristo. Podemos presentarlo a otros porque lo conocemos por propia experiencia.

Una tercera razón del silencio de muchos cristianos acerca del Jesús en quien creen es que no están muy seguros de su propia situación. Pregúnteles si son cristianos y probablemente le respondan: «Bueno, así lo espero. Lo intento lo más posible. Voy a la iglesia.» Es triste que muchos miembros de la familia del Señor no tengan claro su propio linaje. Desde luego eso no hace que dejen de ser hijos, pero sí les roba la confianza en dicha relación. A algunos les parece arrogante cualquier confianza de que uno es cristiano; pero desde mi punto de vista ello se debe a que sufren de un concepto equivocado. Si el ser miembros de la familia de Dios fuera algo que ganásemos, o para heredar lo cual tuviésemos que alcanzar un cierto grado de bondad, ¿quién de nosotros podría pretender serlo? Pero todo el Nuevo Testamento se une para asegurarnos que esa relación constituye un don gratuito. No lo *merecemos* ni siquiera un poco, pero el Padre celestial está tan lleno de amor que se deleita en *dárnoslo* y en que sepamos que lo tenemos. ¿No sería ridículo que mi padre me regalara un coche y sin embargo no quisiera que yo supiese que lo poseo? Pues lo mismo sucede con el pertenecer a la familia de Dios. El nos ha dado su palabra respecto de ese asunto: «Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1 Jn. 5.11-12). En realidad Juan continúa esta afirmación tan explícita con una enérgica confirmación: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna» (1 Jn. 5.13). ¡No para que penséis, o esperéis, o intentéis ... sino para que *sepáis!* Hasta que uno lo sabe, no es más capaz de difundir las buenas nuevas de la gracia inmerecida de Dios que de edificar una casa como es debido sobre cimientos inestables; pero cuando está seguro de que pertenece a la familia, por indigno que sea, ¡entonces tiene algo que gritar a los cuatro vientos!

Supongo que para muchos de nosotros hay todavía otra razón más por la que solemos mantenernos callados respecto a nuestro Señor. Y es que durante gran parte del tiempo no vivimos muy cerca de él. Nos sentimos demasiado vacíos para esa «rebosadura» que constituye la verdadera evangelización. A veces somos deliberadamente desobedientes y tenemos otras muchas prioridades y preocupaciones; pero otras estamos sencillamente bajos de moral y faltos de entusiasmo. Así que, como los turistas que pasan la aduana, no tenemos nada que declarar.

Recuerdo una vez que estaba yo sentado en un avión, al término de unas agotadoras campañas en Australia. Desde luego no quería hablar con nadie durante el vuelo, pero una ligera vocecita me instaba a hacerlo con la señora que tenía a mi derecha, una mujer

de la India. «Señor --me resistí--, estoy demasiado vacío, necesito un descanso.» Sin embargo acabé por ceder, y no tardé en darme cuenta de por qué aquella voz suave del Espíritu Santo me había estado impulsando a hablar. La mujer iba al funeral de su hijo y tenía una actitud muy abierta a las buenas nuevas de aquel Jesús que había vencido la muerte. No se hizo cristiana, pero mostró mucho interés. Me pregunto qué habría sucedido si hubiera estado yo lleno del Señor y de su amor, y si hubiese obedecido a su insinuación tan pronto como fui consciente de ella.

Hay una quinta razón aliada íntimamente con la que acabamos de considerar: guardamos silencio porque hacer cualquier otra cosa resultaría muy costoso. Hablar exige demasiado de nuestro tiempo, de nuestra coherencia con nuestro propio estilo de vida ... o bien nos señalaría de un modo demasiado claro. Francamente sería muy embarazoso para nosotros. Así que, aunque tengamos muchas oportunidades de decir algo a favor de Cristo en la oficina, en el estadio o en el hogar, no lo hacemos. Es demasiado lío.

Desde luego no resultaba menos costoso para los cristianos del primer siglo. Me parece significativo que durante el período comprendido entre la ascensión del Señor y Pentecostés, como se relata en Hechos 1, los discípulos estuviesen entregados a tres requisitos previos a la evangelización. El primero era una unidad real, no sólo con su grupo tan variado, sino también con María y con los hermanos de Jesús, los cuales no habían formado parte de su número mientras el Señor vivía (imagino que la reconciliación no fue fácil). Luego se nos dice que se dedicaban a la oración, algo que siempre resulta costoso. Y, por último, obedecían implícitamente a Jesús, quien les había dicho que esperasen la venida del Espíritu, exactamente lo que estaban haciendo. Piense en lo opuesto a esas tres cualidades: la falta de oración, la desobediencia y la desunión. Estas cosas constituyen tres excelentes razones por las que muchos cristianos contemporáneos son reacios a dar testimonio de Jesucristo.

Un sexto elemento disuasorio es nuestro miedo. Nos aterra invadir la privacidad de alguna otra persona o mencionar el nombre de Jesús porque «eso les creará rechazo». Tenemos miedo de declarar abiertamente lo que somos; ese es el verdadero problema. Y no tiene por qué serlo, ya que hay mucha gente más que dispuesta a oír hablar de Jesús aunque la iglesia no le resulte atractiva. Lo que es más: tampoco hay razón para que nos sintamos aterrorizados. Dios se ha ofrecido a darnos su Espíritu Santo para que desterremos el miedo: «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...» (Hch. 1.8). Ese

mismo Espíritu no sólo trae poder a nuestra vida sino también amor; y «en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (1 Jn. 4.18). Necesitamos entregarle a Dios nuestro miedo y pedirle que su amor nos llene y que su poderoso Espíritu nos dé poder; entonces estaremos dispuestos a testificar. Escribo esto recién terminada una campaña urbana en la que me ha acompañado un equipo completamente inexperto. El primer día, una de las jóvenes enfermeras que integraban el equipo decía: «Estoy aterrorizada.» Debería haberla visto usted cinco días después, levantándose y diciéndole a ese mismo grupo el gozo y el privilegio que le significaba el ayudar a otras dos personas a venir a Cristo durante la campaña. No había rastro alguno de miedo: sólo un gozo y una confianza engendrados en ella por el propio Espíritu Santo.

Una séptima razón de la reticencia que sentimos es nuestra ignorancia. Tenemos miedo a ser derrotados en una discusión. No sabríamos qué decir, lo estropearíamos todo ... Tales temores son infundados: no podríamos saber menos que el hombre ciego a quien Jesús sanó en el estanque de Siloé. El no poseía ningún conocimiento teológico, y sin embargo no tuvo miedo de entrar en una discusión con los teólogos profesionales representados por los fariseos. Jesús, dijeron éstos, debía ser un pecador, ya que había realizado la supuesta curación en sábado; y como Dios no oye a los pecadores, la sanidad no había podido ocurrir. A lo que el hombre que había sido ciego contestó con aquellas memorables palabras: «Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Jn. 9.25). ¿No podríamos todos nosotros dar una palabra así de sencilla de alabanza a Jesucristo? Si esto fuera corriente entre los cristianos occidentales, como lo es en las pujantes iglesias del Tercer Mundo, el Evangelio se extendería mucho más deprisa. Nuestro objetivo no es ganar discusiones. La ignorancia doctrinal no resulta extremadamente importante, ya que pocas veces --si alguna-- se hace entrar a la gente en el Reino convenciéndola. Lo que sí es elocuente es el testimonio personal de alguien cuya vida ha sido transformada por Cristo; eso es lo que despierta la imaginación y el interés. La parte doctrinal puede venir más tarde, y si es necesario de alguien bien cualificado para darla. La ignorancia no es excusa para guardar silencio. Todos tenemos nuestra propia historia que contar.

Una octava razón que impide que evangelicemos es el aislamiento cultural en el que viven muchos cristianos. Naturalmente, no es que éstos no tengan algunos contactos --en el trabajo, por ejemplo-- que todavía no sean creyentes, pero no cuentan con

ningún amigo íntimo inconverso. Viven en un gueto cristiano, y a menudo la iglesia es la culpable de este estado de cosas. Los pastores piden a la gente de sus congregaciones que vayan a demasiadas reuniones entre semana, y el resultado es que no les queda tiempo para buscar amistades fuera de los círculos de la iglesia. Hay cierta tendencia peligrosa dentro de una iglesia como la occidental, por lo general decadente, a buscar amistades, relaciones y esparcimiento, sobre todo --si no de un modo exclusivo-- en los círculos cristianos. Recuerdo que en Bombay, en cierta ocasión, me escandalicé al ver anunciado un «Club Cristiano de Natación». Pero aunque tal vez en Occidente no lo anunciemos así, predomina en buena medida esa misma actitud. Es mucho más fácil pasar el tiempo y hacer amistades entre aquellos que comparten nuestra fe cristiana; no obstante esa no es la forma de actuar de Jesús. Somos llamados a salir del gueto. La lámpara tiene que ponerse sobre el candelero, y la sal echarse en la carne como conservante. La mentalidad de gueto, alabada como una virtud en algunos círculos cristianos, necesita ser sustituida por la propia receta (difícil) de Jesús para sus seguidores: «Estar en el mundo sin ser del mundo». Se cuenta una encantadora historia acerca de San Vicente. Este quería alcanzar con el Evangelio a los esclavos de las galeras romanas, pero fue extraordinariamente ineficaz en su empeño hasta que él mismo se convirtió en uno de aquellos esclavos y pudo proclamar las buenas nuevas como uno de ellos, compartiendo su situación y sus condiciones. Según expresó cierto hombre sabio, casi con toda seguridad lo único que podemos hacer es evangelizar a nuestros amigos.

Y hay una última razón que consigue amordazarnos a la mayoría de nosotros: sencillamente no vemos la necesidad de evangelizar a nuestros amigos. Vivimos en la era de la aldea mundial. Todas las religiones y la irreligiosidad se atropellan en nuestras calles, y el cristianismo posee esa exclusividad de pretender que Dios ha venido por nuestra causa y muerto por nosotros, y que nos llama a una lealtad hacia él, la cual resulta muy ofensiva. ¿Qué pasa entonces con todas las demás religiones? ¿No son ellas también un camino hacia Dios? Y de todas maneras, ¿importa lo que creamos si somos sinceros? La sinceridad se ha convertido en uno de los pocos valores que perviven en una era de desilusión. La tolerancia es una de las escasas cualidades universalmente aplaudidas en un tiempo de diversidad sin paralelo. ¿Por qué estamos entonces metiéndole por las narices a la gente nuestras creencias, si ellos podrían ser perfectamente felices como son? ¿Qué motivos tenemos para preocuparnos de la evangelización?

¿POR QUÉ PREOCUPARNOS DE LA EVANGELIZACIÓN?

Para combatir las fuerzas de la inercia, el miedo, la vergüenza y la distracción que nos impiden evangelizar necesitamos tener buenas razones. Ahora bien, hay muchas razones de peso para preocuparnos de la evangelización. He aquí algunas de ellas:

El amor de Dios

Los cristianos deberíamos preocuparnos de evangelizar por causa del amor de Dios Padre. La evangelización es consecuencia de la naturaleza del Dios a quien adoramos. ¿Se quedó él aislado e indiferente a nuestra grave situación? ¿Dijo acaso: «Probablemente están bien como están»? Lejos de ello: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3.16). El Dios a quien adoramos es el amante supremo.

Todos los amantes darán cualquier cosa, lo soportarán todo, harán lo que sea por sus amados. Así es nuestro Dios. Y si nosotros somos hijos de ese Dios, está claro que deberíamos reflejar en nuestras propias actitudes su amor por la gente que no lo merece en absoluto. ¿Le gustaba a Dios el mundo tal como lo veía? Naturalmente que no. Este estaba compuesto por seres humanos y sociedades enteras desfiguradas y estropeadas por el pecado. A él no le gustaba --no podía gustarle-- el mundo; pero sí era capaz de amarlo y lo hizo. El amor *agapē* de Dios no está determinado por la supuesta dignidad del objeto, como sucede en todas las otras formas de amor, sino por la naturaleza del que ama. Dios es amor y derrama ese amor indiscriminadamente sobre sus criaturas. Sus seguidores necesitan contagiarse de esa clase de amor sobrenatural por las personas necesitadas y a menudo poco agradables. Esta es una de las señales más claras de nuestro linaje. Jesús dijo: «Amad a vuestros enemigos» y así demostraréis ser «hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos» (Mt. 5.44-45). He ahí la razón suprema para evangelizar. Adoramos a un Dios que sólo tenía un Hijo, y ese Hijo se dedicó a la obra misionera. Tal amor se hace contagioso.

El mandamiento de Jesús

Una segunda razón por la que deberíamos preocuparnos de evangelizar surge del mandamiento directo de Dios Hijo. Jesús ordenó muy claramente a sus discípulos: «Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt. 28.19). Esa fue, de hecho, la última orden que les dio antes de abandonar esta tierra.

Ahora bien, las últimas palabras de un amigo querido nos resultan muy especiales y a ellas prestamos mucha atención. Y esas últimas palabras de Jesús concordaban muy bien con todo su carácter: él se había dedicado a los demás a lo largo de todo su ministerio, y ahora quería que sus seguidores hicieran lo mismo.

Recuerdo cuando murió mi madre. Ella había sufrido un grave ataque de corazón, pero había logrado garabatear en un viejo sobre algunos mensajes para mí en caso de que no llegase a su lado antes de su fallecimiento. Puede usted imaginarse cuán seriamente me tomé aquellos últimos deseos suyos. Los consideraba un encargo sagrado. Y de esa misma manera los cristianos deben considerar el mandamiento final de Jesús: la Gran Comisión, como se lo llama a menudo. Si Cristo hizo de la evangelización el tema de su último mandamiento para sus discípulos aquí en la tierra, dicha evangelización tiene que ser importante. Si nosotros lo amamos y queremos obedecerlo, entonces debemos llevarla a cabo.

El don del Espíritu

Un tercer motivo para la evangelización es el don del Espíritu Santo. El Espíritu está íntimamente relacionado con la misión. Jesús expresó: «Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre ... él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio» (Jn. 15.26-27). Y también: «Como me envió el Padre, así también yo os envío ... Recibid el Espíritu Santo» (Jn. 20.21-22). Existe una conexión vital incuestionable entre el recibir el Espíritu Santo y el dar testimonio de Jesús. Esto no nos sorprende, ya que la tarea del Espíritu es glorificar a Jesús y él incorpora ese anhelo a nuestro mismo ser. En realidad dicho anhelo constituye un estupendo barómetro de nuestra apertura al Espíritu Santo. Si estamos llenos del Espíritu lo estaremos también del deseo de compartir a Jesús con otros; si no tenemos ningún deseo de hacer esto último con aquellos que no lo conocen, hay muchos motivos para dudar de que el Espíritu esté siquiera presente en nuestra vida y, más aún, que nos esté llenando. Porque el único propósito

del don del Espíritu Santo es hacernos semejantes a Cristo y testigos suyos. El Espíritu se nos da para la misión. Sin él los discípulos no se hubieran atrevido a aventurarse en la tarea de evangelizar. Con su presencia, en cambio, no podían abstenerse de realizarla.

Esas son tres razones poderosas y altamente teológicas por las que debemos preocuparnos de la evangelización. Están arraigadas en la misma naturaleza de la deidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen un profundo interés en la predicación del Evangelio. El Dios a quien adoramos es un Dios misionero; por lo tanto, nosotros también deberíamos estar comprometidos con la misión.

El clímax de la historia

Hay otra consideración profundamente teológica que llena de emoción al cristiano una vez que la comprende. Cuando miro atrás puedo ver que dicha consideración ha sido determinante en mi propio amor por la evangelización. El Nuevo Testamento deja claro que el evangelizar está de alguna forma relacionado con el regreso final de Cristo y con la consumación de toda la historia. La evangelización prepara el camino para la segunda venida del Señor. El dijo a sus discípulos otro tanto en su discurso apocalíptico del capítulo 13 de Marcos. Antes de la venida final del Hijo del Hombre, «es necesario que el Evangelio sea predicado ... a todas las naciones» (v. 10). No es preciso que se haga tal proclamación mediante un discurso formal. El contexto de Marcos contempla que los cristianos serán arrastrados delante de las autoridades y tendrán que dar cuenta de su fe. Jesús promete que cuando lo hagan, no serán meramente ellos quienes hablen, sino el Espíritu Santo por medio de ellos (v. 11). Y eso, desde luego, ha sucedido a lo largo de la historia. Uno piensa en el héroe ruso Georgi Vins, quien aprovechó su juicio para dar un testimonio osado de Jesús en medio de la represión estalinista de los cristianos y recibió una abultada sentencia de cárcel como consecuencia de ello.

Resulta significativo que en el discurso de despedida que aparece en Juan 14-16 se hallen inextricablemente entretnejidos la venida del Paracleto, la misión de la iglesia y el regreso final de Cristo. Y cuando en Hechos 1 los confundidos discípulos están especulando acerca del fin de la historia, Jesús los disuade enérgicamente diciéndoles que esperen en Jerusalén hasta que hayan recibido el poder de su Espíritu Santo y luego, armados de ese Espíritu, vayan y sean sus testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Ese encargo, y no otro, debe ser acometido antes de que Jesús vuelva para finalizar toda la historia con su parusía.

Mediante la evangelización podemos por tanto «apresurar» realmente el día del Señor, en el sentido de que tenemos la posibilidad de cumplir sus propósitos extendiendo el Evangelio y facilitando así su regreso. Jamás sabremos cómo puede reconciliarse un ministerio humano de esta naturaleza con la soberanía de Dios que controla los tiempos y el destino de la historia; pero se nos garantiza claramente que la misión de la iglesia en el poder del Espíritu Santo es un factor importante para determinar el fin último de dicha historia. Esto representa una noble visión y un estímulo poderoso.

Esas razones deberían ser suficientes --y más que suficientes-- para motivar a nuestros corazones perezosos y nuestros labios renuentes. Pero, en caso contrario, hay otras consideraciones de peso.

La responsabilidad de la iglesia

Deberíamos preocuparnos de la evangelización por la responsabilidad que tenemos. Los únicos que pueden dar a conocer a Cristo son aquellos que ya lo conocen. El confía en nosotros: «Somos embajadores en nombre de Cristo --escribía Pablo--, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Co. 5.20). La política de un país se comunica en el extranjero por medio de sus embajadas, y nosotros somos una embajada del cielo (Fil. 3.20). Dios pretende ponerse en comunicación con aquellos a quienes desea alcanzar por medio de su pueblo. La realidad de lo que él ofrece se ve mejor en la vida de aquellos que han comenzado a ser cambiados por dicha realidad, y los que han sido convencidos por Cristo son quienes mejor transmiten la convicción. Vez tras vez se repite el mismo tema en el Nuevo Testamento: «Somos colaboradores de Dios» (1 Co. 3.9). El cuenta con nosotros: «Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos» (2 Co. 4.1). Y el ministerio del que habla Pablo es el de la evangelización: tenemos la responsabilidad de evangelizar. Si nuestros amigos íntimos perecen por falta de esas buenas nuevas que salvan la vida, nosotros seremos los responsables. Pablo fue muy claro al respecto. En Romanos 1.14-15, el apóstol afirma categóricamente: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el Evangelio...» Y en Mileto recordó a sus amigos dentro del liderazgo de la iglesia de Efeso que era inocente de la sangre de todos ellos, porque no se había retraído de declararles todo el consejo de Dios (Hch. 20.26). ¿Podríamos decir nosotros lo mismo?

El privilegio de los cristianos

Deberíamos preocuparnos de la evangelización por el privilegio que tenemos. Porque, como meditaba Pablo en 2 Corintios 4.1, hemos recibido misericordia de parte de Dios. Pero no sólo misericordia, sino también este ministerio. ¡Qué gran privilegio! No somos únicamente perdonados y reintegrados a la familia de Dios, sino también recibimos un empleo en lo que reverentemente podríamos llamar «el negocio familiar». Dios no parece utilizar ángeles para esta tarea, ni tampoco a hombres y mujeres de grandes aptitudes e influencia que no se hayan doblegado en sumisión a él. No, se limita principalmente a trabajar por medio de aquellos que eran rebeldes pero que han entregado sus armas y se han alistado en su servicio. Sólo los pecadores perdonados pueden invitar a otros a la cruz de Cristo. Es un maravilloso privilegio recibir tan sagrada encomienda. Pablo, por lo menos, jamás lo olvidó. En 1 Corintios 15.9 se siente humillado por el recuerdo de haber perseguido a la iglesia de Dios. ¡Era increíble que hubiese sido puesto al servicio del Maestro! ¡Pero si no era digno de ser llamado apóstol!

No obstante, para cuando escribe Efesios pocos años más tarde, ese sentido de indignidad se ha hecho más profundo. El apóstol habla con gozo de la gracia que le ha permitido ser ministro del Evangelio y capacitado para ello, pero luego confiesa que él es menos que el cristiano más pequeño. Su conciencia del privilegio de realizar la tarea se ve superada por la visión de su propia indignidad (Ef. 3.7ss.).

Al escribir 1 Timoteo hacia el final de su vida, Pablo había caído todavía más bajo en su autoestima. Otra vez se recrea en el privilegio de predicar «el glorioso Evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado» (1 Ti. 1.11), pero, de nuevo, se siente desesperadamente avergonzado del orgullo y de la rebeldía que durante tanto tiempo lo cegaron a ese mismo Evangelio: «Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador [de Cristo]; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad ... Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1.13-15). ¿Ve usted lo que ha sucedido? A medida que Pablo se ha ido poniendo viejo en la fe, ha ido menguando de manera proporcional en su propia autoestima. Primero no era digno de ser llamado apóstol; luego, era menos que el más pequeño de todos los cristianos; y, finalmente, se considera el primero de los pecadores. He aquí a un hombre muy consciente del privilegio que tiene de ser mensajero de Dios para un mundo indiferente.

La necesidad del género humano

Hay otra razón que debería motivarnos poderosamente para evangelizar, y es la necesidad de la gente que no tiene a Jesucristo. El Nuevo Testamento resulta de lo más anticuado y firme sobre este particular: mantiene que, sin Cristo, hombres y mujeres están muertos (Ef. 2.1): son cadáveres espirituales aunque física, mental y socialmente estén vivos. Se hallan perdidos como viajeros en la niebla (Lc. 19.10); son desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos aunque se crean ricos, enriquecidos y sin necesidad de nada (Ap. 3.14-21). Están «ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón» (Ef. 4.18). Se hallan «sin Cristo ... sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2.12).

En ningún otro sitio se expone más claramente la grave situación del ser humano que en el bien argumentado pasaje de Pablo a los corintios, donde el apóstol dice: «Si nuestro Evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el Dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4.3-4).

Observe lo que está diciendo:

Primeramente, que aquellos que no conocen a Cristo se pierden. No se han perdido todavía, pero van camino de ello; son como marineros naufragados a la deriva en medio del océano. En segundo lugar, que hay un enemigo invisible a quien Pablo llama, como antes que él lo hiciera su Maestro, «el dios de este siglo». No es otro que Satanás, quien ha desplazado a Dios en el corazón de tantísima gente y se ha entronizado allí en su lugar. Así que las personas no sólo van camino de la ruina, sino que además son esclavas de un seudodios que en realidad controla los asuntos de la vida de ellos. ¿Pero cómo pueden aceptar tal cosa las gentes sensatas? La razón es que su mente está cegada por la propaganda del enemigo. A Satanás no le importa lo civilizados, amables, inteligentes o morales que sean; si puede impedir que «les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo» está más que satisfecho. En ese caso permanecerán dentro de sus dominios y no se «convertirán» o cruzarán al territorio de Cristo. Tal es la meta del enemigo. Y la propaganda que utiliza para mantener a la gente embaucada es múltiple: «El cristianismo acabará con tu libertad»; «la Biblia es un montón de cuentos de viejas»; «no puedes creer en Dios en estos tiempos»; etcétera. ¿Y el resultado? Las personas se pierden, cautivas y ciegas, tanto a su difícil situación como a la gloria de las buenas nuevas en las que Cristo quiere que participen.

Es difícil, muy difícil, creer esto. Nosotros pensamos: «No puede ser tan malo...» Pero el Nuevo Testamento nos asegura que sí lo es, y sostiene que simplemente no existe el cómodo espacio intermedio que a todos nos gustaría ocupar en la vida. Hay dos reinos: las tinieblas y la luz; dos gobernantes: Satanás y Dios; dos caminos: el ancho y el estrecho; dos destinos: la vida y la destrucción; dos opciones: por él o contra él; dos grupos descritos de diversas maneras como: trigo y cizaña, vírgenes prudentes y vírgenes insensatas, los que entran y los que se quedan fuera del banquete, de la ciudad, de Cristo...; dos fundamentos para la vida: Jesús, la única roca firme en todo el mundo, y las demás cosas, que en último análisis se revelarán como nada más que arenas movedizas.

Me gustaría que no fuese así. Quisiera que hubiese muchos amplios espacios intermedios. Pero el Nuevo Testamento en general y Jesús en particular, nos advierten que ese no es el caso. Tenemos una enfermedad mortal que se llama pecado, y hay sólo un lugar, uno solo, donde se destila la antitoxina capaz de curarla: la cruz de Jesucristo. Sin ella pereceremos. Ese es el mensaje puro y simple del Nuevo Testamento, y nadie que se haya tomado la molestia de examinar los documentos puede negarlo.

¿Lo entiende usted? ¿Lo cree? Si es así, ese mensaje lo impulsará a una evangelización amorosa y determinada día tras día. Eso era lo que motivaba a Pablo a seguir adelante cuando fácilmente hubiera podido descansar en los laureles después de sus prodigiosos esfuerzos de evangelización. Pero no: «No desmayamos», afirma el apóstol (2 Co. 4.1). No retrocedemos. Y repite la misma afirmación (2 Co. 4.16). No es ni más ni menos que la verdad, y casi representa la causa principal de su inigualado dinamismo misionero. Pablo está embebido en la absoluta necesidad de aquellos que no conocen a su Señor Jesús. William Booth, fundador del Ejército de Salvación, se sintió estimulado a dedicarse al servicio cristiano incondicional por un escéptico que le dijo: «Pienso que si yo creyese lo que creen ustedes los cristianos, no pararía ni de día ni de noche de hablarle a la gente de ello.»

Recuerdo haber leído una carta escrita por cierto comunista de América Latina que muestra algo del compromiso apasionado que debería caracterizar a los cristianos:

Los comunistas tenemos un alto índice de bajas. Somos aquellos contra quienes disparan, a quienes ahorcan, linchan y encarcelan; a los que se calumnia, ridiculiza, expulsa del trabajo y se les hace la vida lo más incómoda posible de cualquier otro modo. Un cierto porcentaje de nosotros es asesinado o va a la cárcel. Vivimos prácticamente en la pobreza ... Se nos ha descrito como fanáticos. Somos fanáticos. Nuestra

vida está dominada por un gran factor que eclipsa todo lo demás: la lucha por el comunismo mundial.

Los comunistas tenemos una filosofía de la vida que ninguna cantidad de dinero podría comprar. Contamos con una causa por la que luchar, un propósito definido en la existencia ... Subordinamos nuestros insignificantes intereses personales a un gran movimiento de la humanidad; y si nuestra vida parece dura, el pensamiento de que cada uno de nosotros está contribuyendo un poco a algo nuevo y verdadero, y mejor para el género humano, nos compensa suficientemente.

Hay una cosa en la que me afano con ahínco, y es la causa comunista. Ella es mi vida, mi negocio, mi religión, mi pasatiempo favorito, mi esposa, mi amante, mi pan y mi carne. Me ocupo en ella durante el día y sueño con ella por la noche. Su dominio sobre mí no disminuye, sino que aumenta, a medida que pasa el tiempo. Por lo tanto no puedo mantener una amistad, una aventura amorosa, ni siquiera una conversación, sin relacionarla con esta fuerza que impulsa y dirige mi vida ... He estado en la cárcel por mis ideas, y si es necesario dispuesto estoy a comparecer ante un pelotón de fusilamiento.

Si los comunistas son capaces de hacer esto por su causa, ¡qué desafío supone para los cristianos, que ven, no sólo las necesidades y las privaciones socioeconómicas de sus amigos no iniciados, sino también sus carencias eternas!

El gozo de la misión

He descubierto que hay aún otro estímulo para la misión, y es que, francamente, no existe ningún gozo semejante. Esa nota de gozo está presente en todos los encuentros con Jesús que vemos en el Nuevo Testamento. Piense en la alegría de Andrés al descubrir quién es el Señor y arrastrar consigo a su hermano Pedro para que lo conozca. Considere el gozo de Zaqueo, liberado de la esclavitud del dinero para ser amigo de Jesús. Piense cómo esa misma nota recorre las parábolas: la alegría del aficionado a las perlas que encuentra la de gran precio; aquella del agricultor que se topa con el cofre de un tesoro escondido en lo que antes debió parecerle un aburrido campo; o la de las damas de honor de la novia que van al banquete de bodas.

Uno de los mitos más creídos y más disparatadamente falsos es que el cristianismo resulta aburrido. No hay nada de eso. La religión formalista es tan monótona como una charca estancada, pero la amistad con Jesús, que es la esencia del verdadero cristianismo, constituye la cosa más estimulante que exista: «En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre», cantaba el salmista (Sal. 16.11). Y es cierto: cierto cuando usted encuentra a

Cristo para sí mismo y cuando recibe el inestimable privilegio de ayudar a alguien a encontrarlo. Desde luego que a veces es difícil, y puede resultar muy exigente, pero no hay otro gozo sobre la tierra comparable al de guiar a un amigo al Señor. Si se pudiera convencer de esto a la gente de la iglesia que es tan tímida y precavida al respecto, nada la mantendría callada. El amordazado pueblo de Dios se convertiría en su pueblo confiado. Pero algunos de ellos se han desalentado, y muchos nunca han tratado de ayudar a otra persona a creer. Se están perdiendo el mayor gozo que puede dar este mundo.

2

Desbrozo del terreno

Antes de ir más lejos debemos abrirnos paso a través de la selva teológica y lingüística. Para hablar de la evangelización convendrá que aclaremos un poco las cosas. En el capítulo anterior hemos visto en qué consiste dicha evangelización, pero hay algunos temas relacionados con ella que nos ocuparán mucho en este libro, y un capítulo para especificar lo que queremos dar a entender nos ahorrará una posterior confusión. Hay cuatro preguntas en especial que demandan una respuesta: ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la salvación? ¿Qué es la conversión? ¿Qué es el bautismo?

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

No hay ninguna otra pregunta que vaya a dominar más el resto del siglo XX que esta: ¿qué es el hombre?

Muchas personas adoptan una idea optimista de la naturaleza humana. Hace algunos años, en la Cátedra Reith en Inglaterra, el Dr. Edmund Leach, rector de King's College, Cambridge, sostenía que los hombres son ahora dioses y deberían empezar a comportarse como tales. Shakespeare lo expresó bastante más modestamente, pero con gran elegancia, en *Hamlet*: «¿Qué obra tan maravillosa es el hombre; cuán noble en razonamiento e infinito en facultades; qué preciso y admirable en su forma e impulso; en la acción ... qué parecido a los ángeles; en la comprensión, cuán semejante a un dios! ¡El es la belleza del mundo, el dechado de los animales!»

Esta concepción del hombre resulta todavía un tanto evidente entre los científicos. Ha habido un desarrollo tan extraordinario del potencial humano durante el último siglo, que alguna gente

piensa que no hay límites para la persona, que ésta es gloriosa y dueña de su destino.

Esta valoración del hombre surgió de un optimismo evolucionista corriente a principios de siglo, pero cada vez más débil a medida que éste avanzaba. H. G. Wells es un ejemplo típico de ello. En 1937 escribió: «¿Podemos dudar que dentro de poco los seres humanos alcanzaremos con creces nuestros más atrevidos sueños y lograremos la unidad y la paz? Lo que el hombre ha hecho hasta ahora, los pequeños triunfos de su estado actual, no son sino el preludio de las cosas que todavía hará.» Sin embargo, en 1945, acabada la Segunda Guerra Mundial, las cosas tenían peor aspecto, y en *The Fate of Homo Sapiens* [El destino del Homo Sapiens] Wells escribía:

Veo al hombre llevado, cada vez menos inteligentemente y de un modo más y más rápido, por la corriente del destino hacia la degradación, el sufrimiento y la muerte. La destrucción caprichosa de los hogares, la cruel conducción en manada de buenas gentes al exilio, el bombardeo de ciudades abiertas, la masacre y la mutilación a sangre fría de niños y personas indefensas, las violaciones y la repugnante humillación, y sobre todo el regreso de la tortura deliberada e insensible, han llegado casi al punto de quebrantar por completo mi espíritu.

Y unos pocos años después, en su postrer libro, *Mind at the End of Its Tether* [La mente al límite de sus fuerzas], la conclusión a que llegaba era aún más sombría: «No hay manera de salir, ni de dar un rodeo, ni de atravesar por el medio.»

Todo esto nos lleva a la estimación más corriente del hombre a medida que nos acercamos al fin de siglo. Se ha extendido un gran pesimismo, un miedo profundo respecto de hacia dónde se dirige el mundo. Dos guerras mundiales han sacudido al planeta. Alemania, una de las naciones más civilizadas de la tierra perpetró el holocausto de los judíos. Estamos arruinando el medio ambiente con la contaminación de los mares, la destrucción de las selvas tropicales y la erosión de la capa de ozono de nuestra atmósfera. Por primera vez en la historia el hombre tiene la capacidad de destruir muchas veces el planeta con los misiles nucleares, y no hay ninguna razón para suponer que no vaya a hacerlo (recuerde Hiroshima y Nagasaki). Los crédulos humanistas son ahora, por lo tanto, una especie mucho más escasa que hace medio siglo. Las inquietantes realidades de nuestro mundo desmienten las hipótesis de que en el fondo todos somos buena gente y mejoramos sin cesar. Puede que Superman resulte un personaje entretenido en las películas de ciencia ficción, pero evidentemente la humanidad no

se está desarrollando en esa línea. La crisis del matrimonio y la familia, el aumento de la tortura y el asesinato arbitrario en todo el mundo, el hedonismo y la codicia sin medida, así como la falta de creencias y propósito que caracteriza a una parte tan grande del mundo occidental, no contribuyen mucho a una idea optimista de la naturaleza humana.

La abrumadora diferencia que existe entre la humanidad actual y la de hace unos pocos siglos reside en el colapso del sentido de propósito. Naturalmente que hay propósito en una escala limitada: el programa del día, la educación de nuestros hijos, etc.; pero cuando uno hace la pregunta de para qué sirve la vida o por qué existe el mundo, no se reciben muchas respuestas en esta era que es en realidad impía. Nadie ha expresado este fenómeno y sus consecuencias con mayor claridad que Jean-Paul Sartre y Albert Camus.

Ambos escritores exploraron las profundidades del ateísmo y tuvieron el valor de sacar la conclusión escalofriante, pero lógica, de que si Dios está muerto --como sostenía Nietzsche--, el hombre también lo está. No venimos de ningún sitio ni vamos a parte alguna; cualquier pretensión en sentido contrario es hipocresía. Y así uno descubre en estos pensadores tan valerosos, los cuales se han enfrentado con honradez a las implicaciones del ateísmo, una estimación desesperadamente baja del hombre. «Todo ser que existe ha nacido sin razón, se desarrolla por debilidad y muere por azar», escribía Sartre en *La náusea*. «Lo esencial es la contingencia. Esta no constituye ninguna ilusión ni aparición que pueda disiparse; es algo absoluto, y por ende absoluta futilidad. Cuando uno comprende esto se le revuelven las tripas, y todo empieza a danzar en el aire.» Y en otra parte de ese mismo libro, Sartre confiesa:

El mundo no es el producto de la inteligencia; se encuentra con nuestra mirada como lo haría un trozo de papel sucio y arrugado empapado por la lluvia. Es absurdo, nauseabundo ... El hombre tampoco tiene ninguna naturaleza divinamente preparada que realizar mediante la acción. ¿Qué es sino un charquito de agua cuya libertad consiste en la muerte?

Y Albert Camus recoge el tema en *Calígula*: «Este mundo no tiene ninguna importancia. Cuando el hombre lo entiende consigue la libertad.» ¿Pero lo hace de veras? Camus sigue diciendo: «Lo que resulta intolerable es la vida vaciada de significado; que se nos diga que no hay razón alguna para la existencia...» Pero desgraciadamente él no podía ver ninguna razón para la vida. El hombre es fundamentalmente basura. Viene del plancton y va

camino de la extinción. Eso es todo. Por lo tanto su única esperanza consiste en dotar de significado a lo que no lo tiene, y darse la gran vida (*vivre le plus possible*).

Y esa es la actitud de muchísima gente moderna. Inconscientemente han adoptado las ideas de Sartre y de Camus. Aunque no podrían expresarlo de esta manera, piensan, como el célebre pintor contemporáneo Francis Bacon, que

el hombre se da cuenta ahora de que es un accidente, un ser completamente inútil. Tiene que terminar el juego sin ninguna razón. Los artistas anteriores estaban todavía condicionados por ciertos tipos de posibilidades religiosas, las cuales --uno podría decir-- que le han sido suprimidas en la actualidad al hombre. Lo único que ahora el hombre tiene la posibilidad de hacer es engañarse a sí mismo, durante algún tiempo, prolongando su vida, comprando una especie de inmortalidad a través de los médicos.

Por su parte, el premio Nobel Jacques Monod dice lo mismo en *Chance and Necessity* [Azar y necesidad]: «El universo no estaba preñado de vida, ni la biosfera de hombre. Nuestro número salió en la ruleta de Montecarlo.» De manera que

el hombre debe por fin despertar de sus sueños milenarios. Y al hacerlo, debe tomar conciencia de su total soledad, su aislamiento fundamental. Al igual que un gitano, vive en la frontera de un mundo extraño, un mundo que es sordo a su música, y tan indiferente a sus esperanzas como lo es a su sufrimiento o a sus crímenes.

Crear esto es una consecuencia lógica del ateísmo, pero el problema está en que no podemos suprimir del todo esa creencia instintiva de que tal idea es falsa. En su libro tan influyente *The Selfish Gene* [El gen egoísta], Richard Dawkins ha defendido una explicación completamente materialista incluso del lado generoso y altruista de la humanidad. La vida humana está enteramente gobernada por los genes, esos «duplicadores ciegos e inconscientes». Pero al final de su libro expresa la esperanza de que el hombre sea capaz, después de todo, de «un altruismo genuino, desinteresado y verdadero», aunque de cualquier manera se niega a argüir el caso. El libro termina con esta nota: «Nosotros somos los únicos en la tierra que podemos rebelarnos contra la tiranía de los duplicadores egoístas.» El elevado tono moral de esperanza y libertad de la última frase contradice por completo su argumento anterior de que somos fruto del determinismo biológico. No está convencido de su propia tesis pesimista; no es capaz de vivir con ella.

Y ese es el problema del humanismo ateo (ya sea optimista o pesimista): que resulta poco convincente; no tiene ninguna base firme para sus nobles preceptos o sus garbosas esperanzas acerca del valor de la humanidad. Keith Ward lo expresa muy bien en *The Battle for the Soul* [La batalla por el alma]:

Nos dice que respetemos a la humanidad en nosotros mismos y en otros; que preservemos la dignidad del hombre. Y no obstante, en un susurro leve pero audible, nos transmite que realmente sabe --como todos nosotros-- que el hombre no tiene dignidad alguna, desde el punto de vista de lo eterno. No hay nada especial en la humanidad: no sobrevivirá. Se trata del producto fortuito de una mutación a la ventura. Nuestro cariño por ella es poco más que una especie de parcialidad exagerada que sobrepasa cualquier justificación racional.

La fe cristiana se siente profundamente insatisfecha tanto con los pesimistas como con los optimistas dentro del campo humanista, y se niega a considerar al hombre un dios, conociendo demasiado bien nuestro pecado, nuestro fracaso y egoísmo, así como la propensión que tenemos a manchar incluso nuestro propio nido. El humanismo optimista no ha prestado suficiente atención al lado oscuro de la naturaleza humana. Pero, por otro lado, los cristianos jamás pueden estar de acuerdo con Sartre en que «el hombre es una burbuja vacía en el océano de la nada». Eso le quita al ser humano su gloria; y toda persona, por muy degradada que esté, tiene gloria: «Asombrosa y maravillosamente he sido hecho» (Sal. 139.14, *Biblia de las Américas*). Creo que sólo la revelación judeocristiana hace una estimación creíble del hombre. Nos dice que hemos sido creados verdaderamente como un templo noble idóneo para ser habitado por el Señor; pero que nos hemos abandonado. Las señales de nuestra nobleza están aún presentes, aunque en un terrible desorden. Somos como un jardín hermosamente trazado que ha vuelto al estado silvestre.

Resulta muy importante que veamos al hombre de esta manera, ya que, como expresó Elton Trueblood: «Si no es cierto que cada persona, sin distinción de raza o de sexo, está hecha a imagen de Dios, gran parte del incentivo para la justicia social desaparece.» Solamente esa visión del hombre nos proporciona el respeto por la vida humana capaz de salvar a nuestro mundo de la locura destructora. «Es algo muy serio --decía C. S. Lewis-- vivir en una sociedad de dioses y diosas en potencia. Aquellos con quienes bromeamos, trabajamos, nos casamos, a quienes desairamos y explotamos ... son inmortales (horrores inmortales o esplendores eternos).» Y esa humanidad, con todas sus ambigüedades y dolores,

ha sido ennoblecida increíblemente por la encarnación. «Por la razón que sea --seguí diciendo Lewis--, Dios escogió hacer al hombre como es: limitado y doliente, sujeto a aflicciones y a la muerte. Tuvo la honradez y el valor de tomar su propia medicina...» Y gracias a que lo hizo, nosotros contamos con un modelo, un ideal por el que juzgar la naturaleza humana. A la luz de esto vemos cuán por debajo de la norma estamos y cuán desesperadamente necesitamos ser remodelados por el hombre de Nazaret. En el libro de William Temple *Citizen and Churchman* [Ciudadano y hombre de iglesia] tenemos una valoración magnífica de la condición humana:

El hombre es tanto animal como espiritual. Por un lado se trata del animal más plenamente desarrollado; pero si eso fuera todo no presentaría ni conocería problema alguno. Sin embargo, lleva estampada la imagen de Dios; es capaz de tener esa comunión con el Señor que es vida eterna. Aquí, no obstante, hay nuevamente dos caras, ya que la imagen de Dios en el hombre está borrosa y distorsionada. El cómo o el porqué de esto es un asunto demasiado extenso para tratarlo aquí. Pero el hecho es cierto. El hombre --capaz por su naturaleza, como Dios la hizo, de tener comunión con él como autor, centro y meta de su ser-- siempre se conduce en mayor o menor medida como si fuera él mismo su propio comienzo y fin, el centro de su propio universo. Su «pecado» no es una mera supervivencia o un mero crecimiento desproporcionado de las tendencias animales, ni tampoco un desarrollo inadecuado del control racional, sino una perversión de la razón misma. Su capacidad para la comunión con Dios se ha convertido en una usurpación de la autoridad divina. El peor y más típico pecado del que brotan todos los demás no es la sensualidad sino el orgullo.

El hombre es el vicerregente del mundo de Dios, y también el rebelde que hay en ese mundo y el objeto del amor divino. La imagen de Dios está en él, aunque muy estropeada. Lo maravilloso de todo esto es que dicha imagen puede ser restaurada en Cristo, y ello constituye un poderoso motivo para la evangelización.

¿QUÉ ES LA SALVACIÓN?

Este es un tema inmensamente amplio, algunos de cuyos aspectos he tratado de tocar en *The Meaning of Salvation* [El significado de la salvación]. La palabra se aplica habitualmente a algunos movimientos políticos y también a ciertas pretensiones individuales y religiosas. ¿Cómo hemos de concebir la salvación

en el contexto de la tarea de evangelizar? ¿Qué aspectos de dicha salvación debe intentar realizar el evangelista?

En el Antiguo Testamento el tema de Dios como Salvador de su pueblo es capital, y la salvación tiene muchas caras: rescate de condiciones de estrechez y confinamiento, de angustia, de enemigos, de derrota y, ocasionalmente, de pecado. Hay un aspecto futuro de esa salvación que se va comprendiendo progresivamente a medida que se desarrolla la historia de Israel. Pero en ningún momento se la considera como algo que le viene a la humanidad por medio del esfuerzo del hombre o de los ritos religiosos, sino que siempre es la obra de Dios mismo, ya sea de manera independiente o bien utilizando a algún agente humano.

En el Nuevo Testamento el tema continúa, sólo que ahora la salvación ha sido depositada en la persona de Jesús, cuyo nombre significa «Dios viene a rescatar» o «Yahvé salva»; y la forma de entender dicha salvación se va desarrollando a medida que el relato novotestamentario progresa. Su punto central es la cruz y la resurrección de Cristo, pero se extiende hacia atrás, hasta el nacimiento de Jesús, y hacia delante, hasta el cielo. En realidad no sería incorrecto considerar la famosa historia del obispo Westcott y la chica del Ejército de Salvación como un claro resumen de lo que la Biblia enseña sobre la salvación.

Cierto día —cuenta dicha historia— el obispo Westcott se hallaba sentado en un tren, con la levita puesta, polainas y todo, cuando entró una chica del Ejército de Salvación, quien, viendo que su compañero de viaje era un obispo, tuvo muchas dudas de que poseyera la salvación; de modo que decidió armarse de valor y preguntarle: «Señor obispo, ¿es usted salvo?»

«¿*Sōtheis, sōzomenos ē sōthēsomenos?*», murmuró el obispo, que estaba leyendo el Nuevo Testamento en griego. Se preguntaba si la chica quería decir «¿He sido salvo, estoy siendo salvo o seré salvo?». ¡La respuesta a esas tres preguntas no es necesariamente la misma!

En realidad no hay ninguna justificación novotestamentaria para que alguien pretenda ser salvo en el sentido final y absoluto. Es perfectamente correcto afirmar que, puesto que Cristo murió por mí en la cruz, yo he sido salvado de la muerte espiritual que mi egocentrismo merecía ampliamente. Si se quiere, he sido salvo del castigo por mis pecados, aunque la imagen del «castigo» es mucho más corriente en la predicación moderna que en la enseñanza y el lenguaje del Nuevo Testamento. Puedo estar seguro de que «nunca más se acordará de mis pecados y mis iniquidades», y de que mi pasado acusador no se levantará para atormentarme. El mismo se

ha hecho cargo de esto. La palabra «salvo» se utiliza en tiempo pretérito, sólo dos o tres veces en todo el Nuevo Testamento, y con algunas adiciones tan significativas como la expresión «en esperanza».

Sin embargo, es mucho más común encontrarla en tiempo presente, con el sentido tanto de protección en Cristo como de poder mediante el Espíritu. La salvación es, en buena parte, una experiencia continua de relación con Dios el Salvador. En un momento determinado puedo (o no) estar aprovechando sus recursos, y por ende estar protegido del pecado y del egoísmo que constantemente me asaltan. No hay nada predeterminado ni fijo en cuanto a ello: en algunos momentos gozo de esa ayuda divina y en otros hago mi voluntad y rechazo dicha ayuda.

Existe un tercer aspecto de la salvación que pertenece al futuro. Aquí, curiosamente, se concentra la mayor parte del uso novotestamentario. La salvación es un concepto escatológico, como la justificación, pero por la bondad de Dios soy capacitado, si confío en él, para contar anticipadamente aquí y ahora con el veredicto final, y para disfrutar aquí y ahora de algo del poder de esa salvación, aunque sea de un modo imperfecto. Sin embargo, llegará el día en que la disfrutaremos juntos en toda su plenitud en la mansión del Padre. La salvación es una palabra que apunta al cielo y, en ese sentido, naturalmente, ninguno de nosotros puede pretender poseerla, ya que ninguno de los que estamos sobre la tierra ha llegado todavía allí.

El obispo tenía razón. Hay en realidad tres tiempos de la salvación: pasado, presente y futuro. No resulta demasiado sorprendente que la Biblia no nos anime a decir «soy salvo», sin más; pero en cambio nos permite expresar:

He sido salvo del castigo del pecado, por la muerte y la resurrección de Cristo.

Estoy siendo (a veces) salvado del poder del pecado, por el Espíritu que mora en mí.

Seré salvo, un día, de la misma presencia del pecado, cuando vaya a estar con Dios.

Es importante que los evangelistas comprendan este triple uso de la palabra «salvación» en la Escritura y proclamen dicha salvación adecuadamente. Eso les evitará caer en una mala teología, por desgracia demasiado frecuente, al evangelizar.

Si el congelar la salvación en una experiencia pasada es un peligro al que son propensos los evangelistas, otro riesgo consiste en considerarla como algo muy personal e individual. Resulta curioso que el hombre de la calle comparta tan a menudo con el evangelista

que se para en la esquina la convicción de que la religión es un asunto muy privado y personal. Para el primero es tan privado que considera impropio aun el hablar de ella. Y para el evangelista, tan personal e individual que nadie adivinaría jamás que en la Biblia se presenta constantemente como una cuestión corporativa. La esperanza veterotestamentaria de la comunidad redimida es aquella en la que reina la *shalom* (la paz). El elemento del perdón personal está presente, pero también están la pertenencia mutua, la restauración de las relaciones, la transformación de la sociedad, la victoria sobre las fuerzas de la decadencia y la destrucción, y el toque sanador de Dios. En el Nuevo Testamento se destaca con fuerza el aspecto social de la salvación, como también su vínculo con la sanidad. Desde luego que la comunidad y la sanidad jamás serán perfectas en esta vida, como tampoco lo es la salvación. Su clímax está más allá de la tumba. Pero cualquier evangelización que no deje clara la voluntad de Dios de rescatar y transformar la vida entera --lo físico y lo espiritual--, y la mutua interdependencia que existe entre aquellos que están experimentando la salvación, es deficiente. La salvación constituye un concepto poderoso, el acto soberano de rescate de Dios. La probamos aquí y ahora, pero sólo la disfrutaremos plenamente en la vida venidera. Afecta la totalidad de la vida: la noción de un mero «salvar almas» es profundamente antibíblica. Abraza a los individuos en su perdición y fragmentación, y los coloca en la familia de Dios el Salvador, la cual, a su vez, deberá ejercer una profunda influencia en la sociedad en general.

¿QUÉ ES LA CONVERSIÓN?

En la Escritura se habla muy poco de la conversión como tal, y quizá por ello ésta se entiende de tantas maneras. ¿Tiene que ver con la proclamación cristiana o con la presencia cristiana? ¿Se trata de una crisis o de un proceso? ¿Es una doctrina o una experiencia? ¿Es introductoria o continua?

Todas estas preguntas, y otras más, se plantean al hablar de la pequeña palabra «conversión». ¿Cómo deben emplear este término los evangelistas cristianos?

Por lo general yo trato de no emplearlo, a causa de la maraña de confusión que hay sobre su significado la cual aturde a tanta gente. Tal vez tenga algún sentido hablar de la conversión de un hindú al cristianismo, pero la palabra sugiere cosas muy distintas cuando se aplica a alguien que se ha movido en círculos cristianos y asentido

a la enseñanza de Cristo durante muchos años: evoca esa imagen poco útil de campañas itinerantes en carpas de circo o de una exaltación emocional masiva.

Si es que debemos utilizar el término, habremos de hacerlo con un sentido mucho más profundo que ese: se trata del encuentro con el Cristo vivo que puede describirse adecuadamente como un nuevo nacimiento, una reestructuración radical de nuestra vida por Dios mismo. «No puede tratarse de un proceso sólo de iluminación --escribía William Temple--. Se precisa nada menos que un acto redentor. Algo que impresione al yo desde afuera debe liberarlo de esa libertad que es perfecta esclavitud a la esclavitud que constituye su única libertad perfecta.» «Sentí --expresaba Monica Furlong-- que había nacido para ese momento, y que había ido contando los días hasta que ocurriera.» H. G. Wood, por su parte, escribía: «Puede que hubiese un elemento neurótico en las constituciones de Saulo de Tarso, John Bunyan y George Fox, y que dicho elemento fuera el responsable de parte de las características de la conversión de cada uno de ellos, pero en los tres ejemplos el hombre es rehecho psicológica, moral e intelectualmente.»

Consideremos el más famoso de estos ejemplos, el de Saulo de Tarso: su conversión nos proporciona algunas ideas importantes acerca del significado tanto de la palabra como de la experiencia.

En años posteriores, en una carta dirigida a Timoteo, Pablo echaba una mirada retrospectiva a su conversión y la consideraba, no como la más extraña excepción a toda regla conocida de experiencia religiosa, sino como «ejemplo de los que habrían de creer en él [Cristo] para vida eterna» (1 Ti. 1.16). Naturalmente que los detalles no se repitieron, ni deberían ciertamente buscarse (la ceguera, la caída en tierra, la voz del cielo, etc.), aunque algunos de ellos ocurran en ciertas conversiones. No, Pablo está afirmando que determinados *principios* que actuaron en su propia conversión lo hacen siempre en todas; y no resulta difícil ver cuáles eran dichos principios. Hubo cuatro factores que se combinaron para producir la conversión de Saulo el perseguidor en Pablo el apóstol y mártir.

Primero, Dios tocó su conciencia. El que había sostenido las ropas de los hombres que apedreaban a Esteban, primer mártir cristiano, y expresado su solidaridad con ellos, debió mirar atrás a menudo a aquel día con vergüenza y sentimiento de culpabilidad. En el camino de Damasco, si no antes, tomó conciencia de que al perseguir a Esteban en realidad estaba persiguiendo al que se encontraba detrás de éste: a Jesucristo mismo. «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hch. 9.4).

También había otras cosas que pesaban en su mente. El apóstol da a entender en Romanos 7.7-11 y Filipenses 3.6 que, en su búsqueda de la excelencia, podía hacer frente con ecuanimidad a los nueve primeros mandamientos de Dios, pero que el décimo lo mataba. Era consciente de que estaba plagado de deseos codiciosos, de que jamás sería lo bastante bueno para estar en pie delante de Dios. La percepción de necesidad (no siempre de culpabilidad, que puede darse después) es una condición previa para venir a Dios a fin de que él supla dicha necesidad. La conciencia de Pablo había sido tocada.

Segundo, Dios le iluminó la mente. Sabía desde hacía mucho, por Deuteronomio 21.23, que toda persona expuesta en su muerte sobre un madero era considerada como alguien bajo la maldición de Dios. Pues bien, Jesús debía estar maldito, ya que allí él había ido a parar. ¿Cómo podía ser el Mesías? Esa era una pretensión blasfema, y la causa por la que Saulo de Tarso se había propuesto erradicar aquel primer movimiento cristiano.

Sin embargo, todo cambió en el camino de Damasco. Saulo llegó a entender que su premisa era cierta pero su conclusión errónea: Jesús había sido maldecido, pero la maldición que llevó fue la *nuestra*. (Pablo desarrolla este tema en Gálatas 3.10, 13 y 2 Corintios 5.21.) También comprendió, en ese mismo camino de Damasco, que la resurrección no era ningún mito o engaño, sino el acto con el que Dios había vindicado a su crucificado Mesías. «¿Quién eres, Señor? --preguntó asustado--. Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch. 9.5). Esa fue la revelación que dejó aturdido a Saulo en el camino de Damasco. Jesús había llevado su maldición, su culpa, sus pecados. Además estaba vivo, y le hablaba personalmente. Me pregunto si Pablo entendió mucho más que eso en aquel momento, aunque desde luego después llegó a ser uno de los más grandes pensadores cristianos de todos los tiempos. Sin embargo, resulta alentador pensar en lo poco que debía comprender cuando se convirtió. Tenía cierta idea de la importancia de la muerte y la resurrección de Cristo, y nada más. Y así sucederá con muchos a quienes el evangelista conduzca a la fe. Esto, por otra parte, es completamente normal. El crecimiento en la comprensión puede venir más tarde. ¡Uno no necesita saber cómo actúa la electricidad para encender la luz!

Tercero, Dios tocó su voluntad. Pablo comprendió que un desafío, un sacrificio y una realidad así no podían ser recibidos con un encogimiento de hombros. Tenía que decidir. ¿Seguiría con la matanza de los cristianos o se uniría a ellos? Eso era algo que dependía de su voluntad. ¿Qué camino debía escoger? En realidad

se dejó guiar, como un cautivo voluntario, al interior de Damasco. De allí en adelante seguiría la voluntad de Cristo y no la suya propia. No tenía idea alguna de lo que le depararía el futuro; simplemente sabía quién gobernaba ese futuro, y ponía su vida en manos de Cristo. El elemento de la voluntad, de la decisión, es una hebra imprescindible en la conversión cristiana. Puede que sólo esté implícito, pero debe hallarse presente: cuando el Amor absoluto se dirige a mí tengo que responderle. Resulta interesante que la descripción de Pablo «temblando y temeroso» aparezca en algunos manuscritos, pero no en los mejores. La emoción no es algo a lo que debería apuntar un evangelista. Dicha emoción puede presentarse o puede no hacerlo. En este último caso el evangelista no deberá intentar estimularla. Si hay emoción, ha de tratar de atravesarla para alcanzar la ciudadela de la voluntad. Es ésta lo que debe asaltarse, no las emociones. Una respuesta (solamente) emocional es lo opuesto a la conversión auténtica. Esta última busca un giro total de la voluntad; la excitación de las emociones representa algo estrictamente opcional y ni siquiera necesariamente deseable.

Cuarto, Dios transformó por entero el resto de su vida. En primer lugar, su iniciación cristiana quedó concluida al ser bautizado en agua y en el Espíritu por medio de Ananías. E inmediatamente después Pablo buscó la comunión de la iglesia. Se dejó ayudar por aquellos a quienes, uno o dos días antes, hubiera despreciado. Quiso hablar a otros de Jesús y estuvo dispuesto a sufrir oposición por la causa. Descubrió en la oración una realidad bastante nueva y estimulante. Creció en fortaleza y comprensión, y decidió abrazar una vida de privaciones y sufrimiento. Todo esto lo sabemos por el pasaje de Hechos 9, que relata su conversión. Aquel fue un período de carga y descarga general que afectó al resto de su vida.

León Tolstoy cuenta haber experimentado algo igualmente radical:

Hace cinco años llegué a creer en la enseñanza de Cristo, y mi vida cambió de repente. Dejé de desear aquello que antes había deseado y comencé a querer lo que antes no quería. Las cosas que previamente me habían parecido buenas ahora las veía como malas, y las malas, como buenas. Me pasaba como al hombre que sale para algún negocio y, por el camino, decide que dicho negocio es innecesario y se vuelve a su casa: todo lo que antes le quedaba a la derecha ahora está a su izquierda, y lo que tenía a su izquierda pasa a ocupar un lugar a su derecha.

Eso, y nada menos, es la conversión cristiana. Se trata del lado humano de la regeneración. Dios me «regenera», o me da su nueva vida, cuando yo me «convierto» o me vuelvo a él para recibir con agradecimiento su don. Todo forma parte de la reciprocidad que existe entre la gracia y la fe. La conversión es la respuesta humana a la iniciativa de Dios.

Ahora estamos en una posición mucho mejor que antes para responder a los malentendidos y preguntas acerca de la conversión con los que comenzamos. La conversión no brota sólo de la proclamación cristiana, ni tampoco de la presencia cristiana en exclusiva, sino de ambas juntas: la presencia tiene que ser explicada mediante la proclamación, y la proclamación sostenida por la presencia; de otro modo la presencia resulta incomprensible y la proclamación increíble.

La conversión puede ser una crisis o un proceso. Incluso las crisis como el nacimiento son en realidad procesos. Una conversión totalmente «repentina» resulta tan poco frecuente que me siento tentado a aventurar la opinión de que nunca sucede. Siempre hay alguna historia detrás del acto de entrega: las oraciones de una abuela, el ejemplo de un profesor, la bondad de un sacerdote ... Pero en cualquier caso el carácter repentino no constituye la esencia de la cuestión; sería estúpido discutir si el elemento más importante de nuestra experiencia es el nacimiento o el desarrollo. Nacemos para crecer; y así sucede también con la vida cristiana. Algunos pueden recordar la fecha de su conversión y otros no. ¿Qué más da? Hay personas que conocen su fecha de nacimiento y otras que no la conocen. ¡Por otra parte ninguno de nosotros la sabría si no es porque nuestra madre nos la ha dicho! Lo importante no es cuándo nacimos, sino si estamos vivos.

Resulta igualmente estúpido discutir si la conversión es un asunto doctrinal o de experiencia. Estas no son alternativas reales. Tiene que haber cierto contenido doctrinal, aunque tal vez sea muy pequeño; y ha de estar presente un compromiso genuino, pero, para empezar, quizá éste se halle encubierto y sea muy débil. Un asimiento ligero de Cristo es bastante para introducirme en una relación inicial con él. Sin embargo, no bastaría para una relación profunda, satisfactoria y continuada con Jesús. Eso es algo que se desarrolla con el paso de los años.

El debate sobre si la conversión es una iniciación única y definitiva o si constituye un volver a Cristo de por vida y continuo tiene un poco más de sustancia, aunque si lo examinamos detenidamente, no tanto, ya que dicha sustancia es meramente verbal. Todos estamos de acuerdo en que debe haber un comienzo

y una continuación, una vuelta inicial y un retornar constante: después de todo, eso es lo que enseñan los dos sacramentos. El bautismo nos habla de la incorporación a Cristo de una vez por todas, del irrepentible comienzo; y la eucaristía, de la vuelta a Jesús constante para ser alimentados e instruidos. Ambas cosas son necesarias, pero creo que no resulta útil emplear el lenguaje de la «conversión» para referirnos al crecimiento en la semejanza de Cristo, ese continuo volver a él que forma parte permanente de nuestra vocación cristiana. El utilizar de esa manera el término produce confusión. En todo caso, cuando la palabra «conversión» aparece en este libro --y quisiera esperar que así suceda cuando la utilizan los evangelistas en general-- siempre quiere decir la parte humana de la regeneración: esa vuelta a Dios inicial en arrepentimiento y fe que nos lanza a una íntima relación cristiana.

La conversión tiene tres caras, y no las muestra forzosamente todas a la vez.

Primeramente (en una secuencia lógica, aunque quizá no temporal) experimentamos *una conversión a Dios*. Volvemos a aquel de quien nos hemos apartado. Venimos en arrepentimiento humilde y en fe adoradora, y tomamos la mano que tan incondicionalmente se nos tiende en amor.

En segundo lugar, nos encontramos dentro de una familia compuesta por aquellos que han dado ese mismo paso. Hay, por lo tanto, *una conversión a la iglesia*. Tal vez ya fuéramos miembros formales de ésta; o quizás no. En cualquier caso «sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos [es decir, a los otros cristianos]» (1 Jn. 3.14). ✕ los cristianos que no se convierten a la iglesia, por lo general, no crecen. Su fe se estanca o se marchita. En la vida cristiana no estamos hechos para ser islas, sino para formar parte de ese continente que es la iglesia de Dios.

En tercer lugar, necesitamos *una conversión al mundo* por el que Cristo murió, a una sociedad que permanece desconectada de él. Hay demasiada gente de iglesia que se encuentra cómoda en el gueto cristiano, y que sencillamente no se extiende en amor y servicio a un mundo necesitado. Pero si nos convertimos a la semejanza de nuestro Maestro, resistiremos con firmeza esa mentalidad de «permanencia en el útero». Cualquier conversión verdaderamente cristiana tiene una orientación triple.

Pero no sólo posee la conversión cristiana tres caras, sino también tres fases. Si usted me pregunta: «¿Cuándo se convirtió?», puedo darle tres respuestas, todas ellas correctas y complementarias.

Me convertí, en el propósito del Padre, cuando fui «predestinado en amor», «escogido en Cristo antes de la fundación del mundo»

(Ef. 1.4, 5). La conversión cristiana está arraigada en el amor electivo de Dios, de ese Dios que conoce el fin desde el principio y cuya iniciativa siempre precede a nuestra respuesta.

También podría decir que me convertí cuando Jesús murió en la cruz. Esa fue la vuelta arquetípica de la humanidad a Dios, cuando se derribó la barrera del pecado (Ef. 2.13-16). La cruz de Cristo es la causa eficiente, como dirían los filósofos, que nos capacita a cualquiera de nosotros para responder.

Pero de igual manera podría contestar a la pregunta diciendo que me convertí cuando el Espíritu Santo hizo esas cosas reales para mí y yo di mi respuesta. Me volví a Cristo y fui «sellado con el Espíritu Santo de la promesa» (Ef. 1.13).

Estas no son tres respuestas distintas, sino tres aspectos de una misma respuesta, que me dicen que la conversión es algo grande, como también el Evangelio, y que toda la Trinidad estaba interesada, no sólo en proporcionar una salvación eterna a los pecadores como yo, sino asimismo en capacitarme para que echase mano de dicha salvación y estuviera seguro de ella.

Por lo tanto deberíamos ser precavidos en cuanto a nuestra manera de utilizar este lenguaje de la conversión, y cuidarnos de decir cosas tales como: «Ayer por la noche se convirtieron dieciséis personas.» ¿Cómo podemos saberlo? Eso es algo que sólo Dios y la gente implicada conocen. Lo único que nosotros podemos hacer es tomar nota de lo que las personas dicen, y que, por todo tipo de razones, tal vez no represente el estado real de cosas. Resulta mucho más prudente y bíblico expresar: «Ayer por la noche dieciséis personas hicieron profesión de fe.» El tiempo demostrará si dicha profesión fue real o no.

En segundo lugar, deberíamos procurar que la gente no se conformara con una mera profesión de fe. Ese es precisamente el momento en el que ellos más necesitan atención posterior solícita y estímulo cariñoso. La práctica de pedir decisiones, regocijarse contándolas y luego irse dejando a la gente desatendida es uno de los aspectos más escandalosos de la evangelización moderna. Sin un cuidado posterior esa evangelización resulta de lo más impropia.

Y en tercer lugar, deberíamos tener cuidado con pedir insistentemente compromisos inmediatos y definitivos. La conversión puede suceder como un tornado, derribando muros y haciendo volar tejados a su paso, pero también como un suave amanecer de primavera. Algunos serán conscientes de su comienzo y otros solamente de que las cosas resultan muy diferentes de como eran hace un año. Eso sencillamente no importa. Lo importante es

que uno esté andando en la luz, no que sea capaz de referir con precisión cuándo salió el sol.

¿QUÉ ES EL BAUTISMO?

Muchas de las personas aficionadas a hablar del bautismo son muy reacias a hacer demasiados comentarios sobre la conversión. Y buen número de quienes se encuentran a gusto con este último término se muestran renuentes a dar mucha atención al bautismo. Francamente, es algo que les molesta. Y sin embargo, fuera de toda duda, el bautismo es *el* sacramento de la iniciación cristiana. Pablo deja claro en Romanos 6.1ss. que se trata del signo de la justificación por gracia mediante la fe, un tema que lo ha absorbido durante los cinco capítulos anteriores. El bautismo no es el enemigo del arrepentimiento y la fe --o conversión--, sino su aliado.

En el Nuevo Testamento el bautismo, como en el Antiguo la circuncisión, es la señal del pacto entre la gracia divina y la respuesta humana. Se trata del signo y el sello tanto de la iniciativa misericordiosa de Dios como de la gozosa aceptación del hombre. Representa, además, la promesa del Espíritu que viene al corazón. Y sin embargo hay sólo un bautismo, y no debe haber ninguno más (Ef. 4.5), que sella para nosotros los tres momentos potencialmente distintos de la iniciativa divina, nuestro arrepentimiento y fe, y la venida del Espíritu.

En la cristiandad dividida hay tres posturas generales sobre este asunto. Están los paidobautistas, que destacan la importancia decisiva de la iniciativa de Dios mucho antes de que nosotros tengamos ningún pensamiento de responder; éstos, por consiguiente, vinculan firmemente el bautismo con el lado divino del pacto y bautizan a los hijos de creyentes. Esos hijos les han nacido a quienes ya tienen una relación de pacto con Dios, y por lo tanto son acreedores a la señal de dicho pacto. Se espera que, a su debido tiempo, lleguen a dar una respuesta adecuada al don divino.

Los bautistas lo ven de un modo distinto: señalan a las grandes cantidades de niños bautizados que no muestran indicio alguno de la nueva vida en Cristo, y cuyo vínculo con el cristianismo parece meramente nominal, si es que existe. Según ellos, el bautismo está relacionado primordialmente con el extremo humano del pacto: cuando respondemos con un compromiso sincero al Dios que nos llama y al Cristo que murió por nosotros. Si los paidobautistas subrayan la «justificación» divina, los bautistas hacen lo propio con

la necesidad tan cierta de la «fe» del ser humano para que la justificación por la fe se haga real.

El problema es que la profesión pública en el bautismo de adultos no produce necesariamente el nuevo nacimiento, como tampoco lo hace el bautismo de infantes, aunque la correlación aquí es mucho más cercana. Por consiguiente, los pentecostales, que se han convertido en una fuerza mayor dentro del cristianismo mundial desde que surgieran a principios de este siglo, enfatizan que lo realmente importante es el don del Espíritu de Dios. Sin éste, el bautismo no es más que una concha vacía. Y para que sea real, dicho don debe tener marcas visibles, la primera de las cuales, mantienen muchos pentecostales (aunque no todos), es el don de lenguas.

Ahora bien, las tres ramas mencionadas están diciendo algo importante. En realidad, en los Hechos de los Apóstoles, se define a los cristianos de cada una de esas tres formas. Lucas podía hablar de ellos como bautizados, o como creyentes, o como aquellos que habían recibido el Espíritu. Y no existía nada embarazoso al respecto. El escritor de Hechos estaba claramente hablando de tres aspectos de lo mismo. En épocas subsiguientes la iglesia no ha tenido éxito en cuanto a mantener unidos los tres componentes de la iniciación cristiana; pero hoy en día debemos tratar de remediarlo y no aumentar las divisiones con nuestra manera de predicar el Evangelio. Un cristiano es un creyente bautizado en cuya vida mora el Espíritu Santo. Los tres aspectos de esa iniciación son necesarios para que esta sea completa. No tienen por qué darse todos al mismo tiempo, ni en el mismo orden, pero todos son precisos. El arrepentimiento y la fe (o conversión) es el *lado humano* de la iniciación cristiana: nosotros nos volvemos a Cristo. El bautismo constituye el *lado eclesial*: el candidato es recibido en una comunidad visible y pública de la iglesia cristiana. Y el don del Espíritu Santo en nuestra vida es el *lado divino* de la iniciación en la fe: lo que Dios hace regenerándonos y haciéndonos hijos e hijas suyos. El envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo a fin de capacitarnos para que clamemos: «¡Abba, Padre!» (Gá. 4.6).

Los evangelistas son muy conscientes de que el bautismo en agua sin ningún arrepentimiento ni fe real es subcristiano. Tienen razón. Pero corren el peligro de cometer algunos errores graves en esta delicada área del bautismo. Ya he intentado escribir más plenamente acerca de esto en mi libro *Baptism* [El bautismo], y no quiero repetirme aquí; sin embargo he podido escuchar algunas presentaciones muy inadecuadas que son en realidad peligrosamente erróneas.

He oído a ciertos evangelistas sugerir que la verdadera señal del compromiso es acercarse y recibir un folleto, o levantar la mano, o ponerse de pie, o realizar alguna otra acción externa. El Nuevo Testamento no dice nada acerca de eso; sólo conoce una forma de identificación como cristianos: el bautismo. No estoy diciendo que sea nocivo entregar un folleto o apuntar un nombre, pero no lo revistamos de una importancia injustificada.

También he oído a algunos evangelistas sugerir que el «un bautismo» recibido en la infancia no es en absoluto bautismo, sino más bien una «cristianización»; de ningún modo se trata del signo auténtico. Desde luego, no hay diferencia alguna entre un bautismo y una cristianización, y los evangelistas deberían ser muy cuidadosos antes de denigrar un sacramento que Cristo ha instituido. Hay un solo bautismo, se administre cuando se administre, aunque quizá lamentemos que no haya sido aplicado a la categoría de personas que nosotros consideramos la más apropiada. Si tenemos convicciones bautistas, y el nuevo creyente fue bautizado siendo bebé, lo adecuado, ciertamente, es establecer la comunión sobre la base del «un bautismo», pero recalcar que resultan necesarias tanto una apertura de la vida al Espíritu Santo como la toma de una postura pública de identificación con Cristo en arrepentimiento y fe, antes de que el bautismo recibido en la infancia sea plenamente válido.

Ya sé que habrá algunos que concienzudamente no se refrenarán de rebautizar a aquellos que ya han recibido el bautismo, pero es algo muy triste. Uno no puede repetir el sacramento de la iniciación: es como ser *rejustificado* o *readoptado*. Si la gente desea el enriquecimiento psicológico que procura el sumergirse en el agua, ¿no podría hacerlo «en memoria de su bautismo», o utilizando cualquier otra fórmula que parezca adecuada para la necesidad, en vez de pasar por una repetición de ese sacramento? De este modo los evangelistas estarían contribuyendo a la sanidad, en vez de a una mayor división, dentro del cuerpo de Cristo, y fomentando un aprecio más profundo por el sacramento que Jesús mismo nos dejó. También estarían subrayando adecuadamente esa respuesta y esa apertura al Espíritu que forman parte esencial de la tarea de evangelización.

Y por último, he oído a algunos evangelistas hacer un llamamiento a creyentes ya bautizados para que lo sean también con el Espíritu Santo. Esto es igualmente algo que deberíamos evitar si queremos dejar que la Escritura sea nuestra guía, puesto que hay siete (y sólo siete) referencias al «bautismo en el Espíritu Santo», y todas ellas, sin excepción, están describiendo cómo se llega a ser

cristiano. Juan bautiza con agua para traer a la gente al arrepentimiento, pero Jesús bautizará con su Santo Espíritu. Eso hizo en Pentecostés, y ha seguido haciendo desde entonces cuando hombres, mujeres y niños se abren y piden al Padre celestial el precioso don de su Espíritu. En ningún lugar del Nuevo Testamento se utiliza la expresión «bautismo en el Espíritu o con el Espíritu» para describir el equipamiento con un poder especial de aquellos que *ya son cristianos*. Jamás se emplea para indicar una clase de vida cristiana avanzada o de más octanos, sino siempre como una de las descripciones vívidas (¡y más que eso!) de lo que es llegar a ser simplemente cristiano. Busque las siguientes citas si tiene alguna duda: Mateo 1.8, y los pasajes paralelos de Lucas 3.16, Mateo 3.11, Juan 1.33; luego Hechos 1.5, donde Jesús recoge el contraste entre el bautismo precristiano de Juan y su propio bautismo en el Espíritu, y promete un cumplimiento rápido de éste último, el cual tuvo lugar en Pentecostés. Hechos 11.16 vuelve a referirse a dicho bautismo y, otra vez, como algo explícitamente introductorio. Y 1 Corintios 12.13 deja no menos claro que es el Espíritu, en primer lugar, quien bautiza a las personas en Cristo. Naturalmente, lo que quieren decir los evangelistas pentecostales y neopentecostales resulta totalmente correcto: están insistiendo en que nadie es cristiano en el sentido pleno del término hasta que su cuerpo ha llegado a ser templo del Espíritu Santo. Conuerdo con ellos. Pero no enturbiamos las aguas llamándolo bautismo. Los escritores del Nuevo Testamento no lo hacen, y nosotros deberíamos seguir su ejemplo.

Para considerarme cristiano necesito ser creyente, bautizado, y haber hecho sitio en mi corazón para el vivificante Espíritu de Dios. No soy cristiano en el sentido pleno de la iniciación en la fe hasta que puedan decirse de mí estas tres cosas; y el trabajo del evangelista consiste en ayudar a la gente a comprenderlo, y a poner en su lugar cualquiera de esos tres elementos de la iniciación cristiana que no se halle presente todavía. Ese es un privilegio tremendo y un llamamiento maravilloso, el cual debemos ser muy cuidadosos de no maltratar. Necesitamos limpiar la selva teológica y lingüística, en primer lugar para nosotros mismos, y luego para aquellos a quienes tratamos de ayudar.

3

¿Evangelizar en una sociedad religiosamente pluralista?

La nuestra es una era de pluralismo en todos los órdenes, y no menos en el religioso. Tenemos a nuestro alrededor un supermercado de creencias, y al parecer depende de nosotros elegir lo que consideramos más apropiado para nuestra vida. A la religión, al igual que a los valores, se la ha relegado en la mayoría de las culturas al ámbito privado de la existencia; y dentro de ese ámbito privado podemos escoger lo que queramos. Nadie nos molestará a menos que lo que hagamos suponga un fastidio para los demás. La sociedad es hoy en día, en casi todas las naciones occidentales, sumamente diversa: tanto étnicamente como en lo concerniente a las ideas, los valores y las creencias. En algunos países, como Francia, la religión tiene comparativamente poca influencia en la vida diaria; en otros, como Irán, su impacto es enorme.

En los últimos años algunos factores han dado gran relieve al pluralismo. Uno de ellos es el hecho de que nuestro planeta se haya convertido en una aldea mundial. Los budistas y los *sikhs*, los mormones y los *hare-krishnas* están activos en todas partes. La absoluta diversidad de creencias exhibidas ante nosotros por las personas de sus representantes que viven en nuestra misma calle convierte al pluralismo en una cuestión viva cuando antes era mayormente algo teórico.

Otra razón es el debilitamiento de una fe cristiana convencida en muchas partes del mundo occidental. Un menor asimiento del

cristianismo conlleva menos adhesión a lo que hace de éste algo especial, y facilita la suposición de que «todos vamos en la misma dirección; una fe vale tanto como otra, e incluso igual que no tener ninguna». También hay una nueva conciencia de la necesidad de ser ciudadanos del mundo, de la búsqueda de aquello que nos une en vez de lo que nos separa. Y la religión es innegablemente una de las cosas que dividen. Por consiguiente, la única respuesta apropiada para con las demás confesiones es el diálogo y no tanto la evangelización. De algún modo debemos juntar las diversas aspiraciones y creencias de la humanidad a fin de no dañar irreparablemente nuestro mundo. De todos modos no resultaría creíble que una religión fuera la verdadera y todas las demás falsas. ¡Por favor, qué arrogancia! La pregunta que el filósofo pagano Símaco hiciera a San Ambrosio en el año 384 d.C. ha cobrado una nueva perentoriedad mil seiscientos años más tarde: «Si el Dios de los cristianos es de verdad un Dios de amor que desea que todos se salven, ¿por qué tardó tanto en enviar al Salvador? ¿Cuál es la razón de que se permitiera que los seres humanos buscasen a Dios por tantos caminos distintos durante todo ese tiempo?»

¿CÓMO CONSIDERAN LOS CRISTIANOS A LAS DEMÁS RELIGIONES?

La cuestión del pluralismo religioso es sumamente difícil para los cristianos. Parece casi de mala educación hacer afirmaciones exclusivas en cuanto a Jesús y su obra; pero ¿tenemos los creyentes en él alguna otra alternativa? Y si Cristo es el camino a Dios, ¿en qué posición deja esto a otros sistemas religiosos? Ha habido algunos intentos de resolver esta cuestión.

De la evangelización al pluralismo

La solución tradicional, desde luego, ha sido evangelizar. Aquellos que pertenecen a otras religiones necesitan el Evangelio, y los cristianos tienen la obligación de hablarles. Es muy posible que haya mucha verdad en la fe de sus antepasados, pero no sabrán nada, sea cual fuere la religión a la que pertenezcan, de un Dios a quien le preocupa mucho el hecho de que estén alienados de él y pequen como para venir a este mundo a buscarlos. En ninguna otra parte oirán hablar de un Dios cuyo amor llega hasta el punto de cargarse él mismo con la culpabilidad de ellos, ni escucharán acerca de una intimidad tal con ese Dios infinito y

personal que hace que su Espíritu pueda ser recibido en el corazón humano.

Esa gran visión evangelizadora de alcanzar a todo el mundo con el Evangelio de Cristo surgió con fuerza en la Conferencia de Edimburgo de 1910. Setenta y tres años más tarde el Consejo Mundial de Iglesias se reunía en Vancouver bajo el lema: «Jesucristo, la esperanza del mundo». Parecía tratarse de lo mismo, pero de hecho era algo completamente diferente. Los dirigentes del Consejo Mundial pronunciaron serias advertencias contra la evangelización, debido a que ésta imponía un obstáculo al diálogo con otras religiones.

El grupo de estudio de aquel encuentro del Consejo Mundial reveló el cambio de actitud hacia las otras confesiones religiosas que había tenido lugar desde la reunión de Edimburgo:

Al final, las grandes comunidades de fe no habrán desaparecido; ninguna habrá «triunfado» sobre las demás. Los judíos seguirán siendo judíos, los musulmanes musulmanes, y los pertenecientes a las grandes confesiones orientales serán todavía budistas, hindúes o taoístas. África dará aún testimonio de su visión tradicional de la vida, y China de su herencia. La gente todavía vendrá del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentará en el reino de Dios sin haberse hecho primero «cristianos» como nosotros.

De manera que Jesucristo *no* es la esperanza del mundo, sino un extra opcional. El fenómeno de la conversión resulta tanto innecesario como repugnante.

El soporte filosófico para este cambio de actitud en cuanto a las otras confesiones ha sido debatido de diversos modos. Algunos, como Ernst Troeltsch, piensan que todas las religiones son relativas. La verdad tiene muchas formas y a la gente habría que dejarla con la verdad religiosa en la que ha sido educada. ¿Para qué inquietarlos? Es «verdad para ellos».

Esta perspectiva presenta todo tipo de dificultades. Tal vez Dios haya dado alguna revelación de sí mismo a cada una de las culturas por medio de la creación, la moral y la razón, pero si uno es cristiano, ¿no sostendrá que, en un determinado punto del espacio y el tiempo, él hizo una manifestación definitiva de su propio ser en la forma histórica de Jesús de Nazaret? ¿No mantendrá que en la cruz Dios realizó por la humanidad aquello que ningún otro ha hecho ni podía hacer? Y de todos modos, ¿bajo qué punto de vista puede alguien afirmar con confianza que todas las religiones son relativas? ¿Dónde está la base absoluta sobre la cual podríamos hacer tal declaración? Y cuando uno dice que todo está bien si algo es «verdad para mí»,

¿no está renunciando al mismo concepto de verdad? Al afirmar que una cosa es cierta, no queremos decir: «Me gusta, está bien para mí», sino que estamos declarando que la verdad tiene alguna validez universal.

Pero si todas las religiones no son esencialmente relativas, tal vez sean lo mismo en último análisis ... Todas comparten una esencia común. Tal es la opinión de Arnold Toynbee, la cual ha recibido bastante respaldo en algunos ambientes. ¿Que de cualquier manera las cinco religiones principales --el islam, el budismo, el hinduismo, el judaísmo y el cristianismo-- dejen a un lado sus particularidades y se unan para salvar al mundo de la destrucción! Deberíamos, argumenta Toynbee, limpiar nuestro cristianismo de esa creencia tradicional de Occidente de que la fe cristiana es única.

Pero este enfoque no es más prometedor que el último mencionado. ¿Hay de veras algo común a todas las religiones cuando algunas de ellas (como el budismo) son ateas y otras (el islam, por ejemplo) apasionadamente monoteístas? Y ¿podemos nosotros distinguir la esencia que supuestamente subyace a todas las confesiones de lo no esencial a lo cual se aferran sus practicantes? ¿Cómo hacerlo? ¿En qué principio debemos basarnos? Seguramente en el de que algunos elementos de una determinada fe son mejores que otros. Pero ¿desde qué punto de vista hemos de decidir lo que es mejor? ¿Y no pasamos del todo por alto, y de hecho lo metemos a escobazos debajo de la alfombra, el tema de la verdad, al poner todas esas religiones en una misma cacerola, hacerlas hervir y escurrir su esencia? ¿Y qué si una de ellas ofrece en realidad una expresión más plena de esa esencia que otra? ¿Cómo quedaría entonces nuestra olla de extracto? ¿Y qué haríamos con las asombrosas pretensiones de Jesús de Nazaret? ¿Y si el Absoluto hubiera *realmente* venido a nuestro medio? Si ese fuera el caso, ¿qué deberíamos hacer con los muchos ejemplos de lo relativo? Jürgen Moltmann hizo una interesante afirmación mientras estaba dando una conferencia en Vancouver en 1989. Desafiado en cuanto a las afirmaciones exclusivas que hacía acerca de Jesucristo, respondió que el verdadero diálogo surge mejor al examinar la singularidad de la postura de uno como cristiano, que al analizar aquellas cosas que se tienen en común. Y recordó cierta conversación con los marxistas de la Europa del Este en la que éstos estaban dispuestos a defender los aspectos socioeconómicos del Evangelio, aunque lo que realmente les interesaba era: «¿Por qué oran los cristianos?» Y fue el carácter singular de las pretensiones cristianas lo que dio lugar a los puntos de diálogo más provechosos.

Otro enfoque es el adoptado por Karl Rahner y el obispo John Robinson, quienes argumentan que todos los seres humanos son en realidad implícitamente creyentes, aunque ellos no lo sepan ni tampoco se sentirían halagados si se lo dijeran. La obra de Cristo en la cruz los abraza a todos, y todos han sido salvos por él. La tarea de la iglesia no consiste en capacitar a la gente para que responda al Evangelio, sino en informarla de que ya han sido rescatados en Cristo. Y en opinión del obispo Robinson, la iglesia debería llevar a cabo su trabajo como un esfuerzo de cooperación con los ateos, los agnósticos y los miembros de otras religiones, que son cristianos a pesar de ellos mismos.

El punto fuerte de esa perspectiva es la centralidad que otorga a la persona y la obra de Jesucristo, pero sus debilidades resultan bastante evidentes: no deja sitio para la respuesta humana de fe a esa justificación que Cristo crucificado ofrece a todos los hombres e insulta a los miembros de las otras religiones, y a los que no tienen ninguna, diciéndoles que después de todo son en realidad cristianos. De este modo vacía el término «cristiano» de cualquier significado consistente.

Todas estas perspectivas son inadecuadas. Si uno echa simplemente un vistazo superficial a las religiones del mundo, la idea de que son esencialmente la misma cosa o que constituyen ejemplos velados de cristianismo parece ridícula. Es cierto que muchas confesiones religiosas mundiales (aunque no todas), comparten ciertos valores morales básicos. En el apéndice de su libro *La abolición del hombre*, C. S. Lewis demuestra que existe un considerable consenso moral subyacente a los principales sistemas religiosos. Ninguno de éstos, por ejemplo, defiende el adulterio, el robo o el asesinato. Ese amplio acuerdo ético es lo que cabría esperarse si hay realmente un Dios vivo y personal que se preocupa de la moralidad de sus criaturas y ha puesto cierta comprensión de sus leyes en el corazón de éstas. Aun así, dicho consenso moral básico es un instrumento muy obtuso, ya que enmascara un sinfín de desacuerdos y contradicciones entre los diferentes grupos religiosos acerca de cosas específicas. Y nada del mismo puede compararse con la sublime enseñanza ética de Jesús: con sus «Amad a vuestros enemigos», «No juzguéis, y no seréis juzgados», «Perdonaos los unos a los otros como yo os he perdonado» y «Más bienaventurado es dar que recibir».

La intimidad con Dios

Sin embargo, contrariamente a lo que muchos piensan, el cristianismo no tiene que ver en primer lugar con la moralidad, sino con

un restaurar las líneas de comunicación rotas entre Dios y los hombres. El mensaje cristiano de intimidad con Dios es notablemente diferente de la afirmación central de todas las demás religiones. Traten de lo que traten, éstas no tienen que ver con dicha intimidad. A riesgo de hacer una generalización peligrosa sería útil echar un vistazo a las religiones del mundo y preguntarse: ¿Pretenden ofrecer esa relación íntima y filial con Dios que es la esencia misma del cristianismo?

Primeramente, hay *religiones ocultistas*, tales como el animismo, el budismo tibetano, la brujería, etc. Estas tienen que ver con espíritus, por lo general espíritus malos que deben ser aplacados o manipulados. Dichos espíritus pueden morar en los árboles, en ciertos lugares sagrados o en la gente, y son tan diversos como el hechicero africano, el chamán de Mongolia o el brujo local, que tratan de servirse de ellos. Las religiones ocultistas tienen que ver con espíritus, no con Dios, y mucho menos con la intimidad con él.

En segundo lugar están lo que podríamos llamar *religiones imperiales*. Estas tampoco tienen que ver con Dios, sino con la autoridad política máxima que reclama el poder y el respeto supremos: desde los «reyes divinos» de Egipto y Mesopotamia hasta Hitler, Stalin y Mao en nuestro siglo, pasando por los césares de la antigua Roma y los emperadores sintoístas del Japón imperial. Es interesante recordar los aires sobrenaturales que se daban tanto Hitler como Stalin. Este último solía hacer que se proyectaran fotografías suyas en las nubes bajas cuando había concentraciones masivas; mientras que el primero llegó a predecir un Reich milenial.

En tercer lugar tenemos las *religiones ascéticas*, tales como el jainismo, el hinduismo y el budismo, además de todas las versiones de autoayuda cristianas, desde el pelagianismo hasta el activismo secular. Estas tampoco tienen que ver con Dios, sino con la abnegación. En ellas se renuncia al yo y se mortifica el mismo a fin de liberar a la persona, y progresivamente al mundo, del mal y del sufrimiento. A veces esa abnegación es tan extrema que implica, por ejemplo en el nirvana budista, la eliminación final del hombre como ser consciente y con propósito, el cual es absorbido en el Uno impersonal o mónada. Ciertamente no tienen nada que ver con la intimidad con Dios, ya que en la mayoría de las ramas de esas religiones ascéticas no hay ningún Dios personal con quien tener intimidad. Esto desde luego es cierto del budismo y de la mayor parte de las variedades hindúes.

En cuarto lugar está lo que no puede más que llamarse *religiones genitales*, las cuales adoran al sexo. Se trata de un tipo de religión muy antigua ... y muy moderna. Abarca desde los cultos de la

fertilidad de los vecinos cananeos de Israel hasta D. H. Lawrence y los mercaderes de pornografía de Copenhague, el Soho y Sunset Strip, en Los Angeles, pasando por las estatuas lascivas de muchos templos hindúes. Ellos tampoco tienen nada que ver con el cristianismo ni con la intimidad con Dios que éste ofrece.

En quinto lugar tenemos lo que podemos llamar *religiones burguesas*, las cuales satisfacen las inclinaciones religiosas de las clases acomodadas y sólo cuestan a sus adherentes una elevada cuota de admisión. Se trata de grupos como la ciencia cristiana, la antroposofía, la teosofía y muchos cultos de autosuperación. Estos tienen que ver primordialmente con el hombre y no con Dios.

Un sexto grupo lo constituyen las *religiones proféticas*, que surgen del liderazgo dinámico y el desafío moral de un gran dirigente, y que tienden a extenderse por casi todo el mundo en aproximadamente un siglo desde su nacimiento. Un ejemplo excelente de ellas es el islam, que hizo tremendas incursiones en Oriente Medio y el Norte de África durante los cien años siguientes a la muerte de Mahoma. Otro es el marxismo, el cual influyó profundamente en una tercera parte de la población mundial medio siglo después de haber sido aceptado en Rusia. Aunque se trata de un movimiento ateo militante, el marxismo inculca, al igual que muchas religiones, un credo confesado con pasión, altos ideales, abnegación y una clara escatología. Sus adeptos, como en el caso de las confesiones religiosas, están dispuestos a morir por él. Las religiones proféticas suelen ser autoritarias, tanto las de corte teocrático como las totalitarias. El marxismo, naturalmente, no tiene nada que ver con Dios; ni siquiera el islam, contrariamente a lo que la gente piensa, ofrece comunión con Dios mismo. «Dios no se revela. No se revela a nadie de ninguna manera. Sólo revela su voluntad», afirmó el profesor al-Farugi, un islamita estadounidense destacado. O como expresa nítidamente Fathi-Osman, editor de *Arabia Magazine*: «Alá revela su mensaje, pero nunca se revela a sí mismo.» Una relación de amor e intimidad con él está descartada, constituye una blasfemia.

Por último están las *religiones reveladoras*. Sólo ha habido dos religiones en la historia del mundo que han enseñado que Dios puede ser conocido íntima y personalmente por su propia iniciativa. Únicamente el judaísmo y su «hijo», el cristianismo, sostienen que Dios ha dado a la humanidad una revelación fiable y personal de sí mismo. El judaísmo enseña que Dios se manifestó por medio de teofanías (p. ej., a Abraham, Moisés y los profetas), a través de dotes carismáticas temporales a individuos particulares (p. ej., Sansón, Saúl, David), y por revelación de sí mismo a los profetas

(p. ej., Isaías, Daniel, Amós). Se consideraba que la única residencia permanente de Dios sobre la tierra era el diminuto lugar cubierto por las alas extendidas de los querubines encima del «propiciatorio» del arca, la cual estuvo primeramente en el tabernáculo portátil y luego en el templo de Jerusalén. El judaísmo moderno se basa en la ley religiosa, la moralidad y el culto en la sinagoga.

La otra religión que desarrolló este elemento de la revelación tan importante en el judaísmo fue el cristianismo, o más bien Jesucristo. El pretendía ser el cumplimiento de la autorrevelación de Dios a la humanidad. Era Emmanuel, «Dios con nosotros». Y «en él --según dice Pablo-- habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col. 2.9). Dicho de otro modo: si usted quiere ver a Dios, mire a Jesús.

En un sentido derivado del anterior, el Espíritu Santo complementa esa calidad de «Dios con nosotros» que Jesús encarnó, ya que él es «Dios en nosotros» y produce en la comunidad de creyentes el poder, el amor y la sanidad del Dios todopoderoso. Hace real a Dios para los creyentes, y los capacita para que lo conozcan como Padre y clamen «Abba» como hijos adoptivos dentro de su familia. Entre las religiones del mundo, sólo el cristianismo, y el judaísmo veterotestamentario del que surgió, tratan de la comunión íntima que puede existir entre Dios y el hombre. Y el Espíritu (es decir, Dios mismo) da vida; la carne (a saber, la humanidad y los sistemas religiosos humanos) no tiene nada que ofrecer (Jn. 6.63).

Incluso un repaso tan breve como este deja muy claro que ningún intento de sincretismo entre todas las religiones puede ser remotamente plausible sin un buen número de argumentos especiosos. Todas esas religiones no son lo mismo, ni dicen serlo.

El islam

Pero hemos viajado demasiado deprisa. ¿No es el islam sobre todo una religión de revelación? ¿No tiene uno de los conceptos de Dios más nobles que existen en el mundo? ¿No goza de las normas éticas más altas? ¿Y acaso no se trata de una de las principales fuerzas religiosas en la era actual?

Todo eso es cierto. Tanto el islam como el cristianismo creen en un solo Dios, en que Jesús fue enviado por él y nació de la virgen María, en una alta moralidad ... Ambos esperan alcanzar el perdón de Dios e ir al paraíso después de la muerte. ¿Por qué, pues, teniendo tanto en común no son capaces los cristianos y los musulmanes de acabar con sus diferencias?

Esta es una cuestión que los cristianos deben abordar con mucha humildad. Cuando Mahoma nació en la Meca hacia el año 570 d.C. había realmente una presencia cristiana en la península arábiga, pero a aquella iglesia nestoriana le faltaba el amor, la pureza de vida y la eficacia espiritual necesaria para causar demasiado impacto entre las tribus árabes o para atraer a un hombre de la ardiente espiritualidad de Mahoma. Como resultado, el islam surgió de un trasfondo de cristianismo sin carácter cristiano. Al hablar con sus amigos musulmanes los cristianos jamás deberían olvidarlo. Tampoco deberían olvidar las cruzadas, en las que las naciones occidentales, profesando seguir a un Jesús que jamás tomó las armas, amontonaron todo tipo de odio, agravios y ataques físicos contra los seguidores del Profeta. Y mucho después que las cruzadas hubieran levantado una barrera casi impenetrable entre las dos religiones, las burlas y el aborrecimiento por el islam impregnaban la literatura europea, algo que sólo ha empezado a disminuir actualmente. ¿Resulta acaso extraño que los musulmanes sean sensibles en cuanto a cualquier menosprecio del Profeta por parte de los occidentales? No puedo sino maravillarme de su paciencia a lo largo de tantos siglos; así como de su insistencia en que Jesús fue un verdadero profeta, vino de Dios y enseñó el mismo *islam*, o sumisión a él, que Mahoma.

Sin embargo no es cierto, ni resulta útil imaginar, que el islam y el cristianismo digan más o menos lo mismo. Intente convencer a los estados árabes de Nigeria o Pakistán de esta proposición. Cualquier indicio de sincretismo sería repudiado mucho más apasionadamente por los seguidores de Mahoma que por los más celosos e informados cristianos, porque la diferencia entre lo uno y lo otro no puede ser salvada, ni siquiera disimulada. Los cristianos han tratado por todos los medios de entablar diálogo con los musulmanes durante los últimos años. Hombres como Kenneth Cragg han convertido esto en uno de los propósitos fundamentales de su vida. Pero hasta ahora ha habido poco o ningún estudio recíproco del cristianismo por parte de eruditos serios y sensibles del islam. A éstos les resulta difícil no despreciar una religión que, aunque sea una «religión del libro» (a la que consideraban más favorablemente en un principio), según creen, tolera tres dioses, atribuye de manera blasfema la divinidad al profeta Jesús, venera un libro sagrado escrito por hombres y no por Dios mismo, y representa al Dios todopoderoso abandonando a su profeta Jesús y permitiéndole que muera afrentado en una cruz. Además, el cristianismo parece exigir a sus adherentes pocos cambios de vida. Los cristianos no se destacan por su práctica de la oración; el

alcoholismo y la inmoralidad abundan en los países cristianos; hay una imponente separación entre la actividad religiosa y el resto de la vida. Una religión así no merece casi ese nombre. Por consiguiente los musulmanes, lejos de ser unos compañeros de diálogo complacientes, a menudo constituyen los más firmes adversarios del cristianismo en todo el mundo. Su propia fe es sumisión a la voluntad de Alá. Se trata de una religión sencilla, sin complicaciones, con prohibiciones abundantes, con un fuerte énfasis en la recompensa y el castigo, insistente en la unidad de Dios, en la oración cinco veces al día, en el ayuno (especialmente durante el mes santo del Ramadán), en la conducta ética, en la peregrinación, y en la guerra santa contra los infieles, como hemos visto hace un tiempo en Afganistán. El islam no es dado a teologizar demasiado, sino a actuar. Se trata de una fe militante y robusta que ha llegado a constituir un relato de éxito extraordinario. Por el contrario, el cristianismo comienza con el fracaso de su líder y la vergonzosa muerte de éste en un patíbulo, y sigue como una fuerza en cierto modo débil en la sociedad.

Un siglo después de la muerte del Profeta, el islam había conquistado Persia, Mesopotamia, Siria, Egipto, el Norte de Africa y España; y durante mil años siguió avanzando hasta alcanzar Grecia y Turquía, Africa y gran parte de Asia, incluyendo China y la India, Pakistán y Afganistán. Hoy en día está enviando misioneros y haciendo incursiones en muchos países tradicionalmente cristianos. Hay más musulmanes en Gran Bretaña, por ejemplo, que metodistas y bautistas juntos. Los seguidores del islam tienen un gran celo misionero, y la apostasía les parece intolerable. Un musulmán que se hace cristiano corre el riesgo de ser envenenado; casi con toda seguridad será expulsado de su casa y de su país. ¿Qué hay detrás de tal intransigencia y pasión? La pregunta es tanto más acuciante cuanto que los musulmanes pueden afirmar buena parte del Credo cristiano.

En su libro *Islam*, A. Guillaume ha demostrado que los musulmanes pueden aceptar todo el Credo de los Apóstoles salvo las palabras que destacamos:

Creo en Dios *Padre* todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
y en Jesucristo, *su único Hijo, nuestro Señor*,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de María virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió a los infiernos;

al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso;
desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.
Creo en el Espíritu Santo;
la Santa Iglesia católica,
la comunión de los santos;
el perdón de los pecados;
la resurrección del cuerpo, y la vida eterna.

¿Por qué es tan difícil tender puentes entre estas dos grandes religiones monoteístas que tanto tienen en común?

El islam entiende a Dios de un modo muy diferente. Para los cristianos la voluntad de Dios es la expresión de su persona, y sus actos misericordiosos hacia los seres humanos constituyen el resultado de su carácter. Así que, hasta cierto punto, Dios puede ser conocido personalmente. Para los musulmanes tal cosa resulta impensable: Dios no se revela a nadie de ninguna forma; sólo manifiesta su voluntad. El es totalmente trascendente, y hablar de autorrevelación implica que también podría ser inmanente, con lo que de inmediato se pone en peligro la «otridad» del Ser divino. De modo que el islam no quiere saber nada de una relación personal con Dios.

El islam también tiene un concepto distinto de la naturaleza humana y del pecado del hombre. La idea de pecado no es algo con lo que el islam se sienta muy a gusto. Desde luego hay pecados, y éstos serán castigados por Dios, pero el hombre no es esencialmente pecador: puede volverse y rendirse a Dios en islam si decide hacerlo. Hablar de la pecaminosidad humana le parece al musulmán una evasión de la responsabilidad. El hombre debería ceñir sus lomos y obedecer a Dios. Los musulmanes tienen una idea bastante limitada del efecto destructivo del pecado en las relaciones del hombre con Dios. Para los cristianos, en cambio, el pecado es un poder que atenaza la vida de la persona y la separa de su fuente divina. No se trata meramente de una lista de malas acciones. La diferencia es enorme.

El islam también tiene un concepto muy distinto de Jesús. Para los musulmanes él es uno de los profetas, y como tal muy reverenciado (por lo menos en teoría), aunque, naturalmente, menos que Mahoma. Cristo no era el Hijo de Dios: la misma idea, tomada con crudo literalismo, les parece blasfema; tampoco murió en la cruz: Dios no abandonaría a uno de sus profetas a tal suerte; ni mucho menos llevó el pecado del mundo. Cada hombre cargará con sus propios pecados y se enfrentará a su propio juicio; por consiguiente casi todo el mundo tendrá que pasar algún tiempo, y

tal vez toda la eternidad, en el infierno. La voluntad de Alá (si él así lo decide, y no hay razón por la que tenga que hacerlo), las oraciones de Mahoma y de los santos musulmanes, y las buenas obras de la persona fallecida son la única esperanza para escapar del infierno al paraíso, donde los fieles pueden beber el vino que les es servido por las *huris* doncellas del cielo de las cuales cada hombre puede tomar a cuantas quiera por esposas.

El islam y el cristianismo tienen conceptos muy distintos del libro sagrado. Para los musulmanes, el Corán fue escrito en los cielos por Dios y revelado a Mahoma en el idioma sagrado, el árabe, único en el que debe ofrecerse el culto. El Corán abarca la totalidad de la vida, tanto del individuo como de la sociedad, y es infalible, escrito por Dios, sin variantes textuales ni intermediarios humanos. El hecho de que fuese revelado a Mahoma, quien era él mismo analfabeto, destaca la ausencia de participación humana en su composición. Para los cristianos la Biblia fue escrita por hombres de diferentes trasfondos y culturas a lo largo de un período de mil quinientos años. Se trataba de individuos que tenían contacto con Dios, pero no constituían meros conductos de revelación: sus propias personalidades brillan a través de las páginas de la Escritura. Esto resulta muy insatisfactorio para los musulmanes, quienes consideran las Escrituras cristianas corruptas y poco fiables. Debieron haber sido falsificadas en el transcurso de su historia. Cualquier cosa que difiera del Corán está *ipso facto* equivocada.

El islam tiene una comprensión muy diferente de la certidumbre religiosa. Los musulmanes jamás pueden saber si están perdonados. Alá es completamente libre, más bien arbitrario, en la manifestación de su misericordia. De modo que, en el corazón del musulmán, sobre todo cuando se acerca la hora de su muerte, hay miedo. Siempre existe incertidumbre. Y no es sorprendente que este anhelo de seguridad, en un entorno religioso en cierta manera frío y legalista, haya arrastrado a muchos musulmanes a formas devocionales no coránicas, al virtual culto a Mahoma y a muchos de los *pirs* (hombres virtuosos), a la adoración de los santos, y a algo muy parecido a los cultos carismáticos.

No hay en el islam nada paralelo a la doctrina cristiana del Espíritu Santo que mora en los creyentes. Los dichos sobre el «Paracletos» que aparecen en el Evangelio de Juan se interpretan como indicaciones de la venida de Mahoma. No, Dios es demasiado grande y trascendente como para habitar en una casucha tan pobre como el corazón humano. Sin embargo, la presencia del Espíritu en nuestro corazón es lo que hace del cristianismo buenas nuevas en vez de ley, gozo en lugar de obligación, libertad en vez de esclavitud.

Ya hemos dicho suficiente para demostrar que, a pesar de todas sus similitudes, el cristianismo y el islam son fundamental e irreconciliablemente diferentes. Este último no alberga ninguna duda en cuanto a lo adecuado de su labor misionera en una sociedad religiosamente pluralista, ni debieran tenerla los cristianos. Porque el cristianismo incluye la unidad de Dios, el código ético, el énfasis en la oración, la noción de responsabilidad y juicio, y la cohesión social del islam en su forma más lograda, y además de esto ofrece a la humanidad la percepción de un Dios que hizo expiación por nuestros pecados y no se avergüenza de compartir con nosotros nuestra vida; que combina el amor con la ley, trata igual a hombres y mujeres, y los invita a entrar en su familia; que les asegura que son aceptados y que él mismo ha resuelto el problema planteado por su inherente egoísmo. Tal es nuestro Dios, y no debemos sentirnos avergonzados en lo más mínimo de dar a conocer las buenas nuevas de su carácter y su obra por la humanidad, ni a los partidarios del islam ni a cualquier otro ser humano. En Indonesia y Nigeria muchos miles de musulmanes están encontrando el cumplimiento de su *islam* en una sumisión amorosa a ese gran Dios que se sometió por ellos a la cruz. Y en muchas otras partes del mundo islámico no se trata tanto de que hayan rechazado a Jesús de Nazaret, sino más bien de que nunca lo han visto.

El movimiento de la Nueva Era

Nada hemos dicho hasta ahora del movimiento de la Nueva Era: el más moderno y amplio, gozoso y ecléctico de todos los intentos de sincretismo. ¿No es cierto que nos encontramos ante una religión que eclipsa al cristianismo y lo hace inútil incorporando muchos de sus principios a la Nueva Era?

La Nueva Era es la ideología de más rápido crecimiento, más sutil y más influyente que ha aparecido desde hace mucho tiempo. Se está extendiendo como la pólvora por los Estados Unidos y el Canadá, y empieza a hacer impacto en Europa. Es una cosmovisión suelta y en constante evolución, que no resulta posible concretar de un modo preciso. Algunos de sus principales patrocinadores gozan de un acceso prácticamente ilimitado a los medios de comunicación, como es el caso de la actriz y escritora Shirley MacLaine y de Steven Spielberg, con su serie sobre *La guerra de las galaxias*. He aquí algunas de las características principales de la Nueva Era:

Primeramente se trata de una cosmovisión esencialmente monista, como el hinduismo y el budismo. Cree que la realidad es

una prenda sin costura, y que toda diferencia participa de *maya* o ilusión. Todo es uno. El problema de la unidad y la diversidad se resuelve subordinando esta última a una supuesta unidad subyacente del universo.

En segundo lugar lo divino no es personal. Dios no es un «él» sino un «ello». Lo que se conoce de diversos modos como fuerza, energía, esencia, conciencia, el espíritu, ser ... supone algo completamente impersonal. Esto está, desde luego, en completo desacuerdo con la Biblia, que ve a Dios como el infinito y al mismo tiempo como alguien personal.

En tercer lugar, todo es Dios. La fuerza divina impersonal penetra y abarca cada cosa del universo. El nombre tradicional de esta creencia, que tiene una muy larga historia en el pensamiento humano, es panteísmo. En la Escritura, naturalmente, el Dios infinito y personal es eternamente trascendente, distinto de su creación, aunque esté presente en cada parte de ella (Hch. 17.28). Dios es, según la terminología clásica, tanto trascendente como immanente. ¡Algo totalmente distinto! En el panteísmo, si veo un árbol hermoso lo identifico con lo divino. En el cristianismo, digo: «Mi Padre celestial es el que lo ha hecho. ¡Gloria a su nombre!»

En cuarto lugar, los seres humanos son Dios. «Arrodíllate ante ti mismo --dice el gurú de la Nueva Era Swami Muktananda--. Honra y adora a tu propio ser. Dios mora en ti y como tú mismo.» «Todo el mundo es Dios --escribe Shirley MacLaine--, todo el mundo ... Amarse a uno mismo es amar a Dios.» Aquellos que proceden de un trasfondo islámico o judeocristiano se quedan estupefactos una y otra vez ante la «blasfemia» que supone tal afirmación. Pero ésta es coherente con las premisas del monismo: si toda la realidad es uno, Dios y el hombre también deben serlo. Todos nosotros tenemos un destello de divinidad en nuestro corazón. La humanidad es buena, ya que forma parte de lo divino. Pero lo mismo sucede con el mal, que se considera una ilusión o unas vibraciones o energía negativas. No existen absolutos en lo referente a la moralidad; y una persona iluminada trasciende las distinciones morales. ¡Puede usted comprender que tenga tanto éxito!

En quinto lugar, los recursos que necesitamos están dentro de nosotros, y nos toca a cada uno explotar esas energías que residen en nuestro interior. La salvación no consiste en un rescate desde fuera, sino en la realización de lo que se halla dentro de la naturaleza humana. Es ahí donde los adeptos de la Nueva Era se dan la mano con los humanistas y racionalistas: tanto unos como otros consideran que nosotros mismos modelamos por completo nuestro destino.

En sexto lugar, se da por bueno el principio del *karma*, derivado tanto del hinduismo como del budismo, el cual sostiene que el sufrimiento es simplemente el efecto inexorable de la maldad, que ha de ser purgada en la vida siguiente. Hay por lo tanto todo un enjambre de implicaciones que acompaña este implacable proceso del *karma*. La idea conlleva una visión cíclica de la historia; mientras que la Escritura ve en ella un claro comienzo, un punto intermedio decisivo con Jesús y un inequívoco final. Implica además la creencia en la reencarnación, que no sólo presenta inmensas dificultades en sí misma desde el punto de vista filosófico, sino que también se halla en abierta contradicción con la doctrina bíblica de que esta vida es el lugar de la decisión, y que «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (He. 9.27). Lógicamente, dicha doctrina de la reencarnación presenta las buenas obras como la forma de rescate, en un contraste absoluto con la insistencia bíblica en que nuestro rescate es el resultado de la gracia y la generosidad gratuitas de Dios para con los pecadores, quienes no merecen recibir nada de su mano. Aún más, está obligada a mantener (y mantiene) que el perdón no es sino una ilusión. Nada puede quebrar el poder del *karma*. Por lo tanto Cristo no llevó los pecados del mundo sobre la cruz. El mal moral no es real en última instancia, y por lo tanto no necesita ninguna clase de perdón. No es el pecado el problema del ser humano, sino *maya*, el velo de la ignorancia. Lo que necesitamos no es salvación sino iluminación.

En séptimo lugar, el movimiento de la Nueva Era pone énfasis en las posibilidades paranormales. Las personas somos capaces de experimentar la percepción extrasensorial, la telepatía, el contacto con los espíritus, la sanidad, etc. Existen canalizadores dotados para promover tales fenómenos. Los espíritus guías se manifiestan tomando control del canalizador, quien no se diferencia en nada de los antiguos médiums tan claramente proscritos por Dios en el Antiguo Testamento en pasajes tales como Deuteronomio 18.10-12: «No sea hallado en ti quien ... practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas.»

En octavo lugar, el sincretismo religioso está a la orden del día. Todas las religiones son básicamente una (¡y sostienen los principios de la Nueva Era!). Jesús fue simplemente uno entre los muchos maestros místicos --aunque los adeptos de la Nueva Era consideren diplomático el utilizar bastante lenguaje cristiano, como la expresión «conciencia de Cristo»--, y su singularidad desde luego

se niega, prescindiéndose al mismo tiempo tanto de su encarnación como de su expiación. El énfasis no recae en absoluto sobre Dios, y en este sentido el movimiento de la Nueva Era es «una religión sin serlo», como expresa R. J. L. Burrows. Tiene que ver únicamente con la autorrealización, la iluminación, la «fusión con el Uno» y el trascender la naturaleza humana normal para alcanzar la divinidad.

En noveno lugar, el movimiento de la Nueva Era está comprometido con la creencia en la evolución cósmica. La raza humana avanza progresivamente hacia la Nueva Era de Acuario, el tiempo de la unidad del planeta, la paz y la prosperidad. ¿Y cuáles son los impedimentos con que se topa? No es el pecado, sino la falta de conciencia cósmica, el culto al estado de separación, los lazos ilusorios del yo, la familia, la nación y la materia. La razón y el dogma, en particular, constituyen las barreras para la verdadera percepción del Uno. Estas cosas fragmentan la realidad y deben ser suprimidas. ¿Y cuál es el medio para progresar hacia la meta de la hermandad universal? El conocimiento, la *gnosis*, la iluminación: la comprensión del yo por el yo. Pero esto tampoco bastará: ese yo tiene que perderse en el Uno como los ríos se pierden en el mar. Así que, en cierto modo, la iluminación anula la maldición de la vida al abrazar la maldición de la muerte. Acaba con la estructura del «egoísmo» poniendo fin a la existencia separada de la persona y liberándola para que se funda con el Uno indiferenciado.

Estas son algunas de las suposiciones que esboza el movimiento de la Nueva Era. Pero se trata de un movimiento que está cambiando constantemente en su presentación y sus detalles, y creo que todavía se desarrollará más.

Para cualquiera que haya estudiado cómo surgió la iglesia primitiva, resultará evidente que la espiritualidad de la Nueva Era presenta asombrosos paralelos con el gnosticismo que casi eclipsó a la iglesia en el siglo II d.C., y que ya era objeto de advertencias enérgicas por parte de los escritores del Nuevo Testamento al término de la era apostólica. Las epístolas juaninas, en particular, son deliberada y decisivamente antigónicas. No había ningún enemigo más sutil y peligroso al que tuviera que hacer frente la cristiandad que el gnosticismo. El luchar contra esta falsa enseñanza constituyó la mayor preocupación de la iglesia del segundo siglo; y sin embargo aquí está de nuevo, disfrazada con términos de reminiscencia cristiana al igual que entonces, pero encarnando una serie de enseñanzas completamente opuestas a cada una de las doctrinas principales de la fe de Cristo. Y tan debilitada ha llegado

a estar nuestra presa en dicha fe, que mucha gente no ve la Nueva Era como un peligro. Así, quinientas de las mayores sociedades anónimas norteamericanas se reúnen al parecer regularmente para tratar las maneras en que la metafísica, el misticismo hindú y el ocultismo pueden ayudar a sus empleados a triunfar en el terreno comercial. Muchas compañías importantes dan seminarios de motivación o envían a algunos de sus empleados a la World Spirit University [Universidad del Espíritu Mundial], que es totalmente de la orientación de la Nueva Era. Algunas escuelas de Norteamérica que prohíben las oraciones cristianas, no sólo permiten, sino que promueven activamente el yoga, la meditación oriental y las técnicas de visualización, que no son otra cosa que formas hindúes de oración, respaldadas de un modo entusiasta por el movimiento de la Nueva Era.

¿Por qué es tan popular dicho movimiento? Por varias razones. Porque responde al hambre de unidad del género humano en un mundo desesperadamente peligroso. Porque habla a los corazones que han sido educados en los valores del materialismo y que comprenden que dichos valores resultan completamente insuficientes para la vida. Porque responde a importantes cuestiones modernas que los cristianos han sido lentos en abordar, tales como el medio ambiente, diversas clases de opresión y la esterilidad de la «sociedad tecnológica». Porque ofrece una dimensión espiritual de la vida libre de dogmas, variada en sus manifestaciones, llena de regocijo y de cosas «divertidas», sin exigencias en cuanto al estilo de vida y emancipada de las demandas de la moralidad. Esa es una mezcla muy eficaz, que brinda esperanza en un tiempo desesperanzado, contrarrestando a los profetas fatalistas con el mensaje de las posibilidades humanas y la transformación social. Y la guinda más gorda y colorada de todas encima de la torta es la autodeificación. El pecado original se ha convertido en la verdad final: «Yo soy divino. Puedo hacer lo que quiera.» Como comentaba la revista *Time* en su número del 7 de diciembre de 1987:

Uno puede considerar el ascenso [del movimiento] de la Nueva Era como un barómetro que indica la desintegración de la cultura estadounidense. Dostoevsky dijo que si no hay Dios todo está permitido; pero también lo está si cada cosa es Dios. No hay forma de hacer distinción alguna entre el bien y el mal ... Una vez que la persona se ha deificado a sí misma --que es de lo que trata [el movimiento de] la Nueva Era--, no existe ningún absoluto moral más alto; se trata de una receta para la anarquía ética y una pretensión religiosa falsificada.

VALORACIONES DEL PLURALISMO RELIGIOSO

Ya hemos dicho bastante para mostrar que los intentos bien de relativizar todas las religiones bien de reducirlas a una sola son muy poco convincentes en sí mismos y están reñidos con lo que enseña el cristianismo. Bien, pues ahora, ¿cómo considera el cristianismo a las demás religiones? Los cristianos han mantenido varias opiniones al respecto.

Sin embargo, antes de considerar dichas opiniones, resulta importante que recordemos la esencia de la postura cristiana: Al Dios todopoderoso le importaba tanto la humanidad en su separación y pérdida, que se reveló de una vez por todas, sin distorsión alguna, en carne humana, en la vida de Jesús de Nazaret; en la cruz, ese mismo Jesús se hizo responsable de todo el mal que había en el mundo, a fin de que pudiera afirmarse con confianza que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Co. 5.19); Jesús vive hoy y gobierna invisible en este mundo como Señor y Salvador; y nuestro destino humano es conocerle y gozar de él para siempre. Tal pretensión, como comentaba Stephen Neill en su libro *Christian Faith and Other Faiths* [La fe cristiana y otras fes],

resulta naturalmente ofensiva para los adherentes de todos los demás sistemas religiosos. Y lo es casi en la misma medida para el hombre moderno, criado en la atmósfera del relativismo donde la tolerancia se considera la mayor de todas las virtudes. Pero no debemos suponer que esta pretensión de validez universal sea algo que pueda quitarse discretamente del Evangelio sin transformar éste en algo completamente diferente de lo que es.

Y llama la atención sobre la propia certidumbre de Jesús «de que él era en realidad la palabra última y definitiva de Dios para los hombres ... Para la enfermedad humana sólo hay un remedio específico, y es éste. No existe ningún otro.»

Con este telón de fondo examinemos ahora algunas de las respuestas que los cristianos han tratado de dar al pluralismo religioso y la situación de las demás confesiones.

¿No hay ningún otro nombre?

Paul Knitter ha realizado un estudio impresionante sobre todo este asunto en su libro *No Other Name?* [¿No hay otro nombre?]. A lo largo de dicho libro, Knitter forcejea con las afirmaciones normativas y exclusivas acerca de Cristo hechas por el mismo Señor y sus seguidores, y la conclusión a la que llega es decepcionantemente

evasiva e insatisfactoria. Knitter sostiene que todo resulta mucho más fácil si uno cambia a un modelo teocéntrico y relativiza a Jesús. Las afirmaciones hechas en cuanto a Cristo como Salvador no son *ontológicas* sino *confesionales*. Es decir, que aunque Jesús no es realmente Señor y Dios, yo lo considero así. El lenguaje de la singularidad de Cristo fue acuñado por la iglesia del primer siglo porque ésta se hallaba encerrada en una cultura clásica y pensaba que sus pretensiones acerca de la abrumadora importancia de Jesús no serían oídas a menos que superasen o absorbieran a todas las demás. Sin embargo, a la luz de nuestra «nueva experiencia de pluralismo», resulta posible afirmar a Cristo y su mensaje sin insistir en que se trata de la verdad final. Lo que es más: los cristianos estaban en minoría en el mundo antiguo, de modo que sus pretensiones exclusivas acerca de Jesús eran un ejemplo del «lenguaje de supervivencia». ¡Tenían que exagerar si querían que alguien los escuchase!

Para lograr el resultado deseado, Knitter tiene que abandonar el carácter único e irreplicable de la encarnación, y cita de manera aprobatoria la sentencia de Norman Pittenger: «Dios se está encarnando siempre en su creación ... Todo es encarnación.» También tiene que dejar a un lado la resurrección; y aunque es reacio a hacerlo, la define como «abundantemente mítica». Los relatos de la resurrección, según Knitter, «no deberían tomarse literalmente»; fueron «intentos simbólicos de expresar, de “describir”, lo que había sucedido» (y se muestra sumamente vago en cuanto a lo que pasó, si es que pasó algo). Además, la resurrección «no implica necesariamente que sea “una sola y única”». Los budistas afirman sentir el espíritu de Buda, la presencia real de éste en medio de ellos, aunque su marco conceptual no permita una verdadera resurrección. De este modo puede producirse una época nueva y luminosa de actividad misionera; «no ese “asunto de la salvación” (de hacer cristiana a la gente para que pueda salvarse), sino el trabajo de servir y promover el reino de justicia y amor siendo señales y siervos» juntamente con personas de otras religiones. ¡Magnífico!, y en parte cierto. Pero un concepto demasiado apegado a la tierra de las tesis del cristianismo y, en realidad, de cualquiera de las principales religiones del mundo. No resulta necesario para los cristianos, afirma Knitter, «en su propia fe y en su conversación con otros creyentes proclamar el carácter “final” o “normativo” de Jesús». Pero luego añade una posdata tentativa de que «aunque tal pretensión no es necesaria ni puede hacerse, aún es posible que sea cierta. Quizá algo haya sucedido en el evento histórico de Jesucristo que sobrepase sorprendentemente a todos los demás eventos».

Resulta muy difícil pensar que una valoración así hubiese sido considerada siquiera como una opción cristiana por los apóstoles, la iglesia primitiva, los dirigentes de la Reforma o los millones de personas de todos los trasfondos religiosos que están llegando ahora a confesar a Jesucristo como Señor y Salvador. A pesar de toda su erudición, el libro de Knitter no nos presenta una forma auténticamente cristiana de mirar a las demás religiones.

¿*Praeparatio evangelica*?

Una actitud que sí es incuestionablemente cristiana hacia las demás religiones es la expuesta recientemente en los términos más conmovedores por David Edwards en su libro *Essentials* [Lo esencial], una extensa «conversación» con John Stott. En dicho libro, Edwards destaca la humildad que los cristianos deben mostrar ante otras confesiones y culturas. El autor no se aparta en lo más mínimo de las afirmaciones exclusivas acerca de Jesús hechas por el cristianismo, pero tiene una actitud amplia, amorosa y humilde para con la verdad donde quiera que la encuentra, y no se limita en modo alguno a la Biblia:

En *The Futures of Christianity* [Los futuros del cristianismo] (1987) argumenté que la gozosa aceptación de Jesús como Salvador y Señor, como Aquel que es capaz de llevarnos al Padre de un modo que ningún otro maestro puede hacerlo, es totalmente compatible con una disposición de aprender de otros tutores. En el pasado, los cristianos aprendían de buena gana de los filósofos griegos y los poetas romanos; en nuestro tiempo pueden ser enseñados por los judíos acerca de la vida comunitaria bajo el Señor, por los musulmanes o hindúes sobre la devoción a Dios, por los budistas en cuanto a desprenderse de las pasiones, por los animistas en lo relacionado con el carácter sagrado de la naturaleza, y por los ateos acerca de la bondad. Habiendo aprendido estas y otras muchas verdades de tradiciones fuera de la iglesia, descubrimos que ya se enseñaban en la Biblia.

David Edwards es una de esas personas que se sienten impresionadas por la cantidad de verdad que puede encontrarse en otras religiones. Y tiene toda la razón. Ninguna confesión gozaría de una aceptación amplia si no incluyese bastantes aseveraciones ciertas. Por lo tanto, las demás religiones constituyen una preparación para el Evangelio; y Cristo viene no tanto para destruir como para cumplir. El convertido al cristianismo no pensará que ha perdido su trasfondo, sino más bien que ha descubierto aquello hacia lo cual éste, en su mejor expresión, apuntaba. Esa es ciertamente la actitud que yo he encontrado en algunos amigos convertidos a

Cristo del hinduismo, el islam y el budismo: sienten una profunda gratitud por lo que aprendieron en esas culturas, pero les entusiasma más de lo que pueda expresarse el haber descubierto a un Dios que ha descendido a su condición viniendo como el hombre de Nazaret, y que los ha rescatado del sentimiento de culpabilidad y el alejamiento mediante su cruz y su resurrección.

A lo largo de los siglos muchos cristianos han tenido esta perspectiva. Los apologistas del siglo II d.C. siguieron a Pablo y a Juan identificando a Jesús con la Sabiduría preexistente y el Logos eterno. Se trataba de un lenguaje ampliamente utilizado y que los capacitaba para hacer afirmaciones cristianas en un ropaje no cristiano. Armados con aquellas convicciones, los primeros intelectuales cristianos, desde Juan y Pablo hasta Clemente y Orígenes, irradian la confianza de haber encontrado la clave para comprender el universo: todo aquello que era bueno y verdadero en los escritos paganos lo reclamaban para Jesús, la Luz del Mundo. Como lo resume E. L. Allen:

Cristo estaba presente en cada era y cada raza, pero no se lo conocía como tal. El paganismo guarda relación con el cristianismo como la ley con el Evangelio, la razón con la fe, la naturaleza con la gracia. El pagano es como un hombre ciego, que siente el calor del sol pero no ve su luz. Jesús estaba dentro del paganismo como una potencia de la naturaleza, pero aún no como un principio personal.

Y aquel cuya forma y enseñanza se hallaban latentes en lo mejor del paganismo era a quien los cristianos proclamaban abiertamente y en persona. No se trataba sino de Jesús, el consumidor de las aspiraciones de la humanidad y el Salvador del mundo. El sol había salido para una tierra oscura iluminada por muchas luces y velas cuya luminosidad se recogía y concentraba ahora en la Luz del Mundo.

Hay algo sumamente liberador en esta perspectiva de las demás religiones que nos capacita para hacer una valoración positiva de todo lo que es bueno, verdadero o hermoso en sus doctrinas y prácticas, manteniendo al mismo tiempo el énfasis novotestamentario en que la luz plena ha alborado sólo en Cristo, y que la salvación está sólo en Jesús. El es aquel cuya muerte aprovecha tanto a «los que estaban lejos» como a «los que estaban cerca»: a aquellos de otras religiones y de ninguna religión, y también a los judíos. Pero si usted cree esto como lo creo yo, no puede cruzarse de brazos y decir: «Ya cuentan con unas buenas velas. No necesitan nada más.» Si tiene algo de compasión y de amor por Cristo y por la gente en su corazón, querrá indicarles

«aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre», querrá evangelizar.

¿Influencia satánica?

Dentro de otra rama de la enseñanza cristiana se evalúa de un modo muy distinto a las demás confesiones. Si el énfasis de la perspectiva de *praeparatio evangelica* que acabamos de examinar estaba en lo bueno de otras religiones, esta idea se concentra en lo opuesto: ellas niegan explícita o implícitamente la salvación que ofrece Jesucristo; adoptan o permiten prácticas morales muchas de ellas repugnantes; están abiertas al contagio por parte de fuerzas espirituales que no proceden de Dios; sus verdades se hallan envueltas en muchas tinieblas ... En realidad, algunos consideran toda religión no cristiana como un producto de Satanás que impide a la gente conocer al Dios verdadero. Si esta actitud parece extrema (y lo es, aunque fuera la de bastantes misioneros del siglo XIX), dejemos entonces que Lesslie Newbigin, ese experimentado y sumamente inteligente obispo misionero, que probablemente sabe más de primera mano acerca de otras religiones que ningún otro hombre en la actualidad, haga dos perspicaces observaciones acerca de la verdad que hay en esta idea acompañando a la patente exageración. Dichas observaciones se encuentran en su libro *The Finality of Christ* [El carácter absoluto de Cristo]. En primer lugar, Newbigin entiende que donde más se manifiesta lo demoníaco es precisamente en el área de la religión, y comenta acerca del cuidado que ponen los convertidos en distanciarse de las prácticas que heredaron por este mismo motivo. Y, en segundo lugar, dice que

precisamente en los momentos de los logros éticos y espirituales más elevados, las religiones se sienten amenazadas por el Evangelio y por lo tanto se alinean contra él. Fueron los guardianes de la revelación divina quienes crucificaron al Hijo de Dios, y son los más nobles entre los hindúes aquellos que rechazan del modo más enfático el Evangelio. Los que dicen: «Vemos», son quienes tratan de oscurecer la luz.

¿Aspiraciones humanas?

Una tercera perspectiva cristiana de las demás religiones es la que las considera, no tanto como preparaciones para el Evangelio o como emanaciones demoníacas, sino más bien como aspiraciones del espíritu humano. El budismo, por ejemplo, representa una de tales aspiraciones, cuyo fin es contrarrestar el sufrimiento en el mundo, y el animismo trata de hacer lo propio con las terribles fuerzas de los espíritus malos. Hay obviamente algo de verdad en

esta concepción y, en ciertos aspectos, pone de relieve el carácter diferente que reclama el cristianismo: el Evangelio de Cristo no es una religión en el sentido de constituir un intento por parte del espíritu humano de llegar a Dios, sino más bien una revelación y un rescate efectuado por Dios mismo. No comienza en el extremo del hombre y acaba en Dios, sino a la inversa.

Sin embargo, desde cualquier punto de vista, este concepto de las demás religiones como aspiraciones del espíritu humano en cuanto a Dios resulta inadecuado, ya que no deja sitio para el elemento de revelación natural en otras confesiones. Dios espera verdaderamente, como expresara Pablo a los atenienses (Hch. 17.27-28), que la gente lo busque y lo encuentre; pero a la vez no está lejos de ninguno de nosotros, porque «en él vivimos, y nos movemos, y somos». Y el apóstol cita con aprobación al poeta pagano Arato: «Porque linaje suyo somos.» Y este Dios que no está lejos de ninguna de sus criaturas, no se ha dejado sin testimonio (Hch. 14.17). Los cielos declaran la gloria del Creador, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Sal. 19.1). Además, la conciencia y la moralidad humanas forman parte de la autorrevelación general de Dios, ya que...

cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley [judía], son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi Evangelio (Ro. 2.14-16).

De modo que sería erróneo, desde una perspectiva cristiana, considerar a las demás religiones meramente como la historia del esfuerzo humano por alcanzar a Dios. Ello resultaría injusto para con esas otras confesiones y no cuadraría demasiado bien con la naturaleza del hombre tal como la revela la Biblia. Tenemos la tendencia a ser blandos, dando por sentado que todo el mundo busca ansiosamente a Dios. Eso suena bien y el juicio es caritativo, pero sabemos que personalmente no somos así, y la Escritura sostiene que los demás tampoco lo son, ya que: «No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios» (Ro. 3.10). Sin lugar a dudas, el apóstol establece su proposición de un modo muy severo. Es cierto que la gente *a veces* busca a Dios, especialmente en momentos de crisis, pero muy pocos se proponen *seriamente* encontrarlo y vivir de acuerdo con su voluntad.

La cosa doblemente asombrosa que nos revela la Biblia es que los seres humanos no somos en absoluto sinceros buscadores de

Dios. Muy a menudo retenemos la verdad con una injusta manera de vivir, y no consideramos oportuno reconocer a Dios aun cuando sabemos perfectamente que él está ahí (Ro. 1.18-20, 28). La luz viene al mundo, pero nosotros amamos más las tinieblas que la luz porque nuestras obras son malas (Jn. 3.19). Y eso puede aplicarse, en cierta medida, a todo el mundo. Las personas incorporamos una extraña mezcla de anhelo por Dios y de no querer toparnos con él. No, no somos en absoluto resueltos buscadores de Dios. Pero si esa es una sorpresa embarazosa, la otra resulta del todo desconcertante: Dios nos busca resueltamente a nosotros y vino a encontrarnos, perdidos como estábamos.

Resumen

Creo que es prudente el juicio de Sir Norman Anderson cuando en su libro *Christianity and World Religions* [El cristianismo y las religiones mundiales] rechaza cualquiera de estas ideas acerca de las otras religiones como suficiente en sí misma, aunque sostiene que hay algo de verdad en cada una de ellas:

Las religiones no cristianas se parecen, a mi modo de ver, a un centón compuesto por retazos más vivos y más oscuros de diferentes proporciones. Hay elementos de verdad cuya procedencia debe ser Dios mismo, bien mediante el recuerdo de una revelación original o a través de algún proceso de fecundación cruzada que, no dudo, él todavía otorga a aquellos que le buscan de veras. Pero también hay otros elementos que son claramente falsos, y que yo al menos considero que vienen del «padre de mentira», cuyo propósito principal no consiste tanto en inducir a los hombres al pecado sensual como en retenerlos, por todos los medios a su alcance, lejos del único Salvador. No obstante, vuelvo a decir que hay mucho que se describiría mejor como aspiraciones humanas a la verdad que como revelación divina o engaño satánico.

¿POR QUÉ JESÚS ES TAN ESPECIAL?

Aquí podemos considerar esto brevemente, porque ya hemos tenido ocasión de ocuparnos de ello de pasada y volveremos a hacerlo en el capítulo seis. Pero ... ¿por qué es Jesús tan especial? ¿Qué razón tienen los cristianos para mostrarse hasta tal punto reacios a ponerlo al mismo nivel que otros grandes líderes de las religiones del mundo? La respuesta es honesta y sencilla: la diferencia está en quién es Jesús, qué ha realizado y qué ofrece.

¿Quién es Jesús?

Jesús no es simplemente un gran maestro, un héroe o un mártir; tampoco es un mero profeta o un hombre santo autorizado y enviado por Dios. En Jesucristo vemos nada más y nada menos que a Dios mismo manifestado en carne humana. Todo lo divino que podía concentrarse en forma de hombre se encarnó en el carpintero de Nazaret al comienzo de nuestra era. No voy a argumentar esto ahora, ya lo haré en un capítulo posterior, pero tal es la esencia de la pretensión cristiana tanto acerca de Jesús como de las demás religiones. Cristo está en una categoría completamente distinta que Buda, Confucio y otros grandes dirigentes. En él vemos al hombre que era Dios, lo cual representa una paradoja; pero dicha paradoja constituye la esencia del cristianismo. La fe cristiana es la única que descansa por completo sobre la persona de su fundador, el cual no es ninguna figura mítica, sino un personaje histórico bien documentado, cuya vida, muerte y resurrección corroboran plenamente las afirmaciones sublimes que hizo acerca de sí mismo y que otros han hecho respecto de él. Por eso Jesús es tan especial.

¿Qué realizó Jesús?

Afirmado con osadía, él rescató al mundo. ¿Y qué significa eso? Sencillamente que el mundo, desde su época más temprana, ha estado funcionando con una tendencia peligrosa: el hombre repetida, habitual y constantemente ha escogido su propio camino. Ha vuelto la espalda a Dios y a la conciencia innumerables veces. Esto da como resultado una situación peligrosa si Dios es, como confirmarían la Escritura y una reflexión cuidadosa, la fuente suprema de todo lo bueno y recto, santo y justo. Ese Dios santo no puede aparentar simplemente que la perversidad y la maldad humanas (predominantes en nuestra generación como nunca antes en la historia de la humanidad) no importan. ¡Naturalmente que importan! Y nos alejarán inevitablemente, no sólo los unos de los otros, sino también de aquel que es perfección absoluta. Solamente puede haber un veredicto para toda la raza humana: culpable. Esto se aplica a los hombres y mujeres de cada una de las religiones, así como a aquellos que no tienen ninguna. Todo el mundo es culpable delante de Dios (Ro. 3.19). Esa impiedad nuestra despertó el justo juicio de Dios y al mismo tiempo inspiró su misericordia; dio como resultado su propia venida a esta tierra, no sólo para mostrarnos cómo es él dentro de los límites de una vida humana perfecta, sino, sobre todo, con el objeto de disponer un camino de vuelta a él para los rebeldes humanos. Lo que hizo fue

colocarse en el lugar de la degradación y la vergüenza, de la angustia y del sufrimiento más terribles; allí donde el sufrir inocentemente sería experimentado de la forma más aguda; en el sitio asociado, a lo largo de toda la historia de Israel, con el repudio de Dios y, de hecho, con su maldición (Dt. 21.22-23). Fue a ese maldito instrumento de tortura que era la cruz y cargó con la maldición que, como explica Pablo, tendría que haber sido nuestra, ya que se trataba del castigo del juicio de Dios sobre aquellos que habían quebrantado sus leyes; era su veredicto personal, aunque en absoluto rencoroso, contra la maldad humana (Gá. 3.10, 13). Y todo el Nuevo Testamento se regocija maravillado de la generosidad de un Dios que fue capaz de rebajarse hasta ese punto para conquistar el corazón de sus enemigos y de sacrificarse a sí mismo a fin de que nosotros pudiéramos quedar en libertad. Porque al ocupar nuestro lugar en el banquillo, él no sólo manifestó su gracia sino también su justicia: la primera volvió a recibirnos, y la segunda quedaba plenamente satisfecha en todas las demandas que tenía contra nosotros, ya que él mismo se había ocupado de éstas en nuestro nombre y nuestro lugar al precio de su propia vida.

Ningún otro dirigente, en ninguna de las religiones del mundo, ha hecho jamás nada remotamente parecido. En ningún otro lugar encuentra uno la idea de un Dios que ama hasta el punto de sacrificarse por los seres humanos; ni esa otra de que unos rebeldes vuelvan libres a la casa del Padre después de haberla abandonado; ni tampoco se escucha siquiera un susurro de que no hay nada que podamos hacer para resultar aceptables. Nuestro pecado es demasiado vil para ello. Pero, ¡gloria a Dios!, él ha realizado todo lo necesario para hacernos volver y que nos sea posible estar en su santa presencia sin sentirnos avergonzados y vestidos con la bondad del mismo Cristo como si fuera nuestra propia.

Tampoco eso fue todo: la vida perfecta de Jesús no permaneció bajo el cerrojo y la llave de la muerte, como ha sucedido con todas las demás vidas, estropeadas por el pecado. La muerte no pudo mantenerlo prisionero. Y así descubrimos, basándonos en el testimonio firme y coherente de una muchedumbre de contemporáneos suyos, esas noticias asombrosas de que «a este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos festigos» (Hch. 2.32). De modo que la resurrección muestra que él es el Hijo de Dios, que superó la barrera del pecado y que venció a la muerte; lo hace ilimitadamente disponible y apunta hacia el destino que Dios tiene para los individuos y para la raza humana. Por eso es tan especial Jesús. Lo que ha realizado haciéndose responsable de los pecados del mundo sólo podía llevarlo a cabo alguien que fuera solidario al mismo tiempo con Dios y con el

hombre. Lo que Jesús consiguió depende total y absolutamente de quién era; su logro fue de tal envergadura que la muerte misma no tuvo fuerza suficiente para retener al crucificado.

Esto no es mitología, sino historia objetiva. Fue lo que puso en marcha al cristianismo y le dio su carácter, lo que hace que el logro de Jesús sea tan especial.

¿Qué puede ofrecer Jesús?

Jesús puede ofrecer perdón de pecados, ya que él mismo pagó el precio de dicho perdón. Cristo apuró hasta las heces el vaso de la maldad humana, y a cambio de ello tiene ahora la capacidad de ofrecernos esa agua pura de la copa de la salvación.

En ninguna otra religión del mundo encontrará usted esto. Si examina el hinduismo o el budismo descubrirá que el principio del *karma* es inviolable. No hay perdón posible. Uno tiene que pagar sus deudas. Si echa un vistazo al islam, verá que «Dios ama a los que se purifican a sí mismos». ¿Y qué esperanza nos ofrece eso a nosotros? Además, Dios es absolutamente inescrutable y no puede saberse de qué manera actuará: «El castiga a quien le place y otorga misericordia a quien quiere.» Frío consuelo es ese. Sólo en Cristo hay una oferta ilimitada, segura y justa de perdón. Pero, desde luego, eso no es todo: mediante su resurrección él nos da una firme certeza en cuanto a su propia identidad (Ro. 1.3-4), y también nos concede la membresía en una nueva comunidad. Esto no es algo único, ya que la mayoría de las religiones tienen alguna clase de comunidad parecida, aunque, por lo general, restringida según la raza, la clase social o el nivel económico. Sin embargo, la resurrección de Cristo nos ofrece la perspectiva de una vida después de la muerte en su compañía y la de los demás creyentes en él; una relación de persona a persona en la cual nuestra vida será levantada y transformada, al igual que lo fue su cuerpo de resurrección. Sobre todo, la resurrección de Jesús prepara el camino para que su Espíritu venga y more en nuestra vida. Eso es algo totalmente único. Muchas otras religiones se regocijan de sus grandes maestros, pero ninguna ofrece una amistad perpetua con su mentor con independencia del tiempo y el lugar, de la edad o la ocupación. Y no obstante eso es lo que el Espíritu de Jesús puede hacer y hace por millones de personas: viene y mora en su vida convirtiendo a Cristo en un compañero y un amigo constante para ellos.

Por eso es tan especial Jesús. Su persona, su obra y lo que ofrece, todo ello es único. Resulta inevitable, por lo tanto, que los cristianos quieran darlo a conocer a otros.

¿QUÉ SUCEDE CON AQUELLOS QUE NUNCA HAN OÍDO EL EVANGELIO?

Hay tres respuestas a esta pregunta que me parecen definitivamente no cristianas, aunque pueden encontrarse creyentes que sostienen cada una de ellas.

¿Son todos inevitablemente salvos?

La primera respuesta que tengo en mente es la que dice que aquellos que nunca han oído el Evangelio (los cuales deben, desde luego, diferenciarse cuidadosamente de esos otros que lo han oído y lo han rechazado) serán todos indudablemente salvos. Esto se conoce como universalismo, y está basado en la convicción de que el amor de Dios, a su debido tiempo, quebrará toda resistencia que le presenta el ser humano. Todos serán salvos, porque Dios, en su amor, jamás dejaría que nadie se perdiese.

Naturalmente que a todos nos gustaría que eso fuera así, pero el universalismo jamás ha formado parte de las creencias cristianas ortodoxas debido a que está claramente en contradicción con la enseñanza de Jesús. Cristo habla constantemente de los dos caminos, los dos destinos, los dos futuros que esperan a las ovejas y las cabras, al trigo y la cizaña, a aquellos que están dentro de las bodas y los que se encuentran fuera. Jamás verá usted en la enseñanza de Cristo ni en la de los apóstoles ninguna sugerencia de que todos vayan a ser inevitablemente salvos. Más aún, resulta muy extraño defender esta postura del universalismo partiendo de la doctrina de que Dios es amor. ¿Cómo sabemos que lo es? Fundamentalmente porque Jesús nos lo enseñó y encarnó ese amor en su propia persona y misión. Sin embargo él es quien más habló también acerca de la posibilidad de no alcanzar la vida eterna y de acabar naufragando, así como de lo terrible que esto es. Hay algo muy raro asimismo en esa idea de que, al final, el Dios cuyo amor no le impidió dar libre albedrío a los seres humanos vaya a quitárnoslo y a hacernos entrar a todos por la fuerza en su reino. En efecto, según la hipótesis del universalista, se producirá finalmente un acoso de buena voluntad divina para con nosotros. Por último su amor habrá llegado a todos los seres humanos. ¿Pero de veras sucederá así? ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede ser dogmático en su suposición de que nadie utilizará el libre albedrío que Dios le ha dado para resistirlo hasta el final? En mi opinión esa arrogante confianza y esa actitud casi condescendiente del universalista es lo

que menos se parece a la propia actitud de Jesús. En un lugar de su libro *On Being a Christian* [Sobre el ser cristiano], Hans Küng se burla del agnosticismo que muchos reflexivos teólogos protestantes demuestran respecto a este tema «con un desdeñoso “no sabemos” como si no fuera asunto suyo». Sin embargo, se trata de la única actitud que la criatura puede adoptar ante el Creador cuando Dios no ha dado ninguna luz directa sobre el asunto. Estoy de acuerdo con la réplica de Lesslie Newbigin a Küng en su libro *The Open Secret* [El secreto revelado]:

Me parece asombroso que un teólogo piense que tiene autoridad para decirnos de antemano quién será salvo en el día final. No es por accidente que esos anuncios eclesiásticos siempre adoptan un tono moralista: es a los «hombres de buena voluntad», los seguidores «sinceros» de otras religiones, los «guardadores de la ley», a quienes se informa con antelación que sus asientos en el cielo han sido reservados con seguridad. Esto es exactamente lo contrario de lo que enseña el Nuevo Testamento. Allí el énfasis se pone siempre en la sorpresa: los pecadores serán recibidos y aquellos que estaban confiados en que tenían un lugar asegurado se encontrarán fuera. Dios sobresaltará a los justos por su ilimitada generosidad y su tremenda severidad ... Habrá asombro tanto entre los salvos como entre los perdidos (Mt. 25.31-46). Y por eso se nos advierte que no juzguemos nada antes de tiempo (1 Co. 4.1-5). Negarse a responder a la pregunta que nuestro mismo Señor no quiso contestar (Lc. 13.23-30) no es «desdeñoso» sino simplemente honrado.

¿Están todos inevitablemente perdidos?

Si el universalismo no puede considerarse una auténtica opción cristiana, ¿qué pasa con la postura contraria, el tormento consciente interminable de todos aquellos que nunca han oído el Evangelio de Jesucristo? No hay duda de que bastantes creyentes fervorosos sustentan esta opinión, pero aun así dudo mucho de que se trate de una alternativa genuinamente cristiana. ¿Qué clase de Dios sería aquel que se regocijara eternamente en el cielo con los que han sido salvos mientras en el piso de abajo los gritos de los perdidos producen una angustiada cacofonía? Ese Dios no es la Persona que se revela en la Escritura como alguien totalmente justo y plenamente amoroso. El Nuevo Testamento es tajante en cuanto a la posibilidad de la perdición eterna, y habla también del infierno de manera directa, pero no enseña el interminable tormento consciente de aquellos que se hallan para siempre separados de Dios. La descripción más corriente de la perdición final en la Biblia utiliza el lenguaje de la «destrucción» (Mt. 7.13; 10.28; 1 Ts. 5.3; 2 Ts. 1.9;

etc. *Biblia de las Américas*). Y el significado más natural espiritualmente hablando es precisamente el que corre paralelo al sentido literal, es decir, el de «quitar la vida», «liquidar». La inmortalidad no es, como pensaba Sócrates, una cualidad que todo el mundo posee de manera natural; según Jesús, se trata del don de Dios para aquellos que confían en él para obtenerlo. De modo que no hay necesidad de pensar que el eterno y continuo disfrute de Dios deba ser igualado por un eterno y continuo tormento de los separados de Dios. Muy bien pudiera ser --y el énfasis principal de la Escritura así lo sugiere-- la destrucción final. *Aiōnios*, el adjetivo griego empleado en «vida eterna», también se usa en la Biblia en «eterna destrucción». Dicho adjetivo no indica principalmente una cantidad interminable de vida o de muerte, sino su calidad última; significa la vida del siglo venidero o la perdición para el siglo venidero.

¿Pero acaso el lenguaje acerca del lago de fuego y del infierno como un lugar «donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga» (Mr. 9.48) no indica un tormento constante y perpetuo? Nada de eso: se trata de una alusión al basurero de la ciudad, llamado Gehenna y situado fuera de Jerusalén, donde los gusanos estaban permanentemente activos y el fuego siempre en rescoldo. No dice nada en absoluto sobre un tormento constante e interminable; la basura no dura mucho en el fuego. Estas imágenes simbolizan la perdición total. Pero ¿y qué hay del lago de fuego que aparece en el libro de Apocalipsis (20.10)? Esa única referencia en un libro altamente gráfico no es suficiente para que basemos en ella una doctrina tan salvaje, particularmente cuando recordamos que se indica que es para el diablo, la bestia y el falso profeta, los cuales no son en absoluto individuos, sino principios de maldad que resultarán completamente aniquilados. Los cristianos, por lo tanto, deberían rechazar la doctrina del perpetuo tormento consciente de aquellos que nunca han oído el Evangelio con la misma firmeza que rechazan el universalismo.

¿Serán juzgados los paganos según sus obras?

Una tercera opinión que se encuentra en círculos cristianos es que aquellos que no son creyentes en Cristo serán aceptados por Dios de acuerdo con sus hechos. Resultarán exculpados (o «justificados», como lo expresaría el Nuevo Testamento) en virtud de la adhesión debida a su propia religión y de sus buenas obras. Karl Rahner, teólogo católico romano de vanguardia, los apoda «cristianos anónimos», ¡título que ellos repudiarían enfáticamente! Rahner tuvo mucha influencia en el estudio que el Concilio Vaticano II hizo sobre este asunto, y que concluía diciendo:

Quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios. Cuanto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan la vida (*Lumen gentium* 2.16).

Esta es una afirmación muy mezclada. Por un lado insiste en que las otras religiones son sólo una preparación para el Evangelio, y así mantiene la supremacía de Cristo. Tres veces repite que una vida buena únicamente puede vivirse por la gracia de Dios. Y también enfatiza que la ignorancia del Evangelio y la falta de respuesta a él por parte de la gente debe ser sin culpa propia. Asimismo hace la acostumbrada (y a menudo correcta) distinción católica entre fe implícita, como la que un bebé puede tener en su madre, y fe explícita, como aquella que dicho bebé podría expresar con palabras elocuentes veinte años después. Pero esta declaración vaticana se aproxima mucho a decir que lo único necesario es una vida buena. No obstante ¿quién lleva una vida buena? La Biblia dice muy claramente que nadie lo hace. Por esa razón se necesita un Salvador. «Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él [Dios]; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Ro. 3.20). Si el llevar una «vida buena» y el buscar al Dios desconocido fuera suficiente, ¿por qué habría tenido el Señor que rebajarse hasta las terribles profundidades de la encarnación y de la cruz por causa de sus criaturas caídas? No. Como Pablo sigue afirmando en Romanos 3, la forma divina de corregir el mal ha sido manifestada en Cristo. No tiene nada que ver con el guardar la ley o con la religión de los profetas, aunque tanto lo uno como lo otro apuntan hacia ella. Se trata de la propia justicia de Dios, personificada en Cristo y prometida a todos los que vienen a reclamarla por la fe. Nadie la merece, por la simple razón de que no hay diferencia entre la gente: todos y cada uno han pecado y están destituidos de la gloria de Dios. Sin embargo pueden ser justificados o absueltos como un don, por su gracia, mediante la redención que es en Jesucristo, a quien Dios ofreció como expiación por el pecado a través de su muerte en la cruz (Ro. 3.21-25).

La salvación no se logra mediante obras, ni tampoco se le mete por las narices a la gente la quieran o no, sino que el Dios totalmente

íntegro, el Juez de toda la tierra y que siempre hace lo que es justo (Gn. 18.25), la otorga. Por lo tanto podemos tener la confianza de que los hombres y las mujeres que no han contado con la posibilidad de responder al Evangelio no serán condenados inexorablemente.

¿Hay alguna puerta de esperanza?

¿De qué manera podemos hacer entonces compatibles la enseñanza universal de la Biblia en cuanto a que nadie puede merecer el cielo de Dios y esa otra de que Cristo murió por todo el mundo y quiere que todos sean salvos (1 Ti. 2.4)?

Yo creo que la respuesta se insinúa en ese extenso pasaje de Romanos al que me he referido anteriormente. En Romanos 3.25, Pablo sigue explicando que la obra de Cristo de llevar los pecados en la cruz demostró que Dios realmente había sido justo en tiempos pasados, cuando parecía pasar por alto el pecado. La cruz dejó bien claro que en absoluto había hecho Dios esto último; más bien estaba esperando el momento oportuno para vérselas con dicho pecado. Con ese acto de rescate efectuado en la cruz, Dios demostraba dos cosas: por un lado, que era completamente justo, tanto que no podía soportar el dar la impresión de que el pecado no importaba; y por otro, que también justifica a toda persona que confía en Jesús, tan generoso, que cualquiera que pide puede ser partícipe de esa exculpación. Y Pablo pasa a aclarar en los versículos inmediatamente posteriores que los grandes hombres del Antiguo Testamento, tales como Abraham y David, fueron «justificados» de esta forma. No tenían nada de qué alardear en cuanto a su obediencia, su observancia de la ley o su culto; fueron aceptados porque pusieron toda su confianza en el Señor. La manera en que Pablo lo expresa es que fueron «justificados por la fe».

Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

Eso es lo que el apóstol dice en Romanos 4.3-5, y luego pasa a aplicar el mismo razonamiento al caso de David. Estos hombres de Dios del Antiguo Testamento no fueron reconciliados con él por nada que hicieron, sino que más bien confiaron en que de algún modo Dios encontraría la manera de aceptarlos, aunque sabían que no eran merecedores de ello.

Y ahora, por así decirlo, a Pablo se le han quitado las cataratas de los ojos y entiende cómo es posible esto. David y Abraham, y

millones de otros como ellos en tiempos veterotestamentarios, fueron salvos porque confiaron en el Dios vivo al que percibían con distintos grados de oscuridad. ¿Cómo podía Dios aceptarlos? En función de lo que Cristo *haría* en la cruz. ¿Y de qué forma podría aceptarnos a usted y a mí? Gracias a lo que Cristo *ha hecho* en la cruz por nosotros. Esa cruz y esa resurrección poderosas se hallan en el punto central de la historia, y su sombra se proyecta tanto hacia adelante como hacia atrás: es al mismo tiempo retrospectiva y prospectiva. De esta forma podemos creer que Dios es capaz, con justicia perfecta y en perfecto amor, de recibir a todos aquellos de cualquier religión o filosofía que desean sinceramente encontrarlo. Si éstos no confían en su propia bondad imaginaria y antes bien se encomiendan a la misericordia divina, muy bien pueden encontrarse entre aquellos que se asombren en el día del juicio al verse considerados como ovejas en lugar de cabras, ya que Cristo no murió sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo (1 Jn. 2.2). Somos salvos, no por el conocimiento que tengamos de cómo se las arregló Dios para solucionar el asunto (Abraham y David no tenían la más mínima idea de ello), sino por haberle confiado a él plenamente nuestra causa, es decir, por la fe. Y eso no es hacer de la fe la «obra» suprema que compensa nuestro fracaso en todas las demás obras; la fe es la mano que recibe con gratitud el don que nos concede ese Dios asombroso que nos demuestra su amor en que cuando aún éramos pecadores Cristo murió por nosotros (Ro. 5.8).

Esta forma de entender cómo trata Dios con aquellos que nunca han oído resulta muy valiosa. Yo la he suscrito desde hace bastantes años, y me alegra verla apoyada expresamente en el libro de Sir Norman Anderson *Christianity and World Religions* [El cristianismo y las religiones mundiales]. Ese punto de vista muestra que Dios es coherente en su manera de tratar con la humanidad a lo largo de los siglos y también señala la gravedad del pecado, la imposibilidad de salvarnos a nosotros mismos y el hecho de que sin un Salvador pereceremos. Subraya que Jesús es el único y suficiente Salvador que necesitamos los pecadores, sea cual fuere nuestra raza o religión; que Dios actúa con escrupulosa justicia y ha hecho una provisión tan abundante para la salvación de la humanidad que nadie que se encomiende a su misericordia tiene por qué quedarse sin dicha salvación, por muy limitado que sea su conocimiento; en una palabra, que esa forma de ver las cosas valida la justicia y la misericordia de Dios Padre, la necesidad universal de la humanidad, la eficacia única del sacrificio de Jesús, y el hecho de que no hay otra fuente de salvación eterna para los que llegan a la casa del Padre,

hayan oído hablar de Cristo o no. Y al mismo tiempo no supone erróneamente que la gente en las demás confesiones está bien como está, no necesitan el Evangelio o van a ser salvos por la profesión de su religión personal. Como tampoco sostiene que el diálogo, tan valioso como es, haya sustituido a la evangelización. Si hay unas buenas nuevas así disponibles para un mundo necesitado, ¿cómo podemos soportar el permanecer callados? Este es el tema del que debemos ocuparnos ahora que nos acercamos al final del capítulo.

¿Puede restar celo misionero el hecho de que alguien que nunca ha escuchado el Evangelio sea salvo?

La respuesta a esta pregunta es un «No» rotundo. Como hemos visto, en la Escritura hay algunos indicios de que el ámbito de la salvación puede muy bien ser bastante más amplio que la iglesia en sí, aunque dicha salvación dependa completamente de Jesucristo. El Nuevo Testamento mira hacia ese día cuando el Cristo crucificado atraerá a todos a sí mismo (Jn. 12.32), Dios Padre reunirá todas las cosas bajo la soberanía de Jesús (Ef. 1.10), toda rodilla se doblará ante Cristo y toda lengua confesará que él es el Señor (Fil. 2.10-11), «todo Israel» será salvo (Ro. 11.26) y Dios será todo en todos (1 Co. 15.28).

Esa enseñanza está ahí como una hebra de la esperanza novotestamentaria y no debemos ni omitirla ni exagerarla. Pero lo que sí es cierto es que los escritores del Nuevo Testamento que utilizaron esas palabras no estaban desde luego inhibidos en su predicación de las buenas nuevas. El hecho de que ellos creyeran que Dios desea que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Ti. 2.4), ni por un momento significó que se hicieran negligentes en cuanto a la predicación del Evangelio. Y el que pensasen que Cristo no había muerto sólo por nuestros pecados sino también por los de todo el mundo (1 Jn. 2.2), no les hizo cruzarse de brazos y esperar a que Dios realizara su propia obra en su propio tiempo sin ninguna colaboración por parte de ellos. Nada podría estar más lejos de la verdad. Aquellos hombres y mujeres de los primeros siglos del cristianismo se derramaban en predicación y enseñanza, dialogando y persuadiendo. Su celo es una de las cosas más maravillosas que el mundo haya visto. Y no hacían aquello, principalmente, porque estuviesen obsesionados por la convicción de que todo el mundo iría al infierno si no habían respondido conscientemente al

Evangelio; tenían otras motivaciones para ello, y nosotros también deberíamos tenerlas.

Dentro de un momento echaremos un vistazo a esos otros motivos, pero vale la pena que en primer lugar reflexionemos sobre Romanos 10.12-18, un pasaje de lo más instructivo a este respecto. Forma parte de los tres apasionados capítulos que Pablo dedica a la condición de Israel, su amada nación. En Romanos 10.13 el apóstol cita Joel 2.32 en cuanto a que «todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo». Ese «todo aquel» incluye a los judíos que saben acerca del verdadero Dios y a los gentiles que no lo conocen. Pero no hay ninguna distinción entre judío y griego. El mismo Señor es Señor de todos y otorga sus riquezas a todos los que claman a él. Pablo no tiene nada de estrecho --su concepto de la misericordia divina es extraordinariamente amplio--, pero ¿significa eso que el apóstol actúe con negligencia respecto a la evangelización? Los versículos posteriores siguen afirmando que, precisamente porque Dios *quiere* que todos sean salvos, porque *está deseando* otorgar sus riquezas a aquellos que no lo conocen, es responsabilidad de los cristianos ser mensajeros del Evangelio: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian buenas nuevas!» (Ro. 10.15). En ese mismo pasaje donde se atreve a esperar que un día --no sabe cómo-- «todo Israel» (se interprete como se interpretare ese «todo») será salvo y cualquiera de entre los paganos que invoque el nombre del Señor lo será también, Pablo se eleva hacia un retórico fragmento de desafío en cuanto a ir y contar esas buenas nuevas de salvación. A él no le resta en absoluto celo misionero la posibilidad de que Dios salve a algunos de los paganos que invocan su nombre lo mejor que pueden, pero que no conocen el nombre de Jesús por medio del cual sin embargo son alcanzados por la salvación de Dios.

Del mismo modo que los evangelistas no se hicieron perezosos por el deseo expreso de su Dios de que todos los hombres fueran salvos, tampoco el pluralismo predominante en aquel tiempo --incluso más que ahora-- los indujo a cruzarse de brazos. Me asombra leer a teólogos como John Hick, que sugieren que debemos reinterpretar el Evangelio a la luz del pluralismo moderno debido a lo diferente que es nuestra situación de la que había en el mundo sobre el cual amaneció el cristianismo al principio. ¡Qué completo desatino! El pluralismo de los siglos I y II d. C. era el mayor en extensión e intensidad que el mundo haya conocido. Los judíos se negaban a doblegarse ante él, y dentro del Imperio Romano se los toleraba porque Julio César les había conferido privilegios especiales que los emperadores subsiguientes respetaron. De manera que se permitía que los judíos orasen a su Dios por la salud

de Roma y del emperador, pero no se los obligaba a ofrecer sacrificios a los dioses paganos, lo que se exigía de toda la demás gente. Cuando el Imperio Romano en su expansión se encontraba con pueblos de cuyos dioses no sabían nada, seguían un procedimiento muy sencillo: bien añadían esos dioses locales a su ya amplio panteón, o bien se los identificaba con las divinidades que existían en el mismo. Pero los romanos descubrieron que no podían hacer tal cosa con los cristianos, quienes se negaban a decir juntamente «Jesús es Señor» y «César es Señor». Aquella negativa les costó a miles de ellos su libertad y su vida. Fueron encarcelados, torturados, arrojados a los leones, crucificados ... pero eso no cambió nada. Resultaba inútil decirles que Jesús era simplemente otro profeta carismático como Honi el trazador de círculos, o un taumaturgo como Apolonio de Tiana. Ellos rechazaban resueltamente todo esfuerzo de hacerlos contemporizar ya fuese en la ética o en el dogma. Jesucristo era Señor. Era el Hijo de Dios y el Salvador. Y por reducido que fuese en un principio su número reclamaban el todo de la vida pública para Cristo. No iban a establecimientos educativos que enseñasen el politeísmo, ni asistían a los sanguinarios espectáculos de gladiadores, ni tampoco adoraban a la estatua imperial. Esto los hacía muy sospechosos. Pero ellos perseveraron y a la postre lograron el triunfo, y lo hicieron del modo más elegante: no por la contemporización, ni por el sincretismo, sino persuadiendo de un modo entusiasta a sus oyentes de que Jesús es Señor y transforma la vida de quienes confían en él.

Eso es precisamente lo que está sucediendo por toda Asia, África y América Latina en nuestros días. Millones de personas están viniendo a Jesucristo en esos continentes. Intente decirles a los evangelistas locales que no hay realmente necesidad de predicar el Evangelio porque todas las demás religiones son igualmente buenas, o que es preciso relativizar a Cristo, o que los paganos están perfectamente bien como están ... ¡verá la respuesta que recibe! El cristianismo de la mayor parte del mundo occidental está enfermo, ha perdido su vigor; ya no cree realmente en el Salvador de un modo tan apasionado como para proclamarlo con energía, ni tampoco cree que los hombres y las mujeres necesiten desesperadamente a dicho Salvador. De manera que este Evangelio dinámico se reduce a la cautividad suburbana de las iglesias y a un virtual abandono por parte de la intelectualidad eclesial de la singularidad de Cristo y la importancia que tiene proclamar sus buenas nuevas. ¡Qué tristeza da pensar que muchos de ellos tal vez no hayan guiado nunca a nadie a Cristo, ni hayan sido testigos de la transformación que se opera en la gente! Si lo hubieran sido

no renunciarían tan pronto a su primogenitura. Ayer por la noche tuve el gozo de hacer precisamente eso mismo, y de contemplar la liberación reflejada en el rostro de la persona, una mujer, mientras ésta confiaba su vida destrozada a Jesús; también fue maravilloso oír la mientras comenzaba a orar a Dios en voz alta, con gozo y confianza, por sus amigos que todavía no son cristianos. Eso lo que inflamaba a los cristianos primitivos, los cuales dejaban a Dios la cuestión de quién sería y quién no sería salvo en última instancia. Recordaban que Jesús se había negado a contestar la pregunta de si el número sería grande o pequeño, pero les había mandado que entrasen ellos mismos (Lc. 13.23-30). Y eso fue lo que hicieron, y pusieron el mundo patas arriba animando a otros a que los imitasen. ¿Por qué razón se quemaron de ese modo?

Cuatro motivos poderosos

En primer lugar tenían una orden clara de Jesús, su maestro. Se les había dicho que fueran a todo el mundo e hicieran discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28.18-20). Y a esta empresa Jesús prestaba su autoridad. A aquellos misioneros él prometió su presencia constante. De nada valía llamar a Jesús Señor si no se hacía lo que él mandaba. Pero ellos hicieron lo que Cristo les dijo: fueron en el poder del Espíritu y proclamaron las buenas nuevas.

En segundo lugar, hubo otra buena razón que debió motivarlos. Por cada Cornelio que estaba anhelando confiar en Cristo tan pronto como oía hablar de él, centenares de otras personas no querían saber nada. Así que los apóstoles trabajaban entre ellas asiduamente. Verdaderamente no resulta demasiado consolador saber que Dios salvará a aquellos que confían en él, por poco conocimiento que tengan, cuando es tan evidente que mucha gente está determinada a permanecer en rebeldía contra Dios. Y los primeros evangelistas iban a esa gente con el Evangelio. Aquella era una lucha ardua, ya que no se hallaban rodeados de paganos nobles que buscasen la verdad. Con demasiada frecuencia sus oyentes estaban «atestados de injusticia, perversidad, avaricia y maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades». Eran «murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia». Y aunque conocían muy bien «el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte», no sólo las hacían sino que aprobaban a quienes las practicaban (Ro. 1.29-32). Tal fue la

clase de sociedad que los apóstoles pusieron patas arriba mediante este dinámico Evangelio.

En tercer lugar, los cristianos primitivos tenían un profundo sentimiento de deuda que los hacía salir a evangelizar: «A griegos y a no griegos --decía el apóstol Pablo--, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el Evangelio...» (Ro. 1.14-15). Los creyentes eran embajadores de Cristo, como si Dios rogase a la gente por medio de ellos que se reconciliaran con él (2 Co. 5.20), y no decían: «Bueno, el pluralismo es un problema y sin duda al final Dios salvará a toda esa gente; entretanto permitamos que sigan adorando a Apolo.» No dejaban piedra sin remover con pasión, debate, proclamación y ruego, a fin de ganar a las personas para el Salvador.

A aquellos discípulos no les había sido revelada con demasiada claridad cuál sería la situación de dichas personas de allí en adelante, como tampoco a nosotros. Eso estaba sólo en las manos de Dios. Pero, mientras tanto, sus contemporáneos no tenían esperanza y estaban «sin Dios en el mundo» (Ef. 2.12). Se encontraban en el reino de las tinieblas (Col. 1.13) y necesitaban ser trasladados al reino del Hijo amado de Dios. ¡Qué cambio produciría aquello! En los días antiguos de paganismo vivían en ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas, fornicación, impureza «y avaricia, que es idolatría». Y esas son las cosas que provocan la justa ira de Dios (Col. 3.5-8). De modo que Pablo y sus colegas ponían mucho empeño en que esas vidas fueran transformadas. El apóstol quería que vinieran a Cristo: «vestíos, pues, como escogidos de Dios ... de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros ... Y sobre todas estas cosas vestíos de amor...» (Col. 3.12-14).

Por último, llegamos a la suprema razón por la que los primeros cristianos no permitían que el pluralismo y el sincretismo de la época debilitaran su predicación del Evangelio: el amor de Dios los incitaba a seguir. Habían visto cómo ese amor caldeaba su propio corazón igual que el sol en una mañana de verano, y no podían simplemente complacerse en él egoístamente; se sentían impulsados a decir a la gente que saliera de los helados sótanos de oscuridad a esa gloriosa luz solar. El lema de todo el Nuevo Testamento muy bien podría ser: «Amamos porque él nos amó primero.» Y eso explica seguramente la pasión misionera de la iglesia primitiva. Habían sido arrastrados a la Gran Cena desde los caminos y los vallados, habían experimentado la generosidad del anfitrión y el gozo de la comida, y no podían menos que salir a decir a otros que

eran ciegos en cuanto a ello, lo que se estaban perdiendo. La gratitud y el amor se mezclaban en el corazón de aquellos evangelistas del principio, y también lo hacen hoy en día en algunas partes del mundo donde el Evangelio está extendiéndose como reguero de pólvora.

Los creyentes no evangelizan porque hayan calculado bien las probabilidades del universalismo, la aniquilación o el tormento perpetuo, ni por haber sopesado el cristianismo juntamente con el budismo o el islam. Van porque se han enamorado del gran Amante y han sido liberados por el gran Libertador ... Lo aman y quieren que ese amor alcance a otros. Es demasiado bueno para guardarlo para ellos solos. ¿Evangelizar en una sociedad pluralista? ¡Naturalmente que sí! Lejos de reducir nuestras oportunidades, el pluralismo nos permite proclamar un Evangelio sin diluir en la plaza pública y en el supermercado de las religiones, dándoles a otros el mismo derecho. ¡Que la verdad prevalezca! ¡Pero que el silencio cobarde sea desterrado! Si hemos descubierto a Jesús para nosotros mismos no tenemos más alternativa que ofrecérselo a los demás. De gracia recibisteis, ¡dad de gracia!

4

La iglesia que Dios utiliza

LA IGLESIA QUE DIOS NO PUEDE UTILIZAR

En cierta ocasión, Mahatma Gandhi dijo a algunos misioneros residentes en la India: «Se esfuerzan ustedes tanto ... Recuerden simplemente que la rosa jamás invita a nadie a que la huela. Si es fragante, la gente cruzará el jardín y soportará las espinas para respirar su olor.»

Eso no es toda la historia acerca de la evangelización, pero constituye una parte importante de ella. Nadie querrá al Salvador que proclamamos si no ven que ese Salvador supone algún cambio en nuestra vida y que nuestras iglesias resultan verdaderamente atractivas.

Hace algunos años Billy Graham visitó Inglaterra, y parte de los doce meses de preparación consistió en un estudio que tenía por título: «¿Vale la pena unirse a su iglesia?» Una pregunta dura pero muy adecuada, porque, sinceramente, hay muchas iglesias a las que no vale la pena asociarse. Y bastante gente debe compartir ese punto de vista. Las cifras cada vez más reducidas de asistencia a los cultos en gran parte de la Europa Occidental dan testimonio de ello.

¡Por desgracia muchas iglesias se parecen bastante a esas fibrosas y resacas plantas de maceta que son las únicas que logro cultivar en mi casa! Está bastante claro lo que deberían ser, pero resulta igualmente obvio que gozan de bastante mala salud.

He aquí algunas de las características que con demasiada frecuencia se encuentran en las iglesias, características difícilmente ideadas para atraer a nuevos miembros y hacer que se sientan a gusto.

Uno podría ir a muchas iglesias durante semanas enteras y no ser objeto más que de una bienvenida verbal. Nadie está interesado en usted, ni lo invita a comer, ni lo visita. No parece importar demasiado si está usted allí o no.

El modelo del culto es probable que resulte bastante predecible, sin apenas variación de una semana a otra. Además se dirige desde el frente, más bien como una actuación teatral, una actuación, sin embargo, en la que muy pocas personas tienen papeles hablados.

Uno puede muy bien sentir cierto malestar en el aire. Algunas de las personas se encuentran tensas e insatisfechas, y quizá haya tirantez entre el ministro y los ancianos o dirigentes laicos. También es muy probable que exista tensión entre el pastor y el organista. Todo esto es sintomático de una falta de amor verdadero, de afecto personal, en ese lugar.

Si examina usted la estructura del liderazgo en muchas de nuestras iglesias, es muy posible que se encuentre con uno de estos dos extremos. O dicha estructura se compone de un hombre orquesta, y nada puede decidirse --quizá ni siquiera resulta posible acometer tareas de servicio-- sin la presencia del párroco o del pastor encargado, muy probablemente una persona de gran afabilidad, pero que controla firmemente todo lo que sucede (o no sucede). O, como reacción a esa clase de liderazgo, descubre usted que la iglesia se ha refugiado en el anonimato de las estructuras de comités, y no puede tomarse ninguna decisión sin la debida junta. Ese es un recurso maravilloso: significa que nadie tiene que cargar con la responsabilidad de las decisiones, ni puede señalarse a ninguno como el líder.

Poco esfuerzo se hace para alcanzar a aquellos que no oscurecen con su sombra la entrada de la iglesia pero que viven cerca de ella y a diario pasan por delante de sus muros. La iglesia misma puede que sólo esté abierta los domingos durante un par de horas por la mañana y por la tarde; o si lo está durante la semana, es posible que sus miembros no sepan para qué utilizarla y se alquile a organizaciones de buen nombre como Alcohólicos Anónimos u otras similares.

En esas iglesias, con frecuencia se encontrará poca alabanza a Dios y poco gozo. Allí todo es bastante solemne. Se trata de un ritual de domingo que debe celebrarse, pero nadie podría decir que el acto esté dominado por un gran sentido de descubrimiento ni por dego alguno de entusiasmo.

La iglesia es algo claramente relacionado con la Biblia y la oración (actividades tradicionales cristianas bien conocidas), de modo que éstas están presentes. Pero la Escritura no cobra vida. A menudo

lee la misma, de una hermosa pero ligeramente incomprensible versión; alguien que no pone demasiada alma o expresión al hacerlo, de modo que no tiene ningún efecto apreciable en los oyentes. Tampoco se le da demasiada importancia en la predicación. Parece venir de otro mundo. Y a la oración también le falta vitalidad. Seguramente alguien orará por la paz del mundo, por los enfermos (pero sin esperar que nada suceda) y por la iglesia; sin embargo dicha oración no es probable que se caracterice por la expectación, la variedad, la especificidad o la confianza.

Poco a poco se va haciendo evidente que el culto dominical no guarda conexión con las preocupaciones de la gente común durante el resto de la semana (la familia, el trabajo, los adolescentes, etc.) y tampoco parece afectar el estilo de vida de los miembros. Estos no manifiestan nada digno de mención durante la semana que demuestre que el culto dominical en la iglesia haya producido en ellos un cambio real. La santidad de vida no es probable que figure en el programa de predicaciones de la iglesia, ni que caracterice a la existencia de sus miembros. En realidad, la mayoría de éstos lo mirarían a uno con mucha extrañeza si suscitara el tema.

Los miembros de la congregación procederán, con bastante probabilidad, de un mismo estrato social --posiblemente de la clase media--, y muy pronto descubrirá usted que una pequeña parte de ellos lleva casi toda la responsabilidad de la vida de la iglesia y realiza prácticamente todo el trabajo. Además, es muy probable que este fiel núcleo principal esté compuesto en su inmensa mayoría por mujeres. A los hombres se los cuenta con los dedos de la mano, y lo mismo pasa con los adolescentes y los matrimonios jóvenes.

Por último, aunque no por ello menos importante, el talante que reina en la iglesia podría catalogarse como conservadurismo cauteloso. Al preguntarse sobre cuál debería ser el curso a seguir en determinada cuestión, es más que posible que piensen: «¿Qué hicimos el año pasado?» Resultaría bastante improbable que el Espíritu Santo, tan prominente en los primeros días de la iglesia, como vemos en el libro de los Hechos y en las epístolas, recibiera frecuente mención. Y si cualquiera, pretendiendo haber sido inspirado por él, dijese de veras algo durante un culto, el resultado sería de perpleja estupefacción, seguida sin más tardar de una desaprobación enérgica.

Puede que esto resulte un poco caricaturesco, pero se reconoce con gran facilidad en muchas congregaciones. Imagínese atraer a nuevos creyentes a una iglesia así. No permanecerían mucho tiempo en ella. Por lo tanto, resulta imperativo que intentemos descubrir algunas de las características de una iglesia a la que Dios podría

confiarle creyentes nuevos. Existe el viejo refrán de que uno no pone pollitos vivos debajo de gallinas muertas. ¡Tal vez Dios tampoco lo haga!

Recientemente una de las principales denominaciones publicó cierto curso de estudio titulado «Balsas y jábegas», el cual planteaba esta perspicaz pero dolorosa pregunta: «¿Es su iglesia una balsa o un barco de pesca?» Mucha gente con convicciones cristianas espera que la iglesia proporcione estabilidad en un período de rápido cambio social; la consideran una balsa a la que agarrarse en el oleaje de un mar tempestuoso. Por eso el cambio encuentra una resistencia tan enérgica. No se trata tanto de que determinado ejemplo de cambio resulte especialmente irritante, sino que el principio mismo de cambiar es lo realmente amenazador. El problema, sin embargo, está en que la gente no pone su fe en el lugar correcto. ¡Es obvio que necesitamos algo que sea estable en un mundo acelerado! Pero ese «algo» no es la versión antigua de las Escrituras, ni la liturgia santificada por siglos de uso, sino Jesucristo, el mismo ayer, hoy y por siempre (He. 13.8). El y sólo él constituye el ancla cristiana adecuada. No, ésta no es la clase de iglesia que Dios puede permitirse utilizar. El busca algo muy diferente.

LA IGLESIA QUE DIOS PUEDE USAR

Tenemos suerte de vivir en un tiempo en el cual la disminución masiva del número de cristianos en algunas partes del mundo es igualada por un crecimiento imponente de la iglesia en otras. En las últimas décadas se ha dedicado mucho estudio a este fenómeno, y entre los investigadores que se destacan en esta área se cuentan los líderes del «iglecrecimiento» Donald McGavran y Win Arm, seguidos por Peter Wagner y Eddie Gibbs, de Fuller. También Glenn Smith ha publicado una colección de algunos de los relatos más emocionantes de crecimiento, principalmente dentro de la Iglesia Católica Romana. Sus tres volúmenes, titulados *Evangelizing Adults* [La evangelización de adultos], *Evangelizing Youth* [La evangelización de jóvenes] y *Evangelizing Blacks* [La evangelización de negros] (publicados por Paulist Press y Tyndale Press), proporcionan una visión asombrosa de lo que está sucediendo, a menudo en sitios inesperados. En Inglaterra, los escritos de David Watson han sido excepcionales; en particular sus dos libros, publicados por Hodder & Stoughton, *I Believe in the Church* [Creo en la iglesia] y *I Believe in Evangelism* [Creo en la evangelización]. Si ha habido algún líder cristiano de nuestra generación entendido

en estas dos áreas, ese era David. Y ahora, MARC Europe ha sacado al mercado, a nivel internacional, una extraordinaria serie de relatos sobre iglesias que crecen (*Ten Growing Churches* [Diez iglesias en crecimiento], *Ten Worshipping Churches* [Diez iglesias que adoran], *Ten Growing Soviet Churches* [Diez iglesias soviéticas en crecimiento], *Ten Sending Churches* [Diez iglesias misioneras]), los cuales son fascinantes de leer.

Hace poco, un libro anglicano publicado por Hodder & Stoughton, *By My Spirit* [Por mi Espíritu], compuesto por contribuciones procedentes de distintas partes del mundo y editado por el anterior arzobispo de Ciudad de El Cabo, Bill Burnett, destacó esto mismo. La imagen que recibimos de esas iglesias a las cuales Dios está permitiendo crecer, no sólo en número sino también en profundidad, vitalidad y misión, es de una notable unidad. Y yo creo que casi todos los aspectos que los cristianos modernos están recuperando se prefiguraron en la iglesia novotestamentaria de Antioquía.

En Hechos 11.19-30 y 13.1-3 leemos el relato en cuestión, el cual vale la pena estudiar cuidadosamente porque encierra muchos de los principios, presentados a lo largo de todo el Nuevo Testamento, del tipo de iglesia que Dios puede utilizar.

Antioquía era una gran ciudad --la capital de Siria, reina del Oriente--, y estaba situada en la desembocadura del río Orontes, erigiéndose en un importantísimo puerto de mar. Sólo había dos centros más grandes que Antioquía en el mundo antiguo: Roma y Alejandría. La ciudad ha sido objeto de muchas excavaciones, y sabemos bastante acerca de ella y de sus actitudes. Constituía un bastión militar y albergaba a un extraordinario número de judíos los cuales tenían plenos derechos ciudadanos juntamente con los gentiles naturales de allí. Se dedicaba al comercio y a los negocios. Era devota del sexo y vivía envuelta en la superstición. En resumen: una ciudad bastante moderna. Y ese es el lugar que llegó a ser el trampolín para la evangelización cristiana de Asia, Europa y --con el tiempo-- del mundo entero. De no haber sido por Antioquía, la iglesia muy bien hubiera podido marchitarse, quedándose únicamente en una pequeña secta del judaísmo. El cristianismo, la religión mundial, tuvo allí su cuna (Hch. 11.26), y de allí partieron los viajes de misión cada vez más amplios.

¿Qué podemos aprender del establecimiento de la fe en Antioquía? ¿Cómo se ganó aquella ciudad para Cristo? Uno podría imaginar que Antioquía fue objeto de una cuidadosa planificación, una campaña de evangelización importante o un plan de acción de cinco años. Pero nada de eso. ¿Se convirtió acaso por la brillantez y

la abnegación de los principales apóstoles? Tampoco. Fue gracias a un puñado de cristianos errantes que subieron por la costa desde Jerusalén sin dinero, sin planes ... Simplemente se trataba de creyentes que amaban mucho a Jesús y querían compartirlo con otros. Y lo hicieron. Todo fue muy espontáneo. Antioquía se convirtió en una iglesia de lo más estimulante. Si queremos saber más acerca de la clase de iglesia que Dios puede usar, sería provechoso que estudiáramos lo que ocurría en aquella congregación tan abierta.

Estaba abierta a los cambios

Debemos empezar por el principio: con la gente que llegó para evangelizar la ciudad. Se trataba de helenistas, amigos del primer mártir Esteban. Eran hombres que habían sido formados como griegos y estaban imbuidos de la cultura y la lengua griegas. Tenían grandes y frescas ideas. Esteban les había enseñado a pensar así. El peso del agravio que a él le costó la vida fue abogar por el cambio. Y ese cambio ha sido suficiente para que muchos fuesen destituidos en la iglesia desde los tiempos de Esteban. El mártir se atrevió a sostener que Dios no estaba limitado a un edificio, un libro o las costumbres en cuanto a la adoración que pudiese tener la comunidad de culto. Se lo había visto hablando «contra este lugar santo» (el templo de Jerusalén), «contra la ley» (la Tora), y había tenido la desfachatez de decir que Jesús cambiaría «las costumbres que nos dio Moisés» (Hch. 6.13, 14). Sería difícil encontrar tres blancos más explosivos que aquellos.

La mayoría de los hombres de iglesia estarían dispuestos a resistir firmemente al cambio en una o más de esas tres áreas. Algunos identifican más bien al cristianismo con un edificio. «¿Dónde está la Iglesia de San Juan?» --preguntamos--. «Calle abajo --nos responden--. Es aquel edificio de allí.» Pero, naturalmente, esa no es la Iglesia de San Juan, sino sólo su lugar de reuniones; si se echara abajo el edificio de la iglesia, la congregación seguiría reuniéndose en algún otro sitio.

Otros considerarían al cristianismo en buena medida como la religión del libro --un libro que podría ser la Biblia, el Libro de Oración Común de 1662 o el Misal romano--, pero la fe cristiana es la confesión de una Persona.

Y en cuanto a cambiar las costumbres que hemos heredado, ¡qué doloroso nos resulta a todos! Especialmente si hemos puesto nuestra confianza y buscado nuestra seguridad en dichas costumbres, cualquier cambio puede suponer verdaderamente muy malas

noticias. Y eso mismo les parecía a los conservadores de Jerusalén --a los doce y a sus colegas--, pero no a Esteban. Por esa razón murió este último mientras que a los apóstoles ni siquiera los echaron de la ciudad. Una forma de religión tradicional es aceptable en un mundo tolerante e incrédulo. Pero la fe radicalmente distinta, y por lo tanto un estilo de vida diferente, constituyen tal amenaza que provoca oposición. Y eso mismo sucedió aquí. Los apóstoles pudieron quedarse, pero los seguidores de Esteban fueron obligados a abandonar la capital ... e iban por todos lados comunicando informalmente el mensaje (Hch. 8.1, 4).

Contra toda previsión, habrían de ser aquellos helenistas quienes ganaran. El futuro era suyo, no de los conservadores impermeables al cambio. Ellos creían en un Dios que está siempre en movimiento, no albergado en un edificio; en un Jesús que es el Hijo del Hombre, Señor sobre toda la humanidad, y no sólo el Mesías judío; en el Dios que hace nuevas todas las cosas y no nos ata a las costumbres del pasado; en una fe que tenía tanta validez para los gentiles como para los judíos, y no limitada a quienes ya estaban «dentro». Su mensaje y su forma de vivir eran chocantes y ciertamente radicales, pero pusieron el mundo patas arriba. Era gente abierta al cambio de un modo muy manifiesto.

Para cualquier congregación mínimamente establecida el cambio es una de las cosas más difíciles de afrontar, y sin embargo constituye una necesidad primordial. Si aquellos helenistas no hubiesen estado abiertos a dicho cambio, poca o ninguna actividad misionera se habría producido. Tenemos una enorme deuda con ellos por habernos abierto un camino que tal vez seamos reacios a seguir pero que no podemos evitar. A menos que en la iglesia occidental moderna haya una apertura al cambio, no llegaremos a ninguna parte. El mensaje recibido es claro. La gente se ha mostrado contundente: no quieren estar donde nosotros nos encontramos en este momento. Y no los culpo por ello. ¿Qué emoción hay en un culto ordinario tradicional? ¿Acaso no existen alternativas para los domingos por la mañana? Nuestras actitudes deben cambiar. Y quizá también nuestra música. Tal vez sea necesario desechar nuestras togas y modificar nuestra mentalidad centrada en el edificio. Nuestro modelo ministerial de «seis días invisible y uno incomprendible» debe cambiar, así como la idea que tenemos de un ministerio unipersonal. Lo único que no cambia son los cementerios. Todo ser viviente lo hace y eso mismo sucederá con una iglesia viva. Formar parte de ella es muy emocionante, pero dicha iglesia debe estar dispuesta a cambiar siempre que el Señor así lo indique.

El cambio en cuestión puede ser muy radical, y también muy costoso. Pienso en una iglesia de Estados Unidos, situada en terreno «yuppy», que estaba ansiosa por crecer. Tuvieron que preguntarse a sí mismos: «¿Cuándo vendría a la iglesia la gente de este barrio si es que alguna vez se decidieran a hacerlo?» Y llegaron a la conclusión de que la respuesta era: el domingo por la mañana. Luego se preguntaron: «¿Por qué tantas de estas personas a quienes les queda un poco de fe en Dios no acuden a la iglesia?» Las respuestas a las que llegaron fueron que aquella gente no quería ser notada, cantar nada, ni dar ningún dinero. Sobre esta base se pusieron a idear un tipo de culto completamente nuevo. Duraba una hora justa. No se hacía destacar a nadie. No había ofrendas, ni se esperaban cánticos congregacionales. La meta era la excelencia. La predicación estaba elaborada con gran esmero y adaptada con precisión a las necesidades de aquellos que se esperaba que asistieran. ¡Y ya lo creo que asistían! La última vez que oí hablar de esa iglesia concurrían a ella, cada domingo por la mañana, unas seis mil personas, principalmente de ese grupo de profesionales jóvenes y triunfadores al que se habían propuesto alcanzar. Y lo extraordinario fue que dichas personas, que no se habrían identificado en absoluto como cristianas, se sentían entusiasmadas con aquello y decían a sus amigos: «Hemos encontrado la clase de iglesia a la que siempre quisimos asistir. Acompañémoslos.» ¡Ellos mismos demostraron ser los evangelistas! Y el pastor nunca hizo ningún desafío al compromiso. Hubiera estado de acuerdo con los comentarios de René Padilla en el Congreso de Lausana, celebrado en 1974:

La tarea del evangelista en la comunicación del Evangelio no es facilitar a fin de que la gente responda positivamente, sino aclarar. Ni Jesús ni sus apóstoles redujeron jamás las demandas del Evangelio a fin de ganar conversos. No la gracia barata, sino la bondad de Dios que conduce al arrepentimiento, provee la única base sólida para el discipulado. El que acomoda el Evangelio al espíritu de la época, a fin de hacerlo más digerible, obra así porque ha olvidado la verdadera naturaleza de la salvación cristiana: no es la obra del hombre sino de Dios.

En aquella iglesia no se ofrecía ninguna gracia barata, sino que se comunicaba con fidelidad el desafío de Cristo. Y después de seis meses, poco más o menos, alguno de esos jóvenes ejecutivos invitaba a comer a un amigo después del culto y le preguntaba: «¿No es hora ya de que hagas un compromiso?» Así es como aumenta la evangelización de la iglesia. Pero el cambio para la congregación

habitual ha sido imponente: ha significado trasladar su principal culto de adoración a una noche entre semana. No obstante se hallaban dispuestos incluso a hacer eso por la causa del Evangelio. Estaban abiertos al cambio.

Estaba abierta a las iniciativas de los laicos

Me resulta divertido, casi irónico, que la iglesia occidental, con sus jerarquías, su pompa y su circunstancia, naciera de un montón de «don nadies», todos ellos laicos. Naturalmente que la distinción entre laicos y clérigos, que tanto ha distorsionado la realidad cristiana, era más bien desconocida en aquellos lejanos días novotestamentarios. El cristianismo constituía entonces un movimiento enteramente de seculares. La iglesia de Antioquía no sólo dejaba bastante campo a los laicos, sino que había sido fundada por éstos. Lo más parecido al clero en aquellos días eran los apóstoles, y a ninguno de ellos habría de vérselo por Antioquía. Todos estaban con la cabeza gacha en Jerusalén. Sin embargo, los exiliados errantes, que habían «expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo», dieron origen a aquella estimulante iglesia. ¿No es cierto que podemos aprender algo de esto? La mayoría de las iglesias sólo dejan un campo limitadísimo y muy pocas responsabilidades a los miembros laicos, al tiempo que reservan meticulosamente las tareas clave para los ministros. Esto resulta desastroso, ya que no sólo produce una sociedad de dos clases sino que también da la impresión de que el ministro o el pastor lo sabe todo y el seglar es un aficionado. Nada podría estar más lejos de la verdad. En muchos aspectos los laicos saben bastante más acerca de la vida, del regocijo y la amistad, y de los contactos normales con amigos, que los ministros. También cuentan entre unos y otros con muchas habilidades de las que carecen los pastores. Soportar la situación de botella encochada, en la que el corcho es el ministro y que desespera a tantas iglesias, supone pura insensatez. El pastor es valioso, aunque igual y no más que el resto de la congregación, pero no debe permitírsele apagar las iniciativas de los laicos o la iglesia experimentará una regresión. Los laicos dirán entonces: «Bueno, si quiere hacerlo de esa manera, que le vaya bien.» Tal cosa puede ser agradable para la propia autoestima del ministro, pero le garantizo que esa iglesia no crecerá. La evangelización eficaz se da en las congregaciones que saben muy bien que cada creyente es un ministro, que todos forman parte del cuerpo de Cristo, y que cada miembro tiene un trabajo que hacer distinto y complementario de aquel que realizan los demás.

Hace poco fui a una iglesia canadiense donde pude contemplar el desacostumbrado fenómeno de una asistencia de casi ochocientas personas en un culto vespertino. Y lo que es todavía más asombroso: ¡Después de dicho culto se celebró una reunión de alrededor de ciento cincuenta jóvenes!

Quise saber cuál era el secreto. Y aquella noche, más tarde, le pregunté al pastor mientras comía a su mesa. La respuesta estaba en los laicos. El ministro me explicó que de los más o menos seiscientos miembros de su iglesia, todos salvo unos veinte tenían algún ministerio por Cristo claramente definido, bien dentro de la congregación o bien en una de sus ramas exteriores. ¡Las iglesias como esa no sólo crecen, sino que merecen crecer!

Estaba abierta a la fe

Aquellos cristianos que evangelizaron Antioquía sabían realmente lo que era confiar en el Dios vivo. Simplemente se reían de los problemas. ¿Cómo iban ellos a fundar una iglesia? Y sin embargo lo hicieron. ¡Eran tan pocos, tan pobres, tan escasamente educados, tan impotentes...! Y no obstante fundaron la iglesia de Antioquía. Los problemas a los que debían hacer frente resultaban muy desalentadores: problemas de raza, clase, decadencia, política... Pero fundaron la iglesia de Antioquía. Su mensaje parecía tremendamente absurdo: sobre un campesino crucificado que, según ellos afirmaban, estaba vivo y era Dios venido en carne para rescatar a la raza humana. Puede que dicho mensaje fuera disparatado, pero constituyó la carta fundacional de la iglesia de Antioquía. Aquellos helenistas que se sostuvieron como viendo al invisible debían ser hombres y mujeres de una fe enorme. Al igual que los héroes enumerados en Hebreos 11, buscaban una ciudad que tiene fundamento y cuyo arquitecto y constructor es Dios... y al hacerlo establecieron una iglesia en la ciudad de Antioquía. Se reían de las dificultades. Descartaban con un encogimiento de hombros el que hubiera algo imposible. Habían aprendido a confiar en el Señor, a obedecerlo y a jugarse la vida. Dios honra una fe como esa.

Así es como la fe está creciendo hoy en día en Zambia, en Colombia y en Corea. Lo hace de prisa, porque hombres y mujeres están inflamados de amor por Jesucristo y confían en él audazmente para que él dé el crecimiento. Algunos de nosotros, aquí, en el oeste de Canadá, estamos trabajando en la fundación de iglesias y viendo cómo empiezan congregaciones donde antes no había ninguna, congregaciones que se inician solamente con la pareja fundadora. Y dichas iglesias se cuentan entre las más dinámicas de los alrededores. Son las que atraen a la gente, las que envían misioneros

... La iglesia coreana, que constituye un modelo tan tremendo para el mundo cristiano actual, fue establecida por medio de un intrépido galés que marchó a aquel país armado con folletos escritos en coreano, idioma del que no sabía ni una palabra. Muy pronto habría de sufrir el martirio, pero no sin antes haber esparcido dichos folletos a los pies de sus verdugos. Uno de ellos recogió algunos y los empleó para decorar su casa. ¡Y sucedió lo inevitable! Aquellos folletos trajeron primero a una persona, y luego a otra, al Señor, y así fue como nació la iglesia coreana. Una gran fe --una fe disparatada, si se quiere--, dispuesta a pagar el precio supremo, había vuelto a triunfar, como lo ha hecho a lo largo de los siglos de historia de la iglesia. Porque a Dios le encanta responder a esa fe amante de su pueblo que se deletrea: «R-I-E-S-G-O».

Estaba abierta a hablar de Jesús

En algunas iglesias «Jesús» es una palabra casi prohibida. La encuentran embarazosa y piensan que producirá rechazo en la gente. Es poco delicada. Esa conversación tan directa no debe producirse de ninguna manera. Pero esto constituye una gran equivocación, un error que aquellos evangelistas de Antioquía no cometieron. Ellos eran descaradamente entusiastas de Jesús. Habían estado hablando de él mientras erraban por la costa desde Jerusalén hacia el norte, pero sus conversaciones se habían limitado a los judíos, a quienes contaban las asombrosas noticias de que su Mesías tan largamente esperado había llegado y era Jesús.

Sin embargo, cuando llegaron a Antioquía, donde los judíos y los griegos estaban en un nivel tan parejo, no pudieron contenerse por más tiempo. Predicaron al Señor Jesús «también a los griegos» (Hch. 11.20), lo que resultó muy fructífero. «La mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor» (Hch. 11.21). Esta charla personal con otros acerca del tema de su mayor gozo, Jesús, llevó a mucha gente a creer en Cristo. Y todavía lo hace. La mejor manera de evangelizar es hablando acerca de Jesús con alguien que está interesado en escuchar. Hace algunas noches guíé a Cristo a una persona que tenía interés, y dicha persona se encuentra ahora ocupada contando a todos sus amigos lo que se están perdiendo. El asunto despierta mucha curiosidad. Otros están empezando a querer encontrar a Jesús para su propia vida. Eso fue lo que sucedió en Antioquía. Una de las mayores tragedias de la osificada iglesia occidental es que la gente, por lo general, no habla de Jesús. Y esto resulta sumamente ridículo, ya que Jesús es la persona más atractiva que exista. Si excluimos de nuestra conversación el único as verdadero que tenemos, somos los más dignos de

conmiseración. Cuando una iglesia desea de veras evangelizar, mi consejo no es que contrate a un famoso predicador, ni que invite a ningún alto cargo de la denominación, sino que abra la boca de los que se sientan en los bancos. Todo el mundo tiene una historia que contar: la historia del trato de Dios con su propia alma. No hay nadie que no pueda invitar a un amigo a la reunión o que sea incapaz de relatar el cambio que ese Jesús ha supuesto para él. No es difícil hacerlo. En el caso de muchos que han descubierto hace poco la belleza de Cristo para su propia vida es algo que brota espontáneamente ¡hasta que descubren que los «cristianos maduros» ya no hacen esas cosas extravagantes!.

Pienso en unos amigos que tengo en Tanzania, donde el Evangelio está extendiéndose a tal velocidad mediante el testimonio de Jesús que dan los laicos que solamente los anglicanos abren una iglesia cada semana. O en otro, que vive en Sri Lanka, y que conduce a Cristo a varios cientos de budistas cada año por medio del testimonio personal --el suyo propio y el de los miembros de su iglesia-- a menudo compartido en las esquinas. Y me acuerdo de los pentecostales de Australia, dando confiadamente testimonio de Jesús por las calles, entre los transeúntes ¡sin que haya entre ellos ni un solo ministro! Y de los estudiantes de Oxford, una ciudad en la que yo solía trabajar, guiando a menudo a sus amigos a Cristo mediante sus conversaciones nocturnas, ¡el mejor momento del día para los universitarios! Y pienso en esos mismos estudiantes, durante una campaña de dos semanas, predicando de manera entusiasta a Jesús por las calles, en reuniones caseras, en los salones de bingo ... Igual que hacían los fundadores de la iglesia de Antioquía. Y doy gracias a Dios porque él no ha encomendado esa tarea a los muy cualificados y sólidamente educados (aunque también ellos tienen un lugar importantísimo en la iglesia), sino a hombres y mujeres comunes que lo aman, confían en él y están dispuestos a abrir su boca para hablar de ese «Jesús» que debe ser «Señor». Cuando una iglesia se abre a hablar acerca de Jesús, entonces suceden cosas. En los primeros tiempos de mi predicación evangelizadora en Oxford solía apoyarme en una invitación a la gente a venir a conocerme después. Más tarde, me sentí más que dichoso de poder pedir a las personas que acudieran a sus vecinos de banco para discutir las demandas de Cristo al final del sermón, pues sabía muy bien que en la congregación había muchos laicos perfectamente capaces de guiar a los indagadores a conocer al Salvador. A consecuencia de esto vino un gran número de conversiones nuevas cada año. Era el fruto resultante de que la gente estuviera dispuesta a hablar de Jesús.

Estaba abierta a la capacitación

Las noticias acerca del número sustancial de conversiones a Cristo tanto entre los gentiles como entre los judíos de Antioquía llegaron a oídos de las autoridades en Jerusalén, quienes enviaron a Bernabé para ver lo que estaba sucediendo. Este, entusiasmado con lo que veía, comprendió sin embargo que los nuevos creyentes necesitaban enseñanza; así que recogió a Saulo en Tarso y «se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente» (Hch. 11.22-26). Se daban cuenta de la necesidad que había de preparar a la congregación para que ésta fuese de algún modo eficaz para Dios.

Muchas congregaciones modernas y sus dirigentes no entienden esto, y el nivel de enseñanza en buena parte de las iglesias históricas más antiguas resulta muy bajo. La predicación es pobre y poco inspiradora, y se dedican escasos esfuerzos a capacitar a la congregación en diferentes áreas del servicio cristiano. La apologética se desconoce, y el tema de cómo tratar con las sectas desde una perspectiva cristiana bíblica constituye una necesidad cada vez mayor pero que no se aborda. En resumen: estamos muy flojos en cuanto a capacitación.

Dicha capacitación debe producirse de tres maneras. Primeramente tiene que haber enseñanza de la Biblia, ya que ésta es el documento fundacional del cristianismo y uno de los alimentos principales de la vida cristiana. Los creyentes necesitan adquirir el hábito de un tiempo de estudio personal diario de las Escrituras. Para esto hay innumerables ayudas, tales como las notas de la Unión Bíblica. La Iglesia Católica Romana ha avanzado años luz en cuanto a esto últimamente con la publicación de *Share the Word* [Compartir la Palabra] (tanto notas de lectura bíblica como cintas grabadas). Esta comprensión de la Escritura puede también adquirirse mediante cursos de sermones y grupos de estudio bíblico caseros. Muchas iglesias parecen no haber considerado la planificación de cursos de sermones. Si son iglesias litúrgicas se atienen al leccionario y, si no lo son, dejan libertad individual a los predicadores, quienes pueden decidir enseñar un libro del Nuevo Testamento de principio a fin. Pero una serie bien planeada y anunciada de mensajes basados en la Escritura y diseñados para suplir las necesidades que se perciben en la congregación podría ser un método de enseñanza valioso que atrajera a los transeúntes a la iglesia y supusiera un estímulo para el estudio bíblico regular de los miembros.

Más tarde examinaremos el lugar de los grupos de estudio bíblico caseros, pero éstos constituyen una forma estimable de promover la comunión y el entendimiento en una iglesia. El grupo casero estará compuesto aproximadamente de doce personas, de modo

que sea bastante reducido como para facilitar las relaciones íntimas. Y el estudio en sí debe seguir unas pautas, pero hace posible y de hecho precisa la plena participación de los miembros. Esa clase de bosquejos de estudio bíblico pueden obtenerse de distintas organizaciones. A menos que la congregación esté afianzándose en la Escritura, no tendrá la más remota esperanza de influir en otros por Cristo, y muy bien pudiera ser presa de alguna de las muchas imitaciones atractivas del cristianismo verdadero que hay en el mercado aguardando a los compradores ingenuos.

La escuela dominical para todas las edades es una de las características más útiles del cristianismo estadounidense. El concepto es bastante sencillo y potencialmente muy eficaz. Los miembros de la congregación dedican dos horas o dos horas y media a la iglesia los domingos por la mañana. Una hora se pasa en adoración, con un sermón más bien breve, y seguidamente hay un tiempo de descanso para tomar café. La segunda hora está dedicada a una clase de escuela dominical. Para cada momento determinado puede haber varias opciones, las cuales se dirigen según las necesidades que tenga la congregación: éticas, doctrinales, educativas o apoloéticas. Esto agudiza en gran manera la comprensión de los miembros, deja la decisión en manos de los usuarios y aprovecha los dones de enseñanza de los miembros laicos de la iglesia. ¿Por qué debería acabarse la escuela dominical cuando empieza la adolescencia? Se trata de un método de enseñanza que merece ser utilizado ampliamente a lo largo y a lo ancho de la iglesia cristiana. Y si hay dos cultos matutinos, simplemente se hace el alto para tomar café entre el uno y el otro, siguiendo con la escuela dominical para todas las edades. Así los miembros pueden asistir al culto que deseen, bien antes o bien después de las clases.

La segunda de las principales formas de capacitación son los cursos vespertinos sobre temas específicos dirigidos a ciertos grupos en particular. Un curso breve para nuevos creyentes, otro para líderes de células caseras, otro para maestros de escuela dominical o instructores de jóvenes, otro sobre evangelización personal, algunos más sobre dilemas morales y otros sobre sectas. Distribuidos a lo largo del año, estos cursos pueden ser de una ayuda enorme para la dieta espiritual de los miembros de la congregación. Con frecuencia los cursos cortos de no más de dos meses cada uno son lo mejor, así no se corre el riesgo de agotamiento. Algunos de dichos cursos serán prácticos, otros apoloéticos y otros estarán diseñados para fomentar el crecimiento congregacional o individual en Cristo.

La tercera forma principal de capacitación es llevar consigo a gente más joven en determinadas empresas del ministerio cristiano y capacitarla en el trabajo. Ese era el método apostólico, y sigue siendo el más eficaz. Así las personas aprenden de los puntos fuertes (y de los débiles) del compañero más experimentado, y descubren las alegrías y los desafíos de encontrarse con situaciones reales. La iglesia de Antioquía tenía esto claro, por lo que enviaron a Saulo y a Bernabé con Juan Marcos para que los ayudase y aprendiese el oficio. Y esa norma perduró a lo largo de todo el período novotestamentario. Se trata de un modelo excelente.

Siendo como soy un inglés formal, no dejo de asombrarme por la cantidad de iglesias que se están fundando en el oeste del Canadá. Algunas de ellas se basan en divisiones por motivos de personalidad, lo cual es lamentable; otras constituyen robos de ovejas, que no lo es menos; pero gran parte de ellas se originan por la evangelización primaria en una situación poscristiana. Y sospecho que tales condiciones muy probablemente irán en aumento en la Europa occidental. Puede ser que todos necesitemos aprender de aquellos pioneros de Antioquía, y antes de lo que creemos. Pienso en algunos amigos del Canadá y los Estados Unidos que han formado iglesias comenzando simplemente con dos matrimonios. En ocasiones han puesto anuncios en la prensa, o hecho visitas, o utilizado el teléfono para llamar a varios miles de personas de su área (¡ya que en Canadá las llamadas locales son gratuitas!), a fin de invitarlos a conocer su nueva iglesia si no pertenecen a ninguna. Uno de mis amigos que está experimentando en esta área de fundación de iglesias es George Mallone. El tiene claro que el clima del aprendizaje debe ser «caliente», es decir, que resulta mejor aprender en el trabajo con un colega más experimentado que en el ambiente «frío» de los libros. George y otros como él han forjado cinco principios que en su opinión son elementos vitales de esta enseñanza práctica. Primeramente, lleve usted mismo a cabo el ministerio, aprendiendo mientras avanza, y reflexionando sobre cómo pueden participar en él otros. En segundo lugar, atraiga a otras personas para que participen en dicho ministerio con usted. En tercer lugar, haga que estas personas realicen el ministerio, mientras usted está junto a ellas supervisándolas y animándolas. Luego viene la transferencia de la responsabilidad de dicho ministerio a tales personas, quienes deberán informarle de cómo han progresado. Y por último se les pasa a ellas la responsabilidad de capacitar a otros. ¿Hace esto que se pregunte usted a qué clase de gente puede invitar a ayudarlo en primer término? John McClure, uno de los líderes de Vineyard

Fellowship tiene un sencillo y útil acróstico: FATSOS. Debe usted buscar FATSOS, o sea, personas...

Fieles a Dios, a su Palabra y al liderazgo.
 Abnegadas en el uso de su tiempo y sus oportunidades para Dios.
 Tutelables por los líderes, las circunstancias y el Espíritu.
 Sanas en el cristianismo novotestamentario, tanto en la ortodoxia como en la ortopraxis.
 Orientadas socialmente para causar el mayor impacto.
 Seguidoras de Jesús por el Espíritu en el desarrollo del carácter y en la obediencia a él.

¡Imagino que esa es una descripción bastante buena de los laicos que salieron a fundar la iglesia de Antioquía!

Estaba abierta al amor

El amor es la cualidad más atractiva del mundo, y constituye la esencia del cristianismo. Es la marca registrada más notable del gran Amante. Sin amor una iglesia no es nada. Y está claro que el amor brotaba en Antioquía. Fue el amor lo que llevó a aquellos misioneros primitivos a ir y hablar informalmente las buenas nuevas. Y también lo que hizo que Saulo y Bernabé lo dejaran todo para enseñarlas. El amor unió a los judíos y los gentiles en una comunión de mesa, algo completamente nuevo en el mundo antiguo. El amor los movió a apoyar a los pobres de Jerusalén y a pertrechar y sostener a sus amigos que partían en el primer viaje misionero. La comunión entre los cristianos de Antioquía era algo muy especial y atractivo.

Pero no siempre sucede así. Hay muchas iglesias que tienen un nivel muy bajo de amor fluyendo a través de sus miembros. Hay cortesía, sí, pero no una solicitud profunda. La gente se reúne durante una hora o dos los domingos. Sin embargo, no sienten ninguna necesidad de hacerlo durante la semana. No hay mucha risa compartida, ni mucho orar unos por otros, ni mucho comer los unos en casa de los otros ... Pero podría haberlo. Y allí donde esas cosas existen --donde reina el amor--, las iglesias crecen.

El amor es el clima que permite que los dones florezcan y las personas se sientan amadas por sí mismas. ¿Pero cómo se logra esto?

Hasta cierto punto es resultado de esa bienvenida cordial en la puerta al entrar y de esa invitación a comer después del culto. En cierta medida surge del tomar café juntos en la parte trasera de la iglesia, de las comidas campestres ocasionales en común y de las

cenar frías compartidas. Y procede en buena parte del liderazgo: si resulta obvio que los dirigentes se aman unos a otros, ese amor prenderá en la congregación como un todo. Pero el amor crece, esencialmente, en los grupos pequeños donde todo el mundo puede ser conocido, bienvenido y reconocido como es. En cualquier congregación de más de cincuenta personas no cabe la posibilidad de conocer a todo el mundo en profundidad; de modo que es prudente que dicha congregación se divida en grupos pequeños, los cuales se reunirán semanalmente en los hogares para tener comunión en Cristo.

Esos grupos caseros constarán de varios elementos. Habrá en ellos algo de adoración, algo de comida y tiempo para compartir las noticias personales. Incluirán asimismo algo de estudio bíblico y tal vez una celebración de la santa cena. Los miembros quizá descubran algún servicio que pueden prestar a alguien del grupo, como el pintarle una habitación, o tal vez puedan ponerse de acuerdo para suplir una necesidad de la localidad en la que viven. Habrá cosas «divertidas» en las cuales tomen parte los niños, y solicitud de los unos para con los otros en la soledad y la enfermedad. Sobre todo existirá la oportunidad para los miembros de compartir entre sí ciertos aspectos de su vida, permitiendo a sus amigos de confianza dentro del grupo conocer las heridas profundas que aún quedan en su corazón, y pudiendo experimentar así la sanidad que es susceptible de traer ese compartir, orar y amar mutuos.

Esa clase de confraternidad amorosa es muy terapéutica y la necesitamos, pero resulta muy difícil de encontrar fuera del grupo reducido. Uno no puede amar a todo el mundo sin devaluar el sentido de la palabra «amor». No obstante es posible amar a una docena de personas.

El grupo casero ha demostrado ser la clave del amor en muchas congregaciones, y uno de los factores principales del crecimiento de la iglesia a nivel mundial. En las grandes iglesias de Corea, que cuentan muchos miles de miembros, las congregaciones se dividen en múltiples de doce. Así todo el mundo importa, todo el mundo es atendido. El grupo casero reducido es el agente primario del cuidado pastoral, así como el ámbito esencial de la comunión cristiana. David Prior ha escrito un libro de lo más estimulante, titulado *The Church in the Home* [La iglesia en casa], que es de lectura obligada para todos aquellos que quieran poner en marcha dichos grupos caseros en sus propias iglesias. También yo he intentado escribir en *Freed to Serve* [Librado para servir] acerca del establecimiento de tales grupos, de la capacitación de sus líderes y

del mantenimiento de la vida de ellos dentro del programa global de la iglesia.

Naturalmente hay tareas que esos grupos caseros pueden realizar dentro de la iglesia local: algunas veces cabe la posibilidad de dirigir un culto colectivamente, de decorar el templo para una fiesta, de dar un banquete ... En ocasiones, dos o tres de esos grupos pueden juntarse para una velada, a fin de ensanchar su círculo de amistades y proporcionar una oportunidad a los miembros de ejercitar sus dones.

Resulta estimulante ver cómo un ministro está utilizando, en el corazón de la campaña de Suffolk, Inglaterra, reuniones caseras suplementarias en las tres pequeñas parroquias rurales que pastorea. ¡La esfera de acción es ilimitada! Ya hay grupos de comunión caseros que estudian la Biblia, dan culto a Dios y oran; pero este pastor ha ideado una red más amplia, llamada *The Way In* [El camino de entrada]. Se trata de un programa de cuatro semanas para los miembros de la iglesia y para aquellos que se hallan en su periferia con el objeto de discutir cuatro temas capitales en la vida de toda congregación: la adoración a Dios, el testimonio de Cristo, el servicio a los demás y la utilización de los recursos. El objetivo es, naturalmente, inculcar esos temas fundamentales en la mente de los aldeanos y, por consiguiente, establecer metas claras para las iglesias de los pueblos. Para ello se invita a la gente a una casa cercana, donde pueden compartir sus ideas y escucharse unos a otros. La respuesta es excelente.

Naturalmente que en toda iglesia, grande o pequeña, se precisará una enseñanza y una capacitación cuidadosa de los líderes de esos grupos. Será necesario mantener un vínculo estrecho entre los dirigentes del grupo casero y el pastor por medio de reuniones regulares de enseñanza y estímulo. De otro modo los primeros podrían salirse de órbita, y el amor dar paso a la desunión. El temor a esto frena a muchos pastores a la hora de permitir tales grupos en sus iglesias. Pero en ese caso dichos pastores son miopes. Tomando las debidas precauciones no conozco ningún medio mejor que los grupos pequeños para cultivar el amor en una congregación. Resulta significativo que si uno considera el crecimiento de la iglesia en Europa, América Latina o Asia, se encuentre con que el grupo reducido es el elemento básico en las estructuras cristianas de amor. El bien que han hecho «Encuentro Matrimonial» y otros movimientos que reúnen a los cristianos para un intercambio vivo y amoroso es incalculable. Y esos grupos caseros, como la iglesia misma, deberían estar formados no sólo por personas afines, sino también por individuos con intereses y caracteres diferentes. Resulta

fácil amar a aquellos que son como nosotros, pero no tanto a los que son distintos. Sin embargo en la iglesia cristiana no se nos llama a tener comunión sólo con quienes se nos parecen, ni era esa la costumbre en Antioquía. Los judíos y los gentiles que comían juntos no eran iguales entre sí, ni los afables antioqueños se parecían al fogoso profeta Agabo que descendió sobre ellos sin previo aviso. Saulo tampoco era como Bernabé. En el crecimiento de aquella iglesia no estaba operando el «principio de unidades homogéneas». El amor no distingue los colores y es un asunto de familia, de la familia de Dios. En una familia uno no escoge a sus hermanos y hermanas. Y los grupos caseros que más han aprendido acerca del amor han transitado por este camino a primera vista poco atrayente. Dichos grupos han abrazado a los poco agraciados y sin atractivo, y al hacerlo se han convertido en agentes para la transformación de éstos. Porque empezamos a crecer cuando somos amados incondicionalmente. Si sabemos que se nos acepta como somos, entonces tenemos confianza para enfrentarnos al cambio.

Estaba abierta a la necesidad

Una de las acusaciones más tristes que pueden hacerse contra los cristianos es la de hipocresía. Dicen que somos hipócritas y a menudo tal afirmación resulta injusta y se hace a la ligera. Pero si hubieran de expresarse los cargos, creo que éstos tendrían que ver con dos áreas principales: la primera es que nuestra conducta va muy por detrás de lo que creemos; y la segunda, que solemos proseguir con nuestros himnos y cultos sin hacer demasiado por aliviar la necesidad del lastimado mundo exterior que nos rodea. Muchas iglesias son maravillosas a este respecto, pero bastantes otras no lo son. El hecho es que los inconversos nos hacen un gran cumplido cuando esperan realmente que los cristianos se preocupen por las necesidades de gente a la que ni siquiera conocen. Ellos quieren de veras que llevemos una vida atractiva, diferente de algún modo de la de los demás.

En Antioquía nadie hubiera podido llamar a los creyentes hipócritas. Como veremos, en vez de ello los apodaron «cristianos», impresionados como estaban por la semejanza que guardaba su vida con la de Cristo. Esta semejanza en ninguna otra cosa se manifestaba más que en su generosa respuesta a la necesidad. Tan pronto como oyeron, por medio de un visitante llamado Agabo, de la penuria que a corto plazo habría de sufrir Jerusalén por causa de la hambruna, reunieron una ofrenda sustancial y la enviaron a aquella ciudad por medio de dos de sus miembros: Bernabé y Pablo (Hch. 11.27-30). Esto es algo muy destacable. Los cristianos de

Jerusalén estaban con bastante probabilidad sufriendo a causa de una mala administración financiera (después de todo habían compartido su capital en un gesto espléndido, y a su debido tiempo se quedaron sin nada). De modo que aquellos cristianos de Antioquía, muchos de ellos gentiles y sin duda muchos de ellos también hombres de negocio, podrían haber decidido que la iglesia de Jerusalén había enredado las cosas y que se les ayudaría mejor dejándolos que las desenredaran y aprendiesen de ello. También habrían podido ser recelosos de una necesidad cuya única evidencia era aquel singular profeta visitante. Pero no fue así, sino que los antioqueños dieron --de inmediato y de la manera más generosa-- para satisfacer una inminente necesidad social. Lo mismo habría de suceder cuando Saulo y Bernabé emprendieran su primer viaje misionero. No creo que los cristianos de Antioquía quisiesen perder a sus dos mejores dirigentes, pero lo aceptaron de inmediato, recaudaron dinero, juntaron provisiones para ellos y los enviaron. Me encantan esos dos atisbos que se nos dan de su generosidad, de su disposición para suplir una necesidad imprevista.

Las iglesias que se molestan en satisfacer las necesidades sociales crecen, y aquellas que viven para sí mueren solas. La cantidad de las dádivas puede ser pequeña si la congregación es reducida; eso no importa; lo que cuenta para el Señor, quien considera el óbolo de una viuda más valioso que el gran donativo de un hombre rico, es la actitud. Para que nuestra evangelización sea eficaz, la iglesia debe preocuparse de suplir las necesidades que la rodean. Tal vez tenga que atender a personas solitarias y confinadas, disponer de un espacio para guardería, alfabetizar a emigrantes, proporcionar un sitio al que puedan acudir los que no tienen hogar, ofrecer agencias de adopción en caso de embarazos no deseados ... La iglesia debería discernir la necesidad local y demostrar que tiene interés, y que está tratando de suplir dicha necesidad aunque sea con medios insuficientes. Entonces se la considerará pertinente y la gente querrá oír su mensaje, pero no antes. La introversión de las iglesias en nuestra generación es una de las razones principales de su ineficacia; esto no sucedía en capítulos anteriores de la vida de la iglesia, ni pasa en muchas partes del mundo hoy en día. ¡Pero por desgracia así es a menudo en la Europa Occidental! La iglesia parece reunirse los domingos y no tomar nota alguna de las señales de necesidad que hay por todas partes a su alrededor. Simplemente está desconectada. No es extraño que no pueda evangelizar. Sin embargo, una vez que los miembros de una congregación empiezan a ser liberados de las ataduras del materialismo, aprenden a diezmar sus ingresos y sienten la alegría de dar para la obra del Señor, el

espíritu entero de esa iglesia cambia. La congregación se abre a la necesidad. Entonces empieza a ver con los ojos de Cristo, a interesarse y a hacer algo al respecto. Dios puede utilizar una iglesia como esa, y lo hace. (Véase el Apéndice sobre evangelización y justicia social.)

Estaba abierta a un liderazgo compartido

Como ya hemos visto, el liderazgo en las iglesias cristianas a menudo presenta uno de dos extremos: bien está dominado por el pastor o bien se pierde en un comité. El modelo de liderazgo en la iglesia de Antioquía resulta muy instructivo. Se trataba de un ministerio compartido, no individual. Esta es una cuestión muy importante. El liderazgo de una sola persona es malo para esa persona para la iglesia. El líder tiende a pensar que posee dones que Dios no le ha dado, y que es poco menos que indispensable. La congregación, por su parte, ve que el pastor piensa de ese modo y le resulta cómodo seguirle la corriente, ya que eso supone menos trabajo para ellos. De manera que con el liderazgo de un solo hombre todo el mundo sale perdiendo. Aunque las cosas parezcan ir maravillosamente mientras él está al frente, fracasan una vez que se ha marchado.

No obstante el liderazgo en Antioquía, a pesar de ser compartido, tenía rostro. Las decisiones no se ocultaban en las entrañas de un comité anónimo --lo cual siempre pone furiosa a la gente--, sino que había cinco líderes destacados en la congregación (Hch. 13.1) pero que trabajaban como un equipo.

Aunque le parezca increíble esos dirigentes procedían de países distintos. ¡Vaya manera de empezar el liderazgo de una iglesia nueva! Bernabé era de Chipre, Manaén procedía de los círculos gubernamentales de Jerusalén, Saulo venía de Tarso, Lucio (probablemente de extracción árabe) de Cirene, en el Norte de África, y Simeón, llamado Niger, era negro, sin duda de la cuenca del Nilo, en el África Oriental. Ellos formaban el liderazgo: un liderazgo variado, desde luego, pero unido en el ministerio. Aquellos hombres encarnaban esa calidad de compañerismo que estaban tratando de inculcar en la congregación en general. Los líderes de cada iglesia tienen la obligación de ser así. Evitando la dominación de un solo líder y el anonimato de los comités, el liderazgo cristiano debería resultar al mismo tiempo variado y unido, y seguir el modelo de una pluralidad de líderes que se esfuerzan por superarse unos a otros en el amor y en el servicio. Nadie en ese liderazgo ministra sin ser al mismo tiempo ministrado.

Antes de que dejemos a esos cristianos de Antioquía, cuya diversidad es mayor de lo que jamás hubiéramos podido imaginar, observe aún dos cosas. Por un lado, su liderazgo era internacional e intercultural, y por otro parece haber habido entre ellos diferentes énfasis teológicos. Se nos dice que la iglesia de Antioquía estaba dirigida por «profetas y maestros». Ahora bien, esos son compañeros de viaje bastante incompatibles. Los profetas resultan difíciles de predecir, los maestros no: Los profetas quieren libertad en el culto, los maestros generalmente piden estabilidad. Los profetas piensan que los maestros son aburridos y faltos de inspiración, y estos últimos consideran a los primeros un poco insensatos y sin mucho fundamento escritural (¡además nunca preparan nada!). Allí existían todas las posibilidades para la discordia, pero aparentemente dicha discordia no se producía. Trabajaban juntos maravillosamente bien y su variedad enriquecía el liderazgo de todos.

Después de haber trabajado durante los últimos veinte años en dos equipos compuestos por hombres y mujeres, ordenados y laicos, británicos y de otras nacionalidades, carismáticos y no carismáticos ... y habiendo disfrutado de la unidad (algunas veces tensa, hasta el punto casi de romperse) y del mutuo estímulo y la mutua corrección de dichos grupos, jamás querría volver al liderazgo solitario. A pesar de todas sus dificultades el liderazgo compartido representa el camino adelante, y el estímulo mutuo dentro de dicho liderazgo facilita la evangelización. Creo que allí en Antioquía comprendían esto.

Sin embargo muchos ministros o no se dan cuenta de ello o no están dispuestos a pagar el precio. Si es usted pastor de una pequeña iglesia rural, por ejemplo, y tiene que hacerlo todo usted solo --desde poner la calefacción hasta escribir el boletín--, toda esta charla acerca del liderazgo compartido tal vez le suene a músicas celestiales. Pero no tiene por qué ser así. ¿Qué le impide invitar a dos de los cristianos más antiguos de la congregación a desayunar y orar con usted, digamos, cada sábado por la mañana? Podrían discutir los problemas, compartir ciertas responsabilidades, y hacer sugerencias al grupo que toma las decisiones en la iglesia sobre posibles maneras de fomentar la vida de la congregación. Si existe la voluntad de compartir el liderazgo siempre hay un modo de hacerlo.

Estaba abierta al culto dinámico

La descripción del culto en la iglesia de Antioquía, aunque sea breve, resulta instructiva. Al leer Hechos 11.27-28 y 13.2-3 siete cosas se hacen patentes en cuanto a la adoración.

Primeramente, el culto era ordenado. La palabra traducida aquí por «ministrar» es *leitourgein*, de la que se deriva nuestra palabra «liturgia». Desde luego, en la época más temprana de la iglesia este término no indicaba una fórmula acordada de palabras, sino más bien un patrón reconocible de acontecimientos. El culto antioqueño poseía tanto dignidad como orden.

En segundo lugar, era un culto serio. Ellos no estaban simplemente adorando, sino adorando «al Señor». Dios constituía el centro de su visión. La mente y el corazón de todos estaban fijos en él, lo que naturalmente unía a la iglesia. La seriedad de su propósito se ve por el ayuno que realizaban. Este era una parte normal de su vida cristiana. Lo encontramos aquí relacionado con su culto, y vuelve a aparecer más tarde antes del envío de Pablo y Bernabé a realizar su misión.

En tercer lugar, el culto se desarrollaba en un espíritu de oración. La visión de la labor misionera surgió de la plegaria, y en ésta se concentraron los creyentes antes de que dicha labor comenzase. Claramente la oración ocupaba un lugar de máxima prioridad en su vida.

En cuarto lugar, se trataba de un culto expectante. Debían estar alerta para ver lo que Dios iba a revelarles durante su tiempo de adoración. Esperaban encontrarse con él, oírlo hablar ... Y en medio de esa expectación, de esa espera en Dios sin duda en silencio, el Espíritu pudo comunicar lo que el Señor quería de ellos: el primer viaje misionero.

En quinto lugar, el culto estaba abierto a la intervención. No se encontraba todo decidido y previsto al minuto antes de que comenzara. Supongo que ninguno de ellos sabía --ni le importaba demasiado-- cuándo acabaría dicho culto. Se perdían en el asombro, el amor y la alabanza, y Dios les hacía entender claramente su mensaje. No sabemos cómo sucedía esa intervención divina. Tal vez fuera mediante una convicción semejante en todos ellos; o lo que es más probable, por medio de una profecía pronunciada por alguien de la congregación y que todos los demás reconocían como verdadera. Lo que sí sabemos es que aquella era una iglesia que esperaba que Dios le mostrase cosas y que recibía gustosa la intervención del Señor.

En sexto lugar, era un culto carismático. Estaba abierto a los dones espirituales tales como visiones, profecía o cualquier otro que haya podido provocar el viaje misionero. Admitía que personajes proféticos tales como Agabo se levantasen e hicieran predicciones en medio de ellos. Y no es que debamos pensar en los cristianos de Antioquía como en carismáticos enloquecidos que se colgaban de

las lámparas. Su culto tenía, como ya hemos visto, un lado muy ordenado y solemne, pero recibían gustosos la presencia del Espíritu Santo y los dones. Querían que él, y no ellos mismos, tuviera el control de todo.

En séptimo lugar eran obedientes a lo que Dios les había mostrado. Este es por desgracia un aspecto poco corriente en las iglesias actuales. Oímos a alguien predicar y rápidamente lo olvidamos o no hacemos nada al respecto. Ellos oyeron, se sintieron convencidos e inmediatamente empezaron a disponer el viaje que les había sido mostrado. Volvieron a ayunar, oraron de nuevo, impusieron las manos a sus dos queridos compañeros de liderazgo y los enviaron.

Yo creo que debemos admitir a bordo estos siete factores de la iglesia de Antioquía. Nuestro culto es realmente el escaparate, el verdadero barómetro, de nuestra espiritualidad.

La mayoría de las iglesias modernas, aparte de aquellas de la franja más carismática, no necesitan que se les diga que el culto es ordenado. Lo saben muy bien. A veces resulta hermético, tanto que nadie podría tomar parte en él de no haber sido previamente dispuesto, y mucho menos el Espíritu Santo. Pero nuestras iglesias son por lo general muy débiles en el área de la oración y el ayuno, y no obstante ahí se ganan las batallas espirituales. No conozco ninguna congregación que esté creciendo en profundidad y que no tenga una vida de oración profunda. ¿Hay reuniones de oración en su iglesia? ¿Celebran ustedes desayunos de oración, retiros silenciosos, vigiliias de intercesión? ¿Esperan que sus oraciones sean contestadas? ¿Permiten a veces que la congregación se divida en grupos durante el tiempo de la plegaria simplemente para orar a Dios? ¿Aceptan que la gente se ponga de pie y ore con sus propias palabras? ¿Es la oración una forma de vida para ustedes? Si lo es, no tardarán mucho en experimentar la bendición de Dios. La noche pasada estuve en una reunión de oración y alabanza de dos horas de duración en una congregación muy nueva, de sólo unos meses de edad. Todavía nos falta mucho camino por recorrer, pero ya estamos viendo respuestas a la oración. La gente viene a la fe, y Dios está uniéndonos en amor y compañerismo. Para mí la oración es un trabajo duro, y me avergüenzo de decir que prefiero actuar antes que orar. Pero sé que sin oración la actividad no vale de nada. No creo que ninguna iglesia sea eficaz en la evangelización a menos que se entregue a la oración, y hasta que lo haga.

La oración verdadera tiene dos caras, una de las cuales es la expectación: necesitamos ser una compañía de personas que esperan que Dios actúe. Esa es la fe que él se deleita en contestar.

La otra cara la constituye la resolución, y es ahí donde entra el ayuno. Isaías 58 tal vez sea el pasaje más maravilloso de toda la Escritura en cuanto a la práctica de ayunar. Vale la pena estudiarlo. Quizá lo hicieran en Antioquía. De cualquier manera, ellos sabían que se trataba de una parte importante del arsenal cristiano.

La dimensión carismática también tiene importancia. Resulta triste que el movimiento de renovación haya llevado a algunas divisiones a la vez que haya traído bendiciones abundantes. Puede afirmarse, con el obispo de Pontefract, que «todos los cristianos deben ser carismáticos, aunque no todos tienen que formar parte del movimiento carismático». Pero vivir con la expectativa de que Dios puede revelarse de alguna forma inesperada durante el culto, recibir gustosos las manifestaciones auténticas de los dones espirituales, y estar dispuestos a que se cometan errores y a corregirlos en amor, es todo importante e indica la apertura de la congregación, al tiempo que demuestra una flexibilidad que la hará muy atractiva para aquellos que entren. Una iglesia así muy bien puede tener un grupo de alabanza además del coro formal, o ni uno ni otro y depender por completo del canto congregacional. Le cabe la posibilidad de utilizar una orquesta en lugar de un piano o de un órgano, o de cantar sin acompañamiento todo el tiempo. También puede usar de vez en cuando actuaciones teatrales o danzas sacras en el culto. Le es posible celebrar reuniones congregacionales donde se invite a la gente a discutir la marcha de la iglesia en un área u otra de la vida de ésta. El contenido en sí no es tan importante; lo que sí tiene importancia es la flexibilidad bajo la autoridad de Dios, que hace posible que él se manifieste y dé forma al culto como sólo él puede hacerlo.

Estaba abierta a la evangelización

En el breve relato que tenemos de la iglesia de Antioquía encontramos tres aspectos particulares de la evangelización. Aunque sin duda había muchos más, ahí van esos tres.

El primero es que dicha iglesia fue fundada mediante un modo de evangelizar basado en la conversación. Los visitantes hablaban informalmente acerca del Señor Jesús, y poco a poco la gente empezó a descubrirlo para su propia vida.

El segundo es que la iglesia tenía fuertes lazos con la obra misionera en otros países. De hecho esa obra se había originado allí. Antioquía llegó a ser el centro del esfuerzo evangelizador, un centro en el que se cruzaban cristianos de todas las partes del Imperio.

El tercero es que desde Antioquía partían equipos reducidos para misiones de evangelización de larga y corta duración.

En capítulos posteriores examinaremos cada uno de estos métodos más detalladamente, pero permítame decir aquí tan sólo que casi todas las iglesias pueden participar de estas tres formas si lo desean. La evangelización de persona a persona está al alcance de cada uno de nosotros. Sé de una conversión que se produjo mediante el testimonio de un adolescente minusválido que no podía decir más que diez palabras en un minuto. No debe haber casi ninguna iglesia que no pueda alentar y proporcionar alguna ayuda para una evangelización personal como esta. Y lo mismo sucede con la participación en la obra misionera. No a todas las iglesias les será posible tener a uno de sus miembros en el extranjero, pero sí contar con algún vínculo con una persona así. Varias congregaciones pueden juntarse para apoyar a un evangelista en la oración y en lo económico. Muchas sociedades misioneras poseen «conexiones» para facilitar esto mismo.

Y no es menos posible, incluso para iglesias muy pequeñas, llevar a equipos reducidos en alguna empresa para el Señor. Suponga que se le pide al pastor que predique en un determinado sitio. ¿Por qué no tomar consigo a tres miembros de su congregación, orar y hacer planes con ellos de antemano, y darles alguna participación en la palabra o la dirección de los cultos? Seguro que volverán con gozo, habiendo aprendido mucho y con un profundo entusiasmo para hacer más. Al informar a la iglesia el fin de semana siguiente, otros pasarán adelante y preguntarán por qué no se los invitó a ellos. Pueden ir en otra ocasión. Mientras tanto la idea de un ministerio compartido va creciendo en el corazón de los creyentes y, cuando la evangelización se realice en un nivel local, encajará naturalmente con el ambiente que se ha creado.

Estaba centrada en Jesús

Leemos que a los discípulos se los llamó «cristianos» por primera vez en Antioquía (Hch. 11.26). Fue un apodo que les dieron. Y la razón de ello es que estaba claro que amaban a Jesús. Hablaban acerca de él, y a la gente se lo recordaban. Cada vez se parecían más a Cristo. En su interior estaba teniendo lugar una transformación genuina que se veía desde afuera.

Si queremos ser una iglesia que, como la rosa con la que empezábamos este capítulo, tenga tal fragancia que mueva a la gente a entrar, el vínculo entre Jesús y todos los miembros de la congregación debe irse profundizando constantemente. Los dirigentes son particularmente responsables de esto: necesitan

enseñar que nada que no sea la semejanza con Jesús satisfará a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Ellos deben ejemplificar el carácter de Jesús, mostrando en su propia vida algo de lo que podría ser dicho carácter, lo cual significa someter al escrutinio de la luz de Cristo sus hábitos y sus actitudes.

Ellos deben estimular ese parecido con Cristo en la congregación, mediante una insistencia sosegada pero firme en la oración y el estudio bíblico, en el compañerismo y la comunión. Dos grandes enemigos de la semejanza con Jesús son el ignorarlo y el desobedecerlo.

Por último los dirigentes deben mostrar la semejanza con Cristo en sus decisiones. El señorío de Jesús tiene que extenderse a todos los aspectos de la vida de la iglesia. El es muy capaz de guiar a un comité a tomar una decisión unánime si todos los miembros están realmente buscando su guía. Lo sé por mi propia experiencia de muchos años. Esa es la razón por la cual muchas iglesias que están experimentando crecimiento tienen por norma no dar ningún paso nuevo en cuanto a la vida de la congregación a menos, y a no ser, que obtengan la unanimidad de aquellos que están encargados de tomar las decisiones. Esta es una manera muy práctica de mantenerse abiertos a Jesús.

Naturalmente que la situación de Antioquía no tiene por qué ser normativa, pero rebosa de ideas didácticas para nosotros, los cristianos del siglo XX. Hace mucho que el Evangelio está en el mundo, y nosotros hemos llegado a adoptar costumbres muy rígidas que no siempre son las que Dios quiere. Pero para que una iglesia salga a evangelizar debe realmente fluir en amor; tener cultos que sean flexibles y acogedores, sustanciosos y variados; estar expectante en cuanto a que la gente conozca al Dios vivo; crear las estructuras adecuadas para que eso suceda, incluyendo un énfasis adecuado en la Escritura, el silencio, la alabanza y la apertura al ministerio de otros aparte de los que están al frente. La oración debe convertirse en una forma de vida en la iglesia, y Jesús ocupar la prioridad máxima. Si estas condiciones se cumplen más o menos (y jamás se realizarán de un modo perfecto), tendremos una iglesia que puede esperar que Dios añada a su número regularmente. Se trata de una iglesia que Dios puede usar.

SEGUNDA PARTE

EL DESAFIO
SECULAR

5

En lucha con la mente secular

Una cosa es que en nuestra iglesia fluya el amor, se espere que todos los miembros realicen algún tipo de ministerio y la gente esté ansiosa por compartir las buenas nuevas de Jesucristo con sus amigos, y otra muy diferente es entrar en el pensamiento de esos mismos amigos y motivarlos hacia el compromiso cristiano. El Evangelio de Cristo parece, al menos a primera vista, muy ajeno a la forma de pensar que tienen hoy en día la mayor parte de los occidentales, y será necesario abrirse camino no sólo hasta el corazón de éstos sino también hasta su mente. Tal cosa se consigue en parte mediante la oración persistente, en parte con la amistad y en parte también permitiendo que en uno mismo se manifieste ese gozo puro de la vida cristiana; pero más tarde o más temprano necesitaremos entrar en pugna con las formas de pensamiento seculares que están por todos lados a nuestro alrededor, y reconocer de una manera realista algunos de los principales obstáculos que encuentran muchos de nuestros contemporáneos para llegar a la fe.

Así es que voy a dedicar los cuatro próximos capítulos a esta cuestión. No obstante sólo tocaremos algunos de los problemas más corrientes que tiene la gente para llegar a ser cristiana, y sugeriremos maneras en las cuales el evangelista previsor puede abordarlos. El número de temas a tratar hubiera podido aumentarse considerablemente, pero he escogido cuatro que son a mi entender los que más a menudo se suscitan: la existencia de Dios, la persona y la singularidad de Jesucristo, el carácter increíble de los milagros y el problema del sufrimiento. Sin embargo, antes de pasar a

abordarlos en los capítulos 6 y 7, ofrezco el capítulo actual como brújula para aquellos que deseen seriamente ayudar a personas inteligentes no cristianas.

Si no mostramos mucha confianza defendiendo nuestras convicciones, ni somos capaces de dar razones persuasivas del por qué las tenemos, jamás podremos desafiar eficazmente a otros con la pregunta central que plantea el cristianismo: «¿Qué debo hacer con Jesús?» Por ello necesitamos cierta comprensión de la apologética cristiana. El asalto intelectual a la mente inconversa es un elemento importante del ataque evangelizador para rendir las voluntades. No podemos abrigar la esperanza de alcanzar a la gente reflexiva a menos que cultivemos algunas habilidades apologéticas.

La apologética cristiana no tiene nada de defensiva, ni va pidiendo disculpas. El término se deriva de la palabra griega *apologoumai*, que significa ofrecer una presentación razonada de las propias creencias. Es la clase de cosa que vemos hacer a Esteban en Jerusalén (Hch. 7), a Pablo en Atenas (Hch. 17), y por la que aboga Pedro en su primera carta (1 P. 3.15). En este último caso, el apóstol pide a sus lectores que reverencien a Cristo como Señor en su corazón y estén siempre listos para dar una respuesta a cualquiera que demande de ellos la razón de su esperanza; pero que lo hagan, no con un espíritu de polémica, sino modesta y amablemente. En todo momento deben mantener la conciencia limpia, para que, aun cuando sean objeto de abusos a causa de sus creencias, sus adversarios queden asombrados por la calidad de su vida cristiana. Esa es la actitud con la que debería utilizarse la apologética en el cristianismo.

No obstante hay ciertas preguntas que surgen tan pronto como se suscita este tema en círculos cristianos.

LA PROPIEDAD DE LA APOLOGÉTICA CRISTIANA

¿Es la apologética una actividad propia de cristianos?

Las dudas en cuanto a lo apropiado de la apologética surgen de dos convicciones dogmáticas. La primera es que la mente humana está irreparablemente corrompida, y la segunda que la predicación es el medio singularmente designado para alcanzar a las personas con el Evangelio. Examinemos por turno cada una de ellas.

Es totalmente cierto que la mente humana está corrompida, y que «el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura ... porque se han de discernir espiritualmente» (1 Co. 2.14). La mente humana participa de todas las consecuencias de la caída y se ha alejado mucho de su estado inicial. Hay rastros de corrupción en cada aspecto de nuestra actividad pensante, como los hay también en cada parte de nuestro carácter. En ese sentido resulta correcto decir que somos totalmente corruptos: no hay parte alguna de nuestro ser que esté libre del vínculo y el estigma del pecado.

Pero no es cierto que cada parte de nuestra persona esté corrompida hasta el límite. Eso excede con mucho la enseñanza de la Biblia. Si tal fuera el caso no seríamos capaces de juzgar entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo. La mente ha caído, pero no debemos olvidar que se trata también de un don de Dios y que resulta muy necesaria. La gente no aceptará algo que para su mente sea un disparate, ni debería hacerlo. La debida función de la mente, por lo que a Dios se refiere, es intentar comprender su revelación y luego responder afirmativamente a ésta. Nuestra mente tiene importancia: es uno de los dones más altos otorgados por Dios a la humanidad, y cualquier intento de rebajarla a una posición de intrascendencia constituye al mismo tiempo un insulto para el Dios que la concedió y, a la larga, algo contraproducente, ya que si la mente no importa, tampoco importará demasiado la verdad.

Resulta igualmente cierto que la predicación es un medio dado por Dios para traer a las personas a la fe. Por eso Jesús se ocupaba en ella de un modo tan asiduo, y por eso también los apóstoles la valoraban tanto: «Ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría --escribe Pablo--, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1 Co. 1.21). Y es lógico: Si Dios nos ofrece la salvación como un don gratuito, necesitamos oír acerca de esa maravillosa oferta. La proclamación es obviamente esencial. Si fuéramos capaces de ganar ese reconocimiento por parte de Dios, la predicación sería equivalentemente menos importante; pero como no lo somos, deben seguirse transmitiendo las buenas nuevas de lo que Dios en su generosidad ofrece hacer por nosotros. De modo que la predicación es importante.

Cuando Pablo llama «locura» al Evangelio, no está pretendiendo que a éste le falte contenido o rigor intelectual, sino simplemente que a primera vista parece una locura tanto para los judíos como para los gentiles. La predicación de los tiempos novotestamentarios tenía un fuerte carácter intelectual; no hay más que

examinar las palabras que en Hechos describen esta actividad a fin de comprender hasta qué punto era así. Una de dichas palabras significa «proclamar buenas nuevas», otra «argüir enérgicamente», otra aún «escudriñar minuciosamente el Antiguo Testamento en busca de textos» ... Obviamente los apóstoles se esforzaban muchísimo por penetrar en las actitudes mentales de aquellos a quienes estaban hablando, a fin de que no hubiera piedras de tropiezo innecesarias para el mensaje. Ellos se adaptaban al trasfondo filosófico, social e histórico de sus oyentes, lo cual requería una gran habilidad apologética a fin de permanecer fieles al Evangelio mientras transmitían éste en términos que tuvieran sentido para quienes los escuchaban.

He intentado dar algunos ejemplos de esta clase de presentación del Evangelio en mi libro *La evangelización en la iglesia primitiva*. Se trataba de una presentación que atraía a los mejores pensadores de la época; y si nosotros, en nuestro tiempo y nuestra generación, queremos traspasar las brumas del escepticismo y la confusión, de los malentendidos y los prejuicios que mantienen ciega a la gente para el Evangelio, también necesitaremos examinar, tan cuidadosamente como podamos, la posición de las personas, con el objeto de señalarles lo inadecuado de la postura que adoptan si no tienen a Cristo, así como de demostrarles, no que el Evangelio pueda deducirse por medio de la razón sola (¿cómo podría la mente humana reclamar tal gracia inmerecida?), sino que éste no es contrario a la razón y que no hay barreras intelectuales lo suficientemente serias como para impedirnos responder al mismo. Esa es la tarea de la apologética cristiana.

¿Es bíblica la apologética?

¿No se dedicó Jesús simplemente a proclamar el Reino en vez de tratar de defender su verdad? ¿Acaso no presumen las Escrituras la existencia de Dios en lugar de sacarla de quicio con discusiones? Si nos adentramos demasiado en la discusión, ¿no nos distanciaremos tanto de la fe como del Nuevo Testamento?

Desde luego ese peligro existe, pero francamente no es muy grande. No me parece que la iglesia actual padezca de un exceso de apologética competente. Tenemos mucho camino por recorrer hasta que nuestras discusiones en defensa de la fe se hagan tan plenamente absorbentes que echen fuera a la fe misma. Lo contrario está mucho más cercano a la realidad. Pero de hecho sí que vemos utilizar la apologética en la Biblia: en los severos ataques contra la idolatría que lanzan Isaías y Jeremías, así como en las controversias entre Jesús y los judíos que se relatan en los capítulos centrales del

Evangelio de Juan (principalmente del 7 al 9). John Stott lo ha demostrado claramente, tanto en *Creer es también pensar* como en *Las controversias de Jesús*. Y también descubrimos la apologética en el enfoque que adopta Pablo con los atenienses en Hechos 17 y con los romanos en Romanos 1-3. Asimismo vemos una apologética igualmente fuerte en Efesios 1-3 y en algunas porciones de las epístolas a los Corintios. No se trata del «Evangelio sencillo», sino de un tratamiento apasionado y argumentado inteligentemente, al que acompaña una clara comprensión del trasfondo de sus interlocutores y una determinación tanto de destruir lo que hay de falso en la posición de ellos como de fomentar todo aquello que hay de bueno en ella. Toda apologética respetable desempeña un papel al mismo tiempo destructivo y constructivo.

En algunos círculos cristianos hoy en día la gente sigue a Karl Barth en su profundo recelo y antipatía por la teología natural. Barth era un gigante, y al más hondo nivel confrontó el liberalismo teológico con la Escritura, y la confianza en las obras con una dependencia completa de la pura gracia de Dios. (El énfasis en la gracia y en la Escritura era una parte importante de los cabos luteranos y calvinistas de su herencia espiritual.) Sin embargo, su rechazo de la teología natural resultó desastroso. Aunque uno no puede llegar a Dios sólo por la naturaleza, ésta da testimonio constante de su Creador. Ese es el énfasis de Romanos 1.20: «Las cosas invisibles de él [Dios], su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles ... por medio de las cosas hechas.» Y en ningún lugar se conjugan con más énfasis el libro de la revelación divina en la naturaleza y el libro de dicha revelación en la Escritura que en el Salmo 19. La primera mitad de dicho salmo habla del orden creado y del silencioso testimonio que éste da de su Creador. Y la segunda pasa a hablar de la «ley» del Señor, sus «mandamientos», sus «preceptos», su «testimonio»... que traen gozo al corazón e iluminan los ojos, puesto que revelan al Dios vivo a los hombres y mujeres mortales. El Dios de la naturaleza es el Dios de la gracia; y si mantenemos juntos a ambos, tanto este mundo como la redención cobran sentido para nosotros. Cuando los separamos, tenemos graves dificultades intelectuales.

Esas dificultades se dejan sentir constantemente en los círculos cristianos. Uno oye hablar a la gente de salvar almas (un concepto en absoluto bíblico) y no de extender el Reino, y descubre que ciertas personas consideran el trabajo espiritual más importante que el empleo secular. La palabra «vocación» se aplica generalmente de un modo primordial a la obra misionera o al ministerio, en vez de a todos y cada uno de los trabajos en los cuales los cristianos pueden

servir a su Señor. Y esa separación peligrosa entre lo secular y lo sagrado, entre la creación y la redención, nos permite estar hablando de los detalles del milenio en lugar de participar en el alojamiento de los refugiados, la alimentación de los hambrientos o la creación de albergues para los enfermos de sida. ¿Va a decirme usted que estas últimas cosas no son parte del Evangelio? ¡Desde luego que lo son! Vemos a Jesús sanando e interesándose por los enfermos al tiempo que predica el Reino de Dios. Los actos y las palabras del Señor caminaban de la mano. Naturalmente, cuando Cristo vuelva, el cuidado de los leprosos ya no resultará pertinente. Pero hasta entonces es absolutamente pertinente, y Jesús lo estaría haciendo si estuviera hoy aquí, ya que él se negaba a meter lo espiritual en un pequeño departamento especial aislado del resto de la vida.

Y en un sentido profundo, la verdad de la encarnación es la respuesta suprema para aquellos que nos dicen que la apologética no es bíblica. Porque la encarnación demuestra que Dios se ha metido en nuestro mundo, en nuestras circunstancias, en nuestras formas de pensar, a fin de ganarnos para sí. Y si nosotros profesamos ser sus discípulos debemos hacer lo mismo por aquellos que no lo conocen.

¿Es importante la apologética?

La apologética tiene mucha importancia y la razón es la siguiente: la fe cristiana pretende ser verdad, verdad para todos los hombres y en todas partes, verdad con independencia de la edad y de las perspectivas. Sin embargo, por una diversidad de causas, ha llegado a parecerle de lo más inverosímil al hombre occidental. La apologética supone el intento de entrar en lucha con ese sentido de inverosimilitud y cambiarlo. El Evangelio y sus valores solían dominar el sistema legal, el mundo de los negocios, las presuposiciones legislativas, el trato entre patrones y empleados, y en cierta medida las relaciones internacionales. Ahora no queda nada de eso. El cristianismo apenas se distingue en la vida pública. Hay, desde luego, ciertos vestigios suyos en algunos países occidentales. Gran Bretaña, por ejemplo, aún mantiene a la Reina como jefa titular de la Iglesia Anglicana, se ora en el Parlamento y la iglesia conserva algo de influencia en las clases directoras del país. Pero el Evangelio y los valores de Jesucristo no se aplican a las políticas económicas, al marco legislativo, a las relaciones internacionales, ni a ninguna de las cuestiones de estado. En la práctica los valores y las creencias religiosas de uno forman parte de ese mundo privado que no debe afectar la vida pública, pero que se nos permite cultivar si lo deseamos en nuestro tiempo libre.

La religión se ha convertido en el interés privado de una minoría, como el cuidado del jardín. Los valores han ido detrás, y los escándalos éticos en cuanto a los negociados, el nepotismo, la mentira, el soborno y el quebrantamiento de promesas han aumentado tremendamente en muchos países occidentales en años recientes.

Lesslie Newbiggin ha realizado un meticuloso e importantísimo análisis de este proceso de privatización en su libro *Foolishness to the Greeks* [Tontería para los griegos]. En nuestra cultura existe una separación desastrosa entre los hechos y los valores. Aquéllos se consideran objetivos, éstos subjetivos. Los hechos pertenecen al terreno de la vida pública, los valores al de la existencia privada. «No existen estilos de vida "buenos" y "malos". Quizá lo único verdaderamente malo sea condenar como tal el estilo de vida de otra persona. En el área de los valores personales impera el pluralismo.» Ese es el perspicaz análisis que hace Newbiggin de las actitudes presentes, las cuales han ido avanzando en este sentido desde la época de la Ilustración. Su libro hace una eficaz defensa de la restitución de los valores al terreno de la vida «pública». Hay una diferencia objetiva entre el bien y el mal. Dios es Señor de toda la existencia o no lo es de nada en absoluto. No debemos conformarnos con una vida tranquila en algún rincón, manteniendo un «Evangelio espiritual» que no afecta a la realidad de la existencia. Hemos de hacer valer con fuerza los derechos de Cristo en el terreno público, lo cual exigirá la apologética más convincente de que seamos capaces. El libro de Newbiggin tiene un pasaje magnífico que enfatiza esto en medio de un ataque a la privatización de los valores. Dice así:

Se espera que toda persona educada sepa y acepte el hecho de que el desarrollo de la persona individual está gobernado por el programa codificado en la molécula de ADN. Esto formará parte del currículo en el sistema de la escuela pública. Y el que cada ser humano está hecho para glorificar a Dios y disfrutar de él por siempre, es una opinión que alguna gente sostiene pero que no forma parte de la verdad general; y sin embargo, si resultase cierto, sería al menos tan importante como todo lo demás en la preparación de las personas para su viaje por la vida.

La apologética es ciertamente importante, y constituye una poderosa herramienta que debidamente utilizada puede mostrar a los escépticos que su forma de concebir la vida, a Dios y el mundo está equivocada y es potencialmente desastrosa. Desde luego los creyentes no podemos permitirnos el ser marginados como aquellos que «gustan de esa clase de cosas porque fueron educados para ser

religiosos». Los derechos regios del Redentor abarcan todos los aspectos de la vida, y la apologética es una de las formas de hacérselo entender a la gente.

¿Está descuidada la apologética?

Tenemos la apologética en tan poca estima que en muchos seminarios y universidades importantes no hay nadie de cierta talla que la enseñe. Lord Russell, el filósofo, comentó: «Hoy en día sólo quedan unos pocos católicos anticuados y algunos fundamentalistas que aún defienden la fe con la razón. La mayor parte de los cristianos debilitan la fuerza de la lógica y apelan al corazón, y no a la cabeza.» Este es un extraño declive, ya que la apologética ha ocupado un lugar honroso en nuestra historia durante siglos. Muchos de los grandes teólogos han sido vigorosos apologistas. Pero no sucede lo mismo hoy en día. Actualmente hay un virtual abandono de la apologética cristiana, frente a la tendencia conservadora de proclamar más que de persuadir y la liberal de dialogar antes que de defender. Ninguna de estas dos posturas tiene tiempo para la apologética.

La tendencia conservadora puede observarse en círculos evangélicos, carismáticos, neoortodoxos y en algunos católicos. Como el filósofo escéptico Antony Flew dijera de los escritos de Barth: «Para Barth la fe no puede discutir con la incredulidad, sino solamente predicarle a ésta.» Y ello, naturalmente, comporta la tendencia innata de devaluar la apologética. De nada vale tratar de persuadir ... ¡nuestra tarea es proclamar la verdad!

En los círculos liberales se llega a la misma conclusión artiendo de premisas muy distintas. Ha habido un movimiento resuelto de alejamiento de la apologética. Los liberales ya no persiguen un sentido *racional* de certidumbre --las pruebas tradicionales a favor de la existencia de Dios no se consideran irrecusables--, y abandonan la búsqueda *histórica* de dicha certidumbre: reina el escepticismo sobre el relato novotestamentario en general y sobre la persona de Jesús en particular. También se han apartado de todo sentido *de certidumbre* que sea *cultural*: el colonialismo en la obra misionera ha sido muy criticado y se ha introducido una nueva actitud tolerante hacia otras religiones que ve en éstas aproximaciones igualmente válidas a Dios.

Resulta por lo tanto manifiesto que en un clima semejante la apologética no vale para nada. El diálogo, y no la defensa de la fe, está a la orden del día. Y dejemos claro qué es lo que se entiende por diálogo: éste no incorpora ningún intento de cambiar la idea de la otra persona (o de ser cambiado uno mismo) al final de la

discusión, sino que se trata más bien de una especie de imparcialidad radical y de la búsqueda de una comprensión mutua más clara.

Ni la versión conservadora del cristianismo ni la liberal ven ninguna utilidad en la apologética hoy en día. Tal vez por eso se destaca tan claramente el nombre de C. S. Lewis a este respecto. Aparte de que Lewis fuera el más brillante y elocuente apologista y teólogo --aunque no profesional--, simplemente no hay ningún otro en el mundo de habla inglesa en este siglo que pueda siquiera tratar de igualarlo. Los apologistas son ciertamente una especie en peligro de extinción.

Y la apologética que se practica hoy en día tiene una atracción estrictamente limitada: se dirige a los que están abiertos e interesados, pero no resulta muy persuasiva para aquellos que no lo están. Apunta a los que se encuentran en necesidad y saca partido de esta última. Resulta bastante interesante que el material apologético que se hallaba disponible en la década de los sesenta supliera la extraordinaria necesidad que había en aquel entonces, ya que dicha década de experimentos emocionantes acabó en la desesperación y nuestra literatura apologética daba respuesta a esa desesperación. Pero las décadas subsiguientes han estado marcadas no tanto por la desesperación existencial como por una apatía o un egoísmo absolutos, y nuestra apologética ha resultado notablemente menos eficaz en cuanto a abrir brecha en estas cosas. No es que en la actualidad la gente cuente con argumentos poderosos contra la verdad del cristianismo, sino sencillamente que no tiene interés en ella.

Además nuestras estrategias y técnicas apologéticas, tal como son ahora, se dirigen primordialmente a la gente abierta e interesada; sólo tocan a aquellos que tienen un sentimiento de necesidad, y dan resultado entre quienes comparten nuestra cosmovisión. No tiene objeto argumentar laboriosamente la verdad de la resurrección con un existencialista. Este simplemente dirá: «Muy bien. Tal vez estés en lo cierto. ¿Y qué?» De nada vale intentar inducir un sentimiento de pecado en los ateos. Quizá la persona sea consciente de algunas cosas que hubiera preferido hacer de otro modo, pero todo el concepto de culpabilidad se halla ligado al de un Dios vivo, santo y personal a quien algún día tendremos que rendir cuentas. Con la disminución de la creencia en Dios no resulta sorprendente que el sentido de culpabilidad haya llegado a ser una de las expresiones menos corrientes de la necesidad humana.

En realidad, si hiciéramos una autocrítica rigurosa en cuanto a

la eficacia de nuestra literatura apologética tendríamos que admitir que ésta sufre de dos deficiencias. La mayor parte de ella va dirigida a gente medianamente culta, de clase media y que piensa racionalmente. Sin embargo la mayoría de nuestros compatriotas no leen libros en absoluto, ni son de la clase media, ni están acostumbrados al pensamiento abstracto. Se trata de personas visuales e intuitivas, no de pensadores secuenciales. No es que les falte inteligencia --a menudo son muy perspicaces--, pero la manera que tenemos los cristianos de defender nuestra causa los deja fríos. Las imprentas cristianas sacan cada vez más libros para un público que en todo caso está disminuyendo, libros que tienen muy poco efecto sobre nuestra sociedad, en esta época de televisión, que depende cada vez menos de la palabra escrita.

Y así pasamos al último punto, que es bastante sombrío: la mayor parte de nuestro material apologético va dirigido al público cristiano. Tal vez esté pensado para aquellos que aún no son creyentes, pero jamás llega a sus manos. Lo publican las editoriales cristianas para su venta en librerías cristianas o en las asociaciones cristianas de las universidades, las cuales a menudo no están muy duchos en salir del gueto cristiano a la vida desenfundada de la universidad secular, y menos aún en llevarles literatura cristiana.

Desde luego que en vista de todas estas consideraciones resulta difícil negar que la apologética atraviese malos momentos en el cristianismo occidental, al igual que sucede con la iglesia misma.

¿Por qué esta decadencia?

Las razones de tal decadencia de la apologética no son difíciles de identificar.

Primeramente hemos aceptado sin reservas las suposiciones de la Ilustración. Durante más de doscientos años, una metafísica errónea que pretendía respaldar la física newtoniana nos ha seducido para que lo expliquemos todo desde el punto de vista de la causa y el efecto, descuidando el concepto de propósito. La «realidad» se limita al mundo natural, que puede ser visto y medido, y el científico es el sacerdote capaz de descubrir sus secretos. La ciencia --y la tecnología que surge de ella-- ha tenido tanto éxito, particularmente en el presente siglo, que nos hemos sentido inclinados a creer el mito de que no hay otra forma de concebir el mundo, y que cualquier cosa que no quede atrapada en su red no existe. Un momento de reflexión revelará lo insensato de este concepto: el romanticismo, la formalidad, la amistad, el honor, la belleza --cualidades personales que hacen que valga la pena vivir-- resultan imposibles de capturar con la red científica. El

conocimiento científico no es la única forma de conocer las cosas, y no deberíamos haber permitido nunca que se nos obligara a suponer que así es.

En segundo lugar hemos demostrado nuestra ineptitud para reconciliarnos con el pluralismo. Vivimos en un mundo donde existe una gran variedad de «lenguajes» culturales, y como aquellos que no conocen más que un idioma, cuando la gente no nos entiende, hablamos más despacio y gritamos más. No logramos entrar en su marco de referencia y, en este aspecto, como en tantos otros, mostramos lo poco versátiles e imaginativos que somos en comparación con la iglesia primitiva. Ellos eran más como los suizos que como los ingleses y se metían en el lenguaje y en las maneras de pensar de aquellos a quienes querían traer a la fe. «A todos [nos hemos] hecho de todo, para que de todos modos [salvemos] a algunos» (1 Co. 9.22). ¡Qué maravillosa descripción! Esto demuestra, por un lado, la inmensa flexibilidad de aquellos primeros misioneros y, por otro, su propósito resuelto de ganar a hombres y mujeres para Cristo. Pero a nosotros nos falta esa flexibilidad, y nuestro enfoque «monóglota», por razones obvias, falla muchas veces. Entonces nos rendimos, puesto que el fracaso socava la confianza.

En tercer lugar hemos abandonado nuestro amarradero bíblico. En muchos círculos cristianos ya no se considera que la Biblia se derive en cierto modo de Dios y que traiga los absolutos divinos a este mundo de lo relativo, sobre todo para hablarnos de su invasión de nuestro planeta rebelde con el objeto de rescatar a los perdidos. No, la Escritura es simplemente uno más de los grandes libros religiosos y transmite las ideas de alguna gente acerca de Dios. Sin embargo, una vez abandonada la Biblia no tenemos en qué apoyarnos.

La apologética no siempre se considera una recomendación razonada de la fe bíblica, pero eso es lo que es. Constituiría un grave error entenderla como una argumentación intelectual abstracta, como un mundo distinto de la proclamación bíblica. ¡No! Ya hemos visto que la apologética tiene sus raíces tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La proclamación del Evangelio jamás puede hacerse en el vacío; debe ocurrir en medio de algún entorno cultural. Muy bien. ¿Y qué sucede cuando la proclamación es rechazada? En el Nuevo Testamento los creyentes discutían, persuadían ... Y es ahí donde entra la apologética, la cual alcanza su mayor intensidad cuando se contradice el Evangelio. Se trata de un ministerio de limpieza del terreno, con el objeto de quitar las barreras para la comprensión y la respuesta. La apologética tiene

como finalidad abrir la puerta a la fe, y se dirige no sólo a la cabeza sino también al corazón de la incredulidad, que ciega a la gente para que no vea quién es realmente Dios. Y la apologética trata, si no de quitar esa ceguera (algo que sólo Dios puede hacer), por lo menos de hacerla inexcusable e insostenible.

La apologética es el juicio intelectual, moral y espiritual de la incredulidad, y trata de vencer los obstáculos que impiden que se llegue a la fe (algo necesario). Muy a menudo se precisa realizar primero un trabajo negativo y destructivo sobre el escepticismo, haciendo que la persona se sienta profundamente insatisfecha con las consecuencias de éste, para luego poner el fundamento positivo de las buenas nuevas. Sólo cuando ese amigo suyo se vea desnudo querrá ser vestido en Cristo. La buena apologética despoja a la persona, con amor pero también con firmeza, y muestra que la ropa de la que antes alardeaba no son más que harapos insustanciales.

ENFOQUE DE LA APOLOGÉTICA CRISTIANA

Para comenzar siquiera a hacer algún progreso debemos saber dónde vive (intelectualmente hablando) la gente de este mundo moderno. Luego habremos de adoptar un enfoque bastante distinto del que se ha utilizado en la historia reciente. Por lo tanto, quiero ocuparme de cinco aspectos típicos del hombre secular actual y continuar ese repaso con cinco aspectos de la apologética cristiana, para terminar el capítulo con cinco sugerencias que pueden resultar útiles.

Cinco aspectos del hombre secular

El monismo

Mucha gente jamás habrá oído hablar del monismo, aunque lo tienen por todas partes a su alrededor. Se trata de la postura filosófica que subrayan tanto el hinduismo como el budismo, y que está extendiéndose rápidamente por muchas partes bajo la forma del movimiento de la Nueva Era. A muchos el monismo les resulta emocionante y liberador, lo cual forma parte de una reacción contra el materialismo.

Está claro que somos algo más que un conjunto de elementos químicos, y el materialismo no resulta ni intelectualmente convincente ni personalmente satisfactorio. Hay que reconocerle al movimiento de la Nueva Era, con sus célebres devotos tales como Shirley MacLaine, el mérito de haber provocado un rechazo

enfático de la filosofía materialista y haber puesto el regocijo, la condición de persona y la espiritualidad otra vez en el centro del escenario. Mucha gente está perpleja con la falta de lógica del movimiento de la Nueva Era, el cual abraza en su seno tantas contradicciones. Con ello, sin embargo, no hace sino manifestar su herencia. Este movimiento forma parte del monismo oriental, esa idea de que todo lo que hay en el mundo es básicamente una unidad: el bien y el mal, lo divino y lo humano, la verdad y la falsedad. Este anhelo de unidad dentro del Uno universal resulta bastante atractivo en un mundo tan fracturado y dividido como el nuestro. La idea de que existe una verdad que trasciende a la lógica y que anula la ley de la no contradicción es muy sugestiva. Y hay algo muy unitivo en el concepto de que todos vamos por el mismo camino y estamos juntos en ello sin importar lo que hagamos o creamos. Una espiritualidad desprovista de las exigencias éticas correspondientes tiene un hechizo en sí misma. Y estas son algunas de las razones del asombroso crecimiento que está experimentando este movimiento derivado de las creencias orientales y que niega la personalidad como hecho real. El destino de la raza humana no es tener una relación Yo-Tú con un Dios personal, sino ser otra vez absorbidos en el Uno impersonal que lo abarca todo. Mi personalidad será suprimida en última instancia y quedaré unido al mar indiferenciado del ser.

¿Cómo hemos de abordar una cosmovisión semejante? Primeramente deberíamos regocijarnos por su reconocimiento de los valores espirituales después de décadas de materialismo estéril. En segundo lugar tendríamos que hacernos amigos de miembros del movimiento de la Nueva Era, ir a sus librerías y tiendas de comestibles, y llegar a conocerlos. Esto no resulta difícil, ya que se trata esencialmente de personas abiertas. Uno de mis amigos va a esas reuniones regularmente, y se le ha pedido que lea porciones de la Biblia cada semana sobre el tema escogido para esa noche. Y tales lecturas producen un gran impacto. Hay una apertura y debemos aprovecharla. Pero fundamentalmente a mí me parece que un movimiento como el de la Nueva Era es un juicio contra la iglesia occidental por su racionalismo y falta de vida. Nosotros somos muy débiles en lo trascendente, ellos no lo son; nosotros resultamos muy flojos y sosos en la adoración, ellos no. Creo que no llegaremos a nada con esa gente mediante la discusión, ya que son devotos de la experiencia, y debemos mostrar que en el cristianismo hay una experiencia tan dinámica como la suya pero mucho más creíble y razonable.

De modo que a una persona así debería llevarla conmigo de

manera regular a un culto cristiano que sea de veras profundo y emocionante, preferiblemente con una fuerte dimensión carismática, a fin de que mi amigo pueda notar y sentir, al tiempo que comprender y escuchar, la realidad del Dios viviente. Luego necesitaría pasar tiempo con tal persona, hablando acerca del Dios infinito y personal que no quiere eliminar su ego sino redimirlo, limpiarlo y transformarlo, atrayéndolo a una relación Yo-Tú consigo mismo. Debería confiar en poder mostrarle que tiene razón al presuponer a un Dios infinito, pero que se equivoca al pensar que el infinito no puede ser personal. El hecho de que nosotros seamos personas sugiere que la fuente de nuestra existencia es también personal, a pesar de lo mucho que dicha fuente pueda trascender la condición de persona. Parte de lo maravilloso de las buenas nuevas es que ese Dios infinito y personal anhela tener una relación duradera con esa persona así como con todos los demás que lo conocen y lo aman. Eso hace que nuestra hambre de inmortalidad, nuestra conciencia de persona y nuestro anhelo de unidad, realización y regocijo, resulten maravillosamente lógicos. No podemos encontrar tales cosas inteligiblemente combinadas en el movimiento de la Nueva Era, pero las hallamos en el Dios vivo que habla, salva y envía.

El humanismo

El humanismo es casi una religión en muchas partes del mundo occidental. Consiste realmente en la adoración de la humanidad por parte del hombre. Un humanista no cree en Dios, en el cielo o en el infierno. Lo único que existe es esta vida. Todos los problemas del género humano los causó el ser humano, quien también puede resolverlos. Se trata de una cosmovisión para los capaces, los liberados, los refinados, los ricos. Nunca ha hecho grandes avances entre la masa de la humanidad, ni se ha destacado por su celo misionero para promover la fe en el ser humano en los lugares oscuros del mundo. Aunque muchos humanistas son individuos muy generosos, éticos y bondadosos, no he conocido a demasiados que trabajen en los hospitales de los lugares remotos de África y América Latina. El humanismo es una religión que pertenece más a las altas instancias universitarias que a las haciendas de Guatemala.

Sin embargo se trata de una perspectiva que adoptan muchas personas en Occidente. Tiene buena presentación, se argumenta de un modo atractivo y a menudo está respaldada por vidas sin tacha. ¿Cómo podemos abordar a tales personas?

Primeramente reconociendo que entre los humanistas existe una

división básica. Hay algunos muy optimistas, que a menudo resultan ser científicos. ¿Y por qué no? La ciencia ha producido los más asombrosos resultados para el progreso humano en este siglo. ¿Acaso no es razonable suponer que podría resolver *todos* nuestros problemas? «¡No!», dicen los pesimistas, muchos de los cuales pertenecen al mundo de las artes. Después de todo son los países tecnológica y científicamente más avanzados los que han perpetrado en nuestro propio tiempo las mayores y más terribles guerras de toda la historia, y esa misma gente, científicamente avanzada, ha recurrido a la tortura y al genocidio de una forma sin paralelo en los anales humanos. ¿Cómo podemos creer que el mundo está mejorando? Este vive al borde de la total destrucción: en lo ecológico, mediante la explosión demográfica y el despilfarro caprichoso de los recursos no renovables, si no es a causa de la guerra atómica. Dos guerras mundiales y las atrocidades de los campos de exterminio como Auschwitz (cometidas por una de las naciones más inteligentes y sensibles de Europa) han desfondado para muchos el optimismo humanista.

¿Y no podemos presentar el Evangelio como el verdadero humanismo? A finales de la Edad Media hombres como Colet, Tomás Moro y Erasmo lo proclamaron así. El cristianismo tiene todos los derechos al noble título de humanismo, ya que en último análisis sólo se puede honrar al hombre si se cree que éste es intrínsecamente valioso. Y el humanismo ateo no puede hacerlo. Según su punto de vista, el ser humano no es otra cosa que un conjunto de elementos químicos mantenidos en suspensión durante unos pocos años. Procede del plancton y se dirige a la extinción. No tiene nada inherentemente valioso. ¿Por qué tratarlo pues con un respeto tan exagerado? No hay, ni puede haber, ninguna razón para ello. Algunos que sostienen tales presuposiciones ateas liquidarán a sus semejantes si conviene hacerlo y no les atrae excesivas críticas. Otros humanistas mostrarán hacia sus congéneres una enorme bondad y solicitud. Uno puede elegir. Pero si hombres y mujeres están en realidad hechos a la imagen de Dios, entonces *no* hay elección posible, y debe estimárselos como seres de un infinito valor personal. Por tanto, en un sentido, el cristianismo es el humanismo verdadero y tiene una razón auténtica para respetar a los seres humanos: éstos son criaturas de Dios. Los cristianos afirman correctamente no ser humanistas ni de la tendencia optimista ni de la pesimista, sino realistas. Ellos saben que hay mucha maldad en el género humano, y su Evangelio se ocupa de eso. También reconocen que existe mucho bueno en el hombre (después de todo Dios lo hizo). Así que jamás se sienten

sorprendidos por la maldad, incluso la de semejantes suyos altamente preparados, ni tienden a descartar o a restar valor a la bondad auténtica en la naturaleza humana sobre la cual los humanistas optimistas llaman debidamente la atención.

Y desde esta perspectiva el apologista cristiano puede proclamar las buenas nuevas de una manera que resulta muy lógica para los humanistas reflexivos. Nos es posible convenir con sus altos ideales acerca de la humanidad, y al mismo tiempo mostrarles por qué están bien fundados dichos ideales. Podemos explicarles tanto la nobleza como la pecaminosidad del hombre, teniendo en cuenta la historia completa de Génesis 1-3. También es posible llamar su atención sobre la contingencia de este mundo en el que reside ese objeto increíblemente valioso que es la humanidad. La creación fue consecuencia de la libre elección de Dios, y muestra lo importante que es la iniciativa en un mundo que no se define exhaustivamente, digan lo que digan algunos científicos, por la causa y el efecto. La elección es una facultad de la semejanza con Dios por la cual el Dador nos pedirá cuentas. Podríamos señalar la complementariedad del hombre y la mujer en el plan divino: la imagen divina no está representada en ninguno de ellos por separado, sino en su interdependencia (Gn. 1.27). Hombres y mujeres fueron creados para la comunión entre sí y también con Dios; de ahí la soledad que sentimos por separado, y la sensación de alejamiento en lo profundo de nuestro ser si no nos reconciamos con el Señor. Los humanistas tienen al amor en una gran estima, y nosotros podemos hacer remontar dicho amor hasta su origen en Dios. El amor divino es del orden más alto y sigue activo a pesar de la desobediencia humana. Sobre todo necesitamos presentar a los humanistas la persona de Jesucristo como se nos da a conocer en los Evangelios. El es el hombre verdadero, el ser humano como debería ser. Jamás ha habido otro ser humano como él, ni lo habrá. ¿Qué había en sus genes o en su entorno para producir una vida semejante? ¿Cómo podemos explicarla? ¿No es la explicación que nos dan los escritores del Nuevo Testamento la más razonable? Esa explicación dice que existe un Dios el cual hizo este mundo y cuida apasionadamente de él. ¿Qué vino a buscarnos personalmente en Jesús de Nazaret y por medio de él. Que la vida y la enseñanza de Cristo ponen ante nosotros todo aquello de Dios que somos capaces de recibir. Que Jesús no es meramente el hombre ideal, sino también la mejor idea que pudiéramos tener de la naturaleza de ese Dios invisible.

«Mirar sólo a Dios produce orgullo --dijo Pascal--, y mirarnos

únicamente a nosotros trae desesperación. Pero cuando encontramos a Jesucristo, descubrimos nuestro verdadero equilibrio, ya que en él no solamente vemos a Dios, sino también a nosotros mismos.»

El narcisismo

El narcisismo es la preocupación por el ego, y constituye una característica que permea toda la cultura occidental. Es la esencia de la generación del «Yo». El antiguo mito de Narciso resulta muy instructivo, y Ovidio presenta una delicada versión del mismo en el Libro Tercero de sus *Metamorfosis*. Narciso era un hermoso joven enamorado de la ninfa Eco, al cual se le había prometido una larga vida si no contemplaba nunca una imagen de sí mismo. Pero cierto día, al pasar junto a una fuente, el joven miró su imagen reflejada en el agua y quedó prendado de su persona. Obsesionado consigo mismo ya no fue capaz de responder a Eco, y cuando intentó abrazar su propio reflejo cayó al agua y murió. Ate, la diosa griega de la retribución, lo había matado, y se condenó a Narciso al eterno embelesamiento frustrante con su propia imagen en el río de los infiernos, el Estix.

No resulta difícil ver a buena parte de la sociedad moderna reflejada en ese antiguo mito, particularmente en Norteamérica. El temperamento narcisista es a menudo ciego a las necesidades de los demás, busca siempre un auditorio al que impresionar, actúa de manera manipuladora en las relaciones y está abstraído consigo mismo. En tales personas hay una inseguridad subyacente que las atrae hacia aquellos que irradian carisma. Christopher Lasch ha escrito un libro brillante sobre este tema, que llegó a ser un éxito de librería en los Estados Unidos. Se llama *The Culture of Narcissism* [La cultura del narcisismo] y el subtítulo reza: *La vida norteamericana en una época de expectativas menguantes*. ¿Nos hemos enamorado de nosotros mismos?, pregunta la propaganda del libro. ¿Hemos vendido nuestro futuro al irrisorio precio de la satisfacción de nuestros deseos actuales? ¿Nos hemos quedado sin la intimidad, el gozo, la perspicacia y el amor compartido tratando frenéticamente de encontrar a nuestro propio yo? La respuesta a esas tres preguntas sólo puede ser «Sí». He aquí un análisis embarazosamente preciso de uno de los elementos principales de la cultura de nuestros días, algo muy repulsivo y a la larga altamente peligroso. Ya que no somos simplemente individuos, islas en medio de un mar de gente ... Nos pertenecemos unos a otros, formamos parte del continente, y si no tenemos relaciones vigorosas vamos camino de la destrucción. Por otro lado, el narcisista no es sólo egoísta hasta cierto punto, sino también enemigo de la autoridad y temeroso de la

dependencia. Está absorto en su mundo privado de la confianza en sí mismo, del amor a su persona y de la autosatisfacción. El narcisismo es además profundamente irreal, ya que gusta de cerrar los ojos a sus propios defectos de carácter, de los que culpa a otras personas. La copla de Anna Russell capta bien esta actitud:

A los tres años de edad tenía un sentimiento ambivalente hacia mis hermanos,
Así que de manera natural envenené a los que me amaban.
Pero ahora estoy feliz. He aprendido la lección que esto me enseñó:
Que todo lo que hago que está mal es por culpa de otros.

En los círculos cristianos el narcisismo está muy extendido. Puede verse en la gente insegura que es atraída por aquellos con magnetismo personal. Se observa en la hostilidad hacia el liderazgo comúnmente manifiesta, en la manipulación y el egocentrismo de muchos individuos en nuestras iglesias, en la pobreza de relaciones entre los miembros, y sobre todo en el hedonismo religioso que dice: «Pues me gusta ir a la iglesia los domingos por la mañana. Hace que me sienta bueno.» El objetivo del narcisismo es la promoción del yo. Una persona narcisista aborrece el cristianismo auténtico, ya que éste requiere que se renuncie al ego. Naturalmente, la ironía de todo esto es que el narcisismo comienza con el optimismo y termina en la soledad, el sentimiento de vacío y la desesperación. El cristianismo por su parte empieza con la abnegación y termina en el gozo.

Si queremos comunicarnos con esa clase de gente nuestro mensaje debe especializarse en la cruz. En ella vemos al «Yo» tachado y reconocemos el principio de morir para vivir, o el nuevo nacimiento que surge de la vida entregada en sacrificio. En la cruz somos iniciados en esa profunda paradoja de que uno solamente encuentra su vida cuando está dispuesto a perderla, y que sólo puede tomarla cuando la ha entregado. Tal es el desafío de la cruz para el narcisista.

Sin embargo el individuo narcisista debe oír la consolación de la cruz antes de poder soportar el responder al desafío de ésta; y dicha consolación es de lo más maravilloso, ya que dice a los pobres hombres y mujeres (tan débiles en las relaciones, tan famélicos de amor que su único recurso es la egolatría) que de veras importan. Dios los ama incondicionalmente. Son preciosos a los ojos del Señor, los ojos más importantes que haya en el mundo. Puede que ellos fueran hostiles a Dios, la fuente de toda autoridad, pero eso no lo ha hecho alejarse. Dios muestra su amor para con ellos en que cuando aún eran rebeldes Cristo murió por ellos. No necesitan

seguir agarrándose al amor a sí mismos debido a ese profundo temor que tienen de que nadie más los amará. Dios los ama tanto que fue a la cruz por ellos. En esa cruz comprendo que realmente soy alguien, independientemente de lo que luego logre o no logre hacer. Allí reconozco el pródigo amor de Dios para conmigo y también encuentro una compañía de rebeldes como yo, cautivados por esa misma generosidad, ennoblecidos por esa misma autotrega divina. Y de este modo puedo empezar a escapar de las ataduras de mi autonomía a la comunión de un grupo de personas interdependientes por primera vez en mi vida.

El agnosticismo

Resulta difícil saber lo predominante que es el agnosticismo en realidad. Aunque hay muchos que lo profesan, otra cosa muy distinta es cuán profundamente arraigado pueda estar. Bastantes jóvenes desechan la idea de Dios en su adolescencia. El utilitarismo de Mill, el romanticismo de Rousseau, el materialismo dialéctico de Marx, las hipótesis evolucionistas de Darwin y los estudios psicológicos de Freud se combinan convirtiendo al agnosticismo en una postura muy atractiva. Es intelectualmente respetable. Se trata de algo altamente liberador (sin Dios, sin vida después de la muerte, sin absolutos morales, sin conciencia), y muy de moda.

La palabra «agnóstico» parece haber sido acuñada por el científico Thomas Huxley en el siglo XIX. ¡Resulta fascinante que el mundo pudiera pasarse sin ella hasta entonces! Huxley quería decir con dicho término, no sólo que no sabía que existiera Dios, sino que era imposible saberlo. La evidencia resulta insuficiente. Las pruebas tradicionales de la existencia de Dios habían sido consideradas como no del todo lógicas a partir de la obra de Emanuel Kant, y el agnosticismo parecía hacerse inexpugnable con el reconocimiento de que el hombre, en su insignificancia y sus limitaciones, jamás podría alcanzar una posición desde la cual dogmatizar con seguridad sobre la fuente de todo el universo, donde él es una mota tan despreciable. Como solía mantener Herbert Spencer, otro de los primeros agnósticos, «el infinito no puede ser conocido por lo finito». De modo que el agnosticismo es seguro.

¿Pero lo es de veras? Lo que Huxley y Spencer no reconocieron es que su postura pasa por alto una posibilidad de asombrosa importancia. Es cierto que el hombre no puede esperar abarcar lo divino, como también que la criatura no es capaz siquiera de empezar a comprender plenamente al Creador, si es que lo hay. Los profetas del Antiguo Testamento tenían esto claro. Pero no hay

ninguna razón, si es que Dios existe, por la cual él no pueda condescender a revelarse a sí mismo a sus criaturas. El agnosticismo no es en absoluto algo seguro desde el punto de vista de la lógica. ¿Y qué si Dios ha mostrado su mano? Desde luego el pensador y el predicador cristianos pueden defender muy bien que él ha hecho precisamente eso. Dios ha mostrado su mano en la formación del mundo, la aparición de la humanidad, los valores, la conciencia, el instinto religioso y la historia. Pero lo ha hecho de manera suprema con la venida, el carácter, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret. Esa es la palabra definitiva de Dios para el hombre pronunciada en sus tonos más claros. «A Dios nadie le vio jamás --he ahí la queja muy adecuada del agnóstico--; el unigénito Hijo ... él le ha dado a conocer» (Jn. 1.18): esta segunda parte del versículo constituye la respuesta apropiada del cristiano.

La forma en la que podemos ayudar a un agnóstico no es mediante largas discusiones de carácter filosófico. Quizá tales discusiones sean necesarias, pero no resultarán concluyentes. Lo único que lo convencerá será encarar personalmente el solo lugar de la historia del mundo en el cual se pretende responsablemente que el Más allá ha llegado a nuestro medio, y que el agnosticismo no es, por lo tanto, una opción que podamos permitirnos. No nos es posible alegar ignorancia del ideal, si ese ideal ha venido. Y desde luego lo ha hecho, ya que nuestra era comienza a partir de él.

Una y otra vez he comprobado que el agnóstico verdadero viene a la fe al ser expuesto a la persona de Jesús tal como aparece en los Evangelios. La belleza y el poder absolutos de esa figura resplandecen en las páginas y tienen su propio atractivo. La patente sinceridad del relato evangélico se abre paso a través de los prejuicios, y la evidencia de la resurrección subraya y valida la afirmación sobre el carácter definitivo de Jesucristo. La persona y la resurrección de Jesús son el camino de entrada para el agnóstico, si éste es realmente sincero en cuanto a su agnosticismo.

Pero muchos agnósticos no son sinceros; el agnosticismo es para ellos meramente un cómodo manto para cubrir su egoísmo personal. No es que no puedan creer en Dios, sino que no se atreven a hacerlo porque supondría un desafío demasiado grande para su forma de vivir.

Jamás olvidaré estas palabras de otro miembro de la célebre familia Huxley. Ahora se trata de Aldous, quien en su libro *Ends and Means* [Fines y medios] escribe:

Yo tenía motivos para no querer que el mundo tuviese un significado, y por consiguiente supuse que no lo tenía y pude sin dificultad encontrar razones satisfactorias para tal suposición. El filósofo que no encuentra

sentido en el mundo no se interesa exclusivamente por un problema de pura metafísica; está también interesado en demostrar que no hay razón válida por la que él personalmente no deba hacer lo que quiere, o por la que sus amigos no hayan de arrebatarse el poder político y gobernar de la forma que consideren más ventajosa para ellos mismos ... En mi caso la filosofía de la ausencia de significado era esencialmente un instrumento de liberación, sexual y política.

Uno no encuentra a menudo agnósticos que escriban con esa sinceridad acerca de las deshonestas razones de su agnosticismo; sin embargo hay muchos que no tienen el valor de Huxley pero que comparten el disimulo de éste sobre la causa real de la postura que adoptan. Y ese agnosticismo deshonesto debe ser desafiado, no sólo en el terreno intelectual, sino también en el moral. Algo de la santidad de Dios ha de entrar en la conversación, junto con la advertencia de que con el Señor no se juega. La contrapartida de la libertad es la responsabilidad, y todos --incluido el agnóstico-- tendremos que dar cuentas a aquel que nos concedió dicha libertad. He encontrado algunos agnósticos que han llegado a la fe en Cristo al verse expuesta y solucionada la raíz de su renuencia a enfrentarse con Dios. Una vez que se ha eliminado dicha renuencia, el Dios vivo no desatiende ese clamor sincero del corazón del agnóstico que dice: «¿Hay alguien ahí?» Dios se revela al individuo. Yo mismo he conocido a docenas de personas que, desde la oscuridad del agnosticismo, han orado de esa manera y hoy en día son cristianos confiados y gozosos. El Dios que inventó la comunicación ha hablado a sus corazones.

El pragmatismo

Esta es una actitud profundamente arraigada en el corazón de mucha gente hoy en día. Los individuos en cuestión no se hallan demasiado interesados en la teoría, pero sí en la práctica. Su pregunta no consiste tanto en si algo es verdad como en si funciona. Ahora bien, ningún cristiano se sentirá satisfecho con tal actitud, pero ésta es un indicador de por dónde debemos empezar. Necesitamos rascar a la gente allí donde le pica. Si la pregunta de ellos es: «¿Cómo podría hacer frente a mi soledad?» o «¿Dónde puedo conseguir las fuerzas para vérmelas con esta abrumadora tentación?», de nada sirve darles diez razones por las que tendrían que creer en Jesucristo. Deberíamos partir de donde ellos están, y a su debido tiempo ayudarles a ver que sólo la fe cristiana «funciona» porque es verdad. La verdad tiene prioridad sobre la pertinencia; pero en el clima actual dicha pertinencia grita más fuerte que la

verdad. Necesitamos prestar atención a ese grito, y llevar a la persona a través de la necesidad percibida hasta el Dios vivo que es verdad.

Vivimos esencialmente en la era del pragmatismo. A nuestra sociedad no le faltan esquemas de autoayuda, programas de autorrealización y positivismo. Muchos que han desechado la verdad como algo relativo están más que dispuestos a preguntar acerca de cualquier idea nueva (principalmente de las ideas nuevas) si vale para algo, si funciona.

¿Cómo sale parado el cristianismo si se lo juzga por esta norma? No hay duda en cuanto a cómo les va a las iglesias en general. Cierta gente que solía asistir a los cultos lo ha manifestado rotunda y masivamente: no han sido convencidos de que la asistencia a la iglesia cambie nada. Para ellos ésta no ha «funcionado». Por eso están tan dispuestos a llamar «hipócritas» a los feligreses. Existe la profunda sospecha de que esos mismos feligreses están haciendo un papel que no es real, que no cambia nada en la vida común del trabajo y el hogar. Puede que haya Dios los domingos, pero no los lunes.

La única forma de enfrentar este desafío tan justificado es por medio del Espíritu Santo. Debemos explicar a nuestro amigo que si el relato cristiano es cierto, el Espíritu Santo está vivo y disponible para entrar y transformar la vida de aquellos que se abren a él. Desde luego no todos los que asisten a la iglesia han hecho esto, y aquí reside parte de la discrepancia de la que el pragmático escéptico está más que consciente y que lo lleva a llamar hipócritas a las personas de iglesia. Pero no podemos salir del apuro tan fácilmente: necesitamos explicarle que en los caracteres y la vida de aquellos que se han abierto de manera auténtica al Espíritu de Dios aún queda una imperfección fatal. Dios está trabajando al respecto. El todavía no ha acabado con nosotros. Pero en todos existe una separación (esperamos que esté disminuyendo constantemente) entre lo que profesamos y lo que hacemos. Aún no hemos alcanzado el propósito para el cual fuimos asidos por Cristo; sin embargo vamos camino a ello.

Una vez dicho esto necesitamos señalar en los términos más prácticos el cambio que produce tener a Cristo. Ahí entra nuestro testimonio personal acerca del poder transformador de Jesús. El testimonio tiene un carácter muy atractivo y eficaz, siempre que no se exagere, ya que saca las cosas del ámbito de la teoría y las conecta a tierra en la experiencia personal. Eso ayuda realmente al buscador de mentalidad abierta. La idea de que este Evangelio pudiera en realidad cambiar la forma en la que vive la gente es

muy llamativa. Recuerdo haber guiado a alguien a Cristo en cierta ocasión en mi propia casa presentándole a una pareja que se encontraba en la habitación contigua. El marido acababa de salir de la cárcel después de cumplir condena por un delito horrendo, y la esposa, que había creído en él durante todos aquellos difíciles años de prisión, a pesar de ser muy consciente de que era culpable, se hallaba encantada de tenerle de nuevo consigo. La cárcel los había traído a ambos a Cristo. Ella se hizo cristiana por medio del ministerio de la iglesia, y él vino al Señor en su celda. El verlos reunidos una vez cumplida la condena era algo muy especial, y sencillamente dejó pasmado al indagador que me acompañaba cuando lo hice entrar en la habitación de al lado y se los presenté. El hombre pudo ver el cambio que Cristo había producido en ese antiguo criminal porque brillaba a través de su rostro. Y ese mismo gozo y resplandor se mostraba también en su esposa. No resulta extraño que el indagador en cuestión viniera a su vez a Cristo esa misma tarde. Se trataba de una persona pragmática, y había visto que el cristianismo produce un verdadero cambio. Era algo más que palabras. Funcionaba. Y al entregarse a ese Jesús del que sabía muy poco, comenzó la aventura de descubrir aquel poder transformador actuando en su propia vida.

Todo cristiano, al mirar atrás, puede recordar algunas ocasiones así. Resultan muy elocuentes el asombro en el hospital cuando alguien ha sido sanado por medio de la oración y la imposición de manos; la sorpresa reflejada en el rostro de la asistente social al ver a una persona liberada de los poderes demoníacos ante sus propios ojos; y desde luego las cosas más obvias, como el impacto de la Madre Teresa sobre la gente pobre y necesitada de Calcuta (y de hecho, a través de sus hermanas, en el mundo en general hoy en día). La vida cambiada, radiante del poder del Espíritu Santo, valida el Evangelio para la persona pragmática. Y deberíamos alegrarnos de que así sea. Si en nuestras supuestas buenas nuevas no hay nada palpable, entonces, no sirven de mucho. A mí por lo menos me gusta poder aceptar esa pregunta de prueba: «¿De qué manera cambia las cosas?»

En nuestra apologética evangelizadora con la persona pragmática necesitamos llamar su atención sobre esos ejemplos claros de nuestra propia experiencia y la de otros, preferiblemente de aquellos que él o ella conoce personalmente o de quienes ha oído hablar, en los cuales el Espíritu de Dios ha supuesto una notable diferencia. Y seguidamente debemos instarle, amable pero firmemente, a que «guste y vea que es bueno Jehová». Jamás lo descubrirá hasta que confíe. Es igual que caminar sobre un lago helado: «¿Soportará mi

peso?»), nos preguntamos. Uno no llega a saberlo con certeza hasta que se encomienda a sí mismo. El conocimiento brota de la confianza, y el individuo pragmático perspicaz comprenderá el sentido de ello. A menudo he visto a personas así hacer una oración de compromiso semejante a esta: «Señor, no estoy seguro de si estás ahí o si puedes hacer algo respecto a la presente situación, pero si estás y puedes, hazlo, por favor. Estoy abierto a cualquier cosa que quieras mostrarme.» Muy tentativa ... muy pragmática ... pero es así como muchos han dado el paso al Reino de Dios.

Esos son cuatro aspectos muy corrientes de la incredulidad moderna. En cada caso he dado alguna ligera indicación de cómo creo que sería apropiado tratar de ayudar a esas personas. Cada una requiere un tratamiento especial. Hay, naturalmente, otras muchas mentalidades frecuentes con las que nos toparemos. Están los musulmanes, los comunistas o filocomunistas, los relativistas --convencidos (hasta que tienen que enfrentarse con Jesucristo) de que no hay normas en cuanto a la verdad y el carácter--, los ateos y sobre todo los puros hedonistas (a la búsqueda del placer, pero nada seguros de en qué consiste la felicidad). Podría haber dado algunas sugerencias en cuanto a cómo abordar cada uno de estos casos, pero he proporcionado una muestra, y bastará con comprender que nos hallamos en un mundo muy diverso y que necesitamos ser flexibles en nuestra manera de aproximarnos a la gente. Estudie la flexibilidad que había en el trato personal de Jesús con la enorme variedad de individuos que se cruzaron con él. El Señor no parece haber adoptado dos veces el mismo enfoque. Tal vez deberíamos imitarlo en esto --como en todo lo demás--, y no intentar encasillar a la gente en categorías ideológicas.

Cinco aspectos del apologista cristiano

La identificación

Naturalmente nunca podemos identificarnos del todo con ninguna otra persona ni con su experiencia, pero sí acercarnos mucho a ella y empatizar con su situación. El problema con buena parte de la apologética es que, al igual que la política, es antagónica: se trata de dos posturas en orden de batalla la una frente a la otra. De esta manera la victoria llega a ser más importante (para la autoestima) que la verdad. Ese es un estado de cosas desastroso. Necesitamos aprovechar al máximo el terreno que tenemos en común con nuestro interlocutor, leer la clase de material que éste lee, saber los programas de televisión que ve, experimentar algunas de las presiones a las que está sometido. Jesucristo no nos gritó

consejos o mandamientos desde la lejana gloria, ni emitió ningún parte de noticias por televisión para nosotros, lo cual hubiera podido considerarse como una forma muy eficaz de alcanzar a muchas personas de una vez con un importante anuncio. No, él vino como uno de nosotros: vivió nuestra vida, comió nuestra comida, compartió nuestras limitaciones y murió nuestra muerte. Eso le dio todo el derecho a ser escuchado. Jesús conocía nuestra condición desde dentro.

Pero a menudo los cristianos son distintos de su Maestro en cuanto a esto. Tenemos mucha dificultad para identificarnos, y nos sentimos fuera de lugar en el club masculino de nuestra empresa o en el bar. No encajamos. Así que nos retiramos al gueto. Y el mundo cristiano occidental es muy parecido a un gueto: se autosostiene, sus miembros se relacionan entre sí, y es muy capaz de agotar las energías de éstos últimos. Debemos renunciar a la mentalidad del gueto y ser capaces de mezclarnos fácil, natural e inteligentemente con aquellos a quienes esperamos ayudar a obtener la fe. Resulta muy difícil para un misionero blanco hacer esto, digamos, en Angola, y probablemente su mejor manera de contribuir será dedicándose a la formación de los líderes de la iglesia angoleña, quienes a su vez resultarán mucho más eficaces de lo que él jamás podría serlo en cuanto a alcanzar a sus compatriotas con las buenas nuevas de una forma que reduzca al mínimo su sabor «extranjero». Es muy complicado para el ministro que habita una amplia casa pastoral en el centro de una ciudad identificarse con los trabajadores que lo rodean, los cuales viven apiñados en hogares sin atractivo alguno. Alegar que tiene poco dinero y que la casa le resulta una pesadilla, no sirve absolutamente de nada. Se lo ve como alguien diferente, uno que «no es de los nuestros». Y eso hace muy difícil para el trabajador identificarse con la iglesia, ya que el liderazgo de ésta es tan obviamente diferente de sí mismo.

Cierto hombre cristiano procedente de un rudo ambiente de obreros explicaba cómo, para poder decidirse ir a la iglesia (a pesar de que quería hacerlo), tuvo primero que tomarse unas cuantas copas a fin de reunir el valor suficiente para ello. El primer domingo sólo llegó hasta el bar más cercano, y el segundo hasta otro un poco más próximo a la iglesia. Para el tercer domingo había hecho el acopio necesario de valor para entrar en el edificio y tantear cómo eran aquellos feligreses. Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano por reducir al mínimo estos obstáculos, y acomodarnos a la situación de la otra persona no esperando que ella encaje en nuestro sistema. Y eso es algo que las iglesias hacen extraordinariamente mal.

La investigación

Debemos descubrir dónde vive la persona a quien estamos tratando de ayudar. Tal vez no sea malo saber cuál es su domicilio geográfico --ese es el primer paso para llegar a conocerla--, pero resulta mucho más esencial tener noticia de su residencia emocional y filosófica. ¿Qué es lo que la hace funcionar? ¿Qué actitudes tiene en cuanto a la vida? ¿Hasta qué punto dichas actitudes están condicionadas por su experiencia?

Por desgracia la verdad es que muchos de nosotros somos bastante más propensos a hablar que a escuchar; y si es que sentimos algún placer compartiendo el Evangelio con otros, solemos dejarnos llevar por el entusiasmo cuando lo hacemos. Un simple momento de reflexión nos revelará lo miope que es esta forma de actuar. Tenemos dos oídos y solamente una boca, y deberíamos mantener presente esa proporción en lo que respecta a la apologética cristiana. Sólo el médico verdaderamente inepto receta antes de haber diagnosticado. Eso me sucedió una vez a mí, y resultó muy pernicioso para mi salud. Cierta noche me derrumbé después de predicar en Durban, y dos doctores acudieron en mi ayuda. Uno de ellos me atiborró de antibióticos, y el otro me preguntó si podía venir a verme al día siguiente. Fue el examen meticuloso del segundo lo que demostró que tenía meningitis, mientras que la actuación demasiado entusiasta del primero complicó la situación terriblemente. Durante varios días fue imposible saber si había contraído el tipo vírico o bacteriano de la enfermedad. Y supongo que en la medicina espiritual a menudo somos culpables de una ineptitud parecida, ya que nos apresuramos a prescribir el remedio antes de juzgar cabalmente cuál es la situación del enfermo y qué dolencia tiene.

La provocación

El hacer preguntas perspicaces y provocativas es hoy en día un arte olvidado en los círculos cristianos, y sin embargo un arte muy necesario. Por puro instinto de conservación, en un mundo a menudo hostil y siempre acelerado, muy pronto desarrollamos cierto blindaje: una cosmovisión que suponemos correcta mientras nos sea útil. Cuando se cuestionan algunas de nuestras suposiciones, y sobre todo cuando se demuestra que dichas suposiciones están equivocadas, tenemos que pensar mucho. Somos vulnerables en ese punto. Y eso es lo que el apologeta necesita tener en cuenta. Debería tratar constantemente de que su amigo agnóstico se dijese a sí mismo: «Me pregunto si estaré en lo cierto en cuanto a esto...» O quizá: «¿Tendrá Paco razón en ese asunto y

necesito considerarlo?» Estamos intentando sembrar dudas en la mente del inconverso, dudas en cuanto a si su cosmovisión es acertada. Y para hacerlo necesitamos ciertamente identificarnos con él, porque de otro modo sólo conseguiremos alejarlo. También deberemos investigar dónde vive, por decirlo de algún modo, o no sabremos por dónde entrar. Pero una vez dentro deberemos suscitar esas preguntas existenciales en su mente y demostrarle por medio de su propia comprensión dolorosa que la casa que ha construido para sí como un refugio contra la aproximación de Dios está llena de goteras y resulta inhabitable, y que sería mejor abandonarla.

Una de las personas más hábiles que he conocido jamás haciendo esto era el Dr. Francis Schaeffer. El ha sido uno de los apologetas más consumados de mediados del siglo XX, y preguntaba mucho más que lo que respondía. Schaeffer siempre estaba tratando de descubrir cuáles eran las presuposiciones fundamentales de la persona con quien hablaba, y luego llevaba implacablemente a tal persona hacia las conclusiones lógicas de dichas presuposiciones. De esta forma hacía ver a su interlocutor lo erróneo de sus suposiciones, y entonces, y sólo entonces, el hombre estaba dispuesto a sentarse y estudiar una alternativa: el Evangelio de Cristo.

Cierto día Schaeffer estaba discutiendo con un joven que afirmaba la relatividad de la moral y las virtudes del sexo libre. La reacción inmediata del apologeta fue pedirle el nombre y el número de teléfono de la amiga con quien vivía. El joven se puso furioso, hasta que comprendió que le había salido el tiro por la culata, y que las virtudes del sexo libre palidecían bastante cuando se volvían contra él mismo y contra alguien a quien él amaba.

En otra ocasión Francis Schaeffer discutía con un anarquista declarado, quien estaba defendiendo la violencia si resultaba oportuna. Así que Schaeffer y sus amigos lo sujetaron, y el primero sacó una porra y preguntó al anarquista por qué, según sus presuposiciones, no debería él aporrearle los sesos hasta hacerlos puré. Naturalmente el hombre no tenía respuesta para ello, y abandonó el anarquismo al sentir en su propia persona lo absolutamente inadecuada que era esa ideología. El era más humano que su teoría, por lo que la dejó y fue atraído al más humano de los salvadores: Jesucristo. Pero Schaeffer jamás se habría hecho entender por el hombre de no haberse esforzado en descubrir dónde vivía éste, intelectualmente hablando, ni haber provocado luego en su mente la más angustiosa de las preguntas: «¿Estoy equivocado? ¿Equivocado por completo después de todo este tiempo? ¿He errado totalmente el camino?» Schaeffer siempre

llevaba a cabo con gran suavidad esta tarea de provocar preguntas demoleadoras en la gente. Se trataba, según recordaba él a sus oyentes, de la manera moderna de predicar el infierno, ya que consistía en mostrar a la persona en cuestión que estaba perdida, que vivía en una casa declarada en ruinas la cual no resguardaría del granizo. Schaeffer solía decir que la apologética era algo así como quitarle el techo a esa casa y dejar que entrase el granizo de la verdad, lo cual siempre había de hacerse con lágrimas de compasión en los ojos. Así lo hacía él, y su influencia le ha sobrevivido.

La traducción

No debemos olvidar que, por haberse debilitado la influencia de la fe en el estado, las iglesias, los hogares y las escuelas, muchísima gente crece sin comprensión alguna de la cosmovisión cristiana. Vivimos literalmente en mundos distintos, y por ello es importante que nos hagamos expertos de la traducción. En primer lugar debemos traducir nuestra terminología: la gente no tiene ni la más mínima idea de lo que queremos decir con algo tan fundamental como «la cruz»; «la resurrección» significa poco para ellos; «Jesús» no es más que un juramento o en el mejor de los casos un gran maestro del pasado remoto; palabras como «redimido» y «salvo» constituyen perfectos galimatías en una sociedad en la que muchos de sus miembros no saben lo que sucedió en la primera Navidad ni en el primer Domingo de Pascua. La cautividad de las iglesias es tal que éstas no se dan cuenta de que otra gente simplemente no tiene ni idea del mensaje que para ellas es tan querido. Resulta difícil sobreestimar la ignorancia del Evangelio en la sociedad occidental moderna, y las cosas empeoran cada vez más. Pronto el conocimiento que hay se desvanecerá casi por completo y entonces nuestra situación será mejor que actualmente, ya que en un sentido podremos comenzar de nuevo y quizá el Evangelio recupere esa frescura que rompió como un trueno sobre la sociedad del siglo I.

Pero entretanto debemos poner cuidado en desmitologizar nuestro lenguaje. Necesitamos palabras más sencillas, a menos que estemos hablando con alguien que sepa mucho acerca de la fe. Debemos asegurarnos de que los términos que utilizamos se entienden fácilmente. Los primeros cristianos hacían esto de un modo espléndido, dando sinónimos para conceptos difíciles tales como «el Reino de Dios», una idea muy judía nada fácil de asimilar por sus oyentes griegos, la que tradujeron por «vida eterna», algo que anhelaba profundamente el antiguo mundo pagano. La

traducción fue precisa y brillante, y tocó a personas de una cultura diferente deseosas de aceptar esa vida.

Pero no se trata sólo de las palabras, sino también de las ideas que empleamos. Estas también necesitan una revisión radical. La mayoría de las personas no saben qué hacer con los nombres abstractos que a los cristianos tanto les gusta utilizar, como «salvación»; «justificación», etc. Dichos nombres significan poco o nada para ellas. La gente de hoy en día prefiere los verbos y los nombres concretos, y lo mismo deberíamos hacer nosotros. Ellos piensan gráficamente, y nosotros también deberíamos pensar así. Necesitamos ilustrar constantemente lo que queremos decir con conceptos que formen parte del mobiliario mental de la gente. Si está usted hablándole a un carpintero, dé especial relevancia al hecho de que Jesús también lo era, y cuénteles las buenas nuevas en un lenguaje que los carpinteros entiendan. Si trata con un existencialista, entonces debe adoptar y utilizar sus categorías: encuentro, relación, experiencia definitiva ... llenándolas de significado cristiano. Podemos ver al apóstol Pablo haciendo esto mismo una y otra vez en sus epístolas, cuando adopta la terminología propia de sus oponentes o de la gente del mundo que le rodea y le infunde el sentido de la doctrina de Cristo. Para conseguir que se nos escuche en estos días necesitamos sencillamente ser traductores; lo cual significa que hemos de ser hombres y mujeres plenamente modernos. Nuestra lectura y nuestro juego, nuestro conocimiento de la actualidad, la percepción política y social que tengamos, y nuestra apreciación del mundo que nos rodea, todo ello será de incalculable valor para nuestra tarea de compartir el Evangelio con aquellos que no lo conocen. En resumen: debemos vestir *nuestro* mensaje con las ropas *de ellos*.

La relación

Hemos de relacionar al multiespléndido Cristo con la necesidad que siente la persona con quien estamos trabajando. Seguro que esa no será su única necesidad, ni siquiera la más importante, pero se trata de aquella de la cual es consciente en la actualidad. En nuestros días dicha necesidad consiste a menudo en una falta de sentido o en un sentimiento de vacío, en una ausencia de propósito en la vida, en una sensación de no ser amado y apreciado por uno mismo sino sólo por lo que puede producir o produce. El miedo es algo mucho más corriente de lo que pensamos.

Lo que tenemos que hacer es tratar de aplicar el aspecto de nuestro Señor Jesucristo que sea más inmediatamente pertinente para la persona a la que estamos hablando. Con frecuencia será

útil que nos preguntemos a nosotros mismos si existe una situación en el Nuevo Testamento parecida a aquella en la que vemos que se encuentra nuestro amigo. En tal caso la Escritura le hablará a él con una poderosa inmediatez. En cualquier caso debemos considerar la cualidad de Cristo que se adapte particularmente a su necesidad, y aplicarla. Así, un humanista tal vez no se sentirá impresionado por argumentos a favor de la existencia de Dios, pero es muy posible que se impresione y que venga a la fe por ver a los cristianos ofrecer un culto dinámico o por una traducción moderna de alguno de los Evangelios que se le entregue para que la lea sosegada y reflexivamente. Un científico, por su parte, es mucho más probable que resulte convencido por la evidencia a favor de la resurrección o por llevarse un Evangelio y leerlo con el objeto de ver si éste lo persuade de que Jesús era algo más que un hombre. En cuanto a la persona solitaria, posiblemente se sentirá tocada por la actitud amistosa de Jesús para con alguien que estaba solo, como Nicodemo, Zaqueo o la mujer de Samaria. Y un individuo dominado por las fuerzas demoníacas será profundamente conmovido por el relato del endemoniado gadareno. Yo he visto cómo ese pasaje conducía a tales personas a Cristo.

En resumen: volvemos al tema de la flexibilidad. Debemos ser flexibles. La evangelización y la apologética no tienen que ver con la potencia de fuego y técnica intelectual. Dependen mucho más de las relaciones amistosas y de la risa, de la franqueza y la sinceridad. Supone un error imaginar que la gente está endurecida contra el Evangelio; lo que pasa es que se siente simplemente aburrida por la forma en que éste se presenta muchas veces: de un modo demasiado rígido, racionalista, falto de perspectiva general de las demás cosmovisiones, estrecho de mente ... Asegurémonos de que no se nos pueda acusar de tales cosas. Resulta imperativo que en toda esta área de la evangelización y la apologética no olvidemos ni los factores racionales ni los que no lo son. La mayoría de la gente no es movida por la razón sola, tal vez ni siquiera primordialmente por ella. Hay poderosos factores no teológicos cuya ignorancia supone un riesgo para nosotros. El Evangelio de Jesucristo es más veces captado que enseñado y, de un modo especial en nuestros días, cuando el pensamiento no lineal ha despojado a la lógica de buena parte de su eficacia. La gente se siente más tocada por el ambiente, el amor, la bienvenida, la sorpresa, que por los argumentos. Eso no significa que tengamos que descuidar la discusión intelectual, pero sí que no debemos depender sólo de ella. Con frecuencia hemos de viajar por el intelecto para descubrir las razones del corazón, que son por lo

general aquellas que dominan a la persona. Hay muchos que no quieren que el Evangelio sea verdad y por consiguiente racionalizan su rechazo.

Mientras mecanografiaba este capítulo, un médico me telefoneó. Con la inocencia y el candor de un niño, su hijo de siete años había estado contándole las buenas nuevas de Jesús a su abuela atea. Después se produjo una larga y difícil conversación entre la madre cristiana del pequeño y la abuela. Pero lo que me fascinó fue el hecho de que aquella mujer mayor, una encantadora y educada humanista que enseñaba biología a nivel de doctorado en una universidad, saliera con los más puros disparates acerca del cristianismo: «Los Evangelios se escribieron cientos de años después de lo ocurrido»; «No es posible saber si existe o no existe Dios»; «Todas las religiones son iguales» ... Estas eran las excusas de la mente, pero pronto empezaron también a aparecer las razones del corazón, las verdaderas causas. En su niñez la mujer había sufrido hasta el extremo: su madre murió de cáncer sin recibir tratamiento, ya que pertenecía a la ciencia cristiana y se le había hecho creer que el dolor era imaginario. Eso la dejó a ella con una gran amargura, y el cristianismo quedó marcado en su mente con el estigma de la ciencia cristiana. Si no atendemos a las razones del corazón nunca ayudaremos a nadie a que entre en el Reino de Dios. Ciertamente jamás lograremos introducir a alguien a ese reino sólo con argumentos.

Cinco sugerencias para los apologistas cristianos

Me gustaría terminar este capítulo con cinco sugerencias que ofrezco solamente porque las he encontrado útiles en mi propio ministerio.

Comience donde está la persona con quien habla

Deberíamos tener la flexibilidad de utilizar cualquier camino como una senda para llegar a Cristo. No importa de dónde partamos. Si se piensa que estamos dando alguna especie de sermoncillo cuidadosamente preparado será desastroso. La evangelización tiene que ver con las relaciones personales, el compartir con otro de un modo sincero y auténtico. Debemos aprender a comenzar por donde la persona con la que estamos hablando quiere que lo hagamos, donde brota la conversación, así como a aprovechar las oportunidades cuando se presenten. Si aplazamos dichas oportunidades hasta un momento más conveniente, ese momento nunca llegará. Dejemos también que la otra

persona tome la iniciativa: no tenemos por qué guiar nosotros la conversación. El otro busca dirección para su vida; permítale que marche delante. Usted sígalo con sensibilidad e intención de ayudar según se le presente la ocasión. Y no le importe en absoluto si la conversación se desvía de las cuestiones espirituales; es muy posible que esa misma noche, más tarde, vuelva a ellas. O tal vez pueda recuperarse dicha conversación en otro momento. La presión por parte de usted resultará nociva para la relación si la otra persona no la desea. Sin embargo, si le parece posible ser tan natural cuando habla acerca de Dios como cuando lo hace acerca de su deporte favorito, descubrirá a su amigo plenamente dispuesto a volver a una cuestión que es, después de todo, una de las más fundamentales del mundo.

No se avergüence de abrir la Biblia

Ya puedo oírle decir: «¡Oh no! ¡Eso los espantará para siempre!» No, no lo hará. Todo depende de la manera en que usted lo lleve a cabo. Si habla en tono de autoridad --la autoridad de la Biblia--, puede prepararse para una reacción fuerte en esta era tan antiautoritaria; pero si usa la Escritura sin autoritarismo (aunque creyendo apasionadamente en la autoridad que tiene), es muy probable que se la reciba bien. «Bueno --puede expresar--, esa pregunta que has hecho es muy interesante; veamos lo que dijo Jesús al respecto y si es de alguna ayuda.» O tal vez su amigo o amiga haya estado haciendo algunas asombrosas afirmaciones acerca de lo que en su opinión es el tema del cristianismo, y usted puede decir: «Bueno, resulta fascinante intercambiar ideas sobre esto, pero ¿por qué no volver al libro de consulta original, el Nuevo Testamento?» E invariablemente la persona estará de acuerdo. Se trata de la cosa académicamente respetable que hay que hacer en un empeño así: volver a la fuente original. Eso es lo que se pretende que usted debe estar llevando a cabo, aunque en realidad esté haciendo algo más que eso. Usted sabe, aunque su amigo no sea consciente de ello, que la Palabra de Dios es afilada y poderosa, así como que las palabras de la Biblia pueden abrirse camino hasta lugares a los que las suyas propias jamás llegarían. De modo que deberá usted exponer a su amigo a los rayos láser de la Escritura, y eso tendrá su efecto.

Este acercamiento sin límites fijos y sin dogmatismos resulta muy necesario. Si usted acude a las Escrituras con una actitud abierta, suponiendo únicamente que los testigos que la escribieron eran hombres honrados, estará demostrando que la Biblia es perfectamente inteligible, así como que los cristianos no

componen su fe a medida que avanzan, sino que vuelven atrás, a las enseñanzas originales de Jesús. De este modo les abrirá los ojos sobre lo que significan esa enseñanza, esa vida, esa muerte y esa resurrección. Y lo que es todavía más importante: empezará a producir en su amigo la sospecha de que ese libro es poco común, que tiene trazas de ser verdad ... Y a hacer que piense: «He aquí un libro que me comprende, que habla a mi condición.» Y una vez que él reconoce esto no está muy lejos de convertirse.

Especialícese en Jesús y en la resurrección

Eso fue lo que hizo Pablo con los atenienses; tanto es así que los menos doctos de entre ellos pensaron que estaba tratando de añadir dos nuevas deidades a su panteón: Jesús y Anastasis (Hch. 17.18). ¡Dudo que nadie fuera capaz de interpretar mal al apologista contemporáneo en ese sentido! Pero he descubierto que estos son verdaderamente los dos temas capitales en los que hay que concentrarse. La persona de Jesús resulta la más atractiva del mundo, y la evidencia a favor de que él era algo más que un mero hombre resulta abrumadora. Me encanta confrontar a los indagadores con estas cosas. Luego los animo a que se vayan y lean los cinco relatos de la resurrección, descubran el eco de ésta en casi cada una de las páginas del libro de los Hechos, e intenten rebatirla. Desmontar ese testimonio es una empresa formidable, y no logran hacerlo. Dios no nos ha dado la respuesta a un sinnúmero de cuestiones que nos gustaría desentrañar, pero le ha parecido oportuno dotarnos de pruebas muy sólidas para apoyar la divinidad de Jesucristo y el hecho de su resurrección de entre los muertos. Y con esos dos puntos tenemos casi suficiente. Recuerdo muy bien a un joven estudiante de medicina posgraduado que asistía a una de las clases de Agnósticos Anónimos que yo solía dirigir en la Universidad de Oxford. Se había unido al grupo para examinar ciertas cuestiones éticas con las que sabía que tendría que vérselas inevitablemente en su profesión. Después de estar fuera una semana para estudiar las pruebas de la resurrección de Cristo, entró en la clase y dijo a sus amigos: «Bueno, todavía no soy cristiano, pero estoy convencido de que Jesucristo resucitó de los muertos.» Antes de irse aquella noche me preguntó cuándo empezaba el siguiente «Grupo de Descubrimiento» (para nuevos cristianos). «Creo que no puedo resistir por más tiempo --dijo--. Estoy comprometido.» Hoy en día es un activo médico cristiano.

Distinga entre las cortinas de humo y los verdaderos problemas

Diremos más acerca de esto en un capítulo posterior, pero tal distinción resulta crucial, aunque no siempre sea fácil de hacer. Si alguien tiene un verdadero problema y usted lo resuelve de manera satisfactoria para él o ella, la persona no debería aducir ya más razones para resistirse a la verdad de Cristo. Pero si lo que pretende ser una razón auténtica para la duda es en realidad una cortina de humo tras la cual su amigo se quiere esconder, se produce una situación muy distinta. Resuelva ese problema y seguramente la persona presentará otro; hágalo de nuevo y otra dificultad más surgirá. Entonces será evidente que su corazón no quiere moverse y que su mente está ideando excusas para respaldar tal actitud.

La dificultad reside en que algunas veces lo que constituye un verdadero problema para cierta persona puede ser una cortina de humo para otra.

Piense por ejemplo en el problema del dolor y el sufrimiento. Esa es la clásica pregunta que los cristianos no pueden responder por entero y constituye por lo tanto una excelente vara con que golpearlos. Así que su amigo sale con la pregunta: «¿Por qué hay tanto mal en forma de sufrimiento en el mundo?», y se recuesta contemplando cómo usted se retuerce e intenta dar una prolongada respuesta. Para él probablemente no se trate más que de una cortina de humo y, si usted le responde, pasará a la siguiente pregunta: «¿Qué les sucede a aquellos que nunca han oído el Evangelio?» o «¿Qué pasaría si hubiese vida en Marte?» Pero otra persona podría sacar a colación exactamente el mismo tema, el problema del sufrimiento, y no tratarse en su caso de ningún problema académico para mantenerlo a usted distanciado, sino de una herida terriblemente desgarradora porque el año pasado su madre murió de cáncer padeciendo muchos dolores. Si maneja usted una excusa como si fuera una razón auténtica descubrirá que en su lugar crece otra distinta, y que al final del día no ha conseguido nada. Las excusas deben pincharse, no alimentarse. Pero, por otro lado, si trata como una excusa aquello que es un verdadero problema e intenta deshincharlo, dañará muy profundamente a quien pregunta. Recuerde asimismo que algunas personas tienen toda una constelación de problemas auténticos, y que el considerar su segunda, tercera o cuarta dificultad como una mera evasión resultará bastante desastroso. Todo esto apunta a lo sensibles que debemos ser tratando los temas que se suscitan. Si existe posibilidad de hacerlo, debemos ver lo que hay detrás de la pregunta y por qué ésta se plantea; sólo así seremos capaces de contestarla de una

manera que ayude realmente a esa persona en particular. Pero el distinguir entre las dificultades auténticas y las meras excusas resulta vital para saber si debemos empezar siquiera a utilizar la apologética. Hemos de comprender tal distinción y actuar consecuentemente.

Sea franco

También aquí puedo imaginarme a algunos diciendo: «Pero el hacerlo espantará a la gente.» Eso es lo que me aseguraron a mí algunos cristianos cuando llegué al Canadá. «Sé muy ambiguo y relajado Michael --dijeron--. A los canadienses no les gusta la franqueza.» Creo que tengo suficientes pruebas de que tal consejo, aunque bien intencionado, era bastante erróneo. Los canadienses son muy corteses, pero aprecian la franqueza como todos los demás. La escena religiosa está agobiada por las discusiones sin fin, y cuando alguien llega y habla acerca de Jesús, su cruz, su presencia viva y los derechos que tiene sobre nuestra vida, y luego nos pregunta qué pensamos hacer al respecto, es como una bocanada de aire fresco. Naturalmente que hemos de mostrar tacto, y que necesitamos ser sensibles al viento del Espíritu y seguirle sólo a donde sentimos que está guiándonos. Pero la franqueza no aleja a las personas si es una aliada del amor. Ame a alguien, ámelo de veras, y podrá permitirse el cometer innumerables errores, meter la pata veinte mil veces y todavía saldrá airoso. Lo que cuenta es que usted los ama, y ellos lo saben, así que no le guardan rencor como harían sin duda si faltase ese vital ingrediente del amor. El Evangelio de Cristo tiene que ver con asuntos de suprema importancia, cuestiones de vida o muerte; no nos atrevamos a andar por las ramas y a acotar cada afirmación con un millar de salvedades. Debemos decir las cosas como son, humildemente pero con claridad. En último análisis todo se reduce a la pregunta que tuvo que contestar Pilato: «¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?» Esa es la pregunta con la que hemos de ayudar a enfrentarse a nuestros amigos, con amor y con franqueza, una vez que hayamos entendido su mentalidad, la cual puede ser muy distinta de la nuestra.

6

El agnóstico, Dios y Jesús

En el capítulo anterior echamos un vistazo a las cosmovisiones seculares que tenemos más probabilidad de encontrar, así como a las posibles maneras de abordarlas. Ahora quiero examinar algunos de los principales problemas intelectuales que con mayor frecuencia aducen las personas reflexivas cuando uno intenta transmitirles las buenas nuevas de Jesucristo. Hay cinco de estos problemas con los que me encuentro constantemente.

En primer lugar está la pregunta por excelencia: ¿Existe Dios? Si consigue usted pasarla, con toda seguridad lo que quedará bajo escrutinio será la persona de Jesucristo. ¿Quién es ese Jesús? ¿Por qué los cristianos tienen un concepto tan elevado de él? ... En tercer lugar está el tema de los milagros y, de un modo especial, el de la resurrección milagrosa de Jesucristo de la tumba, el primer Domingo de Pascua. Esa es la esencia misma de la afirmación cristiana, y para muchas personas hoy en día algo francamente increíble. En cuarto lugar está el problema del sufrimiento y del mal en este mundo, que pretende derivarse de un Dios bueno y amante. Y por último tenemos la cuestión de las otras religiones. Vivimos en un mundo pluralista. ¿Cómo podemos --cómo osamos-- reclamar un carácter definitivo para Jesucristo?

Ya hemos estudiado bastante extensamente la cuestión del pluralismo en el capítulo tres. En éste, y en el siguiente, me propongo dar algunas sugerencias en cuanto a cómo podemos abordar los otros cuatro temas de la manera y en el momento que la gente los suscita. Lo hago, no porque sea especialmente competente en este campo, ni porque se puedan aducir pruebas

irrefutablemente directas para alguno de dichos temas, sino porque el peso de la evidencia está a favor de la explicación cristiana y la hace altamente probable, lo cual significa que la gente puede confiar en ella sin ceder nada de su integridad intelectual.

LA EXISTENCIA DE DIOS

Debemos tener mucha benevolencia con la gente moderna que dice no poder creer en Dios. Este parece una hipótesis bastante inverosímil en la sociedad occidental de hoy en día, aunque cuando hacemos tal comentario debemos mantener cierto sentido de la proporción: no sólo el ateísmo y el agnosticismo son estadísticamente insignificantes a nivel mundial, y están localizados generalmente en centros urbanos refinados y confortables, sino que tampoco han sido capaces nunca de caracterizar a ninguna cultura conocida a lo largo de la historia. Los teístas no tienen por tanto razón alguna para estar a la defensiva.

¡Pero lo están! El calibre intelectual de algunos ateos como Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir se junta con el repudio psicológico de Dios por parte de hombres como Freud y Jung, y con la sustitución que hace Darwin de un Creador con propósito por la evolución ciega, produciendo así una atmósfera en la que la creencia en Dios no es fácil de justificar y el ateísmo puede ser cómodo tanto en el plano intelectual como en el personal. Yo combino las dimensiones personal e intelectual porque vale la pena recordar el comentario del salmista de que el necio dice en su corazón: «No hay Dios» (Sal. 14.1). Generalmente no se trata de una mera convicción intelectual, sino de una actitud rebelde que no quiere que Dios exista. Los ateos aborrecen que se les diga esto, pero a menudo es cierto, al igual que entre algunos teístas la creencia en Dios puede ser consecuencia de la pura ilusión.

Hay otras razones que estimulan el ateísmo, y en un lugar prominente entre ellas está el problema de tanto dolor y crueldad como existen en un mundo que, debido a los viajes intercontinentales y a la televisión, ha encogido hasta convertirse en una aldea mundial, y en el que podemos conocer en un grado mayor que nunca antes la angustia de la humanidad. De igual manera, gracias a esos dos mismos factores de los viajes y la televisión, hemos tenido que reconocer a la fuerza la pluralidad de religiones. Y puesto que existe tal diversidad, ¿no estarán todos equivocados?

Pero tal vez fuera C. S. Lewis quien identificó la razón más importante del ateísmo práctico que caracteriza a tanta gente

moderna. Se trata de la pura comodidad material y de la falta de cualquier necesidad imperiosa (excepto en los tiempos de crisis) por considerar las grandes cuestiones de la vida y la muerte, del origen y el propósito para nosotros mismos y para el mundo. Estamos tan absorbidos por lo urgente y lo trivial que no dedicamos tiempo a lo que es fundamental.

En la primera de las *Cartas a un diablo novato*, Escrutopo recuerda a Orugario, su demonio joven asociado, que no necesita hacer que su candidato en la tierra crea «que el materialismo es la *verdad*. Hazle pensar --dice-- que es poderoso, o sobrio, o valiente; que es la filosofía del futuro. Eso es lo que le importa». Y Escrutopo sigue contando acerca de un hombre ateo casi perdido en favor del «Enemigo» cierto día que estaba trabajando en el Museo Británico y se vio arrastrado peligrosamente hacia Dios por una serie de ideas. De modo que, en vez de discutir, Escrutopo le hizo recordar que tenía hambre y que de todos modos aquel era un asunto demasiado importante como para ocuparse de él al final de la mañana. Así que el hombre salió al mundo «real» de la calle, el periódico del mediodía y el autobús número 73, y poco después estaba convencido de que «ese tipo de cosas» sobre las que había estado pensando en el Museo no podían ser ciertas. Y Escrutopo termina diciendo: «Sabía que se había salvado por los pelos, y años después solía hablar de "ese confuso sentido de la realidad que es la última protección contra las aberraciones de la mera lógica". Ahora está a salvo, en la casa de Nuestro Padre.»

Por estas y otras razones el ateísmo va probablemente en aumento. ¿Cómo hemos de hacerle frente los cristianos reflexivos? He aquí algunas sugerencias.

Descubra la causa

¿Por qué es atea esa persona? Pienso en uno de los ateos que conocí, el cual llegó a serlo de la noche a la mañana a causa de la muerte de su padre a quien idolatraba. De nada servían todos los argumentos intelectuales que se le dieran; hubo que ayudarle para que permitiese que el amor de Cristo, en ese caso por mediación mía, llegara hasta él en su situación de rabia y de dolor ocultos.

Recuerdo a otro conocido ateo con quien tenía que mantener un debate. Durante la cena previa quedó claro que la causa de su ateísmo era una serie de experiencias terribles en cierta escuela católica cuando era adolescente.

Otro era un superviviente de Auschwitz. Otro había sido educado en un hogar fuertemente antirreligioso y había absorbido sin reservas las actitudes de sus padres. Otros se han visto

profundamente influidos por Nietzsche, Feuerbach o Sartre. Otros, que eran filósofos, han quedado impresionados por lo que consideran la destrucción por parte de Immanuel Kant de las «pruebas» de la existencia de Dios, aunque cabe destacar que hay filósofos de la religión que no están tan convencidos de que Kant dañase las pruebas tradicionales de ningún modo sustancial. Nuestro enfoque debe tener por centro a la gente, y hemos de descubrir, si es posible, lo que hay detrás de esa fachada atea. Desde luego, puede que se trate de puro razonamiento, pero he observado que pocas veces es así. Sea cual fuere la causa necesitamos encontrarla para poder tener la esperanza de tratar adecuadamente con la persona.

Examine la lógica

Cualquiera que sea la razón que una persona tenga para considerarse atea, estará convencida de que cuenta con una base racional para ello, y la aplicación amorosa pero firme de cierta lógica rigurosa puede surtir un efecto muy saludable.

Es bastante probable que nuestro amigo exprese: «No puedes demostrar la existencia de Dios?» Y debemos indicarle, cariñosa pero inexorablemente, que hay muy pocas cosas que él sea capaz de demostrar. Para demostrar algo, uno tiene que dejarlo tan claro que la cosa no pueda ser de otra manera. La «prueba» es una forma muy definitiva de certidumbre. No se puede probar que el sol saldrá mañana, ni que a uno lo ama su mujer, ni que existe un vínculo necesario entre causa y efecto, ni que estamos vivos, y menos aún que somos la misma persona que hace diez años. El filósofo David Hume intentó demostrar la conexión que había entre causa y efecto, así como que él era el mismo hombre que había sido diez años antes, pero hubo de confesar su fracaso. El hecho es que sólo se encuentran pruebas firmes en algunas áreas bastante raras de las matemáticas y la filosofía en las cuales la conclusión está oculta en las premisas del argumento: es una consecuencia cierta porque en realidad se hallaba ya presente.

Nuestro amigo puede quejarse y decir: «¡Tonterías, el método científico demuestra cosas!» No, no lo hace. Dicho método es inductivo: comienza con la observación de uniformidades y trata de establecer la ley general que las explica. Por medio del procedimiento inductivo puede demostrarse un grado muy alto de probabilidad, pero no la certidumbre completa. El hecho de que ciertos experimentos repetidos lleven a la misma conclusión tiene en cuenta el caso contrario que puede derribar todo el procedimiento e indicar que la supuesta «ley general» necesita ser

formulada de nuevo. Toda investigación empírica había demostrado que el celacanto llevaba milenios extinguido, hasta que a mediados de siglo uno de ellos fue capturado en las profundidades marinas cercanas a Madagascar. Este único ejemplo bastó para indicar que la conclusión científica de que «el celacanto está extinguido y lo ha estado desde hace miles de años» era falsa.

Para expresarlo en términos más técnicos, ningún procedimiento inductivo puede conducir a una prueba absoluta. O lo que es lo mismo: ningún procedimiento que comienza con las uniformidades observadas y trata de remontarse hasta la supuesta ley general que las explica es seguro. Al igual que en el caso del celacanto, un solo ejemplo contrario puede trastornar toda la cadena de uniformidades observadas. No, la única prueba cierta es deductiva; o sea, que uno tiene que demostrar que su conclusión supone la consecuencia lógica de alguna verdad anterior la cual *es* segura. Al final eso nos lleva a los axiomas, o cosas que no se pueden demostrar pero que tampoco es posible poner en tela de juicio sin incurrir en una absurdidad evidente. Ahora bien, cabe la posibilidad de que la existencia de Dios sea axiomática, y eso es lo que algunas de las «pruebas» tradicionales de dicha existencia trataban de demostrar. Pero fueran o no satisfactorias tales pruebas --yo tengo mis dudas al respecto--, resulta obvio que no se puede *demostrar* la existencia de Dios en el sentido de señalarlo a él como supuesto en algo más cierto, ya que por definición Dios es lo fundamental en el universo. No hay evidentemente nada mayor o más seguro de lo cual pueda deducirse con certidumbre su existencia.

Pero nuestra incapacidad de lograr la certidumbre absoluta no nos deja limitados a un cenagal de escepticismo. No tenemos duda alguna de que nosotros mismos existimos, de que el sol saldrá mañana o de que la causa y el efecto prevalecen en nuestro mundo. Ninguna de estas cosas puede probarse rigurosamente, pero hay excelentes razones para creen en ellas, así como las hay también para que creamos en Dios. Ninguna prueba concluyente; pero a pesar de todo muy buenas razones.

En realidad, si uno quiere tomarle un poco el pelo a su amigo puede llevarlo a profundidades mucho mayores en cuanto a esta incapacidad nuestra de demostrar ninguna de las cosas más interesantes de la vida. En una excelente serie de conferencias en Regent College, Vancouver, el Dr. Graeme MacLean nos animó a llevar a nuestro agnóstico a tres tipos de cosas las cuales él cree conocer, y a demostrarle que no es capaz de probar su conocimiento ni en uno solo de los casos.

¿Cómo sabe, por ejemplo, que Guillermo el Conquistador ganó la batalla de Hastings? El piensa que es debido al testimonio ininterrumpido que se remonta hasta el año 1066. Pero hay toda una serie de explicaciones alternativas que muestran que esa conclusión, aunque altamente probable, no es segura. Tal vez hubiera algún error en cuanto a las fechas, alguna conspiración para engañar ... La evidencia puede ser imperfecta. Para dar crédito a la fecha de la batalla de Hastings necesitamos suponer la veracidad del testimonio, pero probar la fecha en cuestión no es posible.

¿O cómo sabe nuestro amigo lo que pasará cuando una cerilla encienda un trozo de papel? Conoce lo que sucedió en un caso así en el pasado, pero no puede estar seguro de lo que se producirá en el futuro sin contar con otro axioma, con otra suposición que le es imposible demostrar: la uniformidad de la naturaleza.

¿Cómo sabe él dónde se encontraba hoy al mediodía? Está confiado al respecto porque lo recuerda. Pero a menudo la memoria nos juega malas pasadas. Ese supuesto conocimiento no es en absoluto algo demostrado, sino que se apoya en la presuposición de la fiabilidad de la memoria, algo que muy bien puede resultar cierto en general pero que a veces no lo es. Y una demostración no puede depender de un «quizás».

¿O cómo sabe que hay otra gente en la habitación? Nuevamente la respuesta parece obvia, y él está seguro de ella. Pero no puede demostrarla. Se ve obligado a depender de dos suposiciones que jamás podrá demostrar: la existencia de las otras personas y la fiabilidad de la información de los sentidos. Hume, por ejemplo, descubrió que no podía presentar ninguna prueba evidente de su convicción en cuanto a que los materiales sugeridos por sus sentidos fueran reales, y se dio cuenta de que no le era posible probar la existencia de la demás gente. En realidad se sintió arrastrado hacia una postura filosófica que resulta imposible de refutar, pero igualmente imposible de acreditar. Se llama «solipsismo», y sostiene que lo único que podemos verdaderamente conocer son las cosas que suceden en nuestra propia mente. Dichas cosas quizá se hallen conectadas con el mundo exterior o quizás no, si es que existe algún mundo exterior, de lo cual no es posible estar seguros.

Hacemos todas estas suposiciones, pero en último análisis no podemos justificarlas. Aunque forman una especie de red que está en la base de todo nuestro sistema de creencias. Esas suposiciones axiomáticas, que damos por sentadas y que no podemos demostrar, son perfectamente naturales y casi inevitables. En verdad

consideramos trastornado a cualquiera que no las comparta, pero ellas en sí no están fundadas en ninguna seguridad abrumadora. Hay que aceptarlas con fe. Como dijera cierto sabio: «Tanto los justos como los injustos vivirán por la fe.»

Podríamos seguir sugiriéndole a nuestro amigo que la única razón suficiente para confiar en estas presuposiciones básicas es que brotan de un Dios fiable y personal, el cual constituye la fuente tanto del universo físico como de nuestros complicados egos. Desafiémosle a dar otra explicación satisfactoria. ¡No podrá hacerlo!

Otra acusación corriente de los ateos se expresa de un modo crudo en la pregunta que con toda seguridad habrá usted escuchado: «¿Entonces quién hizo a Dios?» Y planteada de una forma más rebuscada, dicha acusación mantiene que los creyentes en Dios participan bien de una contradicción bien de un retroceso infinito. Si argumentamos que cada suceso debe tener una causa suficiente, y buscamos derivar la existencia de Dios de ese argumento, entonces, o bien Dios debe ser la excepción a la regla de la causa y el efecto, como «causa no causada», o de otro modo la pregunta de «¿Quién hizo a Dios?» debe llevarnos atrás por los siglos de los siglos.

Pero el cristiano se niega a dejarse espetar en los cuernos de este dilema: no estamos diciendo que todas las cosas deban tener una causa, sino que todas las cosas *finitas* han de contar con ella. Eso no nos lleva a ninguna contradicción, ni a retroceso infinito alguno, sino que supone una postura eminentemente razonable.

«Bueno --puede que diga entonces nuestro amigo-- ... todo el sufrimiento inmerecido en este mundo demuestra que no hay Dios.» Ese parece ser un argumento sólido, pero si lo examinamos veremos que no tiene base y así debemos mostrárselo a él. Después de todo, teóricamente pudiera ser posible que cualquier sufrimiento fuese merecido y que sólo gracias a la misericordia de Dios no existiera en mayor cantidad en el mundo. O tal vez el mundo sea nuestra escuela de guerra antes de alcanzar el mejor de los mundos posibles en el cielo. Si ese fuera el caso, el sufrimiento no eliminaría en lo más mínimo el concepto de un Dios bueno. Como tampoco lo hace este argumento especioso, ya que a menudo experimentamos que en la vida cotidiana las cosas más valiosas son aquellas que obtenemos mediante el sufrimiento y las penalidades. ¿Por qué no habría de ser esto así de la vida en general?

Pero aun podríamos ir más lejos. Si nuestro amigo ateo insiste en la pretensión de que el sufrimiento y el mal son *esencialmente* injustificables (lo que tiene que hacer para eliminar la existencia de Dios por medio de la realidad del mal), entonces se halla en una

grave dificultad, ya que si la existencia de cierto dolor o maldad en este mundo es esencialmente injusta, debe haber alguna norma de justicia *esencial* por la cual juzgarla. ¿Y no nos vuelve eso a llevar directamente a Dios?

He aquí sólo algunos ejemplos de lo que quiero decir con «examine la lógica». Uno no puede demostrar por lógica la existencia de Dios, como tampoco su inexistencia, pero al examinar muchísimos de los argumentos que se aducen, éstos resultan ilógicos y contradictorios. He dado un ejemplo de tres de dichos argumentos. El apologista cristiano necesita deshacer la argumentación atea a la que se enfrenta y utilizar la lógica, no como un calzador para hacer entrar en el Reino de Dios (no funcionará como tal), sino como una pequeña carga de dinamita con la que demoler un edificio poco seguro y peligroso. Estamos empeñados en demostrar a nuestro amigo que cuanto antes desaloje dicho edificio tanto mejor.

Esboce las consecuencias

Desechar la idea de Dios resulta muy liberador, ya que lo deja a uno libre para agradarse a sí mismo. Así ninguna amenaza de cielo o infierno pende sobre nosotros. No hay Dios que, como un policía, mire por encima de nuestro hombro y anote nuestras acciones. ¡Somos libres!

Pero ciertamente esa perspectiva sume a las personas en problemas profundos, y el papel del evangelista cristiano consiste en mostrar a su amigo dichos problemas. El otro puede pensar que va a llevar una existencia libre de dificultades, pero no es así. He aquí unos cuantos problemas a los que tendrá que acostumbrarse.

1. El problema del mundo en el que vive. Si no hubo Creador, ¿cómo se originó ese mundo? ¿Por el Big Bang? Pero entonces, ¿de dónde surgió ese Bing Bang? (el cual resulta peligrosamente compatible con una creación intencional). ¿Qué hay detrás de él? Presiónelo bien en esta área y verá cómo la otra persona intenta escurrirse, contestándole probablemente que la respuesta se encuentra en la evolución. Esto resulta muy poco convincente, no de manera primordial porque se trate de una teoría sin demostrar, llena de eslabones perdidos y en modo alguno universalmente aceptada por la comunidad científica, sino porque para empezar un proceso evolutivo se necesita un comienzo. El mismo Darwin, al comienzo de *El origen de las especies* reconoce a Dios como la fuente del proceso de la evolución.

Y si su amigo se refugia en el ADN o en el átomo, presiónelo en cuanto a por qué el primero posee tan extraordinarias propiedades

y cuál es la razón de que haya átomos en lugar de no haberlos. Hablando filosóficamente, este argumento dice que todos los hechos contingentes deben, en último análisis, estar basados en una causa necesaria.

Cada cosa finita ha sido causada, y detrás de todas esos elementos contingentes, como la lluvia o los seres como usted y como yo (que fácilmente podríamos haber sido distintos), debe haber una base de todo ser de la cual todas las cosas provienen. El filósofo Nelson Pike lo expresa de manera escueta: «Si no hay ningún ser necesario, nada existe.» Lo que está diciendo es que no puede darse una sucesión causal con un número infinito de miembros; dicha sucesión tiene que empezar en algún sitio. Admitir que usted y yo somos seres contingentes (es decir, que podríamos no haber existido si no se hubiesen conocido nuestros padres, o haber sido muy diferentes con una modificación de nuestras circunstancias) nos lleva lógicamente a admitir que existe un ser necesario al que llamamos Dios el Creador. El filósofo Goetz lo expresa muy claramente:

Como individuo contingente tengo lo que es al parecer una razón decisiva para reconocer la existencia de un ser necesario y personal. Como persona, Dios tendrá que ser inmaterial. Y será necesariamente omnipotente, porque: ¿Qué ser podría haber más poderoso que aquel capaz de crear algo de un estado de cosas donde nada sino él mismo existe?

En resumen: si no hubo Creador, ¿cómo puede su amigo dar una explicación racional del mundo en el que vive? Habiéndose desembarazado de dicho Creador tiene que renunciar a ella; así que el mundo debió surgir por azar. Y aún más asombroso resulta que surgiera la vida consciente e inteligente, al parecer sólo en este planeta. Eso también tiene que deberse al azar, si no hay Creador. Es decir que la materia impersonal, después de eones de tiempo y de una casualidad sin límites, produjo la vida personal ... ¿Verdad? El mundo es una racha de buena suerte, y como colofón de toda ella tenemos al ser humano ... ¿No es eso?

A su amigo no le gustará tal alternativa, ya que no parece demasiado razonable. Tampoco justifica bien esa mente racional con la que él está presentando su argumento, ni empieza siquiera a contestar la pregunta de por qué, en un universo sin orden ni concierto, puede verse por todas partes el principio exactamente contrario de causa y efecto.

2. Su amigo se enfrenta a otro problema estrechamente relacionado con éste: vive en un mundo que parece haber sido ideado para que la

humanidad lo habite. En ningún otro sitio del universo sucede lo mismo, que nosotros sepamos. Este mundo está extraordinariamente pensado para apoyar la vida, y la vida humana en particular. La ciencia moderna empieza a reconocerlo con el llamado *principio antrópico*, el cual expresa que de haber sido ligerísimamente distintas las circunstancias de nuestro mundo físico, la vida no hubiera tenido posibilidad de existir en este planeta. John Polkinghorne es un científico distinguido que ha trabajado mucho en esta área. Hace algunos años dejó la cátedra de Física Matemática en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, para ordenarse ministro, y luego volvió a fin de seguir enseñando en dicha universidad. Polkinghorne es un ejemplo extraordinario de la compatibilidad que hay entre la fe cristiana y la eminencia científica, y en cierta ocasión escribió: «Hay una serie de fuerzas muy estrechamente relacionadas ... en la forma de ser de nuestro mundo para que nosotros estemos aquí observándolo» (¿Por qué no leer su libro *The Way the World Is?* [¿Cómo es el mundo?]). Miremos hacia donde miremos en el mundo vemos la evidencia de un diseño: en las leyes de la física, en el desarrollo del embrión, en el delicado equilibrio de un oído, en el radar de un murciélago, en la singularidad de cada copo de nieve ... Uno tiene que ser muy testarudo y resuelto en su rechazo de Dios para argumentar que toda esta evidencia de diseño en el mundo es ilusoria o simplemente demuestra la capacidad de adaptación en la marcha no supervisada del proceso evolutivo. Si somos capaces de reconocer el diseño en un reloj de pulsera, un automóvil o una cámara fotográfica, ¡cuánto más en el mundo, en el ser humano, en un ojo...! Su amigo agnóstico tiene un problema que resolver.

3. El problema de la personalidad. La humanidad es un indicador impresionante, aunque esté desfigurado, del Dios que nos hizo a su propia imagen. He aquí un argumento vigoroso e inteligible. Pero si el ateo tiene razón, y no hay Dios, ¿qué es entonces el hombre? ¿Simplemente una forma evolucionada de mono antropoide? ¿Algo que puede reducirse en último análisis a una pequeña cantidad de elementos químicos y nada más?

Una de nuestras convicciones básicas es que la mente y el cuerpo son cosas distintas. Yo soy una sustancia inmaterial que posee un cuerpo. Esa distinción entre mente y cuerpo es una de nuestras pocas intuiciones elementales, y todo intento de reducir el cuerpo a la mente (idealismo) o la mente al cuerpo (materialismo) resulta poco convincente. Las otras diferencias básicas de las que nos sentimos intuitivamente seguros son aquellas entre lo finito y lo

infinito, lo necesario y lo contingente, lo humano y lo divino, lo particular y lo universal. Nada puede cruzar esas líneas divisorias. Muy bien. ¿Entonces qué debemos pensar de la personalidad humana? Cualquier intento de derivar nuestra inteligencia y razón, nuestras alegrías y nuestros amores de la simple materia no convence en absoluto. ¿Acaso representamos una mera configuración de átomos? ¿Somos un montón de genes maduros? Decir tal cosa no sólo se opone abiertamente a toda la evidencia, sino que es dar una tunda definitiva a la dignidad humana.

Resulta bastante significativo que la afirmación realizada por Nietzsche a finales del siglo pasado de que Dios ha muerto, fuera seguida con una lógica impecable y con mucho valor por Sartre, Kafka y los existencialistas en general, cuando, durante la primera parte del presente siglo, éstos sacaron la dolorosa conclusión de que, en tal caso, el ser humano también está muerto. El hombre es un ser completamente fútil, desprovisto de origen, valor o destino personales. Cuando tal cosa --la única conclusión lógica de que no haya Dios-- se reconoce, resulta doloroso.

4. El problema de los valores. Todos tenemos ciertos valores, muchos de los cuales no son simplemente nuestros sino que se aprecian a escala universal: cualidades tales como la veracidad, la bondad, la belleza, la creatividad, el amor, el don de comunicación ... La explicación obvia de esto es que dichos valores han sido puestos en nuestro mundo y en nuestras personalidades por Dios el Creador, y que cada uno de ellos arroja luz sobre algún aspecto de la propia naturaleza divina. Pero prescindamos de Dios y dígame de qué manera se los explica. ¿Resulta muy difícil considerar las virtudes como algo inherente a los átomos y procedente de ellos! Ya que según el punto de vista ateo la vida misma nació de la casualidad y la materia, y no posee ningún valor intrínseco. La creatividad es inexplicable, puesto que no hay ningún Creador. Los seres humanos hablan, pero no participan en ninguna comunicación esencial: el lenguaje surgió de un planeta silencioso. La verdad no tiene significado real; la belleza es simplemente una manifestación del caos primitivo; la bondad brotó aparentemente del plancton; el amor debe atribuirse a la mera atracción química; y la personalidad es resultado también de la materia impersonal. Desafíe a su amigo. Deje que crea eso si lo desea, pero no le permita pretender que se trata de la explicación más probable o racional del origen de nuestros valores. Ya que la misma mente que lo capacita a él para hacer ese juicio no tiene ninguna validez independiente. Ella tampoco es nada más que materia: una masa de pulpa neurológica infinitamente compleja pero sin ningún

Diseñador. ¡Cuánto más probable resulta que nuestros valores provengan de un Creador personal!

5. El problema de la religión. No ha existido ninguna raza en la historia que no creyese en Dios. A menudo, como en el caso del islam hoy en día, esa creencia representa la fuerza más poderosa en la sociedad. ¿Qué causa puede haber de este fenómeno universal aparte de Dios mismo? La religión es uno de nuestros instintos más profundos. Todas las demás inclinaciones que sentimos se relacionan con ciertas realidades: el hambre, la sexualidad ... todas ellas cuentan con cosas que las satisfacen. ¿Acaso la religión es el único de todos nuestros instintos humanos que no tiene nada con qué relacionarse? Supongo que podría ser así, pero ello desafiaría cualquier paralelismo y haría muy difícil comprender cómo el sentimiento religioso sobrevive a la esclavitud, la persecución, la tortura y a todo intento de aplastarlo. Observe la vitalidad de la fe en los estados totalitarios contemporáneos tales como Rusia y China, donde durante décadas se ha llevado a cabo la más enérgica persecución. En su novela titulada *The Sleeping Partner* [El cónyuge dormido], Winston Graham comentaba:

Supongo que podría decirse que la ciencia parte de una observación y una clasificación sistemática de los hechos ... ¿no es así? Pues bien, hay sólo un hecho referente al hombre que lo haya distinguido desde su primera aparición sobre la tierra, a saber, que es un animal de culto. Allí donde ha existido, quedan algún tipo de restos de su actividad cultural. Y no se trata de una conclusión piadosa sino de un hecho observado.

¡Deje que su amigo intente explicarlo!

6. El problema de la conciencia. Los agnósticos tienen un verdadero problema con la conciencia. ¿Y no nos pasa a todos lo mismo? Pero al menos los creyentes saben de dónde se deriva. Para ellos parece tratarse de un potente indicador que apunta hacia un Dios santo, a quien le importa el comportamiento ético y que ha puesto en cada ser humano esa brújula moral. ¿Pero cómo debe el agnóstico interpretar la conciencia?

¿Se trata de una declaración subjetiva de cómo nos sentimos, como, por ejemplo, «me duele el estómago»? No, esto es muy distinto de decir: «Torturar a los niños por diversión es malo.» Usted puede argumentar acerca de lo apropiado del torturar a los niños, pero no puede discutirme a mí si tengo o no dolor de estómago.

Si no es posible basar la moral en el sentimiento subjetivo, ¿qué me dice acerca de las reglas comunitarias? ¿Explicarían éstas la

conciencia? Obviamente no: de otro modo jamás podríamos comparar un sistema moral con otros, ni preguntar si lo que la comunidad hace está bien, puesto que el «bien» sería simplemente lo que hace dicha comunidad.

¿Podemos entonces basar la moralidad en el puro interés personal? Eso no justificaría los nobles actos de abnegación por motivos de conciencia, como el hecho de que el capitán Oates saliese a la nieve para morir. Luego ¿es tal vez la conciencia un instinto? Tampoco constituiría una respuesta satisfactoria, ya que a menudo, por causa de la conciencia, somos capaces de ir en contra de nuestro amor instintivo a la seguridad, al placer e incluso a nosotros mismos.

¿Puede ser que se trate simplemente de un fenómeno evolutivo que mejora la supervivencia de nuestra especie? La conciencia no hace necesariamente nada de eso: piense en la abnegación llevada hasta el punto del ostracismo e incluso de la misma muerte. ¿Qué instinto evolutivo haría que Wilberforce trabajase con ahínco durante la mayor parte de su vida laboral en pro de la liberación de los esclavos? Eso era algo que iba en contra de sus intereses económicos y los de sus semejantes. No se había hecho antes. Y tuvo que pagar un precio altísimo. Sin embargo lo hizo, por motivo de conciencia. He ahí la manera en que ha tenido lugar todo avance moral. Hay un imperativo de la conciencia en el que concuerdan los mejores moralistas, incluso los ateos; pero a éstos les resulta muy difícil encontrar un fundamento para dicha conciencia, al haberse desprendido de Dios. Y lo mismo le sucederá a su amigo agnóstico.

7. El problema de la humanidad. ¿Qué es el hombre? Los cristianos creen que el ser humano está hecho a la imagen del Creador, y su valor intrínseco reside en ello. Los hombres están desfigurados, pero no totalmente destruidos, por el mal que hay en el mundo. Además siguen siendo el objeto del amor de Dios y él proyecta pasar la eternidad con ellos.

Pero quite a Dios de en medio y se quedará con algo cuyo aspecto es muy diferente. Entonces el hombre no procede de ninguna fuente amorosa personal. Como dijera el premio Nobel Jacques Monod: «El hombre debe despertar a su total soledad, su aislamiento fundamental. Al igual que un gitano, vive en la frontera de un mundo extraño, un mundo que es sordo a su música y tan indiferente a sus esperanzas como lo es a sus sufrimientos y sus crímenes.»

Además, el hombre no posee ningún valor intrínseco: viene de la materia y vuelve a ella. «El hombre no tiene ninguna naturaleza divinamente preparada que realizar mediante la acción --escribió Sartre con rigurosa franqueza--. ¿Qué es sino un charquito de agua

cuya libertad consiste en la muerte?» Y Hemingway dijo a su vez: «La vida es sólo una jugarreta, de la nada a la nada.»

Y naturalmente todo termina ahí: «Según las suposiciones humanistas la vida no lleva a ninguna parte, y cualquier pretensión en sentido contrario es un engaño.» Así escribía el honrado humanista H. J. Blackman. No hay ningún propósito para el mundo en general ni para nosotros en particular. El hombre moderno «no cree en nada, no disfruta de nada, no encuentra propósito en nada ... y sigue vivo porque no hay nada por lo cual estaría dispuesto a morir». La autora de esas palabras, Dorothy Sayers, nunca dijo nada más cierto.

Y mientras vive, el hombre ateo moderno ve por todas partes a su alrededor, así como en su propio corazón, un derrumbamiento cada vez mayor de la ética. «No he hecho nada malo» -afirmó Klaus Barbie, el «carnicero de Lyon». Y Dostoevsky preguntaba: «¿No hay Dios...? Entonces todo está permitido.»

En mayo de 1987 la revista *Time* dedicó todo un número a la pregunta: «¿Qué ha pasado con la ética?», el cual examinaba el pasmoso predominio de la corrupción generalizada en altos niveles de la administración de los Estados Unidos. La respuesta a dicha pregunta es sencilla: el colapso de la ética es un resultado natural y frecuente de la decadencia de la fe. Si uno no cree en una fuente personal y santa del mundo y de todo lo que hay en él, nadie debería sorprenderse de que el contenido de su comportamiento ético desapareciera. Así sucedió en la Alemania nazi, en la Rusia estalinista y en la China de Mao. Como puede usted ver, la motivación para seguir la ética se ha esfumado: ¿Por qué debería molestarme en buscar el bien si el mal me reporta más beneficios? Aunque siempre quedarán muchos ateos nobles, bondadosos y morales, cuya vida sea una refutación de estas suposiciones, en las suposiciones mismas que ellos mantienen no hay *razón* alguna por la que debieran comportarse de ese modo. Depende de ellos. Si el ser humano no tiene un Creador divino o un hogar eterno, sino que es un accidente biológico del que puede prescindirse completamente, a la larga no importa cómo uno lo trate. Se lo puede amar o liquidar, según uno prefiera, ya que no posee ningún valor intrínseco.

Algunos ateos impugnarian esto y afirmarían que sí tienen una razón para el comportamiento ético: el carácter evidentemente vinculante de la obligación moral. Pero eso no basta. Las demandas de moralidad no son en absoluto evidentes. Muchos países no ven nada malo en eliminar a miles de personas si les resultan incómodas. Mientras escribo esto, el gobierno chino acaba de acribillar a tiros a

miles de sus propios ciudadanos inermes en Beiging, en interés de una teoría política atea. ¡No ha tenido ningún sentido de obligación moral en cuanto a ello! En 1989 Francia celebró por todo lo alto el bicentenario de su Revolución, en la que la libertad, la igualdad y la fraternidad, supuestas cualidades humanistas de un pueblo finalmente liberado de Dios, condujeron al Reino del Terror en el que centenares y millares de personas inocentes fueron sacrificadas para el disfrute sádico del populacho. Danton y Robespierre, alimentados con los «derechos del hombre» de Rousseau, guillotinaban alegremente a todo el que los estorbaba. Una vez quitada la base sobrenatural para la ética, las teorías del «contrato social» y de las «obligaciones morales evidentes» demuestran ser una alternativa bastante pobre. Lo que sucede es que la ética se convierte cada vez más en una cuestión de lo que quiere la mayoría o de lo que yo quiero. Esta es una tendencia que se está haciendo más y más clara en la legislación sociopolítica y en el estilo de vida de las personas en las naciones occidentales. El comportamiento ético jamás ha sobrevivido a la desaparición de Dios más de una o dos generaciones. Uno puede vivir cierto tiempo con el capital moral adquirido, pero luego dicho capital se acaba.

No resulta nada sorprendente que la consideración de estas implicaciones del rechazo de Dios lleve a las personas reflexivas a la desesperación. Bertrand Russell, ese imponente pensador erudito exclamaba: «La casa del alma sólo puede construirse con seguridad sobre el cimiento de una desesperación inconvencible.» Puede que se tratara de una porción de prosa particularmente retórica, pero Russell era completamente lógico. Como comprendió B. F. Skinner, si no hay Dios, «al hombre, como tal, podemos decirle sin problemas: ¡Púdrete!» Así que procedió a desarrollar una filosofía conductista que encarnaba dicha convicción.

Estos son algunos de los hechos desagradables que el ateo tiene que afrontar. No cuenta con ninguna explicación convincente del mundo en el que vive, de la naturaleza humana, de los valores o de la conciencia. Uno podría ampliar la lista, ya que en sus suposiciones tampoco hay explicación válida ni para Jesucristo, ni para el fenómeno de la conversión, ni para los subsiguientes frutos del Espíritu.

Pero podría resultar interesante confrontar a su amigo con los escritos de Peter Berger, un sociólogo muy amplio de mente y perspicaz. En su libro *A Rumour of Angels* [Rumor de ángeles], Berger llama la atención sobre cierto número de «señales de trascendencia» que todos reconocemos pero que resultan muy difíciles de explicar si Dios no existe.

Una de dichas señales es el orden. A ninguna sociedad le gusta el caos. Todos tenemos un instinto natural humano de orden, y exigimos dicho orden del mundo que nos rodea. «El orden humano corresponde en cierto modo a otro orden que lo trasciende ... un orden al cual el hombre puede confiarse y confiar su destino --escribe Berger--. Así, la tendencia que tiene el ser humano a ordenar implica un orden trascendente, y cada gesto ordenador es una señal de dicha trascendencia.»

Otra de dichas señales es el juego, que suspende momentáneamente nuestra «vida seria hacia la muerte» y nos hace experimentar de nuevo la «inmortalidad» de la infancia. Resulta muy extraño, sugiere Berger, encontrar algo como el juego en un mundo que no tiene Creador ni objetivo.

La tercera señal de trascendencia es la esperanza, que constituye un aspecto universal de la experiencia humana y sigue hasta que nuestra vida se termina. La esperanza es como un hilo de plata entretejido con nuestra experiencia en cada momento, pero que nos viene de fuera.

Un cuarto elemento de lo trascendente en nuestra vida es lo que Berger llama el argumento desde la condenación. El contempla situaciones en las que nuestra humanidad se siente tan ultrajada por acciones como el holocausto nazi, que piensa que no hay castigo lo suficientemente duro. Se trata de un fenómeno muy interesante, si la sanción última es la muerte.

Hay hechos que merecen no sólo la condena sino la *condenación* en el pleno sentido religioso de la palabra; es decir, quien los ha realizado no sólo se coloca fuera de la comunidad humana, sino que también se separa de manera definitiva de un orden moral que trasciende dicha comunidad, y clama por una retribución que va más allá de lo humano.

En quinto lugar está el humor. ¡Qué asombroso es encontrar una cosa así en un mundo que no tuvo ningún Creador personal! El humor reconoce el encarcelamiento del espíritu humano en el mundo y también, por un momento, libera a dicho espíritu de su prisión, dándole un sentido de la proporción que hace llevadera nuestra angustia.

Lo que hemos considerado hasta ahora son algunos de los planteamientos que pueden llevar a un amigo ateo a reconocer las consecuencias de su postura y a obligarlo a preguntarse de nuevo si su ateísmo es un buen intérprete de la totalidad de su existencia. Usado con sensibilidad, este modo de sacar las consecuencias del ateísmo es una poderosa herramienta apologética, que puede muy

bien ser necesaria antes de que su amigo esté dispuesto a escuchar con la mente abierta una interpretación alternativa de la evidencia a la cual su pensamiento puede haber estado cerrado durante mucho tiempo.

Sugiera una alternativa

Cuando llego a este punto, en ocasiones esbozo unos cuantos hechos que señalan con fuerza hacia la existencia de un Dios vivo y personal como el que revela la Biblia. El hecho del mundo, del diseño, de los valores, de la conciencia, de la religión, de la humanidad, etc. Se trata de una manera eficaz de desplegar la evidencia que tal vez su amigo no haya considerado anteriormente con cuidado. Cada una de estas consideraciones tiene fuerza, y su impacto acumulativo resulta verdaderamente muy grande.

Pero con frecuencia es mejor llegar a ello de una forma más alusiva. Trate de poner a su amigo de su parte, diciéndole: «Supón por un momento que la inmensa mayoría de la humanidad a lo largo y lo ancho del mundo, y a través de todas las épocas, tenga razón, y que haya un Dios, una fuerza suprema de la que procede todo lo demás. Ve más allá e imagina que tú eres ese Dios: ¿Qué harías si quisieses comunicarte con los seres humanos que has creado a tu misma imagen pero que no desean conocerte? ¿Cómo intentarías llegar a ellos?

«Primeramente podrías crear un mundo maravilloso, lleno de cosas hermosas, que proclamara a gritos el amor, la sabiduría, la habilidad y el poder del Creador. Dios ha hecho eso.

«En segundo lugar podrías hacer gente capaz de responder al amor, dotada de ese don peligroso del libre albedrío, con la habilidad de decidirse por ti y de amarte. Pero eso desde luego implica también la posibilidad contraria: que esas personas decidieran en contra tuya y se rebelasen. La gente poseería esa facultad casi divina de la autodeterminación y la libre elección. Bien, pues Dios corrió ese riesgo. Eso es simplemente lo que él ha hecho.

«En tercer lugar podrías inculcar en el corazón de esa gente valores que testificasen de Dios, tales como la belleza, la bondad, la armonía, la creatividad, el habla, la verdad y el amor. Todos esos valores dirigen la atención de sus recipientes hacia el Dador: la Persona que es belleza indecible, suprema bondad, total armonía, creatividad incesante ... El Dios que es verdad y vida y amor, y que habla. Pues bien, eso mismo ha hecho Dios.

«En cuarto lugar podrías incorporar a tus criaturas una conciencia que las alertara en cuanto al bien y el mal; una conciencia

que les mostrase aprobación cuando hicieran lo recto y las aguijonease y advirtiese si se extraviasen de tu voluntad, la cual constituye el bien supremo para ellas; una conciencia que perseverase por mucho que ellas trataran de embotar su fuerza y de rechazar sus indicaciones. Dios ha hecho esto.

«En quinto lugar podrías producir en su corazón un vacío con la forma de Dios; un espacio que nada pudiera llenar salvo el propio Dios viviente, y que clamase por satisfacción y realización a pesar de toda la basura con la que ellos lo llenarían; un espacio que evocase en esas personas el clamor que surgió de los labios de Agustín: "Oh Dios, Tú nos has hecho para ti, y nuestros corazones no descansan hasta que encuentran en ti su reposo." Dios también ha hecho eso.

«En sexto lugar podrías mostrar tu mano a lo largo de la historia, garantizar que la arrogancia de una civilización condujese inevitablemente a su decadencia y caída. Tal vez podrías concentrarte en un hombre, una familia, una tribu, una nación que confiase en ti y te obedeciese, la cual a su tiempo podría ser preparada por ti para recibir tu mensaje e incluso para obedecerlo. Tal vez tuvieran que pasar por el diluvio y la cautividad mientras aprendían esas lecciones, pero, por la importancia de lo que estaba en juego, perseverarías con ellos y te esmerarías en ellos. ¡Cuántas cosas dependerían de su comprensión y estilo de vida para que pudieras alcanzar a un mundo extraviado! Eso es lo que hizo Dios.

«Y por último, sólo como una posibilidad, podrías venir a su mundo en persona. Tendrías que hacerlo como uno de ellos, ya que si te revelases en tu indecible belleza quedarían cegados por la visión. Deberías venir disfrazado; aprender su lenguaje de un modo tan perfecto, sin traza alguna de acento extranjero, que pudieras pasar por un natural del país. Eso resultaría muy costoso: tendrías que amarlos muchísimo para reducirte hasta su nivel; sería algo así como si uno de nosotros se hiciese rata o babosa para comunicarse realmente con unas criaturas tan inferiores; supondría casi un sacrificio impensable. Pero Dios también lo hizo.

«Escucha una de las porciones más antiguas del Nuevo Testamento (Fil. 2.6-11) que nos explica la fantástica humillación que estamos considerando:

Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó

hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.»

Este planteamiento a menudo arrastra con nosotros al indagador y nos capacita para ver los puntos sensibles de aquél a medida que vamos pasando por esas siete etapas. Y lo mejor de todo es que éstas culminan en Jesús, algo muy importante, ya que por esencial que resulte el uso sensible de la apologética, esta puede convencer la mente pero dejar el corazón intacto, mientras que el presentar la persona de Jesús toca el corazón y desafía la voluntad. Un Creador inteligente, personal, moral, fuente de los valores, interesado en nuestra moralidad, nuestro culto y nuestro compañerismo, seguirá siendo, no obstante, el Dios desconocido a menos que decida revelarse a nosotros.

Y esto es lo que ha hecho en la persona de Jesucristo:

A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer (Jn. 1.18).

En él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (Col. 2.9).

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en los postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder... (He. 1.1-3).

He ahí el último y más grande hecho que indica con irresistible vigor la realidad de Dios y su interés por nosotros: Jesucristo. Conviene destacar que la Biblia nunca intenta demostrar a Dios, pero constantemente nos señala el lugar donde podemos encontrarlo con él: la persona de Jesús, su Hijo. Y de ella vamos a ocuparnos ahora.

LA PERSONA DE JESÚS

Jesús de Nazaret ejerce una perpetua fascinación. Actualmente el hinduismo está haciendo sitio para él, el judaísmo produce una gran cantidad de libros sobre su persona, y el movimiento de la Nueva Era no puede eludir su hechizo.

La fecha de cada carta que usted escribe hace referencia a Jesús. El comercio es algo intrincado y competitivo; sin embargo cesa en el día

que Cristo resucitó. En todos los hospitales el nombre de Jesús está escrito con grandes caracteres, y en cada orfanato puede verse grabado su nombre. La compasión del corazón de Cristo brilla aún a través de cada provisión para los desamparados y los caídos. Piense lo que quiera de Jesús, pero es evidente que la historia no ha sido capaz de esconderlo. Uno no puede evitarlo, él nos confronta a cada paso. Se destaca de un modo magnífico y universal. Y sin embargo ese Cristo era manso y humilde, y se retraía de la popularidad y el griterío (G. H. Morison, *The Return of Angels* [El retorno de los ángeles]).

¿Qué debemos pensar de Jesús? Ninguna persona informada y razonable puede poner en duda su existencia. La atestiguan tanto fuentes romanas, judías y arqueológicas como cristianas. «La historicidad de Jesús --escribió el profesor F. F. Bruce, uno de los eruditos bíblicos más destacados del siglo XX-- es tan axiomática para el historiador sin prejuicios como la de Julio César. No son los historiadores quienes propagan las teorías del "mito de Cristo" .» Y Otto Betz, otro muy distinguido especialista europeo del Nuevo Testamento, expresó el asunto con aspereza diciendo: «Ningún erudito serio se ha aventurado a pretender la no historicidad de Jesús.» Plinio, Tácito, Suetonio, Bar-Serapion, Talo, Luciano, Josefo y el Talmud se unen para afirmar la historicidad de Cristo y muchas de las cosas que leemos en los Evangelios, pero solamente en esos mismos Evangelios se nos da una narración contemporánea y completa de su vida. ¿Y qué es lo que ellos revelan?

Los Evangelios revelan a un Jesús muy humano: que nació y trabajó como carpintero; que sintió cansancio y durmió agotado en la popa de un barco; que tuvo lazos familiares como la demás gente; que amó y lloró; que sufrió y murió ... Era uno de nosotros, nuestro hermano. Pero ¿es eso todo? Muchas personas hoy en día quisieran dejarlo ahí: Jesús fue un gran gurú, un rabino ingenioso, «el hombre para los demás», un maestro fabuloso ... pero ahí queda todo. No obstante sus contemporáneos no pudieron limitarse a eso: se daban cuenta de que la categoría humana no podía abarcarlo por completo y por eso lo mataron. Por eso también sus discípulos estuvieron dispuestos a sufrir fuego y sangre por seguirle como su Señor y su Dios. Sus partidarios originales no se quedaron satisfechos con la suposición de que Jesús era sólo un hombre como nosotros; eso no explicaría los fenómenos que habían presenciado personalmente.

Todos los escritores novotestamentarios estaban convencidos de que Jesús era algo más que un hombre. Escuche lo que dice Pablo:

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten (Col. 1.15-17).

Y oiga a Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros ... (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)» (Jn. 1.1, 14). Escuche asimismo lo que dice Judas (que parece haber sido el hermano de Jesús) al final de su breve carta:

Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha en presencia de su gloria con gran alegría, al único Dios nuestro Salvador, por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea gloria, majestad, dominio y autoridad, antes de todo tiempo, y ahora y por todos los siglos (Jud. 24-25, *Biblia de las Américas*).

Así es como los discípulos consideraban a Jesús, lo que resulta del todo asombroso. Por una parte ellos habían vivido con Cristo, y el pensamiento de que pudiera tratarse de alguien que fuera más que un hombre debió resultarles indeciblemente demoledor. Pero más importante todavía: como judíos que eran, estaban condicionados para rechazar como algo impío la sola sugerencia de una cosa así. Dios era tan grande que los hebreos no mencionaban su nombre divino, ni había imagen alguna adornando su lugar santísimo en el templo. Era tan santo que los escribas de la comunidad de Qumrán, en el Mar Muerto, se lavaban las manos cada vez que escribían su nombre en los manuscritos que componían. Los judíos eran unos monoteístas apasionados: la gente más difícil de convencer en el mundo entero de que Jesús fuera algo más que humano. Y sin embargo llegaron a convencerse. ¿Qué lo hizo posible? Creo que hubo siete consideraciones que se combinaron para llevarlos inexorablemente a esa conclusión. Y esas consideraciones tienen la misma fuerza hoy en día.

La influencia de Jesús

Cristo ha sido la persona descollante en el mundo desde aquel entonces hasta nuestros días, descollante sobre todos los tipos y nacionalidades. Se lo ha reconocido universalmente como el ideal para la vida humana. Eso no podría decirse de nadie más. Desde luego que Mahoma ha tenido una profunda influencia, e igualmente Sócrates, pero nada en comparación con Jesús. Este ha conquistado

el corazón y la lealtad de campesinos y reyes, de intelectuales y analfabetos, por todo el mundo y a lo largo de los siglos. No hay diferencia si uno va a la tribu naga de los montes de la India, a los guerreros masai de Kenia, a los negros y los blancos de Sudáfrica y los Estados Unidos, a los maoríes de Nueva Zelanda o a los esquimales del Artico; tampoco si viaja a Sebastopol o a Singapur, a Fiji o a Finlandia; en todas partes hay cristianos cautivados por el hombre de Nazaret.

Uno podría decir algo bastante parecido de Lenin o Mao, quienes se han hecho de muchísimos seguidores en ciertas partes del mundo. Pero ellos han apelado sólo a un tipo de personas. Mao ofreció esperanza a los trabajadores, pero nada sino muerte a los burgueses. Jesús también ofrecía justicia, amor y esperanza para los pobres, pero extendió asimismo su mano a los ricos y a los desengañados. Los desafió y llegado el momento los cambió. Pero no amenazó a tales personas, ni les exigió que renegaran de su clase. Además la filosofía que hay detrás de un Lenin o un Mao está cargada de envidia, de odio, de saña y de una indiferencia aterradora hacia la verdad.

¿Dónde encuentra uno en toda la historia humana algún personaje que se aproxime siquiera a Jesús de Nazaret? Su vida y su influencia no tienen en absoluto paralelo.

¿Conoce usted esa porción anónima de literatura titulada *Una vida solitaria*?

Nació en un pueblo humilde, hijo de una campesina. Creció en otra aldea, trabajando en una carpintería hasta cumplir los treinta años de edad. Y luego durante tres años más fue predicador itinerante.

Nunca escribió un libro, ni ocupó ningún cargo; tampoco tuvo una familia propia, ni poseyó casa alguna. No fue a la universidad. Jamás visitó una ciudad grande, ni se alejó trescientos kilómetros de su lugar de nacimiento. No hizo ninguna de las cosas que por lo general se asocian con la grandeza. No tuvo credenciales aparte de su propia persona.

Sólo contaba treinta y tres años de edad cuando la corriente de la opinión pública se volvió contra él. Sus amigos lo abandonaron. Fue entregado a sus enemigos y experimentó la parodia de un juicio. Lo clavaron en una cruz entre dos ladrones, y mientras moría sus verdugos se jugaban sus ropas, única posesión que tenía en el mundo. Una vez muerto lo pusieron en una tumba prestada gracias a la compasión de un amigo.

Diecinueve siglos han pasado desde entonces, y hoy sigue siendo la figura central de la raza humana y el director del progreso de la humanidad. Todos los ejércitos que han desfilado, todos los barcos que han navegado, todos los parlamentos que han celebrado sesiones

y todos los reyes que han reinado, tomados en conjunto, no han influido tanto en la vida del hombre sobre este planeta como esa *vida solitaria*.

¿Puede usted negar tal cosa?

La enseñanza de Jesús

La enseñanza de Cristo fue memorable. Nadie había enseñado así hasta entonces ni lo ha hecho después. Hablaba de una forma extraordinariamente vívida e inolvidable, con gran poder y autoridad. «De cierto, de cierto, os digo...» ¿Quién podía hablar así? Según cuenta Marcos, Jesús enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas (el clero de aquel entonces). Y la temática de su enseñanza no era menos asombrosa. ¡Decía que el tan largamente esperado Reino de Dios había llegado con él! Invitaba a venir a él a cuantos estuvieran trabajados y cargados. Afirmaba que satisfaría a aquellos que tenían una profunda sed interior. Y les decía que no había nada que pudieran realizar ellos mismos para hacerse aceptables a Dios. Por el contrario Dios había hecho cuanto era necesario: él era como aquel rey que perdonaba a su deudor una suma incalculable simplemente porque tenía un corazón bondadoso; o como el noble que dió un magnífico banquete de bodas a su hijo e invitó no únicamente a sus amigos y conocidos, sino también a la escoria de las calles de la ciudad. Dios es así. Y Jesús explicó que el Creador no sólo tiene esa generosidad, sino que es asimismo sensible a cómo se siente la gente cuando se ve frente a ella; de modo que no se contenta con proveer gratuitamente la recepción de la boda, sino que hace lo propio con las ropas de los invitados, a fin de que todas sean iguales y nadie tenga que sentirse avergonzado por sus harapos ni se enorgullezca de sus galas.

«Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre», dijeron los soldados que habían sido enviados a prenderlo, al volver sin haber cumplido su tarea (Jn. 7.46). Y tenían razón: no ha habido paralelo de la enseñanza de Jesús en la historia del mundo en cuanto a calidad, poder y autoridad. Nadie ha podido señalar nada malo en ella, ni nada bueno que no esté contenido explícita o implícitamente en ella. No ha habido nadie capaz de superarla. La gente se asombraba de su doctrina y preguntaba: «¿Cómo sabe tanto este hombre sin haber ido nunca a la universidad?» La respuesta de Jesús era simple y demoledora: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por

mi propia cuenta» (cf. Jn. 7.15-17). Si usted todavía duda, lea despacio el Sermón del Monte en Mateo 5-7 y dedique cierto tiempo a reflexionar sobre los versículos finales y sus implicaciones.

La conducta de Jesús

La enseñanza de Cristo --la más elevada que se haya impartido jamás-- era respaldada por un carácter sin tacha: tan impecable que cuando en su juicio presentaron testigos falsos para acusarlo, éstos no lograron ponerse de acuerdo en su testimonio; o que Pilato por tres veces le declaró sin culpa, y su mujer sufrió pesadillas acerca del asesinato judicial de aquella persona inocente; o que el centurión que se encontraba al pie de la cruz, endurecido como estaba al derramamiento de sangre, profirió que aquel hombre no era culpable; o que sus amigos --entiéndase bien, sus amigos-- afirmaban que no tenía en absoluto pecado. Ciertamente, a pesar de ser un rudo pescador, Simón Pedro cayó a sus pies en una ocasión y le rogó que se apartara de una persona sucia como él. Jesús era tan intachable que al enfrentarse con una multitud furiosa que tenía la intención de matarlo, pudo preguntarles: «¿Quién de vosotros puede indicarme algún mal que yo haya cometido?», sin recibir respuesta. Tan impecable era su carácter que, al contrario de lo que sucede con los grandes santos de cualquier religión, que siempre son los primeros en reconocer sus propios defectos, podía decir: «Yo hago siempre lo que le agrada [a mi Padre celestial]» (Jn. 8.29). Tal era el hombre y tal era su conducta. No había ninguna sombra de maldad o de fallo en ella. Ningún otro gran maestro ha logrado nunca practicar plenamente lo que predicaba. Moisés, Confucio, Platón --y en nuestro propio siglo Martin Luther King, el papa Juan Pablo y Billy Graham-- han enseñado cosas maravillosas, y los hombres han guardado sus palabras, pero ninguno de ellos ha conseguido poner enteramente por obra aquello que enseñaban. En todos esos maestros ha habido alguna conciencia de fracaso y de no haber alcanzado sus propios ideales elevados, y menos aún los de Dios.

Pero Jesús era diferente. El enseñaba las normas de conducta más altas que ningún maestro haya formulado nunca, y las guardaba por completo. Jesús practicaba íntegramente lo que predicaba. Su vida era un milagro moral, y nunca ha sido igualada. Tal vez por eso, cuando afirmó sosegadamente ser la autorrevelación suprema de Dios a la humanidad, y el camino que capacitaba a los seres humanos para conocer a Dios como Padre, le creyeron. El les dijo que no lo hicieran si sus «obras» no correspondían con sus «palabras». Pero sí ambas cosas concordaban. Jesús no sólo enseñó a la gente que debía amar a sus enemigos,

sino que lo hizo; no sólo afirmó que la cosa más alta que un hombre podía realizar por sus amigos era entregar su vida por ellos, sino que lo llevó a cabo; no sólo enseñó que era más bienaventurado dar que recibir, sino que vivió de esa manera. Esto lo convierte en el más extraordinario de todos los maestros. Fue alguien que enseñó las normas más exigentes y las encarnó por completo. Jesús afirmaba que traía a Dios a nuestro medio, y su vida daba credibilidad a dicha afirmación.

Los milagros de Jesús

Uno no puede separar a Jesús de los milagros. En el siglo pasado la gente intentó de tal manera recortar los relatos del Evangelio que nos dejaron con un Jesús meramente humano, manso y pacífico, que nunca hacía nada fuera de lo común. Sin embargo, a principios del presente siglo, Schweitzer y Barth demostraron que eso no puede hacerse. En cada momento de la historia de Jesús y en cada elemento del relato evangélico, uno se tropieza con milagros. Estos comenzaron con su concepción y nacimiento: él era el Hijo de Dios, según dice Marcos; el Verbo divino y el agente de la creación, en palabras de Juan; el depositario completo de la deidad (aunque «nacido de mujer»), como expresara Pablo; el que vino al mundo sin la mediación de ningún padre humano, según afirman Mateo y Lucas. Los milagros continúan en su ministerio: milagros de conocimiento, de sanidad, de exorcismo, sobre la naturaleza, e incluso casos milagrosos de resurrección de personas. De modo sencillo y natural los milagros se hallan entretejidos en toda la narración. Hasta tal punto formaban parte de la autorrevelación de Cristo, que Juan escogió siete de ellos, los llamó «señales» (es decir, indicadores de quién es en realidad Jesús) y construyó su Evangelio en torno a ellos. Al proporcionar un relato de cada uno de dichos milagros, juntamente con un discurso explicativo acerca de ellos, Juan nos muestra cuál es la verdadera importancia de Cristo y lo que él puede hacer por los hombres. Aquel que alimentó a los cinco mil es capaz sin duda de hacer lo propio con el alma humana hambrienta. El que abrió los ojos de los ciegos puede hacer otro tanto con hombres y mujeres cegados por el orgullo y los prejuicios. Aquel que resucitó a los difuntos tiene capacidad para dar nueva vida a alguien que está muerto espiritualmente. Los milagros jamás se hicieron con propósitos egoístas, ni para alardear, sino que fueron el resultado de la compasión que Jesús sentía por la necesidad humana, y su objetivo era mostrar que el tan largamente esperado Mesías había llegado ciertamente, así como que Cristo era el liberador capaz de abrir los distintos grilletes que aprisionaban a la humanidad.

Esos milagros estaban tan bien confirmados que vemos a los adversarios de Jesús incapaces de negarlos y obligados a atribuirse los a un poder maligno. «Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios», decían los fariseos. Y Jesús preguntaba: «¿Cómo puede el diablo echar fuera al diablo? Si lo hiciera, su dominio se derrumbaría y quedaría en ruinas» (lo cual, obviamente, no es el caso). Lo que resulta interesante es que sus opositores no podían negar, ni negaban, la eficacia de las sanidades y los exorcismos de Jesús. En años posteriores dijeron que él había aprendido magia en Egipto y que fue crucificado la víspera de la Pascua por haber practicado la hechicería en ese país. Esa fue la línea oficialista en la Misná judía. Pero el poder de los milagros de Cristo era tan claro que vemos a ciertos judíos tratando de utilizarlo sin haber entregado su vida a Jesús. En los Hechos de los Apóstoles encontramos a algunas de esas personas intentando el exorcismo «por Jesús, el que predica Pablo» (Hch. 19.13-16), y leemos con un tanto de diversión que el hombre con el espíritu malo se abalanzó sobre ellos gritando: «A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?», y que pudo más que ellos y los trató tan rudamente que salieron huyendo de la casa desnudos y magullados. En la literatura judía posterior hay varias prohibiciones de la sanidad en el nombre de Jesús: «Un hombre no debe tratar con herejes [es decir, cristianos] ni ser curado por ellos, ni siquiera cuando está en juego su vida.»

Los milagros de Jesús son difíciles de negar. Naturalmente que se trata de milagros secundarios respecto del gran milagro de la encarnación y la resurrección, pero se alzan como indicadores mudos pero poderosos de la identidad de Jesús. Leemos que cuando vieron el milagro de Caná, sus discípulos creyeron en él (Jn. 2.11). La resurrección de Lázaro tuvo el mismo efecto: «Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él» (Jn. 11.45). Y en otra ocasión, asediado por una muchedumbre furiosa a causa de su afirmación de que era el Hijo de Dios, expresó: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí ... Yo y el Padre uno somos ... Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras» (Jn. 10.25, 30, 37-38). Los milagros de Jesús daban un poderoso testimonio de su identidad como Hijo de Dios ... Y todavía lo hacen.

El cumplimiento de las profecías por Jesús

La forma en que Jesús cumplió las profecías fue algo que causó la máxima impresión en los primeros discípulos, tanto que se

encontraron escribiendo cosas como: «Para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías...» y otras semejantes. Este es un tema que se repite en el Nuevo Testamento. Jesús cumple las Escrituras antiguas. Ahora bien, he ahí una pretensión bastante extraordinaria.

Es imposible exagerar el respeto que los judíos tenían por el Antiguo Testamento. Se trataba de los verdaderos oráculos de Dios, y sin embargo estaban manifiestamente incompletos. Esas escrituras hablaban de un día en el que Dios juzgaría la tierra, de un hijo del tronco de David cuyo dominio no tendría fin, de todas las familias de los hombres bendecidas en Abraham --el hombre de fe del que había surgido la nación judía--, de uno semejante a un Hijo de Hombre que llegaría hasta el Anciano de Días y recibiría un Reino que no sería jamás destruido --juntamente con poder, gloria y juicio--, de un profeta como Moisés que se levantaría de entre el pueblo y cuya enseñanza no tendría parangón, de un Siervo del Señor cuyos sufrimientos serían intensos y cuya muerte se llevaría los pecados del pueblo, de un Hijo de Dios cuyo carácter estaría a la misma altura que el de su Padre.

Este que había de venir cumpliría la función de profeta, sacerdote y rey para siempre; nacería del linaje de David, pero en una humilde familia; su lugar de nacimiento sería Belén; restauraría a los caídos de Israel y al mismo tiempo sería una luz para los gentiles; sería despreciado y desechado por el mismo pueblo al que venía a rescatar de su egocentrismo; moriría entre malhechores; y su tumba sería provista por un hombre rico. Pero ese no sería su fin, ya que volvería a la vida y el programa de Dios prosperaría bajo su mando. Cuando viera todo lo que había logrado mediante la angustia de su alma, quedaría satisfecho ya que habría forjado un nuevo pacto entre Dios y el hombre gracias a su muerte; ciertamente su sacrificio abriría la posibilidad de que el hombre y la mujer corrientes recibieran y retuvieran en su vida el Espíritu de Dios.

Todo esto se hizo realidad con Jesús. No una parte de ello, sino la totalidad. No hay ningún ejemplo en la literatura del mundo entero en el que las profecías hechas con siglos de antelación en un libro santo fueran cumplidas por un solo personaje histórico de esta manera. Aquello asombró a sus seguidores, pero los convenció. Llegaron a ver en él, en el humilde carpintero de Nazaret, el cumplimiento de todas aquellas antiguas predicciones: había nacido en Belén, del tronco de David; su enseñanza lo identificaba como el profeta semejante a Moisés; era el Siervo Sufriente del Señor cuya angustia en la cruz trajo perdón para todos los que creyeran así como Abraham había creído; se trataba del que restauraría la suerte de Israel y abriría el camino de la fe a los gentiles; él había estableci-

do este nuevo pacto entre Dios y los hombres, sellándolo con su sangre; su muerte había constituido el último sacrificio y ya no sería necesario ningún sacerdocio más, puesto que él había reconciliado de una vez por todas al hombre con Dios mediante la entrega de su propia vida; su dominio regio duraría por siempre, de un modo velado ahora pero evidente cuando viniera a juzgar; su Espíritu estaba ya en operación transformando la vida de sus seguidores.

En los siglos sucesivos el argumento basado en la profecía tuvo un impacto tremendo, como debía ser. Muchos paganos ilustres fueron ganados para la fe en Jesús, el Hijo de Dios, por la forma en que éste había cumplido las profecías hechas en los escritos de aquel Antiguo Testamento, que parecía mucho más antiguo y noble que sus propios documentos de Homero o de Platón. Como el profesor C. F. D. Moule, uno de los principales eruditos del Nuevo Testamento en el día de hoy, dice en su libro *The Phenomenon of the New Testament* [El fenómeno del Nuevo Testamento]:

La idea del «cumplimiento» de la Escritura en un solo individuo, una figura de la historia reciente, y al mismo tiempo un criminal condenado y degradado que pretendía ser la piedra angular de toda la estructura y la meta de todo el diseño de Dios, era algo nuevo.

Y fue la comunidad cristiana quien primero relacionó en torno a un solo centro las imágenes desparramadas y mayormente desconectadas entre sí de la esperanza de Israel. Era algo completamente novedoso considerar imágenes como la del «Mesías», el «Cristo», el «Hijo de Dios», el «Hijo del Hombre», el «Siervo Sufriente» y el «Señor» como términos sinónimos relacionados todos ellos con una sola figura.

El tema del cumplimiento llega mucho más hondo: se amplía a los nombres y los títulos dados al Dios Todopoderoso en el Antiguo Testamento. En Isaías, por ejemplo, Dios se llama a sí mismo «el primero y el postrero» (Is. 41.4; 44.6; 48.12), pero en el Nuevo Testamento se aplica este título a Jesús (Ap. 1.17; 2.8; 22.13). «Yo soy» es el nombre veterotestamentario particular de Dios (Ex. 3.14), y como era demasiado sagrado para pronunciarse, los judíos utilizaban la palabra «Adonai» (Señor) como sustituto. Sin embargo, una y otra vez encontramos a Jesús afirmando ser el «Yo soy», principalmente en la fantástica declaración de Juan 8.58: «Antes que Abraham fuese, yo soy.» Tanto es así que en una fase decisiva de su juicio se le preguntó si era el Mesías, y él respondió: «Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (Mr. 14.62). Esto produjo comprensiblemente una reacción extrema en el sumo sacerdote y

en sus colegas, ya que se consideró como una pretensión a la deidad por parte de Jesús.

Y otra vez: ¿Quién es en el Antiguo Testamento el Pastor de su pueblo? Dios, naturalmente: «Jehová es mi pastor», comienza diciendo el famoso Salmo 23. Sin embargo, Jesús usa tranquilamente ese título: «Yo soy el buen pastor» (Jn. 10.14); y otros escritores novotestamentarios, como Pedro y el autor de Hebreos, hablan de él como de «el Príncipe de los pastores» y «el gran pastor». Habían comprendido el mensaje.

Pero tal vez la función más sobresaliente de Dios en el Antiguo Testamento fuera la de Creador del mundo. Después de todo la primera frase de la Biblia es: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra...» Pero escuche lo que dice Pablo: «Porque por él [Cristo] fueron creadas todas las cosas --en el cielo y en la tierra-- ... todo fue creado por él y para él» (Col. 1.16, NVI). O cómo expresa Juan: «Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn. 1.2-3). O considere la Epístola a los Hebreos: «En estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (1.2).

Sí, Jesús cumplió aquellas escrituras redactadas con muchos siglos de anterioridad. Nada como esto había sucedido nunca antes ni ha pasado desde entonces. Esta persona que constituye el eje central de la historia tiene que ser alguien muy especial.

Las pretensiones de Jesús

Jesús es único entre todos los maestros del mundo porque dice mucho acerca de sí mismo. El no se ajustó al modelo corriente de maestro religioso que tenía algo nuevo que decir sobre Dios (aunque también hiciera esto). Lo extraordinario fue el lugar que se dio a sí mismo en el cuadro completo de las relaciones de la humanidad con Dios. Cristo se atrevió a afirmar: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mt. 11.27). ¡Qué asombrosa afirmación! Es muy parecida a aquella otra del Evangelio de Juan: «De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador ... Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo» (Jn. 10.1, 9).

Es más, él pretendía tener una relación con Dios como nadie más podía reclamar para sí. Esto lo vemos en su forma de usar la palabra *Abba*. Nadie se había dirigido jamás a Dios de esta manera en todos los siglos de la historia de Israel. ¿Por qué? Porque era demasiado íntima. Naturalmente los judíos estaban acostumbrados

a orar a Dios como Padre de Israel, pero el término que ellos utilizaban era *Abhinu*, una forma de trato reverente que constituía esencialmente una súplica a Dios pidiendo misericordia y perdón. Sin embargo, en la palabra *Abba* de Jesús no hay ni rastro de esto; se trata del término familiar para expresar la más estrecha intimidad. Significa «querido papito»; y Jesús diferenciaba entre su propia relación con Dios como Padre y aquella de cualquier otra persona. El nunca dijo: «Padre nuestro», poniéndose en el mismo plano que los discípulos, sino que expresó más bien: «Mi Dios y vuestro Dios, mi Padre y vuestro Padre.» Cristo era el Hijo de Dios de un modo muy distinto de los demás hombres, meras criaturas del Padre. Esta palabra *Abba* nos lleva a la esencia misma de las buenas nuevas que Jesús había venido a traer: significa que él tenía una relación filial única con Dios y que estaba dispuesto a compartirla con quienes, aunque totalmente indignos, simplemente se entregaran a él.

El tiempo transcurrido desde el primer siglo hasta el actual ha disminuido el carácter escandaloso que tales pretensiones debieron tener para los contemporáneos de Jesús. Ahí estaba un maestro campesino diciendo con tono serio y formal: «Yo les doy [a las personas] vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos» (Jn. 10.28-30). Esa era la imponente pretensión de aquel hombre único. Pero la cosa no acababa ahí.

Jesús pretendía ser capaz de perdonar pecados en el sentido absoluto, y naturalmente aquella era una prerrogativa que sólo le pertenecía a Dios. Por eso los judíos se enfurecieron tanto cuando Jesús miró con amor a un hombre cuyos amigos lo habían bajado en una camilla a través del techo de la casa donde él estaba enseñando, y le dijo: «Tus pecados te son perdonados.» Ante sí tenían a alguien que o era culpable de blasfemia o estaba realmente autorizado para proclamar en la tierra aquello que el Dios Todopoderoso afirmaba en el cielo. Y eso fue exactamente lo que siguió diciendo Jesús: «Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa» (Mr. 2.10-11). Aquella sanidad sorprendente validó la asombrosa afirmación. Allí estaba alguien que hacía lo inconcebible: perdonar pecados. Y vemos que sucede exactamente lo mismo en el caso de la mujer sorprendida en adulterio, cuya historia se relata en el capítulo 8 del Evangelio de Juan. Cuando los varones que la habían acusado de un modo tan entusiasta comenzaron a marcharse a hurtadillas

debido a sus propias conciencias culpables, Jesús le preguntó a ella: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete y no peques más,»

Lo que es más: Jesús dio por sentado su derecho a ser adorado como Dios. Cuando Pedro se echó a sus pies y le adora después de la expedición de pesca, diciendo: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc. 5.8), Jesús no se lo impide. Y cuando Tomás cae de rodillas después de la resurrección y exclama: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Jn. 20.28), Jesús no lo reprende, salvo por el hecho de haber necesitado la evidencia de sus ojos para llegar a aquella conclusión. Ningún hombre bueno haría eso. En realidad tenemos ejemplos en el Nuevo Testamento de dos hombres buenos --Pedro y Pablo-- que se vieron en situación de ser adorados por ignorantes paganos y reaccionaron violentamente contra ella, diciéndoles que adorasen sólo a Dios. Sin embargo Jesús parece haber considerado aquella adoración como algo que le era debido.

Y lo que resulta todavía más asombroso: en ocasiones Cristo dejó claro que el destino final de sus oyentes dependía de la relación que éstos tuvieran con él. Uno de los casos más famosos de esto es la parábola de las ovejas y las cabras, que empieza con Jesús como el Hijo del Hombre viniendo en gloria para juzgar a la humanidad (Mt. 25.31-46). Otra es al final del Sermón del Monte, cuando Jesús declara que en el día del juicio los hombres solicitarán que los deje entrar en el Reino de los cielos --diciendo: «Señor, Señor--», pero que si no lo conocen no podrán hacerlo (Mt. 7.21-23).

C. S. Lewis expresa con gran vigor la fuerza de estas pretensiones:

Las cosas que él dice son muy diferentes de lo que ningún otro maestro haya expresado nunca. Otros afirman: «Esta es la verdad acerca del universo; esta es la forma en que deberías comportarte...» Pero él dice: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida»; expresa: «Ningún hombre puede alcanzar la realidad absoluta excepto por medio de mí. Intenta retener tu propia vida y estarás completamente perdido; entrégate y serás salvo»; o afirma: «Si te avergüenzas de mí, si cuando oyes mi llamada te vuelves en la otra dirección, yo miraré hacia el otro lado cuando vuelva abiertamente como Dios. Si hay algo que te mantiene lejos de Dios y de mí, sea lo que fuere, deséchalo. Si se trata de tu ojo, sácalo; si es tu mano, córtala. Si te colocas en primer lugar, serás el último. Venid a mí todos los que lleváis una carga pesada y yo la pondré como es debido. Vuestros pecados, todos ellos, son borrados. Yo puedo hacerlo. Yo soy Nuevo nacimiento; yo soy Vida. Comedme, bebedme, yo soy vuestro alimento. Y por último, no tengáis miedo. Yo he vencido al universo entero.» Esta es la cuestión.

Sí, de eso se trata verdaderamente: ¿Qué va a hacer usted con las pretensiones de Jesús? Esa es la cuestión clave con la que debemos confrontar al indagador. Muchos aceptan a Jesús como un buen hombre y un gran maestro, pero esas afirmaciones tuyas no admiten tal interpretación. Citando de nuevo a Lewis:

Estoy tratando de impedir que nadie diga esa verdadera tontería que la gente suele decir acerca de él: «Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto su pretensión de ser Dios.» Eso es lo único que no debemos decir. Un hombre que no fuese más que un-hombre y que afirmase las cosas que Jesús afirmó no sería un gran maestro moral. Se trataría, bien de un lunático --en el mismo nivel que el hombre que dice ser un huevo hervido--, bien del diablo infernal. Debe usted elegir: o ese hombre era y es el Hijo de Dios, o de otro modo se trata de un loco o de algo peor.

La muerte de Jesús

Jesús había predicho que si era levantado de la tierra atraería a sí mismo a todo tipo de gente, lo cual ha demostrado ser muy cierto. Hasta la crucifixión de Cristo, la fe de sus discípulos era débil y vacilante. La cruz, que muy bien podría haber echado por tierra esa frágil fe que ellos tenían, lo que hizo en realidad fue inflamarla originando una llamarada inextinguible. Ahora bien, eso es algo extraordinario. Resulta extraordinario empezar a creer en tu líder cuando éste ya ha muerto y se ha marchado; comenzar a reconocerlo como el Salvador ungido de Dios una vez que ha fracasado tan notablemente en mostrar los resultados y ha acabado ignominiosamente colgado de un madero ... Y lo más extraordinario de todo es recordar que en el Antiguo Testamento se dice que cualquiera expuesto sobre un madero está bajo la maldición de Dios (Dt. 21.22-23). Extraordinario pero cierto: el movimiento cristiano sólo se arraigó después que Jesús fuera crucificado. La cruz llegó a ser el símbolo de aquel movimiento: el símbolo de la muerte y la vergüenza convertido en la insignia más gloriosa del discipulado. ¿Cómo sucedió esto?

Al verlo morir ellos empezaron a comprender. La perfecta abnegación de su entrega; la mansedumbre, el horror, el amor, el perdón, la victoria, entretejidos con esa cruz, todo ello avivó la comprensión de los discípulos. Escuche como Pedro, quien estuvo allí, escribe años más tarde a los cristianos diseminados por Turquía y el sur de Rusia, exclamando: «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero»; y un poco después: «Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 P. 3.18; cf. 2.24). Pedro había

llegado a comprender que Jesús murió de veras en el lugar de la maldición, en ese terrible madero, pero que la maldición era nuestra y no suya. En realidad Cristo llevó pecados, pero no los suyos propios sino los nuestros, ya que él no tenía ninguno.

Resulta asombroso que gracias a aquel vil asesinato en el Calvario los seguidores de Jesús recibieran tan duradera seguridad acerca de quién era él. Pero así fue. Marcos nos habla de la muerte de Jesús y sigue diciendo inmediatamente: «Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo» (15.38) Ese velo estaba allí para separar a la gente de la presencia de Dios manifestada en el lugar santísimo. Cuando, con la muerte de Cristo, el velo se partió abriéndose por completo, aquello fue un gesto simbólico para demostrar que el camino a la presencia de Dios se había abierto para todos. E inmediatamente vemos a un soldado gentil, que había matado personalmente a aquel mismo Jesús, atravesando, por así decirlo, ese velo rasgado a la presencia de Dios con una confesión admirada y reverente en sus labios: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mr. 15.39). Y el autor de Hebreos no puede afirmar la plena deidad de Jesús (lo cual hace de un modo muy vigoroso en 1.13) sin añadir: «Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.» Tampoco Pablo fue menos claro en cuanto a expresar que en la cruz él veía al Dios Omnipotente resolviendo el básico problema del hombre: el pecado. «Dios estaba en Cristo --dice-- reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados» (2 Co. 5.15). Y esto es exactamente lo que Jesús dijo que haría. Tres veces en el Evangelio de Marcos predijo su pasión, y coronó sus palabras con la explicación: «El Hijo del Hombre ... vino ... para dar su vida en rescate por muchos» (10.45). En ese acto supremo de autosacrificio y de llevar los pecados del mundo, los discípulos vieron claramente la intención de Dios: él había venido a ellos en Cristo, y los había salvado por medio de su cruz.

Estas siete cosas acerca de Jesús --su influencia, su enseñanza, su conducta, sus milagros, su cumplimiento de la profecía, sus pretensiones y su muerte-- constituyen una defensa formidable de la tesis de que él es en realidad el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Hubo todavía una demostración suprema de ello: su resurrección, la que consideraremos en el siguiente capítulo.

7

Los problemas de los milagros y el sufrimiento

En el capítulo anterior hemos considerado dos de los tropiezos más corrientes que tendrá que confrontar el evangelista cristiano y que lo llevan a realizar un estudio de la apologética. El presente capítulo es un intento de esbozar cómo podemos hacer frente a las otras dos objeciones que suelen plantearse: la cuestión de los milagros y el problema del mal y del sufrimiento. Ambos temas son profundos y complicados, y nos hacen entrar en cuestiones filosóficas generales al tiempo que resultan decisivamente importantes para la fe cristiana. Cada uno de nosotros tiene su propia forma preferida de manejar dichos temas, de modo que lo que digo a continuación no es más que un mero esbozo de cierta área en la que no pretendo ser ningún experto.

LA CUESTIÓN DE LOS MILAGROS

Definición

¿Cómo definiríamos lo que es un «milagro»? Esta palabra se utiliza de un modo bastante vago en el lenguaje corriente. Literalmente significa una maravilla, una causa de asombro. ¿Pero por qué? Porque se trata de una ruptura con el patrón normal de los acontecimientos, algo que desafía a las explicaciones naturales, que invalida --o en todo caso suspende-- lo que nosotros llamamos las «leyes de la naturaleza». Si un suceso puede ser explicado de manera natural, a nuestro modo de ver no constituye un milagro.

Pero eso no sirve, ya que un milagro no es lo mismo que una anomalía, la cual también parece ir en contra de las leyes de la naturaleza y no tiene explicación conocida. Las anomalías no encierran ninguna pretensión de verdad, y los milagros sí. Además los milagros no guardan relación alguna con la magia, la que constituye fundamentalmente una manipulación por parte del hombre de ciertas fuerzas sobrehumanas, y trae gloria al mago y no a Dios. Lo que es más: los milagros son diferentes de las señales y los prodigios satánicos (cuando éstos son auténticos), ya que nosotros empleamos la palabra «milagro» para indicar un resultado bueno y producido por la intervención divina.

Los milagros son, por lo tanto, sucesos que constituyen una excepción al patrón normal de los acontecimientos, pero que necesariamente no lo contradicen; tienen alguna pretensión de verdad respecto a Dios; su finalidad es buena y traen gloria a Dios al manifestar algún aspecto de su carácter.

No es necesario decir que a menudo resulta difícil identificar un milagro. Ciertas cosas pueden exceder nuestra comprensión actual de las leyes de la naturaleza y ser perfectamente explicables más adelante o cuando nuestro conocimiento sea más completo. Piense en lo milagrosos que los viajes espaciales o la penicilina les habrían parecido a nuestros abuelos. Los viajes espaciales son un ejemplo bastante bueno, ya que implican ingravidez. Todos sabemos que la fuerza de la gravedad arrastra hacia la tierra a cualquier cuerpo no sostenido; sin embargo, en el espacio, los cuerpos no sostenidos flotan de acá para allá. ¿Es esto algo que desafía las leyes de la naturaleza? En absoluto: se trata precisamente de lo que cabría esperar según una comprensión correcta de la gravedad; sin embargo, hace un siglo nadie habría podido imaginarlo.

¿Quiere decir esto que todas las cosas deben tener una explicación, incluso si no llegamos nunca a descubrirla? No necesariamente. ¿Por qué habríamos de acatar la suposición de que todo ha de poder explicarse racionalmente? ¿Y qué si hay algunas cosas, una Realidad, que simplemente existe? Si se da una realidad autónoma y trascendente a la que llamamos Dios, no hay razón por la que no deba haber milagros en el mundo que él ha creado. Si existe Dios, muy bien pueden existir los milagros.

Posibilidad

Pero hoy en día se niega con vehemencia desde muchas instancias la posibilidad misma de los milagros, y esto ha sido así desde el famoso ensayo de David Hume acerca de lo milagroso en su *Investigación sobre el entendimiento humano*. La objeción fundamen-

tal que hace Hume a los milagros es que si éstos ocurrieran constituirían violaciones de las leyes de la naturaleza, y dichas leyes están basadas en el más alto grado de probabilidad. De hecho se alzan sobre «la firme e inalterable» experiencia del género humano. El milagro tiene, por lo tanto, el grado de probabilidad más bajo. La «experiencia uniforme» milita contra él; de otro modo, expresa Hume, no se catalogaría como milagro. Un milagro es algo tan improbable que puede considerarse insignificante; resulta mucho más probable que los testigos estuviesen mintiendo o equivocados, que el que hubiera ocurrido dicho milagro.

Este argumento parece imponente, pero lo es mucho menos de lo que aparenta. En primer lugar, da por sentado que hay una «ley de la naturaleza» *preceptiva*, que determina cierta forma inmutable en la que las cosas *deben* suceder. En vez de ello, desde luego, dicha ley es *descriptiva* y explica cómo discernimos por medio de la observación constante que una cosa *sucede*. La primera excluye la posibilidad misma del milagro; la segunda la admite. En segundo lugar: ¿por qué tendría Hume que suponer que el hombre prudente siempre ha de basar su conclusión en lo que ha sucedido en el pasado, más que en la evidencia del presente que tal vez tenga delante de sus ojos? En la raíz de ambas objeciones está el hecho de que Hume da por sentado aquello que desea demostrar. Si existe una «experiencia uniforme» en contra de los milagros, entonces no hay nada más que decir; pero sólo podemos estar seguros de que dicha «experiencia uniforme» existe cuando sabemos con certeza que todos los testimonios acerca de milagros son falsos; y claro está que únicamente podríamos conocer tal cosa si supiéramos que esos milagros nunca han ocurrido ni ocurren, ¡lo cual, desde luego, es una argumentación en círculo!

El tratamiento completo que hace Hume de la probabilidad está viciado por la suposición de lo que intenta demostrar. El da por sentada la uniformidad de la naturaleza, y partiendo de esa base argumenta la suma improbabilidad de los milagros. No tiene validez decir que ya que nuestra experiencia confirma nuestra creencia en la uniformidad, podemos esperar razonablemente que ésta última siempre sea confirmada. ¿Por qué debería serlo? (a menos que exista verdaderamente esa uniformidad de la naturaleza que estamos tratando de establecer). El hecho de que las cosas hayan sucedido de cierta manera muchas veces en el pasado no garantiza nada acerca de las probabilidades futuras, a menos que podamos suponer la uniformidad de la naturaleza. Si la naturaleza no es uniforme, no hay nada probable o improbable. El argumento de C. S. Lewis tiene mucha fuerza cuando examina ese aspecto de la postura de Hume. Dice Lewis:

Si seguimos el método de Hume, lejos de conseguir lo que él esperaba (a saber, la conclusión de que todos los milagros son infinitamente improbables) llegamos a una parálisis total. La única clase de probabilidad que él admite se sostiene exclusivamente en el marco de la uniformidad. Pero si la uniformidad misma está en entredicho (y eso sucede en el momento en que nos preguntamos si los milagros ocurren) este tipo de probabilidad deja de existir. Y Hume no conoce ninguna otra. Mediante su método no podemos decir por lo tanto que los milagros sean probables o improbables. Hemos confinado *tanto* a la uniformidad *como* a los milagros a una especie de limbo al que ni la probabilidad ni la improbabilidad pueden llegar nunca. Este resultado es igualmente desastroso para el científico y para el teólogo; pero siguiendo el razonamiento de Hume no hay posibilidad de hacer nada al respecto.

Esa misma falacia dificulta todo ataque subsiguiente a los milagros. Antony Flew, filósofo racionalista moderno, ha intentado poner al día los argumentos de Hume y mantiene que los milagros representan, por definición, acontecimientos particulares y únicos; que las leyes científicas de la naturaleza son constantes y repetibles; que la evidencia de éstas últimas es siempre mayor que la de los primeros; y que, por lo tanto, jamás deberíamos creer en milagros. Una vez más esto esconde una argumentación en círculo. Lo que Flew quiere decir en realidad es que cuanto sucede en el mundo natural está causado por dicho mundo. Pero eso hay que demostrarlo. Toda la cuestión de los milagros reside en que se producen en el mundo natural (de otro modo no podríamos percibirlos) pero son provocados por una intervención divina que trasciende el ámbito de lo natural. Flew nos ha dado un ejemplo clásico de postura infalsificable. Por muchas que sean las pruebas, éstas no podrán convencerlo de que ha sucedido un milagro: ¡tal cosa supondría una agresión a su incredulidad naturalista!

Pero si aceptamos que Dios existe ... ¿debemos admitir también los milagros? Esta es la pregunta que nos viene a la mente en una coyuntura así, y C. S. Lewis la contesta con gran habilidad en *Los milagros*.

Pero si reconocemos que hay Dios ... ¿debemos también admitir los milagros? De cierto, de cierto, que uno no está protegido contra ellos. Ese es el trato. En efecto, la teología nos dice: «Acepta la existencia de Dios y con ella el riesgo de unos pocos milagros, y a cambio yo confirmaré tu fe en la uniformidad por lo que respecta a la abrumadora mayoría de los acontecimientos.» Esa filosofía que nos prohíbe considerar la uniformidad como absoluta, es también la misma que nos ofrece una base sólida para creer que dicha uniformidad es general, *casi*

absoluta. El Ser que desafía la pretensión de omnipotencia por parte de la Naturaleza confirma a ésta en sus casos lícitos. ¡Concédasenos ese poco de brea y salvaremos la nave! La alternativa es realmente mucho peor: intente considerar absoluta a la naturaleza y verá que su uniformidad no resulta ni siquiera probable. Si exigimos demasiado no conseguiremos otra cosa que una parálisis total, como le sucede a Hume. La teología nos ofrece un arreglo de trabajo que permite a los científicos seguir con sus experimentos y a los cristianos con sus oraciones.

En su libro *C. S. Lewis's Case for the Christian Faith* [La defensa de la fe cristiana por C. S. Lewis], Richard Purtill hace un comentario interesante y da una inteligente ilustración a fin de iluminar este pasaje de Lewis. En primer lugar nos recuerda que el escritor objetaba definir los milagros (como hiciera Hume) como violaciones de la ley natural. El los consideraba intervenciones de parte del Dios que puso en funcionamiento las leyes naturales.

En segundo lugar Purtill subraya la importancia de las uniformidades observadas que dan como resultado la ley natural. En un universo desordenado y caótico, la palabra «milagro» no podría tener ningún significado, ya que precisa de la regularidad de las leyes de la naturaleza. Las excepciones a las reglas requieren verdaderamente la existencia de dichas reglas para que puedan ser consideradas excepciones. La ciencia demuestra lo ordenado que es este mundo y que en sí mismo constituye, como vimos en el capítulo anterior, una prueba eficazísima a favor de Dios. Pero si el mundo natural y sus leyes son el resultado de la actuación divina, ¿por qué Dios no podría intervenir ocasionalmente en el mundo y en el orden de las uniformidades generales que él mismo ha creado, cuando existen buenas razones para ello? Nosotros, por ejemplo, permitimos que el niño especialmente dotado saltee algún curso, lo cual es una excepción a la regla normal. Y en esa misma línea el presidente Ford concedió el perdón presidencial a Richard Nixon sin que ello invalidara el procedimiento legal común o se hiciera imposible por este sistema.

Esta es una analogía que Purtill prosigue con eficacia. El científico --*qua* científico-- debe pasar por alto la posibilidad del milagro, al igual que el abogado --*qua* abogado-- debe hacer lo propio con la posibilidad de un perdón presidencial para su cliente, ya que no hay nada que él pueda hacer como jurista para asegurar dicho perdón. El perdón constituye una acción libre del presidente, la cual no es posible garantizar por ningún procedimiento legal, ni tampoco descartar como una imposibilidad. Y lo mismo sucede con los milagros. El perdón presidencial no viola ninguna ley, ni la

suspende, sino simplemente hace una excepción individual; igualmente el milagro. Otra vez, dicho perdón presidencial no puede ser exigido sino sólo pedido; tampoco es posible predecirlo, ni da pie a futuras suposiciones. Así pasa también con los milagros. Y, por último, no podríamos establecer la posibilidad de los perdones presidenciales examinando el quehacer diario de los tribunales de justicia; tendríamos que preguntarnos bajo qué clase de sistema legal vivimos. Lo mismo sucede con los milagros: no nos es posible determinar si éstos ocurren mirando el curso ordinario de la naturaleza, sino que debemos preguntarnos qué tipo de universo es el nuestro. Una consideración pertinente para resolver esta cuestión es que un universo creado por Dios permite la razón humana, mientras que otro derivado de la necesidad natural tiene muchas dificultades para hacerlo. Si decidimos que es razonable creer en Dios, entonces los milagros resultan obviamente posibles. Se trataría en tal caso de un asunto de evidencia, no de posibilidad. Ciertamente, si Dios quiere subrayar algún mensaje importante que él tenga para nosotros no parece haber mejor manera de hacerlo que por medio de los milagros. Un Dios que no pudiese nunca intervenir no sería digno ni de nuestro culto ni de nuestras oraciones. Pero el Dios viviente que describe la Biblia, ¿cómo no podría recalcar su mensaje con milagros? ¿Por qué no habrían de unirse las palabras y los hechos? Por lo tanto, la pregunta no es si tal cosa es posible, sino si ha ocurrido.

Evidencia

La Biblia presenta sin ningún complejo los milagros, y los refiere a menudo como elementos de la autorrevelación de Dios. El es un Dios que actúa, y sus acciones son a veces bastante extraordinarias. Pero en ninguna parte de la historia de la salvación esperaríamos que se concentraran más dichos milagros que en la intervención suprema de ese Dios intervencionista que es el nuestro: la venida, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret.

Este no es el momento de discutir el carácter fidedigno general de la evidencia en lo tocante a los milagros de conocimiento, sanidad, liberación de fuerzas demoníacas, dominio sobre la naturaleza y por último victoria sobre la muerte, de Cristo. Ya hemos echado un vistazo en el capítulo anterior a los milagros de Jesús, y hemos visto que no se trataba simplemente de «hechos de poder», como los describen los Evangelios sinópticos, sino que, en palabras de Juan, eran también «señales» de la identidad de Cristo y de lo que él puede hacer por la humanidad. Hay un fragmento especialmente útil en cierto sermón de C. S. Lewis que pueden

ayudarnos a comprender el rango de esos milagros. Citando a Atanasio, Lewis dice:

Nuestro Señor tomó un cuerpo como el nuestro, y vivió como hombre, para que aquellos que se habían negado a reconocerlo en su superintendencia y capitania del universo entero pudieran llegar a admitir, por las obras que hacía sobre la tierra en el cuerpo, que lo que moraba en dicho cuerpo era el Verbo de Dios.

En otras palabras, los milagros de Jesús lejos de oponerse a las operaciones de la naturaleza concentraban en un solo instante lo que sucede normalmente a lo largo de mucho tiempo, con el fin de atraer la atención de la gente sobre el Dios que está detrás de ambas cosas y que exige su lealtad.

Lewis toma el ejemplo de la vid, y explica que Dios hace que ésta absorba el agua por medio de sus raíces y que su fruto resultante, madurado por el sol, se convierta con el tiempo en vino. Pero los hombres no comprenden esto: bien como paganos antiguos relacionan el proceso con algún espíritu finito —como Baco—, o bien como paganos modernos «atribuyen una causalidad verdadera y final a los procesos químicos y otros fenómenos materiales que son todo lo que nuestros sentidos logran descubrir en ello. Pero cuando Jesucristo, en Caná, convierte el agua en vino, se quita la careta.»

Y lo mismo sucede con el maíz. Cada año Dios convierte un grano de éste en muchos granos. Los paganos antiguos honran al Dios del Maíz, y los modernos a las leyes de la naturaleza. Pero «el primer plano, la traducción de esta maravilla anual, es la alimentación de los cinco mil».

Así pasa también con los milagros de sanidad. En contra de buena parte de nuestra mitología, no es el médico quien cura: lo único que él hace es facilitar los procesos naturales de sanidad del cuerpo establecidos por Dios. «Todos los que son curados lo son por él, el sanador interno. Pero en otro tiempo él hizo esto de manera visible, de Hombre a hombre.»

Y uno podría decir lo mismo de milagros tales como el apaciguamiento de la tempestad. En el Antiguo Testamento Dios calma los temporales, pero los hombres no se dan cuenta de ello. La gente considera algo natural que la tormenta pase; así que Jesús concentra, en un hecho único, repentino y dinámico ese apaciguamiento del temporal en el que Dios ha estado implicado desde tiempos inmemoriales en el maravilloso mundo que él ha creado.

Esta percepción de C. S. Lewis me ha ayudado a comprender algo más acerca de los milagros de Jesús. Dichos milagros no me ofenden, ni nunca lo han hecho. Si verdaderamente él es Dios

encarnado no resulta sorprendente que su venida entre nosotros estuviera acompañada de algunos elementos bastante notables. Los milagros indican quién es Cristo y lo que él puede hacer por nosotros. Pero Lewis me ha ayudado a ver la continuidad esencial que guardan dichos milagros de Jesús con el mundo ordenado de Dios en el que tuvieron lugar. Se trata de esas excepciones que atraen la atención no simplemente sobre las reglas sino sobre Aquel que las pone, y a quien nosotros somos expertos en no tomar en cuenta.

Sin embargo todos los demás milagros famosos de Cristo se hacen insignificantes ante los dos mayores: la encarnación y la resurrección.

LA ENCARNACIÓN

El relato que se nos hace en los Evangelios de Dios irrumpiendo en nuestro mundo en la persona de Jesús, que nace de la virgen María, es tan asombroso que casi resulta increíble. ¿Podemos dar crédito a un milagro de tal magnitud? En caso de que se dijera de alguien distinto sería completamente impensable, pero si Dios realmente existe, y se preocupa tanto por nosotros que vino a revelárenos en las condiciones humanas que podíamos comprender, así como a rescatarnos de los resultados de nuestra necia rebelión, entonces sí que es posible creerlo: La cuestión está en si tenemos la evidencia suficiente. No puede tratarse de algo que se zanje *a priori*, ni debe estar basado en lo que consideramos que hubiera sido apropiado hacer. En cierta ocasión David Jenkins, obispo de Durham, dijo en la televisión: «Dudo mucho que Dios fuera a hacer arreglos para un nacimiento virginal.» Pero esa no es en absoluto la cuestión. Al cristianismo no le preocupan nuestras especulaciones, sino lo que sucedió en realidad. No tenemos libertad para reescribir la historia a fin de que ésta cuadre con nuestras presuposiciones.

«Creemos que Dios nació de una virgen --escribía Jerónimo-- porque lo leemos.» ¿Y dónde leemos tal cosa?

La leemos en dos relatos bastante independientes que nos presentan los Evangelios de Mateo y Lucas. Tanto el uno como el otro se basan en un material corriente mucho antes del año 70 d.C., el cual circulaba por lo tanto mientras a los contemporáneos y los colegas de Jesús aún les quedaba bastante vida por delante, y estaba sujeto a la confirmación de aquéllos o a ser corroborados de alguna otra manera. Estos dos relatos independientes difieren entre sí en muchos aspectos, pero concuerdan en tres particulares importantes.

El primero de ellos es que el nacimiento sucede en Belén y la familia se establece posteriormente en Nazaret. El segundo, que la Madre es María, una virgen, y el «padre adoptivo», José. Y el tercero, que el niño Jesús es concebido del Espíritu Santo de Dios.

Este núcleo de material debe, por lo tanto, preceder en el tiempo a las narraciones divergentes de Mateo y Lucas cuya base constituye. Parece probable que Lucas esté contando el relato de María (concentrándose en la anunciación que el ángel le hace a ella, su perplejidad y su obediencia), mientras que Mateo nos proporciona el de José (centrado en el anuncio angélico dirigido a éste, como también en su propia perplejidad y obediencia). De modo que en Mateo y Lucas tenemos dos narraciones separadas y tempranas de la concepción virginal de Jesús, independientes y complementarias, una procedente de María y otra de José.

«Ya --puede que le diga su amigo, si sabe bastante-- ... pero el resto del Nuevo Testamento no cuenta nada acerca de dicho nacimiento virginal.» Hay algo de verdad en esa afirmación: si hemos de dar crédito a los sermones del libro de los Hechos, el nacimiento virginal de Jesús no parece haber formado parte del *kerygma*, o predicación evangelizadora de la iglesia primitiva. Los cristianos se concentraban en el hecho de la encarnación y no en el modo en que ésta se había producido. Es muy posible que no se tratara de algo excesivamente divulgado. Pero existen indicaciones de ello en otras partes del Nuevo Testamento. Marcos 6.3, por ejemplo, nos habla de Jesús el carpintero, «hijo de María»; y en el judaísmo llamar a alguien hijo de su madre constituía un gran insulto. Resulta interesante destacar que tanto Mateo como Lucas cambian la expresión por respeto. Pero Jesús era precisamente «hijo de María». Y también, en Gálatas 4.4; Pablo saca un gran partido al hecho de que Jesús hubiese «nacido de mujer»: una expresión muy curiosa a menos que estuviera refiriéndose al nacimiento virginal. Asimismo, Apocalipsis 12 presenta a «la mujer» dando a luz al «hijo varón» que es arrebatado para Dios y para su trono. No se trata más que de insinuaciones, pero tal vez de insinuaciones significativas. La iglesia apostólica era muy consciente del nacimiento virginal de Jesús.

Cuando pasamos del Nuevo Testamento a los Padres apostólicos que vinieron después, vemos mucho énfasis en el nacimiento virginal. Los orígenes del Credo de los Apóstoles se remontan a una época anterior al 150 d.C., de modo que el artículo «Nació de María virgen» debió formar parte de la confesión bautismal de cada creyente. Ireneo y Tertuliano, Justino y Aristides, son muy enérgicos en cuanto al nacimiento virginal de Cristo, con el que Ignacio está

casi obsesionado: «Porque nuestro Dios, Jesucristo --expresa--, fue concebido en el vientre por María, de la simiente de David, pero también del Espíritu Santo.» Ignacio considera la virginidad de María, el alumbramiento por parte de ésta del Salvador y la muerte del Señor, como tres misterios forjados en el silencio de Dios pero que deben ser proclamados en voz alta. Hacia el año 110 d.C. el nacimiento virginal era ya, sin lugar a dudas, un elemento muy importante de la fe cristiana. Resulta significativo que los no cristianos reconocieran que Jesús no habían nacido de un modo normal de José y María. El dirigente judío del siglo II Trifón y el filósofo pagano Celso atribuyen su nacimiento a la infidelidad matrimonial de la virgen, y en la literatura judía anterior al 70 d.C. preservada en el Talmud, a Jesús se lo llama «el bastardo de una mujer casada». Ahí tenemos una buena evidencia histórica de que en su nacimiento hubo algo muy poco corriente.

¿Pero acaso no existen innumerables paralelos de la narración del nacimiento virginal? No, no los hay. Esto fue algo que se explotó mucho en el siglo pasado, pero que constituye un argumento insostenible si lo sometemos a examen. El libro *The Virgin Birth* [El nacimiento virginal], de J. Gresham Machen, lo hace pedazos. A los judíos les era totalmente extraña la idea de una encarnación de la deidad, y el que se llevara a cabo mediante una concepción virginal les habría resultado completamente repugnante. En el judaísmo tal idea no cuenta en absoluto con ningún paralelo. La Divinidad no tiene trato carnal con una mujer. E incluso en el famoso pasaje de Isaías 7.14 *almah* parece querer decir una «mujer joven» en lugar de una «virgen». No hay ninguna interpretación precristiana de ese versículo que considere el término como una referencia a la concepción y el alumbramiento de un hijo por parte de una virgen. Esta fue una explicación cristiana de la profecía de Isaías a la luz de cómo había nacido en realidad Jesús; y *almah* toleró perfectamente el significado de «virgen».

Pero ... ¿y qué hay de los griegos? ¿No tenían ellos mitos pintorescos acerca de Zeus y de sus amoríos con mujeres mortales? ¿Acaso no contaban con innumerables «hombres divinos» o «hijos de Dios» pululando por ahí?

Pero los mitos paganos tenían un alto contenido sexual: se especializaban en la unión de un determinado dios, por lo general bajo alguna clase de disfraz, con la mujer que fuese. Sin embargo, en los Evangelios no hay traza de esto. Todo el relato evangélico es pudoroso y comedido. Se trata de la palabra creadora de Dios, al igual que en Génesis 1, trayendo vida al vientre de María. Toda la manera de narrar la historia es profundamente judía, aunque la

idea de una encarnación lo sea tan sumamente poco. No nos encontramos ante ningún mito pagano, sino ante algo que surgió en el centro del judaísmo. Y en cuanto a los «hombres divinos» que poblaban el mundo antiguo según la calenturienta imaginación de Wetter y Bielter, no hay rastro de ellos. Cada ejemplo del siglo II que puede señalarse (y no hay ninguno en las fuentes del primer siglo) tiene influencias cristianas. El relato del nacimiento virginal constituye algo totalmente único y no tiene paralelo en ningún otro lugar de la tierra. Se trataba de una manera eminentemente adecuada para Dios de entrar en su mundo. Adecuada pero no necesaria. Es posible creer en la encarnación real de Dios sin hacerlo en la concepción virginal (el Nuevo Testamento no sugiere en ninguna parte que hubiera nada especialmente extraordinario en el nacimiento en sí). Mucha gente cree de este modo. No era necesario que Dios viniese a nuestro mundo de esa forma. Pero, como expresó Justino en el siglo II, resultaba del todo congruente «que el Primogénito de la totalidad de las cosas se convirtiera realmente en un hijo por medio de la encarnación en el vientre de una virgen».

Lo adecuado del nacimiento virginal es recogido por C. S. Lewis en una continuación del sermón que citamos anteriormente. En el acto normal de engendramiento, un minúsculo espermatozoide procedente del padre fecunda el óvulo de la madre. En el organismo microscópico de la célula sexual masculina está codificado «el color de sus cabellos y el labio colgante de su bisabuelo ... Detrás de cada espermatozoide se encuentra la historia completa del universo, y encerrada dentro de él una parte nada despreciable de su futuro». Esa es la forma corriente que Dios tiene de hacer un hombre. Tarda siglos. En verdad se remonta hasta el principio del tiempo y a la creación de la materia. Y ahora, en la encarnación, el Señor efectúa este proceso, no a lo largo de miles de años sino en un instante; ni tampoco por medio de una cadena genética, sino sin utilizar siquiera un espermatozoide. El largo proceso de generación había producido una humanidad profundamente corrompida; ahora Dios interviene para dar a la raza humana un nuevo comienzo. «Esta vez no sólo estaba creando un hombre, sino el hombre que iba a ser él mismo: el único Hombre verdadero.»

¿Es eso imposible de creer? No veo por qué debería serlo. Se trata de la concentración en una sola persona y en un solo instante de la esencia de lo que Dios había estado haciendo durante siglos a un ritmo mucho más lento. No es más que otro ejemplo de la intervención divina que dio origen a la humanidad en un principio. El hecho de que él viniera a nuestro mundo dentro del óvulo de

una muchacha no casada, haciéndose objeto del ridículo de aquellos a quienes venía a salvar, resulta congruente tanto con el amor como con la humildad de Dios. Uno no puede demostrar la concepción virginal de Jesucristo; lo único que puede decir es que está extraordinariamente bien confirmada desde muy temprano y que resulta sumamente adecuado que el Cristo compartiera de un modo tan claro la naturaleza de Dios (ausencia de espermatozoides) y la nuestra (el óvulo de María). Cristo, el puente sobre las aguas turbulentas, sólo puede constituir un paso seguro, abierto al tráfico en ambas direcciones, si está firmemente arraigado tanto en la realidad y en la naturaleza divina como en la nuestra. La concepción virginal declara que así es.

LA RESURRECCIÓN

El milagro supremo del cristianismo es la resurrección. Al contrario que con la concepción virginal de Jesús, la cual (aunque importante) pocas veces se menciona en el Nuevo Testamento, la seguridad de la resurrección brilla en cada una de sus páginas. Se trata del punto esencial de la fe cristiana, del *quid* de la cuestión. Si la resurrección es cierta, entonces hay un Dios, las pretensiones de Jesús quedan vindicadas, él nos ha salvado, hay un futuro para la humanidad, y la muerte y el sufrimiento necesitan ser considerados desde una perspectiva totalmente nueva. Si no lo es, el cristianismo se hunde en el terreno de lo mitológico. En ese caso somos, como reconocía Saulo de Tarso, los más dignos de conmiseración de todos los hombres.

Una vez más, no debemos dejarnos guiar por lo que consideramos probabilidades. No hay nada meramente «probable» en cuanto a la resurrección de Jesús. Esta es bien verdadera o bien falsa: en absoluto un disparate. Y al evaluar las afirmaciones que hace la iglesia cristiana acerca de la resurrección de Jesús, tenemos que rechazar los prejuicios tanto teológicos como científicos.

Resulta muy difícil escapar de los prejuicios científicos cuando consideramos la resurrección de Jesús, porque sabemos que las personas muertas no resucitan. La ciencia es escéptica acerca de los milagros, pero se ocupa de la evidencia. Ningún científico de los buenos diría que la resurrección no puede ser verdad sin haber examinado antes las pruebas. Ese dogmatismo ciego sería la antítesis misma de la indagación científica. Y eso es lo único que piden los cristianos: un examen sin prejuicios de la evidencia en cuanto a esta declaración asombrosa de que en un hombre, Jesús

de Nazaret, el poder de la muerte fue rechazado y él se levantó a una nueva dimensión de vida desde el frío de la tumba.

Esto nos lleva al segundo punto y al más importante: los cristianos no afirman tal cosa en cuanto a ninguna otra persona. Ellos saben muy bien que los hombres muertos no resucitan. Lo que declaran es que en este único individuo, una persona muy especial que era algo más que un hombre, las fuerzas de la muerte encontraron la horma de su zapato. Hemos visto que hay buenas razones para suponer que Jesús de Nazaret compartía la naturaleza de Dios así como la nuestra. Muy bien, pues en tal caso ¿cómo podríamos estar seguros de que no fuera capaz de levantarse de la tumba? Hemos visto que sólo él, entre todo el género humano, vivió una vida perfecta e inmaculada. ¿Qué seguridad podemos tener de que una existencia como esa, que no dio pie al pecado, no fuese capaz de dominar a la muerte? No hay otra vida así con la que compararla. Jesús hizo que toda su credibilidad dependiera de esa resurrección que había de seguir a su sacrificio. Del mismo modo que Jonás volvió de su «muerte» de tres días en el vientre del gran pez, así también él regresaría de las fauces del sepulcro (Mt. 12.39-41). Por lo tanto, para el verdadero científico la pregunta es: «¿Tuvo lugar?» Y se trata de un asunto de pruebas.

Pero existe otra clase de prejuicio: el prejuicio teológico. Muchos teólogos acometen su tarea con presuposiciones escépticas por varias razones que ahora no vienen al caso. En tales círculos se sostiene, por lo general, que Jesús no pudo resucitar de los muertos, pero que en algún sentido su causa siguió viva o su espíritu continuó influyendo en sus seguidores. La «resurrección» fue tan espiritual que resulta compatible con el hecho de que su cuerpo permaneciera pudriéndose en la tumba. Se nos dice que mediante técnicas de investigación histórica podemos remontarnos hasta el primer estallido de fe pascual, pero no hasta algún acontecimiento del domingo de Pascua en el que pudiera estar basado. Deberíamos interesarnos, no por la tumba vacía, sino por el Señor vivo que se encuentra con nosotros en la predicación del Evangelio. El cristianismo no tiene que colocarse en una posición en la que se mantenga o caiga por la explicación histórica o científica.

A mí todo esto me parece muy poco convincente. Si hemos de reconocer la importancia de la fe pascual, ¿cómo podríamos considerar impropio o impertinente el indagar en aquello que la originó, si no en el acontecimiento de Pascua?

En el caso de que Jesús no haya resucitado ni anulado el control de la muerte, ¿qué sentido tiene animar a la gente a encontrarse con él en la predicación del Evangelio?

Y si la historia y la ciencia refutan el cristianismo, cuanto antes lo reconozcamos y abandonemos una fe desacreditada, tanto mejor.

No, deberíamos renunciar al prejuicio venga de donde venga y examinar la evidencia. Y esa evidencia es muy fuerte. Tanto, en verdad, que aunque se han hecho intentos de reventarla desde el primer siglo, ninguna explicación alternativa ha sobrevivido nunca por mucho tiempo. Las alternativas, simplemente, no soportan el peso de una investigación crítica. Sin embargo hoy en día hay en el mercado muchos relatos útiles de la fe de la resurrección y de su lógica. Si la persona a quien usted está tratando de llevar a la fe tiene una mentalidad legal, recomíendele los libros *The Evidence for the Resurrection* [La evidencia de la resurrección] o *A Lawyer among the Theologians* [Un abogado entre los teólogos], del profesor Sir Norman Anderson, o *Your Verdict* [Su veredicto], del abogado Val Grieve. Si es un clérigo, enséñele *The Resurrection of Christ* [La resurrección de Cristo], del arzobispo A. M. Ramsey. Si le gustan las novelas de detectives, *Easter Enigma* [El enigma de la pascua de resurrección], de John Wenham, es una reconstrucción fascinante que hace creíbles todos los relatos de la resurrección que se encuentran en el Nuevo Testamento. Si se trata de un periodista, el libro que debe leer es *¿Quién movió la piedra?*, escrito por Frank Morrison, alguien que en otro tiempo no creía en absoluto en la resurrección. Hay muchos libros de teología sustanciosos que se publican regularmente acerca de este dogma capital del cristianismo, y yo mismo he hecho mi aportación con *The Empty Cross of Jesus* [La cruz vacía de Jesús] y con un tratamiento más popular del asunto en *The Day Death Died* [El día en que murió la muerte]. Lo que se podría decir sobre el asunto es obviamente mucho, pero la esencia de ello puede expresarse de un modo bastante simple y sucinto.

La evidencia de la cruz

Para que pueda haber alguna posibilidad de resurrección tiene que haber primero muerte. Y están aquellos que a lo largo de la historia han sugerido que Jesús no murió realmente, sino que se recuperó de su desvanecimiento en el fresco del sepulcro, abandonó éste y permitió que sus seguidores imaginaran que se había levantado de la tumba. El exponente moderno más célebre de esta teoría ha sido H. J. Schonfield, cuyo libro *The Passover Plot* [El complot de la pascua] constituyó un éxito de librería. Pero la teoría en cuestión es tan antigua como Celso, en el siglo II d.C., quien explicaba la resurrección suponiendo que un Jesús no del todo muerto había sido restituido a la salud por los cuidados de María

Magdalena; cuarenta días después, vencido por sus heridas, murió y fue sepultado en secreto, pero no sin antes haber reunido a sus amigos y entrado en una nube sobre la cima de una montaña. Tales explicaciones son, desde luego, psicológicamente increíbles, imaginaciones sin una pizca de evidencia que pasan por alto completamente la finalidad del brutal método romano de ejecución sobre una cruz.

Jesús fue ejecutado ante los ojos de una gran multitud por cuatro soldados que habían adquirido mucha experiencia en aquella horrible faena durante la ocupación romana de Judea. Los hombres crucificados no escapaban a la muerte. De hecho sólo hay una ocasión, en la literatura antigua, en la cual un individuo fue rescatado de la misma. Josefo (*Vita* 75) nos habla de una vez en la que vio crucificar a varios cautivos, y reconociendo entre ellos a tres amigos suyos pidió al comandante romano, Tito, su indulto. Este le fue otorgado y se bajó inmediatamente a los hombres de la cruz. Al parecer acababan de ser crucificados, pero, aunque recibieron todos los cuidados posibles por parte de los médicos más expertos que había a la mano, dos de ellos murieron. Es increíble que Jesús --sin haber comido ni dormido antes de su ejecución, debilitado por la pérdida de sangre y la ferocidad de la más brutal flagelación, con las manos y los pies horadados por clavos de quince centímetros (uno así se ha descubierto hace poco atravesando todavía el tobillo del esqueleto de un hombre crucificado)-- hubiera sobrevivido sin ayuda, si es que conservaba la vida cuando lo bajaron de la cruz después de seis horas de exposición al sol abrasador. Y todavía lo es más que pudiera haber sido capaz de salir de un sepulcro vigilado y persuadir a sus seguidores de que había vencido a la muerte. No cabe la menor duda de que Jesús estaba muerto.

De hecho hay indicaciones en los relatos evangélicos que lo demuestran de manera concluyente. En el caso de Jesús, la escuadra de ejecución vio que ya estaba muerto y no le rompieron las piernas. Esa era una forma salvaje de asegurarse de que los infelices crucificados no seguirían irguiéndose sobre sus cruces (haciendo presión con los pies) para aspirar aire. En vez de ello, y sólo para estar seguros, le traspasaron el costado con una lanza, haciendo brotar «sangre y agua» como lo expresó un testigo (Jn. 19.34-35). Está claro que dicho testigo dio gran importancia a lo que había visto, y no es menos claro que no pudo comprenderlo. Esto no resulta nada extraño: nadie fue capaz de hacerlo hasta que surgió la medicina moderna. Pero cualquier doctor nos diría en la actualidad que la separación de la sangre en coágulo y suero es una de las

indicaciones más seguras de la muerte. De haber estado vivo Jesús, después de la herida de lanza habrían brotado de su cuerpo grandes borbotones de roja sangre arterial. La «sangre y agua» es una prueba fehaciente de que Cristo estaba muerto.

Y si quisiéramos más podríamos tenerlo. No sólo informó el centurión al gobernador de que el trabajo estaba concluido (y él reconocía a un hombre muerto cuando lo veía; si cometía alguna equivocación él mismo podría ser condenado a la pena capital), sino que Pilato permitió a José de Arimatea retirar el cuerpo y enterrarlo (Jn. 19.38). ¡Esto habría sido inconcebible de haber existido alguna duda sobre la muerte de un prisionero tan notable, quien había predicado su propia resurrección! Resulta significativo que la palabra utilizada en este versículo para referirse al «cuerpo» de Jesús es *ptōma*, término griego reservado para los cadáveres. Sí, la evidencia de la cruz deja claro que Jesús estaba muerto.

La evidencia de la iglesia

En su libro *The Phenomenon of the New Testament* [El fenómeno del Nuevo Testamento], el profesor C. F. D. Moule señala un aspecto fascinante del cristianismo primitivo: no tenía nada que añadir al judaísmo salvo la convicción de que Jesús el Mesías había resucitado de los muertos. Naturalmente todos los primeros cristianos eran judíos: judíos de todas las naciones bajo el cielo (Hch. 2.5-12) e incluso una buena cantidad de sacerdotes oficiales (Hch. 6.7). Todos asistían a la sinagoga y al templo, y su ética era la ética judía. Sólo una cosa había hecho surgir aquella futura nueva religión: la convicción de que Jesús tenía que ser el tan largamente esperado Liberador de la nación profetizado en las escrituras del Antiguo Testamento. Se trataba del Mesías, el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios, el Profeta como Moisés, el Rey de Israel ... Jesús era «el que había de venir»; su resurrección de entre los muertos así lo demostraba (Ro. 1.4). Ningún otro había hecho nada ni remotamente comparable. El fue declarado «Hijo de Dios» por la resurrección. Cristo tenía derecho al título de «Señor», que en el Antiguo Testamento se aplicaba normalmente al Dios Todopoderoso.

Esa iglesia, armada de tan inverosímil pretensión e iniciada por un puñado de pescadores y recaudadores de impuestos sin cultura, se extendió por todo el mundo conocido durante los tres siglos siguientes. Se trata de una historia totalmente asombrosa de revolución pacífica que no tiene parangón en los anales del mundo, y que se produjo porque los cristianos pudieron decir a los que buscaban: «Jesús no sólo murió por vosotros, sino que está vivo. ¡Podéis conocerle y descubrir por vosotros mismos la realidad de la que hablamos!» Y

ellos lo hacían y se integraban en la iglesia. Así, dicha iglesia, nacida del sepulcro pascual se propagaba por todas partes.

La iglesia tenía tres características: un día especial (el domingo), un rito especial (el bautismo) y una comida especial (la Santa Cena). Y cada uno de estos tres rasgos distintivos estaba arraigado en la resurrección. El domingo, al que en Apocalipsis 1.10 se llama «el día del Señor», recibió ese nombre por ser el primer día de la semana, aquel en el que Cristo se levantó de la tumba. Desde tiempos inmemoriales los judíos guardaban el sábado como día especial para celebrar la terminación de la obra de Dios en la creación. De hecho, su observancia de ese día había sido prescrita en los Diez Mandamientos, y sigue constituyendo una de las características distintivas del pueblo judío. Sin embargo, aquellos judíos que sabían que Jesús había sido resucitado consideraban, de un modo bastante razonable, que la nueva creación de Dios en la resurrección de Cristo era mucho más memorable y significativa que su acto primero de crear el mundo. Cambiar el día de reposo después de miles de años no es algo de poca monta. Y para provocar ese cambio se necesitó nada menos que la resurrección.

Luego estaba el bautismo cristiano. ¿Qué significaba entrar en el río confesando los pecados de uno y profesando la fe en Jesús? ¿Y el salir del agua? Simplemente esto: que la persona, como discípulo, estaba indisolublemente unida con el Señor, quien había descendido al río de la muerte y luego había emergido de allí. Se trataba de una ceremonia de iniciación que sin la resurrección habría resultado imposible.

Y lo mismo podía decirse de la Santa Cena --o Santa Comunión--, que celebraban regularmente. Esta no era ningún banquete conmemorativo en honor de algún héroe muerto. El pan se partía y el vino se derramaba para recordar la cruz de Jesús; sin embargo, hacerlo hubiera sido insoportable de no haber estado convencidos de que el Resucitado se encontraba en su medio. Por eso partían el pan con *agalliasis* (Hch. 2.46) o «gozo exultante». La muerte estaba vencida, y el Vencedor --aunque invisible-- compartía un banquete con ellos en aquella mesa.

El domingo, el bautismo y la comunión, todo ello señala a la resurrección de Jesús de entre los muertos, la cual actuó como plataforma de lanzamiento --la única plataforma-- de todo el cohete cristiano que se puso en órbita hacia el año 30 de nuestra era.

La evidencia de la tumba

Todo el mundo concuerda en que la tumba de Jesús estaba vacía el primer día de Pascua. De no haber sido así los judíos y los

romanos habrían podido silenciar sin problemas a la iglesia naciente cuando ésta comenzó a predicar la resurrección de Cristo. Habrían refutado la pretensión de los cristianos mostrando el cuerpo, lo cual habría cortado de raíz, de la manera más cómoda, el nuevo movimiento. Dicho sea de paso, el hecho de que no pudieran enseñar el cuerpo de Jesús demuestra que los judíos no lo habían trasladado. Y no es que quisieran hacerlo: estaban más que satisfechos con haber conseguido por fin la muerte y la sepultura de Cristo. Tampoco los romanos cambiaron de sitio el cuerpo del Señor. Ellos también querían una vida tranquila y eran demasiado sensatos para cometer una estupidez semejante. Y si por casualidad lo hubieran hecho, habrían podido señalar el sepulcro correcto, con su ocupante en descomposición, cuando los discípulos comenzaron, seis semanas más tarde, a perturbar la paz con grandes reuniones de predicación al aire libre que pronto conducirían a disturbios importantes.

Esto sólo deja abierta realmente la posibilidad de que los discípulos asaltaran la tumba y quitaran de allí el cuerpo de su Maestro. ¿Pero resulta creíble tal cosa? ¿Podrían haber atravesado la guardia que Mateo dice estaba apostada en el sepulcro para impedir precisamente esa eventualidad? (Mt. 27.65; 28.11-15) Y en caso de que hubiesen podido hacerlo, ¿resulta verosímil que lo llevaran a cabo? Aquellos hombres que eran tan pusilánimes, que todos habían abandonado a Jesús en su hora de necesidad y habían huido ... ¿puede imaginárselos haciendo una cosa así? ¿Y para qué? Sus expectativas habían sido hechas pedazos con la muerte de su jefe, y en el judaísmo no existía ninguna esperanza de que algún profeta se levantase de la tumba, hasta la esperada gran resurrección general del «día postrero».

Aunque Jesús lo había anunciado de antemano, sus discípulos no esperaban que resucitase. De eso no hay duda. Y si hubieran estado intentando dar la impresión de que él había vuelto a la vida, ¿cómo podemos explicar que ninguno de ellos se viniera abajo al enfrentarse a los azotes, la tortura y la muerte? Irradiaban confianza, no tenían ningún temor, estaban dispuestos a ser encarcelados por su fe, descuartizados, arrojados a los leones o convertidos en antorchas humanas en los jardines del emperador Nerón por la convicción que tenían de que Jesús vivía. ¿Hubieran soportado todo eso por una pretensión que sabían fraudulenta? ¿Cómo podemos explicar la nota de asombro y de gozo desinhibido que impregna las páginas del Nuevo Testamento, y en particular el relato del crecimiento y la propagación de la iglesia en el libro de los Hechos, si todo estaba basado en un fraude? No, eso no sería posible. No sé de ninguna persona imparcial que haya examinado con

detenimiento la evidencia y llegado a la conclusión de que esa explicación fuera lógica.

Muy bien, por lo tanto, si el cuerpo de Jesús no fue retirado por sus discípulos o sus enemigos, eso deja una sola posibilidad: aquella de la que dan testimonio todos los Evangelios. La tumba de Cristo fue visitada temprano el día de Pascua y se halló vacía.

En realidad no vacía del todo, ya que los lienzos mortuorios estaban allí puestos y Juan en su narración se muestra claramente impresionado por ellos. Pedro y él habían corrido hasta el sepulcro al oír el mensaje de María acerca de que Jesús estaba vivo. Y vieron «los lienzos puestos allí, y el sudario que había estado sobre [alrededor de] la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte» (Jn. 20.6-8). Eso los impresionó tanto y los trajo a la fe. ¿Por qué? Porque la envoltura les parecía un cascarón de crisálida después de que ha salido la mariposa. Aquellos lienzos mortuorios habían rodeado a Jesús y estaban entretejidos con gran cantidad de especias de embalsamar. El sudario se hallaba un poco separado, y aún conservaba su forma original que envolviera la cabeza de Jesús. ¡Pero el cuerpo había desaparecido! No es extraño que quedaran convencidos y asombrados. Ningún ladrón de tumbas hubiera podido preparar una escena tan extraordinaria. Jamás se le habría ocurrido. Se hubiera llevado el cuerpo completo, sin dejar atrás los lienzos ni las valiosas especias. Y en caso de que Jesús hubiese sido simplemente reanimado, habría usado presumiblemente dichos lienzos o quizás los habría puesto a un lado. Pero según estaban las cosas, todo indicaba que Cristo había resucitado a un nuevo orden de vida, a una esfera nueva de existencia. Dejó atrás los lienzos mortuorios como la mariposa deja tras de sí el capullo para salir a una nueva dimensión de vida. Aquella vista de la tumba el primer día de Pascua, como era de esperar, convenció por completo a Pedro y a Juan.

La evidencia de las apariciones

Pero no sólo la tumba estaba vacía, sino que Jesús apareció inequívocamente a muchísimas personas después de resucitar. Pablo da una lista de ellas en 1 Corintios 15, una carta que escribió alrededor de veinte años más tarde de que aquello sucediese, cuando todavía vivía gran número de testigos. Lo que es más: el apóstol recuerda a los corintios que no hay nada nuevo en lo que les está diciendo. Unos pocos años antes, en el momento de evangelizarlos, les había llevado exactamente el mismo mensaje (1 Co. 15.1-8), y entonces tampoco se trataba de algo nuevo. El lo

había recibido como una tradición segura cuando se convirtió a mediados de la década del treinta. Aquí nos hemos topado con una evidencia sumamente valiosa y temprana. ¿Y qué dice esa evidencia?

«Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció...» ¿A quién?

En el primer lugar de la lista Pablo menciona a Pedro, refiriéndose a él por su antiguo nombre arameo: «Cefas». Jesús se apareció a Pedro, quien le había negado. Luego a «los doce»: presumiblemente una descripción colectiva omitiendo a Judas (muerto) y a Tomás (ausente). A continuación, apareció a más de quinientos «hermanos» a la vez, probablemente en Galilea, donde vivía la mayor parte de sus seguidores. Los más de estos testigos todavía viven, asegura Pablo a los corintios, como dando a entender: «Id a comprobarlo si queréis.» Seguidamente Jesús apareció a Santiago, su hermano, y luego a «todos los apóstoles», incluyendo muy posiblemente a Tomás. Y por fin, también se le aparece a Pablo, su enemigo implacable. Los Evangelios relatan otras apariciones a ciertas mujeres en un huerto, a algunos viajeros en su camino, a sus discípulos pescadores en un lago, a un grupo reunido en determinado aposento alto y, por último, en una despedida de madrugada sobre la cumbre de un monte.

Examine la variedad de esas apariciones y vea si puede calificarlas de pura imaginación o tal vez de alucinaciones. Las alucinaciones suelen darse en individuos, mientras que allí se trataba de un grupo grande; por lo general, las experimentan determinadas clases de personas, pero en este caso había una abultada diversidad emocional y psicológica; tienden a ir asociadas con el deseo de que algo se cumpla, lo cual brillaba por su ausencia en este caso; suelen ser reiterativas, mientras que aquí cesaron después de cuarenta días; pertenecen al terreno de lo patológico, pero no había nada de enfermizo en aquellos primeros predicadores de buenas nuevas que mantenían con convicción la «salvación» o salud plena, que su Mesías resucitado les había traído. Las apariciones de Jesucristo después de su resurrección nunca han tenido paralelo, y apuntan de un modo tan claro a la tumba vacía como la mariposa al cascarón de la crisálida. En ningún otro ejemplo de literatura religiosa en el mundo entero encontrará usted a nadie, y menos aún a tal diversidad de personas, que pretendan haber tenido un contacto personal estrecho (hasta el punto de comer pescado y miel en panal) con un amigo recientemente ejecutado. Y

no basta con suponer que se trataba de visiones meramente subjetivas. Por lo menos uno de los apóstoles, Pablo, estaba acostumbrado a tener visiones y se sentía muy orgulloso de ellas, pero poseía la certeza absoluta de que aquella aparición del Resucitado no era ninguna visión (1 Co. 9.1; 2 Co. 12.1-4); se trataba de algo genéricamente distinto: era una aparición real.

La evidencia de la transformación

Esta ha sido siempre una de las pruebas más sólidas de la veracidad de la resurrección de Cristo. Aquellos que afirman haberse encontrado con él han visto transformada su vida. No por completo, desde luego --jamás una transformación así es completa en esta vida--, pero hay evidencia de un cambio sustancial en cada verdadero cristiano. Jesús valida su reivindicación del poder de la resurrección cambiando a la gente. Pablo escribe a los efesios recordándoles «la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos»; nada menos que «la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos» (Ef. 1.19). Y el apóstol debía saber lo que decía: su vida había sido completamente trastocada por Jesús de Nazaret. De enemigo fanático se había convertido en el defensor más apasionado del crucificado Jesús, y todo porque ese mismo Jesús se le había mostrado en toda su gloria de resurrección en el camino de Damasco. Pedro, a su vez, fue cambiado de un cobarde en un hombre de roca, convirtiéndose en la atracción principal de la iglesia apostólica. Y los doce, de una chusma, pasaron a ser una de las organizaciones misioneras más eficaces que el mundo haya visto jamás. Todos los apóstoles, incluyendo a Tomás, de incrédulos se tornaron en creyentes fervorosos. Esto fue particularmente notable en el caso de Santiago y Judas, quienes en los días en que Jesús andaba por las calles de Palestina, a pesar de ser sus hermanos, no se contaban entre sus discípulos, sino que se distanciaban claramente de ellos. No obstante, después de la crucifixión del Señor, los encontramos en el centro de la comunidad cristiana. Se convencieron gracias a la resurrección. Y al dar la lista de los testigos de dicha resurrección que aparece en 1 Corintios 15, Pablo expresa lacónicamente: «Después apareció a Jacobo...» (v. 7). Aquello fue lo que cambió todo: Jacobo se convirtió en el líder de la iglesia de Jerusalén, la iglesia que adoraba a su hermano como Señor y Salvador.

Tal vez fuera posible descartar este testimonio de transformación si estuviera limitado a un pasado remoto. Pero no lo está: a lo largo de toda la historia, el Cristo resucitado ha llevado a cabo la

transformación de la vida de aquellos que confían en él. Naturalmente que hay muchos hipócritas en la iglesia --hombres y mujeres que afirman conocer a Cristo, pero que francamente no lo conocen--, lo cual es escandaloso y repulsivo, pero no puede invalidar el cambio en aquellos que verdaderamente se han encontrado con él. Los billetes falsos no anulan el dinero auténtico. Desde luego que los cristianos no son todavía lo que deberían ser, pero tampoco lo que eran antes de conocer a Cristo. Me sorprendería que hubiera algún indagador acerca de la fe con quien hablásemos de estas cosas, el cual no fuera capaz de nombrar a varios hombres y mujeres que él conoce y cuya vida sabe que ha cambiado y es diferente de lo que era antes, y que todo ello está relacionado con Jesucristo. Tal vez no pueda explicarlo muy bien, pero esa vida transformada ha constituido un indicador silencioso y eficaz de la resurrección de Jesús. Esto sucede continuamente.

La evidencia del testimonio abundante

Sería extraordinario que una persona o incluso un centenar de ellas pretendiera haberse encontrado con Jesús de Nazaret después de su muerte de manera que las llevara a la conclusión de que todavía estaba vivo. Y resultaría de lo más impresionante si toda una generación de la humanidad, una clase de individuos o una nacionalidad en especial, lo afirmara. Pero, naturalmente, el testimonio global acerca del Cristo resucitado asciende a miles de millones de personas de todas las razas y tribus, lenguas y nacionalidades del mundo. Y tampoco se circunscribe a ningún tipo particular de personalidad. Abarca desde la tercera década del siglo I hasta nuestros propios días, en los límites del tercer milenio. Y a pesar de la diversidad de sus formulaciones de fe, de sus desacuerdos en una larga serie de temas, y de sus distintos trasfondos intelectuales y sociales, todos se unen en la convicción de que Jesucristo está vivo. Esta es la afirmación capital de la iglesia cristiana en todo el mundo. Jesucristo es Salvador y Señor: Salvador por lo que hizo en la cruz; Señor --el título asociado con Dios Padre--, a causa de su resurrección de entre los muertos a una vida que nunca acabará. Eso creen los cristianos, y son alrededor de mil quinientos millones sobre la tierra hoy en día, más o menos un tercio de la población mundial.

Cuanto más piensa uno acerca de ello más extraordinario le resulta. Si Jesús estuviera físicamente presente en el mundo y los medios de comunicación le dieran una amplia cobertura informativa, no habría ninguna conclusión inevitable de que tanta gente fuera a reconocer su realidad. Pero estamos hablando de un

Jesús a quien nadie ha visto nunca, y cuyo poder invisible sin embargo ha hecho tal impacto en las personas que éstas se han visto constreñidas a deducir que está vivo. Este es un argumento impresionante para presentar a los indagadores. ¿Qué explicación alternativa querrían proponer a este extraordinario fenómeno?

Ciertamente uno puede insistir en esto aún con mayor claridad. El testimonio de los testigos acerca de cualquier acontecimiento histórico normal tiende a palidecer a medida que pasan los años, y en generaciones sucesivas el recuerdo de ello se borra cada vez más y nadie estará dispuesto a ir a la hoguera por defender su veracidad. Pero ¡qué distinto es el caso de Jesucristo! Con el correr de los años y de los siglos el número de testigos de Jesús y de su resurrección lejos de disminuir ha aumentado. Y esa sigue siendo la situación hoy en día en todo el mundo, a pesar del descenso registrado en la Europa Occidental. En muchas partes de los continentes africano y asiático el Evangelio está extendiéndose a un ritmo más rápido que el del aumento de la tasa de natalidad; y no sólo se propaga la convicción acerca de la resurrección de Jesús desde el punto de vista numérico, sino también, al parecer, del de su intensidad. Sería muy difícil encontrar hoy en día a una persona en el mundo que estuviese dispuesta a arriesgar su vida por la historicidad de Julio César, pero esta generación ha visto a más hombres, mujeres y niños sufrir el martirio por su inquebrantable fe en Jesús que todos los siglos cristianos anteriores en su conjunto. Hay desde luego una evidencia abrumadoramente sólida en la vida de personas corrientes por todo el mundo de que Jesucristo está vivo.

La evidencia del encuentro

Hay una forma sobre todas las demás que me convencería de que usted existe: si me hubiese encontrado con usted. Ese es el argumento supremo a favor de la resurrección y aquel hacia el cual el apologista cristiano trata siempre de dirigir a sus amigos. En 1 Corintios 15.8, Pablo afirmaba: «[También] me apareció a mí.» Cada cristiano puede corroborar esta afirmación, al igual que decir como Pablo haría más tarde: «Yo sé a quién he creído.» Tal vez yo no sea capaz de expresar con precisión aquello en lo que he creído, ni esté seguro de por qué estoy seguro, pero sé a quién he creído. No sólo conozco cosas acerca de él, sino que lo conozco a él mismo, lo cual es muy distinto y muchísimo más grato y convincente. A lo largo de la historia, desde el siglo I hasta nuestros días, la gente se ha encontrado con Jesús en una experiencia personal, y esto ha supuesto para ellos un enorme cambio en cuanto a su gozo, su poder moral, su familia y vida laboral, sus esperanzas y sus

temores. Y se trata de algo que todavía sucede: me ha ocurrido a mí.

Resulta difícil explicar la diferencia que hay entre una fe mustia e intelectual en la resurrección y ese gozo imponente de conocer al Señor resucitado. Sin embargo la diferencia es como de la noche al día. He ahí la causa del gozo que caracteriza a los creyentes en las prisiones de Albania o en las montañas de oración coreanas. Y el «buscador» jamás llegará a convertirse en «encontrador» hasta que ese encuentro tenga lugar. Esto no es difícil. El no se halla lejos de nosotros: está a la distancia de una oración, de la oración del pecador arrepentido, del intelectual humillado que expresa: «Creo, Señor. Ayuda mi incredulidad. Y si estás realmente vivo, ven y haz que te conozca.» El lo hará; lo ha estado haciendo como respuesta a oraciones como esas a lo largo de los siglos. Esa, y no otra, es la forma de llegar a estar seguros de la resurrección de Jesucristo. El evangelista utilizará algunos de los seis primeros argumentos (la evidencia de la cruz, de la iglesia, de la tumba, de las apariciones después de la resurrección, de la transformación personal, y del abundante y extenso testimonio), o todos ellos, cuando hable con el indagador; pero la luz sólo empezará a hacerse cuando se dé el séptimo paso: el del encuentro personal con Jesús. Eso es lo que Kierkegaard llamó «la autopsia de la fe». Entonces uno ve por sí mismo. Cuando recibimos con confianza a aquel a quien durante mucho tiempo hemos tratado de evitar con todo nuestro empeño, descubrimos asombrados que está vivo de veras; pero no antes.

EL PROBLEMA DEL MAL Y DEL SUFRIMIENTO

¿Por qué permite Dios la maldad y el sufrimiento?

A menudo nos encontraremos con personas que piensan que el mal, juntamente con el sufrimiento que éste produce, es una barrera insuperable para creer en un Dios bueno y soberano. El problema puede expresarse de la siguiente manera:

Un Dios que es bueno y amoroso no estaría dispuesto a permitir la maldad y el sufrimiento en su mundo.

Un Dios que es todopoderoso podría quitar el mal y la aflicción de su mundo.

Por tanto, si Dios fuera bueno y poderoso no habría nada de sufrimiento o de maldad en el mundo. Pero los hay.

Así que no existe ningún Dios bueno y poderoso.

Este argumento resulta impresionante a primera vista, pero tiene un defecto fatal: el tercer punto no es la consecuencia de los dos primeros. Podría haber todo tipo de razones por las cuales Dios permitiera *por algún tiempo* tanto el mal como el sufrimiento en su mundo (especialmente si, como enseña la Escritura, el ser humano es libre). Lo más que podríamos deducir de la primera y la segunda premisas de este razonamiento es que el mal y el sufrimiento no existirían perpetuamente si hubiera un Dios bueno y poderoso. En algún momento Dios se ocuparía de ellos y los quitaría de su creación.

Suponga por un momento que Dios eliminara inmediatamente toda maldad. ¿Cuál sería nuestra situación? ¿No resultaría destruido el género humano? Porque ... ¿quién de nosotros está libre de maldad? Lejos de quedarse en un problema intelectual y abstracto, el mal es un problema moral muy acuciante dentro de cada uno de nosotros. ¡El problema del mal somos nosotros mismos! Y si se tratase de una mera erradicación del mal no tendríamos ninguna esperanza.

O imagine simplemente por un momento que el problema de la maldad y del sufrimiento en el mundo hace que nuestro indagador rechace la existencia de un Dios amante y suponga que nuestros destinos están regidos por algún monstruo despiadado, o que las estrellas controlan nuestra fortuna ... ¿en qué ayuda eso? En tal caso la persona se habrá deshecho de un conjunto de problemas (la maldad y el sufrimiento), aunque todavía tenga que soportarlos en su vida, pero los habrá sustituido por un problema mucho más grande: ¿de qué manera explicar la benignidad, la bondad, el amor y la comprensión, la generosidad y la mansedumbre en un mundo gobernado por un horrible monstruo o por las estrellas insensibles?

De todos modos el mal y el sufrimiento constituyen un problema imponente para cualquier cosmovisión, y ninguna tiene una respuesta exhaustiva a ellos. Pero el cristianismo proporciona una mayor comprensión de la cuestión del dolor y del sufrimiento de la que pueda encontrarse en ninguna otra parte, ya que la Biblia sostiene que Dios, nuestro Creador, no es ajeno a la aflicción que padecen sus criaturas.

Dejando a un lado el cristianismo, sin embargo, el budismo se acerca bastante a dar una explicación profundamente meditada del problema del mal y del sufrimiento, ya que la religión budista por entero es un intento de contestar al problema de la aflicción, de la que el joven Gautama había sido tan cuidadosamente protegido pero que le golpeó tan hondo cuando se encontró con ella. Entonces

Gautama vio que el sufrimiento estaba escrito con mayúsculas en cada página de la vida, y al recibir esta iluminación propuso la siguiente solución al problema. Hay cuatro verdades nobles: la primera es que toda la vida es sufrimiento; la segunda, que la razón del sufrimiento es el deseo; la tercera, que la forma para acabar con dicho sufrimiento es terminando con el deseo en cuestión (en el nirvana o la extinción personal); y la cuarta, que la forma de mortificar el deseo es la senda de la autorreducción en ocho etapas.

Yo no creo en la solución budista. El nirvana quita el sufrimiento pero también acaba con el ser sensible, por lo que la cura es peor que la enfermedad. Sin embargo admiro profundamente la manera en que el budismo se esfuerza por resolver de un modo tan valiente este problema decisivo del sufrimiento en el mundo.

Muy bien ... ¿y cómo trata la fe cristiana de explicar el sufrimiento? El cristianismo cree que Dios es bueno, totalmente bueno, ya que el hombre en su mejor situación puede serlo y no es posible que Dios sea menos bueno que sus criaturas. De todos modos Jesucristo es la mejor muestra que tenemos de que Dios es bueno.

Imagínese un cuarto infantil donde varios niños están jugando juntos con tacos. Uno de ellos construye una torre, y otro la derriba. Se produce una riña, luego una pelea, y la cosa termina en un desagradable accidente. ¿Qué hará el padre cuando entre en la habitación y vea las ruinas? ¿Echarlos fuera a puntapiés y construir él mismo la torre de tacos? ¿Intervenir quizá, e impedirles por la fuerza que vuelvan a reñir en el futuro? ¿Zurrar a los cabecillas? ¿O estará dispuesto a tomar el camino más largo y asegurarse de que la construcción se realice lentamente, y con mil y un desastres, siendo estropeada una y otra vez por el orgullo y el mal genio, la impaciencia y la envidia, y enseñándoles pacientemente, durante todo ese tiempo, a edificar de nuevo, mientras les muestra cómo hacerlo y la forma de cooperar unos con otros? ¿Acaso no sería ese el camino de la «omnipotencia»? ¿Y por qué no podría suceder lo mismo con Dios? ¿No es posible que él esté entretejiendo nuestros sufrimientos y fracasos en su gran propósito para que no haya pesares una vez que se revele el artículo terminado? El todopoderoso no es aquel que agita la varita mágica para hacer todo tipo de cosas extrañas, sino más bien el que puede lograr que se lleven a cabo sus buenos propósitos por muchos impedimentos que haya en el camino.

De modo que indagemos la posibilidad de unir el amor y la bondad divinos en una teodicea que tenga completamente en cuenta el sufrimiento en el mundo. Debemos ser más humildes cuando

clamamos en contra de Dios, ya que conocemos muy poco de su obra y estamos muy limitados en nuestro entendimiento. Sería como marcharse del teatro tras diez minutos de función y luego pretender que uno tiene derecho a quejarse de toda la trama de la obra. En muchos relatos de misterio se nos deja que forcejeemos con ciertas contradicciones aparentes o reales hasta el momento del desenlace, en el mismísimo último capítulo. ¿Por qué tendría que ser diferente con el misterio del sufrimiento? La Biblia nos advierte claramente contra el hacer juicios prematuros, así como contra la queja de la vasija de barro contra el alfarero. Esto sugiere que el mundo no es como Dios lo creó, ni como será algún día una vez que se haya cumplido su propósito; es transformado de tal manera que ninguno de nosotros tendrá que sentirse insatisfecho al final ni podrá pretender que Dios es injusto. Entonces los propósitos divinos prevalecerán al fin sobre el sufrimiento, el mal y la muerte. El todavía no ha terminado su obra de crear el universo, y el sufrimiento forma parte de su secreto mientras lo hace.

Hay varias consideraciones que pueden ayudar al indagador mientras forcejea con el problema de un Dios bueno y del predominio del sufrimiento y la maldad. La Biblia deja bien claro que Dios quiere el sumo bien de sus criaturas, por lo que el sufrimiento y la aflicción no son jamás su voluntad directa para nosotros. Puede que él permita estas cosas, pero no las envía: «Porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres» (Lm. 3.33). Existen sin embargo cuatro limitaciones a los planes de Dios para nuestro bien.

La naturaleza de nuestro mundo

Nuestro mundo es coherente y se rige por leyes regulares. Deberíamos estar agradecidos de que así sea, ya que de otro modo la vida se haría imposible. Pero eso significa que si un cuchillo corta pan también puede cortar un dedo, o que si una escopeta mata conejos para comer puede igualmente acabar con un hombre. La beneficiosa fuerza de la gravedad que me mantiene sobre esta tierra no se anula para mi provecho cuando caigo por una ventana. De manera que al menos la posibilidad del sufrimiento está incorporada a la estructura misma del mundo en que vivimos, donde prevalecen la causa y el efecto. Esto es algo inevitable, pero también altamente valioso. El sufrimiento puede con bastante frecuencia constituir la luz roja de la naturaleza: a no ser por el daño que le hace su apéndice inflamado, éste muy bien podría reventar dentro de usted y causarle la muerte.

La existencia de Satanás

No es en absoluto posible explicar el mal y el sufrimiento en el mundo desde presuposiciones cristianas si se descuida la existencia de esa gran fuerza «antidiós» a la que la Biblia llama Satanás, el diablo, Belzebú o el príncipe de este mundo. Las Escrituras resultan enfáticas sobre este punto y mi impresión sería que hay bastantes pruebas en nuestro mundo para suscribir esa afirmación sin reservas. En mi libro *I believe in Satan's Downfall* [Creo en la caída de Satanás] he intentado indicar algunas buenas razones que nos llevan a reconocer la existencia de Satanás.

No sabemos mucho acerca del origen del diablo. Parece ser uno de los espíritus angélicos de Dios que se rebelaron contra él y que arrastró consigo al campo contrario a otros espíritus. Todavía está manifiestamente muy activo detrás de la enfermedad, el odio, la guerra, la opresión y todo el mal que hay en el mundo. Esto no supone echar la culpa de cada uno de nuestros fallos a una fuerza maligna sobrenatural, sino simplemente afirmar que una vez que hemos admitido plenamente el mal en nuestro propio corazón y en las presiones que ejerce la sociedad todavía nos sentimos movidos a presuponer una fuerza organizadora de maldad: el diablo. La iglesia siempre ha considerado que nuestra batalla es contra una antitrinidad: el mundo, la carne y el diablo. Pero la Biblia, que afirma la realidad y el poder de Satanás, no es menos clara respecto de que el diablo no supone un adversario para Dios en su mismo nivel. No se trata de ningún tipo de dualismo. Satanás sigue siendo «el diablo de Dios», como lo llamaba Lutero, y está encadenado, aunque su cadena sea bastante larga. Su destino final es la destrucción; entretanto se afana por estropear el mundo de Dios de toda forma posible. Arruina la vida personal con el pecado, la familia mediante la discordia, la vida social con la codicia y los celos, la situación nacional por medio de la guerra, la existencia física a través de la enfermedad, y podría desbaratar la vida cósmica mediante la destrucción nuclear. Aunque Jesús dejó claro que la enfermedad individual no es necesariamente el resultado del pecado de la persona, también despejó por completo el hecho de que el sufrimiento, visto de manera global, se debe en su mayor parte al pecado en su conjunto. Además el diablo puede intervenir en la enfermedad. Cuando Cristo sanó a cierta mujer en el día de reposo, hizo referencia a la esclavitud en la que Satanás la había mantenido durante dieciocho años (Lc. 13.16); y en el libro de los Hechos leemos sobre cómo Jesús «anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo» (Hch. 10.38). De modo que este es un aspecto del sufrimiento del que necesariamente

debemos tomar nota. Existe un diablo que se dedica a estropear y dañar el mundo de Dios de cualquier manera posible.

El hecho del libre albedrío

Esto también es algo que debe tenerse en cuenta cuando forcejamos con el sufrimiento y el mal, ya que el libre albedrío es una de las principales causas del dolor y la maldad en el mundo. Dios se vio obligado por su propia naturaleza amorosa a darnos una voluntad libre. No se puede amar a un maniquí, ya que éste no es capaz de reciprocarnos el amor. Y Dios, que es amor, no hubiera podido quedarse satisfecho con la creación de seres humanos que no fuesen aptos para responder libremente a su afecto por haber sido programados. No habría amor, ni bondad, si los hombres circularan inevitablemente por carriles morales sin posibilidad alguna de independencia. Pero una vez que se concede esa independencia nos encontramos con una situación en la que el ser humano puede rebelarse contra Dios con la misma facilidad con que puede responder a su amor. De manera que el libre albedrío, necesario para que seamos considerados personas, permite la posibilidad de error y de maldad por parte del hombre; y con mucho, el predominio del mal y el sufrimiento en el mundo es debido al mal uso humano de su libre albedrío. ¿Por qué permite Dios las guerras? Porque los hombres deciden luchar entre sí. ¿Y los bebés de la talidomida? Porque el ser humano utiliza su libertad para comercializar productos (con el objeto de obtener ganancias) antes de que éstos hayan sido plenamente probados. Dios no puede intervenir de repente y vetar el libre albedrío humano cuando el hombre lo emplea mal; eso nos reduciría a meros robots, y el Amor no queda satisfecho con autómatas. El individuo que culpa a Dios del lío que hay en el mundo está por lo general señalando cosas de las cuales no se puede hacer al Señor responsable en absoluto, sino que constituyen el claro resultado del mal uso de la libertad por parte del género humano. Sin embargo, esto no abarca todo el sufrimiento, ni explica en su integridad los males naturales tales como huracanes y terremotos, por ejemplo, de modo que hay un cuarto factor que debemos tener en cuenta.

La interdependencia de un mundo caído

El mundo no es como Dios lo hizo, ni como él quiso que fuera. Los planos del Arquitecto han sido echados a perder por el hombre en su rebelión. La historia se nos relata tan pronto como en Génesis 3, pero siempre resulta actual. Adán, que significa «hombre», no es simplemente una figura de hace mucho tiempo, el progenitor de la

raza ... Adán soy yo. Yo también he escogido rebelarme; y el caos es consecuencia de nuestra rebelión y afecta a cada aspecto de nuestro mundo rebelde. En el pintoresco relato de Génesis, la desobediencia del hombre no sólo produce su vergüenza y su alejamiento de Dios y de sus semejantes, así como su exclusión de la meta que ambicionaba, sino también la perturbación de la naturaleza. El hombre y su entorno forman un todo, como la ecología está descubriendo con retraso. La maldad, la rebeldía y el egoísmo humanos han afectado nuestro hábitat. No somos meros individuos; antes bien formamos parte de una humanidad colectiva que constituye una raza contaminada. Esa es una de las razones principales por las que predominan el mal y el sufrimiento en el mundo. No supone una explicación exhaustiva de la situación, pero resulta iluminador. La discordia, la enfermedad, las violaciones, la guerra y el odio afectan a otras personas ... a gente inocente. Todos padecemos una enfermedad: la «dolencia humana» del egocentrismo, cuyos resultados son devastadores.

Si quiere verlo de esta manera: el virus pernicioso de la independencia obstinada de Dios ha infectado la corriente sanguínea de la humanidad como la viruela el cuerpo. Una vez que el cuerpo ha contraído la enfermedad, los granos empiezan a salir al azar. No tiene sentido preguntarse: «¿Por qué me ha salido este grano en el dedo del pie y no en la oreja?»; como tampoco lo tiene, cuando la enfermedad o el desastre nos golpean, decir: «¿Por qué había de ocurrirme esto a mí?» La erupción de los granos o los desastres en la vida suceden sin ton ni son. En ambos casos uno debe ir a la raíz de la enfermedad. El sufrimiento, en su conjunto, está relacionado con el pecado en su conjunto, y ambos constituyen un problema imponente, no sólo para el intelecto sino también para la acción. ¿Qué podemos hacer al respecto?

¿Qué ha hecho Dios en cuanto al mal y al sufrimiento?

La cruz de Jesucristo es la respuesta misteriosa y profunda, pero a la vez maravillosa a esta pregunta. Ninguna otra religión sugiere algo ni remotamente comparable. Y desde la cruz los rayos de luz iluminan la oscuridad del problema del mal y el sufrimiento.

La cruz muestra que Dios no es ajeno ni al sufrimiento ni a la maldad

El Señor no nos permite pasar por aquello que él evita: Dios se enfrentó cara a cara con el mal concentrado de este mundo cuando

vino a vivir entre nosotros en la persona de Jesús. El es el Dios que sufre, aquel cuya realeza se manifiesta de manera suprema en el sufrimiento y en la muerte. «En toda angustia de ellos él fue angustiado» (Is. 63.9), al igual que un padre se angustia por la enfermedad de un hijo pequeño o por las correrías de un adolescente. Pero Jesús compartió nuestra angustia de una manera mucho más profunda cuando vino a este mundo y sufrió y murió en aquella terrible cruz. La cruz demuestra que él sabe todo acerca del sufrimiento: que ha pasado por la peor aflicción que puedan soportar los seres humanos y ha sido abrumado por la mayor maldad que nadie haya tenido que sufrir jamás. Y todavía padece con todos los padecimientos de la humanidad. Desde la encarnación ha seguido siendo uno de nosotros. ¿No es esto característico de nuestro Dios? El no nos dio una respuesta exhaustiva al problema del sufrimiento, sino que lo compartió. No lo explicó, antes bien aceptó su parte completa en el sufrimiento.

La cruz muestra que Dios sigue amando a través del dolor y el sufrimiento

A menudo la gente piensa que su sufrimiento se debe a algún castigo de parte de un Dios vengativo que está determinado a exigir que la carne pague. El sufrimiento les indica que Dios se ha vuelto contra ellos. Esto es perfectamente comprensible, pero erróneo: Jesús murió en la agonía suprema sobre la cruz y sin embargo jamás el Padre celestial lo amó más que entonces. En las manos de su Padre encomendó su espíritu. Y Pedro anima a los cristianos a hacer lo mismo (1 P. 4.19), porque Dios no deja a su pueblo sin amor y desolado en sus sufrimientos. Tal vez no entendamos la experiencia que estamos teniendo que soportar, pero la cruz de Cristo nos garantiza el amor imperecedero del Padre celestial.

La cruz muestra cómo Dios utiliza el sufrimiento y transforma la maldad

No hubo nada más perverso que la combinación de gente, acontecimientos y actitudes que llevaron a Jesucristo a la cruz. En aquel Viernes Santo Cristo se enfrentó a una maldad monumental, y al aceptarla la transformó. El Nuevo Testamento parece sugerir que las fuerzas del mal que se unieron para llevar a Jesús a esa cruz no se hubieran reído tan fuerte de haber sabido lo estériles que resultarían sus esfuerzos. «La [sabiduría] que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria» (1 Co. 2.8).

A pesar de lo perverso del sufrimiento, Dios lo usa para bien de diferentes maneras. Lo hace en la naturaleza. Piense en cómo la ostra utiliza la irritación de la arena dentro de su concha para convertirla en una perla. Dios lleva a cabo esto mismo en el carácter humano. Medite sobre la manera en que cualidades tales como el valor, la abnegación y la paciencia habrían sido imposibles sin dicho sufrimiento. Estas cualidades sólo brotan en la tierra de aflicción.

Y Dios hace también esto en la vida espiritual. A veces utiliza el sufrimiento para *alcanzarnos*: he conocido a personas que jamás se habrían parado a escuchar al Señor, ni habrían llegado a conocer a Cristo, si no fuese por alguna tragedia que las detuvo en su camino y las hizo reflexionar.

En ocasiones Dios utiliza el dolor para *enseñarnos*. «Dejemos que él nos discipline, porque así es como cualquier padre amoroso educa a sus hijos. ¿Qué hijo puede decir que su padre nunca lo castiga? Si Dios no te castiga cuando lo mereces, cosa que cualquier padre haría con su hijo, es porque no eres hijo de Dios, no perteneces a su familia» (He. 12.7-8, *La Biblia al Día*). Muchos de nosotros podríamos afirmar esto. La mayor parte de las lecciones realmente importantes que hemos aprendido en nuestra vida han sido impartidas por medio de la disciplina del sufrimiento.

A veces Dios utiliza el dolor para *capacitarnos*. Pablo llegó a comprender que una terrible experiencia por la que había pasado tenía el objeto divino de capacitarlo para consolar a otros con el consuelo con el que Dios lo había consolado a él (2 Co. 1.4). La experiencia del sufrimiento, de hacer frente al mal y vérselas con él, puede capacitarnos para que ayudemos a otros en este mundo en el que todos somos interdependientes. Eso sucedió de un modo supremo en la cruz. Pero todavía ocurre, y se trata de una de las formas principales que tiene Dios de utilizar el dolor que él permite pero no desea.

En otros casos Dios usa el dolor para *acercarnos* a él. Pedro dice a sus lectores que no se sorprendan por el fuego de prueba que está a punto de sobrevenirles (tal vez literalmente: los cristianos fueron quemados vivos durante el incendio de Roma por un emperador que buscaba algún chivo expiatorio). No deben pensar que algo extraño les está sucediendo: después de todo su Maestro sufrió, y ellos también deben hacerlo. «Gozaos por cuanto sois participantes de los sufrimientos de Cristo» (1 P. 4.13). Y Pablo escribe: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la iglesia» (Col. 1.24). Misteriosas palabras, pero que significan al menos que el sufrimiento, voluntariamente aceptado, sumerge más hondo al

apóstol en las aflicciones de Cristo. No se trata de ningún desastre absoluto, sino de algo que lo une de una manera más íntima con el Siervo Sufriente, que es, desde luego, el dechado supremo de toda la historia del sufrimiento inocente en su mayor grado de injusticia.

La cruz muestra el modo en que Dios triunfa sobre el sufrimiento y la maldad

La cruz no puede separarse nunca de la resurrección. Apunta de manera permanente, desde el lugar central de la historia, hacia esa victoria definitiva sobre el sufrimiento que ocurrirá al final de todos los tiempos. Gracias a la cruz y la resurrección, podemos estar seguros de que Dios no será finalmente derrotado por el mal y el sufrimiento, ni tampoco sus seguidores. Hemos visto que el sufrimiento, en sentido global, se debe principalmente al mal en su conjunto. Sobre la cruz, Jesús trató con el pecado y la aflicción en sus raíces, compartiendo el sufrimiento de su pueblo hasta el extremo. Apuré hasta las heces la copa del padecimiento, y ésta no lo envenenó ni le hizo desconfiar de su Padre celestial.

Pero Jesús no sólo compartió el sufrimiento *con el hombre*, sino que aceptó toda la responsabilidad por la maldad del mundo *en lugar del hombre*. Luchó contra Satanás y lo derrotó. Llevó el pecado y le sacó los dientes al Dragón, como presagio de su victoria definitiva al final de los tiempos. Al día de Viernes Santo sucedió el Domingo de Pascua. El sufrimiento y el mal serían inexplicables e injustificables si no hubiera nada más que este mundo, pero hay algo más. Este mundo es la antesala del cielo, como una vez dijera Keats: «el valle donde se forjan las almas». El mal al que nos enfrentamos y el dolor que sufrimos pueden ser transformados en el oro del carácter si los aceptamos debidamente. Lo que se siembra con lágrimas se segará con regocijo. Así sucedió con Jesús, y ocurrirá también con sus asediados y atribulados seguidores. Si sufrimos con él, nos asegura Pablo, también reinaremos con él (2 Ti. 2.12). Ninguna lágrima pasa inadvertida en la tierra del Calvario.

Eso es lo que capacita a Pablo, que sin duda había tenido más que su parte de sufrimiento, para regocijarse de tal manera en Romanos 8. Con los pies en el cepo, por así decirlo, y la cabeza en el cielo, el apóstol escribe su confesión personal tocante al problema del dolor, o, como él hubiera dicho, al privilegio del sufrimiento:

Y como somos sus hijos, compartimos sus riquezas, pues todo lo que Dios le da a Jesucristo es ahora también nuestro. Pero si compartimos su gloria, también hemos de compartir sus sufrimientos. Sin embargo, lo que ahora sufrimos no tiene comparación con la gloria que nos dará

después. Porque la creación aguarda con paciencia y esperanza el día en que Dios ha de resucitar a sus hijos. Ese día las espinas, los cardos, el pecado, la muerte y la podredumbre, impuestos al mundo por mandato de Dios, desaparecerán; y el mundo que nos circunda compartirá la gloriosa libertad del pecado que disfrutaban los hijos de Dios. Sabemos que la naturaleza misma, los animales, las plantas, sufren enfermedades y muerte mientras esperan el gran acontecimiento. Y aun nosotros los cristianos, que llevamos dentro el Espíritu Santo como un anticipo de la gloria que nos espera, clamamos que se nos libre de penas y sufrimientos. Nosotros también esperamos ansiosamente el día en que se nos concedan nuestros plenos derechos como hijos de Dios, que incluyen el tener los cuerpos nuevos que nos ha prometido, cuerpos que jamás volverán a enfermar ni a morir (Ro. 8.17-23, *La Biblia al Día*).

¿Exageración? ¿Promesas increíbles? En absoluto: Pablo mira fijamente a la cruz y la resurrección de Jesús y ve en ellas el terreno seguro de la esperanza para el futuro y la respuesta final al problema del dolor y el sufrimiento.

Nosotros, la gente moderna, no percibimos esa respuesta ni con la mitad de la claridad del apóstol, porque hemos perdido fe en el significado último de las cosas. No pensamos ya teleológicamente, como hemos podido ver varias veces a lo largo de este libro. Habiendo renunciado a creer que el mundo como tal tenga significado, no consideramos el sufrimiento como un medio de purificación, sino como la obscenidad definitiva que se niega a encajar en nuestras explicaciones analíticas.

También hemos sido seducidos por un falso concepto del bien supremo. Casi todas las épocas de la humanidad han considerado que este bien era la virtud: el ser bueno. Pero nosotros lo entendemos como la felicidad: el sentirnos bien. Según el concepto anterior, el sufrimiento constituía una parte necesaria del ser bueno, y por lo tanto resultaba tolerable; pero de acuerdo con la idea moderna, como la aflicción no tiene sitio en el sentirse bien, la vituperamos.

La gente moderna hemos olvidado la solidaridad humana, sobre todo en el Occidente. Nos gloriamos en nuestro individualismo y autonomía, y el sufrimiento viene con severidad a recordarnos que no hay exenciones en la escuela del dolor. Este nos llega a todos por igual en nuestra humanidad común, y nos dice claramente que somos frágiles seres humanos y en absoluto independientes.

En este siglo XX hemos trivializado el pecado: lo hemos justificado desde el punto de vista de la herencia, el entorno, el desequilibrio mental, el trastorno psicológico y cosas parecidas. Hemos decidido rechazar el vínculo que todas las generaciones

anteriores han visto más claramente que nosotros: el que existe entre la justicia y el castigo, el pecado y el sufrimiento. Y esta es una de las razones por las que encontramos dicho sufrimiento tan ofensivo para nuestros estilos de vida hedonistas.

También estamos atados a la tierra. Si los victorianos daban demasiada importancia al cielo y al infierno, nosotros les concedemos demasiado poca: vivimos como si lo único que existiese fuera este mundo. ¿Qué pasará si estamos equivocados? Al haber dejado de creer en la vida después de la muerte no damos un espectáculo demasiado bueno en cuanto a vivir antes de ella. No tenemos perspectiva a largo plazo de este problema del sufrimiento; no lo vemos a la luz de la eternidad, y por lo tanto no podemos esperar comprenderlo.

Sobre todo estamos ciegos a la cruz y a la resurrección de Jesús, el Dios-hombre. Sin embargo, en él vemos el corazón del Dios que sufre, la esperanza de la atribulada humanidad. En ningún otro sitio encontrará el indagador una comprensión tan profunda de los misterios gemelos del sufrimiento y la maldad, ni tampoco una llave que abra sus puertas. Sólo en la cruz de Cristo. La cruz es la clave.

8

Las razones del corazón

Como dijo Pascal, el corazón tiene sus razones. Y esas razones son muy poderosas, sobre todo cuando no se reconocen. Es importante que las consideremos, aunque sea brevemente, antes de salir de esta área del clima intelectual que reina en nuestra época, ya que a menudo son la causa de una parte importantísima de la resistencia al Evangelio de Jesucristo con que nos encontramos.

LA INFLUENCIA DE LA ILUSTRACIÓN

En el capítulo 5 llamamos la atención sobre ese perspicaz libro de Lesslie Newbiggin titulado *Foolishness to the Greeks* [Tontería para los griegos]. El suyo es simplemente uno de los muchos estudios actuales que subrayan los imponentes cambios que están teniendo lugar en lo que se ha dado en llamar la «sociedad posmoderna». Este proceso ha sido examinado con agudeza por hombres tales como Peter Berger, David Lyon, Bryan Wilson y Os Guinness.

La era actual es un momento maravilloso pero desconcertante de la historia del mundo. El consenso que reinó entre la mayor parte de la gente reflexiva hasta la Ilustración se ha deshecho en mil y una hebras. Ahora quien tiene la palabra es la «pluralización». Durante los dos últimos siglos, el Evangelio se ha ido haciendo cada vez más extraño para el hombre occidental.

Todo comenzó cuando la autosuficiencia humana quitó a Dios del centro del universo, un proceso que se remonta a la Ilustración e incluso al Renacimiento. «Gloria a Dios en las alturas» dejó paso a «Gloria al hombre en las alturas». Ya no debemos entender nuestro destino como el conocer a Dios y disfrutar eternamente de él. Este

mundo es lo único que existe y la vida todo cuanto tenemos. No deberíamos seguir explicando las cosas desde la perspectiva del propósito --como si este mundo tuviese un gran Diseñador--, sino desde aquella de la causalidad y el origen. Ya no hay normas objetivas de bien y mal, ni tampoco ninguna religión verdadera. El pluralismo religioso y ético está a la orden del día. Las opciones se han multiplicado en una sociedad a la que le han quedado pequeñas sus raíces rurales y feudales y que ha llegado a estar cada vez más urbanizada e industrializada. Ahora, liberados de la supervisión divina, somos autónomos, hombres adultos. De nosotros depende con quién queremos hablar, dónde vivimos, qué hacemos o pensamos, qué valoramos o creemos...

No obstante, esta libertad de escoger que caracteriza al pluralismo del mundo moderno tiene límites estrictos: existe sólo en la esfera privada, no en el ámbito mercantil. Se ha producido una clara dicotomía entre el mundo público (de los hechos científicamente comprobables exentos de valores) y el privado (del hogar y la familia, del esparcimiento y los intereses, donde dichos valores son de la máxima importancia). Estos últimos se consideran como un asunto de preferencias: todo vale siempre que no interfiera con la demás gente. En una palabra, en el terreno de los valores personales reina el pluralismo.

En la esfera pública, sin embargo, las cosas son completamente distintas. Este es el mundo de los hechos innegables, del comercio y de la burocracia, un mundo que ha progresado tremendamente por medio de la ciencia y la tecnología. Ahora bien, la ciencia tiene un método inductivo de investigación que depende de tres factores: la observación precisa, la uniformidad de la naturaleza y la relación entre causa y efecto. Para dicho procedimiento la ciencia no ve ninguna necesidad de Dios; de modo que ha abandonado la teleología, la exploración del propósito en el mundo, y se interesa más bien por aquello de lo que se componen las cosas o por cómo se originaron. Para el hombre secular moderno la ley natural ha sustituido al designio divino. Este es algo estrictamente impropio en el caso de la investigación científica y, puesto que la ciencia ha convertido al mundo moderno en lo que es y no necesita recurrir al propósito, la mayor parte de la gente ha dejado de hacer preguntas esenciales acerca de la intencionalidad de la vida o el destino del hombre. En el ámbito mercantil estas cosas, juntamente con cualquier otra que tenga que ver con Dios, se consideran una intrusión. Son cuestiones de opinión que pertenecen en todo caso al terreno privado, a la esfera de la vida dominada por los valores.

El virtual destierro de los valores del sector público ha tenido graves consecuencias para nuestra sociedad. Eso quiere decir que los científicos pueden realizar una «investigación pura» sin sentir ninguna responsabilidad por cómo se empleen luego sus resultados. Es posible justificar la creación de una bomba atómica como un triunfo de la física no considerando en absoluto su poder para destruir el mismo mundo en que vivimos. Podemos rendir culto al PNB en nombre del progreso sin tener en cuenta lo que vaya a suponer para el Tercer Mundo o para nuestros ríos, bosques o atmósfera.

Resulta imperativo devolver los valores al terreno público, ya que éstos son un complemento esencial del avance científico y del desarrollo tecnológico. ¿Pero qué valores? En eso no hay acuerdo. ¿Quién ostenta, por ejemplo, los derechos sobre la tierra canadiense? ¿Los blancos que la tomaron y la desarrollaron, o los indios desposeídos de ella, a quienes se ha marginado y que están ahora empezando a despertar a toda la magnitud de su pérdida? No sobreviviremos mucho si no nos ocupamos de la razón por la que existen el mundo y la vida humana. Es bastante irónico que muchos científicos que siguen sin complejos sus proyectos de investigación con propósito abnegado nieguen que el propósito de la vida misma sea un tema adecuado de investigar. En cambio, los occidentales modernos han dejado de hacerse las preguntas esenciales y se han ido volviendo cada vez más a las religiones del Oriente, las cuales parecen convenientes, ya que tampoco se orientan hacia ningún propósito ni creen que el mundo se dirija a ninguna parte.

La ciencia nos ha aportado beneficios inconmensurables, pero también ha tenido resultados negativos. Ha sido mayormente la responsable del crecimiento de una generación muy recelosa de la realidad de todo aquello que no se pueda medir o tocar. Favorecidos como estamos con comodidades que no hubieran podido soñar nuestros abuelos, hemos sucumbido al error de que el bienestar material es lo único que importa. Las consecuencias han sido catastróficas, y se manifiestan en la destrucción de nuestro medio ambiente, el hundimiento de la familia, la trivialización de las relaciones sexuales y el vacío de fe y de propósito que caracteriza a nuestra sociedad.

Además, el secularismo moderno ha sustituido la noción de la soberanía divina por esa otra de «los derechos del hombre». Cuando la gente todavía reconocía que Dios estaba en su trono y era la fuente del mundo y de toda persona que había en él, los seres humanos gozaban de manera natural de una posición de gran dignidad. Ellos eran la corona de la creación de Dios, los regentes

de su universo que le debían obediencia como mayordomos responsables. Pero ¿qué pasó cuando Dios fue destronado? Entonces empezamos a oír exigencias estridentes de «derechos humanos». Desde el siglo XVIII dichas exigencias se han hecho cada vez más prominentes, numerosas y difíciles de ponderar. Ciertamente, si no hay Dios y el hombre es sólo un fenómeno material sobre la faz de la tierra, resulta complicado entender en qué nos basamos para decir que el ser humano tenga algún derecho inalienable. Sin embargo, actualmente se está reclamando una constelación cada vez mayor de derechos naturales: el derecho a la vida, el derecho a abortar los fetos no deseados, el derecho a tener hijos mediante vientres de alquiler, el derecho a nuestras preferencias sexuales, etc. Ya no vemos las cosas desde la perspectiva de las relaciones mutuas de dar y recibir dentro de la familia humana de la cual Dios es la cabeza. Ahora cada uno se preocupa por sí mismo y persigue sus metas privadas en un mundo esencialmente sin propósito, y que el diablo se lleve al último.

UNA SOCIEDAD ESQUIZOIDE

Es difícil exagerar el efecto que tuvo la Ilustración. Esta ha impregnado la sociedad a todos los niveles, forma parte del aire que respiramos y produce gente sumamente esquizoide.

Todos nosotros nos hallamos atrapados en esa clara divisoria entre el ámbito público de los «hechos» y el mundo privado de los «valores». Estamos convencidos de que Dios es una hipótesis imposible, y sin embargo tenemos un vacío con su forma en nuestro corazón. Entendemos claramente que la vida o el universo no poseen ningún propósito último, y no obstante actuamos como si lo tuvieran. Estamos persuadidos de que todos los valores son relativos, pero creemos con pasión en los nuestros: no logramos concebir que sólo sean ciertos para nosotros mismos. La noción de absoluto que negamos con nuestras mentes rehúsa ser desterrada de nuestro subconsciente. Jamás ha necesitado más el mundo de la unidad de sus ciudadanos, y sin embargo el individualismo no sólo es endémico en todos nosotros sino que va en aumento.

En vista de estas tensiones tan características del mundo moderno, ¿es sorprendente acaso que el corazón tenga sus razones? La gente está desgarrada, ha sido herida por las experiencias de la vida ... Con frecuencia, siendo niños o adolescentes han sufrido abusos por parte de otros que buscaban sólo sus propios objetivos egoístas. La soledad y la confusión los embargan. Pueden

comportarse bien en público, pero van tristemente a la deriva en su vida personal. Reconocen abiertamente cierto nivel de moralidad aceptable para la sociedad en su conjunto, y no obstante practican otro muy diferente. Hablan acerca de la libertad, pero están esclavizados por hábitos que no pueden romper. Lo subordinan todo a obtener dinero, disfrutar del libertinaje sexual o conseguir poder; sin embargo, en última instancia nada de eso tiene sentido, y ellos lo saben. Tarde o temprano la muerte nos llevará a todos. Venimos de la nada y nos extinguimos como una luz. ¿Para qué vale todo esto?

De modo que suponer que las dificultades que tiene la gente con la fe cristiana son primordialmente intelectuales resulta bastante ingenuo; eso sería rendirse al mismo racionalismo que ha estado haciendo cada vez más estragos en la sociedad. La razón es absolutamente necesaria, pero totalmente insuficiente. No vivimos sólo de ella. Nuestras emociones y nuestra voluntad poseen una importancia igual a la de nuestra mente. Una de las principales causas de la decadencia del humanismo optimista son los descubrimientos que hicieron Jung y Freud acerca de esos factores emocionales y volitivos --de los que no tenemos ningún conocimiento racional, pero que no obstante gobiernan nuestras acciones--, que influyen profundamente en nosotros.

Sería, por lo tanto, el colmo de la estupidez acometer la tarea de evangelizar sin prestar cuidadosa atención a estos elementos no racionales dentro del gran divorcio que existe entre Dios y el hombre moderno. Es triste que los evangelistas en general, y particularmente los más considerados de entre ellos, hayan tendido a ser flojos en su diagnosis a este respecto. Los cristianos evangélicos discuten a menudo la existencia de Dios, la deidad y la humanidad de Jesús, y la verdad de la resurrección, como si estas cosas fueran premisas partiendo de las cuales uno pudiese llegar lógicamente e inexorablemente a una conclusión. Jesús resucitó de los muertos, ergo ¡entregue su vida!

Recuerdo que en cierta ocasión me pidieron ayuda con el caso de un estudiante universitario a quien algunos creyentes habían estado tratando, con mucho entusiasmo y argumentación, de traer a Cristo. Le habían presentado una sólida defensa de la resurrección de Jesús; y su amigo, influenciado como estaba por el existencialismo, había respondido: «Muy bien, me habéis convencido: Jesucristo resucitó de los muertos. ¿Y qué pasa entonces?» El racionalismo evangélico se había vuelto contra aquellos que confiaron en él. De hecho aquel joven se entregó a Cristo, pero sólo cuando recibió respuesta a las apremiantes razones de su corazón.

Por lo general somos muy precavidos para no meternos en la vida emocional de las personas, especialmente cuando evangelizamos. Limitémonos al intelecto --decimos--, que es franco. Las emociones resultan complicadas y habitualmente confusas. Estas nos demandarán tiempo, y un grado de compromiso que somos reacios a ofrecer. De modo que evitamos cualquier contacto con ellas, y como consecuencia puede perdonarse a los hombres y las mujeres modernos que piensen en el cristianismo como en una postura intelectual más que como en una relación de amor con el Jesús que toca nuestro corazón y nuestra vida, y no simplemente nuestro intelecto.

Esta semana he recibido una carta que expresa ese anhelo tan actual de ver satisfechos los sentimientos, tocadas las emociones y transformada la vida. Dice así:

Debo preguntarle lo siguiente: ¿Es su relación con Jesús simplemente una relación de fe, o experimenta usted el arrobamiento de la unión con Dios? Los santos antiguos hablaban de raptos, éxtasis, vuelos del espíritu ... experiencias que yo también pretendo tener. La comunión directa y la unión hacen de un místico lo que es: ¡el Hijo de Dios!

¿Comparte usted este éxtasis o es la suya una convicción intelectual? Para mí no tiene ningún sentido estar convencido intelectualmente, sin experiencia alguna. Todo mi camino implica una apertura cada vez mayor a Dios, experimentada como un arrobamiento y un fluir del amor sin esfuerzo. Me encuentro con muchísima gente que no tiene esta conexión, y que sin embargo es capaz de recitar versículos bíblicos y cumplir con las expectativas de la iglesia. He ahí realmente la cuestión primordial en la vida de una persona: ¿Se trata de algo real o de algo fingido? ¿Queda satisfecha su hambre de Dios?

A mí este me parece el clamor maravillosamente sincero de un corazón muy moderno: una persona que ha bebido de las aguas del movimiento de la Nueva Era, mirado hacia el Oriente y disfrutado de una experiencia mística. Me entristece en gran manera que los cristianos puedan alguna vez dar la impresión de que su fe es meramente un asunto de asistir a la iglesia, tener las creencias correctas o estar intelectualmente convencidos. ¡Qué trágico es esto y qué vano! Resulta muy significativo el hecho de que en el siglo XVIII, cuando el escepticismo era tan corriente como ahora, lo que cambió la faz de Inglaterra en una generación no fue la ortodoxia concienzuda del obispo Butler en su refutación del deísmo, sino la evangelización apasionada y dirigida al corazón de Wesley y Whitefield. Pero esa pasión se ha enfriado, ha sido codificada. Casi hemos hecho del Evangelio un objeto y se lo hemos lanzado a la gente. Y nadie ha sido más culpable de ello que nosotros los

evangélicos. Los escribas y fariseos modernos han encerrado a Jesús mediante el intelectualismo y el legalismo. Hemos cosificado el Evangelio, convirtiéndolo en una serie de pasos que hay que dar o en algunas cosas que debemos creer, en vez de proclamarlo como la amistad liberadora, gozosa y transformadora con el Jesús radical. Y una de las formas en las que lo hemos hecho ha sido sucumbiendo a ese racionalismo que ha dejado a un lado las razones profundas del corazón y se ha concentrado en un intento de argumentar acerca de la fe. Para vergüenza nuestra, los evangélicos, que protestamos con causa contra los estragos de la Ilustración, nos contamos entre los hijos más evidentes del siglo de las luces.

UN HOMBRE PARA TODAS LAS OCASIONES

Cuando nos paramos a pensar en Jesús, el Jesús a quien decimos amar y seguir, las diferencias entre el evangelista moderno y el Maestro son tan grandes que hacen que nos preguntemos si formamos parte del mismo equipo. No resulta exagerado afirmar que nuestra comprensión de la verdad ha sido proposicional, mientras que la suya era personal. Este énfasis en la integridad y en el carácter de las personas constituye una de las características de la verdad en el Antiguo Testamento, donde *emeth*, la verdad, nos prepara ya para esa declaración novotestamentaria de: «Yo soy la Verdad.» Pero nosotros estamos prisioneros de la mentalidad clásica tan claramente manifestada por Poncio Pilato cuando preguntó: «¿Qué es la verdad? Tenía la verdad delante de sí, pero no podía verla. Pilato era sencillamente incapaz de aceptar el hecho de que la verdad última no es cuestión de proposiciones sino una calidad de vida. Y en esto nos diferenciamos tanto de Jesús. Hemos tenido la mentalidad de Pilato y dado por sentado que la verdad consiste en declaraciones doctrinales que se pueden empaquetar y que hay que difundir. Esa no era la idea de Cristo.

Jesús se deleitaba en la creación, la creación buena de su Padre celestial. Nosotros los cristianos no nos hemos destacado por nuestro interés en el medio ambiente. El movimiento ecologista no ha estado dirigido por creyentes en Jesucristo. Nos hemos concentrado hasta tal punto en la redención que no hemos comprendido o tomado deleite en el universo creado. Los resultados son catastróficos: una falsa espiritualidad, recelo de las artes, dicotomía entre «trabajos ordinarios» y «servicio a tiempo completo», y conformidad mediante una conspiración del silencio con la destrucción del planeta. Sólo ahora estamos empezando a arrepentirnos de esta

actitud, pero nuestro arrepentimiento puede que resulte haber comenzado demasiado tarde. Si ha habido alguna vez gente que tuviera la oportunidad de entender la interdependencia que existe entre el hombre y la naturaleza, el equilibrio entre el señorío de los seres humanos sobre la creación y su condición de siervos y mayordomos de Dios, ha sido la que profesaba la fe de Jesús y vivía según la Biblia cristiana. Pero hemos fracasado en hacerlo.

Jesús era un hombre muy alegre. Ciertamente es que en ocasiones actuó como un «varón de dolores, experimentado en quebranto», sobre todo a medida que la cruz se aproximaba. Pero el impacto predominante que deja en los Evangelios es de vida, amor y gozo. Eso era lo que atraía a la gente hacia él de un modo tan irresistible. La alegría es contagiosa, y se ha dicho con mucha razón que las más de las veces el cristianismo no se enseña sino que se capta. Pero a causa de nuestro racionalismo y formalismo, y por la ausencia de un regocijo radiante y despreocupado en nuestras filas, no hemos tenido ese impacto magnético que ejercía indudablemente Jesús. Lo hemos ocultado a él en la doctrina y la beatería. Si la gente viera en nosotros, los cristianos, un gozo profundo y desinteresado, estaría dispuesta a escuchar cuando le explicásemos de dónde procede dicho gozo.

Jesús tenía una profunda empatía con los sentimientos de las personas. Lloró ante la tumba de Lázaro, y leemos que se llenó de compasión (literalmente «se conmovió en sus entrañas») al ver a la gente desvalida y sin propósito, perdida e ignorante de hacia donde se dirigían. Tuvo tal sentimiento por los leprosos que hizo lo inimaginable y los tocó. Sintió cariño también por aquel joven rico que amaba más su dinero que a él; en realidad lo amó. Jesús no guardaba sus sentimientos bajo llave, y su empatía atraía a la gente hacia él. Ellos notaban que tenían ante sí a alguien solícito, alguien que los comprendía. Pero por desgracia esa no es la impresión universal que da la iglesia cristiana o los evangelistas. La iglesia es demasiado formal, está excesivamente ocupada con sus programas para preocuparse por los sentimientos y los anhelos internos de la gente común. Y el evangelista también se encuentra muy atareado con su mensaje, su predicación, su impacto, y no presta demasiada atención al individuo; y cuando lo hace, en un «período de ministerio» después de haber lanzado su desafío, la ocasión probablemente sea breve y superficial. Hemos dejado de sentir el latido de las personas que sufren, de interesarnos por la gente... Al menos esa es la impresión que logramos transmitir; no es extraño que la evangelización no parezca un compartir las buenas nuevas sino una búsqueda de nuevos miembros.

Jesús era una persona secular y no se mantenía gloriosamente apartado de las contaminaciones de la sociedad terrenal. El sabía donde encontrar a las prostitutas y los soldados, a los cobradores de impuestos y a los pobres entre los pobres. Y se mezclaba con ellos. Cristo cumplió plenamente el ideal de «estar en el mundo sin ser del mundo». A la gente no le parecía que él les hablase con condescendencia ni manifestara una actitud de superioridad. Se sentían atraídos por su sencillez, su integridad, su capacidad para no escandalizarse, su cordialidad y su santidad. Porque la santidad verdadera es el imán más potente que exista. ¿Y nosotros? Nosotros solemos guardar nuestra evangelización para la iglesia, si es que la practicamos de algún modo. Hablamos de Dios en el templo, pero pocas veces fuera. Nuestra vida transcurre en los círculos eclesiales, y sencillamente no sabemos dónde ni cómo mezclarnos con esa gran cantidad de personas completamente ajenas a la iglesia que están a nuestro alrededor. Nuestras congregaciones tienen muchos programas para miembros, pero pocos con los que pueda identificarse el hombre de la calle. Un muro invisible separa a la iglesia de la sociedad. Nosotros no somos, en el mejor sentido de la palabra, gente secular. Sin embargo, si es que la encarnación significa algo para nosotros, ésta debiera haber supuesto el desplome de cualquier muro de división entre lo secular y lo sagrado.

Jesús era una persona solícita. Hacía algo más que hablar sin actuar. La predicación y los actos de compasión y poder iban de la mano en su ministerio. Sanaba a la gente quebrantada, liberaba a los endemoniados, se encontraba con personas solitarias y, a veces, devolvía los muertos a la vida. La solicitud práctica no está siempre asociada con la evangelización cristiana. Se nos ve como personas que tal vez tengan algo que decir, pero que no hacen nada. Hay un excelente artículo en *Proclaiming Christ in Christ's Way* [Proclamar a Cristo a la manera de Cristo], de V. Samuel y A. Hauser (eds.), escrito por Bill Pandell, profesor de evangelización en el Seminario Fuller, que destaca la necesidad, no sólo de un Billy Graham, sino de un Martin Luther King en la tarea de evangelizar. Este último no consideraría los montones de basura que hay en Manila meramente como un incentivo urgente para predicar el Evangelio:

El podría hablarnos de la basura y los basureros, relacionar el vertedero con la política, mostrarnos la conexión entre la pobreza en Manila y el racismo en Washington D. C. Nos recordaría que existe una diferencia entre justicia y socorro, predicación y martirio. También podría demostrar que a uno le es posible ver mucho mejor la tierra prometida desde un montón de basura que desde una catedral o un céntrico hotel bien amueblado. A los cristianos que actúan en solidaridad con los

habitantes de los vertederos de desechos les pegan un tiro. Nadie dispara ya contra los evangelistas de todos modos, mientras éstos se limiten al Evangelio sencillo.

Jesús era una persona comunitaria. La comunidad de los tres seguidores íntimos, la comunidad de los doce, de los setenta ... Lo encontramos en casas tan dispares como la de Lázaro, Marta y María por un lado y la de Jairo por otro (con Zaqueo y Simón el fariseo intercalados por añadidura). Puede vérselo con las multitudes y fundando una nueva comunidad unida por un nuevo pacto. Jesús era la antítesis misma del individualismo. Sin embargo --suprema ironía--, sus seguidores occidentales somos unos individualistas redomados. Tanto es así que muchos de nosotros consideramos a la iglesia como un extra opcional, o vemos como una amenaza el reunimos en una casa para tener comunión cristiana de manera informal o incluso el saludarnos con un abrazo o un apretón de manos en la iglesia. Y para colmo estamos divididos en innumerables y proliferantes denominaciones. Y no obstante somos la gente que Dios ha escogido para mostrar al mundo un anticipo del cielo, ¡un modelo de su nueva sociedad! ¿Pero no es la falta casi total de solidaridad lo que ha hecho que los sindicatos se separaran de sus raíces cristianas? ¿Y no es esa la razón por la cual el marxismo resulta más atractivo para los pobres del mundo que el cristianismo? ¿No constituye por otro lado esa solidaridad lo que mantiene unidos a los musulmanes en una fuerza tan formidable mientras los creyentes en Cristo tenemos tan poco que mostrar desde el punto de vista de la comunión y la unidad? La evangelización no será eficaz a menos que brote de la comunidad y atraiga a las personas a ella; a una comunidad cordial, acogedora, apreciativa y sustentadora. Eso tocará a la gente en un grado que la razón sola no puede lograr.

Y por último, Jesús era una persona apasionadamente comprometida. El vino a proclamar y encarnar el Reino de Dios. Todo lo que hizo y dijo iba dirigido a extender los límites del Reino. No había ninguna impaciencia en su manera de ser, impetuosidad en su insistencia o insensibilidad en sus relaciones; sin embargo resultaba imposible equivocarse en cuanto al propósito de su vida o acerca del gozo y de la convicción que experimentaba al compartirlo. Esa no es la impresión que dan por lo general los círculos cristianos contemporáneos; pero cuando está presente habla por sí misma. Resulta tan real, tan auténtica, que se abre paso entre los argumentos y las excusas. Es algo muy atractivo. En un mundo gris la gente ansía los rayos del sol, y cuando ven a éste brillar radiante en la vida de otra persona, se sienten arrastrados a indagar acerca de él. Entonces la evangelización resulta fácil.

UNA CURA PARA TODOS LOS MALES

En vista de lo atractivo de Jesús es poco sorprendente que hombres y mujeres acudieran a él en tropel. Cristo se hallaba rodeado de multitudes, presumiblemente porque la gente sentía que de algún modo él era la clave de la comunidad. Su compañía resultaba maravillosa. Jesús conoció y transformó la soledad de Zaqueo, un hombre cuyas relaciones se habían congelado a causa de su búsqueda de dinero y de su crueldad en el trato con los demás. También trabó conocimiento con la mujer descubierta en adulterio y la cambió por completo. A diferencia de los dirigentes religiosos, Cristo ni distinguió a ésta por su pecado ni la condenó cuando se la trajeron. La comprendió, se mostró solícito con ella. Jesús conocía la herida que aquella mujer había sufrido y el remordimiento que sentía: no necesitaba una sentencia condenatoria sino la absolución. Y eso fue lo que le ofreció, además de indicarle una vida mejor y concederle el poder para llevarla. Cristo también conoció y cambió al impetuoso Pedro, transformando a aquel hombre voluble, dominado por sus emociones, en un dirigente estable de su nueva comunidad: una roca sobre la cual podía construir. E hizo lo propio con Juan el soñador, convirtiéndolo en un místico y un visionario que llegaría a ser el apóstol del amor. Jesús conoció y transformó a la desengañada, apenada y enlutada casa de Jairo. También hizo lo mismo con mendigos como Bartimeo, prostitutas como María Magdalena, hombres de negocios deshonestos como Mateo ... Y en cada caso, su manera de tratarlos fue individualizada: penetró en la necesidad y el daño que había desfigurado la vida de aquella persona en particular y pronunció su palabra de sanidad y renovación para ella.

Y esta es la esencia de la evangelización eficaz. No se consigue llevar a mucha gente a Cristo por la vía del intelecto, aunque sí a alguna. Por vital que sea la mente, la mayoría de las personas son ganadas cuando notan que Jesús viene y pone la mano sobre ciertos aspectos rotos o ciertos sentimientos desgarrados de su vida. Esto puede suceder en un momento de necesidad sentida que se alberga desde hace mucho. O tal vez la persona sólo reconozca cuán vacía o necesitada ha estado todo el tiempo al descubrir un determinado aspecto de Jesús.

Hay muchísima gente hoy en día que nunca ha experimentado el amor incondicional. Los han apreciado si actuaban de una cierta manera o conseguían determinados logros, pero no saben en absoluto lo que significa ser amados por sí mismos, a pesar de sus fallos, tanto en los momentos de éxito como en los de fracaso. El

amor incondicional de Jesús por todas y cada una de las personas puede irrumpir en corazones como esos igual que lo hace una inundación.

Hay muchísimos individuos que tienen una imagen de sí mismos tremendamente pobre, la cual les ha sido inculcada por padres que los dominaban y no sabían alabarlos ni amarlos. En vez de ello, su niñez y su juventud estuvieron rodeadas de actitud crítica. Los han hecho sentirse inútiles; y esto sucede tanto con gente que son grandes triunfadores como con otra que no consigue muchos éxitos. Las realizaciones externas no constituyen en absoluto indicadores de los sentimientos íntimos de una determinada persona, y sólo cuando la gente que se siente tan incapaz e insignificante ve que Jesús la valora de un modo muy distinto, empieza a aclararse el cielo para ellos. Si él los apreció tanto que vino a buscarlos y murió por ellos, entonces, después de todo, ¡deben ser gente muy especial! Y esa comprensión trae vida nueva a muchos que habían estado acosados por el espectro de una imagen pobre de sí mismos.

Hay muchísimas personas que han sufrido abusos en la niñez. Cada vez está más claro que en nuestra cultura supuestamente civilizada existen cantidades enormes de jovencitos que sufren abusos verbales, físicos y sexuales por parte de aquellos que deberían ser sus más ardientes protectores: sus padres. ¿Resulta entonces extraño que estemos asistiendo a un aumento tan grande de los servicios de consulta psicológica en la sociedad en que vivimos? Se trata de la respuesta a la clamorosa necesidad de tanta gente quebrantada que lo fueron cuando eran demasiado pequeños para comprender lo que estaba sucediendo pero no lo bastante como para no quedar marcados y tullidos por el abuso. La lógica y los argumentos no ayudarán a que estas personas lleguen a conocer a Jesús. Pero cuando esos individuos sienten que Cristo no sólo tiene interés en ellos sino que puede sacar el pus de sus heridas gracias a lo que hizo en el Calvario y por el poder de su Espíritu que mora en los creyentes, entonces algo muy profundo sucede: surge una nueva creación.

Hay muchísima gente solitaria. No importa en absoluto si tienen gran cantidad de amigos o unos pocos, si les va bien en la sociedad o son los últimos del montón ... La siguiente declaración marcada en un pupitre escolar constituye la angustiada pregunta de muchos corazones: «¿Por qué me siento tan solo cuando hay tanta gente conmigo?» La respuesta se encuentra, naturalmente, en ese amigo que está más unido que un hermano, el que nunca nos dejará ni nos desamparará una vez que lo hayamos recibido en nuestra vida.

El compañerismo de Jesús, resucitado de los muertos, vivo para siempre, es la respuesta definitiva a la soledad. Millones de personas por todo el mundo han comprobado su eficacia: ya sean políticos en el centro de la acción, inválidos en sus camas o creyentes encarcelados en confinamiento solitario. La imagen que atrae a esta clase de gente es la de Jesús el amigo. Ellos no necesitan la evidencia de la resurrección, sino ver en otra vida, y aceptar con admiración para sí mismos, la posibilidad de que ese Jesús viviente esté dispuesto a acompañarlos de un modo personal.

Hay muchísima gente que se siente despreciada. Tal vez les parezca que otros los desprecian (debido a su aspecto, a sus logros, a la época de su vida), o se desprecien --e incluso se odien-- a sí mismos. Cuando estas personas ven al Jesús que ama a los menos agraciados, que no menosprecia a nadie, y que por haber sido él mismo despreciado y rechazado es capaz de comprender su situación desde dentro, entonces bajan paulatinamente sus defensas y se atreven a creer lo más increíble: que él los acepta aunque ellos se sientan completamente inaceptables. ¿Y qué es eso sino la doctrina novotestamentaria de la justificación? No obstante la verdad doctrinal necesita percibirse a través de la realidad de los sentimientos. Sólo cuando sienten tal cosa, quizá por medio del servicio amoroso de un amigo, pueden llegar a creerlo y experimentarlo por sí mismos.

Hay muchísima gente que se siente derrotada. Derrotada por hábitos demasiado difíciles de abandonar, por los errores del pasado, por ciertos defectos del carácter heredados ... Habían pensado que el cristianismo era para la gente buena que vestía bien e iba al culto los domingos, no para personas como ellos. Dios nos perdona por haber dado alguna vez esa impresión, pero así ha sido. Esa gente necesita ver que Jesús toma a los fracasados y los convierte en santos. Esto pueden reconocerlo en la vida rescatada de algunos de sus amigos y conocidos, y llegar a un convencimiento al respecto por la amorosa perseverancia de la persona que trata de comunicarles las buenas nuevas, a menudo frente a su propia oposición y aspereza. Pero cuando sienten en su interior que Jesús está dispuesto a aceptar a bordo a unos fracasados como ellos, entonces nace para esas personas una nueva esperanza y comienza una nueva vida.

Espero haber dicho lo suficiente para demostrar que lo que realmente importa es que pongamos suavemente en contacto la mano sanadora del médico divino con las emociones y la mente de la persona en cuestión. Mucha de nuestra evangelización es un fracaso total porque no toca el corazón, ni muestra de qué manera

el Salvador puede aliviar las heridas y los temores ocultos que nos atormentan a los seres humanos, a todos nosotros.

¿Cómo se alcanza entonces el corazón y se trata con sus razones profundas? Naturalmente no hay una única respuesta a esta pregunta.

TOCAR EL CORAZÓN

Con frecuencia la gente se siente impresionada por el testimonio de un amigo. Están acostumbrados a que los ministros religiosos hablen de Dios, pero no esperan oír a un amigo íntimo afirmar que tiene una relación viva y personal con el Dios que a ellos les parece tan distante. Se puede argumentar contra una postura intelectual, pero no contra el testimonio. Si alguien le asegura a uno, basándose en su propia experiencia, que Cristo produce un cambio, lo único que podemos hacer es creerlo o no creerlo. El testimonio provoca un desafío existencial que los argumentos no son capaces de plantear, y que a menudo ayuda a que nuestros amigos se entreguen a Jesús.

En ocasiones es el culto lo que abre brecha. Cuando a alguien que ha atrincherado con éxito su vida contra los avances de Dios se lo pone en contacto con una iglesia donde la gente se pierde auténticamente en asombro, amor y alabanza del Dios vivo, eso puede tener el efecto más dinámico. Asimismo, es posible esperar que tal cosa suceda cuando una persona se aventura en un monasterio o una abadía y se siente impresionado por la adoración, la santidad y el estilo de vida de los frailes o las monjas, o cuando un rebelde adolescente irrumpe en el dormitorio de sus padres y los encuentra orando de rodillas. Estas cosas son elocuentes. Algunas veces ocurre simplemente con entrar en un edificio donde durante generaciones se ha estado orando. Pero el culto es la actividad más alta que puedan realizar los seres humanos, y con frecuencia arrastra al observador en la misma dirección por mucho que él o ella luche tratando de evitar su magnetismo.

En ocasiones el amor de Cristo se abre paso gracias a la amistad. La experiencia de un amigo que nos acepta en cualesquiera circunstancias es estupenda si hemos sido defraudados a menudo en el pasado, o heridos porque la gente sólo nos valoraba según lo que podía sacar de nosotros. La amistad verdadera toca las áreas de la soledad y la falta de confianza en uno mismo, que atormentan a tanta gente, escondidas bajo un aparente aplomo.

Algunas veces lo que impresiona a un observador es la forma que tiene determinado cristiano de manejar el miedo o la proximidad de la muerte, y eso lo hace preguntarse: «¿Cómo me enfrentaría yo con esta situación si estuviera en su lugar?» Fue la paz y el aplomo de los misioneros moravos, que viajaban con John Wesley en el barco para evangelizar América, lo que lo tocó tanto y le hizo comprender lo poco que conocía esa paz en su propio corazón, y cuán intelectual era su percepción del Evangelio: un Evangelio que para sus compañeros de viaje suponía una medicina para el corazón tanto como para la mente. Muchos han llegado a la fe viendo morir a un ser querido lleno de gozo y de confianza en Dios. La afirmación de que «nuestra gente muere bien» está por lo general justificada.

A veces lo que afecta profundamente a otras personas es el hecho de la reconciliación. Cuando se ve a un homicida y a la esposa de su víctima viajando juntos a otro país para extender el Evangelio (como sucedió con Elizabeth Elliot y el indio auca que había alanceado a su marido misionero matándolo), uno atiende y toma nota. O cuando los niños ven a sus padres, cuyo matrimonio ha sido roto por el resentimiento y el odio, reconciliados gracias a su entrega a Cristo y a la renovación de su compromiso mutuo, no pueden menos que sentirse impresionados.

Estas cosas suceden y hacen que las personas crean en Jesús, pero no viajan por la ruta del intelecto sino que se ocupan de las razones del corazón.

Tal vez a fin de cuentas haya que volver al Renacimiento, cuando se destronó a Dios y el hombre fue deificado. Entonces nació el individualismo. Si se quita a Dios del trono y el individualismo llega a ser supremo, el propósito se disipa y los valores se hacen relativos. El propósito y los valores de un individuo se convierten en un asunto de elección privada, y no tienen nada que ver con el terreno público de los hechos; de ahí ese dualismo desastroso que contemplamos hoy en día. Para atraer de nuevo al hombre incrédulo moderno, hijo del Renacimiento y de la Ilustración, hacia el Evangelio --el cual constituye su menospreciada herencia--, los que pretenden seguir a Dios deberán sin duda ponerle a él justo en el medio del cuadro. Sólo cuando Dios se convierta en el centro de la vida de la iglesia en general y de los creyentes en particular, los miembros de una cultura cínica, materialista y desencantada como la nuestra se sentirán desafiados a reconsiderar el Evangelio que han desechado. Esto puede parecer simplista, pero a mí me parece fundamental. Sólo una iglesia y sólo unos cristianos individuales que pongan de veras a Dios en el centro de la existencia entera, serán capaces de hacer un impacto duradero a favor del Señor. La

gente es escéptica en cuanto a las palabras y la propaganda. No se les ha acostumbrado a demasiada santidad en años recientes en la iglesia occidental. Cuando vean vidas centradas en Dios que se extienden hacia ellos con amor, sentirán que se están abordando las razones de su corazón y ya no será más cuestión de palabras sino de relación.

CONCLUSIÓN

Es importante recordar este último punto cuando pasamos a examinar las diversas maneras en que se puede volver a poner frente a frente con Jesucristo a los hombres y las mujeres modernos de esta cultura predominantemente poscristiana. Debemos tener claro lo que entendemos por evangelización (como vimos en la primera parte del libro), así como lo apropiado de ella, e integrarnos en una iglesia que la encarna y la proclama. También, como dijimos en la segunda parte, hemos de intentar vérnoslas con los problemas intelectuales genuinos e imponentes que encuentra la gente moderna en las pretensiones cristianas. Jamás podremos ganar a nadie para el Reino de Dios con argumentos, pero se nos llama a presentar las mejores razones posibles a favor de la fe que profesamos. No obstante, no debemos olvidar nunca que el corazón tiene sus razones al igual que la mente. El rechazo del cristianismo tal vez no se deba primordialmente a los obstáculos intelectuales, aunque se aleguen éstos como la causa de la incredulidad. Las razones pueden ser muy distintas y a menudo estar muy escondidas. No hemos de olvidar jamás que el corazón es un rebelde y que aunque los hombres saben muy bien que Dios existe no le dan gracias, ni lo glorifican, ni quieren conocerlo. A consecuencia de ello el corazón se vuelve ignorante y los argumentos resultan fútiles. Es natural que la humanidad levante toda clase de ídolos en el sitio que sólo Dios tiene derecho a ocupar, así como que los hombres sean escépticos en cuanto a Dios y prefieran cualquier otra alternativa. Tres veces en el terrible pasaje de Romanos 1.18-23, donde Pablo reflexiona acerca de estas cosas, dice el apóstol: «Por esto Dios los entregó» (vv. 24, 26, 28). Dios los entregó a todo tipo de perversidad, maldad, codicia y depravación. La humanidad recibe lo que escoge, y el mal y la perversidad que acariciamos nos hacen daño. Los seres humanos son propensos a hacer el mal y quedan tullidos por el daño resultante del mal que se les hace. Por lo tanto, si queremos alcanzarlos con las buenas nuevas de un Salvador completo, debemos recordar que hay tres caras de la

transformación que Cristo anhela darnos en nuestro quebrantamiento, las cuales tienen que ver con los aspectos intelectual, emocional y conativo de nuestra personalidad. Desde luego, el Evangelio ha de satisfacer las preguntas de la mente: Dios está por encima de la razón pero no nos pide que aceptemos lo irracional; no obstante, debe ir más hondo que el intelecto: tiene que abordar las heridas y las necesidades de nuestras personalidades dañadas, tocarnos allí donde hemos sido heridos y traernos la singular sanidad de Cristo con ese toque. Tampoco debemos olvidar nunca que poseemos el inapreciable don de la libertad. Somos capaces de elegir, y se nos pedirá cuenta de cómo lo hagamos. La capacidad de elección es uno de los aspectos de la humanidad que más nos asemejan a Dios. Por lo tanto, la evangelización se dirige no sólo a la mente y las emociones, sino también a la voluntad.

TERCERA PARTE

LA EVANGELIZACIÓN
BASADA EN LA IGLESIA

9

En busca de resultados

He dedicado los últimos cuatro capítulos a la apologética porque es algo al mismo tiempo importante y descuidado. La fe cristiana descansa sobre fundamentos sólidos, y necesitamos de veras conocer y ser capaces de mostrar a otros la solidez de dichos fundamentos para tener derecho a invitarles a que construyan la casa de su vida sobre Cristo. Sin embargo, la apologética por sí sola jamás ganará a nadie para Jesús: es cierto que limpiará toda clase de basura que estorbe y mantenga inmobilizada a la persona en la incredulidad, pero no bastará para hacerla avanzar hacia Cristo. Esto precisa que la evangelicemos; y en la última parte del presente libro examinaremos algunas de las formas que tiene una congregación local para acometer la evangelización. Con mucho, la manéa más extendida y corriente de evangelizar en una iglesia local es, y probablemente seguirá siendo, el sermón evangelizador en ocasiones especiales.

Esto resulta bastante sensato. Los primeros cristianos hicieron su mayor impacto alrededor de los límites de la sinagoga, y todas nuestras iglesias tienen un límite exterior: la gente que asiste tres veces al año en ocasiones culturales o cívicas, los cónyuges de los miembros de la iglesia que no poseen una fe propia ... Hay mucha esperanza de que esas personas sean alcanzadas. Ya tienen algún tipo de vínculo con la iglesia, y ésta no representa un territorio completamente desconocido para ellas. A esa gente no le supone ningún obstáculo importante el entrar en el edificio, como sucede cada vez con mayor frecuencia en el caso de muchos otros. Estas personas de la periferia probablemente resultarán más ayudadas por un mensaje claramente evangelizador en la iglesia. Pero, naturalmente, hay mucha gente a la que ni muerta se la vería por el templo, y tendremos que idear otras formas de alcanzarla (véase el capítulo 12). No obstante, por ahora vamos a considerar cómo

predicar para conseguir una decisión en la iglesia. Planteemos y tratemos de contestar una serie de preguntas sobre este enojoso asunto de la predicación evangelizadora.

¿RESULTA IMPORTANTE LA PREDICACIÓN?

Esta es una buena pregunta en nuestra era televisiva, donde la palabra y la imagen van siempre juntas. Y en la televisión pocas veces verá usted a una persona hablando ininterrumpidamente durante media hora. ¿Deberíamos siquiera plantearnos el hacer algo así en la iglesia? De todos modos la misma suposición que hay detrás del hecho de predicar es autoritaria. ¿No sería mejor tener discusiones? Obviamente la idea de una persona acerca del tema de Dios vale tanto como la de otra. La predicación es una reliquia arcaica del pasado.

Habrà oído usted todas esas objeciones y otras semejantes; sin embargo, predicar *es* importante al menos por tres razones.

En primer lugar Dios es el comunicador supremo; en realidad él es comunicación. Esto forma parte del significado de la doctrina de la Trinidad. Pero aparte ya de sus relaciones internas dentro de la Deidad, él se comunica también con el género humano. El cielo no es insensible, ni de bronce. El universo no está silencioso. Dios ha hablado; y a lo largo de los siglos ha utilizado a hombres y mujeres como mensajeros suyos. Lo hizo con los profetas de Israel, y con los apóstoles, y lo ha llevado a cabo por medio de predicadores desde entonces. Como expresara con humildad y asombro el apóstol Pablo: «Somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros» (2 Co. 5.20). ¡Qué increíble privilegio debe suponer la predicación si consiste en ser mensajeros de Dios!

Sin embargo, no sólo es Dios el supremo comunicador, lo cual constituye una buena razón para predicar, sino que Cristo nos ha ordenado explícitamente que hagamos esto mismo. El nos dio un ejemplo enviando a los doce y a los setenta a que predicaran; y su último mandamiento impuso esa misma vocación a los apóstoles (Mt. 28.19-20). La promesa de su poder y de su presencia es para aquellos que van a todo el mundo y hacen discípulos a la gente que no conoce su amor.

Y por si eso fuera poco, el Espíritu Santo, que inspiró la Escritura, obra claramente por medio de aquellos que dan a conocer dicho amor. Ello resulta obvio a medida que pasamos las páginas del libro de los Hechos, y está implícito en 2 Corintios 4.4-5: sólo el Espíritu puede abrir los ojos de quienes están cegados por «el dios de este siglo». Por

su parte, Colosenses 1.28 presenta al Espíritu utilizando la predicación para llevar a las personas a la madurez en Cristo.

Sí, existe una base trinitaria para la predicación que tiene una gran autoridad --la autoridad de Dios mismo-- y un gran poder. El Evangelio cristiano se refiere a cosas que Dios ha hecho realmente por la humanidad pecadora, y alguien tiene que ir a contarlas. De eso trata, en su sentido más elemental, la predicación.

¿PUEDE SER EFICAZ LA PREDICACIÓN?

Piense simplemente en Jesús por un momento. Su poderosa predicación atraía a las multitudes. Allí estaba ese hombre tan seguro de su Dios, dinámico en su enseñanza ... claro y pertinente, profundo y sin embargo sencillo. La gente no había oído nunca nada parecido: «Les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (es decir, ¡como los líderes religiosos!). Retroceda en su mente hasta el Sermón del Monte, las parábolas, las controversias, la predicación de Jesús en las sinagogas. El llegaba anunciando las buenas nuevas del Reino, y la gente común lo escuchaba de buena gana.

Y algo muy parecido sucedía con la iglesia más primitiva. Había nacido en la predicación, para más detalle en la predicación al aire libre. Se trataba de una proclamación confiada, acompañada de la seguridad que les daba su relación con Jesús (Hch. 4.13). No dormía a la gente, sino que la estimulaba a tomar una decisión. Algunas veces esa decisión era la de encarcelar a los predicadores o matarlos, otras la de creer en lo que éstos decían y unirse a ellos; pero dicha predicación no tenía nada de insípido: era poderosa, a menudo de confrontación, arraigada en la enseñanza de Jesús y del Antiguo Testamento, y empapada de oración y de la conciencia del Espíritu Santo. Tenía un objetivo claro: traer a Cristo a hombres y mujeres, o edificarlos en él. Y los predicadores la llevaban a cabo en diferentes lugares. En Pentecostés pudieron realizarla en las calles. También, como en el caso de Esteban, predicaron antes de su ejecución. Lo hicieron en los tribunales, como Pablo, en el templo después de una sanidad o en la escuela de Tirano cuando estaba libre; pero sobre todo predicaron en las sinagogas, y algunas veces los invitaron a volver a la semana siguiente (Hch. 13.42).

No resulta extraño que los apóstoles evitaran dejarse atrapar demasiado por la administración y se entregasen a la oración y al estudio y la proclamación de la palabra. Más de treinta veces en el

libro de los Hechos leemos que la palabra crecía, prosperaba y prevalecía. Lucas se refiere, naturalmente, a la proclamación del Evangelio. Así se propagaba la fe. Pablo consideraba la predicación como la forma más frecuente de que la gente pasase de las tinieblas a la luz (cf. 2 Co. 4.4, 6 y luego reflexione sobre el v. 5; vea también Hch. 26.16-18). Y así expresa la terminación larga de Marcos: «Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes» (Mr. 16.20). La última vislumbre que tenemos de Pablo es en la cárcel de Roma, pero la palabra de Dios no estaba presa. Aquel intrépido predicador evangelizaba a sus carceleros y visitantes. Es cierto que se encontraba en prisión, pero estaba «predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento» (Hch. 28.31).

Tampoco es que la predicación acabase con el fin de la era apostólica. En su libro *I Believe in Preaching* [Creo en la predicación], John Stott hace un breve esbozo de la forma en que la gloria de la predicación continuó brillando a lo largo de los siglos: Crisóstomo, Wycliffe, Lutero, los frailes, Wesley y Whitefield, Jonathan Edwards y otros. Stott hace dos encantadoras citas que han quedado grabadas en mi memoria. Una de ellas es la de Francisco de Asís, que decía a sus frailes predicadores: «A menos que prediquéis en todos los sitios donde vayáis, no hay ninguna utilidad en que vayáis a ningún sitio para predicar.» Aquel hombre y sus amigos obtuvieron mucho fruto que permaneció por medio de su predicación. Y lo mismo puede decirse de Martín Lutero, que comentaba en tono algo contencioso: «Simplemente enseñaba, predicaba y escribía la palabra de Dios. Aparte de eso no hacía nada. Mientras dormía o bebía cerveza con mis amigos, la palabra debilitaba tanto al papado que jamás príncipe o emperador alguno le infligió un daño tan grande. Yo no hice nada, la palabra lo realizó todo.»

En nuestros propios días Billy Graham y el papa Juan Pablo II son, con bastante diferencia, los predicadores más famosos. Ambos influyen en el corazón de los hombres más que cualquier político del planeta. Will Sangster, autor de *The Craft of the Sermon* [La artesanía del sermón], escribe: «La predicación de las buenas nuevas de Jesucristo es la tarea más alta y santa a la que un hombre pueda entregarse. Es un trabajo por el que los arcángeles estarían dispuestos a renunciar a la corte celestial.»

¿TENEMOS DERECHO A PREDICAR?

¿Dónde está la autoridad para predicar? La respuesta se halla en esa pequeña expresión: «la palabra», que ha aparecido una y otra vez

en este capítulo. Un predicador eficiente no transmite sus brillantes ideas acerca de Dios: es un hombre bajo autoridad, la misma autoridad de la verdad divina revelada en la Escritura. Por definición, nosotros, criaturas muy finitas de Dios, no podemos conocer más acerca de él que aquello que él haya decidido revelarnos. Necesitamos beber profundamente del pozo de esa revelación si queremos tener algo sólido y que apague la sed para ofrecer a los demás. La presuposición del predicador evangelista es que la Escritura contiene la autorrevelación de Dios. La Biblia no nos dice todo lo que quisiéramos saber acerca de él, sino todo aquello que necesitamos saber. Es una revelación y tiene que ver con un rescate.

Casi todas las denominaciones cristianas afirman en teoría que la Escritura expresa la autorrevelación de Dios y es normativa. En la práctica las cosas resultan bastante distintas, y la predicación bíblica pasa por horas bajas. Pero la postura declarada de las iglesias, reconociendo la autoridad y la inspiración de la Biblia —por venir como viene del Dios que habla—, brota inequívocamente de la actitud de Jesús. El estudiaba la Escritura, se servía de ella como marco para su vida, la consideraba inspirada por Dios, la trataba como una palabra autoritativa y plenamente fidedigna. No es este el momento de discutir tales pretensiones: ya lo he hecho en otro lugar, en *The Authority of Scripture* [La autoridad de las Escrituras], y otros, como Sir Norman Anderson (*God's Word for God's World* [La Palabra de Dios para el mundo de Dios]), John Wenham (*Our Lord's View of the Old Testament* [El concepto que el Señor tenía del Antiguo Testamento]) y R. T. France (*Jesus and the Old Testament* [Jesús y el Antiguo Testamento]) también lo han hecho, y de un modo mucho más adecuado. No creo que un examen imparcial de la evidencia pueda dar como resultado ninguna otra conclusión. El respeto de Jesús por la autoridad y la inspiración de las Escrituras era total, y sólo se puede eludir utilizando las teorías de la acomodación o la *kenosis*, que dan por sentado respectivamente que Jesús se acomodó a la ignorancia de sus contemporáneos en lo concerniente a la verdadera falta de fiabilidad de los escritos veterotestamentarios o que las condiciones de su encarnación lo cegaron. Ni la una ni la otra me parecen explicaciones *cristianas* tolerables. Saben más a intentos desesperados de escapar de la abrumadora evidencia (contenida en cada una de las hebras del material evangélico) respecto a la reverencia que sentía Jesús hacia el Antiguo Testamento. Este era algo normativo incluso para él, que había venido a cumplirlo.

Esa es una de las razones por las que los cristianos dan tanta importancia a la Escritura: Jesús, nuestro Señor, lo hacía. La otra

razón es pragmática: la Biblia funciona. Este libro tiene un poder y una agudeza que mis palabras no poseen; y esa es la suposición que hay detrás de la predicación bíblica. La Biblia contiene la verdad de Dios, y nosotros estamos ahí para hacer oír su mensaje. El evangelista no es esencialmente alguien que concibe nuevas ideas. No es ningún gurú, ni tampoco un profeta; no recibe el mensaje de su propia mente, ni reuniendo ideas de otras personas, sino de la Biblia. El siembra la palabra, enseña la palabra, es mayordomo de la palabra, heraldo de la palabra, hace un surco recto por medio de la palabra ... He ahí algunas de las imágenes del predicador que presenta la misma Escritura. El material de éste es un material *dado*.

¿POR QUÉ ESTÁ LA PREDICACIÓN EN HORAS TAN BAJAS?

Existen unas cuantas razones de ello. Cinco de ellas son las siguientes.

Primeramente, en la cristiandad occidental hay un desplome de la fe. Muchos ministros religiosos apenas parecen creer en Dios, y menos aún en los artículos del Credo o las Escrituras cristianas. Son hombres vacíos e inevitablemente su mensaje suena a hueco.

En segundo lugar, estamos asistiendo a una revolución de las comunicaciones. La transmisión visual instantánea de la era televisiva hace que el predicador parezca anticuado y aburrido. ¿Cómo podrá éste competir? El conocimiento sobre una gran variedad de temas está disponible al instante por televisión procedente de expertos en dichos temas. ¿Qué posibilidad hay de que la educación del predicador se mantenga a la altura necesaria?

En tercer lugar, vivimos en una era que rechaza la autoridad. ¿Cómo se atreve un hombre o una mujer a levantarse y arengar a sus oyentes durante veinte minutos sin interrupción? ¿Por qué no tener en vez de eso una discusión en grupo?

En cuarto lugar, el aumento del relativismo y el pluralismo es un freno para la predicación. ¿Qué sentido tiene proclamar un solo camino cuando existen muchos, y si de cualquier modo todos ellos no son sino relativos?

En quinto lugar, hay un cambio de prioridades muy evidente entre las iglesias y los ministros de nuestros días. Las iglesias ponen mucho más énfasis en el culto, las asociaciones, las funciones benéficas y la acción social. Los ministros se especializan más en obtener títulos adicionales, en el consejo que no pretende dirigir,

en la actividad política, social o psicológica a nivel de aficionado y, sobre todo, se dedican a la administración y las reuniones de comités, no a la predicación. A consecuencia de ello las predicaciones modernas suelen ser aburridas y deficientes. Aburridas por tratarse de algo tan incierto, tan mediocre. La ropa formal, el lenguaje formal, los modales formales y los temas formales hacen bostezar. Pero consiga a un Billy Graham, al arzobispo Bloom o al Papa, y la gente acudirá en tropel a escucharlos. Hay un hambre en el corazón humano que la mayoría de los predicadores no logramos saciar, y nuestra predicación no sólo es aburrida sino también sumamente mediocre. No salva las separaciones, ni afecta la vida real. Es simplemente parte del «show» para los miembros de la iglesia, pero no parece resultar decisivo para la vida y el crecimiento de la iglesia. En general no afecta en nada a la vida de la gente de lunes a sábado. Esto es algo trágico, cuando, como hemos visto, la predicación puede ser un instrumento tan poderoso en las manos de Dios.

¿CÓMO SE PUEDE CONSEGUIR UNA PREDICACIÓN EFICAZ?

Primeramente debo creer en la predicación y verla como un arma dada por Dios para la guerra espiritual que libramos. Tengo que comprender que es la forma escogida por el Señor para traer a la gente al arrepentimiento y la fe. Necesito creer en el poder de esta extraña actividad, y esperar que Dios actúe por medio de ella.

En segundo lugar debo confiar en las Escrituras. Toda predicación excelente a lo largo de los siglos ha sido bíblica. Debo creer que la Biblia contiene las palabras de vida eterna; en caso contrario mejor será que abandone la predicación por completo. No subimos al púlpito para lucir nuestro conocimiento, ni para entretener durante un rato a la gente, ni tampoco para imponer una buena conducta moral. Lo hacemos, en representación de Cristo, para decir a las personas: «Reconciliaos con Dios.» «Si alguno habla --expresó Pedro sabiamente--, hable conforme a las palabras de Dios» (1 P. 4.11).

En tercer lugar debo mantener a Cristo en el centro de mis aspiraciones. El es la persona supremamente atractiva. Debo hablar de él con frecuencia, y dejar clara su identidad y lo que El ha hecho. Tengo que mostrar cuál es el costo y cuáles son las alegrías de seguirle, y enseñar a la gente, con la máxima claridad, cómo pueden encontrarlo para su propia vida.

En cuarto lugar debo tender puentes entre lo que yo veo tan claramente y lo que mis oyentes perciben de un modo tan confuso, entre cosmovisiones y divisorias culturales, entre el Nuevo Testamento y el mundo actual, entre el plan de Dios y esos asuntos tan diferentes que ocupan los primeros puestos en el programa de los seres humanos. Somos llamados a tender puentes que tengan un extremo firmemente anclado en la revelación de Dios en Cristo y el otro plantado con igual firmeza en la condición y las preocupaciones de nuestros oyentes.

En quinto lugar debo ser preciso, vulnerable y atrevido. Preciso en el contenido, la meta, el pensamiento y el lenguaje; preciso también en la oración y la expectación: debo esperar que el sermón produzca algún efecto.

No obstante debo igualmente ser vulnerable. Tengo que hablar como un pobre y débil pecador que se dirige a sus semejantes. No he de ocultar mis propios miedos, dudas y debilidades. Cuando los predicadores son precisos, a menudo se muestran duros. En mí no debe haber ninguna traza de esto.

Pero también debo ser atrevido. Atrevido en buscar un veredicto, en apelar a la voluntad de la gente, en hacer uso de lo inesperado. Atrevido en el debate, en el trabajo al aire libre, en aplicar el mensaje directamente al corazón de los que me escuchan. Atrevido, si es necesario, a estar en una situación peligrosa esperando que el Espíritu Santo actúe. La predicación no es tarea para cobardes.

¿QUÉ ES LO QUE ATRAE A LA GENTE A JESUCRISTO?

Hay muchos factores, y yo he descubierto algunos de ellos presentados sin artificios en el Evangelio de Juan.

Está la sensación de descubrimiento que vemos en Andrés (Jn. 1.41), la cual impacta inmediatamente en su hermano Pedro y lo lleva a Jesús. Cuando la gente descubre algo que cambia su vida en este mundo más bien hastiado, eso constituye una noticia, algo que llama la atención. Otros quieren saber de qué se trata. Por eso los recién convertidos se cuentan entre los mejores evangelistas, debido a que tiene muchos amigos inconversos y a que el cambio en su propia vida y prioridades resulta elocuente e invita a la curiosidad.

Luego está la sensación de prodigio. Eso fue lo que impresionó a los discípulos cuando Jesús transformó el agua en vino (Jn. 2.11). Cualquier situación que enfoca lo trascendente puede lograr esto.

El culto constituye un ejemplo evidente. Cuando la gente es arrebatada en asombro, amor y adoración por su Dios, cuando tal cosa se manifiesta en su lenguaje corporal y en sus rostros, eso tiene un enorme poder para atraer a otros a Jesús. Si el agua de una existencia sumamente ordinaria se transforma en el vino de un carácter transformado por el poder del Espíritu, esto también supone una atracción obvia y magnífica hacia Jesús.

Seguidamente tenemos la sensación de amor. Esta atrae a las personas a Jesús más que ninguna otra cosa en el mundo. Un arquetipo de ello es Juan 3.16. Si la gente puede verse a sí misma como recipiente de un amor que los buscó y se sacrificó por ellos cuando se encontraban en una rebeldía absoluta, eso tiene su propia forma maravillosa de vencer la oposición y de derretir el corazón. Cuando los cristianos y las iglesias conocen tal calidad de amor, la gente se siente atraída hacia ellos (véase 1 Jn. 3.16).

Está asimismo la sensación de poder. Piense en el hombre paralítico de Juan 5 o en el ciego del capítulo 9 de ese mismo Evangelio. El puro poder de Jesús para tratar con las dolencias corporales, su poder milagroso en suma, atrajo a aquellos individuos y a otros muchos como ellos a Cristo. Esa es una de las lecciones importantes que tenemos que aprender de la denominada evangelización de poder en esta generación. El poder de Dios aún se revela de vez en cuando para liberar a la gente de ataduras físicas, emocionales y psicológicas. Y cuando esto sucede, constituye un poderoso imán que atrae a las personas a Cristo el sanador.

También está la sensación de necesidad, que se advierte con fuerza en la historia de Nicodemo, en Juan 3, o de la mujer junto al pozo (Jn. 4). Esa necesidad puede ser de perdón y aceptación --como en el caso de la mujer sorprendida en adulterio (Jn. 8.1-11)--, pero también de aprobación, poder sobre ciertos hábitos demasiado fuertes para nosotros, significado en un mundo que no parece tener ninguno ... La necesidad humana adopta muchas formas, y alguna gente es atraída a Cristo viendo que él constituye la respuesta a esa necesidad tan apremiante que hay en sus corazones.

Estas son algunas de las maneras en que las personas reconocen la «perla de gran precio». Haríamos bien en tener en cuenta toda esta variedad si queremos ser eficaces en la evangelización.

¿CUÁL ES LA ESENCIA DE LAS BUENAS NUEVAS?

Supongo que podríamos resumir la esencia del Evangelio en cuatro proposiciones. La primera es que creemos en un Dios que

habla, y que se ha revelado a sí mismo de muchas formas: en la naturaleza, en la personalidad humana, en la historia de Israel y, sobre todo, en Jesús. La Biblia trata del Dios que rehúsa esconderse; se refiere a la revelación. Y sobre la base de esa revelación nosotros tenemos algo que decir.

La segunda es que creemos en un Dios que rescata. La Escritura y la experiencia se unen para convencernos de que no todo va bien con el *homo sapiens*. Nuestras palabras, nuestros hechos, pensamientos, inclinaciones, actitudes y carácter están contagiados de la «dolencia humana» del egocentrismo y el pecado. Se trata de algo muy peligroso, en realidad mortal. Y no hay nada que podamos hacer para rescatarnos a nosotros mismos de sus garras. Como sucede con el sida, no hay cura posible. La búsqueda religiosa y la conducta moral son admirables pero insuficientes. No pueden llevarnos a Dios, ni hacernos aptos para estar en su presencia. Tampoco son capaces de acabar con el virus del pecado en nuestra vida. Pero el asombroso testimonio de la Biblia es que Dios ha intervenido, en la persona de Jesús, para hacer por nosotros aquello que nosotros mismos no podíamos hacer. Si miramos con suficiente atención veremos que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo. Y en la cruz tuvo lugar la reconciliación. En esa cruz Dios se responsabilizó por entero de nuestros fracasos y pecados, y los llevó sobre sí.

Estos fracasos y pecados lo aplastaron, pero ahí no terminó la historia. El se levantó de la tumba, ofreciendo perdón y el poder de su Espíritu Santo a aquellos que se vuelven a él y le piden tales cosas. Este, nuevamente, es uno de los temas centrales de toda la Biblia: el Dios que se revela a sí mismo es también aquel que rescata a la humanidad. El es el Dios que absuelve a los impíos; y puede hacerlo con absoluta propiedad porque él mismo ha cargado con nuestras deudas y bebido el veneno de nuestros pecados hasta los últimos sedimentos.

La tercera es que creemos en un Dios que da vida. El pone su Espíritu en nuestro interior y ello produce un verdadero cambio. Esto se destaca en el hebreo, donde *nephesh* es la palabra utilizada para nuestro espíritu humano mientras que *ruach* se emplea para hablar del Espíritu de Dios, el cual él se ofrece a infundirnos. Entonces las cosas ya no son como eran antes. Cuando viene el Espíritu hay una nueva comprensión, una nueva libertad en la oración, un nuevo sentido de pertenencia, un nuevo poder sobre los hábitos perversos, un nuevo deseo de decírselo a otros, un nuevo amor por la comunión cristiana, una nueva humildad, una nueva valentía y un nuevo deseo de aprender. Ese es el resultado, diversa

y gradualmente manifestado, del nuevo nacimiento que Dios produce en aquellos que se «convierten» o se vuelven a él con arrepentimiento y fe.

Y la cuarta es que creemos en un Dios que envía. A lo largo de toda la Escritura, y de toda la historia, la gente que ha encontrado a este Dios viviente, uno y trino, y redentor --o más bien que han sido encontrados por él--, ha tenido algo que declarar. No pueden permanecer silenciosos. Hablan porque deben hacerlo. Han encontrado un tesoro y quieren que otros lo sepan. El Señor los amó y se entregó a sí mismo por ellos; de modo que lo mínimo que pueden hacer es tratar con todas sus fuerzas de presentárselo a otros. Y en eso consiste la esencia de la evangelización, en el Dios que dice: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?» A lo que el evangelista responde, humildemente pero con amor y entusiasmo: «Heme aquí, Señor, envíame a mí.»

Las buenas nuevas del Evangelio contienen mucho más que eso, pero quiero sugerirle que esas cuatro proposiciones se hallan muy cerca de su centro.

¿QUÉ PREPARATIVOS PODEMOS HACER PARA UN SERMÓN DE EVANGELIZACIÓN?

La preparación debe ser por lo menos triple.

Primeramente, como hemos visto, hay una necesidad indispensable de preparar a la congregación. Si esto se descuida no se conseguirá nada. En el capítulo 4 reflexionábamos sobre el amor que debe caracterizarnos; sin ese amor nadie querrá acercarse demasiado, y cualquier intento de evangelizar resultará duro y tal vez parezca una forma moderna de cazar cabezas. El amor debe fluir y verse fluir. Se precisarán porteros cordiales en las entradas y algo para tomar después del culto. Todo debe estar pensado para que quienes no asisten normalmente a la iglesia se sientan lo más a gusto posible. La oración debe acompañar al amor. Valdría la pena movilizar un sistema de tríos de intercesión, en los que tres individuos se reunieran en diversas ocasiones para orar cada uno de ellos por tres amigos a los cuales esperan invitar. También podría haber con anterioridad una noche entera, o media noche, dedicada a la oración. La congregación necesita estar tan llena del Señor que se hallen dispuestos a ir y abrir su boca por él, a invitar a otros, y a decir algo de lo que Cristo ha hecho por ellos si se presenta la oportunidad. Tiene que haber expectativa de que Dios va a actuar:

una confianza gozosa en el Espíritu Santo, a quien le encanta glorificar a Cristo. Yo creo que antes de que Dios incorpore a grandes números de convertidos a una congregación, ésta necesita demostrar que tiene una comunión profunda y real, y que son capaces de recibir y asimilar la nueva vida. Ahí entran los «grupos de comunión»: grupos de más o menos una docena de personas que se reúnen regularmente en casas particulares para tener comunión, aprender, orar, alentarse y servir. Pero aun cuando esta estructura se halle establecida en una iglesia, hay otra cosa más que se precisa: gente para dirigir «grupos de descubrimiento», es decir, pequeños grupos formados por quienes acaban de entregar su vida a Cristo y necesitan ser edificados. Más adelante dedicaremos medio capítulo al tema del establecimiento y la dirección de estos grupos, pero entre tanto vale la pena señalar que parte de la preparación para un sermón de evangelización consiste en capacitar a personas que puedan dirigir estos grupos, ¡los cuales por el momento no tienen miembros! Eso en sí supone una confesión de fe en el Dios vivo. Cuando yo trabajaba en una iglesia situada en medio de la Universidad de Oxford, siempre solíamos hacer preparativos para que uno o dos de esos grupos surgieran inmediatamente después de un mensaje de evangelización, a veces, cuando teníamos mucha fe, ¡preparábamos hasta ocho de ellos!. Y capacitábamos a los líderes de dichos grupos con la confianza de que Dios contestaría la oración y proveería miembros para dichos grupos.

En segundo lugar, la preparación de la iglesia debe ser igualada por la del acontecimiento. Uno necesita escoger la ocasión con cuidado, buscando un momento en el que haya bastantes inconversos con posibilidad de asistir a la iglesia. Estas ocasiones deben planearse cuidadosamente dentro del programa de actividades anuales --contando tal vez con tres o cuatro por año--, con una buena publicidad. Por un lado está la publicidad dentro de la iglesia, y por otro aquella dirigida a quienes uno desea invitar. De estas dos, la primera es la más importante: si usted es capaz de inflamar a los miembros de su congregación para que inviten a otras personas --con entusiasmo, amor y persistencia-- y las traigan con ellos, ha resuelto el problema de la publicidad. Pero, además de esto, tendrá usted que contar con un material que resulte atractivo, para entregarlo a los posibles visitantes y distribuirlo por las casas si tiene un equipo de visitación que quiera hacer esto. Y sobre todo, necesitará un anuncio grande y vistoso fuera de la iglesia con un título osado y provocativo. Por lo general a la gente no le importará si el sermón lo pronuncia el reverendo Fernando Jiménez,

licenciado en teología, que suele ser el único tipo de anuncio visible con el que a menudo se encuentra uno en el exterior del templo. Francamente, ¿quién conoce al reverendo Fernando Jiménez, licenciado en teología, o a quién le importa? En cambio, si se puede ver un cartel con la pregunta: «¿Hay esperanza en un mundo que se desmorona?» --o con algo que toque a la gente en el punto sobre el que experimenta necesidad, interés o debilidad--, entonces las personas se sentirán atraídas. En general la publicidad no hace entrar a mucha gente (eso lo llevan a cabo las invitaciones personales), pero a menos que la publicidad sea buena, el nivel de expectación será bajo, nadie se enterará de ello, y acabará tratándose de un acontecimiento sin relieve y probablemente ineficaz.

La tercera área que necesita prepararse es el culto en sí. Este debe ser cuidadosamente diseñado, y todo ha de subordinarse al objetivo de ayudar a los que nos visitan y hacer que puedan participar sin la sensación de que se los está atacando directamente, por un lado, o confundiendo con el lenguaje de la casa y la liturgia de la iglesia, por otro. Nuestra meta debería ser un delicado equilibrio. Ese culto tendría que diferenciarse de los servicios religiosos «normales», pero no hasta el punto de que la gente que volviera a la semana siguiente se encontrase con un mundo totalmente distinto. Si se emplea alguna liturgia, hay que anunciar siempre las páginas de los libros donde está. Recuerde que si uno quiere que la gente utilice la Biblia, muy probablemente verá que están poco familiarizados con ella. El mismo mobiliario de una iglesia resulta extraño para muchas personas hoy en día. Por lo general las togas del coro y del pastor hacen que la gente sienta rechazo, y lo mismo puede decirse del lenguaje anticuado y «el idioma de Sion». Por lo que respecta al tono de voz clerical, éste debe evitarse a toda costa. Tampoco son los órganos la única forma eficaz de acompañar el canto, a menos que se encuentre usted en una iglesia grande o una catedral. La utilización de un piano, una guitarra o un pequeño grupo musical es con frecuencia una alternativa más atrayente. No tiene sentido cantar salmos en un culto de evangelización: eso pertenece a otro mundo totalmente distinto de aquel en el que viven los visitantes a quienes tratamos de acomodar. ¡Y es posible que tampoco la repetición interminable de coros breves los edifique! Asimismo, por muy eficaz que sea la Santa Cena como alimento para los cristianos, no resulta adecuada cuando todo el culto está organizado pensando en los visitantes. Los cánticos litúrgicos se hallan fuera de lugar, como también los largos salmos clásicos antifonales del coro. Esas cosas no ayudan a la persona media de nuestros días. De modo que el culto debe pensarse muy bien. Hemos

olvidado lo desconectados que han llegado a estar todos nuestros servicios religiosos de la gente común y corriente.

Algunas de las cosas que me han resultado útiles en un culto de evangelización así, han sido las siguientes. Prescindir de los libros de liturgia, pues lo único que se consiguen es que la gente se pierda en ellos. Más bien, si la arquitectura lo permite, utilizar el retroproyector para los coros, himnos y cualquier parte del culto donde haya una participación unida. De otra manera, imprimir en el boletín las porciones colectivas de dicho culto. Hacer que un grupo de canto alabe a Dios durante un cuarto de hora o más hasta que empiece el servicio religioso. Reducir al mínimo los anuncios, o quitarlos por completo trasladándolos a un boletín que se entrega a cuantos van entrando, con los detalles de todo lo demás que quieren que sus visitantes sepan (especialmente los nombres de los dirigentes, los lugares y las horas de los «grupos de descubrimiento» que esperan comenzar a la semana siguiente). Asegurarse de que quien dirija el culto sea alguien con verdadera sensibilidad para la alabanza y una manera de ser cordial. Podría valer la pena utilizar un par de testimonios de personas de sexos y edades distintos, porque el testimonio en cuanto al poder de Dios por parte de laicos resulta muy atractivo. Si hay un solo o una pieza musical de coro, debería consistir en algo breve y animado. El acompañamiento de los himnos, o mejor de los coros modernos basados en la Escritura que están surgiendo en la iglesia por todo el mundo, debe ser vigoroso. No importa que la gente no conozca todas las canciones (y éstas no deberían ser muchas), ya que pueden enseñárselas muy fácilmente debido a que sus melodías son muy sencillas y pegadizas. También es bueno recordar que algunos de los grandes himnos antiguos tienen un poder que la mayoría de los coros modernos no son capaces de igualar. La lectura de la Biblia es muy importante, y debería hacerla alguien que sepa leer bien. El sermón es cosa suya --nos ocuparemos de él en seguida--. El último himno tendría que ser opcional y puede cancelarse en vista de cómo termine el sermón.

Para aconsejar a cualquiera que lo pida después del culto debe haber personas disponibles, que hayan recibido cierta preparación de antemano. Naturalmente deberá usted reunirse con esa gente y con todos los participantes en la dirección del encuentro, tres cuartos de hora antes de comenzar, para ultimar detalles, asegurarse de que no se ha pasado nada por alto: «¿Quién era el encargado de traer esos folletos de evangelización? Pero ... ¿quiere usted decir que no están aquí?» (ese es el tipo de cosas que puede suceder con facilidad). También necesita tiempo para encomendar a Dios toda

la empresa, juntamente con los músicos y los que dirigen, leen, oran y dan testimonio. Si nos hemos sumergido en adoración durante media hora, eso se reflejará en nuestros rostros cuando empecemos a guiar a la gente; si no lo hacemos, ¡eso también se reflejará!

¿CÓMO DEBEMOS PREPARAR EL SERMÓN?

La predicación es la verdad por intermedio de la personalidad, de modo que cada persona la abordará de maneras distintas. Sin embargo, hay algunas cosas generales que sobresalen. Toda predicación excelente ha sido siempre bíblica. Eso no quiere decir que consista en dar una cita tras otra, sino que respeta el mensaje de la Biblia a lo largo del sermón. Toda predicación excelente ha sido también con demostración del poder del Espíritu; de manera que la oración y una total dependencia de Dios resultan vitales, así como el respaldo intercesor de la congregación mientras usted prepara el mensaje y lo da. A menudo, en Oxford, cuando yo pronunciaba un sermón de evangelización ante mucha gente, celebrábamos al mismo tiempo un culto de oración al otro lado de la calle, en la rectoría, para aquellos que se sentían llamados a orar o no habían logrado traer consigo a ninguna visita. Ese rato de oración constituía un apoyo inmenso para el predicador; y una o dos veces durante el transcurso del culto un miembro de la congregación cruzaba la calle y contaba a los intercesores lo que estaba sucediendo ¡como combustible para la plegaria! Toda buena predicación de evangelización entretiene e interesa de veras a los oyentes, y acaba desafiándolos a encontrarse con el Cristo vivo.

Las buenas alocuciones de evangelización son claras --no malgastan palabras--, interesantes --captan la atención desde la primera frase y la mantienen hasta el final--, bíblicas --la Escritura tiene un poder que nuestras palabras no poseen--, pertinentes para las necesidades del auditorio --algo que en seguida se percibe-- y desafían a la gente a tomar una decisión.

He aquí algunas de las cosas que procuro tener en cuenta mientras preparo el mensaje. A menudo pienso en un solo individuo al que quisiera de veras traer a Cristo y que sé que se encontrará entre la gente, y lo mantengo en el primer plano de mi pensamiento durante toda la preparación.

1. *Primeramente, comience donde ellos están.* Es importante que el contenido de nuestra predicación sea bíblico, pero supone un grave

error el empezar con un texto de la Escritura. ¡Uno necesita despertar primero las papilas gustativas! Comience donde sus oyentes se encuentran --ese es un buen método de enseñanza--, entonces tendrá alguna esperanza de poder llevarlos adonde quiere que vayan. Hace algunos años escribí un libro que presentaba este planteamiento inductivo. Se llamaba *You Must Be Joking!* [¡Debes estar bromeando!], y los títulos de sus capítulos eran expresiones que yo había oído a la gente y que se prestaban maravillosamente bien para una charla de evangelización, como, por ejemplo: «¡Uno no puede creer en Dios en estos tiempos!», «Jesús era sólo un hombre bueno», «Todas las religiones llevan a Dios», «Nada puede alterar el pasado», «Cuando estás muerto, estás muerto», etc. Esos títulos, y ese libro, han seguido despertando el interés y atrayendo porque responden a las preguntas que la gente realmente se hace. Hay muchas formas de captar el interés con su título.

Escoja algo que se da por sentado y échelo abajo. Un buen ejemplo podría ser: «No importa lo que uno crea siempre que sea sincero.»

Escoja algo que interesa y desarróllelo. Recuerdo una fiesta de San Valentín en la que hablé de manera evangelizadora acerca del amor, u otra de Navidad en la que intenté: «Si al pesebre, no al ocupante».

Escoja una preocupación actual. Por ejemplo: «¿Puede haber paz en nuestro mundo?» o «Cómo casarse y seguir casado».

Conecte con alguna de las canciones de búsqueda del momento. Con el perdón de Bruce Cockburn, yo estoy a punto de predicar un sermón de evangelización sobre «Rumours of Glory».

Escoja algo que fascina permanentemente e imprímale un nuevo giro: «¿Vale la vida algo más que los gastos del entierro?» o «¿Hay vida antes de la muerte?»

Adapte el título del mensaje a su auditorio. En más de una ocasión he hablado a hombres de negocios sobre títulos tales como «Ni un pelo de tonto», exponiendo la historia del rico insensato. ¡A todos los hombres de negocios les gusta pensar que nadie es capaz de tomarles el pelo!

Resulta práctico engranar con un sentimiento que predomina en la sociedad. Jamás olvidaré el poder que liberé por azar cuando tropecé con el tema «Jesús significa libertad» en Africa durante la década del sesenta. Aquella estaba empezando a ser la cuestión de interés de todo el continente. Esa misma década fue testigo de la plena actividad de la contracultura, y temas tales como «Jesús el radical» o «Jesús el revolucionario» tuvieron mucho gancho. Recuerdo un sermón para nuevos estudiantes de Oxford que atrajo a muchísima gente. Se titulaba: «Confirmado muy joven, agnóstico

por mucho tiempo». El mensaje conectaba simplemente con la situación de muchas personas. Pero es importante no dejarse dominar por las necesidades, y también no utilizarlas para embaucar a la gente. Si escoge usted un tema como «Jesús el radical» tiene que hacerle de veras justicia o de otro modo sus oyentes se sentirán con razón engañados.

Una palabra final en cuanto a mantener y retener el interés.

Yo encuentro muy útil el uso del testimonio en mis sermones, y también el emplear piezas cortas de teatro. Estas se pueden utilizar en un momento temprano del acto y ser de gran valor entonces; pero he descubierto que el entrevistar a alguien sobre un punto clave a mitad del sermón puede captar magníficamente la atención, y el uso de una pieza dramática corta, introducida y seleccionada adecuadamente, destaca una idea con claridad --y a veces con humor-- y no sólo nos ahorra tiempo sino que proporciona ese cambio de voz y de medio que resulta tan valioso.

2. *En segundo término, dé forma a su material.* Una vez que ha encontrado el título, vea lo que dice la Escritura en cuanto al asunto. El otoño pasado hablé a ciertos estudiantes universitarios sobre un título que se me había proporcionado: «Dinero, sexo y poder ... ¿qué más necesita una persona?» Y mientras reflexionaba al respecto, vi que el tema se abordaba precisamente en la carta de Cristo a la iglesia en Laodicea (Ap. 3.14-21), de modo que ese llegó a ser el énfasis bíblico de mi sermón. ¡Pero no empecé con Laodicea!

Cuando uno está dando forma a su material para una alocución de evangelización hay varias cosas que debe tener en cuenta.

Primeramente, su objetivo. Debería contar con una meta clara y única que gobernase todo cuanto dice. Si usted no tiene un objetivo claro como el agua se sorprenderá de lo bien que lo pasa por alto la gente; y, desde luego, si no está apuntando a nada en particular, seguro que dará en el blanco.

En segundo lugar, su plan. Desmenuce el material para asegurarse de que la gente capta fácilmente lo que está diciendo. Hágalo agradable. Y cerciórese de que cada punto está subordinado al objetivo de todo el sermón. No hacerlo da como resultado un mensaje desorganizado y confuso. Tener un plan preciso es absolutamente imprescindible.

En tercer lugar, su estructura. Esta también debe ser clara, no sólo para que la gente pueda seguirla, sino para que nadie sea incapaz de hacerlo. Necesita usted anunciar sus puntos con grandes carteles de autopista, no con modestos postes indicadores. Y si puede conseguir que cada uno de dichos puntos conduzca de un modo natural y aparentemente inevitable al siguiente, va camino

de ser un gran predicador. Las alocuciones bien construidas subrayan repetida e inexorablemente los puntos principales, y sus subtítulos parecen totalmente correctos y obvios una vez que se han oído. La estructura es una parte importante de la predicación, y el tiempo que se dedica a ella no es tiempo perdido.

En cuarto lugar, sus ilustraciones. Estas son muy importantes y fáciles de complicar! Jamás ilustre lo que resulta obvio; aclare lo desconocido con lo conocido. Nunca utilice ejemplos que parezcan increíbles, aunque no lo sean. Tampoco emplee ilustraciones que lo glorifican a usted, ni otras demasiado complejas. Huya de la exageración como de la peste. Si sigue usted el ejemplo de Jesús sacará muchos de sus ejemplos del mundo natural y de la vida corriente de la humanidad. Después de todo, el libro de la naturaleza y el de la Escritura tienen el mismo autor. No es sorprendente que se iluminen el uno al otro. El periódico local, los temas de actualidad, las obras de teatro, las películas, la televisión y las canciones, todo ello proporciona un buen material para las ilustraciones. Los libros de ejemplos por lo general decepcionan y no parecen reales. Pero es una buena idea anotar ejemplos destacados que se escuchan y luego utilizarlos uno mismo. ¡Ninguno de ellos tiene *copyright*!

En quinto lugar, tanto su comienzo como su conclusión resultan decisivos. El comienzo --una situación, una anécdota graciosa, un problema-- debe ser realmente cautivador: breve, llamativo y fascinante. Es su anzuelo para algunos peces que tal vez se muestren muy precavidos. Medítelo bien, incluso quizá valga la pena probar dicho comienzo con algún amigo antes de predicarlo. En cuanto a la conclusión: jamás moralice. No se extienda demasiado en ella. Fíjese en las parábolas de Jesús, las cuales nunca tenían moraleja, sino que hacían pensar frenéticamente a los oyentes. En ocasiones puede utilizarse al final un versículo de la Escritura y otras veces incluso una ilustración, pero la conclusión no debería tratar de añadir jamás nuevo material al mensaje, sino encapsular y remachar el tema de todo el sermón. Dicha conclusión tendría que suponer el último martillazo sobre el clavo que constituye su objetivo, y que se ha ido hincando ininterrumpidamente desde que comenzó su alocución. Yo creo que esto se aplica a casi todos los tipos de predicación, pero el sermón de evangelización tiene algunas peculiaridades propias a las cuales nos referiremos dentro de un momento.

En sexto lugar, su lenguaje. Al Espíritu Santo le importan las palabras (1 Co. 2.13), y también deberían importarnos a nosotros. A mí me resulta útil preparar los términos de mis principales

sermones, pero nunca leerlos. La preparación verbal detallada me ayuda a abordar confiadamente aquellos aspectos difíciles del mensaje cuando llego a ellos. Mientras me preparaba los he enfrentado con decisión y en detalle, así que tengo más probabilidades de llevar a la gente conmigo a través de la dificultad cuando predico. Las palabras de nuestra predicación no deberían ser estiradas ni con sabor a iglesia, sino la clase de lenguaje que habla la gente del lugar. Un sermón no tiene que constituir ninguna creación artística sino una proclamación apasionada. No se trata de algo que admirar, sino que debe mover a la acción. De manera que el lenguaje debería ser cautivador, vívido y sencillo. Escoja palabras conocidas, evocadoras, capaces de aclarar una verdad conocida con renovada frescura. Decida que no haya posibilidad alguna de ser mal entendido.

En séptimo lugar, su porte. Las imágenes que da el Nuevo Testamento del predicador son muy variadas e iluminadoras. Se trata de un embajador (2 Co. 5.20), un heraldo (1 Ti. 2.7), un padre (1 Co. 4.14), un mayordomo (1 Co. 4.1-5), un siervo (1 Co. 3.5), un testigo (Hch. 2.32). A las distintas imágenes convienen diferentes estilos. Uno debe elegir el talante adecuado para su tema y armonizar con aquél sus ademanes. Pregúntese cómo hablaría Jesús si estuviera en su lugar. Use de cordialidad y de una sinceridad absoluta. Sea profundamente serio, pero no aburrido. Necesitará valentía (para dirigirse a la gente en segunda persona del singular cuando ese sea su propósito), así como humildad y compasión. Pida a algunos amigos que lo observen en busca de amaneramientos irritantes, y elimínelos para no distraer a sus oyentes: lo que está en juego es demasiado importante para que algunas pequeñas afectaciones estúpidas creen rechazo en la gente.

3. *En tercer término, sea cristocéntrico.* Hable mucho de Jesús. El es la persona más atractiva que existe, y prometió que si era levantado de la tierra atraería a todo tipo de personas a sí mismo. Y lo hace. De manera que debemos esforzarnos por resaltar quién es él y lo que ha hecho, así como por dejar muy claro que está vivo y dispuesto a venir a nosotros personalmente si se lo permitimos. Para los primeros cristianos, los sermones narrados en Hechos constituían un bosquejo que utilizaban con mucha frecuencia. Era un bosquejo de gran sabiduría. Una vez que habían descubierto alguna necesidad se dirigían a ella. Hablaban de una persona, Jesucristo, y de ninguna otra cosa. Ofrecían los dones gemelos del perdón y el Espíritu Santo. Y buscaban una respuesta: una respuesta visible de arrepentimiento, fe y bautismo en la comunidad cristiana. El imitarlos sería provechoso para nosotros.

4. *En cuarto término, vigile el equilibrio de su predicación de evangelización.* El Evangelio de Cristo es al mismo tiempo grande y amplio. Resulta muy fácil pasar por alto magníficas áreas del Evangelio porque nos sentimos cómodos con algunos de sus aspectos particulares. Será prudente comprobar de vez en cuando que no sólo tenemos un mensaje bíblico sino también bíblicamente equilibrado. Aquí, nuevamente, pueden ayudarnos algunos amigos con discernimiento. La evangelización sin demasiada doctrina, sin mencionar el costo del discipulado, sin profundidad, sin cordialidad, sin contenido social y sin sensibilidad es una parodia de la verdadera evangelización, y debemos hacer cuanto esté en nuestra mano por evitar las aberraciones volviendo constantemente al equilibrio y a la vista panorámica de las Escrituras con la ayuda de amigos que conozcan la verdad en profundidad.

5. *Por último, reserve tiempo para la conclusión.* Resulta demasiado fácil olvidarse de este ingrediente decisivo, y llegar al final del sermón, para el que uno necesita tiempo, y descubrir que ese tiempo ha volado.

Una preparación tan cuidadosa como esta le dará mucha confianza cuando pase a ocupar el púlpito. Hay algunas otras cosas menores que pueden ayudar, como predicar de vez en cuando delante de un espejo y observar la expresión y el porte que uno tiene --¡es posible que se lleve un susto si lo hace!--, permitir a un grupo de la congregación que critique en detalle, con uno mismo, alguno de sus sermones, examinando su objetivo, el contenido del mensaje, su uso de la Escritura, la estructura, sus ademanes, la aplicación y la ilustración. Esto resulta tremendamente útil ... ¡y humillante! Calcule el tiempo que tarda en predicar todo el sermón para usted mismo, y recuerde que siempre transcurre más tiempo en el día fijado que durante la preparación.

Pero el factor más importante de esas preparaciones es el orar. Haga que los dirigentes de la iglesia oren por usted a diario durante la semana en la que está preparando un sermón importante. Pida a la congregación que le recuerde igualmente en sus plegarias. Incluya el mensaje en el programa de la reunión de oración. La oración grabará a fuego dicho mensaje en usted, y en el alma de aquellos que le escuchen. El Espíritu Santo puede obrar poderosamente cuando se ofrece mucha oración. El inspiró la misma Escritura que usted va a predicar, y lo movió a usted mientras trabajaba en ella durante la preparación. La tarea del Espíritu consiste en recomendar dicha Escritura al corazón y la voluntad de hombres y mujeres cuando usted la predica. Y la oración hace posible que él realice precisamente eso. Yo por lo menos paso al púlpito con mucha más

confianza cuando dos o tres de mis colegas se juntan a mi alrededor en oración justo antes de que me levante para predicar. Y no sólo es un estímulo para mí, sino una manifestación ante todo el mundo de que dependemos por completo de lo que Dios haga y no de nuestros propios esfuerzos.

Me encantan estas palabras de un viejo predicador local metodista acerca de la preparación del sermón: «Primero me empapo de lectura; luego me aclaro mediante la reflexión; seguidamente me enciendo con la oración; y por último ... ¡lo suelto!»

¿CÓMO PODEMOS CONCLUIR UN SERMÓN DE EVANGELIZACIÓN?

Esta es una cuestión importante y delicada. Resulta decisivo terminar el mensaje con una conclusión provocativa. Pero no somos vendedores: estamos tratando con el Dios vivo, y con su derecho a la vida de las personas. He aquí algunas de las lecciones que trato de tener en cuenta y que a menudo debo volver a aprender.

Yo sólo lanzo un desafío al compromiso cuando ha habido una presentación clara y razonablemente cabal del Evangelio. Por lo menos debo haber tocado la necesidad humana, la cruz, el costo, y la disponibilidad del Espíritu Santo.

Trato de reservarme mucho tiempo al final del sermón. Si voy a solicitar una respuesta explícita aclaro lo que pienso hacer antes de llevarlo a cabo, de manera que no suponga ninguna conmoción para la gente y a fin de que ésta se encuentre mentalmente mejor preparada para responder.

Intento estar abierto a la posibilidad de que tenga que rogar a las personas que vuelvan a Cristo. Hay mucho de esa compasión amorosa y suplicante tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, pero veo que se utiliza poco hoy en día. Muchos predicadores simplemente le dicen a uno cómo están las cosas y se paran ahí. Apenas parece importarles si hay o no respuesta. Esa es una actitud muy diferente de la de Jesús: «¡Jerusalén, Jerusalén ... ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mt. 23.37). Resulta imposible pasar por alto la nota de súplica en este pasaje. Necesitamos permitir que el afecto de Cristo, la gravedad de las cuestiones y la pavorosa alternativa al venir a Jesús se refleje en lo que decimos en esta coyuntura. Avive sus imaginaciones para que pueda así alcanzar sus voluntades. Ese es su objetivo.

Observe las caras de las personas e intente leer su mente. No es tan difícil como pudiera parecer. Aprenda a contestar aquellas preguntas que usted considera que están en sus pensamientos: «¿Te estás preguntando lo que te costará seguir a Cristo? Bien. Permíteme que intente contestar a esa pregunta...» «Pero Sr. Green --tal vez diga usted-- ¡Yo soy un ministro! Cierto, pero también lo eran los fariseos a quienes Jesús hablaba. ¡Ministros incluso mejores que usted!» Este adivinar lo que está pensando la gente y contestar a ello resulta muy eficaz. Creo que puede constituir un don espiritual de Dios para el predicador. Deberíamos pedirlo. Resulta especialmente valioso para disipar las objeciones que se plantean a una respuesta positiva a Cristo, y su lugar está cuando el sermón toca a su fin.

Su actitud debería ser una mezcla: por un lado tendría que mostrarse intrépido y valiente; por otro, afectuoso y sensible. Ore pidiendo ese equilibrio.

Confíe en la Palabra de Dios, que es muy poderosa. Exhiba las promesas divinas y la cruz de Cristo ante los ojos de sus oyentes. Después de todo la fe consiste en descansar en las promesas de Dios; y dichas promesas son muy nuevas para ellos. La gente necesita tiempo, así como una extremada claridad por parte de usted, para asimilar esto.

Utilice las ilustraciones adecuadas en este delicado momento. Las mejores son los ejemplos personales, aquellos que hablan del encuentro y del trabar conocimiento. La analogía del matrimonio entre el Señor y el creyente es muy clara y fácilmente comprensible. La imagen de abrir la puerta del corazón y de la vida a Cristo ha ayudado a muchas personas a entregarse a Jesús. También el lenguaje metafórico del estar «en Cristo» resulta muy útil, aunque sea un poco más difícil de asimilar; pero deja muy claras tanto la unidad con él como la necesidad que hay de un salto de fe para pasar de estar «sin Cristo» a estar «en él». Otra imagen bíblica que supone una ayuda para muchos es la de la semilla y la tierra, o aquella del espermatozoide y el óvulo. La nueva vida nace de la unión entre estas cosas. Sin embargo, no se arrincone usted mismo utilizando sólo una imagen que puede ayudar a algunos pero dejar fríos a otros. De modo que altérnelas. El «toma y daca» es una imagen de compromiso sencilla que podemos emplear: usted se entrega a él y a cambio toma con gratitud su perdón y su Espíritu.

Sea amplio en su llamamiento al acabar el sermón: habrá una gran variedad de individuos en la iglesia y su propósito es ser de la máxima ayuda para todos ellos. Podría llamar a la gente a entregar su vida a Cristo por primera vez, y luego añadir: «Es posible que

otros de ustedes lo hayan hecho hace mucho tiempo, pero que de alguna manera se han descarriado. Vuelvan al Señor ahora. Pídanle perdón. Pónganse sin reservas en sus manos y volverán a conocer el gozo de la casa del Padre, el cual tal vez hayan perdido.» En ocasiones es útil, cuando se trata de personas que sinceramente no están seguras de si han entregado o no su vida a Cristo, sugerir que cualquier compromiso escrito a lápiz que hayan podido tener en el pasado deben pasarlo ahora a tinta y ser tajantes en cuanto a su cumplimiento. De manera que haga un llamamiento amplio y desafiante, pero no presione --esa es la labor del Espíritu Santo, no la del predicador--, ya que la presión humana puede causar un daño enorme.

Por lo general, al final de un mensaje yo sugiero un período de silencio mientras la gente se arrodilla o se sienta. El silencio no es sólo de oro, sino que también es poderoso: da la oportunidad al Espíritu Santo de hablar a los individuos. Yo tal vez repita el versículo bíblico más destacado del sermón y luego dé uno o dos minutos de quietud absoluta, invitando a la gente a afrontar el desafío, y a aquellos que ya son cristianos comprometidos a orar en silencio por quienes no lo son. Evito el emocionalismo, especialmente en este momento decisivo, e intento que el aceptar a Cristo en la vida de uno, o el orar para que otros lo hagan, parezca la cosa más natural del mundo. Si soy desapasionado al respecto, la congregación no sentirá que se está ejerciendo ninguna presión emocional, y el Espíritu Santo quedará libre para actuar. Con frecuencia, en el silencio, algunas personas empiezan a sollozar, pero eso es normal: el Espíritu está actuando sobre su espíritu y casi invariablemente ello conduce a un arrepentimiento real y a una vida nueva.

Después de un rato de silencio quizás sugiera una oración de entrega para aquellos que deseen utilizarla, *y sólo para ellos*. Entonces digo: «Si le parece que no sabe cómo expresarlo, ¿por qué no utiliza algo muy sencillo como lo siguiente? Puede repetirlo después de mí en voz baja si quiere: "Señor, por favor, perdóname y ven a morar en mi vida. Amén.» Luego le agradezco a Dios el hecho de que él cumpla sus promesas, y porque a quienes han confiado en su palabra jamás los dejará ni los desamparará; y termino el culto con el himno de cierre opcional o sin él. Este no siempre resulta necesario en una coyuntura así, y puede tanto restar impacto como aumentarlo. Normalmente, después de la bendición digo: «Una cosa más antes de irse: Si ha dado usted el paso de abrirse a Cristo y ha hecho esa oración conmigo hace un momento, me gustaría saludarlo brevemente. Quisiera invitarlo a lo que nosotros llama-

mos un "grupo de descubrimiento". Se trata de un cursillo de ocho semanas sobre los fundamentos de la fe, y hay uno o más de esos grupos que empiezan esta semana que viene. Creo que le sería de gran ayuda unirse a un grupo de ese tipo, en el que hay muchas oportunidades para hacer preguntas y conversar, pero en el cual cada semana estudiamos además un tema capital de la vida cristiana. Si piensa tomarse en serio a Cristo, venga e incorpórese a uno de dichos grupos. Usted lo necesita, y sacará mucho provecho del mismo. Aquí delante (o allí atrás, o donde le parezca conveniente) tengo los detalles. Venga e inscríbese, y yo me encargaré de que mañana mismo reciba todos los datos acerca de cuál es el grupo que le corresponde.»

Esta «recolección del fruto» resulta absolutamente decisiva. El propósito suyo no es tanto que la gente tome una decisión apresurada allí mismo en cuanto a Jesús, pero sí que se una a un grupo, ya que de este modo tendrán la oportunidad de recibir un cuidado afectuoso de personas bastante experimentadas, por un período de dos meses. La experiencia demuestra que si se incorporan a un grupo, por inseguros que estén al principio, esos individuos suelen llegar a Cristo en el transcurso de ese tiempo, y de este modo crecen. Por consiguiente yo hago todo lo que puedo por atraerlos a un «grupo de descubrimiento», puesto que dichos grupos están especialmente pensados para nuevos creyentes. Diré más acerca de ellos en el capítulo 11, pero por el momento baste añadir que la gente ideal para tener a su lado después del culto serán aquellos que vayan a dirigir tales grupos. Esto significa que las personas que charlarán con quienes pasen al frente serán las mismas que guiarán luego los «grupos de descubrimiento», lo cual empezará a formar la base de una relación que puede seguirse construyendo más tarde.

Si sólo hay gente para un «grupo de descubrimiento», haga cuanto esté en su mano a fin de que dicho grupo se programe para comenzar a una hora en la que los líderes que usted ha preparado y todos los futuros miembros puedan asistir. Si los números justifican varios grupos, será prudente obtener primeras y segundas preferencias para la hora del inicio. Tal vez no sea posible, desde el punto de vista logístico, darles a todos ellos lo que preferirían en primer término, de modo que tendrá usted que saber dos horas distintas en las cuales pueden arreglárselas para estar. Y quizás resulte de ayuda contar con un simple formulario duplicado de antemano que explique en qué consiste un «grupo de descubrimiento» y los temas que se tratarán durante el cursillo. Esa parte del formulario es para ellos; y tiene que haber otra separable que

se les haga rellenar allí mismo y que les sea recogida antes de que se marchen. Esta contará con espacios para su nombre, dirección, número de teléfono y primera y segunda preferencias en cuanto a la hora para la reunión del grupo (a menos que usted ya haya decidido dicha hora por anticipado).

En ocasiones puede haber una amplia respuesta a esa clase de desafío. Si es así, el ordenar los nombres más tarde supondrá un trabajo de expertos. Hay que prestar atención al equilibrio del grupo en lo tocante al sexo, la edad y quizá la localidad y el trasfondo dentro de los límites horarios en los que se mueven. Valdría la pena si se los pudiera llamar más tarde ese mismo día para decirles en qué grupo están (cuando haya más de uno). Eso les dará una sensación de confianza en un momento de su vida en el que probablemente se sientan inseguros, y también demostrará la solicitud y la eficacia de ustedes. Asimismo es importante porque el enemigo de las almas estará con toda seguridad muy activo ese día. ¿Por qué darle ventaja a él?

Cuando invite a las personas a pasar al frente evite cualquier sensación de apremio. Muéstrese relajado en cuanto a ello, pero instruya a su congregación para que pregunten a los visitantes, una vez finalizado el culto: «¿Le gustaría unirse a un "grupo de descubrimiento"? Son de gran ayuda. Puedo pasar adelante con usted si no quiere hacerlo solo.» A veces yo me acerco a una visita a quien veo que el Espíritu Santo ha tocado y la invito a incorporarse a uno de esos grupos. También me gusta tener en la puerta a algunos colegas experimentados que despidan a la gente cuando se marcha. Con frecuencia, una persona que no ha reunido el valor suficiente para unirse a un «grupo de descubrimiento» puede haber sido profundamente conmovida, y eso se refleja en su cara. Entonces una palabra con tacto y un poco de conversación pueden ser de mucha ayuda, y dar como resultado que la persona en cuestión se una a algún grupo.

Con toda esta actividad al final del culto es muy fácil para aquellos que desean orar o reflexionar quedarse en sus asientos sin sentir vergüenza, y también para los que están al lado de usted hablar con quienes pasan al frente, no sólo acerca del «grupo de descubrimiento», sino igualmente de aquello que les ha ayudado de un modo particular durante la reunión. A menudo un ministerio inmediato como este realizado después de un desafío de evangelización es de gran valor, y la información que se obtiene a través de esas conversaciones, aunque breve, puede constituir una importante ayuda inicial para quienes van a guiar los grupos.

Hasta ahora no he mencionado el uso de materiales de evangelización tales como folletos u opúsculos al final del mensaje de evangelización. Con mucha frecuencia ofrezco a la gente algo apropiado, y en realidad he escrito un opúsculo titulado *Come, Follow Me* [Ven, sígueme] precisamente para esas ocasiones. También *Cómo llegar a ser cristiano*, de John Stott, ha tenido mucha difusión por todo el mundo justamente para este fin. Y *Paz con Dios*, de Billy Graham, es sencillo y posee una presentación atractiva. Tal vez usted prefiera otros que conoce; eso no importa demasiado. Pero resulta muy útil poner en manos de alguien que ha sido tocado por el mensaje de evangelización algo de este estilo. Si al terminar su alocución usted menciona que cuenta con ese material, ello les dará un motivo para acercarse y pedirlo, y por lo tanto reducirá al mínimo la vergüenza de tener que ir a hablar con un ministro acerca de Dios al final de un culto. Lo que es más: un material como ese hace que la persona dé los pasos necesarios hacia una fe viva de manera coherente, y la capacita para repasar los elementos que comprende así como para considerar fríamente aquellas partes del sermón que le han resultado oscuras o que sólo ha entendido parcialmente. En mi opinión, lo que hay que evitar es equiparar el tomar un opúsculo con el poner la fe en Cristo. En esta fase la gente puede estar perpleja por la inmensidad de lo que Jesús le ofrece, y francamente muchas veces no se encuentran en posición de saber si ha «aceptado a Cristo» o no. La cabeza entera le da vueltas. Más tarde debería haber, y habrá, una ocasión adecuada para confesar a Jesús públicamente; pero ahora no es el momento oportuno de hacerlo. Debe usted facilitarles lo más posible el acceso a esa ayuda que presta un opúsculo claramente escrito, y hacer la toma de contacto inicial que, según cabe esperar, los atraerá a un «grupo de descubrimiento» donde se solucionen esas cuestiones de un modo mucho más meticuloso y relajado a lo largo de los dos meses siguientes.

He estado hablando durante todo este capítulo como si el pastor de la iglesia fuese la persona que da el sermón de evangelización. A menudo será así, pero no tiene por qué ocurrir necesariamente de este modo. Puede que se trate de un orador invitado, en cuyo caso será muy importante cerciorarse de que se le ha informado plenamente de las normas locales en cuanto a lo que debería hacer al final de su mensaje. Tal vez él prefiera entregarle a usted la reunión al llegar ese momento, y que sea usted quien invite a la gente a venir a conocerlo con el objeto de unirse a un «grupo de descubrimiento». Es fácil hacer un anuncio así de manera gratamente moderada, y decir: «Me gustaría darle algo ... ¡y tomar

algo suyo a cambio! Quisiera entregarle este opúsculo, que explica los pasos que hay que dar para alcanzar una fe viva, y el cual puede resultarle útil. También desearía tomar su nombre y dirección a fin de invitarlo al "grupo de descubrimiento" del que hemos estado hablando.»

Sin embargo, muy bien podría ser que el predicador, en una determinada ocasión, no fuera ni usted mismo --como pastor de la iglesia-- ni algún predicador invitado, sino algún otro miembro de su propia congregación que tal vez tenga ciertos dones de evangelización que a usted le faltan. No se trata de un asunto de posición, sino de dones. Conozco a algunos ministros que no están dotados para la evangelización, pero que utilizan a otros miembros de la iglesia para predicar en tales ocasiones, y que ven añadirse a la iglesia una cosecha constante de nuevos creyentes. Estos pastores sabios permiten que aquellos a quienes Dios ha dado el don de evangelizar lo utilicen para el bien de la iglesia, y ello sin ningún asomo de orgullo o envidia.

Naturalmente hay otras formas de terminar una reunión de evangelización. Algunos se inclinan por hacer que la gente levante la mano o se ponga de pie, pero a mí eso me parece demandar una confesión pública de compromiso antes que dicho compromiso se haya entendido o asumido. Por lo tanto, prefiero por lejos los «grupos de descubrimiento», a los cuales los nuevos creyentes, aquellos que todavía no están seguros y quienes desean volver a dedicar su vidas a Cristo sean invitados juntamente. Esto lo hace todo mucho menos amenazador, y coloca inmediatamente a esas personas en un ambiente en el que pueden ser edificadas. Los evangelistas tienen que comprender que al Señor no le interesan las decisiones, sino que busca discípulos. Y toda nuestra labor de evangelización debe ir dirigida en ese sentido.

No quiero terminar este capítulo sin una última palabra, la cual, aunque será subrayada con fuerza en el capítulo 14, necesito expresar aquí también. Un capítulo como el presente, dedicado a la predicación en busca de decisiones, puede dar la impresión de estar muy centrado en el hombre, casi suponer un enfoque artificial de la evangelización. Este es uno de los grandes peligros que amenazan a cualquiera que trata de evangelizar. Por nosotros mismos no podemos lograr nada: sólo Dios engendra nueva vida. Y a él le encanta hacerlo por medio de su Palabra. Pedro sabía esto, de modo que escribe: «Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre ... Y esta es la palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada» (1 P. 1.23-24). La proclamación de las buenas

nuevas de Dios, en un culto específicamente de evangelización o de otro modo, tiene un poder tremendo. El pastor sabio se entregará a la predicación expositiva: permitirá que la Palabra de Dios se presente de un modo tan claro ante sus oyentes que pueda llevar a cabo su propia labor inescrutable. Si esto es así, verá venir personas a Cristo en todo tipo de circunstancias, después de que dichas personas hayan sido expuestas a la Palabra divina. Con seguridad, esto no será algo que se limite a los cultos de evangelización: la Palabra de Dios tiene un poder que las nuestras propias jamás pueden alcanzar. Nuestro privilegio y llamamiento supremo como ministros del Evangelio es permitir que ella hable, y mucha de la predicación actual está a años luz de hacerlo. Somos llamados a ser «ministros [siervos] de la palabra». Y cuando esto sucede, Dios sabe cómo atraer a la gente a sí mismo.

10

De persona a persona

Si bien la predicación evangelizadora tal vez constituye la forma más corriente de extender la fe a aquellos que no la comparten, el testimonio personal es la manera más eficaz de hacerlo. Esto se debe a una sencilla razón: hablamos de una forma de evangelizar *personal*, un compartir las buenas nuevas entre dos amigos. Se trata de la cosa más natural del mundo, y también de una de las que más gozo producen.

El Nuevo Testamento insiste en que cada cristiano es un testigo, no un predicador (algo por lo que tal vez deberíamos estar agradecidos). Somos llamados a dar testimonio del Señor, que es quien manda en nuestra vida. Las buenas nuevas son para compartir.

UN MUNDO SIN DIOS

Es importante que no cerremos los ojos al hecho de que una gran cantidad de personas viven hoy en día efectivamente en un mundo sin Dios. Como el astrónomo Laplace dijera a Napoleón: no precisan de tal hipótesis. Sus necesidades son satisfechas por las comodidades de la sociedad urbana moderna. Tal vez no se trate de ateos --no todo el mundo piensa las cosas con tanta claridad-- sino más bien de agnósticos o de gente con una creencia vaga en que «debe haber algo allí arriba» pero que no se molestan jamás en investigarlo. Esta tendencia ha aumentado de prisa durante el último siglo bajo la influencia de Darwin, Nietzsche, Freud y Sartre, y se ha visto acelerada por dos guerras mundiales y el holocausto nazi. La ausencia de Dios se da ahora por sentada en círculos tanto intelectuales como populares.

Eso supone una gran diferencia si nos paramos a pensarlo. Cuando se cree en un Dios vivo y personal, el Creador y Sustentador, el Origen y la Meta de todo cuanto existe, ello da mucho sentido a las cosas y a las personas que hay en este mundo. Unas y otras brotan de esta fuente unificada: Dios. Entonces tenemos un marco de referencia lo suficientemente grande como para abarcar los átomos y las personalidades, los cristales y los valores, las rocas y la religión. Pero si echamos fuera a Dios nos encontramos con un problema o en realidad con un nido de problemas. Estamos desgarrados. Nuestra visión del mundo ha de suponer que lo personal surgió de lo impersonal, que las cosas que podemos tocar y medir son reales, mientras que aquellas que sentimos y valoramos no lo son. Nos vemos desgarrados entre los aspectos personales de la vida --que deben ser tratados como secundarios e incluso como ilusorios (recuerde que nos hemos deshecho de un Creador personal)-- y el mundo «real» del tubo de ensayo, los grandes negocios y la alta tecnología. Y eso no resulta fácil. Intente relacionarse con su esposa por la noche del mismo modo que lo ha hecho con su jefe o sus subordinados durante el día, y verá que eso no contribuye a hacer feliz su matrimonio. O trate de evaluar su relación matrimonial desde el punto de vista científico de la medida, el análisis y el experimento, e irá derecho al divorcio. En nuestros días los divorcios han llegado a ser casi tan corrientes como las bodas, a causa del gran desgarramiento que sufre la gente. Se vive en una dicotomía, en un mundo que no tiene esencialmente ningún valor intrínseco, ninguna creatividad personal, ninguna moral, ningún destino ... y sin embargo nadie puede vivir de ese modo. Cuando la gente lo intenta, el resultado es la desesperación. Y para muchísimos pintores, poetas, músicos y dramaturgos modernos sensibles y perspicaces, ha constituido el camino al suicidio.

Le sugiero que piense a fondo cómo es el mundo, ese mundo sin Dios en el que viven la mayoría de las personas. Esto tiene profundas consecuencias para nuestra vida. Podría ilustrar con profusión cada uno de estos puntos utilizando las obras de teatro, las películas y la literatura actuales, pero esas ilustraciones quedarían obsoletas dentro de uno o dos años. Otros ejemplos habrían salido a escena para interpretar el mismo papel trágico. Si escucha usted la música *pop*, lee algunas poesías modernas o va a ver teatro contemporáneo, descubrirá que las siete consecuencias siguientes de esa cosmovisión sin Dios afloran una y otra vez. Dichas consecuencias están incorporadas a la estructura lógica de una mentalidad como la actual, que no toma en cuenta a un Dios vivo, personal y Creador.

Un mundo sin amor

Naturalmente que se enamoran, tienen amistades y se preocupan por sus hijos y sus padres ... al menos en cierta medida. Pero si han de ser consecuentes, el amor que ellos sienten sencillamente forma parte de la estructura de un universo sin sentimientos. Según esta cosmovisión, el amor no es otra cosa que una atracción química; esa es una idea que se está dejando sentir cada vez con más fuerza en la música y las canciones modernas. Aun así, no se puede vivir de esa forma sin angustia, la angustia que está presente en tantas vidas contemporáneas y tanta literatura moderna. Es algo que transmite vigorosamente este poema corto de Steve Turner:

Mi amor
ella dijo
que una vez considerado todo
no somos sino máquinas.

La encadené
a la pared de mi cuarto
para un futuro uso
y se echó a llorar.

Un mundo sin valores

Nuevamente, desde luego tienen ciertos valores, pero en último análisis se trata de valores arbitrarios y subjetivos. No hay nada absoluto; todo es relativo. ¿Cómo puede uno extraer valores del abismo original del que venimos? Recuerde que hemos eliminado la posibilidad de un Creador. Sartre vio claramente la importancia de esto: «Si Dios no existe --dijo--, entonces el hombre está desamparado, ya que no puede encontrar nada de lo cual depender ni dentro ni fuera de sí mismo ... La moral es para nosotros al mismo tiempo ineludible e imposible.» Y Alvin Toffler, en *El shock del futuro*, confesaba lo siguiente: «Al filo de un nuevo milenio, al borde de una nueva etapa del desarrollo humano, corremos a ciegas hacia el futuro. ¿Pero adónde queremos ir? ¿Qué sucedería si intentásemos de veras contestar esta pregunta?» Los valores tienen que ser arbitrarios en un mundo donde por definición no existe el Absoluto; y eso hiere a la gente en lo más hondo cuando lo comprende, ya que sobre esta cuestión sus entrañas se niegan a escuchar a su mente. No pueden creen firmemente lo que piensan que son guiados a creer: que todos los valores, en último análisis, no tienen base alguna.

Un mundo sin sentido

Salió de la nada y a su tiempo volverá a la nada. Surgió con un Big Bang que muy bien pudo haber ocurrido. La existencia de nuestro planeta es un suceso fortuito, sin causa alguna, del que sin embargo nació este mundo de encadenamientos causales. La gente experimenta de un modo intenso la falta de sentido, la que --se sabe-- es una de las causas principales de la depresión y el suicidio. «Nada tiene sentido --escribía Nietzsche (con mucha razón, si su hipótesis atea es correcta)--. Falta la meta. Falta la respuesta a nuestro porqué.» El teatro del absurdo es la expresión artística de esta «muerte del hombre» consecuencia de la «muerte de Dios» de Nietzsche. Ronald Conway, uno de los psicólogos más destacados de Australia, lo expresó en términos muy realistas:

En algunas partes de Melbourne tenemos el índice más alto del mundo en cuanto a dependencia de barbitúricos, la tasa más elevada de suicidios de varones entre los dieciocho y los treinta años de edad, el mayor coeficiente de violaciones declaradas del planeta, y una de cada cuatro mujeres y uno de cada diez hombres sufren depresión. Los australianos poseen de todo, y sin embargo no tienen nada por lo que vivir.

Un mundo sin libertad

A pesar de tanto furor por la libertad social, política y personal, la gente es vagamente --y a veces intensamente-- consciente de las ataduras en las que vive. En los países donde hay una fuerte discriminación sexual o racial, o en los cuales se sufre una restricción de las libertades personales, la ausencia de libertad es bastante clara. Pero en el denominado mundo libre, la esclavitud política, la esclavitud a los medios de comunicación, a los roles, y el control mental se hallan muy activos, y detrás de todo esto está la suposición de que somos seres condicionados, quizá condicionados por completo, social, económica y químicamente. Al fin y al cabo, si no hay Dios, algunos valores como la libertad no tienen ningún significado real. «Al final --como cantaba Pink Floyd-- eres meramente un ladrillo más en la pared.» O de la forma en que lo expresa Jacques Monod en *Chance and Necessity* [Azar y necesidad]:

Reconozca la dicotomía del hombre moderno entre el azar y los valores. Ninguna sociedad anterior a la nuestra se vio jamás desgarrada por tal conflicto. Tanto en la cultura clásica como en la primitiva, la gente consideraba que el conocimiento y los valores tenían el mismo origen. Por primera vez en la historia, una civilización está tratando de cobrar forma aferrándose desesperadamente a la tradición antigua en lo concerniente

a sus valores, al tiempo que abandona dicha tradición en tanto que fuente del conocimiento y de la verdad.

Un mundo insatisfecho

La gente está hambrienta de algo --no sabe de qué--, a pesar de que parece tenerlo todo. Las empresas publicitarias promueven regalos «para el hombre/la mujer a quien no le falta nada». Las personas dedican cuanto tienen a ascender hasta la cima de su árbol particular. Si no lo consiguen se vuelven unas resentidas, y si lo logran todavía se sienten vacías por dentro. Sofía Loren hablaba en nombre de algo más que la comunidad de Hollywood cuando dijo: «Mi vida es lo que había soñado: hacer películas, estar casada con Carlo, haberle dado hijos ... una maravilla. Sólo me falta una cosa que no sé cómo describirla, pero en mi existencia hay un vacío *impossible à combler*.» A pesar de tener cuanto habían deseado, la gente se encuentra, como dijera John Lennon en su memorable canción, tullidos por dentro. Si hubiera usted de contrastar las caras que ve en el metro londinense con aquellas de los campesinos de Tanzania, notaría una diferencia enorme por el evidente, y a mi parecer real, sentimiento de realización que reflejan estas últimas. Nosotros los occidentales lo tenemos todo, y sin embargo no tenemos nada; podemos sobrevivir en nuestra vida profesional, pero no en la personal.

Un mundo privado de la verdad

Esa verdad objetiva en la cual la gente solía creer y buscaba con ahínco se ha disuelto en el relativismo: «Bueno --decimos--, esto es verdad para mí pero quizá no lo sea para ti.» La verdad se ha desvanecido dando lugar al nuevo misticismo, el cual ofrece algunas satisfacciones pero ninguna base lógica. Ha sido absorbida por el sincretismo moderno que mantiene en tensión cosmovisiones contradictorias aun cuando sean totalmente incompatibles. Se tira por la borda la ley de la no contradicción. La verdad ha desaparecido del mapa intelectual, y mucha gente se refugia en el viaje interior: de ahí la cultura de la droga, el movimiento de la Nueva Era y las mil y una sectas que surgen continuamente. A pesar de que aún se utiliza la terminología de la «verdad», ello es debido a su connotación y no a que tenga una aplicabilidad real. La moneda de la verdad todavía es de uso corriente, pero se ha devaluado. Representa sólo papel moneda que no corresponde a ningún patrón oro.

Un mundo de desesperación

La mayor parte de las veces la gente trata de escaparse de este mundo manteniéndose ocupada y no pensando en él. Al igual que sucedía con el Imperio Romano en vísperas de su disolución hay una búsqueda frenética de «pan y circo»; pero, en su fuero íntimo, las personas tienen poca esperanza para el futuro. La amenaza ecológica, el peligro nuclear, el aumento de la violencia en las ciudades, las terribles posibilidades de la ingeniería genética, la propagación del hambre y el crecimiento de la población, esos seis elementos (juntamente con otros como las tragedias en la vida de las personas), conducen a mucha gente, en un nivel más personal, a la desesperación, el aborrecimiento de sí misma y una sensación de vana impotencia o de querer acabar con todo de una vez. Y no obstante, el espíritu humano está constituido de tal manera que no puede permitir por mucho tiempo el desplome de la esperanza. ¿Pero hay alguna esperanza que tenga promesas para el individuo, la sociedad y el cosmos? ¿Existe una esperanza de fundamento sólido y creíble de esa clase? Usted y yo creemos que sí, y por esta razón debemos compartirla con aquellos que no tienen esperanza. Eso, por lo general, no se hace mejor dentro de las paredes de la iglesia, las cuales pueden traer a la memoria de la gente toda clase de recuerdos o asociaciones poco provechosas, sino donde ustedes dos pueden hablar cómodamente el uno con el otro. Y esa es la forma más básica de evangelización personal.

REQUISITOS PREVIOS

Este es el clima mental en el que vive mucha gente, y si queremos serle de cierta utilidad he aquí algunas cosas fundamentales que debemos tener en cuenta.

Debemos llevar una vida cristiana atractiva

Aquellos que están tratando de evangelizar se han dado cuenta de esto con cierto retraso. Los escándalos que han desfigurado el panorama, sobre todo en la tan difundida industria de la teleevangelización han atraído nuestra atención sobre lo que debemos ser para que la gente empiece siquiera a escuchar lo que decimos. Una manera de vivir santa, afectuosa, cordial, gozosa, compasiva ... es esencial para hacer aceptables las buenas nuevas de Cristo. Esto adoptará muchas formas distintas según la situación en la que se encuentren aquellos a quienes estamos tratando de ayudar, pero

resulta indispensable: si nuestra vida no atrae a la gente, desde luego tampoco lo hará nuestro mensaje. Y un cristianismo carente de amor, sin gozo, legalista y estrecho producirá más daño que beneficio a la causa de Jesús, ese delicioso y liberado amigo de publicanos y pecadores.

Tan importante es esto que actualmente se está abogando por un planteamiento totalmente nuevo de la evangelización, llamado «evangelización mediante el estilo de vida». Se defiende dicho planteamiento en *Lifestyle Evangelism* [Evangelización por el estilo de vida], de J. C. Aldrich, *Friendship* [Amistad], de Don Posterski, y de manera especial en *Fuera del salero*, de Becky Pippert. Este énfasis actual supone una reacción contra, por una parte, la altamente estructurada «evangelización de programa», la cual trata de proporcionar a la gente una metodología hermética, y a menudo bastante superficial, con la que disparar a sus amigos (y enemigos), y, por otra, contra esa forma de vivir insulsa, legalista, falta de amor y nada semejante a la de Cristo que caracteriza por desgracia a tantos cristianos e iglesias. Como tal, es un énfasis muy necesario. Hay mucho de verdad en el dicho de que uno sólo puede evangelizar a sus amigos, y eso es lo que dicen los «evangelistas por amistad». El estilo de vida es una esencial condición previa de la evangelización a cualquier nivel, así que este énfasis moderno, con todo lo beneficioso que es, no contiene nada nuevo, sino que constituye una vuelta a determinado aspecto del cristianismo novotestamentario que se había perdido a causa de otros énfasis. Considere a aquellos cristianos primitivos con su estilo de vida verdaderamente elocuente. Ellos manifestaban un amor tremendamente práctico, tenían un gozo rebosante, se interesaban por los pobres y los necesitados, no eran esclavos de las tradiciones, conocían a Jesús de un modo personal --esto se manifestaba en los cambios operados en su personalidad y estilo de vida--, eran generosos en extremo y completamente ajenos al materialismo de su tiempo, su compañía resultaba grata, les preocupaba la justicia y no olían en absoluto a gueto cristiano (se mantenían siempre mirando hacia afuera). ¿Evangelización mediante el estilo de vida? ¿Evangelización por amistad? Sí, ciertamente se trata de algo vital; pero hay que hacer una advertencia al respecto: por sí solo, el estilo de vida no resultará. Mucha gente lleva una vida placentera y generosa sin ninguna fe, y a menos que la vida y la palabra vayan juntas no veremos en nuestros amigos esos cambios que esperamos ver. Una vez que hemos ganado su amistad necesitamos hablar con ellos. La «evangelización mediante el estilo de vida» tiende a ser fuerte en lo relativo al comportamiento pero débil respecto a las palabras.

Tenemos que hacer preguntas sensibles y escudriñadoras

Si la gente está viviendo en un mundo básicamente sin Dios, se hallan en verdad en la senda equivocada, van tropezando en la oscuridad. Y esta sensación de soledad, frustración, alejamiento, falta de propósito, privación de amor, etc., brota de una mala actitud hacia Dios. Pero ellos no ven esto, ni nos darán las gracias al principio por señalárselo. Tenemos que ayudarles a que lo vean por sí mismos, de modo que necesitaremos mostrar una profunda compasión y comprensión por su caso tanto emocional como espiritual. Pero si nos importan, no podemos dejar las cosas ahí: hemos de hacerles preguntas escudriñadoras, preguntas que empiecen a abrirles a la posibilidad de que tal vez estén en el camino equivocado. Ya hemos examinado un poco esta cuestión en los capítulos 5 y 6. Según mi experiencia, el Dr. Francis Schaeffer era el maestro de este método socrático, y tenía un don extraordinario para, haciendo preguntas cuidadosamente dirigidas, capacitar a la gente a fin de que se diese cuenta de que su vida estaba basada en un falso conjunto de presuposiciones. Tenemos que escuchar y empatizar, pero también debemos señalar, amable pero firmemente, en qué puntos no se sostiene lo que se está diciendo. Esto puede ser muy doloroso. A nadie le gusta comprender que ha estado apoyando su vida sobre fundamentos incapaces de soportar su peso. Sin embargo, hasta que no se den cuenta de ello, ni usted ni yo llegaremos muy lejos en la evangelización. Aquí está el lugar adecuado de la apologética, la cual constituye a menudo un requisito imprescindible para la evangelización directa.

Debemos proponer una alternativa

Desde la posición en la que nos encontramos al lado de nuestro amigo debemos sugerir que podría haber una forma alternativa de ver el mundo. ¿Qué pasaría si existiese un Dios a quien le preocuparan los seres humanos? ¿Y si ese Dios hubiese realmente intervenido en nuestro mundo y, por medio de la creación, la conciencia, los valores, la personalidad, etc., estuviera tratando de comunicarse con nosotros? ¿Qué sucedería si él hubiese venido de veras a buscarnos y hubiera roto el muro de separación del que su amigo puede muy bien ser consciente? ¿Qué si Dios estuviera vivo y pudiera conocerse? No dogmatice, eso no lo conducirá a nada. Proponga un escenario alternativo. Probablemente será uno que él no haya considerado en serio desde hace años, si es que lo

ha hecho alguna vez. Y no se avergüence de abrir su Biblia con él. Me asombra ver la cantidad de cristianos a quienes les aterroriza hacer esto. No estoy seguro de si será por miedo a mostrar su ignorancia o a crear un rechazo en su amigo. Ni uno ni otro temor tienen fundamento alguno según mi parecer. Usted conoce ciertos versículos o capítulos clave de la Escritura, ¿no es así? ¿Y sabe dónde encontrarlos? Pues utilice lo que tiene y su repertorio se ampliará (particularmente con la ayuda de una organización como los Navegantes, que se especializan en la evangelización personal y en la memorización de pasajes útiles y apropiados de las Escrituras). Y en cuanto a crear rechazo en la gente, a mí eso nunca me ha sucedido. Siempre que yo no les meta los versículos por las narices, sino que los invite a acompañarme y les enseñe cómo es el cristianismo según los primeros miembros de la iglesia cristiana y el mismo Jesús, he encontrado a las personas invariablemente interesadas y en absoluto molestas. La Biblia, como sabe, tiene su propio poder y su propia urgencia; nosotros no necesitamos entrar a defender su fiabilidad antes de atrevernos a utilizarla. Sólo hemos de hacer que se conozca, se lea y se entienda. Ella realizará su propio trabajo. Porque ya sea que nuestro amigo lo sepa o no, *nosotros sabemos* que se trata de la Palabra de Dios y que alcanzará su objetivo.

Tenemos que depender constantemente del Espíritu Santo

Ninguna habilidad nuestra será capaz de guiar a Cristo a un indagador. Esa es la obra soberana del propio Espíritu Santo. Nosotros nunca sabemos si nuestros débiles intentos de dejar clara la verdad y el desafío del Evangelio para un amigo van a verse coronados por el éxito. Y lo maravilloso del asunto es que no debemos preocuparnos demasiado por ello. Nuestro llamamiento consiste en ser fieles mayordomos del tesoro del Evangelio que se nos ha encomendado. La labor del Espíritu es aplicarlo. Cuando fracasamos, deberíamos ciertamente considerar si ha habido algún error evidente o falta de amor o de franqueza de parte nuestra. Es muy posible que así sea. Por otro lado, tal vez se trate simplemente de que la cosa no estaba todavía madura y el Espíritu no iluminó por completo el asunto a la persona. Podemos confiar en que el Espíritu de Dios hará su trabajo a su propio tiempo. Nosotros no estamos llamados a ir por ahí, como Atlas, llevando el mundo sobre nuestros hombros, sino a ser testigos sensibles y felices de Cristo y a dejar que él se haga cargo de los resultados.

Debemos tender puentes continuamente

Uno de los méritos del libro de Leighton Ford *Good News is for Sharing* [Las buenas nuevas son para compartir] es que da mucha importancia a este imperativo. Además, en su propia vida Ford lo obedece resueltamente. Tiene una gracia, una sagacidad, un encanto y una sensibilidad capaces de establecer relaciones rápidas y relajadas con otras personas de una amplia variedad de trasfondos. Esa es una cualidad que deberíamos codiciar y cultivar todos. La gente necesita vernos, no sólo como ejemplos de lo que Cristo puede hacer, sino también como personas puente que los ayuden también a ellos a llegar allí. ¡Cuán a menudo oigo a alguien decir: «Michael, me gustaría tener tu fe!» Y yo le contesto que precisamente tiene mi fe, pero que está puesta en el lugar equivocado. Eso a menudo lo estimula a examinar de qué manera puede colocarla en el sitio debido.

Leighton Ford hace algunas afirmaciones útiles acerca de esta forma de tender puentes. Dios quiere que yo sea su persona (esto resulta fundamental, de otro modo no podría utilizarme), pero igualmente desea que sea yo mismo y no trate de copiar a otros o imitar sus dones. El es el Dios de la variedad infinita, y puede usar cualquier tipo de personalidad. Resulta importante que nos aceptemos a nosotros mismos para ayudar a otros a encontrar la gratuita y liberadora aceptación de Dios. Y Ford sigue instando a los futuros constructores de puentes a olvidar el castillo del gueto cristiano y a extenderse en una amistad auténtica hacia las personas que todavía no creen en Jesucristo. Asimismo sugiere algunas respuestas juiciosas si la gente nos invita a acontecimientos que van en contra de nuestros principios. En vez de decir: «Yo no hago eso», ¿por qué no invitarlos a la vez a alguna actividad común alternativa? Y Leighton Ford tiene razón al advertir contra el carácter acaparador de las actividades de muchas iglesias, las cuales dejan poco tiempo para cultivar relaciones con otros que no sean cristianos. Debemos amar a la gente, y hacerlo de un modo práctico, si queremos tener la posibilidad de compartir con ellos a Cristo, a ese Cristo que lavó los pies sudorosos de sus discípulos. Y también debemos mostrar que somos personas tan dispuestas a recibir como a dar. No olvidemos nunca que el propósito de los puentes es que se crucen; no basta con construirlos. Pero ¿de qué manera podemos empezar a hacerlo?

UN ENFOQUE FLEXIBLE

Hace años, en los círculos del Consejo Mundial de Iglesias, había un dicho: «Que sea el mundo quien fije el programa.» A pesar de

sus insuficiencias como proyecto cristiano completo, este planteamiento tiene un verdadero mérito cuando se aplica a la evangelización personal. Simplemente resulta desastroso que nos pongamos a hablar con alguien armados de una fórmula estándar. Debemos considerar todos y cada uno de los caminos que existen para llevar a Cristo a la gente. La flexibilidad con la que el Nuevo Testamento presenta su mensaje es enorme, y no hay ninguna excusa para que nosotros nos mostremos inflexibles.

Es muy posible que se produzcan contactos ocasionales, y debemos echar mano de inmediato a esas oportunidades pasajeras porque tal vez no vuelvan a repetirse. La franqueza, el humor, la sensibilidad y el amor constituyen los principales ingredientes para hacerlo, juntamente con un dejo de esa sal o un foganazo de esa luz que Jesucristo ha traído a nuestra vida. A veces pienso que puede compararse con la astucia de quien pesca con mosca, el que lanza su insecto sobre un pez y si éste está hambriento lo ingiere; en caso contrario el pescador avezado no continúa azotando el agua, sino que sigue adelante sabiendo que alguno de esos días el pez picará. No somos llamados a tomar por asalto las puertas de la incredulidad, sino a avanzar humilde, sensible y vigilantemente tras el Espíritu Santo, y a estar listos para dar una palabra en sazón cuando él abra el camino. La oportunidad de hacer girar una conversación puede muy bien presentarse después de un programa de televisión o una película, o tal vez durante una discusión sobre algún tema moral como el aborto o los beneficios de las grandes empresas. El llevar una insignia discreta o dejar por la habitación alguna revista cristiana puede dar lugar a una buena charla. El testimonio sencillo de la realidad de Jesucristo en su propia experiencia tiene mucho poder. Un «yo he comprobado...» no es algo que pueda rebatirse; después de todo lo que usted aporta a la conversación es su propia experiencia. El otro deberá hacer con ella lo que mejor le parezca.

En ocasiones la persona con quien estamos hablando se quedará callada y no querrá seguir la conversación. Vale la pena dejar ahí el asunto, pero simplemente déle algo sobre lo cual reflexionar: «Muy bien, dejemos esta cuestión ... Pero creo que eres un poco miope.» Sobre todo sea natural. Haga lo que le parezca oportuno.

Algunas veces descubrirá que su amigo tiene muchas ganas de abrirse y de discutir las cosas. Tal vez durante algún tiempo haya estado deseando en secreto hablar de la fe cristiana sin encontrar una oportunidad hasta el momento. En tal caso déle libertad, sea un buen oyente y comience desde ahí. Otras veces verá que, como respuesta a su iniciativa, se saca a colación uno de los tantos temas trillados. Es muy posible que eso sea una táctica para mantenerlo a

distancia. Entonces, cierto toque de humilde buen humor y una breve pero inteligente respuesta dejará abierto el camino para otra ocasión. Otras veces aún, es necesario traspasar la cortina de humo y revelar la pobreza de la excusa que se da, pero sería prudente no hacer esto en público. A la gente nunca se la ayuda a progresar humillándola. Naturalmente, puede que la persona esté lista para una charla seria en ese mismo momento; de ser así deje cualquier otra prioridad y siga la corriente. Trátela como trataría a un amigo.

Y en cuanto a los amigos, a menudo hay que recorrer un buen trecho para llevarlos a los pies de Cristo. Necesitamos ganarnos el derecho a hablar por medio de la solicitud, los intereses compartidos, la oración y el testimonio silencioso de nuestra vida. A medida que vaya pasando el tiempo descubriremos cómo funciona y dónde vive espiritual e intelectualmente nuestro amigo. Como vimos en el capítulo anterior, vale la pena intentar descubrir la necesidad que siente una persona en su vida, y relacionar con ella a Jesucristo. Alguna gente sostendrá que no siente necesidad alguna; en tal caso no es prudente intentar fabricarla. Entonces acometa el tema de la verdad: ¿Vino o no vino Jesucristo de Dios? ¿Resucitó o no resucitó de los muertos? Si estas cosas son ciertas, entonces no se trata simplemente de sentir necesidad. En caso de que Jesucristo sea Dios y haya venido a este mundo por causa de gente como nosotros, es que estábamos necesitados, profundamente necesitados, nos demos o no cuenta de ello.

Después de descubrir dónde *se encuentra* nuestro amigo, tenemos que tratar de estimular su deseo. Jesús no es nunca aburrido, ni nuestra conversación acerca de él debería serlo tampoco. Fascine a su amigo manifestándole lo que él no se espera: que Jesús está vivo y es enormemente pertinente para su vida diaria. Cuénteles algo relacionado con la diferencia que Cristo ha supuesto para usted y para otras amistades que ambos comparten. Procure pensar en algún pasaje bíblico en el cual Jesús se acercara y cautivase a una persona de su estilo. Observe la flexibilidad del propio enfoque de Cristo con distinta clase de gente. Con Nicodemo, un teólogo insulso que se lo sabía todo, habló del revolucionario concepto de un nuevo nacimiento (Jn. 3). A la mujer samaritana, desencantada de los hombres y de la condición de parias en la que se consideraban los naturales de Samaria, Jesús le ofreció una aceptación generosa: bebió del mismo recipiente que ella, demostrando así su falta de prejuicios, y le habló de la cristalina agua interior de vida que podía transformar su penosa caminata diaria hasta el pozo (Jn. 4). Al ladrón que moría a su lado en terrible agonía, con la fe en que iba a recibir un reino después de la muerte, Jesús le ofreció el alivio y el

gozo de estar con él en el paraíso, el huerto de Dios, ese mismo día (Lc. 23). Esto fue algo tanto más grato cuanto que las víctimas crucificadas a menudo pasaban días enteros agonizando. O piense en Zaqueo, tan consciente de la hostilidad y la marginación que sufría, y tratando de resarcirse de su soledad mediante ganancias deshonestas. Jesús se ofrece para ir a comer con él (Lc. 19). ¡Me pregunto cuánto tiempo haría que no le habían propuesto tal cosa! O en el hombre paralítico necesitado de sanidad, pero más aún de perdón, lo cual Cristo sabía y al que tocó en esa área cruda e insospechada de su vida produciéndose luego la sanidad (Mr. 2). O recuerde a la mujer sorprendida en el acto de adulterio, la cual no necesitaba que se le mencionase su culpa (Jn. 8): lo que la dejó boquiabierta fue la generosa palabra de perdón que le dio Jesús.

Como puede usted ver, un enfoque totalmente distinto en cada ocasión, pero apropiado para el individuo del que se trataba. Nosotros no acertaremos todas las veces --lejos de ello--, pero vale la pena ponerse ese objetivo. Jesús es el camino a Dios, y no obstante hay muchas sendas que llevan a Cristo. El temor, la esperanza, la confianza y el amor son cuatro de las principales fuerzas motivadoras de la humanidad, y pueden muy bien proporcionar una forma de llegar al corazón. Algunas personas son muy miedosas, y a veces quizás estaría bien trasladar su temor a un plano diferente. Existe tal cosa como el debido temor de Dios (Lc. 13.1-5). Pero si vamos a seguir esa línea de conducta habremos de ser sumamente sensibles y recordar que el amor echa fuera el temor (1 Jn. 4.18). Mucha gente es optimista por naturaleza, pero tiene poca base para su optimismo. En Cristo, quien ha entrado en el cielo por nosotros, hay una esperanza que constituye el ancla firme del alma, y no debemos tener ningún reparo en afirmarlo (He. 6.19). A las personas confiadas, que tan a menudo son víctimas del engaño a causa de su carácter bonachón, señáleles Aquel que es absolutamente digno de confianza y que jamás les fallará (Ro. 5.1; Jn. 6.37). Y los individuos afectuosos y amantes con quienes nos encontramos, se sentirían sumamente ayudados y cortejados por el amor de Jesús que los busca a pesar de lo poco que le han respondido hasta ese momento (Jn. 3.16; Gá. 2.20). Averigüe la forma apropiada de llegar al corazón de cada persona.

Es de la mayor importancia que uno se cerciore de que está logrando comunicarse. A menudo los cristianos creen que están haciéndolo, cuando no es así, de modo que la gente escucha pero no entiende. Hemos de traducir tanto nuestro lenguaje como nuestra manera de pensar a aquello que tiene sentido para nuestro amigo; utilizar abundantes ejemplos del ámbito de su experiencia;

tener un pie en el Nuevo Testamento y otro en el mundo dramático, musical, intelectual y social de la persona. Si tenemos el interés suficiente nos aseguraremos de ser comprendidos; más aún, de no dar lugar a ser malinterpretados.

Y luego deberemos relacionar a Jesucristo con la persona a la que hemos estado «investigando».

¿Se trata de un testigo de Jehová? En tal caso conoce muy bien ciertas partes de la Biblia pero básicamente le falta esperanza y estará confiando en sus propias buenas obras para que le reconcilien con Dios. En esta coyuntura podría ser muy útil el tratamiento que hace Pablo de la justificación en Romanos.

¿Es un humanista? La variedad optimista de este grupo rechaza la autoridad, los valores absolutos y desde luego la vida futura, y se especializa en el amor y la bondad. No choque con su amigo. Señálele al ser humano perfecto, y explore con él las enseñanzas, el carácter y las normas de conducta del hombre de Nazaret. Es muy posible que pronto se dé cuenta de que, si es sincero, no puede cumplir sus propias normas elevadas, ni tiene ningún fundamento racional genuino (como ateo) para creer en la supremacía del amor. Pues bien, usted puede indicarle algunos de esos fundamentos.

¿Se trata de un existencialista? Muchos de ellos son humanistas del tipo dado al pesimismo. No hay necesidad de hablarles acerca del pecado y la falta de vida, ya que conocen muy bien la oscuridad y la desesperación del hombre moderno. Una persona así estará buscando significado, identidad, relación ... Muéstrole que puede encontrarlos en Jesús. Probablemente él crea que el cristianismo consiste en asentir a ciertas proposiciones bastante improbables, o a lo sumo en intentar vivir según esos ideales. Explíquelo que la fe cristiana implica relación, compromiso y vida nueva, conceptos todos ellos de los que sabe mucho y entiende muy bien.

¿Es un científico? Muéstrole la sólida evidencia que está en la base de las pretensiones cristianas. Tiene acceso a ella en los Evangelios. Déjelo que lleve a cabo un experimento: Jesús afirmó que su enseñanza provenía de Dios, y que si alguien tenía una voluntad abierta conocería la verdad (Jn. 7.17). Y el Evangelio de Juan se escribió con el objeto de aportar esa evidencia procedente de un testigo ocular, explicar por qué había creído dicho testigo, y dar un punto de partida para que las generaciones posteriores se entregasen a Cristo (Jn. 20.31). El examen de la evidencia, el compromiso con la teoría de que dicha evidencia es fiable y la subsiguiente verificación de ella es genuina metodología científica. No crea que los científicos realistas son difíciles de ganar para Cristo. Ese no es el caso si se les muestra la evidencia, se los convence de la

fiabilidad de ésta y ellos se comprometen con dicha evidencia como lo harían con un posible adelanto científico.

¿Es su amigo una persona apática? Muéstrole la falta de integridad que hay en esa postura. Las pretensiones cristianas tienen consecuencias monumentales. El encogerse simplemente de hombros y decir «tal vez» no es una respuesta aceptable para nadie que afirme apreciar la verdad, ni tampoco una reacción agradecida de parte de alguien que profesa valorar el amor.

¿Se trata de alguien solitario, apático, esquizoide o infeliz? Explíquelo por medio de los relatos evangélicos el cambio que puede suponer y que ha supuesto Jesús en tales situaciones. Es importante que no seamos exagerados al hacerlo. Cristo se ofrece a compartir con nosotros nuestras situaciones: no siempre quita las dificultades, pero sí nos da la gracia suficiente para sobrellevarlas.

Ya ha ganado usted la confianza de su amigo, descubierto la postura básica que tiene, estimulado su deseo y relacionado a Jesús con su situación; ahora ha llegado el momento de abrirle poco a poco los ojos a la causa fundamental de todo su malestar: se encuentra desconectado de Dios. El Nuevo Testamento emplea diferentes palabras para esta enfermedad humana del pecado con la que todos nacemos y por la que todos nos dejamos vencer. Habla de *hamartia* (no satisfacer los criterios de Dios), de *parabasis* (quebrantar las reglas divinas), de *akrasia* (falta de dominio propio) y de *anomia* (rebeldía). No es extraño que las cosas se tuerzan con esta enfermedad en nuestra vida. Dios nos parece irreal, o tal vez una amenaza. Necesitamos reconciliarnos con él; y con generosidad suprema él lo ha hecho posible.

APRENDAMOS DE JESÚS ... Y DE FELIPE

Llegados a este punto podría resultar útil ver cómo el mismo Jesús abordaba esta delicada tarea de atraer a la fe a un individuo. Tal vez el ejemplo más célebre de los Evangelios sea el de Juan 4, donde Cristo mantiene un diálogo con una mujer de Samaria. Se trata de un pasaje muy conocido y sobre el que se predica con frecuencia, pero que ciertamente tiene algunas lecciones importantes que enseñarnos.

Primeramente, es claro que en el interior de Jesús había un fuego ardiente, un deseo apasionado de compartir las buenas nuevas del Reino, así como el presentimiento de que sería con alguien de Samaria. «Le era necesario pasar por Samaria», leemos en el versículo 4. Pero realmente no tenía por qué hacerlo. Si bien es cierto

que la ruta directa atravesaba esa región, las relaciones entre judíos y samaritanos eran tan malas que los hebreos ortodoxos se tomaban la molestia de dar un gran rodeo para evitar la contaminación que supondría el entrar en dicha zona de raza y religión mezcladas. Sin embargo no sucedía lo mismo con Jesús, quien sentía pasión por alcanzar a los necesitados.

En segundo lugar, puedo ver que Cristo se molestó por un solo individuo (v. 7), saltó las convenciones hablando con una mujer a solas, desafió al agotamiento (v. 6), y aceptó aquella oportunidad cuando seguramente menos ganas tenía.

En tercer lugar, por muy curioso que sin duda le habrá parecido a la mujer, Jesús le pidió a ésta que le hiciese un favor (v. 7). Esa es muchas veces la forma de ganarse la confianza de alguien y, a su debido tiempo, su corazón.

En cuarto lugar, Jesús comenzó por aquello en lo que ella estaba interesada: el agua. Esa mujer no buscaba ninguna conversión espiritual: había ido en busca de agua. Y con sumo tacto y sagacidad Jesús la hizo avanzar desde allí. Hay que aprovechar las vías naturales que se nos presentan.

En quinto lugar, despertó la curiosidad de la mujer e hizo que ésta sintiera sed espiritual: «Si conocieras --dijo Jesús-- ... quién es el que te dice: Dame de beber... » (v. 10). Debemos buscar maneras de conseguir esa curiosidad inicial que hará que la persona avance en la dirección debida. La adoración es una de esas maneras, y el testimonio otra; y si hay una sanidad o una lengua con interpretación, o una declaración profética --y en nuestros días estas cosas se dan en muchos círculos cristianos--, a menudo eso también producirá la curiosidad inicial en individuos que aparentemente no tienen ningún interés.

En sexto lugar, lo siguiente que resulta obvio en este pasaje es la forma en que Jesús comienza a entusiasmar a la mujer con las posibilidades de una verdadera vida espiritual. La «fuente» de agua viva en su propio corazón reseco debió ser una imagen poco menos que irresistible para ella, tan cansada de la penosa caminata hasta el pozo. Y ese entusiasmo hizo posible que la mujer se conformase con una respuesta muy breve a la pregunta que había planteado en cuanto al lugar apropiado para adorar, algo un poco ajeno al tema del que estaban hablando.

En séptimo lugar, observo que Jesús no sintió vergüenza de señalarle su pecado. Lo hizo con mucha cortesía y tangencialmente (v. 16), pero también con firmeza. Para que la gente se dé vuelta y encuentre a Cristo, tiene que haber un acto de arrepentimiento. Por así decirlo, no podemos comer a su mesa sin lavarnos las manos.

En octavo lugar, la mujer tenía una dificultad que planteó entonces (v. 19). No hay duda de que se trataba de un verdadero problema para ella, pero el exponerlo en ese momento sugiere que quizá haya sido también una especie de cortina de humo. Yo creo que podemos suponer que la mujer no quería que Jesús continuara indagando en sus asuntos matrimoniales. El Señor contestó a su pregunta --se tratase o no de una evasiva-- con gran concisión, y trajo de nuevo a la mujer al tema que el mismo había planteado: el agua de vida y lo que ella pensaba hacer al respecto.

En noveno lugar vemos a Jesús guiando a la fe a aquella mujer con gran sencillez y mano segura. La fe en cuestión no estaba muy bien formulada, ni era muy extensa. Tenía un contenido indudablemente deficiente, pero bastó para que ella y el Salvador iniciaran el contacto. La mujer albergaba alguna idea de quién era Jesús (v. 26), y tenía cierta vislumbre de la transformación que él podía efectuar por medio de aquella «agua viva» (v. 14). Eso era más bien todo: no mucho, pero suficiente. Uno no necesita conocer de cabo a rabo la *Institución* de Calvino o la *Suma teológica* de Santo Tomás antes de llegar al compromiso cristiano. A menudo el contenido de la fe puede ser mínimo. Pero el encuentro es siempre crucial, como sucedió con aquella mujer.

Y en décimo lugar, este instructivo relato concluye con dos hechos encantadores. Primeramente vemos que la mujer, entusiasmada de veras con Jesús, da testimonio a otros de lo que había empezado a descubrir (v. 29). Ese es con mucha frecuencia el resultado de que alguien encuentre a Cristo: no puede guardar silencio al respecto sino que desea comunicarlo a los demás. Y luego descubrimos a los hombres de Samaria que responden a su vez a Jesús (vv. 39-42), en parte como consecuencia de lo que la mujer les había dicho y en parte por haberle conocido ellos mismos.

El relato entero es un modelo maravilloso de evangelización personal, una lección del propio Maestro.

Pero si nos parece que no podemos siquiera pensar en igualar las habilidades de Jesús, echemos un vistazo a Felipe tal como se nos presenta en Hechos 8. Evidentemente, Lucas quiere que lo consideremos como un modelo de esa campaña de evangelización personal de los primeros cristianos que tanto influyó en la propagación de la iglesia.

Ante todo Felipe era un hombre que tenía contacto con Dios (vv. 26, 29, 39), y el Señor podía guiarlo porque él permanecía en Cristo y era sensible a su voz.

En segundo lugar, esa sensibilidad lo llevaba a obedecer (vv. 26-27). Felipe fue adonde se lo ordenó, y respondió al suave impulso

del Espíritu Santo para abandonar Samaria y desplazarse lejos hacia el sur, aunque le hubiera resultado muy fácil aducir buenas razones para no hacer aquello que Dios le estaba diciendo que hiciese.

En tercer lugar, se trataba obviamente de un hombre humilde. Aunque era uno de los siete «diáconos» de Hechos 6, Felipe había descubierto claramente que sus dones más importantes no estaban en la administración sino en la predicación, y la primera parte del capítulo 8 del libro de los Hechos abunda en las proezas que realizó en Samaria, donde parece haber habido algo semejante a un avivamiento. Tal vez estuviera recogiendo lo que Jesús había sembrado allí. De cualquier modo, Felipe estuvo dispuesto a dejar atrás todo eso, abandonar el centro de la escena y viajar más de cien kilómetros, internándose en el desierto, sin perspectivas de encontrar un auditorio, sólo porque una persona en aquel lugar lo necesitaba (algo que él ni siquiera sabía). No le importó ser el siervo de un eunuco etíope por amor de Cristo. Ciertamente Felipe no tenía nada de remilgado, ni de difícil.

En cuarto lugar, Felipe era un entusiasta (v. 30): uno tiene que serlo para correr a aquel desierto donde la temperatura puede alcanzar los sesenta grados a la sombra. Su celo debió brotar, en el fondo, de comprender la necesidad de aquel hombre --sin Cristo y sin esperanza-- mientras avanzaba en su carro leyendo en alta voz. Algo de la propia compasión de Jesús se apoderó de Felipe y lo incitó a la acción.

En quinto lugar, se trataba de alguien con tacto: una virtud que no siempre acompaña al entusiasmo. Así que no actuó precipitadamente, sino que escuchó, hizo muchas preguntas y ofreció sus servicios (vv. 30-35). Luego comenzó precisamente desde donde se encontraba aquel hombre. Un tacto como ese brota del amor, de un interés real por la gente.

En sexto lugar, Felipe estaba bien informado. Conocía lo suficiente su Biblia como para reconocer el pasaje que se leía en voz alta de un modo tan sorprendente al aire del desierto. Pertenecía a Isaías 53, y él pudo utilizarlo muy bien como trampolín para predicar a Jesús. No hay atajos que eviten el aprender de memoria al menos unos pocos pasajes de la Escritura con el objeto de poder utilizarlos para ayudar a otros. Naturalmente, ¡no todo contacto ocasional estará leyendo Isaías 53! Pero de cualquier forma la idea es válida: debemos estar preparados para el enfoque que nos sugiera la situación en la cual se encuentran aquellos a quienes tratamos de servir.

Por último Felipe era muy directo (v. 35), y le transmitió a aquel hombre necesitado, pero buscador, no ideas o doctrinas religiosas, sino a Cristo: la persona viva y amante de Jesús. La franqueza parece

haber sido un rasgo característico de Felipe (vv. 5, 12), y todavía resulta eficaz si la utilizamos con amor. Ciertamente Jesús mismo debe constituir la esencia de lo que tenemos que comunicar a la gente. El, y sólo él, puede transformar la vida de las personas.

EL PAPEL DE COMADRONA

Cabe esperar que en nuestra conversación con un amigo o amiga llegue el momento en el cual podamos realmente ayudarle a él o a ella a cruzar la frontera de la fe en Cristo. A veces tenemos el inmenso privilegio de servir de comadronas en un nacimiento, y cada nacimiento es especial: un incomparable portento. Cuando se expresa de esta manera resulta fácil ver dos errores opuestos en los que podemos caer. El primero sería tratar del mismo modo todos los nacimientos: con competencia profesional, pero omitiendo las necesidades individuales y siendo ciegos a la gloria de lo que sucede. Esto resulta triste, y potencialmente desastroso, sobre todo si hay algunas complicaciones en el parto, ¡y espiritualmente por lo general suele haberlas!. El otro error consistiría en ser llamado para actuar de comadrona y no tener la menor idea de lo que debe hacerse. A algunos ministros les pasa esto con los nacimientos espirituales, lo cual no es ninguna posición envidiable. De modo que de alguna manera necesitamos tener, por un lado, la flexibilidad de Jesús o de Felipe y, por otro, alguna idea de cómo se lleva a una persona de la incredulidad a la fe. No debemos ofrecer a la gente un paquete elaborado de antemano, pero tampoco ser como ese pescador a quien su mujer preguntó al volver a casa: «¿Cuántos peces has pescado?» Y tuvo que responder: «En realidad ninguno, pero he influido en muchos de ellos.»

Por lo tanto, lo que sigue no debe considerarse como una técnica (no somos manipuladores sino presentadores). Hemos llegado al punto de la conversación en el cual nuestro amigo desea auténticamente comenzar una relación con Cristo, ¿cómo podemos ayudarlo?

En este momento yo, por lo general, tengo presentes cuatro cosas. Por muy flexible que sea mi enfoque del asunto, por mucho que me distraigan las preguntas o las preocupaciones de mi interlocutor, hay cuatro cosas que parecen ser esenciales si la otra persona ha de llegar a conocer a Cristo. Tiene que *admitir* algo (su insuficiencia y las consecuencias de ésta), *creer* algo (que Dios en Cristo ha hecho todo para su restauración), *considerar* algo (el costo total de ser un discípulo) y *hacer* algo (extenderse en fe y apropiarse personalmente del don ofrecido).

Admitir algo

Nuestro amigo necesita que le hagamos comprender que padece la «enfermedad humana» del pecado, la cual consiste en quebrantar la ley de Dios, no satisfacer sus criterios, y rechazar su amor y su autoridad sobre nosotros (1 Jn. 3.4; Stg. 4.17; Jn. 3.18). Las consecuencias de esta enfermedad son muy graves: estamos enemistados con Dios (Is. 59.1-2; Ef. 2.1) y somos esclavos del egocentrismo (Jn. 8.34; Tit. 3.3). La dolencia es mortal si no se trata (Ro. 6.23). Y para comenzar una relación viva con Cristo, nuestro amigo necesita admitir la verdad de esta diagnosis bíblica del problema fundamental de su vida. Debe reconocer que es culpable ante Dios y estar dispuesto a que las cosas cambien. Nada que él pueda hacer servirá para remediar esta mala situación: incluso si pudiera llevar una vida perfecta de hoy en adelante, eso dejaría aún sin mitigar la culpabilidad del pasado. Como señala lacónicamente la epístola a los Romanos: «No hay justo, ni aun uno» (Ro. 3.10). Y un Dios que es santo, sencillamente no puede pasar esto por alto. No tolera la corrupción en su santa presencia, lo cual es razonable.

Crear algo

Como vimos en la entrevista de Jesús con la mujer samaritana, el contenido de la fe no es necesariamente extenso pero sí exigente. Ciertamente no se puede ser cristiano sin reconocer quién es Cristo: nada menos que Dios que ha venido a rescatarnos. La confesión bautismal más antigua era: «Jesús es Señor.» Eso realmente lo dice todo: equivale a proclamar que Jesús (y el término *significa* «Dios viniendo al rescate») es exaltado como Señor sobre todas las cosas. Aquel que se encarnó por nosotros y que murió en una cruz por nosotros vive para siempre mediante la resurrección y exige nuestra lealtad. Debemos concedernos tiempo para explicar a nuestro amigo que Jesús vino a enfrentarse con ese hecho del pecado humano, que murió en la cruz para expiar la culpabilidad de dicho pecado y resucitó de los muertos a fin de quebrar su poder. Tendrá usted que dedicar algún tiempo a explicarle la cruz. Poca gente comprende la esencia de ésta, y no es extraño, ya que constituye el misterio supremo. Pero se trata de algo más que de un ejemplo de lo mucho que Dios nos ama, y no es simplemente el final violento de un hombre bueno, ni el caso de un mártir que soporta estoicamente su suerte. Es Dios mismo encargándose de nuestros pecados y llevando sobre sus propios hombros el peso de ellos. Ciertos versículos bíblicos (como Ro. 5.8; 2 Co. 5.18, 21; Gá. 3.10,

13; Mr. 10.45) son de ayuda para mostrar algunos aspectos del misterio. A mí me parece casi increíble que Dios amara a gente como nosotros hasta el punto de venir a nuestro medio y rebajarse a sufrir la muerte más horrible que jamás haya sido ideada por la brutalidad del hombre. Es más, que permitiera que la maldad del mundo fuese vertida en una concentración infame sobre su cabeza inmaculada. Pero lo hizo; y por eso el Viernes Santo es bueno para nosotros a pesar de lo terrible que resultó para él. Por eso podemos exclamar con júbilo confiado: «Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8.1). Sin embargo, uno de los versículos que encuentro tremendamente útil para llevar a la gente hasta el corazón de lo que Cristo hizo por ellos en la cruz es 1 Pedro 3.18: «Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.» Enormemente sencillo y sumamente claro. El que sufría en aquella cruz no era otro que el Cristo al cual el mundo había estado esperando desde el huerto del Edén. Fue el supremo rescatador quien acabó colgado en desnuda agonía sobre aquel terrible madero. ¿Y por qué estaba allí? «Por los pecados.» El, el justo, ocupó el lugar que nos habría correspondido a nosotros, los injustos, si el Dios santo nos hubiese dado lo que merecíamos. ¿Y por qué fue necesario? «Para llevarnos a Dios.» De haber existido alguna forma menos terrible podemos estar seguros de que él la habría utilizado; pero no la había. Allí, en la cruz, hizo lo que se necesitaba para volver a traernos a aquel de quien con tanto empeño deseábamos permanecer alejados. Y sucedió «una sola vez». La palabra griega no significa «en una ocasión», sino «de una vez por todas». El trabajo ha sido hecho, el rescate está consumado. La muerte de Cristo puede limpiar nuestro historial pasado y culpable, y su resurrección liberar en nuestra vida el poder preciso para efectuar un cambio radical. El resucitado se ofrece a venir y hacer su morada en nuestra vida liberando así en nosotros el poder de su resurrección (Ro. 5.10; 1 P. 1.5; Fil. 4.13). El romperá progresivamente las ataduras de la obstinación que nos esclavizan y nos dejará libres para que seamos hijos e hijas en su familia (Jn. 8.36). Eso es lo que se nos pide que creamos. No son muchas cosas, pero sí tienen gran trascendencia.

Considerar algo

Debemos considerar el costo del discipulado. La entrada a la vida cristiana es gratuita, pero la suscripción anual nos cuesta todo cuanto poseemos. Jesús no es meramente Salvador: El es Señor. Nos ahorraremos muchos problemas posteriores, tanto a nosotros mismos como a nuestro amigo, si dejamos bien claro desde un

principio que seguir a Cristo será algo costoso. Jesús lo estableció muy claramente en Lucas 14.25-35, un instante después de haber enfatizado en la parábola de la gran cena que el Reino es gloriosamente gratuito para todos los que vienen a él. Cristo pidió a las multitudes que considerasen si estaban preparados a hacer frente a la obediencia a su persona incluso por encima de la familia y el yo. ¿Estaban dispuestos para una vida de entrega? ¿Estaban listos para enfrentarse a la oposición y soportar el hecho de ser un movimiento minoritario? ¿Se atrevían a ser sal en la sociedad? Estos fueron algunos de los elementos relacionados con el costo del discipulado que Jesús destacó.

Naturalmente todo esto pertenece al futuro: su amigo no puede tener en el momento del compromiso una idea realista de lo que va a costarle, como tampoco una pareja de novios saben cuánto les costará permanecer fieles el uno al otro en la riqueza o en la pobreza, en la salud o en la enfermedad ... Pero en principio debe existir esa disposición de poner al otro por delante contra viento y marea. Y lo mismo sucede con el compromiso cristiano. Jesús mismo lo dejó muy claro en Mateo 6.24: «No podéis servir a Dios y a Mamón [el dios cartaginés de las riquezas]». Resulta costoso ser cristiano --no debemos ocultar ese hecho--, pero también lo es el rechazar a Cristo, costoso de verdad. Es interesante que, a pesar de las exigencias del compromiso mutuo de por vida, la mayoría de los matrimonios no consideren dicho compromiso algo prohibitivo. Yo a menudo resumo el asunto en tres preguntas: ¿Está usted dispuesto a permitir que Cristo limpie su vida de cosas malas? ¿Está listo para poner a Cristo en la casilla número uno? ¿Está preparado para que se lo conozca como cristiano y para unirse a la iglesia? Eso será lo máximo que la persona alcance a ver por el momento.

Hacer algo

Su amigo necesita recibir ese don que es Jesucristo. Todos los otros dones de Dios vienen envueltos en él (Ef. 1.3). En el Nuevo Testamento hay muchas metáforas sobre la manera en que nos encontramos nosotros (con nuestras debilidades) y Cristo (con su amor). Nosotros «creemos en Jesús» (Jn. 3.16), entramos «en Cristo» (Ef. 2.12-13), aceptamos el veredicto jurídico de exculpación (Ro. 8.1), somos «adoptados» (Gá. 4.5), «tenemos entrada» (Ef. 2.18), «venimos a Cristo» (Jn. 6.37). A menudo, llegado este punto de la discusión, me resulta útil empezar con Juan 3.16, por tratarse de un versículo que subraya el gran amor de Dios, la verdadera necesidad humana y la importancia de un paso de fe. Además tiene la ventaja de que probablemente sea el versículo más conocido de

toda la Biblia. Es posible que mi amigo piense que «cree»; de manera que lo llevo una página atrás, hasta Juan 1.12, para explicarle lo que significa «creer» según la terminología bíblica. Creer equivale a «recibir». Tal vez él tenga en la cabeza ciertas creencias sobre Jesús, pero nunca lo ha recibido en su vida: su fe en Cristo es intelectual, no volitiva. Asiente pero no se compromete. Vale la pena aclarárselo bien. Muéstrole un billete de banco y dígame: «¿Crees que esto es para ti?» El sonreirá y contestará: «Sí», sin realizar ningún movimiento. Entonces responda: «¡Pues no crees en absoluto!», y retire el billete. En poco tiempo su amigo captará la idea: la fe real significa recibir. El billete llega a ser suyo en realidad cuando él extiende su mano y lo toma. Eso es exactamente lo que necesita hacer con el don divino de Dios: el Espíritu de Jesús. Y antes de seguir adelante, utilizo Juan 1.13 para mostrarle cómo *no* se entra en la familia de Dios, ni se llega a ser hijo suyo. Uno no nace en esta familia «de sangre» --nunca es algo que acompaña automáticamente al linaje ni a la nacionalidad--, ni «de voluntad de carne» --ningún esfuerzo, cilicio, abnegación u observancia religiosa puede hacer de usted un hijo de Dios--, ni tampoco de «voluntad de varón» --nadie puede realizarlo a su favor, ya sea padre o ministro religioso--, sino «de Dios». Solamente él nos adopta en su familia junto con su solo y único Hijo: Jesucristo. Y lo hace con aquellos que «reciben» a Jesús. ¿Pero cómo lo hace?

Apocalipsis 3.20 es un versículo que ha guiado a muchos a la fe, debido a lo básico y claro que resulta su lenguaje figurado. Forma parte de una comunicación del Cristo resucitado para la iglesia en Laodicea por medio de su siervo Juan. Dicha iglesia es muy formal, y sus miembros se felicitan diciendo: «Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad.» Pero no se dan cuenta de que cada uno de ellos es «un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo». Y Cristo les ofrece satisfacer su necesidad con «oro ... para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y ... colirio, para que veas». Pero tal como están las cosas, Jesús se encuentra excluido. Esta es la paradoja de una iglesia que lo tiene todo menos a Cristo; y Jesús les dice que deben darse prisa y arrepentirse. Luego habrán de recibirlo en su vida como harían con un visitante que llega a su ciudad o a su casa: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Ap. 3.20). Jesús es el único que puede dar vida y realidad a esa comunidad que asiste a la iglesia pero se encuentra espiritualmente muerta. Y él está afuera, llamando. Tiene la mano marcada por una cicatriz. Murió por ellos y vive para que las cosas

sean distintas en la vida de ellos; lo único que deben hacer es dejarlo entrar. De ellos depende.

La metáfora es excelente y maravillosamente clara. Su amigo captará en seguida la idea: comprenderá que él también ha dejado a Cristo fuera de su vida. Tal vez haya sabido de él, creído cosas acerca de él, pero jamás lo ha «recibido», nunca lo ha dejado entrar. Y lo estupendo de esta ilustración es que se trata de algo más que de un ejemplo, ya que cuando una persona abre su vida a Jesús, el Espíritu—invisible pero real— del Señor *entra* de veras en ella. La imagen no es sólo ilustrativa sino ontológica: algo sucede, la persona no sigue siendo la misma, el Espíritu de Cristo ha entrado en ella.

Algunos objetan la utilización de este versículo porque fue escrito para una iglesia, y por lo tanto no puede iluminar la entrega inicial a Cristo. Permítame discrepar. La cuestión con aquella iglesia era que se trataba de una iglesia sin Cristo. El Salvador estaba excluido por la insensata autosuficiencia de sus miembros. Su posición era muy semejante a la de los no comprometidos, aunque fuesen al culto. Los religiosos y los paganos se encuentran exactamente en el mismo nivel si no han «recibido» a Jesús o «creído» en él; en resumen: si no le han pedido que entre en su vida.

De modo que no resulta difícil decirle a su amigo que puede pensar en la casa, según la metáfora de Apocalipsis 3.20, como su vida. El Señor que hizo esa casa y volvió a comprarla cuando había sido arrebatada deliberadamente de su propiedad, ahora está a la puerta llamando para que lo dejen entrar. Él quiere que su propia luz brille a través de la ventana de la casa, pero no actuará sin que el inquilino esté de acuerdo. La promesa es incondicional: «Entraré»; y la oferta universal: «Si alguno abre la puerta.» Cristo no se impondrá a nosotros, ni entrará por su Espíritu a menos que haya sido invitado o hasta que lo sea. Cuando esto sucede, ello incorpora a la persona a la familia de Dios (Jn. 1.12). Su amigo debe decidir qué va a hacer con el Salvador que está a la puerta y llama. ¿Le pedirá que pase o no lo hará? Responderle es urgente (He. 3.7-8), indispensable (1 Jn. 5.12; Hch. 4.12), irreplicable (He. 10.14). El «recibir a Cristo» o «entregarse a Cristo» es, como el matrimonio, algo instantáneo, aunque muchas cosas queden atrás y lo precedan, y haya una vida entera de ajustes posteriores. Su amigo necesita comprender esto claramente.

ANSIEDADES Y PROBLEMAS DEL COMPROMISO

Al verse confrontado con el poderoso desafío del Evangelio, es muy posible que su amigo responda de una de estas tres maneras.

Tal vez diga «sí», y entonces tendrá usted el privilegio de ayudarlo a entrar en la nueva vida en Cristo desde ese momento y allí mismo. Al final del presente capítulo consideraremos este caso.

Pero es muy posible que diga «no» o «todavía no». Si lo hace quizá necesite ayuda con alguna de las tres cosas siguientes.

Puede que esté queriendo decir «No» al *arrepentimiento*. Tal vez piensa que no es necesario cambiar nada en su vida. Yo he descubierto que repasar los diez mandamientos o las reglas del Sermón del Monte con una persona en esta situación resulta muy provechoso. Ambos pasajes son muy eficaces para humillar al altivo. Más versículos de la Escritura que tal vez quiera trabajar con él pueden ser entre otros: Jeremías 17.9; Lucas 13.3; Mateo 7.21-23 y Romanos 3.10-20. Resulta muy importante recordar que el compromiso sin arrepentimiento pronto se desvanece. Acuérdesse también de que no está tratando de provocar remordimiento por pecados insignificantes, sino que desea estimular el «arrepentimiento para con Dios», como lo expresa Pablo en Hechos 20.21. Nuestra vida entera ha estado centrada en el yo, y ahora Dios nos llama a que la centremos en él. Eso es lo que requiere el arrepentimiento.

Puede también, desde luego, que su amigo dé señales de no *comprender*. Tal vez no haya entendido nunca lo que Cristo hizo por él en la cruz. ¿Cómo podría afectarlo personalmente aquella muerte de hace tanto tiempo? Explíquese que la ofrenda del infinito Cristo abarca más que de sobra a todo el finito número de pecadores que el mundo puede llegar a contener (He. 10.11-14; 1 Jn. 2.2). O quizás piense todavía que es capaz de ganarse la salvación yendo a la iglesia o llevando una vida buena (pero véase Ef. 2.8-9). Mientras sigamos estando orgullosos de nosotros mismos y de nuestros logros no podremos dar gloria a Dios; sin embargo eso es lo que se deleitan en hacer los redimidos por toda la eternidad (Ap. 4.9-10; 5.12-14). Se trata del mismo viejo problema del pecado primitivo, la cosa que Dios más aborrece: el orgullo. Ese es su problema. Sin embargo: «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (1 P. 5.5). O tal vez no haya entendido nunca que todo el poder de la resurrección de Cristo está disponible en su propia vida. En ese caso muy bien podría usted emplear el testimonio personal, el material concerniente a la resurrección que aparece en los Evangelios y las epístolas, y versículos tales como Apocalipsis 1.17-18 y 2 Timoteo 1.12.

Pero puede que su «no» sea una negativa a *recibir*, que todavía no esté preparado para aceptar a Cristo, o tal vez que confunda esto con el asentimiento intelectual (pero véase Stg. 2.19), la experiencia emocional (pero véase Lc. 11.13), la iniciación sacra-

mental (véase Ro. 2.28; Hch. 8.15-16; 1 Co. 10.1-5), o el carácter repentino de la fe (véase Ro. 8.1, lo que importa no es el momento de su nacimiento sino si él está o no vivo).

A menudo he visto que la persona que no está todavía preparada para responder a Cristo puede ser ayudada de una de las siguientes maneras. Usted podría decir: «Muy bien, todavía no te parece que estás listo. Lo respeto absolutamente. ¿Cuál crees que es el obstáculo? Si podemos solucionarlo a tu satisfacción, ¿estarías entonces dispuesto a abrir tu vida a Jesús?» U otro individuo tal vez reaccionara mejor a algo como esto: «Muy bien, ¿crees que necesitas más tiempo? Estupendo, si quieres meditar más el asunto; pero no tan bueno si tu intención es posponer una decisión al respecto. Isaías 55.6-7 tiene algo importante que decir sobre ello. ¿Por qué no sigues reflexionándolo y luego comemos juntos dentro de un par de días para continuar?» Esto respeta la petición de un tiempo adicional por parte de la persona, pero no le permite escucharse con suavidad del anzuelo.

Si a usted le parece que el «todavía no» es realmente una evasiva para no entregarse a Cristo, sin querer reconocerlo del todo, podría estar justificado un planteamiento más duro: «¿Quieres aplazarlo? ¿Qué dirías tú si alguien por quien has arriesgado tu vida simplemente no quisiera conocerte? ¿No pensarías que es terriblemente desagradecido? ¿Me pregunto cómo se sentirá Cristo? El no arriesgó su vida por ti, sino que la entregó. De todos modos es estúpido intentar mantenerlo a distancia: Jesús quiere enriquecer tu vida, no desposeerte de nada.» En distintas ocasiones he utilizado cada una de estas respuestas eficazmente con la gente, pero resulta esencial ser muy sensible a aquellas cosas que no se expresan y que suceden bajo la superficie, y orar constantemente pidiendo la sabiduría de Salomón mientras se trata con alguien en una coyuntura tan extremadamente decisiva de su vida espiritual.

Naturalmente que su amigo puede ser distinto y no pertenecer a ninguna de estas categorías. Existe la posibilidad, por ejemplo, de que venga de un trasfondo católico. En tal caso es mejor no ponerse a discutir detalles doctrinales en ese momento, sino más bien enfatizar aquellas áreas que hayan podido ser oscurecidas por su entorno. Puede que su fe esté más puesta en la Virgen que en el Salvador; o que sea flojo en cuanto a la gracia y tenga la impresión de que si asiste a misa todo irá necesariamente bien. También puede que, como sucede con muchos católicos, la seguridad que Dios nos da de nuestra salvación sea débil en él, en cuyo caso llévelo a las promesas divinas: Romanos 5.1, 8 y 8.1 no son un mal sitio para comenzar.

O tal vez sea cristiano, pero muy inseguro de su posición. Entonces válgase de promesas como Juan 6.37, Apocalipsis 3.20 y Efesios 2.8. Señálele la cruz (He. 10.10-14): las facturas no hay que pagarlas dos veces. Y busque con él los signos de la vida nueva. El debe saber en qué posición se encuentra (1 Jn. 5.13) y no revolcarse en la incertidumbre durante toda su vida. En realidad vale la pena repasar las características de esa nueva vida tal como aparecen en la primera carta de Juan. En los hijos de Dios irán apareciendo gradualmente una nueva sensación de perdón, un nuevo deseo de agradar al Señor, una nueva actitud hacia otra gente, un nuevo amor por los demás cristianos, un nuevo poder sobre el mal, un nuevo gozo y una nueva confianza, así como una nueva experiencia de la oración contestada (1 Jn. 2.1-2; 2.4, 6; 3.10; 3.14, 16; 4.4; 1.3-4; 4.16-19; 5.14-15). El no sólo debe sentir o esperar que es de la familia, sino *saberlo*.

Quizá la persona haya sido «golpeada» por el Espíritu de Dios. Resulta fascinante encontrarse con gente que ha tenido una experiencia espiritual importante completamente aparte de cualquier agente humano: Hechos 10.44 es un clásico ejemplo novotestamentario de ello. El Espíritu no necesita nuestra colaboración, aunque a menudo la utiliza benevolentemente. El es muy capaz de hacer su propio trabajo a su manera (1 Jn. 2.27). Tenemos que ayudar a las personas que se encuentran en esta posición a entender que cualquier don espiritual que se les haya otorgado en un momento así debe utilizarse para el bien común, humildemente y con amor. La excitación emocional pasará, pero el Espíritu permanecerá. La persona necesita captar esa importante diferencia; y si ha tenido relación con el ocultismo es muy posible que precise de un ministerio de liberación, de la que hablaremos en otro capítulo.

Desde luego, puede que su amigo saque a colación una o más de las clásicas dificultades o excusas. Y hay una diferencia fundamental entre unas y otras, aunque los «síntomas» que se presenten quizá sean idénticos. Así, como vimos en el capítulo 3, mientras que para una persona el problema del dolor puede constituir una excusa para no enfrentarse con Cristo, para otra ese mismo problema tal vez sea la causa angustiada de una duda legítima, quizá porque haya visto morir poco a poco a su hermano de un cáncer doloroso. La diferencia entre dificultad y excusa es la siguiente: si usted resuelve una verdadera dificultad, la persona vendrá a Cristo de un modo bastante fácil por haberse quitado la barrera que lo impedía; en cambio, si deshace una excusa, el individuo presentará otra con la esperanza de mantenerlo a

distancia. Así que la verdadera dificultad ha de tratarse con sensibilidad y solicitud: precisa de mucha empatía, del préstamo de los libros apropiados, y tal vez de que compartamos alguna experiencia personal propia. La excusa, por su parte, es necesario desenmascararla como algo miserable.

Ore para no cometer ningún error de diagnosis en cuanto a esto. Si trata usted una dificultad real como si fuera una excusa, causará perjuicio; y si dedica demasiada energía a responder a un problema que es meramente una cortina de humo sólo conseguirá que le echen más humo a la cara. Vale la pena pasar un poco de tiempo estudiando algunas de las dificultades y excusas más corrientes. No varían mucho unas de otras. Se han hecho algunos intentos de responder a ellas en los siguientes libros: C. S. Lewis, *Mero cristianismo*; F. F. Bruce, *¿Son fidedignos los documentos del Nuevo Testamento?* y Josh McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*.

Excusas

He aquí algunas de las excusas más corrientes.

«No tengo tiempo para tomarme en serio el cristianismo.» La respuesta es: «Sí que lo tienes. En esto todos los seres humanos son iguales: todos contamos con la misma cantidad de tiempo y hacemos sitio para aquello que realmente nos importa» (Is. 55.6; Gá. 6.7).

O puede que salga con: «En la iglesia hay demasiados hipócritas.» Resistiéndome a la tentación de contestar: «Ven tú también y seremos uno más», yo a menudo pincho esa pompa de jabón preguntando qué hipócritas conoce él en la congregación y cómo sabe que son hipócritas. En este caso Romanos 14.12 sirve de valioso correctivo.

Otra de las excusas es: «Puedo ser cristiano sin ir a la iglesia.» A esto se responde simplemente: «Jesús no podía» (Lc. 4.16). Pero la actitud misma de reducir al mínimo las exigencias (¿hasta qué punto puedo apañármelas *sin hacer* esto o aquello?) es la antítesis de alguien que ha sido tocado por la gracia de Dios. El cristianismo es corporativo.

Y otra vez: cuando uno llega al punto de desafiar a su amigo para que adquiriera un compromiso, es posible que se encuentre con que éste le dice para su asombro: «Bueno, yo siempre he sido cristiano.» Con un poco de investigación tal vez salga a luz que él está identificando el ser cristiano con el ir a la iglesia (pero véase Jn. 1.13; 2 Ti. 3.5), el haber sido bautizado (pero véase Ro. 2.28; Hch. 8.13, 21) o el esforzarse lo más posible (pero véase Stg. 2.10; Mt. 22.37-39; Gá. 3.10). Todas esas variaciones del «Ya soy cristiano»

constituyen normalmente excusas para esconder la verdadera razón de su rebeldía contra Dios. Y dicha razón será lo que usted tenga que desentrañar con paciencia y amor. Naturalmente Romanos 1.18-32 es una denuncia devastadora de la rebelión humana.

Excusas como estas --y hay muchísimas más-- brotan por lo general de una mezcla de orgullo y prejuicio, y se ven fomentadas por la moda, la pereza, la ignorancia, el miedo y el materialismo. Estos factores ayudan a confirmar al hombre en su rebelión; y lo asombroso es que Dios siga ofreciendo perdón gratuito a aquellos que son tan reacios a recibirlo (Ro. 5.6-10).

Dificultades

Desde luego, algunos de los problemas con los que usted se encontrará, y los cuales impiden el compromiso, no son en absoluto excusas, sino dificultades verdaderas. He aquí una pequeña selección de éstas.

A menudo una persona dice: «De veras estoy tratando con ahínco de ser cristiana.» Este es un retoño del pelagianismo que tan profundamente arraigado se encuentra en nosotros: siempre preferimos hacer a permitir que se haga a nuestro favor. Y el Evangelio es las buenas nuevas de lo que Dios ha hecho por nosotros. La esencia de la vida cristiana no está en «intentar» sino en «confiar», no se trata de actuación sino de relación. Buena parte del Nuevo Testamento está dedicada a dejar esto claro. Hay versículos tales como Romanos 4.3-5, Hechos 16.31 e Isaías 12.2 que lo destacan.

«Pero no lo entiendo todo», dicen algunas personas en esta coyuntura. ¡Naturalmente que no! ¿Cómo podría el hombre mortal asimilar lo que ha realizado el Dios omnipotente para hacerlo aceptable? «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu» (1 Co. 2.9). Sin embargo, ¡no necesito comprender la electricidad para servirme de ella!

«Ya lo he intentado antes y no me ha servido de nada», es otra de las cosas que pueden decirse. Aquí se precisa de un toque sensible y amoroso. ¿Qué es ese «lo» que ha intentado? ¿Está acaso confundiendo una conversión profunda a Dios con algo menos que eso? Tal vez haya «pasado al frente» durante una campaña, pero el hacerlo jamás supusiera ningún cambio duradero. Pudo ocurrir debido a que sus emociones se vieron estimuladas pero su voluntad quedó intacta, o a que no hubo una alimentación posterior. Quizás se encomendó realmente a Cristo, pero no creció, llegando a ser

cada vez más difícil distinguirlo de aquellos que nunca han comenzado. O tal vez no se incorporó a la comunidad cristiana y como consecuencia de ello se ha secado. Puede que jamás comprendiera el poder del Espíritu en la propia vida para romper el dominio de los hábitos pecaminosos, o que los vientos helados de la duda personal y del escepticismo ajeno hayan marchitado el diminuto retoño de la fe. Debe ser muy cuidadoso con una persona así. Explíquese que «si fuéremos infieles, [Dios] permanece fiel» (2 Ti. 2.13). Muéstrole que su estado no depende de los sentimientos que tenga, sino de la fiabilidad de Dios, el cual nos ha dado su palabra de que «el que tiene al Hijo, tiene la vida» (1 Jn. 5.12). ¿Ha recibido o no ha recibido al Hijo de Dios como compañero de su existencia? Si lo ha hecho, por mucho tiempo que haya pasado desde entonces o por muy débilmente que lo hiciera, Cristo *ha* entrado, y él puede saberlo por las promesas de Dios. Aliméntelo con dichas promesas, déjelo que aprenda algunas de ellas con usted: demostrarán ser valiosísimas en los primeros días de un discipulado claro. Si considerando su propia existencia su amigo llega a la conclusión de que en realidad jamás ha comenzado en serio la vida de arrepentimiento y de fe, guíelo a ella como haría con cualquier otra persona.

«Jamás podría con ello», le dirá tal vez. Ese es un noble sentimiento que demuestra que quiere hacerlo pero duda de su capacidad. Necesita que se le enseñe que será Cristo quien *lo* sostenga (1 P. 1.5; Jn. 10.28-29; Jud. 24). Nuevamente, tiene que aprender esa desconocida pero necesaria senda de la fe. La responsabilidad de Jesús es guardarme mientras que la mía consiste en creer que él lo hará.

A menudo llegará usted al fondo de la cuestión y él admitirá que siente miedo. Esa es una dificultad a la que casi todo el mundo se enfrenta. ¿Miedo de que nada suceda? En tal caso llévelo de nuevo a esa promesa del Salvador que dice: «*Entraré*». Cristo no faltará a su palabra, no puede hacerlo. ¿Miedo a estarse metiendo en una experiencia miserable y angosta? Lejos de ello: «En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Sal. 16.11). ¿Miedo a formar parte de una minoría? Cierto, pero con Cristo se está siempre en mayoría. ¿Y desde cuándo la mayoría ha tenido invariablemente razón? ¿Miedo de lo que vayan a decir los amigos? Ese es habitualmente el problema, y un problema muy real. Explíquese que ningún amigo digno de ese nombre lo abandonará jamás, y también que no se le pide que deje a nadie: simplemente que esté entre sus conocidos como antes, pero con Jesús justo debajo de la superficie de su vida. Enséñele que el per-

fecto amor echa fuera el temor (1 Jn. 4. 18), y que él está a punto de recibir ese amor perfecto en su existencia.

Compromiso

Ha llegado ese momento en el que las cosas parecen estar bastante claras y el torrente de preguntas y ansiedades ha amainado un poco. Ahora, pregúntele con suavidad: «¿Crees que ya estás listo para decirle que sí al Señor?» O quizás: «¿Hay algo que todavía te impida venir a Cristo?» Si él no puede pensar en nada, dígame: «Muy bien, entonces arrodillémonos ahora mismo y pidámosle a él que venga a tu vida» (o cualquier otra analogía que esté utilizando). Otra alternativa es preguntarle si preferiría realizar él solo ese acto solemne de entrega --tal vez al pie de su cama-- y comunicárselo a usted una vez que lo hubiera hecho, o si le gustaría contar con su ayuda y su presencia en ese importante momento. La mayoría de las veces las personas optarán por ser ayudadas (aunque usted debe respetar sus deseos si prefiere la otra alternativa); en tal caso siéntense o arrodíllense juntos. Ore pidiendo que su amigo sea verdaderamente incorporado a la familia de Dios, y luego anímelo a orar por sí mismo reconociendo sus pecados y pidiendo al Espíritu de Cristo que venga a su vida. Ya he sugerido antes la utilización por parte suya de alguna promesa como Juan 1.12; 3.16 o Apocalipsis 3.20. Haga que él reclame dicha promesa. Y aunque naturalmente no es mejor que su amigo ore en voz alta en lugar de hacerlo en silencio, muchos cristianos oran así y muy bien podría él comenzar a hacerlo así como medio de seguir adelante. Yo he descubierto que la gente que toma su compromiso inicial con Cristo en voz alta no tiene ningún problema más tarde para participar en la oración verbal improvisada. En cualquier caso, el orar en alta voz lo ayudará a ser preciso, romperá la barrera del sonido y le enseñará que es muy capaz de orar a Dios con sus propias palabras sin depender necesariamente de algún libro de oraciones. También lo ayudará a comprender lo que está sucediendo en su corazón. Si la persona dice: «No puedo orar en voz alta», yo a veces contesto: «Entonces hazlo en silencio y dame un codazo cuando hayas tomado la decisión de abrirte a Jesucristo.» No pasa mucho tiempo antes de que me dé con el codo. Alternativamente puedo decir que me parece que el orar en voz alta lo ayudaría de veras, pero que hay algún obstáculo en el camino, y añado: «¿Me permites orar para que Dios abra tu boca? ¿Por qué no te unes a mí?» Entonces oro por él y casi siempre él mismo prorrumpe en una oración verbal, liberado por el misericordioso Espíritu de Dios de cualquier cosa que lo haya estado reteniendo. Constituye un gran privilegio

el estar a su lado cuando brotan como un torrente esas palabras entrecortadas y sollozantes de compromiso. Con frecuencia me encuentro yo mismo llorando en empatía, lo cual no me hace ningún daño. Luego pido por mi amigo para que el Espíritu Santo lo bautice de manera profunda en Cristo, lo llene de dones espirituales y jamás lo abandone.

Esta es una ocasión muy emotiva: a menudo se producen risas y lágrimas. Pero resulta importante que, con el puro gozo del momento, no nos olvidemos de aquellas cuestiones vitales que requieren nuestra atención. Entonces me vuelvo hacia él y le pregunto: «¿Ha entrado Jesús?» La mayoría de las veces no tiene ni la más mínima duda en cuanto a la respuesta; pero no siempre es así. En este último caso vuelvo a llevarlo a la promesa de Cristo: «El afirma: "Si alguno abre la puerta, entraré a él." ¿Has abierto esa puerta?» «Bueno, sí, lo he hecho lo mejor que sé.» «Entonces, ¿qué es lo que ha hecho él?» «Ah, ya entiendo ... El *ha* entrado; aunque yo no me sienta muy diferente.» «Exactamente --le contesto--. Y siéntete agradecido por esta primera lección de tantas como recibirás durante tu vida cristiana en cuanto a que vives y creces confiando en las promesas y la fidelidad del Señor, no en tus propios sentimientos volátiles.» Entonces hago con él lo mismo que suelo hacer con las personas que ya están felizmente seguras: invitarlo a que dé gracias al Señor por haber entrado en su vida. «Amado Señor, gracias por haber venido a mi vida y por tu promesa de que jamás me dejarás. Ayúdame a serte fiel todos los días de mi existencia.» Una oración como esta, confiar en la promesa de Cristo, afirmarse en ella y darle gracias por dicha promesa constituye una valiosa lección de confianza desde el comienzo mismo del caminar cristiano y enseña a la persona a mirar al Señor con gratitud y alabanza, y no sólo a venir a él con peticiones.

Normalmente, después de esto le doy un tratado u opúsculo, como *Come, Follow Me* [Ven, sígueme], que resume el paso que acaba de dar, juntamente con un versículo de la Escritura para que lo lleve consigo. Este podría ser Juan 6.37; Mateo 28.20 o 1 Juan 5.12. El último es muy claro y profiláctico contra la duda: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» Una hermosa sencillez y claridad, ¿no es así? Simplemente es la llana seguridad inicial que necesita un nuevo creyente, quien con toda seguridad se verá atacado por la duda, arma principal y más poderosa del tentador. Ya en su primera aparición en Génesis 3, vemos a Satanás dedicado a esa tarea: «¿Conque Dios os ha dicho...?» Cuanto antes aprenda el recién convertido a contrarrestar la duda con las promesas de Dios --como hiciera su Maestro (cf.

Mt. 4.4, 7, 10)--, tanto más pronto se aclimatará probablemente a la vida cristiana y crecerá.

Mientras se despide de él haga todavía dos cosas. Aunque su amigo ya ha tenido bastante para una sesión, necesitará un cuidado tierno y solícito muy pronto (en el próximo capítulo nos ocuparemos de la formación de los nuevos creyentes); por lo tanto quede con él en verse día siguiente. Pero cuando él se esté marchando, anímelo también a contarle a alguien más lo que ha sucedido; eso lo ayudará a confirmarse en su seguridad y cumplirá con el precepto de Romanos 10.9-10. Sería mejor que esta primera vez se lo comunique a alguien cordial y comprensivo, que pueda regocijarse con él y lo anime. Posiblemente su amigo conocerá a alguna persona así que con toda probabilidad habrá estado orando por él. Constantemente me siento asombrado por la cantidad de recién convertidos que conocen muy bien a ciertos individuos que han estado haciendo esto mismo. De manera que deje que elija a uno de ellos para darle las buenas noticias de que ha empezado la más emocionante de todas las relaciones: el trato con Jesucristo, su Salvador y Señor.

La formación cristiana

Hay pocas áreas en las que fracasamos más estrepitosamente en la iglesia cristiana que en el cuidado de los nuevos creyentes. Tal vez sea porque muy pocas veces estamos en situación de tener que cuidar de ellos. De cualquier manera, no lo hacemos bien: generalmente esperamos que se hundan o naden. Cuando se me pide que dirija campañas de evangelización, pregunto qué planes regulares tienen las iglesias para la formación de los recién convertidos. Entonces me miran con cara de inexpresiva sorpresa, como si fuera algo que jamás se les ha cruzado por la mente. La educación cristiana, a todos los efectos prácticos, concluye con la recepción de los adolescentes a la membresía plena de la iglesia, y se considera que el día de su confirmación es, con demasiada frecuencia, un desfile de despedida. Sin embargo, se trata de un área en la que la iglesia primitiva ponía extraordinario interés. Los primeros cristianos tenían una enseñanza plenamente desarrollada para nuevos miembros, incluso durante el período más temprano de la era apostólica. Quedan muestras de ella en las epístolas novotestamentarias. Hoy en día, sin embargo, dicha enseñanza ha llegado a ser una faceta muy descuidada.

Y no obstante, se trata de un área tremendamente decisiva. La brecha cultural entre la iglesia y la sociedad se ensancha cada vez más en el mundo occidental, y no puede esperarse que los recién convertidos aprendan una nueva cultura, una nueva serie de criterios, un nuevo lenguaje y un nuevo uso de su domingo sin recibir ninguna ayuda. Tampoco deberíamos esperar simplemente que se conformen con lo que la iglesia ha tomado por costumbre hacer, decir y dar por sentado. Además los templos cristianos son lugares desconcertantes donde se explica poco y se supone mucho. Resulta descorazonador entrar en una iglesia litúrgica y descubrir

que, aunque se proporcionan libros, ni siquiera se indica a los adoradores los números de las páginas para el culto. Esto es altamente significativo, y demuestra que la iglesia ha dejado de considerarse a sí misma como una escuela para pecadores y se ha convertido en la sociedad cerrada de quienes piensan igual; ha perdido su orientación hacia afuera y, con ella, su vitalidad. Aquellos que llegan a formar parte de una iglesia y consiguen permanecer fieles a ella son muy admirados, pero aun así cuentan con una base muy deficiente. Y sin una base fuerte tendremos problemas cuando vengan las tormentas de la vida, y no seremos muy útiles para ayudar a otros a que se integren en la experiencia de adoración de la iglesia.

Resulta obvio, por lo tanto, que este cuidado de los nuevos creyentes es un área a la que cualquier iglesia debería prestar mucha atención. Las personas necesitan bastante ayuda en esta etapa crítica de su vida, cuando tal vez se han entregado a Cristo pero están muy confusas acerca de lo que han hecho, y tienen poco claro lo que significará vivir como discípulos de Jesús en un mundo que no cuenta con mucho tiempo para él. Precisan información, aliento. Precisan ser atraídas a la comunidad de los cristianos y llegar a conocer a personas de la iglesia. Precisan recibir ayuda para desarrollar una vida devocional, adquirir el hábito de la adoración y saber lo que están haciendo. Precisan aprender cuál es la razón de la esperanza que hay en ellas. Precisan ser alimentadas con la Palabra y los sacramentos, tener a alguien que se ocupe de ellas y las ayude a superar los obstáculos iniciales. Precisan contar con modelos de vida cristiana a los que puedan imitar, y sobre todo precisan ser amadas. ¿Cuál es la mejor manera de ayudarlas? Quisiera sugerir dos formas de plantear el asunto que me han resultado útiles en una gran variedad de circunstancias.

PRECEDENTES NEOTESTAMENTARIOS

El Nuevo Testamento puede enseñarnos mucho a este respecto, ya que, desde el día de Pentecostés en adelante, vemos a los cristianos prestar mucha atención a la formación de los nuevos creyentes. Y hay siete formas de hacerlo que sobresalen.

Bautismo

En primer lugar, los creyentes entraban a formar parte de la iglesia mediante el bautismo. Leemos que en el día del nacimiento de la iglesia «los que recibieron su palabra [de Pedro] fueron

bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hch. 2.41). A menos que Lucas sea muy impresionista, queda claro que alguien contó realmente a aquellos nuevos cristianos. Sus caras fueron reconocidas, sus nombres asimilados. Alguien tomó interés en ellos, y llegaron a ser parte de la iglesia mediante el bautismo. El arrepentimiento y la fe no bastaban: aquellos cristianos tenían que pasar por el rito de la iniciación que Jesús mismo había inaugurado. De modo que fueron bautizados. Esa es la insignia de la identidad cristiana, y debería conferirse lo antes posible después que la persona se ha entregado claramente a Cristo. Por lo menos eso era lo que creía la iglesia primitiva. Ellos bautizaban una vez hecha la profesión de fe. Ciertamente la enseñanza era meticulosa, pero parece que tenía lugar después del bautismo y no antes. Podría argumentarse que se trata de un procedimiento arriesgado. Y es verdad. Pero lo hacían porque consideraban que el soldado cristiano tenía todos los derechos a vestir su uniforme; porque el bautismo no constituía la señal del discipulado cristiano maduro, sino la del comienzo inexperto en la fe de Jesús; porque pensaban en el arrepentimiento, la fe, la recepción del Espíritu y el bautismo sobre todo como una unidad, y cuanto más cerca estuvieran estas cosas entre sí tanto mejor. Tan estrecho era para Pedro y Pablo ese vínculo que a veces hablaban del bautismo con lenguaje instrumental: como el medio por el cual la gente llega a ser cristiana. Ese es el significado claro, por ejemplo, de 1 Pedro 3.21: «El bautismo ... ahora nos salva.» O de Gálatas 3.27: «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.» Los apóstoles no suponían que el bautismo actuase *ex opere operato* --como si no se necesitara nada más para llegar a ser cristiano--, un error en el que han caído algunas iglesias históricas. Ni tampoco pensaban, como estipula una pequeña denominación cristiana, que no debe permitirse ninguna profesión de conversión a Cristo hasta que el candidato esté realmente en el agua del bautismo. Más bien, ellos parecían considerar el bautismo como el signo y el sello de la nueva vida en Cristo, y como el medio por el cual ésta se hacía manifiesta a otros y confirmaba al recipiente.

Los nuevos creyentes necesitan ser bautizados. Aunque si ya lo han sido --tal vez en la infancia--, la mayoría de las iglesias cristianas tienen claro que no precisan serlo de nuevo. Sólo hay «un bautismo» (Ef. 4.5). Pero sí necesitan la oportunidad de confesar a Cristo públicamente: ese es el aspecto confesional del bautismo en el cual, por definición, han sido incapaces todavía de tomar parte, puesto que no poseían una fe viva que confesar. En la iglesia de Oxford en la cual tuve el privilegio de ministrar durante muchos años,

contábamos con un gran número de hombres y mujeres jóvenes, la mayoría de ellos estudiantes universitarios y licenciados de esa universidad, que llegaban a Cristo de distintos trasfondos, y nuestra práctica era bautizarlos poco después de que hubieran hecho profesión de fe, mientras recibían instrucción en los rudimentos del cristianismo. Aquello suponía un testimonio maravilloso para sus amigos y un gran estímulo para ellos mismos: les concedía la oportunidad de identificarse como cristianos y de dar testimonio personal durante la ceremonia en cuanto a su descubrimiento de Cristo. Si ya habían sido bautizados, tenían la ocasión, después de haberse comprometido con Jesús, de testificar de su recién hallada fe en el contexto del culto congregacional y luego de reafirmar sus votos bautismales. Entonces les imponíamos las manos y orábamos para que el Espíritu Santo viniera a llenar su vida. Este resultaba ser un fundamento de incalculable valor para la formación continuada que se llevaba a cabo en los «grupos de descubrimiento», a los que eran incorporados invariablemente y de los cuales nos ocuparemos en la segunda parte de este capítulo.

Antes de abandonar el controvertido tema del bautismo (acerca del cual he intentado escribir de un modo más completo en mi libro *Baptism* [Bautismo]), deberíamos señalar que éste no es nunca un acto aislado separado de la vida de la iglesia de Dios, sino la entrada en dicha iglesia. Esto es muy evidente en una comunidad judía o musulmana, donde se puede creer en Jesús hasta que las ranas críen pelo sin que nadie se moleste, pero cuando se pasa el Rubicón del bautismo los insultos empiezan a llover, y por lo general los candidatos son expulsados de sus casas y familias, desheredados, y se celebra un funeral por ellos. El bautismo es ineludiblemente corporativo: lo introduce a uno en Cristo, en el cual otros se hallan injertados. De modo que no debería administrarse si no hay una intención de incorporarse a la iglesia de Dios. Eso fue lo que sucedió en Pentecostés: aquellos que respondieron al sermón de Pedro fueron bautizados y añadidos a la iglesia.

Enseñanza

Se nos dice que los primeros convertidos perseveraban en la doctrina de los apóstoles (Hch. 2.42). Y podemos preguntarnos cuál era esa doctrina.

Ante todo debió tratarse de una enseñanza acerca de Jesús: la clase de material que se ha registrado para nosotros en los Evangelios. ¿Quién era aquel Jesús en el cual había llegado a confiar? ¿Qué enseñó? ¿Por qué había muerto? ¿Qué grado de

seguridad podían tener acerca de su resurrección? ¿Dónde estaba ahora? ¿Cuál sería el futuro? Aquellas eran preguntas obvias que debían venir a la mente de los recién convertidos como todavía sucede.

En segundo lugar parece haber sido una enseñanza referente al cumplimiento. Así es como comenzó el sermón de Pedro en Pentecostés: «Esto es lo dicho por el profeta Joel...» (Hch. 2.16). Por «esto», Pedro quería dar a entender el cumplimiento de la profecía veterotestamentaria comprendida en el don de lenguas, el gozo radiante y la alabanza en las calles, el sentido evidente de novedad y descubrimiento. A continuación vendrían las sanidades y los dones proféticos, juntamente con una evangelización denodada e insaciable. Todo ello brotaba del sentido de cumplimiento que caracterizaba a la iglesia naciente. Cada elemento de verdad que había en el judaísmo y en la filosofía pagana había llegado a su culminación en el Hombre de Nazaret, a quien Dios había hecho al mismo tiempo Señor y Mesías (Hch. 2.22, 36). Con esa confianza en el cumplimiento los primeros cristianos podían confrontar tanto a judíos como a gentiles con profunda serenidad, seguros del terreno que pisaban. No tenían por qué rendirse al pluralismo y el sincretismo que los rodeaba: habían sido descubiertos y liberados nada menos que por la Verdad encarnada, y hallaban su sensación de cumplimiento en una combinación de las Escrituras veterotestamentarias y la iluminación del Espíritu Santo. Esto se desprende muy claramente del sermón de Pedro, donde el apóstol cita pasaje tras pasaje del Antiguo Testamento con una confianza totalmente nueva. No se trata ya de palabras escritas en un rollo, sino de la verdad que él *conoce* por su cumplimiento en Jesús y por el testimonio que el Espíritu Santo da acerca de ello. Esta sensación de cumplimiento en Cristo constituye un elemento muy importante del crecimiento espiritual de los nuevos cristianos y forma una base desde la cual ellos pueden enfrentarse con confianza a los muchos «ismos» que los confrontan a diario.

En tercer lugar, la enseñanza dada por los cristianos primitivos tenía que ver con la nueva vida en Cristo y los imperativos éticos que ésta implicaba. En Colosenses tenemos la siguiente secuencia: «Despojaos de la vieja naturaleza» (3.9), «vestíos de la nueva» (3.10), «someteos» (3.18), «velad y orad» (4.2) y «estad firmes» (4.12). Esta puede parecer una selección arbitraria, hasta que encontramos otro modelo muy parecido en Efesios: «Despojaos» (4.22), «vestíos» (4.24), «someteos» (5.22), «estad firmes» (6.11), «velad y orad» (6.18). La primera Carta de Pedro comienza con un fuerte énfasis en el nuevo nacimiento (1.23), y sigue con un «despojaos» (2.1), «adorad»

(2.4-9), «someteos» (2.13, lo cual explica detalladamente hasta 5.9 en lo relacionado con los maridos, las esposas, los ciudadanos y los dirigentes), «velad y orad» (4.7), «resistid» (5.8-9). También Santiago empieza con el nuevo nacimiento (1.18) y sigue con «despojaos» (1.21), «estad sujetos» (4.7), «resistid al diablo» (4.7) y «orad» (5.16). Todos estos pasajes se refieren mucho al amor por los hermanos, el cual se explica detalladamente en Efesios, Colosenses y Santiago. Aunque no podemos estar demasiado seguros de los detalles de este «catecismo», resulta ciertamente significativo que el mismo modelo global se repita en tres escritores tan diferentes como Pablo, Pedro y Santiago. Reúne todas las condiciones para ser un curso de formación valioso en nuestros propios días.

Primeramente, una sesión sobre el nuevo nacimiento y la transformación radical que éste traerá consigo: el convertido necesita estar seguro en cuanto a ello o de otro modo edificará sobre un fundamento inestable.

En segundo lugar, un examen de algunas de las cosas pertenecientes a la vida vieja que hay que dejar a un lado por su incoherencia con la nueva lealtad a Jesús.

En tercer lugar, una lección sobre la imagen de Dios en la que fue creado el hombre: pérdida a causa de la desobediencia, restaurada en la persona de Jesús, y gradualmente impartida al creyente por el Espíritu mientras nos transforma a la semejanza de Cristo. Necesitamos ponernos esta nueva vida intencionadamente cada día como un traje nuevo.

En cuarto lugar, los cristianos no son llamados a ir mandando a todos, sino a vivir en sumisión a su Señor y los unos a los otros. El marido debe someterse a su esposa, cuidando solícitamente de ella y protegiéndola, tanto como ella misma debe hacerlo para con él como líder de la familia. Y lo mismo puede decirse de nuestra relación con el Estado y los unos con los otros. Jesús vivió la vida del Siervo y sus discípulos son llamados a seguir la misma senda.

En quinto lugar, el nuevo creyente necesita que se le enseñe a «estar firme» o «resistir» al maligno. El diablo es real y debemos oponernos a él en el recién descubierto poder de Cristo. El discipulado no se manifiesta en un entusiasmo repentino, sino en un mantenerse firme por Jesús a largo plazo.

En sexto lugar, el nuevo creyente necesita velar y orar. Resulta interesante que ambas cosas aparezcan juntas, pues a menos que el cristiano esté vigilante no orará: no tendrá tiempo para la oración; y si no vela en otro sentido, tampoco seguirá orando: ya que no percibirá las respuestas a sus oraciones y se desanimará.

Finalmente, la Palabra de Dios y el amor unos por otros eran los dos temas principales tratados por la enseñanza básica de los

primeros cristianos. ¡Qué magnífico curso de estudio para nuevos creyentes sería ese!

Comunión

Se nos dice que los creyentes primitivos perseveraban en la comunión de los apóstoles (Hch. 2.42). Aquella era una comunión muy afectuosa: compartían sus posesiones, vendían propiedades para atender a sus necesidades mutuas, y su amor y su unidad eran algo como jamás había visto el mundo antiguo. Esa comunión adoptaba tres formas, todas las cuales son importantes hoy en día.

Primeramente estaba la atención personal que todos necesitamos, y de un modo muy especial cuando entramos en una situación distinta. El recién convertido ha penetrado en un mundo completamente nuevo y tiene gran necesidad de recibir cuidado personal en esa etapa de su desarrollo como cristiano o cristiana. Recuerdo mis reuniones regulares, cara a cara, con la persona que me ayudó a venir a Cristo, y de la cual yo recibía aliento y consejo al tiempo que le exponía mis dudas y dificultades. Le debo más de lo que jamás llegará a comprender. Y en los tiempos primitivos sucedía lo mismo. ¿Dónde estarían Timoteo y Silas sin Pablo? ¿Y el propio apóstol sin la asistencia de Ananías o de Bernabé? Necesitamos ese cuidado personal, y con demasiada frecuencia el nuevo creyente no lo recibe. Si cada recién convertido pasase un rato con algún amigo cristiano más experimentado que él una vez por semana durante dos o tres meses --un rato en el que se pudiera leer una porción de la Escritura, orar y discutir los problemas--, tendría un crecimiento vigoroso y extraordinario. No se trata de ninguna teoría sino de la propia experiencia.

Juntamente con la atención personal, debe existir la confraternidad del grupo reducido, solícito y relajado de hermanos en Cristo. Los primeros cristianos se reunían para tener comunión en los hogares, y hay mucho que decir a favor de esta práctica. El ambiente informal, la naturalidad de la reunión, la comida, la conversación, las amistades, las actividades conjuntas, todo ello facilita el que entremos y salgamos de los temas espirituales y ayuda a los nuevos creyentes a adaptarse a la nueva sociedad de la que han llegado a ser miembros. Es un hecho destacado por todo el mundo que las iglesias que crecen con mayor rapidez son aquellas en las cuales hay lugares de reunión naturales para pequeñas secciones de la congregación, generalmente en casas particulares. Así pueden forjarse las relaciones, discutirse los problemas, abordarse las necesidades personales --y tal vez financieras--, y los individuos llegar a sentirse importantes y amados.

Una tercera área de comunión --la que nos viene a la mente del modo más natural-- es aquella de la congregación de iglesia. Los nuevos creyentes necesitan ser presentados gradualmente a la congregación, y esto de una manera que no les cause vergüenza. La manera más segura de espantar a alguien es diciendo: «Quiero presentarles a Bill, nuestro convertido más reciente.» En cambio, lo que se requiere es que vayamos atrayéndolos poco a poco a la vida de la iglesia en general de un modo que haga posible el que se acostumbren al ambiente y a su tiempo manifiesten sus propios dones y talentos para el bien común. Algunas veces, sobre todo en las iglesias grandes donde es fácil pasar por alto a la gente, puede resultar útil tener un mostrador de bienvenida en la parte de atrás del templo, atendido por personas después de los cultos. En dicho mostrador podrían darse detalles de las actividades de la iglesia, los grupos de comunión, el programa de guardería, determinadas cuestiones de interés para diferentes clases de personas, y los próximos acontecimientos especiales de la congregación. Cuando pusimos en marcha uno de esos mostradores en Oxford, nos reprochamos no haber pensado antes en ello, ya que se utilizaba continuamente y encauzaba a la gente hacia una reunión de bienvenida semanal donde podían llegar a conocerse unos a otros y ser conocidos por el equipo que la dirigía. En dicha reunión se compartía información personal, material acerca de la iglesia y de su vida, y por lo general un estudio bíblico inductivo sencillo y un rato de oración. Esto hacía posible para el equipo recomendar a qué lugar del sistema de grupos caseros --el cual constituía una de las características principales de la iglesia-- debía incorporarse a los recién llegados. De cualquier modo, se trataba de un intento concreto de integrar a la gente nueva en la experiencia continua de una congregación grande sin que se sintiesen abrumados o perdidos. Y las personas lo necesitaban. El amor es la más decisiva de las cualidades cristianas, y probablemente fluya con mayor abundancia por toda la congregación si ya se ha experimentado antes en grupos reducidos.

Culto

Los cristianos primitivos tomaban parte en lo que Lucas denomina «el partimiento del pan», refiriéndose sin duda a la Comunión, Eucaristía o Santa Cena, diversos nombres con los que se conoce hoy en día. Eso era lo que Jesús había ordenado, y por esa actividad llegó a reconocerse el culto cristiano más específicamente. Los recién convertidos tienen que ser incorporados con prontitud a la comunión eucarística de la iglesia. Se trata de seres físicos, y buena parte de lo

relacionado con la fe cristiana es «espiritual» y difícil de captar. Pero el comer representa la actividad humana más básica, y podemos estar seguros de que esa fue una de las razones por las cuales Jesús lo escogió a fin de que le recordásemos por medio de ello y nos encontrásemos con él en ello. Se trata de una comida de suma profundidad, de la que jamás sondearemos todo el misterio. Pero el nuevo creyente puede comenzar enseguida a hacerlo. Es capaz de entender fácilmente que el pan roto significa el cuerpo de Jesús partido por él en la cruz, y el vino vertido la sangre del Señor derramada. Con ello su corazón se caldeará de gratitud. También puede comprender sin dificultad que así como el pan y el vino alimentan su cuerpo, Jesús, el pan y el vino de vida, constituye el alimento de su alma. Del mismo modo que ingiere el pan y el vino y lo hace parte de sí mismo, tiene que alimentarse también de Cristo, incorporarlo a lo profundo de su ser y asimilarlo en su propia persona. Tampoco le es demasiado difícil comprender que esa comida constituye el anticipo del banquete final que se celebrará en el cielo, presidido por el Padre y en el que estará presente toda su familia. Cada celebración de la Comunión nos acerca un poco más a aquel día. Y si el nuevo creyente entiende tanto como eso, no está mal para los primeros días. Naturalmente hay mucho más por venir en ese sacramento inagotable, pero un tanto así supone un comienzo razonable.

La mayoría de las iglesias limitan su mesa. Hay reglas especiales que gobiernan quién puede y quién no puede participar. La persona a la que debe preguntarse en cuanto a esto es el ministro, lo cual supondrá una ocasión para que su amigo conozca a su guía espiritual y se disponga a aprender de él.

El culto de la iglesia no consiste únicamente en la Comunión, aunque haya algunas denominaciones cristianas que parezcan no tener casi ningún otro tipo de servicio religioso. Pero al igual que en el judaísmo el servicio de la Palabra en la sinagoga era el contrapeso de la adoración sacramental realizada durante las festividades en el templo, también debería suceder lo mismo con la iglesia: tendría que haber cultos no sacramentales a los que puedan asistir los recién convertidos y en donde la alabanza y la enseñanza, la Escritura y la oración se mezclen con otros elementos, cultos en los que la adoración empiece a convertirse en una realidad y un gozo para los nuevos creyentes.

Cuanto más viejo me hago menos importancia doy a la clase de cultos en los que participo --de este lado del cielo todo es provisional--, pero cada vez se me hace más importante el participar en ellos. La adoración es la mitad del propósito de la iglesia; la otra mitad es la misión, en el sentido más amplio de la palabra. El culto a Dios y el servicio a la humanidad son los dos supremos

llamamientos del cuerpo de Cristo, y nuestros amigos necesitan ser introducidos a los gozos y las disciplinas de la adoración regular inmediatamente después de venir a Jesús. Muchos, naturalmente, ya estarán familiarizados con el culto de la iglesia, y hasta es posible que haya sido éste uno de los factores principales para atraerlos a Cristo.

Oración

La oración es algo bastante ajeno a la mayoría de las personas. Tal vez oren cuando llega una crisis --y hasta es posible que lo hagan más de lo que jamás estarían dispuestos a admitir--, pero no les resulta tan natural como el respirar, ni es una forma de vida para ellos. Pero uno de los primeros cambios maravillosos que produce la nueva relación con Cristo es que la plegaria se convierte en esas cosas. La señal que se le dio a Ananías para asegurarle que había habido un cambio real en Saulo de Tarso, fue: «He aquí, él ora» (Hch. 9.11). El Espíritu, en el interior del nuevo creyente, le enseña a dirigirse al Padre con la intimidad propia de los miembros de su familia: «Abba, Padre querido» (Ro. 8.16). De modo que cada cristiano reciente sentirá esa propensión en su ser, aunque se precisará de bastante mimo y enseñanza. Seguro que el creyente en cuestión experimentará muchos problemas relacionados con la oración. ¿Vale ésta para algo? ¿No actuaría Dios del mismo modo tanto si yo oro como si no? ¿En dónde encaja la confesión y qué repámpanos es la adoración? ¿Qué pasa cuando la oración no obtiene respuesta? ¿Afecta el pecado a todo ello?

Estas y otras preguntas semejantes deberán ser contestadas con mucha paciencia; pero, sobre todo, los nuevos creyentes necesitan verse sumergidos en una atmósfera donde puedan orar y ver orar a otros con naturalidad, confianza y fe. La forma más normal de entender Hechos 2.42 es que los cristianos perseveraban en los «períodos de oración». En el templo de Jerusalén había períodos fijos dedicados a la oración, como sucede hoy en día en el mundo musulmán, y se tiene evidencia de que los cristianos los utilizaban. Ellos se reunían para orar, a veces en el templo y otras en alguna casa privada, o incluso en la playa o a la orilla de un río. Esa oración no era sólo individual, sino también corporativa, y los creyentes pronto comprendían que allí donde dos o tres están reunidos en nombre de Cristo para hacer sus peticiones al Padre hay un poder que liberar y una presencia especial de Jesús que puede reclamarse. La oración debe ser enseñada, y libros tales como los de E. M. Bounds, el metropolitano Antonio y la hermana Margarita Magdalena son una ayuda maravillosa para comprenderla y motivarnos a ella. Pero también es

algo que debe captarse: el participar en un grupo reducido, desayuno, cadena o vigilia de oración supondrá un cambio enorme en la vida devocional del nuevo creyente.

Testimonio

Una de las diferencias más chocantes entre la iglesia primitiva y la moderna es la actitud respecto del testimonio de Cristo. Hoy en día el testificar se considera más bien como algo suplementario, para los verdaderos entusiastas a quienes les falta un poco de tacto y los cuales, con el tiempo, sin duda madurarán dejando atrás su inmoderado celo. En aquellos tiempos, por el contrario, se veía como la característica de todos los cristianos.

En el día de Pentecostés Pedro estaba predicando, pero afirmó categóricamente que «todos nosotros somos testigos» del Cristo resucitado (Hch. 2.32). No había nada de enfermizo ni egotista en ese testimonio. Pedro no quería dar a entender que antes él era muy malo y ahora muy bueno, ni ninguna otra cosa por el estilo. Se trataba del testimonio de Jesús y del hecho de que él ahora estaba vivo. Eso es algo que todos los cristianos están en condiciones de hacer. En los países del Tercer Mundo --particularmente en América Latina y en África-- esa es ciertamente la norma: hay un testimonio generalizado de Cristo por parte de los laicos. Mientras que en el Occidente la vergüenza nos paraliza aun para mencionar el nombre de Jesús. Hasta que superemos eso, la iglesia no crecerá. Los recién convertidos son extraordinariamente eficaces testificando si reciben un poco de estímulo: ¡después de todo tienen el entusiasmo del descubrimiento reciente! Ellos todavía no saben que lo elegante es que los cristianos se muestren cohibidos acerca de su Señor, y el cambio en su propio estilo de vida exige inevitablemente algún tipo de explicación. Deberíamos animarlos a dar esa explicación a su manera, tan natural y efusivamente como puedan. De este modo no perderán muchos amigos, sino que es probable que traigan a algunos de ellos a su recién encontrada fe. Según mi experiencia, los mejores evangelistas son, por lo general, aquellos que acaban de convertirse, ¡y que todavía no se han estropeado asistiendo a cursos sobre evangelización!

Supervisión

La séptima característica que parece haber sido constante en el modelo de formación que encontramos en el Nuevo Testamento es aquella de la supervisión pastoral. En esos decisivos días primeros, los nuevos creyentes contaban con alguien que cuidaba de ellos.

Los Marcos tenían a sus Pedros, y los Silvanos a sus Pablos. En nuestra era igualitaria sentimos recelos de la supervisión, pero no hay razón para hacerlo: se trata de uno de los dones que Dios otorga a su cuerpo, la iglesia (Ef. 4.11). Se nos proporcionan líderes, no para que impidan nuestra iniciativa, ni para meternos en un molde a la fuerza, sino «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio» (Ef. 4.12). En el Nuevo Testamento vemos a esos supervisores dando ejemplo, usando de disciplina, llevando consigo a cristianos jóvenes en sus viajes misioneros, animándolos y escribiendo cartas. Aquellos que han recibido el privilegio de contribuir a la maduración de los nuevos creyentes en el discipulado deben tener esto en cuenta. Nuestro privilegio de ayudar a la formación de discípulos es tremendo.

No hay que pensar mucho para comprender cuánta ayuda necesitan los recién convertidos. Ante todo, precisan de una asistencia inmediata contra la duda, la cual está presente en toda profesión de compromiso con Cristo. ¿Quién no se ha preguntado, en el período que sigue al encuentro con Jesús, si dicho encuentro ha sido real, si hay alguien ahí, si Cristo lo habrá aceptado de veras, si uno es lo bastante bueno, si puede sentirse seguro, o si no lo estropeará todo? Estas preguntas deben ser poco menos que universales, y necesitan tratarse prontamente para que no se ulceren.

Una vez que se haya resuelto la duda inicial, y comprendido que la seguridad cristiana depende de la promesa de Dios y de la obra acabada de Cristo, así como de la venida del Espíritu que se nos ha prometido, otras cuestiones urgentes demandarán nuestra atención. El nuevo creyente necesitará ser introducido en los círculos cristianos --lo cual puede requerir bastante delicadeza-- y también, ciertamente, precisará de ayuda para iniciar una vida devocional. Deberá aprender a orar y habrá de tener la asistencia de otras personas para vérselas devocionalmente con la Biblia. Valdría la pena darle a conocer algunas notas de ayuda para la lectura de la Palabra de Dios, tales como las producidas por la Unión Bíblica, que sugieren un pasaje de longitud asequible para cada día y ofrecen útiles comentarios al respecto ideados para que el lector reciba alimento espiritual de ellos (en contraposición con aquellos otros que solucionan problemas intelectuales). Es posible también que haya cuestiones éticas que deban afrontarse más tarde o más temprano. Puesto que la brecha entre los estilos de vida de la iglesia y la sociedad se ensancha cada vez más, no sería extraño que el recién convertido trajera consigo hábitos tan ajenos al Evangelio como los vicios de los gentiles del primer siglo. El proceso de destete

requerirá grandes dosis de amor y de tacto, y seguidamente habrá un sinnúmero de problemas --algunos de ellos intelectuales, otros éticos, otros aun relacionados con la vida cristiana en la sociedad (y especialmente en el hogar y el trabajo), otros sexuales, otros económicos--, que necesitarán desesperadamente la intervención de algún amigo cristiano con sabiduría que haya sido discípulo durante cierto tiempo. La persona más adecuada para cumplir esa función sería aquella que haya guiado a la fe al nuevo creyente, pero esto tal vez no sea posible por diferentes razones. De todos modos, se necesitará a alguien sabio y amoroso, de talante relajado, que no resulte amenazador ni se escandalice por nada, para ser modelo y guía del recién convertido. Esta necesidad es apremiante: alguien debería pasar un rato con el nuevo cristiano el mismo día siguiente. El enemigo de las almas no estará ocioso aunque lo estemos nosotros. No obstante, cuando hay varios miembros nuevos en la familia cristiana cada vez resulta más difícil encontrar personas maduras que tengan las aptitudes y el tiempo necesarios para cuidar de ellos uno por uno. Con el correr de los años yo he llegado a la convicción de que una de las cosas más útiles que puede hacer el nuevo creyente es unirse a un grupo que tenga un liderazgo competente y en el que todos los miembros sean también recién convertidos o estén a punto de entregarse a Cristo. Tales grupos gozan cada vez de mayor popularidad, y se conocen con diferentes nombres tales como «grupos de principiantes», «grupos formativos», «grupos de seguimiento» o --el mejor de todos-- «grupos de descubrimiento».

LOS «GRUPOS DE DESCUBRIMIENTO»

Un «grupo de descubrimiento» es algo muy sencillo: no se trata más que de varios cristianos recientes que se reúnen para aprender, estudiar, orar y animarse bajo el liderazgo de algunos creyentes con experiencia, preferiblemente laicos. En la iglesia de St. Aldate, en Oxford, desarrollamos estos grupos a lo largo de los años, hasta que llegaron a ser nuestra forma principal de ayudar a los cristianos a crecer. Constituían valiosas herramientas de enseñanza, eran muy divertidos y fomentaban relaciones que se desbordaban luego sobre la iglesia confiriéndole una vida dinámica.

No es difícil reconocer el valor de estos grupos. Por un lado, la utilización de «grupos de descubrimiento» garantiza la ayuda de personas competentes al progreso de los recién convertidos. Estas personas son responsables de los integrantes de su grupo y tienen

que rendir cuentas ante la iglesia, la cual les ha confiado esa delicada y emocionante tarea. Por otro lado, los grupos en cuestión enseñan a los nuevos creyentes la importancia y el gozo de la comunión cristiana casi antes de que ellos hayan oído mencionar esa palabra, y además incorporan el cuidado personal que considerábamos anteriormente, aunque transportándolo a una clave distinta debido a la dimensión del grupo. Cada uno de los líderes se hace personalmente responsable de disciplinar a uno o más individuos, lo que lleva a cabo informalmente fuera del tiempo de reunión. Así que el nuevo creyente recibe su cuidado personal a la vez que se ve enormemente enriquecido por el grupo, ya que ahí puede compartir sus temores y descubrimientos, crecer y ver cómo crecen los demás, tiene la posibilidad de oír y compartir respuestas a la oración, puede plantear problemas y escuchar las contestaciones que se dan cuando otros expresan cosas que a él le preocupan pero que no ha manifestado ... Otra gran ventaja de utilizar estos grupos es que conducen de un modo natural a la red de grupos de comunión caseros que constituyen una dimensión tan saludable en la vida de la mayoría de las iglesias que están creciendo, pero que no son particularmente adecuados para integrar a los nuevos discípulos inexpertos hasta que éstos se han acostumbrado, por así decirlo, al balanceo del barco. Y eso es precisamente lo que les permiten hacer los grupos de descubrimiento.

El objetivo del grupo es claro: «Presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1.28), en la medida en que esto empiece a conseguirse en el plazo de dos meses, la duración óptima de esos cursos. Por lo menos, que sea lo suficientemente «perfecto» o maduro como para saber que es un discípulo cristiano y poder explicar de algún modo la razón de ello, para tener una vida devocional regular y haber intentado compartir su fe con alguien, para saber cuál es el ámbito de la iglesia y ser capaz de ocupar su lugar en la comunión eclesial, para desear servir al Señor de un modo u otro. Esto es lo que puede esperarse que produzcan estos «grupos de descubrimiento», y a menudo así sucede. Nuestra experiencia demuestra que sólo un número muy reducido de los que hacen profesión de fe se apartan del Señor si han asistido a uno de esos cursillos para nuevos creyentes. Esta clase de cursos parece proporcionarles una base para su vida cristiana.

El número de personas deberá ser lo bastante grande como para formar un grupo viable incluso si uno o dos miembros faltan por causa de enfermedad o por alguna otra razón, pero lo suficientemente pequeño como para garantizar que no haya pasajeros. Todos tienen un papel que desempeñar. La proporción de líderes resulta muy importante. Debido a que el trabajo del líder no consiste

simplemente en dirigir las diversas actividades del grupo, sino también en proveer cuidado pastoral para algunos de los miembros, es fundamental procurar que ningún dirigente tenga que cuidar a más de dos o tres personas; de otro modo ello supondría una demanda excesiva de su tiempo libre. Estos líderes son, la mayoría de las veces, laicos que tienen sus propios trabajos, y por lo tanto no pueden hacerse responsables de más de dos o tres miembros cada uno. Así que en un grupo grande se necesitarán cuatro dirigentes para diez o doce miembros, y dos líderes podrían manejar un grupo de seis personas.

Las edades, los sexos, los trasfondos y las situaciones de los miembros del grupo serán diversos. Esto no tiene la más mínima importancia. He descubierto que algunos grupos compuestos por gente que está preparando el doctorado y por alcohólicos sin empleo funcionan bien. La familia cristiana es algo muy mezclado, y nosotros no escogemos a nuestros hermanos y hermanas. De hecho, la variedad es una ventaja para el grupo. Seguramente los miembros también se encontrarán en diferentes etapas espirituales. Algunos estarán allí para un curso de repaso de los fundamentos cristianos, otros porque acaban de poner su fe en Jesús, otros aun se habrán incorporado meramente como indagadores interesados, y --particularmente si el grupo surge de un mensaje de evangelización-- habrá con toda seguridad algunas personas que no sabrán por qué han accedido a asistir. Se sintieron empujados de alguna manera por el Espíritu de Dios pero no pueden explicarlo, y tal vez sientan vergüenza al respecto. La primera reunión, si se dirige con pericia, debería resolver el asunto.

El material del curso aparece en los Apéndices que hay al final del presente libro, y no tiene ningún otro mérito particular que el de haber sido probado y utilizado muchas veces en numerosas partes del mundo. Lo he incluido allí porque puede constituir un punto de arranque útil para una iglesia que desee poner en marcha «grupos de descubrimiento», pero me sentiría sorprendido ¡y decepcionado! si siguieran usándolo después de mucho tiempo, ya que fue ideado por una determinada congregación para un público en especial y, aunque se ha utilizado muy ampliamente, no es más que un ejemplo de la clase de cosa que es posible llevar a cabo. No tiene *copyright*: puede usted usarlo y adaptarlo como mejor le convenga. Luego escriba el suyo propio. Este curso dura ocho semanas, y a los miembros debería aclarárseles bien, en el boletín de inscripción que se les da al principio, que están comprometiéndose a asistir semanalmente. Cada semana tiene un tema para esa noche, y todas las partes que constituyen la velada están subordinadas a dicho tema. También hay unas notas para

que los integrantes del grupo se lleven a casa más tarde, que sirven como resumen breve de lo que ha sucedido en la reunión. Dichas notas hacen posible que los miembros comprueben los versículos bíblicos relacionados con el tema, y al final de las ocho semanas ellas constituyen una serie, incompleta pero no insignificante, de hojas móviles sobre cierto número de doctrinas básicas. De vez en cuando descubrirá usted que los miembros del grupo comienzan espontáneamente su propia reunión entre sus amigos y utilizan el material que hace muy poco tiempo ellos mismos aprendían.

Aunque cada noche se estudia un solo tema, la velada presenta varios aspectos. Alguno de los dirigentes da una breve charla sobre dicho tema utilizando los correspondientes versículos del Nuevo Testamento, de tal manera que el grupo capte con claridad la esencia de lo que se enseña. (En las notas se sugieren algunos bosquejos para esas charlas.) Seguidamente se plantean las preguntas, objeciones y dificultades.

Un segundo elemento que hemos encontrado útil emplear es otra forma de aprendizaje sobre el mismo tema que consiste en un estudio bíblico inductivo. También uno de los líderes presenta dicho estudio, pero en este caso lo que cuenta es que el dirigente sea capaz de hacer lo mínimo él mismo ampliando al máximo las oportunidades de los miembros del grupo para descubrir por sí solos lo que dice la Escritura, forcejear con ello personalmente y descubrir cómo se aplica a sus situaciones. Se trata de una parte muy emocionante de la velada.

Un tercer elemento que nos ha resultado muy útil es la enseñanza de determinado versículo de la Escritura que resuma el tema de la noche. El guardar en el corazón porciones de la Palabra de Dios tiene un valor incalculable y es algo que se hace con demasiada poca frecuencia en nuestros días. Si los nuevos cristianos empiezan a practicarlo adquirirán enseguida una costumbre muy buena y pronto serán capaces de ayudar a otra gente.

Un cuarto elemento de la velada consiste en mencionar algunos libros apropiados que los dirigentes habrán llevado consigo con el objeto de prestarlos o venderlos en el grupo. Este es otro medio que contribuye al crecimiento: adquirir pronto el hábito de asimilar un poco acerca de la fe. No importa demasiado cuáles sean los libros en particular, lo valioso está en que la gente lea y, por lo tanto, piense inteligentemente acerca de sus creencias, así como en proporcionar a las personas aquellos libros que se adapten a su situación y a las preguntas que se están haciendo. Si cada semana se trae de alguna librería cristiana local una pequeña caja de zapatos con libros, para venderlos o en calidad de préstamo, y si uno de los líderes hace una buena presentación de ellos, en las reuniones

debería haber una venta constante y un interés creciente por la lectura.

Un quinto aspecto de la velada es la oración, a veces silenciosa, pero con mayor frecuencia espontánea. Dicho aspecto ayudará a la gente del grupo a que comience a expresar sus oraciones y alabanzas. El descubrir que los otros también están dispuestos a hacerlo los estimulará a ello. El período de oración resulta del estudio bíblico inductivo, de manera que la gente orará acerca de los pensamientos que les hayan impactado en las páginas de la Escritura. Naturalmente, todo esto supone un buen modelo, asimilado de manera inconsciente, para su propia lectura bíblica y oración diaria.

La velada concluye después de la oración, pero por lo general el rato del café se presenta naturalmente y la gente no tiene ninguna prisa por marcharse. Esta es una ocasión valiosa para que los dirigentes hablen de manera informal con los miembros del grupo acerca de algunas cuestiones que pueden haberse suscitado y archivado durante la reunión, o para que fijen un momento para comer juntos o charlar durante la semana.

La gente se incorpora al curso de varias maneras. Tal vez lo hagan como consecuencia de un sermón de evangelización en la iglesia, o de una cena de evangelización. Quizá lleguen gracias al testimonio personal, o porque se ha anunciado en el culto y se han distribuido boletines de inscripción (que indicaban la duración, el propósito y el bosquejo de dicho curso). O quizá se incorporen al grupo por recomendación personal.

Ya hemos dicho bastante acerca de los miembros. ¿Y qué pasa con los líderes? ¿Cómo se reclutan? La mejor forma de hacerlo es buscando cristianos con bastante experiencia pero que no sean necesariamente unos entendidos. Su cordialidad, su tacto, su sensibilidad y su capacidad para no escandalizarse tendrán más importancia que su conocimiento detallado. Resulta útil asegurarse de que el jefe del equipo sea alguien que ya haya hecho esto varias veces y que esté bien instruido, pero mi experiencia es que los líderes ayudantes pueden escogerse entre aquellos que no hace tanto se encontraban ellos mismos en un «grupo de descubrimiento». En resumen: la Edad Media tenía razón: la mejor forma de aprender es siendo aprendices. Si parte usted de cero y no tiene a nadie que haya hecho esto todavía, escoja a personas con experiencia en algún tipo de grupo pequeño y toda su dinámica. Yo suelo esmerarme en elegir para que trabajen conmigo a líderes ayudantes que sean dóciles para aprender y no tanto que estén adoctrinados, así como que tengan buenas relaciones con la gente y no tanto que sean intelectuales. Pablo aporta el matiz adecuado

al hablar de aquellos que participan en esta clase de trabajo, primero, como nodrizas y, luego, como padres (1 Ts. 2.7, 11). Deben ser personas capaces de relacionarse con facilidad y simpatía con aquellos que salen de la cultura secular, algo para lo cual no sirven muchos cristianos fieles.

En el Apéndice B hay algunas «Notas para los líderes», pero si me preguntaran a mí cuáles son las cosas más importantes que los dirigentes deben tener en cuenta para dirigir esos grupos, creo que sugeriría los siguientes puntos.

Relaciones con los otros dirigentes

Los líderes deben conocerse y confiar unos en otros, así como tener una agradable relación de trabajo entre sí. De modo que será positivo que se reúnan alguna vez para comer y compartir las circunstancias de su vida y la historia de sus propias peregrinaciones espirituales unos con otros, al igual que para conocer los intereses, los puntos fuertes, los gustos y aversiones y la experiencia, cada uno, de los demás. El tiempo así invertido quedará ampliamente compensado más tarde. La velada debería terminarse orando unos por otros, por el curso y por la gente que asistirá, con los nombres propios, si ya se conocen éstos. Esta vinculación entre sí de los líderes ejemplificará algo importante que debe ser asimilado por el grupo.

Relaciones con los miembros

Se han anotado en el curso ... y tal vez estén lamentándolo. Lo que necesitan por encima de todo es que se las llame por teléfono y, de ser posible, se las visite antes de la primera reunión del grupo. Esto apaciguará sus temores y les permitirá, por lo menos, conocer a una persona de dicho grupo antes de que lleguen todas. Esa primera visita muy bien puede poner la base de una amistad que se desarrollará a lo largo de los dos meses siguientes; o tal vez sienta usted que otra persona debe hacerse cargo del cuidado pastoral de esa persona. En cualquiera de ambos casos se habrá obtenido una valiosa información y se habrá establecido contacto.

Este contacto debe desarrollarse tanto en la primera reunión como durante las semanas siguientes. La gente se mostrará muy tímida al principio y necesitará que el ambiente de las reuniones sea tolerante, alegre y no resulte amenazador. Tienen asimismo que poder hablar, expresar sus pareceres, ser escuchados ... Y usted deberá llegar a conocerlos y a descubrir qué es lo que los hace vibrar. Más aún: ellos necesitan algunas ocasiones de «diversión», tal vez

una fiesta que incluya un paseo en barco o una cena en la que todos participen preparando la comida.

Lo más importante de todo es su relación con los miembros del grupo sobre los que se le haya asignado una responsabilidad personal. Los líderes deberán decidir quién de ellos se ocupa de cada uno, aunque desde luego los miembros no son conscientes de este leve «control pastoral». Usted tendrá, por lo tanto, que tomar la iniciativa. Comprométale a una comida o una charla en la primera reunión, y propóngase tener una segunda conversación con él antes de que se acabe el curso de ocho semanas.

La primera charla debería hacer posible que usted discerna dónde se encuentra la persona espiritualmente. Si ella todavía no profesa haberse entregado a Cristo, necesita que se la anime a pensar que eso es algo perfectamente aceptable siempre y cuando esté avanzando en la dirección correcta. Usted se halla a su disposición para ayudarles a superar todos los obstáculos que pueda. A menudo sucede que, por muy brillante que haya sido la enseñanza en público sobre cómo llegar a Cristo, su amigo simplemente no ha tenido el discernimiento espiritual suficiente para asimilarla, y la ministración personal que usted le proporcione --repasando pacientemente con él algunos de los puntos sobresalientes, buscando cuáles son sus dificultades, y exponiéndolo al poder y el consuelo de algunos versículos clave de la Escritura-- puede muy bien llevarlo a esa comprensión y ese paso de fe que le parecieron tan esquivos cuando el predicador trataba de explicarlos.

O pudiera ser que la persona no estuviera todavía preparada para hacer un compromiso semejante. En ese caso, anímela a seguir con el grupo durante las ocho semanas y observar lo que pasa. Es muy probable que al final de ese período haya llegado a una fe clara en Jesús, especialmente viendo crecer a la otra gente del grupo. Tal vez resultase útil darle algo apropiado para leer, y fijar una ocasión, dos o tres semanas más tarde, para hablar acerca de ello.

Si la persona tiene claro su compromiso con Cristo, entonces en esa primera sesión deberían repasarse con él o con ella las bases de la certidumbre, ya que sin dicha certidumbre resulta imposible construir una vida cristiana confiada. También es importante que aprendan a leer la Biblia en plan devocional, y a orar. Quizá esas personas experimenten ciertos problemas particulares de los que desean hablar, lo cual, naturalmente, debería hacerse enseñuida. La mayoría de los recién convertidos tienen un sinnúmero de cosas así, que sacarán a la luz cuando confíen en usted. Pero el objetivo principal en esta primera ocasión juntos es asentar los comienzos de una vida devocional regular en el corazón y en los hábitos de alguien

que posee la confianza sosegada de haber empezado a ser un verdadero discípulo de Jesucristo.

Es muy posible que todo esto requiera más de una sesión: ¡perfecto! Lo más importante es dar a las personas aquello que necesiten en cuanto a tiempo y consejo, pero sin que se sientan abrumadas. De todos modos deberá usted tener una última reunión con su amigo al acercarse el fin del curso. Pueden haber surgido problemas que convenga discutir, y a esas alturas ya se habrá ganado usted el derecho de ser su consejero; así que probablemente estará más dispuesto a recibir de usted sobre cuestiones espirituales que de ningún otro. Después de todo lo ha observado de cerca un par de horas por semana durante dos meses enteros. Pero, sea cual fuere el orden del día que ellos tengan, usted también querrá dejar claras algunas cosas: ¿Cómo están progresando en su vida devocional? ¿Han estado leyendo algún libro cristiano? ¿Cómo reaccionan sus amigos no creyentes ante esta nueva fe? ¿Qué tal van las cosas con su novia o su novio? ¿Le alientan o le desalientan en casa? Y ... tal vez lo más importante de todo: ¿Están pensando de antemano en el final del «grupo de descubrimiento»? ¿Hay algún otro grupo casero de comunión en la iglesia al que podrían incorporarse? En tal caso, tiene usted la responsabilidad de consultar con la autoridad competente a cargo de esos grupos y preparar el contacto. Los nuevos creyentes necesitarán un encuentro personal y relajado con el líder del grupo casero para presentarse. Estos momentos de transición de un grupo a otro resultan peligrosos y la gente corre el mayor riesgo de apartarse. Los nuevos creyentes necesitarán, por lo tanto, mucha atención solícita una vez llegados a este punto. También podría resultar provechoso discutir si él o ella debe bautizarse, o si las reglas de la denominación le permiten participar en la Santa Cena. Es muy importante resolver estas cuestiones lo antes posible. Por otra parte, está también el asunto del servicio cristiano: ellos deberían empezar a pensar de antemano en algún área de ministerio en la sociedad en general. De un modo u otro dicha área tendría que suponer algo que no harían a no ser por su fe en Cristo. Y contar con un ámbito así de servicio es un medio importante de asegurar el crecimiento y la estabilización en el período siguiente a su trasplante del «grupo de descubrimiento»: un tiempo que para muchos resulta traumático. Nunca antes han experimentado una comunión tan estrecha, y temen no volver a experimentarla jamás, así que son reacios a plantearse la disolución del grupo. Pero el grupo tiene que disolverse, y ellos necesitan ser inyectados, como fresca sangre arterial, en la corriente principal de la vida de la iglesia. La relación solícita que usted pueda tener con esos miembros de los cuales se le ha hecho responsable será el mejor medio para llevarlo a cabo.

Responsabilidad

La seriedad es una cualidad vital para el liderazgo de estos grupos. Se demuestra con la preparación cuidadosa de la parte que le corresponde hacer a usted en cada velada, procurando que los preparativos físicos para esta última se lleven a cabo --que haya comida y bebidas, así como que las notas y los libros, además de algunas biblias, estén disponibles para tomarse prestados--, manteniendo informados al ministro (o a quienquiera que haya establecido el «grupo de descubrimiento») acerca del progreso del curso y de si algún miembro que se había anotado no ha aparecido. Cuando alguien no se presenta, la mejor forma de actuar es que uno de los líderes visite a esa persona con las notas de la primera velada, le diga cuánto la han echado todos de menos y se ofrezca a recogerla a la semana siguiente. De esta manera es bastante raro que alguien se quede sin incorporar al grupo. Pero tal vez se hayan anotado inadvertidamente para una hora con la cual les resulta imposible cumplir; en tal caso la persona que administra los «grupos de descubrimiento» tiene que saberlo enseguida para asignarlos a una reunión distinta. Y eso no sucederá a menos que usted, como uno de los dirigentes del grupo, se porte seriamente en cuanto a transmitir esa información a quien corresponda lo antes posible. Y naturalmente, la seriedad también se demuestra mediante el cuidado pastoral ofrecido generosamente a los individuos que se le han asignado para que vele por ellos: «Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel» (1 Co. 4.2). Y su cargo como líder de uno de esos «grupos de descubrimiento» es precisamente el de administrador de Dios.

Liderazgo

El liderazgo de estos grupos debe desempeñarse con modestia, pero es algo importante. Los miembros buscan dirección y seguirán a alguien en quien confían. Su liderazgo se demostrará de diferentes maneras.

El compañerismo entre los líderes será un factor importantísimo. Si existen tensiones o celos entre ustedes, los miembros del grupo inmediatamente se darán cuenta, y será desastroso. El amor de unos para con otros, el ser modelos de lo que enseñan, su porte, su ejemplo, su forma de contestar a las preguntas, su capacidad para no escandalizarse y su amplitud de miras hablarán por sí mismos.

La dirección de la primera velada es muy importante, y debería estar a cargo del dirigente más experimentado. Resulta crucial hacer que la gente se sienta a gusto, y cuando llegan están de cualquier

manera menos así. No tienen costumbre de hablar acerca de Dios en una casa particular, delante de un montón de extraños, en una noche cualquiera de la semana ... ¡No es nada raro que se sienten en el borde de la silla y derramen el café! El trabajo de usted como líder consiste en quitarle tensión a ese momento, y una buena manera de hacerlo en la primera noche es pidiéndole a la gente, después que han pasado un rato moviéndose en libertad, que agarren una silla (no los coloque en filas apretadas de antemano, permítales circular) y se pongan en círculo. Luego diga algo como lo siguiente: «Sería maravilloso que todos habláramos un poco acerca de nosotros mismos y de lo que nos trae aquí hoy como un puñado de completos extraños.» Luego dé usted la salida: «Tal vez será mejor que comience hablando yo...» Cuente un poco acerca de su persona y de su situación, explicando brevemente cómo llegó a la fe en Cristo. Seguidamente pásele la palabra a otro de los líderes del grupo que estará sentado a su lado para que cuente un poco de su historia. Así se habrá creado el ambiente propicio para que otros sigan hablando, y ustedes estarán intrigados oyendo relatos, algunos de ellos totalmente asombrosos, de cómo Dios ha obrado para llevar allí a esa gente. Entre los asistentes se contarán algunos que han llegado claramente a la fe cristiana; otros estarán en posesión de ella, pero no lo sabrán; otros aun no tendrán seguridad al respecto; otros se encontrarán al borde de la decisión; otros más tropezarán con algún obstáculo serio para creer ... Y todos necesitarán que se les haga sentir a gusto en cuanto a lo que han contribuido. Algunos hábiles comentarios suyos como líder pueden facilitar esto, y de vez en cuando la historia de alguien tendrá una enseñanza valiosa que a usted le parecerá conveniente destacar. Deje claro, sin embargo, que no hará lo mismo cada semana, no sea que adquieran una idea equivocada acerca de cómo continuarán esas veladas. Pero usted habrá ganado muchísimo con este simple ejercicio. Ellos, por su parte, habrán dado algún tipo de testimonio espiritual acerca de cuál es o cuál no es su posición respecto de Dios, y habrán confiado esa información a los demás. Como consecuencia de ello, habrán roto el hielo y estarán dispuestos a hablar --y podrán hacerlo-- sobre las cosas espirituales más íntimas con quienes anteriormente, en esa misma velada, no eran sino unos extraños.

El liderazgo se requiere también para dar la charla corta sobre el tema de la velada. En la primera noche, dicho tema es compromiso y certidumbre, aunque quizá quiera usted alterar el orden que aparece en el Apéndice y hacer un breve estudio de apertura ideado por usted mismo para encajar en esa primera reunión: un bosquejo de la salvación, tal vez, en los términos más sencillos pero con garra.

El estudio deberá ser interesante, no parecer un sermón, tener una duración corta y ser claro como el agua. Tendrá que poner a la gente frente a las Escrituras, para que vea que este libro es un concentrado de poder. El mayor peligro que corre usted es el de extenderse mucho o el de suponer demasiadas cosas. No dé por sentado que ellos traerán la Biblia la primera noche, aunque en el boletín de inscripción se les haya pedido que lo hicieran. No la traerán. De modo que necesitará usted tener algunos ejemplares para prestarles (y también en venta) en su pequeño puesto de libros. Y será prudente que todos sean de la misma versión, o de otro modo desperdiciará un tiempo ilimitado en responder a quejas resentidas y poco provechosas: «Mi Biblia no dice eso, dice...». Sin duda todos estos son aspectos insignificantes, pero para que fluyan de un modo tan natural que ni siquiera sean notados se requiere liderazgo y una preparación muy meticulosa. Por otra parte, hoy en día la ignorancia de la Biblia es tan grande que probablemente necesitará usted decir: «Este libro tiene dos partes: el Antiguo Testamento y el Nuevo. Luego hablaremos más de ello, pero por el momento vayamos a la página ... del Nuevo Testamento.»

Si esa primera noche consigue usted transmitir al grupo la esencia de lo que es el compromiso cristiano y cómo pueden estar seguros de haberlo adquirido, habrá logrado un triunfo. Tal vez no haya tiempo en esa misma velada para hacer un estudio bíblico inductivo, pero si pueden --según hayan sido de largas las presentaciones-- conviene hacerlo, ya que dicho estudio dará a los miembros la posibilidad de empezar a utilizar la Biblia por sí mismos y entender la importancia que ésta tiene. Esto constituirá un buen despegue para su propia lectura devocional durante la semana siguiente.

Los estudios bíblicos inductivos pueden ser delicados, y precisan de una clase de liderazgo relajado pero vigilante. Si su grupo es grande convendría dividirlo en dos, con un par de dirigentes en cada uno. Estos estudios bíblicos no son tanto un ejercicio de enseñanza como uno de aprendizaje acerca del tema de la velada. En ellos debe usted estimular, arbitrar y animar, no dominar, ni desde luego predicar. Diríjalo desde atrás. Confíe en el Espíritu Santo, y permita que los miembros cometan errores. En un principio no importará demasiado lo que digan, siempre que expresen algo y se acostumbren al sonido de su propia voz hablando de Dios y de la Biblia.

De modo que haga que el pequeño grupo se reúna en círculo, con sus ejemplares de la Biblia abiertos en el sitio debido. Eleve una breve oración pidiendo luz y entendimiento. Haga que los miembros lean un pasaje para sí mismos o en voz alta, tal vez un versículo cada uno recorriendo el círculo. Luego diga: «Ahora

vamos a guardar tres minutos de silencio durante los cuales podemos leerlo todo de nuevo y ver qué es lo que más nos impacta. A continuación juntaremos esos pensamientos y aprenderemos unos de otros.» Concédales el tiempo que ha dicho, aunque seguramente alguien proferirá alguna cosa antes de que los tres minutos hayan transcurrido, a causa de lo poco acostumbrado al silencio que está el hombre moderno incluso por un tiempo tan breve. No permita que la persona se salga con la suya, y conteste: «Un momentito ... Dejemos el tiempo suficiente para que cada uno haga su elección, y cuando yo lo diga puede empezar a hablar.»

Tal vez su corazón dejará de latir por unos instantes mientras espera a que alguien comience a hablar después de esos tres minutos. Pero alguno lo hará, y entonces todo habrá terminado. Puede que resulte muy difícil pararlos cuando llegue el fin de la velada. Es provechoso pedirle a la gente que diga qué versículo le es de ayuda. Esto enfoca sus propias ideas y a la vez capacita a otros para que se concentren en el mismo asunto. Las cosas importantes que conviene evitar son las distracciones y las referencias cruzadas a otras partes de la Escritura. Si opta usted por una referencia cruzada perderá de manera irrecuperable en lo profundo del libro de Números o de 2 Crónicas; y si permite que haya distracciones, lo mejor será que renuncie y se vaya a casa, ya que todos empezarán a airear sus propias ideas acerca de cosas de las que saben poco. De esa manera no aprenderán a alimentarse de la Palabra de Dios ni a permitir que ésta informe sus actitudes. Cuando reciba algún comentario particularmente inoportuno, pregunte inocentemente: «Ya ... ¿y en qué versículo encuentra usted eso, Guillermo?» ¡Verá cómo no tiene que hacerlo muy a menudo! Sin embargo descubrirá con frecuencia que la gente no aplica a la vida real aquellos pensamientos que están recibiendo de las Escrituras, y entonces deberá decir amablemente: «Magnífico. Pero ... ¿qué implica eso para nosotros mañana en el trabajo, Carmen?»

Yo encuentro provechoso el estimular aportaciones en primera persona del singular: «Me gusta el versículo siete porque muestra que...» Esto enseña a la gente a permitir que la Palabra de Dios les hable a ellos personalmente. Y a medida que vaya creciendo su discernimiento espiritual, a menudo constituirá una buena idea empujarlos un poco más lejos: «¿Por qué le gusta ese versículo, Guillermo? ¿Cómo cambiarían las cosas si realmente lo pusiéramos en práctica?»

Las preguntas que se expresan en las notas para esos estudios bíblicos inductivos representan meramente una segunda línea de defensa. Tal vez no las necesite en absoluto, y la cosa fluya sin problemas. Pero si se atasca, le vendrá bien usar una o más de dichas

preguntas. No están ideadas para producir un sí o una falta de respuesta, sino para estimular la conversación. Por ende, pueden a menudo resultar útiles para llevar el estudio a un nivel más profundo.

Naturalmente hay algunos problemas particulares con los que tendremos que enfrentarnos en estos estudios bíblicos inductivos, especialmente cuando la idea en sí es tan nueva para todos los miembros. Alguna gente sacará a relucir problemas todo el tiempo. Por causa de la enseñanza puede resultar útil discutir alguno de ellos de vez en cuando, pero generalmente dichos problemas distraen de la meditación en las Escrituras, lo cual constituye el objetivo principal para usted. Vale más decir: «Bueno, ese es un aspecto interesante, pero no creo que podamos desarrollarlo en este momento. Reunámonos luego a fin de discutirlo.» ¡Y asegúrese de cumplir su palabra! También está la persona parlanchina que con sus copiosas contribuciones intimida a las demás: «Muy bien, Juan --expresese--, pero usted ya ha compartido un par de veces en esta velada ... Veamos si alguien que no haya hablado todavía tiene algo que quisiera decirnos.» ¿Y cómo puede usted ayudar a la persona que es muy tímida? No se debe caer sobre ella. Déjela que lo absorba todo en silencio durante la primera semana poco más o menos, y luego aventúrese a dirigirle una pregunta. Supondrá un gozo enorme ver que todo el grupo empieza a entusiasmarse con las Escrituras, a hablar de ellas sin timidez y a intentar llevarlas a la práctica.

El período de oración que viene después es muy importante, y constituye otra prueba más de su liderazgo. Si se introduce mal, puede silenciar a todo el mundo; pero si se lleva a cabo con naturalidad las oraciones fluirán. A menudo me ha parecido natural decir algo como lo siguiente: «Bueno, pronto tendremos que terminar, pero ¿no sería apropiado que hablásemos directamente con el Señor antes de irnos? Durante buena parte de la velada hemos estado comentando acerca de él, ¿por qué no toma ahora simplemente ese pedacito del pasaje de la Escritura que más le ha ayudado, lo lee, y luego eleva una sencilla oración en voz alta como: "Señor haz que esto sea realidad en mi vida?" o "Gracias Señor por ello." Naturalmente que la oración no llegará más fácilmente a Dios si la hace en voz alta, pero nos capacitará a los demás para participar en lo que usted esté expresando, y nos gustaría decir amén a sus palabras.» Luego añade: «Jaime [el otro líder] será quien empiece, y yo terminaré dentro de algunos minutos. Pero utilice el tiempo entre ambas oraciones para orar usted mismo si quiere hacerlo.» Y lo asombroso es que varios de ellos orarán. Puede que lo hagan con las simples oraciones de petición o acción de gracias que usted

ha sugerido o puede que no --en realidad, es posible que se lancen a pronunciar un discurso muy sentido y emocionado dirigido a Dios el cual casi hará que usted se eche a llorar por su frescura y sinceridad--, pero esa noche se habrá cruzado un importante umbral. Varios de los miembros habrán pasado el Rubicón que supone la oración en grupo y, por la misericordia de Dios, a menudo verán respuestas a esas oraciones en días sucesivos y volverán a la próxima semana llenos de gozo por la oración contestada: una experiencia que jamás creyeron que fuese posible. A medida que el grupo se desarrolle usted puede alargar un poco el tiempo de oración (no permitiendo nunca que se haga interminable) y entrar en las peticiones por las necesidades los unos de los otros. Resulta asombroso con cuánta rapidez los nuevos cristianos se acostumbran a esto.

Una vez finalizado el tiempo de oración la velada en cierto sentido ha terminado, y en otro aún no lo ha hecho. Entonces repártales las notas de esa reunión; sin embargo, descubrirá que la mayoría de ellos no tienen ninguna prisa por marcharse, sino que se ponen a hojear los libros del puesto que uno de ustedes ha presentado anteriormente esa misma noche. Le pedirán consejo en cuanto a la compra de una Biblia, o se suscribirán a la Unión Bíblica (que tiene una serie de notas de ayuda sin fecha, especiales para nuevos creyentes). O puede que simplemente se dediquen a deleitarse en la nueva experiencia y no tengan prisa por marcharse. Después de todo, esa ha sido una velada con muchas experiencias nuevas: acudir a una casa particular para hablar de Dios, escuchar una charla acerca de cómo llegar a conocerlo y estar seguro de ello, compartir en qué posición se encuentra uno personalmente en lo referente al cristianismo, descubrir un poco de lo que representa la comunión cristiana, encontrarse con que la Biblia habla hoy, aprender de memoria un versículo de la Escritura, atreverse a orar y hacerlo en serio ... ¡Menuda noche! Pocos de ellos necesitarán recordatorios para volver a la semana siguiente: ¡No faltarán!

Cuando la gente se esté marchando, deberá usted fijar un encuentro con aquellos sobre los que va a tener responsabilidad pastoral, para comer y charlar de persona a persona. Y luego, una vez que se hayan ido todos, los dirigentes --exhaustos y probablemente rebosantes de gozo-- se juntarán para orar por los individuos que les han sido encomendados, el desarrollo del grupo, cualquier persona que haya parecido sentirse a disgusto, las críticas y las sugerencias acerca de cómo ha transcurrido la velada, y con el objeto de planear la participación de cada uno a la semana siguiente. Al llegar la próxima reunión, Dios habrá hecho algunas cosas importantes en la vida de varias de las personas del grupo, y cuando

usted les dé tiempo y ocasión para compartir con el resto de los miembros las alegrías que han tenido o los problemas que se les han presentado, la sensación de confianza y de cohesión del grupo aumentará, y las preguntas fluirán con una mayor facilidad. Tal vez valga la pena tener una comida juntos durante la segunda o la tercera semana. Esto ayuda a que el grupo «cuaje». También constituye un rasgo atractivo para el individuo o el par de individuos que pensaban asistir pero que por alguna razón no aparecieron en la primera velada. Sin embargo no es prudente permitir que otros se añadan al grupo después de la segunda semana: habrán perdido demasiado en cuanto a contenido y experiencia, y su llegada suele estropear la cohesión del grupo. Deje que esperen hasta que comience el siguiente «grupo de descubrimiento».

He entrado en un número considerable de detalles respecto a la dirección de los «grupos de descubrimiento» porque observo que se trata de un concepto extraño para muchas iglesias y que resulta muy eficaz para la formación de los nuevos creyentes. El grupo actúa como un estímulo y un vínculo de consolidación; se permite que el cuidado pastoral ejerza toda su eficacia; y cuando los miembros ven que otros están creciendo en la fe y en la experiencia, eso los anima todavía más que el estar bajo la guía solitaria de un cristiano con experiencia.

Me doy cuenta de que después de haber dicho tantas cosas sobre este tema no he hecho sino empezar a arañar la superficie; pero eso será suficiente si logra estimular a otros para que comiencen «grupos de descubrimiento» y experimenten el gozo y la fecundidad que puede traer este planteamiento de la formación cristiana inicial.

12

Múltiples maneras de evangelizar

El orador era un estadounidense, y estaba hablando sobre los métodos de evangelización. Como los norteamericanos son por lo general muy entendidos en metodologías de todas clases, yo me sentí particularmente intrigado por el enfoque diferente que adoptaba aquel hombre. «¿Se ha encontrado usted alguna vez en Kansas en medio de una tormenta de polvo?», preguntó. Yo no lo había experimentado, pero durante los siguientes minutos él me hizo sentir claramente cómo debía ser aquello. Cuando una de esas nubes de polvo estival se le viene a uno encima, no hay forma de mantenerla fuera. Usted puede encontrarse en el más moderno de los automóviles, con las puertas mejor ajustadas, o sellar herméticamente las ventanas y tapar con cinta aislante toda la rejilla, que no vale de nada: el polvo entra y se asienta por todas partes, no hay manera de impedirlo.

Eso es lo que sucede cuando el pueblo de Dios está impulsado por el viento del Espíritu. Como las tempestades de polvo de Kansas, lo penetran todo. No necesitan largos cursos para aprender a evangelizar, como tampoco un mensajero precisa de una capacitación complicada para transmitir un fragmento de buenas noticias, ni un amante tiene necesidad de manual alguno que lo capacite para decirle a su amada que quiere casarse con ella. Cuando uno desea hacer algo, encuentra la manera de hacerlo. Y lo mismo pasa con la evangelización.

Mucha gente piensa que en nuestros días necesitamos un nuevo método para evangelizar. Puede ser verdad, pero se trata de una cuestión tremendamente insignificante. Lo que necesitamos es un

estilo de vida íntegro, oración, confianza en el Evangelio, que todos los cristianos ministren, trabajar desde un centro que ya esté encendido con la vida de Cristo ... Sí, necesitamos esas cosas: ¡son fundamentales!. Las hemos considerado en el capítulo 4. Pero dicho esto, nuestra necesidad imperiosa no es de ninguna metodología nueva, ¡no lo quiera Dios!. Me entristecen las clasificaciones de la evangelización que se hacen hoy en día: evangelización de proyectos, evangelización basada en la iglesia, evangelización por amistad, evangelización de campañas, evangelización de poder, etc. Sólo hay una clase de evangelización: aquella que consiste en compartir las buenas nuevas acerca de ese Dios que se interesó por la gente, vino, murió, resucitó y llama a la puerta. Como con tanta claridad explica David Wells en su libro *God the Evangelist* [Dios el evangelista], el Espíritu Santo inicia la evangelización, nos motiva para realizarla y nos capacita para ella. Las maneras de llevarla a cabo son innumerables. No, no son métodos lo que necesitamos, sino un caminar más estrecho con el Espíritu de Dios, una voluntad de lanzarnos y --si es preciso-- fallar, un anhelo apasionado de que otros lleguen a compartir lo que nosotros disfrutamos en Cristo. El quid de la cuestión está en la motivación, no en los métodos: si una persona o una congregación quiere evangelizar, encontrará formas para hacerlo. Y esas formas jamás deberían ser aburridas, puesto que hay un campo infinito de posibilidades. En este capítulo doy algunas sugerencias que han probado su eficacia en muchos lugares, pero tal vez no sean las adecuadas para su situación. En ese caso espere en Dios y busque su rostro, hasta que él le muestre lo que es idóneo para usted en su parte de la mies. Luego láncese y hágalo.

LA EVANGELIZACIÓN EN LA IGLESIA

Si su iglesia es cordial y acogedora, si tiene una proyección exterior acompañada de oración y expectativa tanto por parte del pastor como de la congregación, entonces debería convertirse en un imán dentro de su localidad. La gente querrá que sus amigos los acompañen allí, y la iglesia crecerá siguiendo el curso normal de los acontecimientos. Sin embargo, una congregación no crecerá si su lenguaje y sus actitudes están demasiado enfocados hacia adentro y se hacen constantes llamamientos para obtener dinero.

Ya hemos considerado en capítulos anteriores dos de las formas más obvias de evangelizar en la iglesia. Una de ellas es la fundación de nuevas congregaciones, que está sucediendo cada vez con más frecuencia en Gran Bretaña hoy en día, como también en Norte-

américa, tanto dentro de la Iglesia Anglicana como fuera de ella. La Holy Trinity Church, de Brompton, en el corazón de Londres, ha fundado por ejemplo dos nuevas iglesias separando un sector de su numerosa congregación y transplantándolo a un templo que iba a cerrar. Y la nueva iglesia de Roger Forster (*Ichthus*) ha originado varias congregaciones vivas en zonas londinenses difíciles y muy «descristianizadas».

La otra forma consiste en la predicación de evangelización, sobre la que ya hemos meditado ampliamente en el capítulo nueve. Para muchas iglesias está resultará la manera más fácil y natural de comenzar un ministerio de evangelización continuado. Pero, como pudimos ver, mucho depende de la calidad del culto, del amor, de la oración y de la apertura de la congregación al cambio y al Espíritu Santo. Si no se está haciendo ningún progreso en esas áreas, a pesar de que hay una amorosa perseverancia, tal vez sea oportuno empezar una nueva congregación en el mismo edificio de la iglesia. En muchas partes del mundo no se celebran cultos vespertinos. Si ese es el caso, se trataría de comenzar uno. Yo vivo en una ciudad en la que hay pocos servicios religiosos por la tarde; sin embargo, existe una iglesia que atrae regularmente a más de mil quinientos jóvenes y cuenta con una charanga, un coro atestado de gente ... ¡de todo! Mucho dependerá del vecindario y de aquellos a quienes se trata de alcanzar. Debe buscarse la manera apropiada de hacerlo. A menudo esa manera se descubrirá más fácilmente comenzando una nueva congregación dentro de la misma iglesia, en la que puedan crearse estructuras y enfoques radicalmente nuevos sin temor a quienes con una mentalidad tradicionalista sienten rechazo por ello o se oponen a las nuevas iniciativas. Hace poco tuve precisamente una experiencia de este tipo. La iglesia en cuestión contaba con unas sesenta personas, ninguna de las cuales estaba por debajo de una media de sesenta años de edad, y se aferraba con fuerza al culto anglicano tradicional. Se hicieron varios intentos de atraer a otros individuos del vecindario a ese culto utilizando la visitación intensiva, pero los intentos en cuestión resultaron infructuosos. La gente venía una vez y no volvía más: era demasiado distinto de su propia forma de ver las cosas y de sus preferencias. Así que, empezando con un grupo muy pequeño, iniciamos un culto familiar bastante informal a las nueve de la mañana en el que había una cálida comunión, representantes de todas las edades, enseñanza clara y una orientación precisa hacia aquellos que no pertenecían a la iglesia. Esta nueva congregación está creciendo deprisa y es actualmente mucho más numerosa que la otra, la cual, sin embargo, ha podido seguir con su estilo de culto como antes.

Hay muchas otras formas de propagar el conocimiento de Cristo entre las no pocas personas que de vez en cuando entran en una iglesia sin tener ninguna relación con Jesús. Una de ellas consiste en utilizar bien los «ritos de transición» que se celebran en todo tipo de iglesias. Los bautismos, las bodas y los funerales brindan, todos ellos, de modos diferentes, oportunidades para que el Evangelio no sólo sea proclamado sino que se manifieste como algo pertinente para la vida de las personas.

Las iglesias que bautizan únicamente a creyentes no necesitan que se las anime a utilizar este sacramento para fines evangelizadores. Ya lo hacen, y se esmeran en no bautizar a nadie a menos que haya llegado, en la medida que el ojo humano puede discernir, a poner su fe en Cristo. Resulta mucho menos común que el mensaje del Evangelio produzca un impacto significativo en los cultos de bautismo infantil, particularmente en las iglesias históricas donde éste se ha convertido en una especie de tradición social y cultural, con túnica bautismal y agua del Jordán incluidas. Desde luego, el bautismo de niños provee en realidad una oportunidad maravillosa para explicar la verdad del Evangelio. Es posible hacer esto de antemano con los padres, en una clase de preparación para el bautismo. Puede usted mostrarles claramente lo hipócrita que sería hacer esas promesas por el pequeño sin apropiárselas ellos mismos, e indicarles lo vano que resultaría ir a la ceremonia del bautismo sin tener ninguna intención de seguir en la vida de adoración de la iglesia para la cual dicho bautismo es la entrada. A menudo descubro que la gente está muy abierta en ese momento de su vida, y con frecuencia he visto que dichas ocasiones de preparación para el bautismo de un hijo han llevado a la conversión de los padres. La instrucción puede ser impartida por el ministro o por dirigentes laicos de la iglesia, lo cual resulta muchas veces mejor.

Pero no sólo la clase de preparación puede tener tintes evangelizadores, sino también el propio culto. Naturalmente el bautismo sólo deberá celebrarse en un culto principal de la iglesia, donde el vigor de la vida congregacional pueda ser experimentado no solamente por los padres (con quienes usted ya ha estado trabajando) sino por toda la comitiva bautismal --amigos, tías, primos-- que suele aparecer en esas ocasiones rituales. En una oportunidad así hay que dar una clara explicación de lo que significa el bautismo, y de cómo éste expresa la iniciativa de Dios y exige una respuesta personal en arrepentimiento y fe cuando el niño sea lo suficientemente mayor para darla; con frecuencia dicha explicación resulta muy eficaz para sacudir la conciencia de aquellos que pocas veces van a la iglesia, y en ocasiones hasta para traerlos a la misma fe.

También he descubierto que los cultos de confirmación pueden ser igualmente fructíferos. Desde luego, dichos cultos son susceptibles de convertirse en rituales aburridísimos, pero bien utilizados pueden constituir poderosos agentes del Evangelio. Es de esperar que los candidatos a la confirmación ya hayan sido guiados a una fe viva durante las clases preparatorias por sus instructores, y debe animárselos a que traigan al culto de confirmación, no sólo a sus padres y familiares, sino también a sus amigos. El obispo o la autoridad eclesiástica que admite a esos candidatos a su plena membresía tiene una tarea delicada: debe ser un hombre que sepa hablar tanto a aquellos que no se han entregado a Cristo como a los candidatos. Si se da esta combinación, y la iglesia está llena y tiene un culto dinámico, y si los candidatos mismos confiesan públicamente a Cristo de una manera personal, cuenta usted con un instrumento muy eficaz para la propagación del Evangelio.

Recuerdo una ocasión como esa en Oxford. Habíamos tenido un culto poderoso --¡algunos candidatos incluso empezaron a hablar en lenguas cuando el obispo les impuso las manos!--, y al terminar celebramos una recepción en el jardín de la iglesia. Yo me acerqué a los padres de uno de los candidatos que se había convertido pocos meses atrás, y le pregunté si compartía la misma fe viva de su hijo. Se sintió avergonzado y me confesó que no. «Alégrese --le dije--; no hay ninguna razón por la que las cosas deban permanecer así.» De manera que entré en la iglesia y le traje un libro sobre la verdad y el desafío del Evangelio cristiano para que lo leyese. Pocos días después se acercó a visitarme en su automóvil, y tuve el privilegio de ver cómo aquel imponente hombre de negocios venía humildemente al Salvador que tan grande cambio había supuesto para su hijo, y cómo le pedía perdón y que lo incorporase a su familia. Pero en aquella iglesia en particular todos los años solíamos ver a personas llegar a la fe debido al impacto causado por el culto de confirmación.

Las bodas son otras ocasiones decisivas. El pastor despierto, o cualquiera que esté a cargo de preparar la ceremonia, tendrá muchas oportunidades para pasar ratos con la pareja y explorar con ellos las dimensiones espirituales del matrimonio así como sus otros aspectos. Los novios tal vez piensen que lo único que van a hacer allí es preparar una boda en la iglesia, pero descubrirán que ello implica una serie de reuniones con el ministro u otro dirigente cristiano, quien convertirá en su oración y ocupación el tratar de guiarlos a Cristo. Yo he conocido a varias parejas que vinieron a Jesús --uno de ellos o ambos-- mediante tales preparativos de boda.

Como en el caso del bautismo, la ceremonia de boda se presta también a un enfoque evangelizador. Si el matrimonio corresponde realmente a la relación entre Cristo y la iglesia, entonces el desafío de esa relación forma una parte muy natural de aquello sobre lo cual el ministro puede predicar con propiedad en una boda. Yo tengo por costumbre dejar en la parte trasera de la iglesia material acerca de cómo llegar a ser cristiano, para que la gente se lo lleve a casa en esas ocasiones, y con frecuencia lo hacen. Esto es particularmente eficaz cuando uno o ambos miembros de la pareja se han hecho cristianos poco más o menos durante ese último año, y tienen la ilusión de que usted lo anuncie en la boda, para sorpresa de sus amigos que los conocían en el tiempo pasado y están interesados por descubrir qué es lo que ha producido ese cambio. A menudo he ayudado a algunas personas a venir a la fe como consecuencia de una boda así. Recuerdo haber guiado en cierta ocasión a Cristo a la principal dama de honor de la novia, que trabajaba en la industria de la moda parisiense, gracias a que volvió a entrar en la iglesia (durante la larga sesión fotográfica que estaba teniendo lugar afuera) para saber más acerca del Cristo vivo del que había oído hablar durante el mensaje. Y pienso también en otra ocasión cuando pude guiar a Jesús a un sindicalista durante el transcurso de un convite de bodas. El hombre ya había sido profundamente tocado por la vida de mi hijo Tim, quien trabajaba en la misma fábrica que él, y la del suyo propio, que se había hecho cristiano mediante una combinación de la amistad con Tim y de la invitación de éste a una reunión de Billy Graham al aire libre.

También los funerales brindan oportunidades para dar a conocer las buenas nuevas del amor y el consuelo divinos. El mensaje de la resurrección habla a los familiares afligidos como ninguna otra cosa es capaz de hacerlo. Según mi experiencia, dichos familiares no suelen hacer preguntas sobre la suerte que han corrido sus parientes que partieron --dan por sentado (con razón o sin ella) que están perfectamente bien--, sino que a menudo se sienten impulsados a reflexionar sobre la resurrección de Jesucristo y lo que ésta enseña en cuanto a la vida después de la muerte. Con frecuencia se los puede conducir a Jesús a través del trauma que supone el duelo. Sin embargo se necesita una gran sensibilidad para hacerlo. Uno nunca debe aprovecharse de las personas, y menos cuando están tan vulnerables como suele suceder en los funerales. Pero con amor, cuidado y una enseñanza clara, a menudo resulta posible, mediante el mismo culto o las charlas que lo preceden y siguen, ayudar a los afligidos supervivientes a encontrar al Cristo resucitado.

Otra ocasión para que la gente llegue a una fe activa es el culto de Santa Cena. En un sentido esto resulta sorprendente, ya que de

todas las actividades cristianas se trata de la más pensada para aquellos que ya son miembros del rebaño de Cristo. Pero en otro sentido no es tan sorprendente. El arzobispo Cranmer consideraba la Comunión como un «sacramento que convierte», y el Libro de Oración Común anglicano de 1662, basado en el rito de Cranmer, deja bien claro que, en la Santa Cena, el sacrificio de Jesús por los pecados del mundo se nos ofrece personalmente a nosotros en su cuerpo y su sangre, y que cada uno debemos apropiárnoslo mientras nos alimentamos de él en nuestro corazón por la fe. De todos modos, no podría haber una expresión más gráfica del mensaje del Evangelio que el que se nos ofrezcan los elementos del pan y el vino --que representan todo lo que Cristo es y ha hecho por nosotros-- para que podamos incorporarlo a nuestro propio ser. Con bastante frecuencia, por lo tanto, la gente captará la chispa divina en un momento así, y el pastor avisado estará a la expectativa de ello. Recuerdo haber visto un día a alguien que visitaba la iglesia acercarse para recibir la Comunión. La mujer se encontraba visiblemente inquieta, y le pedí a un colega que buscara a un consejero sensible para ocuparse de ella. Así lo hizo, y ambos se sentaron juntos y estuvieron hablando y orando mientras progresaba el culto. Aquel día esa mujer se entregó a Cristo, y desde entonces ha sido un pilar en la iglesia. No creo que ella pudiera decirle a usted por qué lloraba aquel día, pero el Espíritu de Dios estaba atrayéndola hacia sí mismo, y afortunadamente allí había personas disponibles que podían ayudarla.

Un incidente como ese subraya lo importante que es tener miembros de la congregación experimentados con quienes contar después de los cultos para orar con aquellos que lo soliciten. Cuando se sabe que esta es una característica normal del ministerio de una iglesia, se tratan en esos ratos al final del culto todo tipo de asuntos, y hay un goteo continuo de personas que vienen al Cristo que no conocen pero hacia el cual están avanzando a tientas. Entonces pueden ser vinculadas al siguiente «grupo de descubrimiento» e incorporadas a la vida de la iglesia.

Una última palabra acerca de la evangelización en la iglesia: No es infrecuente que la gente sea atraída a la iglesia por el calor y la vitalidad que ésta rezuma, y que se sienta tan conmovida por la experiencia entera que vengan a Cristo. Allí donde hay adoración, oración sentida y una sensación de gozo, paz y libertad, las personas experimentan una gran atracción y acuden a la fuente de esas cosas sin saber del todo lo que han hecho. Será el trabajo del pastor perspicaz discernir cuándo esto está ocurriendo y procurar que esa fe implícita llegue a ser más explícita por medio del «grupo de descubrimiento» o de algún otro instrumento de enseñanza. Pero

no hay duda alguna de que tal cosa sucede. ¡A veces incluso en una iglesia vacía! En dos ocasiones he sabido de personas que entraron en nuestra iglesia de Oxford, un sitio donde el culto y la oración se han estado llevando a cabo durante un milenio y más, y se sintieron tan conmovidas por el Espíritu de Dios, y por el ambiente del templo, que se hicieron cristianas. Naturalmente necesitaron mucha ayuda e instrucción, pero el punto decisivo para ellas fue haber entrado en aquel edificio, donde mil años de oración hicieron de alguna manera presa en sus imaginaciones y voluntades por sí mismos. Eso fue lo que las guió a Cristo.

LA EVANGELIZACIÓN EN EL HOGAR

El hogar es probablemente el sitio principal en el que las amistades florecen trayendo consigo un compartir las buenas nuevas, y donde las conversaciones personales acerca de Cristo tendrán lugar con mayor probabilidad (ya hemos considerado un poco esto en el capítulo diez). La conversación de persona a persona sobre la vida en general y las cuestiones más importantes de la existencia en particular es indudablemente la mejor manera de compartir el Evangelio, y la tendencia actual a subrayar la amistad como cabeza de puente para la evangelización es muy saludable.

Pero en el hogar además de la amistad puede haber «acontecimientos», y he aquí algunos de los que yo he encontrado eficaces. No obstante, la casa de uno es una herramienta tan flexible que podrían imaginarse sin dificultad todo tipo de maneras distintas de utilizarla.

La manera más fácil es invitando a una o dos personas a comer y buscando la oportunidad de compartir nuestra fe con ellas. Otra vía es organizar una fiesta. Puede tratarse de una superfiesta o simplemente de una invitación a tomar un postre, pero los invitados serán amigos y conocidos. O tal vez prefiera usted organizar dicha fiesta juntamente con algún otro amigo o par de amigos, o con varias parejas más, lo cual ampliaría el espectro de los invitados. Es importante ser muy abierto en lo referente al propósito de una fiesta como esta. Nadie debe ir a ella engañado; pero si usted cuenta en el programa con un juez que hable sobre el fundamento último de la ley, o con un político cristiano que trate de los asuntos públicos y el Evangelio de Jesucristo, o quizá con un hombre de negocios destacado que pueda desarrollar el tema «Mi Dios y mi trabajo», o con un ex presidiario para testificar del cambio que Jesús ha supuesto para su vida y su familia, la gente se sentirá interesada,

querrá venir y el nivel de respuesta a su invitación será alto. El resto depende de la oración, de un ambiente acogedor, de la claridad del mensaje y de que haya oportunidad para que las personas que han sido impactadas por la velada puedan hablar más largamente sobre el asunto de manera personal. A menudo un pequeño puesto de libros con literatura cuidadosamente seleccionada para ayudar a la gente a llegar a la fe es también bien recibido.

Otra forma de utilizar el hogar es celebrando allí un estudio bíblico de investigación con regularidad. Algunas organizaciones paraeclesiales tales como los grupos de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos producen un material particularmente bueno para interesar a los amigos y vecinos en esta clase de cosa. Conozco una iglesia entera en Canadá que se fundó empleando este método. Unos pocos amigos cristianos visitaron las casas de una nueva urbanización anunciando que iban a hacer un estudio sobre las bases del cristianismo e invitando a sus vecinos a venir y examinar con ellos el Evangelio de Marcos, el primero de todos. El resultado los dejó sorprendidos. Había bastante gente que quería asistir, y disfrutaron mucho del curso. La consecuencia a largo plazo fue la fundación de una iglesia; y más recientemente dicha iglesia ha establecido otras dos congregaciones, una de las cuales tiene varios centenares de miembros. ¡No está mal para un estudio bíblico casero!

Otra manera aún de utilizar el hogar es señalando alguna crisis o descubrimiento particular. Pienso en una de estas crisis cuando el hijo único de un hombre murió en un accidente trabajando en el campo cuando estaba a punto de ir a la universidad. Los padres --y si vamos a ello el hijo también-- eran cristianos, y el hombre decidió señalar aquel trágico acontecimiento invitando a los amigos de su hijo muerto (¡siete de ellos!) a casa para una recepción. Me pidió a mí que hablase esa vez, y repartió a cada persona un ejemplar de cierto librito que yo había escrito acerca de la resurrección de Jesús y de lo que ésta puede significar para nosotros. Aquella fue una velada muy conmovedora y fructífera, y una forma estupenda de utilizar el hogar durante un tiempo de gran adversidad.

Puedo pensar también en otra pareja que abrió su casa de par en par para una celebración. Querían expresar su gozo por haber aceptado a Cristo en su vida. Les había llevado bastante tiempo --hablando, discutiendo y leyendo la Biblia durante varias semanas en el salón--, pero llegaron a una posición clara en cuanto a Cristo e inmediatamente quisieron compartir ese gozo con sus amigos, ninguno de los cuales era cristiano. Así que los invitaron a una gran fiesta, y en el contexto de la estupenda cena que sirvieron yo

hablé sobre la parábola de Jesús acerca de la gran cena y de las muchas excusas que dio la gente para no asistir a ella (Lc. 14.15-24).

Otra forma de emplear la propia casa es celebrando en ella una reunión de «grupo de indagadores», para guiar el cual se necesita a alguien que tenga un conocimiento bastante amplio de la fe cristiana y de las razones que hay para considerarla cierta. Será mejor no contar con más de un cristiano --o a lo sumo dos-- a la vez, y desafiar a otras personas a que se unan a este grupo de «Agnósticos Anónimos» durante, por ejemplo, seis semanas. A esta clase de grupos puede ser atraído todo tipo de gente que tenga algunos vínculos con la iglesia, por lo general por medio de algún amigo o pariente. Por un lado, ellos pensarán que son capaces de rebatir sus argumentos y, por otro, se sentirán envalentonados por la compañía de más agnósticos. El mismo nombre de «Agnósticos Anónimos» suena bien. Ofrézcales algo de comida y un ambiente afectuoso y cordial, y a continuación puede usted manejar la situación de varias formas distintas. En el Apéndice A doy algunas sugerencias. Tal vez podría presentar una serie de temas decisivos: desde la existencia de Dios hasta el compromiso cristiano, pasando por el significado de la cruz, el sufrimiento, las otras religiones y la resurrección. Quizás deberían estudiar algunos pasajes clave de un Evangelio vigoroso y controversial como el de Juan, o ver alguna serie de vídeos sobre los fundamentos del cristianismo y luego permitir que la discusión ruja. O tal vez usted podría preguntarles qué es aquello que no creen acerca de la fe cristiana y preparar su programa para el grupo basándose en lo que ellos digan. Esta es una buena idea, porque como descubrirá usted todos ellos suelen ver diferentes obstáculos y sus argumentos tienden a anularse unos a otros. El pasar de uno de esos «grupos de agnósticos» a un «grupo de descubrimiento» es un paso pequeño, pero humillante; no obstante muchos hacen esa transición. Este es un uso muy eficaz del hogar para la evangelización.

LA CONVERSACIÓN PERSONAL

Ya hemos hablado bastante de la conversación personal en un capítulo anterior, pero no podemos permitirnos el lujo de pasarla por alto cuando estamos refiriéndonos a métodos para alcanzar a la gente con las buenas nuevas, ya que se trata sin lugar a dudas la forma más eficaz de hacerlo. Recuerdo haber realizado una campaña en la Universidad de Ciudad de El Cabo donde la publicidad fue tan buena que, como clímax de sus preparativos, los

organizadores hicieron venir incluso algunos helicópteros para que lanzaran manojos de volantes sobre el recinto universitario. Pero ni aun eso atrajo a grandes números de personas: el grandioso Jamieson Hall sólo se fue llenando gradualmente a lo largo de la semana cuando los cristianos salieron de sus escondrijos y acosaron verdaderamente a sus amigos para que los acompañasen. Es muy difícil negarse a la invitación entusiasta de alguien que ha encontrado evidentemente algo muy valioso.

Si esto es así, deberíamos hablar más de lo que lo hacemos de manera informal acerca de Jesucristo. A mí me parece natural ocuparme en ello con los mozos de las gasolineras, en los aviones o los trenes, con los dependientes de los comercios, los empleados de banco o en cualquier situación que brinde una oportunidad. No recomiendo darle demasiada importancia, ni introducir una nota enfática en la conversación, sino simplemente hacer algún comentario con naturalidad acerca de Jesucristo y del gozo de servirle a él, así como del cambio que esto supone. Si los cristianos lo practicáramos más, una cantidad mucho mayor de personas se sentirían intrigadas y querrían saber qué es lo que hemos encontrado en una fe que ellos consideran desesperadamente anacrónica.

No es necesario siquiera que digamos nada. Un profesor colega y amigo mío estaba de visita en China y fue a ver al pastor de una de las iglesias bautistas que están experimentando un crecimiento rápido en aquel país. Le preguntó cómo hacía para evangelizar, y la respuesta lo sorprendió. El hombre dijo: «Yo no busco demasiado a la gente ... ¡Son ellos los que vienen a mí!» ¿Por qué? La razón quedó patente a medida que iba progresando la conversación. Durante la Revolución Cultural, aquel pastor había sido reclutado para trabajar en una aburridísima fábrica de componentes para radios. No se le permitía hablar de Cristo en absoluto, pero él silbaba mientras estaba trabajando. Nadie más en todo el taller era capaz de reunir el gozo suficiente para silbar. De manera que cuando pasaron los días de la Revolución Cultural, y el hombre volvió a su trabajo como pastor, recibió un continuo goteo de personas de la fábrica que venían a llamar a la puerta de su despacho para saber cuál era el secreto de su gozo. Si dicho gozo era capaz de mantenerlo sereno durante unas circunstancias tan desagradables como las que habían vivido, valdría la pena oír hablar de él.

Pero China está muy lejos, y las circunstancias tuyas serán sin duda muy diferentes. ¿Se está diciendo quizás: «Pero yo no soy evangelista»? Eso es lo que dice también mi esposa, Rosemary, de modo que le pido a ella que tome ahora la palabra.

¡PERO YO NO SOY EVANGELISTA!

Hay claramente algunas personas a las que Dios les da el don de la evangelización. Una de ellas es Michael. Él combina una facilidad para iniciar la conversación acerca de Jesús y llevarla hasta el compromiso con Cristo, con una sensibilidad para discernir el momento adecuado de instar a una decisión o de abstenerse de hacerlo.

Comencé a reconocer esto al final de nuestros tres primeros años de ministerio juntos en una iglesia. Michael había conducido a docenas de personas a la fe, mientras que yo sólo era consciente de haber guiado a una (que después partió como misionera a Irán y Afganistán). En aquel tiempo me sentía una fracasada, pero desde entonces he comprendido que nuestros dones son diferentes y complementarios. Yo me encojo ante la idea de tener que formar parte de la multitud durante una campaña al aire libre y luego acercarme a alguien completamente desconocido para decirle: «¿Qué le ha parecido?» En cambio, otros saldrían huyendo despavoridos de los depresivos crónicos con quienes yo estoy dispuesta a pasar muchas horas. Es apropiado que tratemos de reconocer y utilizar obedientemente los dones que Dios nos ha dado.

A mí Timoteo me parece una persona cuyos dones eran primordialmente de enseñanza y pastorales, y que por naturaleza no tenía un temperamento de evangelista de vanguardia. Sin embargo, Pablo lo animaba: «Haz obra de evangelista» (2 Ti. 4.5); e incluso aquellos de nosotros que no poseemos dotes para evangelizar somos llamados a ser testigos de nuestro Maestro y a compartir las buenas nuevas con quienes están «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2.12). Después de todo, una de las funciones principales del Espíritu Santo es capacitarnos para testificar de Jesús (Jn. 15.26-27). Hace algunos años, al final de un curso de capacitación sobre diferentes aspectos del servicio cristiano práctico, varios de nosotros estábamos orando juntos y uno vio la imagen de un campo de trigo maduro. Una cosechadora estaba segando mucho terreno llevándose todo a su paso, sin reparar en algunas espigas individuales ni detenerse ante la fauna. Entretanto, por el borde del campo había segadores trabajando a mano cuidadosamente. Nosotros sabíamos que en la habitación se encontraba un evangelista dotado, pero aquel cuadro nos animó a los demás a trabajar pacientemente con las personas individuales o los grupos pequeños.

Detrás de la fácil excusa de «ese no es mi don» se esconde, en la mayoría de nuestros casos, la inhibición del miedo ... del miedo a

quedar en ridículo. Muchas veces pienso en el pasaje de Exodo 3 acerca de Moisés delante la zarza ardiente. Moisés debió sentirse entusiasmado cuando Dios expresó que había oído el clamor de los israelitas oprimidos (v. 9); y sacudido, al decirle el Señor que lo enviaba a él para que sacara al pueblo de Egipto. De su boca brotaron desordenadamente una excusa tras otra --«Soy un don nadie» (v. 11), «No tendré las respuestas adecuadas» (v. 13), «¿Y qué si no me creen?» (Ex. 4.1)--, y respecto a todas ellas Dios le dio la promesa de su presencia y su poder. Luego, Moisés lo intentó de nuevo: «No hablo bien...» (4.10) (después de todo él no había adquirido demasiada experiencia con aquellos cuarenta años pastoreando ovejas en el desierto). Y de nuevo la respuesta de Dios: «Yo estaré con tu boca, te ayudaré a hablar y te enseñaré lo que debes decir» (4.11-12). Pero Moisés argumentaba todavía: «Por favor, envíame a otro...» (Ex. 4.13). Entonces Dios se enojó, y le permitió tener a Aarón como portavoz. Pero cuando pensamos en el incidente posterior del becerro de oro, podemos comprender que tal vez hubiera sido mejor para Moisés no haber tenido que depender tanto de su hermano. Quizá tildamos a Moisés de cobarde ... ¡y luego nos damos la vuelta y presentamos idénticas excusas para nosotros mismos, nuestros fracasos y nuestros miedos! Me anima el hecho de que tantas veces en la Escritura veamos al Señor decir: «No temas ... Yo estoy contigo ... Lo tengo todo bajo control.» En mis primeros días de creyente aprendí mucho sobre la evangelización personal, y era una estudiante cristiana celosa; pero en años más recientes, un renovado amor por Jesús me ha capacitado para rebosar con mucha mayor libertad y naturalidad hablando de él. También sería prudente que conociésemos el marco básico del Evangelio y pudiéramos explicarlo en el lenguaje diario, utilizando la Escritura pero sin embarazarnos con la jerga cristiana. Resulta útil practicar con algún amigo: uno finge ser el indagador y el otro juzga lo bien que es capaz de explicarle cómo llegar a Jesús.

¿Cuáles son algunas de las situaciones en las que suelo tener que hablar del Evangelio? Quizás en conversaciones con amigos en las que resulta posible introducir un punto de vista cristiano mientras comentamos alguna información sobre el aborto, el sida, un terremoto, un choque de trenes ... O puede que sea en algún contacto accidental mientras estoy en una tienda o en el avión ... En cierto vuelo reciente a través del Canadá, Michael y yo --¡típico de nosotros!-- llegamos bastante tarde al aeropuerto y no pudimos sentarnos juntos. Antes de despegar siquiera, lo oí charlar con su vecino de al lado, que resultó ser un cristiano con una historia fascinante, quien lo reconoció por haberlo visto en la televisión.

Tampoco yo tardé mucho más en entablar conversación con una señora sentada a mi lado; y al mostrar interés en su vida e intercambiar las razones de nuestros respectivos viajes, se presentó la oportunidad de hablar un poco acerca de mi fe y de preguntarle sobre la suya. Más tarde, durante el vuelo, yo estaba trabajando con mi Nuevo Testamento delante, y la mujer china que tenía al otro lado me preguntó si era cristiana. Eso no fue evangelizar, ya que se trataba de una creyente, pero mostró mi disposición básica para hablar con una desconocida.

En otra ocasión volábamos desde Inglaterra hacia Australia, y pronto me puse a charlar con el hombre que tenía a mi lado (preguntar por la razón del viaje constituyó una fácil maniobra de apertura). Resultó que hacía tres años que era cristiano, pero me dijo que su esposa, que viajaba con él, se mostraba bastante antagónica. Me incliné por delante de él, y hablé con la mujer de sus hijos y su hogar, así como de la fobia que sentía por viajar en avión. Un viaje de veinticuatro horas es mucho tiempo, y parece más largo todavía si una tiene esa clase de miedo. Durante la segunda etapa de ocho horas, yo estaba orando específicamente por una oportunidad para charlar con ella en la próxima escala, cuando el hombre se volvió hacia mí y me preguntó si quería conversar con su esposa mientras él se trasladaba a un asiento diferente durante un rato (no sabía qué más decir para ayudarla). Tras comenzar a hablar delicadamente con ella sobre miedos aparentemente irracionales (de mi propia experiencia como consejera), y luego un poco acerca de Dios, le pregunté si me permitiría orar por ella allí mismo. La mujer aceptó de buena gana, y en la siguiente escala le dijo a Michael que eso le había sido de gran ayuda.

Es posible encontrarse con una situación en la que alguien que todavía no es cristiano esté dispuesto a permitirle a uno que ore en voz alta, y allí mismo, en un momento de crisis. Cierta noche una parienta nos llamó por teléfono para decirnos que su marido estaba en el hospital gravemente enfermo. Se trataba de una mujer educada en un hogar cristiano, cuya asistencia a la iglesia había quedado reducida probablemente a Navidad y Pascua de Resurrección (y la de su marido ni siquiera a eso). Con mucha cautela nos pidió si podíamos «dedicarle un pensamiento antes de ir a la cama». De modo que aproveché la oportunidad, y le dije: «Naturalmente que yo lo haga ahora por teléfono, o te parece demasiado extraño?» Ella accedió con gusto, y aunque no puedo recordar cuál fue mi oración, sé que a la noche siguiente ella volvió a llamar. Durante esa noche había visto bajar drásticamente la fiebre de su esposo y

reconocía en ello la mano de Dios, por lo que me pidió que orase de nuevo y diera gracias allí mismo por teléfono. Pocos días después llamó otra vez, y entonces ella misma oró en voz alta. Ahora ese matrimonio asiste regularmente a su iglesia. Aunque tienen mucho que aprender, creo que aquella oración fue un instrumento para ponerla a ella en contacto con Dios.

También algunos días internados en un hospital nos ponen en contacto con desconocidos que tienen una necesidad inmediata. Hace dos años, cuando tuve que someterme a una operación, no pedí que se orase por mí para ser sanada milagrosamente porque estaba segura de que Dios tenía un propósito con mi operación, y fui al hospital con dos folletos para evangelizar en el bolso. Mi fe resultó ser demasiado pequeña, ¡hubiera necesitado más! En la cama de al lado estaba una mujer soltera, de unos treinta y cinco años de edad, bastante hastiada de la vida. Cierta día, cuando ella lloraba, simplemente me acerqué y le di un abrazo. En otra ocasión, hubo un llanto prolongado procedente de la habitación contigua, y la mujer me regaló la siguiente pregunta: «Esto me abate. ¿Qué la hace resistir a usted?» Así que de un modo muy sencillo le pinte un bosquejo del Evangelio y le regalé uno de los folletos para que lo leyese; luego cambié de asunto y me puse a jugar con ella a un juego de cartas que me había enseñado. Antes de que la mujer se fuera a casa volvimos a hablar brevemente de Cristo.

La siguiente ocupante de aquella cama era más joven, y una católica romana nominal. Su madre había tenido recientemente una experiencia carismática y estaba metiéndole por las narices a toda la familia su fe y sus actividades religiosas. ¡De modo que yo debía ser prudente! Pero su miedo a la operación se convirtió en una oportunidad para orar con ella acerca de eso. (Para ser sincera yo dejé pasar dicha oportunidad, ¡pero Michael la recogió cuando vino a visitarme!) En mi último día allí, la limpiadora, una señora de origen polaco, estaba expresando la esperanza de que todo iría bien ese fin de semana para la Primera Comunión de su hijo de ocho años. De nuevo una oportunidad para regocijarme con ella de que los católicos romanos y los protestantes tuviéramos el mismo Dios, y para darle un opúsculo que ella aceptó con entusiasmo.

Por mi mente pasan otros casos: Un jefe en el trabajo, con la espalda dolorida, que se siente intrigado por cierto libro sobre la sanidad que una amiga mía está leyendo. Un ayudante de verdulero que intenta envolver unas escurridizas coles de bruselas con las pequeñas páginas de un periódico tabloide y que lamenta: «No son demasiado buenas para envolver coles...» Y a lo que yo respondo: «Ni tampoco lo son por la clase de artículos que traen.»

¡Y así surge una maravillosa oportunidad! Un directivo de banco que invita a algunos amigos a cenar y deja sobre la mesilla del café un libro cristiano. La mayoría de los invitados se van a medianoche, pero uno de ellos se queda durante las tres horas siguientes hablando de la fe que representa dicho libro. O una mujer joven que ensaya para cierta obra de teatro *amateur* y descubre una enorme área de necesidad en la vida de determinada compañera suya mientras ambas esperan entre bastidores y charlan, lo cual conduce a una invitación a cenar y hablar acerca de cómo Jesús podría suplir su necesidad.

Sería posible multiplicar los relatos, pero quisiera terminar con un poema cuyo autor desconozco:

No sólo en las palabras expresadas
Ni sólo en las acciones confesadas,
Sino en el más inconsciente de los modos

Cristo se expresa.

¿Es en una sonrisa serena y apacible?
¿En una santa luminosidad en la frente?
No, ha sido cuando te has reído

Que yo he notado su presencia.

No ha sido la verdad que me enseñabas,
Tan clara para ti y para mí tan confusa,
Ha sido al acercarte a mí que me has traído

Una sensación de Cristo.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Algunas personas tienen acceso a los medios de comunicación, los que son una forma valiosa, aunque inadecuada por sí sola, de propagar el Evangelio. Valiosa porque alcanzan a un amplio espectro de individuos: llegando a sus manos, si se trata de un libro o un periódico, o al salón de su casa o a su coche, si hablamos de la radio o la televisión. Ningún cristiano puede permitirse el lujo de menospreciar la comunicación del Evangelio a través de los medios de comunicación. Jesús o Pablo ciertamente los habrían utilizado si hubiesen vivido en nuestros días. No siento más que admiración por los programas televisivos de Billy Graham, en los que se combina una clara presentación de la fe cristiana con un manejo sensible de las preguntas telefónicas o las respuestas escritas, y donde desde luego no se pide dinero. Resulta difícil exagerar el daño que han hecho a la causa del Evangelio algunos teleevan-

gelistas sin escrúpulos y de mentalidad mundana durante la década del ochenta. Esto ha puesto las cosas mucho más difíciles para cualquier otra persona que esté tratando de utilizar los medios de comunicación en beneficio de Cristo. Y si los cristianos no aprovechan todas las oportunidades posibles, hay muchos otros que lo harán, tanto de las sectas como de las filas del humanismo secular, quienes a menudo tratan de influir a través de los medios de comunicación.

Allí donde uno va, incluso en los pueblos pequeños, puede contemplar la proliferación de cintas y aparatos de vídeo. Estas cosas son inmensamente populares, y desde luego sirven para comunicarse con una gran claridad con aquellos que no pueden leer: una parte de la sociedad que de hecho está creciendo de manera alarmante y a la que el cuerpo de Cristo se muestra sumamente débil en alcanzar. Ahora hay algunas películas cristianas muy buenas grabadas en vídeo, y ciertos cursos están diseñados específicamente para la evangelización mediante su uso en los hogares. El número de esas cintas de vídeo de excelente calidad no es excesivo, pero va en aumento, y pueden servir como inicio interesante y llamativo para una velada de discusión acerca de Jesús con un buen grupo de amigos o vecinos en el salón de su casa.

De igual manera, los libros y los periódicos son una forma enormemente valiosa de llegar a la mente y en ocasiones al corazón de las personas. El valor de los creyentes en Jesús que en China se oponen a un gobierno comunista, la generosidad de organizaciones cristianas como TEAR Fund o Visión Mundial, el altruismo personal y el talento de artistas conocidos como Cliff Richard para recaudar fondos destinados a la gente que está muriendo de hambre en el Tercer Mundo, todo ello recibe una cobertura ocasional por parte de la prensa. Las más de las veces, sin embargo, lo que llega a las columnas de los periódicos son las malas noticias y los escándalos, y, si hay algún artículo imparcial que es positivo en cuanto a la fe cristiana, con la mayor frecuencia se halla de alguna manera recortado. Sin embargo, si puede conseguirse una columna semanal en el periódico de la ciudad o, mejor aún, en un diario nacional, eso es susceptible de tener una influencia constante y duradera. Y lo mismo se aplica al mundo de las revistas: cuando un periodista cristiano cualificado y sensible logra acceder de manera regular a una columna que trata de temas personales influye en millares de vidas.

Pero el valor de la literatura específicamente cristiana diseñada para alcanzar a aquellos que aún no son creyentes es todavía una de las formas más eficaces de utilizar los medios masivos. Uno no sabe nunca a qué manos irá a parar esa porción de página impresa.

Muchos cristianos han llegado a la fe por medio de un folleto que se les entregó en la calle. Antes de tirarlo decidieron que lo querían leer, y eso cambió el rumbo completo de su vida. Quienes exponen textos de la Escritura en las vallas publicitarias del ferrocarril tienen relatos similares de vidas transformadas por lo que para muchos no es más que un rudo e ineficaz instrumento. Y los libros y revistas escritos por cristianos para los inconversos en ocasiones consiguen un efecto asombroso. Puedo recordar mi propia sorpresa cuando un par de libros míos, escritos en un estilo reflexivo pero vivo, despegaron realmente alcanzando casi la marca del medio millón de ejemplares cada uno y fueron traducidos a muchos idiomas. Me quedé pasmado, pero encantado al mismo tiempo, de que mis pobres esfuerzos por recomendar la fe cristiana viajaran a tantos lugares adonde a mí jamás me sería posible ir. Todavía me encuentro con personas que se hicieron cristianas al leer dichos libros, y nunca dejo de sentirme agradecido por ello. Yo sé que la literatura, al igual que la prensa, la radio y la televisión, puede ser un medio para comunicar las buenas nuevas.

Una vez dicho esto, debo reiterar que los medios de comunicación resultan en sí mismos insuficientes. La fe cristiana es esencialmente comunitaria: trata de la incorporación a la familia de Dios, al ejército de Cristo, a la vida, al rebaño y a todas esas imágenes corporativas que se repiten constantemente en las páginas del Nuevo Testamento. Y todos los planteamientos a través de los medios de comunicación son esencialmente impersonales: alcanzan a la gente en el aislamiento de los salones de sus casas, en sus coches o en cualquier parte donde los escuchen, los vean o los lean. No traen a la gente a la comunidad de la familia de Dios. Esa es la razón por la cual evangelizar a través de los medios de comunicación es muy necesario pero en sí muy insuficiente. A menos que la palabra escrita, vista o hablada por esos medios guíe al receptor a unirse a la iglesia de Dios y hacerse parte de una comunidad local y visible de cristianos, no puede considerarse como evangelización en el sentido novotestamentario del término. Pero resulta innecesario decir que, asociada a otras formas de evangelizar, dicha palabra es de valor incalculable. Particularmente, en los países donde el cristianismo constituye una religión muy minoritaria se está haciendo buen uso de los medios de comunicación. Pienso en algunos de los estados agresivamente musulmanes donde no se permite la evangelización abierta, pero en los que nadie puede impedir la enseñanza cristiana que entra en el país por medio de la radio. Y hay organizaciones que se especializan en un enfoque como este. Se invita a las personas a escribir a la emisora e inquirir acerca de la fe, y luego se las incorpora a un curso por

correspondencia. Muchas de esas personas se entregan de hecho a Cristo, y se les pregunta si quieren que se las ponga en contacto con otros que estén saliendo del islam y haciéndose cristianos. Cada año se alcanza a bastantes miles de individuos en los países musulmanes e hindúes a través de una combinación del contacto por radio y de una enseñanza meticulosa en forma de cursos por correspondencia que culminan en el compromiso tanto con Cristo como con su comunidad.

LA VISITACIÓN

La visitación es algo que ha caído bastante en desuso en muchas iglesias locales. La comunidad está tan fragmentada, el índice de mudanzas es tan grande, aquellos que sienten interés por la visitación escasean tanto, los resultados parecen tan pobres...

El desencanto con la visitación que caracteriza a una parte muy grande del cristianismo moderno es al mismo tiempo comprensible y erróneo. Tal vez ya no sea verdad que los pastores que visitan producen congregaciones que concurren al templo, pero sí lo es que una iglesia que no practica la visitación en su vecindario se convierte cada vez más en un gueto, y sus miembros llegan a parecer más clientes de algún club que soldados de Jesucristo.

La visitación trae cuenta de innumerables maneras, especialmente si es compartida por el ministerio y los miembros de la congregación. Muestra a la gente que la iglesia tiene interés por ellos, y les recuerda a Dios en una época en la que resulta demasiado fácil excluirlo de su vida. También empieza a fomentar relaciones en la localidad entre quienes van al culto y aquellos que no lo hacen, y abre los ojos de los creyentes a las necesidades que los rodea, además de atraer a algunas personas a la iglesia.

Los jóvenes han sido pioneros en la visitación. Dos de las más vigorosas organizaciones paraeclesiales son Juventud con una Misión y Operación Movilización, las cuales utilizan mucho la visitación de casas y el trabajo en la calle empleando a jóvenes occidentales voluntarios que se trasladan a Europa, Asia o América del Norte y del Sur para trabajar con la juventud de las iglesias autóctonas. Esto da una tremenda inyección de confianza a los cristianos locales, quienes tal vez no se hayan aventurado nunca a un enfoque tan atrevido y directo. A menudo resulta muy sencillo: se trata de regalar o vender literatura cristiana en las calles y los centros comerciales. En cada una de esas porciones de página impresa hay una dirección donde los lectores pueden aprender más.

Y este enfoque aparentemente tosco está demostrando ser una de las formas más eficaces de llegar a las naciones dominadas por alguna de las otras principales religiones del mundo. Por otro lado, el entusiasmo de esos jóvenes se contagia a los creyentes del país. Actualmente, por ejemplo, el liderazgo de OM en la India está completamente en manos de cristianos nacionales.

Evangelismo Explosivo es un método de evangelizar basado en la visitación, que gira sobre dos preguntas fundamentales que se modifican ligeramente de vez en cuando. La primera de ellas es: «¿Ha llegado usted en su vida espiritual al punto en que le gustaría estar seguro de que si muriese esta noche iría al cielo?» Y la segunda: «¿Por qué cree usted que Dios debería permitirle entrar en el cielo?» Esas son inteligentes preguntas de diagnóstico, ya que hacen posible para el visitador aprender mucho acerca de las suposiciones y de la fe verdadera --o de la falta de ella-- de aquellos a quienes visita. Es un método que funciona bien en una cultura donde todavía queda cierta creencia residual en el cielo y el infierno y, aunque en sociedades fuertemente poscristianas, tales como el Canadá y en buena medida Inglaterra, constituye una herramienta menos eficaz, aun en esos lugares sus resultados son positivos. Evangelismo Explosivo ha dotado a los cristianos de a pie de un método de aproximación sencillo pero sagaz que ellos pueden introducir en la conversación en determinado momento y ver que se produce una reacción. También saca a los creyentes de la iglesia para practicar la visitación --al pastor y a los creyentes juntos--, y da resultados. Por otra parte, cuando el método fracasa, ello hace que los visitantes se entreguen de nuevo a la oración y la investigación para hacerlo mejor la próxima vez.

Un enfoque útil y menos estructurado es el diseñado en Gran Bretaña por Michael Wooderson, párroco de Chasetown. El lo descubrió por accidente. Todo comenzó cuando cierto hombre dijo en un funeral que estaba oficiando: «Me interesaría saber más acerca de la fe cristiana.» Se trataba de un hombre completamente fuera del ámbito de la iglesia, y su petición lo hizo pensar. ¿Cómo podía llegar aquel hombre a conocer lo que deseaba? No era la clase de persona que lee libros, y la iglesia le resultaría algo completamente extraño. ¿De qué manera podría descubrirlo?

Entonces Michael Wooderson dio con una idea que ha desarrollado desde entonces y que está teniendo mucho éxito. Ha escrito sobre ella en *The Church Down Our Street* [La iglesia en nuestra calle] y *Good News Down Our Street* [Las buenas nuevas en nuestra calle]. Michael recibió cierta influencia de algunos aspectos del libro *Explosión de evangelismo*, de James Kennedy, ya que éste era un

método que movilizaba a toda la iglesia para evangelizar, estaba basado en el concepto de aprender practicando, llevaba las buenas nuevas a la gente en sus hogares, y convertía la evangelización en una actividad continua y en parte normal de la vida de la iglesia. También el ver a los testigos de Jehová visitando en su urbanización influyó en él, ya que aquéllos encarnaban tres importantes principios: el primero era la visitación sistemática dirigida a descubrir el interés, el segundo el establecimiento de grupos de estudio en los hogares de la gente interesada, y el tercero el envío inmediato de los recién convertidos a visitar ellos mismos sin darles tiempo a que se volvieran tibios.

Michael elaboró un método muy sencillo con estos principios. El mismo tiene instinto para establecer relaciones y descubre a aquellas personas del área a quienes les gustaría aprender un poco sobre la fe cristiana en casa durante el transcurso de una visita, y que estarían dispuestas a recibir a un pequeño equipo en sus hogares. Michael capacitó a su congregación para dirigir un curso sencillo concentrado en seis visitas a las casas de las personas interesadas, el cual proporcionaba a éstas bastante información acerca de Jesús como para poder tomar una decisión a su favor o en su contra. Todo ello es muy informal. En el contexto del hogar las preguntas fluyen y los malentendidos se deshacen fácilmente. La gente se sorprende de ver a laicos como ellos, tan entusiasmados con el Evangelio que están dispuestos a dedicar el tiempo necesario y hacer ese esfuerzo por compartirlo. Los equipos son de tres, a fin de capacitar trabajando a las personas sin experiencia, incorporar inmediatamente a los nuevos convertidos y hacer más profunda la comunión entre los miembros de la iglesia. Esta es una estrategia de evangelización que está avanzando con paso firme en algunas de las partes de Inglaterra donde hay menor nivel de asistencia a la iglesia. La eficacia que ha tenido el curso en cuestión puede verse por las siguientes cifras: de los primeros 200 individuos visitados (por 89 equipos en los que participaban 120 miembros de la congregación), 5 no completaron el curso de 6 semanas, 15 ya eran cristianos anteriormente, 136 se comprometieron con Cristo, 4 hicieron lo propio posteriormente y 40 no tomaron ninguna decisión positiva. Ahora han llegado al punto en el que los miembros de la iglesia consideran una evangelización así como parte normal de su vida cristiana, y se sienten privados si no se los asigna con bastante frecuencia a algún equipo de visitación. Como expresa Roy Pointer, de la Sociedad Bíblica, en su Introducción a *The Church Down Our Street* [La iglesia en nuestra calle]: «Este relato parece una repetición de los Evangelios y del libro de los Hechos de los Apóstoles.» Sin

embargo, no hay nada que no pueda imitar cualquier iglesia local siempre que tenga la voluntad y el compromiso de hacerlo.

EL SERVICIO A LA COMUNIDAD

Las buenas nuevas de Jesús no sólo se comunican de palabra, sino también por medio de la acción. Hasta que la gente no ve el cambio que produce Cristo, no empieza a escuchar su mensaje. Cuando el cacique contempló el agua brotando de la perforadora que TEAR Fund [una organización de servicio cristiano] había llevado a su aldea reseca del Sudán, dijo: «Ahora creo en el Evangelio de Jesús.» No es por accidente que hay muchas conversiones en los campos de refugiados establecidos después de las catástrofes de Tailandia y del Sudán. Los cristianos católicos, por regla general, han ido muy por delante de sus hermanos protestantes en esta cuestión. Recuerdo los terribles poblados de chabolas que se extendían por todo alrededor de Lima, Perú. Una masa humana descendía constantemente de los Andes en busca de una riqueza ilusoria en la capital, y acababa viviendo en las calles en casas hechas de pequeñas estructuras de palos y chapa ondulada. En medio de toda aquella miseria, un genial fraile católico preparaba gratuitamente el desayuno a todos los que acudían cada día, y maestros, también católicos, iniciaron una escuela para los pequeños limpiabotas: los más pobres de todos. Esto resulta muy atractivo ... muy como lo haría Jesús.

También es una de las mejores formas que tienen las iglesias locales para lograr un impacto en sus áreas. La congregación debe descubrir cuáles son las necesidades reales que hay y ponerse a suplir algunas de ellas, por muy débil que se sienta y por pocos recursos que tenga. Ello puede consistir en abrir un «coffee-bar» para adolescentes desempleados, visitar regularmente la cárcel de la localidad, y tal vez inaugurar una casa de reinserción para los presos que salen de ella y no tienen ningún otro sitio adonde ir. Conozco a un capellán de cierta cárcel, pastor bautista, que comparte la responsabilidad de su capellanía con una docena de miembros de su congregación. No sé cómo ha conseguido que las autoridades carcelarias aceptaran esto, pero los he visto a él y a otros trabajando en esa prisión y resulta impresionante de veras observar cómo el amor de Cristo es comunicado de un modo tan natural y pertinente en una situación de gran dificultad como esa. El propio éxito de un ministerio así en Inglaterra llevó a la creación de una casa de reinserción para ex-presidarios, a fin de que aquellos

que habían llegado a la fe tuviesen alguna formación inicial, y una enseñanza y comunión cristianas continuadas en los primeros días después de su excarcelación, y que no se vieran una mañana simplemente sueltos en la calle.

En cierta ocasión conocí a un grupo de médicos que querían dar a conocer a Cristo supliendo necesidades reales. Por principio no estaban dispuestos a acabar con vidas humanas inocentes realizando abortos, pero no dejaron ahí las cosas, sino que fundaron una agencia de adopción para los casos de embarazo no deseado.

El otro día me encontraba con un amigo mío cuya iglesia quería hacer algo en cuanto a la indeseable reputación que estaba adquiriendo la playa de su localidad. De modo que se propusieron realizar allí cultos al aire libre durante todo el verano, y proveer comida para los jovencitos indigentes que frecuentaban dicha playa así como alojamiento para los ancianos que dormían en ella. Una iglesia así merece ser oída.

Muchas congregaciones tienen clubes y gimnasios para la juventud, pero ¿qué me dice de administrar su propio restaurante? Iglesias como la de St. Michael, de Chester Square, Londres, y St. Aldate, en Oxford, hacen precisamente eso. Es mucho trabajo y un barullo continuo, pero suple una necesidad local y proporciona un ambiente cordial y acogedor en el que pueden mantenerse conversaciones amistosas de todo tipo. Mi predecesor sentía la necesidad de dotar a los estudiantes extrajeros de un alojamiento muy necesario en el centro de Oxford, donde estaba situada la iglesia. Su iniciativa consiguió viviendas para más de sesenta de ellos. Aunque en aquel complejo residencial había un goteo pequeño pero continuo de conversiones, ese no era sino un objetivo secundario. La meta principal consistía en aliviar la necesidad. Y cuando la iglesia hace esto, el corazón de las personas a menudo se abre a lo ella tiene que decirles ... ¡y muchas otras veces no se abre!

Otro aspecto del servicio a la comunidad que resulta apropiado en determinadas áreas es la celebración de fiestas callejeras. Estas ocasiones divertidas captan el espíritu de la comunidad y demuestran que la iglesia tiene un corazón que late al mismo ritmo que el de la gente que la rodea. Es muy posible que no haya resultados inmediatos en términos espirituales, pero a su debido tiempo no resultaría extraño que algunas personas empezaran a gravitar hacia la vida de la iglesia, convirtiéndose también gradualmente por ósmosis en parte de ella. Y lo mismo puede decirse cuando la iglesia promueve marchas para protestar contra la injusticia o contra las condiciones inhumanas en las que vive la gente. El que la Iglesia Católica diera el primer paso en Polonia

durante el progreso y el éxito de Solidaridad, o en las Filipinas con la expulsión sin derramamiento de sangre del célebre presidente Marcos, no es sólo un rasgo de liderazgo moral en esas naciones, sino también un poderoso imán espiritual, como lo demuestra ampliamente el apasionado compromiso cristiano de los polacos y los filipinos.

EL TESTIMONIO AL AIRE LIBRE

Jesucristo fue un predicador al aire libre, y la mayoría de sus seguidores no lo son. La iglesia nació en las calles en el día de Pentecostés; sin embargo, a la mayor parte de los miembros de ésta hoy en día no los veríamos allí ni muertos. Somos muy distintos de nuestro fundador y nuestros antepasados, y como resultado de ello estamos empobrecidos. En cambio, iglesias como las pentecostales, que sí dan mucha importancia al testimonio callejero, ganan respeto y convertidos. Recuerdo un domingo por la tarde que estaba yo enseñando sobre la evangelización en una gran ciudad australiana. La iglesia tenía puertas de cristal, de manera que podían contemplar afuera el ajetreado mundo que pasaba por delante de ellos. Un buen número de creyentes se habían reunido para esta sesión de enseñanza, y yo la hice muy breve y los saqué a la calle para testificar conmigo al aire libre a las multitudes. Cantamos, hicimos algo de teatro y de danza, así como de predicación, además del testimonio, y los cristianos quedaron entusiasmados. Aquel fue un día especial. Pero luego, esa misma tarde, mi esposa y yo anduvimos un poco más lejos por la calle y nos encontramos con una reunión pentecostal de testimonio al aire libre. Era desordenada, ruidosa y carente de conocimiento teológico, pero apasionada. Les pregunté cuánto tiempo hacía que eran cristianos, y para la mayoría de ellos se trataba de un asunto bastante reciente. Inquirí cuán a menudo salían a testificar, y la respuesta fue: todos los días. No es extraño que crecieran. ¡Se lo merecían!

Pero existen muchas maneras de testificar al aire libre de un modo eficaz. Una de ellas es celebrando un concierto de canciones cristianas algún domingo por la tarde cuando el tiempo es soleado y todo el mundo está fuera de sus casas disfrutando. Otra es hacer una marcha de testimonio, por ejemplo, el día de Viernes Santo o de Pentecostés, preferiblemente todas las iglesias de una misma ciudad juntas. Si alguien lleva una gran cruz, el mensaje será tanto más claro. Hay poder en la cruz de Jesús. Uno de mis antiguos colegas, el canónigo David Hawkins, celebró realmente un culto al

aire libre en cierto recinto comercial un día de Viernes Santo, en el que se alzó sobre una cruz a un miembro de la congregación, con las manos y los pies atados a ella. Puede usted imaginarse el impacto que causó aquello, y la forma en que alcanzaron su objetivo las palabras del predicador. En una línea menos seria, se lo conocía también por haber guiado una procesión por la calle vestido de payaso y tocando el violín. En su parte delantera llevaba escrito: «Bufón para Cristo»; y por detrás: «¿Y tú de quién eres el bufón?» Hay muchas formas de dar testimonio al aire libre.

Otra manera es celebrar la Santa Cena en un gran estadio de fútbol, o un bautismo público en la playa o en el río. La mayoría de los bautismos solían hacerse de esta manera, y la costumbre de llevarlos a cabo entre las cuatro paredes de la iglesia es, en cierto modo, bastante lamentable, ya que omite uno de los actos de testimonio más espectaculares que puedan realizar los cristianos. En Oxford, nosotros celebrábamos en ocasiones bautismos al aire libre en el río. Una procesión salía de la iglesia e iba creciendo en número a medida que avanzaba por el camino de sirga en una concurrida tarde de domingo. Cuando llegábamos al lugar señalado, había presente una multitud, atraída por el espectáculo y por los cantos y el gozo de los participantes. Luego, cada uno de los candidatos daba un testimonio de lo que Cristo había comenzado a suponer para él o ella, y seguidamente mi colega y yo los sumergíamos en el río en nombre de la Trinidad. Al salir del agua cada bautizado, había gran alabanza y regocijo, y pocas veces esos bautismos públicos no daban lugar a otras conversiones.

Hay muchas otras maneras de capturar el aire libre para el Evangelio: mediante un tranquilo reparto de folletos anunciando algún acontecimiento --a menudo da lugar a provechosas conversaciones--, saliendo a las calles de dos en dos con una simple encuesta --para una muestra véase el Apéndice D--, yendo con amor, literatura y una guitarra a las paradas de los autobuses en el centro de alguna ciudad --también tiene su propio valor--, mediante una gran procesión: una «marcha de alabanza» en la que centenares o miles de cristianos se reúnen para recorrer la ciudad, como hicieron en Londres, Inglaterra, en 1988, o en Cranbrook y Victoria, Columbia Británica, en 1989, cantando las alabanzas de Dios y abundando en su amor para con los transeúntes. Estas marchas hacen un impacto importante tanto en la población local como en la cadena de televisión que cubre la noticia. Todas esas son oportunidades para evangelizar que se derivan de un uso creativo del aire libre.

Pero la clase de testimonio al aire libre que más me gusta a mí es el más elemental de todos. Consiste en un grupo de cristianos que proclaman las buenas nuevas de Cristo de un modo muy práctico

en los centros comerciales o las plazas de mercado de una ciudad. Naturalmente esto puede resultar desastroso, especialmente si escoge usted un sitio adonde la gente no va normalmente; pero si elige una zona concurrida, y se muestra solícito, feliz, tranquilo, humilde y confiado al compartir el mensaje que se le ha encargado predicar, mucha gente le escuchará. Esto puede hacerse de varias maneras. Tal vez el ingrediente más importante sea el teatro, el cual siempre congrega a una multitud. Y si su grupo representa una serie de dramas cortos para la calle, cada uno de varios minutos de duración y con una enseñanza clara y llamativa, será muy fácil luego para un presentador sacar las conclusiones de lo que se ha representado y aplicarlas a la multitud reunida. Entretanto, los miembros de su congregación están mezclándose con el gentío y charlando con los espectadores. Las canciones pueden resultar útiles, pero es curioso que, al aire libre, muchas veces espantan a la gente. Una ayuda visual, que de ser posible se irá descubriendo poco a poco, constituye una gran atracción, y algunas personas están muy dotadas para pintar al aire libre mientras predicán. En ocasiones puede también invitarse a un malabarista o un experto en kárate para que actúe en primer lugar, y es seguro que esto atraerá a una multitud. El secreto está en una ágil, atractiva y apacible presentación del meollo del Evangelio en términos que la gente verdaderamente comprenda. A menudo me encuentro predicando sobre las señales de tráfico o los nombres de las tiendas: parece que tengo la clase de mente que puede tomar esas cosas y aprovecharlas para lo que quiero decir.

El principal valor de estas actuaciones al aire libre es que realzan la presencia cristiana en la comunidad, agudizan el valor y el celo de aquellos que toman parte en ellas, y divulgan esas buenas nuevas que no iban dirigidas a la gente de iglesia sino al hombre de la calle. Pero con frecuencia se consigue más que eso: yo he visto a muchas personas poner sosegadamente su fe en Jesús mientras escuchaban hablar en las calles acerca del amor y el sacrificio del Señor, así como del derecho que él tiene sobre la vida de ellas. He contemplado a la gente arrodillarse en la acera y pedir al Señor que los aceptase; y también he visto cómo mucha de esa gente era llevada de esas reuniones a escuchar el Evangelio a otro lugar donde tenían una mayor oportunidad para dar una respuesta meditada. Pienso en el primero de mayo en Oxford, cuando toda la ciudad cobra vida y sale a la calle hacia las seis de la mañana. Lo mismo hacíamos nosotros, con malabaristas y cantantes, oradores y actores de teatro. ¡Qué gran gozo suponía proclamar a Cristo en la histórica calle principal de esa antigua ciudad universitaria con cientos de personas apiñándose alrededor! Y todavía lo era más el invitarlas

a venir al salón de la iglesia, donde les ofrecíamos a todos y cada uno un desayuno gratuito y una charla sobre el compromiso cristiano. Semejante actuación llevaba gente al Señor año tras año, y nosotros no la limitábamos al primero de mayo. El Evangelio es buenas noticias, y algo demasiado valioso para encerrarlo entre las cuatro paredes de una iglesia.

TERRENO NEUTRAL

Una de las lecciones importantes que la iglesia moderna necesita volver a aprender la tenemos en la escuela de Tirano. No sabemos nada acerca de este pedagogo efesio, salvo que el apóstol Pablo utilizaba diariamente su escuela cuando él no la necesitaba. Un antiguo manuscrito nos dice en qué momento hacía esto el apóstol: «De las once de la mañana a las cuatro de la tarde». Cuando uno considera que en Efeso más gente estaría durmiendo a la una del mediodía, hora de la siesta, que a la una de la madrugada, eso indica muy bien lo atractiva que resultaba la dialéctica de Pablo. Pero lo más digno de destacarse es la utilización por parte del apóstol de los espacios seglares. La gente se sentiría muy a gusto yendo a cruzar sus espadas con aquel maestro y fabricante de tiendas en el salón de conferencias de Tirano. Esa es la cuestión. Y nosotros debemos considerarla muy seriamente. Muchos de nuestros intentos de evangelizar está abocados al fracaso antes de que hayan comenzado siquiera, porque insistimos en llevarlos a cabo en nuestro feudo, donde muchas personas que no van a la iglesia se sienten sumamente incómodas. Nosotros, los cristianos, creemos que Jesús derribó todas las barreras entre lo sagrado y lo secular por su propia encarnación. Muy bien, pues deberíamos aplicar ese principio a nuestra forma de evangelizar, tratando de alcanzar a la gente allí donde se encuentra y no esperando que ella venga a donde nosotros estamos. En resumen: muchos de los mejores esfuerzos de evangelización no tendrán lugar de ninguna manera en la iglesia.

A continuación doy algunas sugerencias para evangelizar en terreno neutral, y aunque no sean en absoluto exhaustivas espero que estimulen su propio pensamiento creativo sobre el tema.

Los debates son una forma estupenda de despertar el interés, el cual puede madurar luego hasta producir el compromiso. Resultan particularmente valiosos como atracción principal en una campaña o esfuerzo de evangelización. Dichos debates son atractivos porque dan la oportunidad a muchos creyentes de levantarse y hacer su aportación desde la sala, y se prestan a tomar después unos refrescos

y seguir hablando las cosas en un nivel más personal. También son fáciles de anunciar, y atraen sin dificultad a gente que normalmente no asistiría a una reunión religiosa. Cuanto más conozcamos a la persona con la cual vamos a debatir, tanto mejor. Yo he descubierto que cuando se lleva a cabo un debate con políticos, ateos célebres o personalidades famosas, se presenta toda clase de personas simplemente por diversión, y luego se quedan por interés. El peligro en este tipo de empresa reside en la misma naturaleza del debate, que es erístico: su objetivo es la victoria. Y si sale usted vencedor en un debate acerca de Cristo pero aleja a su opositor o no le muestra amor, lo ha perdido todo. Por consiguiente se requiere una gran cortesía además de una lógica rigurosa, y si usted y su contrincente tienen la posibilidad de cenar juntos anteriormente todo ello servirá para fomentar una relación entre ambos. Jesús tomó parte en un debate severo, y además en terreno neutral. Nosotros estaremos desperdiciando una maravillosa oportunidad si dejamos de hacer lo propio. Se trata de algo muy provechoso para la causa del Reino de Dios. Recuerdo cierta ocasión en Australia cuando un amigo y yo nos enfrentamos a todos los asistentes, una noche, durante varias horas (y había cientos de ellos). ¿El resultado? Mucho interés, la continuación de esa clase de debates y seis personas que se inscribieron para un «grupo de descubrimiento». Hace sólo algunos días sostuve un debate con cierto artista conocido de la Nueva Era, un personaje encantador y muy famoso en la localidad. Eso llenó el auditorio, y proveyó una excelente oportunidad para que dos cosmovisiones muy contrapuestas se enfrentaran abiertamente con mucha gracia y buena voluntad, pero con considerable virulencia. El debate --sus dos horas y media de duración-- se transmitió por radio la noche siguiente, y sin duda despertó el interés de la ciudad en la que se había celebrado más que casi cualquier otra cosa de las que hicimos durante toda la semana.

Pero si los cristianos con frecuencia eluden los debates, todavía son más cautos respecto de los bares y los mesones. Sin embargo, ahí van muchos ciudadanos normales para su esparcimiento, sin ninguna intención de emborracharse. ¿No deberían mezclarse con ellos los creyentes? En un ambiente así las conversaciones se desarrollan con mucha fluidez: la gente no está recelosa, ni a la defensiva, y no cuesta demasiado desviar la discusión hacia cosas importantes. O también, mediante un acuerdo con la dirección del local, a veces es posible llevar a un cantante que comunique el Evangelio por medio de sus canciones, intercalando algunos comentarios ocasionales, lo cual suele producir una apertura para charlar acerca de Cristo. Si el pastor local va allí y obtiene la

confianza de la gente, verá abrirse delante de él infinitas oportunidades pastorales. En cierta ocasión yo mismo me senté en un bar, y cuando me preguntaron cuál era mi trabajo surgió una estupenda conversación sobre Jesús. Pronto todo el bar estaba tomando parte en ella --ya sea interviniendo u observando--, y un hombre llegó a poner su fe en Cristo allí mismo, sentado en una banqueta de bar. Recuerdo el club de los deportistas de Oxford, y las muchas veladas que pasé allí con los atletas de la universidad hablando sobre algún aspecto de la fe cristiana, y acudiendo luego al bar, donde la conversación giraba entonces acerca de Jesús y en donde dos veces sucesivas alguien llegó al compromiso cristiano. En ocasiones un poco de música, teatro o poesía resultará útil, pero de todos modos los bares pueden ser sitios de grandes oportunidades para la causa del Evangelio si tenemos el valor y la imaginación de utilizarlos. No necesitamos beber, pero sí sentirnos a gusto allí. Entonces otros se sentirán también a gusto con nosotros.

Otra forma de atraer a mucha gente para que medite acerca de las pretensiones de Jesús es por medio de conferencias públicas. Resultará útil que el conferenciante sea alguien bastante conocido y que hable acerca del tema en el que es especialista, que se haga una buena publicidad del acontecimiento y que se aleccione a los cristianos para que lleven a sus amigos. El orador puede ser un alto cargo religioso o un sindicalista creyente, un político piadoso o un activista social cristiano. Yo los he invitado a todos y a muchos más, con el propósito de relacionar la fe cristiana con algunos aspectos de la vida en los que eran expertos. Esto siempre ha atraído a una multitud y ha demostrado ser una iniciativa muy valiosa de evangelización o pre-evangelización. Estoy seguro de que podría hacerse mucho más en esa línea.

Los almuerzos son también muy populares. La gente de negocios los utiliza regularmente durante su trabajo, de modo que para ellos constituye una forma muy natural de reunirse. Una iglesia local puede organizar dichos almuerzos para los directivos o los dirigentes de los trabajadores de cualquier empresa local con la que tenga algunos lazos, o para la policía o los abogados. Y unos pocos cristianos laicos comprometidos, de diferentes denominaciones y que se muevan en el mundo de los negocios, pueden con bastante facilidad juntarse y organizar mensualmente un «Almuerzo de hombres cristianos de negocio». He conocido ciudades en las que eso estaba tan de moda que se mantenía una lista de espera para participar en dichos almuerzos. Si los oradores se escogen con prudencia, todo transcurre rigurosamente dentro del tiempo previsto, se pone literatura a disposición de los asistentes

y se ofrece regularmente la oportunidad de tratar las cosas, puede haber un continuo goteo de personas que lleguen a la fe por ese medio. Hace poco conocí en los Estados Unidos a una señora que le había parecido bien comenzar almuerzos para mujeres por todo el país, que luego se propagaron como reguero de pólvora. Pero no tiene que tratarse siquiera de un acontecimiento organizado: cuando usted invita a comer fuera a algún amigo o lo recibe en su casa, eso constituye una oportunidad ideal para hablar de Cristo si la conversación toma ese rumbo. Y si él o ella no tiene deseos de seguir haciéndolo siempre usted puede dejar el tema. Pero con mucha frecuencia su amigo querrá conversar y se sentirá agradecido de haber encontrado por fin a alguien dispuesto a escuchar y que pueda ayudarle.

Si los almuerzos funcionan bien en medio del ajetreo diario, es lógico que las cenas resulten aún más eficaces, dado que se llevan a cabo al final del día cuando la gente está más relajada. A menudo he podido comprobar que a los profesionales les gusta reunirse con otros que llevan su misma clase de vida para escuchar hablar de la fe cristiana. Me vienen a la mente de un modo especial los abogados, los médicos y los profesores, aunque nunca olvidaré una recepción en la Municipalidad atestada de constructores que habían venido a oír a Sir John Laing (el diseñador de la red de autopistas inglesa) hablar sencilla y vigorosamente acerca de la necesidad de construir la vida de uno sobre Cristo, la roca. Y hace algunos años, un dentista, un hotelero, un médico y yo mismo planeamos una serie de encuentros a lo largo del invierno en los que recibíamos más o menos a un centenar de amigos nuestros en una gran casa privada para cenar y escuchar seguidamente a un cristiano de determinado estilo de vida hablar acerca de cómo su fe y su trabajo influían mutuamente lo uno en lo otro. En otra ocasión, llamaron a mi esposa para que hablase en una reunión de pacientes de cierto médico, madres jóvenes que querían enseñar a sus hijos acerca de Dios y de la oración pero no tenían ni idea de por dónde empezar. Los encuentros vespertinos que comenzaron así llevaron a varias de esas mujeres al compromiso cristiano. El asunto es claro: las reuniones que se realizan por la noche en casas privadas son hoy en día muy útiles para la evangelización, como lo eran en los primeros tiempos de la iglesia, cuando no tenían otra cosa que los hogares.

La música también es un medio muy poderoso, y hay innumerables maneras de utilizarla para la causa del Evangelio. Una de ellas es conseguir que un cantautor popular vaya a cantar y explique por qué escribió esas canciones y qué es lo más importante para él

en la vida. La gente acude en masa a eventos bien seleccionados como éstos y pagan buen dinero por entrar, lo cual cubre los gastos una vez terminado el proyecto y le permite a usted concentrarse en explotar al máximo el impacto conseguido. ¡Pero debemos regalar entradas a aquellas personas que consideramos que no están lejos del Reino! Si el artista no tiene el don de la evangelización, puede buscarse a un evangelista apropiado para concluir la noche, aunque esta es una tarea particularmente delicada después de una velada así y, si se hace mal, resultará contraproducente. Por el contrario, si se lleva a cabo como es debido, puede ser sumamente productiva. El canto de himnos navideños es otro medio musical que gusta mucho y al que demasiadas iglesias no le dan toda la importancia que deberían. Llémoslo a cabo a la luz de una vela, y acompañémoslo de teatro y de danza. Hagamos también que se pronuncie un mensaje acerca de aquel que vino en Navidad y que todavía quiere entrar en el corazón de los ser humanos. De esta manera todo seguirá siendo tan popular como siempre pero resultará mucho más fructífero. Y lo mismo puede decirse de *La creación*, de Haydn, o de *El mesías*, de Handel, especialmente si todo el reparto lo componen cantores cristianos que creen realmente lo que están cantando. El efecto puede ser inmenso, y el poder de atracción resulta formidable. A veces es adecuado entretejer un desafío en el final de una velada así, especialmente si dicho desafío está íntimamente relacionado con el compromiso cristiano del compositor, lo cual, con Handel, no resulta difícil.

El baile, por su parte, es uno de los entretenimientos más apreciados, y aunque pueda desmandarse --de ahí la desconfianza que les inspira a los cristianos-- esto no tiene por qué suceder. ¿Y por qué razón sería impropio que se mencionara la mayor causa de gozo y de celebración cuando las personas están regocijándose y pasándolo bien juntas? Se necesitará a un evangelista muy tranquilo y simpático para reunir a la gente en medio de un baile y hablarle del Señor de la Danza, pero eso es algo que se ha hecho y que ha llevado a conversiones firmes. A mí me gusta: demuestra imaginación e iniciativa, cosas que a menudo faltan penosamente en la evangelización.

Pero si el baile constituye uno de los pasatiempos favoritos de la humanidad, otro de sus entretenimientos preferidos es el deporte. Esta área necesita también ser penetrada por el Evangelio. Los deportistas de primera línea están tan metidos en su trabajo, que son muy difíciles de alcanzar excepto por sus compañeros. En años recientes esto se ha reconocido a ambos lados del Atlántico, al igual que en Africa, y organizaciones tales como Deportistas Cristianos

y Atletas en Acción han contribuido mucho a cerrar la amplia brecha que existe normalmente entre los deportistas y el cristianismo. Ahora en América hay secciones locales de estas organizaciones en muchos de los clubes de máxima categoría del fútbol americano, el baloncesto y el béisbol. En el ámbito internacional, los cristianos están juntándose en el mundo del atletismo; el fútbol, el cricket, el tenis y el golf, por mencionar solamente cinco deportes. Poco antes de los Juegos Olímpicos de 1980, los representantes de más de 120 naciones se reunieron en Seúl con el propósito de establecer ministerios deportivos a nivel de colegio, de club y nacional por todo el mundo, y creo que desde entonces más de noventa naciones han comenzado este tipo de evangelización. Se trata de algo en lo que la iglesia local puede participar plenamente. Uno de los primeros encuentros de Deportistas Cristianos para jugadores profesionales de fútbol en Inglaterra se celebró en mi rectoría, y Andrew Wingfield Digby, su director nacional, ha contribuido amablemente al Apéndice G sobre cómo las iglesias pueden comprometerse en esta clase de esfuerzos de evangelización si se sienten llamadas a ello. Los atletas y los deportistas no son personas más importantes que otras para Dios, pero resulta innegable que se destacan entre los ídolos de la sociedad moderna, y que si los valores y la fe cristiana están ampliamente representados en el deporte ello producirá un gran cambio en la forma de considerar el cristianismo del hombre de la calle.

Las vacaciones son muy importantes para todos nosotros, y sin embargo muchas veces no sabemos qué hacer con ellas o con quién pasarlas. Aquí entran los campamentos de jóvenes o a nivel de iglesia. Hay muchísimo que decir a favor de que una iglesia organice sus propias vacaciones para todas las edades: ello reúne a los miembros de la congregación en las circunstancias más relajadas y naturales, lo que beneficiará a la comunión de la iglesia durante mucho tiempo. Pero unas vacaciones como estas también ofrecen muchas oportunidades para invitar a incorporarse a gente que se encuentra al borde de la comunidad cristiana o que no forma en absoluto parte de ella. Se trata de una manera muy atractiva y eficaz de utilizar el terreno neutral.

Estas son sólo algunas sugerencias en un área que tiene posibilidades ilimitadas. Somos llamados a utilizar nuestra imaginación para la causa de Cristo, y una iglesia que conozco lo hizo adquiriendo una tienda en la ciudad y convirtiéndola en un centro de paso para tomar café, que se llenó de adolescentes. En el Apéndice C encontrará usted más sugerencias acerca de la evangelización de jóvenes. Otra iglesia tenía algunos buenos músicos y

actores de teatro que eran bien recibidos regularmente en los colegios de la localidad, sitios de los que a menudo está ausente cualquier enseñanza cristiana positiva en nuestros días, pero que con frecuencia no tienen aversión al mensaje cristiano por medios novedosos. Recuerdo otra iglesia más que siempre estaba haciendo nuevos contactos para Cristo alquilando espacio en el mercado local y llevando allí un montón de libros cristianos para vender cada sábado. Otras descubren que una simple guardería y un estudio bíblico de investigación para mamás sin dinero (y niños rebosantes de salud) no es solamente un servicio para determinado sector solitario de la sociedad, sino también una forma muy natural de llegar a conocer a Cristo como aquel que da cohesión a la vida para gente que ya tiene mucho en común.

Tal vez la última palabra sea ésta: Deberíamos cultivar un santo oportunismo. Si no somos personas dominadas por los edificios eclesiales o los horarios religiosos, sino libres para hablar acerca del Señor y tratar de presentárselo a otros allá donde estemos, entonces las oportunidades se presentarán. El deseo de servir es la clave de la utilidad. Si nos acostumbramos a orar diciendo: «Señor, utiliza mi vida y mis labios como quieras en este día», las más de las veces él lo hará. Y tal vez no espere hasta que nos encontremos en la iglesia el domingo para darnos la oportunidad, porque hay múltiples formas de comunicar las buenas nuevas de Cristo y la mayor parte de ellas tiene lugar en terreno neutral.

13

Las campañas

En una campaña basada en la iglesia es en lo que piensa mucha gente cuando se suscita el tema de la evangelización: «Ya va siendo hora de que nuestra congregación tenga otra campaña.» No es que estén confiados en que dicha campaña vaya a ser muy provechosa, pero parece tratarse de lo apropiado, si los números están disminuyendo y el sistema da la impresión de necesitar un poco de oxígeno. Por otro lado, algunas iglesias han salido escaldadas de las campañas y tienen verdaderamente muchas dudas en cuanto a asociarse con una semana poco más o menos de actividad frenética que puede ser incluso contraproducente para la vida congregacional en curso. De modo que ¿cuál es el papel, si es que hay alguno, que podamos darle a una campaña de evangelización en la vida de la iglesia local?

La campaña implica tanto a la iglesia como al equipo que la lleva a cabo en algún otro sitio como a la congregación anfitriona. Cuando una iglesia ha sido encendida por una campaña que ha tenido lugar en su medio, está mejor equipada para llevar a cabo una empresa igual ella misma fuera de su zona. Recuerdo un pueblecito inglés en el que hace algunos años llevó a cabo una campaña cierto equipo de evangelización que yo dirigía. Sucedió que el momento era el oportuno según la providencia de Dios y hubo resultados extraordinarios. Lo siguiente que escuchamos fue que los laicos habían empezado a dar testimonio en los cultos normales de la iglesia de lo que Dios había hecho en su vida. Y un poco más tarde supimos que esa congregación estaba mandando equipos para llevar el Evangelio a las zonas rurales vecinas. Los receptores llegan a ser dadores, tanto en lo referente a las campañas como en muchas otras cosas.

HACIA UNA FILOSOFÍA DE LAS CAMPAÑAS

Primeramente ... ¿de qué estamos hablando? Una campaña no es ninguna invasión llevada a cabo por algún supuesto experto desde el espacio exterior, sino un desbordamiento de vida cristiana, un intento prolongado de varios días, e incluso de semanas, para convertir al Evangelio en el tema principal dentro de una determinada área. No se trata de propaganda, sino de celebración; no la realiza mejor una sola persona, sino muchas. Podría estar basada en una iglesia o en un grupo de ellas que trabajan juntas. No es necesario que se desarrolle únicamente en el edificio de la iglesia, sino que puede hacerlo en todo tipo de lugares de reunión. No está pensada para llenar los bancos, sino para abrir la boca y movilizar al pueblo de Dios. No es una obligación sino una alegría. Por lo tanto constará de reuniones centrales y de reuniones en las casas; se introducirá en los colegios y las fábricas de la zona; alcanzará a gente de negocios y médicos, abogados y profesores, jóvenes y viejos, deportistas y minusválidos ... Utilizará la radio y la televisión, si están disponibles, juntamente con las conversaciones personales, el teatro y la danza. En el caso ideal supone la apertura sin inhibiciones y gozosa de las compuertas por parte de una iglesia que está llena del Espíritu Santo.

Las campañas como estas tienen un verdadero valor. Después de todo, Dios inventó la misión en el sentido más amplio y esta es una manera en la que la misión divina puede canalizarse. Y tenemos que admitirlo: en muchos lugares se realiza muy poca evangelización; de manera que no está mal que un esfuerzo concentrado nos devuelva a aquello que forma parte del llamamiento básico y continuado de la iglesia. Las campañas así unen a los participantes en una comunión que rara vez se encuentra fuera de la actividad evangelizadora compartida, fomentan el amor y la dependencia mutua entre aquellos que toman parte en las mismas --ya sean los miembros de una iglesia local o de las congregaciones de una ciudad entera--, llevan gente a la fe y hacen que otros salgan a indagar si habrá o no habrá algo de verdad en todo eso. También da a los miembros antiguos un ejemplo de cómo seguir compartiendo las buenas nuevas con sus amigos y conocidos, y ahonda la fe de ellos en el poder del Evangelio al tiempo que estimula su valor para ser osados en la causa de Cristo.

Quien mejor lleva a cabo la evangelización es la iglesia local, ya que ésta conoce a la gente de la zona y puede forjar relaciones con ellos. Tales relaciones son continuas y deberían conferir una sólida credibilidad al mensaje que los cristianos quieren compartir. Dar

testimonio constituye el llamamiento de Dios para todos los cristianos: se requiere que cada uno de ellos manifieste su fe de una manera que le resulte apropiada. Nadie debería quitarles ese privilegio, y menos aún los visitantes que llegan a la ciudad para realizar una campaña.

Sin embargo, la evangelización realizada por un equipo visitante tiene verdadero valor, por muy limitada que sea. En el peor de los casos puede parecer un bombardeo aéreo; durante el cual la gente prudente se resguarda para volver a salir una vez que todo ha pasado!; pero en el mejor de ellos, es capaz de concentrar la atención de una iglesia o una ciudad en el Evangelio cristiano de un modo que no hubiera sido posible en el transcurso normal de la vida. Mientras escribía este capítulo recibí una carta en la que me hablaban de la publicidad realizada para la campaña de Billy Graham en Londres durante el mes de junio de 1989. Mi correspondiente escribía: «El ruido que ha hecho en Londres esta campaña publicitaria tan ingeniosa ha sido algo magnífico. Muy poca gente puede quedar que no sepa lo que está pasando...»

Otra ventaja que cabe sumar a esto, si se realiza una campaña interdenominacional, es la acción conjunta de las iglesias. No se trata de que antes estuvieran apáticas las unas en cuanto a las otras, o que se hicieran la competencia, pero quizá pocas veces llevaban a cabo cosas juntas. Sin embargo cuando llega una campaña, ésta une a los diversos grupos dentro de una iglesia o a las congregaciones de una ciudad; y de esa campaña conjunta surge una comunión más profunda. Varias campañas en las que he participado recientemente han dejado a las iglesias de la ciudad comprometidas a una colaboración continuada en proyectos comunes.

Y una ventaja más de las campañas es que el equipo visitante puede a menudo ejemplificar una frescura, una creatividad, una colaboración y un valor que se contagian a la ciudad o la iglesia donde la campaña en cuestión está teniendo lugar. Por último, una campaña puede convertirse en catalizador para la participación congregacional y el aumento del compromiso con el ministerio de todos los miembros en el futuro.

Alternativas a las campañas

Probablemente sea cierto que la principal forma de evangelizar que se ha utilizado tradicionalmente en Norteamérica --y en menor medida en Inglaterra-- para complementar el trabajo de las iglesias locales haya sido la «cruzada». En este caso un orador destacado se hace cargo de una iglesia o un estadio durante varias noches y predica el Evangelio en un ambiente de música y testimonio.

También posiblemente sería cierto si dijéramos que tales cruzadas tienden a disminuir en eficacia. Sólo hay realmente en el mundo un puñado de hombres, el más famoso de los cuales es Billy Graham, capaces de atraer a grandes multitudes de personas inconversas. En el caso de otros los asistentes ya son cristianos en su mayoría, lo cual no es el objetivo que se persigue. Mucha gente común se muestra cautelosa con estas grandes reuniones. No conocen de nada a la persona que está hablando; sospechan que reinará el emocionalismo; se figuran que muy posiblemente serán instados a hacer algo que no quieren hacer ... Simplemente no se sienten atraídos por la idea de ir a una reunión multitudinaria donde un hombre se dirigirá a ellos sin darles derecho a réplica o siquiera una oportunidad para conocerlo.

Pero si la reunión grande o «cruzada» constituye un tipo de evangelización, el otro enfoque más comúnmente utilizado hoy en día es precisamente todo lo contrario: poco agresivo, basado en la relación, relajado ... Lo llaman «evangelización por amistad». Obviamente éste es un énfasis de lo más importante, pero con facilidad puede degenerar en una amistad integral sin nada de evangelización.

Las ventajas de una campaña

En vista de estos ambientes opuestos la campaña tiene un mérito real, y tanto más si la dirige un equipo y no meramente un individuo, ya que los integrantes de dicho equipo cuentan con la posibilidad de manifestar la reconciliación de la que están hablando. Su amor puede rebosar y dar alas a sus palabras. Además la variedad de dones del grupo hace mucho mayor el impacto, y un equipo manifiesta la «vida corporativa» que la campaña tiene el objetivo de promover entre otras cosas.

Por tanto, cuando los miembros de un equipo de evangelización, cristianos perfectamente comunes que aman a Dios y están dispuestos a darlo a conocer, renuncian, por ejemplo, a una semana de su vida para ir a una iglesia o ciudad determinada, suelen suceder algunas cosas. Esto hace que la iglesia o las iglesias amen, oren y preparen oportunidades en las que pueda derramarse tal equipo, y libera toda clase de talentos escondidos tanto en la congregación anfitriona como en el mismo equipo. La gente se presenta con ofertas asombrosas en tiempos así. Además, los mismos miembros de la iglesia local realizan la mayor parte del trabajo. La campaña no se hace *para* ellos, sino *con* ellos. Ellos crean las oportunidades, y éstas dependerán en buena medida de las relaciones que hayan estado cultivando a lo largo de los meses y

años anteriores. Una vez que los creyentes locales han creado dichas oportunidades, los miembros del equipo entran en ellas en su compañía.

También hay otras ventajas importantes: una campaña deja libertad a cada congregación en una ciudad o a cada grupo dentro de una iglesia local para hacer el programa a su manera. Los visitantes no vienen con un paquete preparado: tienen muchas ideas, y las comparten en profundidad con el comité organizador, aunque el programa lo confeccionan los cristianos locales utilizando a los visitantes de la forma que mejor convenga a su situación. Y cada campaña resulta diferente, muy diferente, precisamente por esta razón.

No es difícil percibir otras ventajas en las campañas. Estas pueden captar la atención de una comunidad si se promueven como es debido; facilitan la comunión tanto entre las iglesias anfitrionas como con el equipo visitante; aumentan la fe y la expectación; hacen que los laicos ocupen el lugar que les corresponde; y no dependen de personajes famosos, puesto que se trata de una actividad de equipo. Además la gente se identifica con la idea: les intriga que un número considerable de personas completamente extrañas se preocupen lo bastante por ellos como para venir y dedicar gratuitamente una semana a hablar con ellos acerca de Dios.

Una campaña fomenta la imaginación, ya que la gente se ve estimulada a agudizar el ingenio con el objeto de alcanzar a su comunidad para Cristo y es instada a pensar de un modo más radical que antes. Entonces empiezan a imaginarse cosas grandes y atrevidas; aprenden a verlo todo desde una perspectiva de equipo y no de predicador individual (aunque uno o dos de tales predicadores formen una parte importante de dicho equipo); se preguntan dónde habría oportunidades para que los cristianos laicos del equipo de evangelización fueran escuchados ... En una campaña realizada hace poco para toda una ciudad, se celebraron reuniones dirigidas a médicos y esposas de médicos, a personal hospitalario, a un grupo de apoyo para la esclerosis múltiple, a retrasados mentales, a pacientes de cáncer, a jóvenes, a un club de gimnasia de mantenimiento, al Club Rotario, a técnicos odontólogos, a banqueros, a juristas, a la Cámara de Comercio, a cazadores, a montañeros, a guías, a reinas de la belleza, ¡e incluso a los asiduos al bar local! Los centros comerciales, las clases de idiomas, los grupos de judo, los bingos, todo ello es legítimo, y desde luego la mayoría de las reuniones deben celebrarse en casas particulares entre grupos de amigos que quieran presentarles a un par de miembros del equipo para una charla vespertina. Aquellos que realmente hayan hecho buenas amistades en la localidad serán

quienes tengan reuniones caseras extraordinariamente fructíferas. Las relaciones ya están formadas, y hay confianza: lo único que hacen los visitantes es actuar como catalizadores para una discusión provechosa.

Una campaña es algo costoso: esto no debe minimizarse cuando se están haciendo los planes. Incluso si el equipo rechaza cualquier remuneración por principio, las campañas cuestan dinero, compromiso, hospitalidad, planificación, guerra espiritual, osadía, visitación y seguimiento. Pero parte del poder de la empresa reside en su alto precio. Mucho de nuestro cristianismo occidental lleva aparejado lo que Dietrich Bonhoeffer llamó la gracia barata: el equivalente de la búsqueda de la felicidad, el placer y la comodidad que acosa actualmente a Europa y América. El puro desafío de una campaña resulta muy vigorizante para las iglesias, y saca a la luz insospechadas reservas de entrega, generosidad e inventiva.

Las campañas requieren unidad: ese es tanto su precio como su gloria. Cristo por unidad entre su pueblo, y los cristianos primitivos se esforzaron mucho por mantener dicha unidad. La veían como un don del Espíritu Santo, que no tenían la libertad de romper. Hoy en día, sin embargo, predomina una actitud bien distinta: el cristianismo protestante se ha hecho añicos desde la Reforma, si bien al catolicismo romano le ha ido mucho mejor y ha mantenido la forma de la iglesia. La unidad es más la excepción que la regla en nuestros tiempos, tanto dentro de las iglesias como entre ellas. Estas oran para que Dios supla su necesidad de ministros, dinero y edificios, y para que bendiga su trabajo. Pero ¿por qué él tendría que hacerlo? Hay suficientes ministros, dinero y edificios si la gente se une. ¿Por qué habría Dios de bendecir la desunión? Esta es la antítesis misma de la reconciliación que Cristo quiso traer con su muerte. Si las iglesias y sus pastores se unen para trabajar juntos por el Reino, pueden esperar que Dios los bendiga. Y él lo hace. Es muy bueno para una ciudad ver que aquello que une a los cristianos es mucho más grande que lo que los divide. Por eso resulta tan deseable, siempre que sea posible, una campaña *ecuménica*. Y cuando las iglesias se unen en torno al sencillo mensaje del Nuevo Testamento, quedan capacitadas en realidad para recuperar gran parte de esa unidad que las lealtades denominacionales han tenido tendencia a erosionar.

Una campaña es multiforme y encarnacional. Utiliza muchos enfoques y atrae a una multitud de personas. Las maneras de alcanzar a una comunidad incluyen el teatro, el trabajo al aire libre, los debates, el culto, la predicación, las conferencias, las discusiones,

las cenas, los encuentros de jóvenes, los conciertos, etc. Y la gente que participa encarna el mensaje. Parece que a Dios le gusta, y que él honra el método de la encarnación; después de todo, él amó tanto al mundo que no mandó a ningún comité ni hizo una retransmisión televisada, sino que envió a su Hijo, y Jesús era la personificación de su mensaje. Eso es lo que sucede, en un sentido derivado de aquél, cuando el equipo de una campaña parte hacia su misión. Los miembros de dicho equipo *son* las buenas nuevas que proclaman. La única impresión del Evangelio eterno que recibirán muchos de esa ciudad será aquella que esos individuos hagan personalmente. Y la gente muy corriente llena de amor y del Espíritu Santo puede transmitir mucha convicción.

Por último, la evangelización, principalmente aquella de las campañas, es una cooperación entre el ser, el decir y el hacer. Lo que más cuenta es aquello que somos: para cuando termine la semana o el par de semanas, el puro amor y la dedicación del equipo y de los cristianos locales habrán hecho caer de rodillas a muchos cínicos. No sólo en el mundo antiguo la gente se maravillaba y decía: «Mirad cómo se aman estos cristianos.» Y ese ser va acompañado del decir. Los miembros del equipo cuentan su relato en los grupos caseros; hacen visitación allí donde se les pide; dan testimonio al aire libre, en los hogares e incluso en las fábricas; predicán en las iglesias; desafían a la gente en su conversación personal ... Si los cristianos primitivos hubieran puesto todo el énfasis en el ser más que en el decir, no habrían llegado muy lejos; pero si sus palabras no hubiesen estado respaldadas por su carácter, no habrían ido a ninguna parte en absoluto. Y del mismo modo, el suyo no era simplemente un discurso piadoso, sino también una acción solícita: cuidaban de los enfermos, los presos, los solitarios, los que estaban en peligro ... Unas acciones como las de Cristo tienen que formar parte del trabajo de cualquier campaña: debemos hacer la obra de Jesús y no sólo hablar de ella. Esto puede incluir el buscar alojamiento para los que no tienen hogar, ayudar a la gente a dejar las drogas, dedicar tiempo y esfuerzo a los borrachos ... La gente se sienta y toma nota cuando ve que la fe produce una acción costosa y desinteresada en beneficio de los demás.

Pero hay otro sentido en el que la evangelización de las campañas supone una cooperación: en la asociación entre el intelecto, el corazón y la voluntad. La comprensión intelectual de esta cultura cada vez más secularizada necesita reorientarse; el corazón de esta sociedad crecientemente hedonista debe ser tocado; y las voluntades de hombres y mujeres que con todo su encanto están en rebeldía contra su Creador deben ser desafiadas para que se vuelvan «de

las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios» (Hch. 26.18). La evangelización sin ningún contenido intelectual riguroso, ningún afecto personal o ningún desafío a la voluntad es tristemente insuficiente.

En el nivel más profundo de todos tiene lugar otra cooperación más: aquella entre el Espíritu Santo y la oración. Ningún ser humano puede traer a otro a la fe en Jesucristo. Esa es por encima de todo la obra del Espíritu Santo mismo --él es el evangelista--, pero el poder del Espíritu se libera por medio de la oración. La iglesia occidental es muy lenta en llevar a la práctica esta verdad, a pesar de lo luminosa que resulta en toda la Biblia. Confiamos en nuestra riqueza, nuestros comités, nuestro *savoir faire* para hacer que las cosas sucedan. Las reuniones de iglesia que tenemos casi no pueden diferenciarse de los encuentros seculares por la forma en que se llevan a cabo. ¡Y nos preguntamos por qué somos tan ineficaces! Las iglesias del Tercer Mundo que están creciendo saben muy bien que ellas no cuentan con el poder, la pericia ni los recursos económicos para evangelizar, de modo que escogen la parte mejor: oran. Y Dios honra eso y cada día se añaden personas a la iglesia.

Esos son algunos de los requisitos para una campaña y de los beneficios que surgen de ella. Naturalmente que las campañas precisan de una cuidadosa preparación y un meticuloso seguimiento, y consideraremos estas cosas en una sección posterior de este capítulo, así como en los Apéndices C y D, pero uno no puede simplemente montar una campaña de golpe: hay muchos pasos intermedios entre el lugar en el que se encuentran muchas iglesias locales y ese otro en el cual pueden acoger debidamente una campaña de evangelización, y más aún llevarla a cabo ellos mismos en otro sitio. Pasamos a ocuparnos de dichos pasos.

HACIA LA POSIBILIDAD DE UNA CAMPAÑA

Muchas iglesias han descubierto que los pasos hasta llegar a una campaña madura siguen un modelo parecido a este.

El nacimiento de la visión

En primer lugar nace la visión. Comenzamos a procurar que las energías de nuestra iglesia vayan dirigidas hacia la misión y no hacia el mantenimiento. Abrimos los ojos al hecho de que la vida actual de la iglesia no resulta muy atractiva para aquellos que no son sus miembros, lo cual resulta a menudo doloroso de admitir,

ya que a todos nos gustan los modelos a los cuales nos hemos acostumbrado y somos reacios a cambiar.

Puede que se necesiten cambios de todo tipo: en lo tocante a aquellos que saludan a la gente cuando entra por la puerta, en la hospitalidad que se brinda a los que vienen por primera vez, en la formación de un equipo para dar la bienvenida a los visitantes durante la semana siguiente a su primera aparición ... Puede también que sea preciso cambiar la clase de culto que se celebra, modificar radicalmente la predicación en su estilo y contenido (tal vez ilustrándola con un retroproyector), variar el estilo de la música, programar un culto familiar o empezar una nueva congregación en otro momento del día ... El nacimiento de la visión puede tener toda clase de implicaciones incómodas pero provechosas para la vida de la iglesia local; y es posible estimular esta visión de varias maneras. Si tenemos la suficiente humildad para ello, podemos aprender adaptando lo que hacen otras iglesias cuando crecen. Tal vez haya una o más de esas iglesias en nuestro vecindario; en ese caso, una larga comida con el pastor y con uno o dos de los dirigentes laicos podría ser de mucha ayuda.

También podríamos leer acerca de algunos ejemplos de iglesias que crecen y aprender de ellas. MARC Europe nos ha hecho un inmenso servicio publicando toda una serie de libros de esta naturaleza, tales como: *Ten Growing Churches* [Diez iglesias que crecen], *Ten Worshipping Churches* [Diez iglesias que adoran], *Ten Growing Soviet Churches* [Diez iglesias soviéticas que crecen], etc., de los cuales pueden entresacarse y adaptarse muchos principios importantes.

Pero tal vez la manera más útil de todas para estimular el nacimiento de una visión es invitando a venir a un equipo de personas de alguna iglesia en la que la renovación ya esté en marcha. Sé por experiencia que una visita así, si se prepara debidamente y se halla presente un gran número de miembros de la congregación anfitriona, puede constituir un enorme paso adelante. Previamente hay que realizar una coordinación cuidadosa, pero sería muy útil que la primera visita incluya los siguientes elementos.

Debería buscarse un buen maestro de la iglesia a la que usted acude pidiendo ayuda, juntamente con uno o más músicos y posiblemente tres o cuatro personas expertas en el uso cristiano del teatro y la danza. Uno o dos individuos más pueden añadirse al equipo para suplir las necesidades específicas de su iglesia, dependiendo de cuáles sean éstas. El equipo en cuestión debería venir para un fin de semana, llegando el viernes por la tarde y quedándose hasta el domingo bien entrada la noche o el lunes por la mañana. Se los acomodaría en los hogares de la congregación.

La primera noche, el equipo visitante podría dispersarse para hablar en tres o cuatro cenas de evangelización: los miembros de la congregación invitarían a algunos de sus amigos que no asisten a la iglesia para que vayan a cenar y conozcan a un par de esos visitantes, quienes hablarían sobre «Una fe para hoy en día» o algún otro tema parecido. A menudo resulta prudente situar la charla entre el primer y el segundo plato de la cena, lo cual permite que la conversación se centre en el tema de la velada. El resultado probable será que unas pocas personas llegarán realmente a entregarse a Cristo, mientras que otras se sentirán fascinadas y decididas a asistir el domingo para escuchar más de esa gente.

Mientras todo esto esté sucediendo, el líder del equipo y --si se trata de un ministro-- uno de sus dirigentes laicos pasan la velada con el órgano rector de la iglesia, abriéndole los ojos al ministerio compartido, a la vida como cuerpo, al crecimiento del amor en una iglesia, a la necesidad y las posibilidades de capacitación, cuidado pastoral y maneras de evangelizar a la comunidad en obediencia al mandato de Cristo. Es importante lanzar una llamada urgente a todos los miembros del liderazgo, porque mientras que sus ojos no se abran y su corazón no se anime a las posibilidades de un cambio constructivo en la vida de la congregación, se opondrán a dicho cambio, y en vez de unidad habrá confusión en la iglesia.

El siguiente día, el sábado, podría utilizarse como sigue. Consistiría en una asamblea de la iglesia, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, por ejemplo, que comenzaría con una reunión plenaria dedicada a un culto dinámico, abierto y cordial dirigido por los visitantes e incluiría una enseñanza estimulante sobre la necesidad de que todos los cristianos participen en la vida y el ministerio de la iglesia, ilustrada con un relato de cómo esto ha ocurrido en la iglesia de donde ellos proceden (sin pasar por alto los fracasos y daños que haya habido).

La asamblea se dividirá luego en varios talleres a los que la gente se habrá anotado con anterioridad. El pastor local deberá haber planeado dichos talleres bastante de antemano con los visitantes según las necesidades que se perciban en la iglesia. Un taller sobre la oración resulta fundamental, y pueden ofrecerse otros sobre el testimonio de los laicos, el liderazgo, la predicación y la oratoria, el teatro, el trabajo con jóvenes, los grupos de comunión caseros y la enseñanza de adultos en la iglesia. A cada uno de estos grupos se asignará una persona del equipo visitante que lo dirigirá del modo debido prestando mucha atención a cuál es el trasfondo de los miembros de la congregación y a sus esperanzas, temores y dudas. También habrá oportunidad para un buen rato de oración juntos.

Después de comer, los seminarios pueden continuar con una sesión más o la gente asistir a un segundo seminario, y así hacer más amplio el impacto de la contribución del equipo visitante.

La tarde podría terminar adecuadamente con una celebración informal de la Santa Cena en la que se ofreciera ministerio personal a aquellos que lo deseen y se diera a los miembros la oportunidad de testificar sobre lo que han aprendido de ese día. Todo esto habrá despertado mucha ilusión por el día siguiente. El equipo visitante puede tener la noche libre, o mejor aún llevar a cabo alguna actividad especial para los jóvenes del vecindario en una cena o un concierto.

El domingo constituye una oportunidad para que los visitantes dirijan buena parte de los cultos, tanto por la mañana como por la noche. Esto supone una gran ocasión para experimentar y enseñar nuevas cosas a la congregación sin darle la impresión de que se está estableciendo una innovación concreta. Pero cosas muy simples, como las oraciones espontáneas de dos o tres miembros del equipo, un solo o un dúo cantado con acompañamiento de piano y guitarra, un mensaje que incluya aportaciones cortas de otro u otros dos visitantes, tienen un gran impacto y apuntan hacia lo que podría suceder en la congregación local de vez en cuando.

Y tal vez fuera adecuado convertir ese culto matinal del domingo en un «culto de invitados», a fin de que los miembros de la congregación trataran realmente de llevar consigo a la iglesia a sus amigos para esa ocasión especial de la visita del equipo. En ese caso se podría dar un sermón de evangelización, lo cual tal vez trajera a Cristo a algunos que ya se habían sentido atraídos mediante las cenas del viernes, así como a otros que quizá hayan ido a la iglesia con frecuencia (o pocas veces) sin hacer ningún compromiso personal con Jesús. Si se adoptara este enfoque, ello requeriría naturalmente la preparación previa de uno o dos líderes probados de la congregación que puedan dirigir luego un «grupo de descubrimiento» para aquellos que lleguen a la fe por medio del sermón (véase el capítulo 11 de este libro). Y el fin de semana terminaría dignamente con un culto vespertino de gran celebración y alabanza guiado por el equipo visitante, en el que se diera la posibilidad de testificar a aquellos que han sido bendecidos mediante la visita. Al acabar dicho culto tendría que poder recibirse ministerio personal.

El camino por andar

A raíz de una visita así se abre toda clase de posibilidades. Saldrán a la luz personas a quienes ese fin de semana les habrá

entusiasmado y, si no había reunión de oración en la iglesia, con toda probabilidad surgirá una. Esto es algo que debe fomentarse con mucho cuidado, ya que se trata de la actividad en la cual usted puede reunir a los miembros más fervientes de la congregación. No obstante deberá asegurarse de anunciarla en cada culto para no dar pie a que nadie la tilde de camarilla. La gente es posible que esté abierta ahora a entonar en la iglesia algunas canciones modernas de adoración junto con los himnos clásicos, y quienes hayan llegado a la fe durante el fin de semana anterior añadirán imaginación y vitalidad renovadas a la iglesia a medida que se establezcan en ella. Ocasionalmente cabe la posibilidad de permitir a los miembros de la congregación que den testimonio. Tal vez alguien haya experimentado sanidad o quiera compartir para beneficio de la congregación algunos versículos de la Escritura o alguna imagen que cree haber recibido de Dios. Quizá surgirán nuevos ministerios: alguna persona puede muy bien ofrecerse a comenzar un grupo de jóvenes o un club de madres y niños pequeños.

Sea sensible a lo que Dios esté haciendo en medio de ustedes. Ore mucho para comprender cuál es la visión que él está desarrollando para la iglesia. Podría resultar útil tener, algunos meses después, un día de oración y diálogo acerca de la vida de la congregación. Quizá debería planear usted otro encuentro de evangelización, y esta vez organizarla con los recursos locales. La preparación de las invitaciones, el tema, la publicidad, la música, la forma del culto y sobre todo la oración, contribuirán mucho a nutrir la nueva vida en la iglesia y aumentarán la expectación de la fe. Esto es algo crucial: Dios se deleita en responder a la confiada dependencia de su pueblo, y a nosotros no se nos da demasiado bien confiar en el Señor. Tenemos la tendencia a poner nuestra confianza en casi todo lo demás: el culto, la música, el pastor, etc. Pero cuando la congregación llega al punto de esperar que Dios haga algo por medio de ellos y de su adoración, las manos del Señor parecen liberarse para actuar y atraer a las personas a sí mismo.

La formación de líderes

A estas alturas la vitalidad de la congregación debería ir en aumento. La gente estará deseosa de servir al Señor sin saber muy bien cómo hacerlo. Creerán que cada cristiano tiene un ministerio pero no discernirán cómo ejercerlo y, en la mayoría de los casos, ni siquiera de qué ministerio se trata. Por medio de la reunión de oración semanal, en la que con su enseñanza estará usted llevando a una mayor profundidad al núcleo de la congregación, pueden

muy bien aprenderse algunos principios generales, pero llegará la hora en la que un pastor debe dar alguna preparación específica a los laicos de la congregación para las diversas áreas de liderazgo a las cuales Dios los está guiando y deberá tomar un curso de capacitación.

Probablemente sea prudente ponerse metas altas y enviar invitaciones personales a los individuos clave de la iglesia, incluyendo a aquellos que tienen algún cargo. Decídase por una noche completa a la semana, quizá con una cena preparada en el medio con objeto de dividir la velada y dar oportunidad para que crezca la comunión. Podría usted convertirla en un cursillo de tres meses, compuesto por doce noches, cada una de las cuales se divida en tres partes.

La primera parte de esa noche consistiría en un período de culto informal, planeado y dirigido por tres o cuatro personas del curso cada semana. También debería haber algún rato dedicado a la oración en voz alta, y un profundo sentido de adoración en los cánticos y en la espera en Dios. La segunda parte de la velada tendría que consistir en un mensaje bien preparado, para el que se provean notas duplicadas o cuyos puntos principales se escriban en el retroproyector. Puesto que dicho curso deberá ser inevitablemente algo general, hay que proveer dentro del mismo ministerio para la mente, el corazón, las rodillas y los pies de los participantes. La cabeza tiene que ser enseñada, el corazón caldeado, las rodillas deben doblarse en oración y adoración, y hay que equipar a los pies para que salgan.

De acuerdo con esto, será útil incluir temas como los siguientes: el ministerio de todos los miembros; las razones de los cristianos para creer; cómo responder a las habituales objeciones a la fe; cómo dirigir un estudio bíblico casero; cómo ayudar a alguien a venir a Cristo; cómo preparar y dar una charla; cómo aprender el arte de escuchar; cómo visitar y ayudar a los que están de duelo, a los maltratados y a los deprimidos; cómo conducir una reunión casera de evangelización ... Y una o dos sesiones sobre el cuerpo de Cristo: la primera para considerar el papel de la familia, los solteros y la familia extensa; y la segunda para estudiar la forma de capacitar a un grupo con el objeto de que funcione bien.

Hay otros temas que deben tratarse, y sería bueno hacerlo después de la comida, dividiendo a los integrantes del curso para esta tercera parte de la velada en «grupos tutoriales» pequeños (es decir, de aproximadamente seis miembros en torno a un líder) en los que permanecerían los tres meses enteros. Estos grupos se ocuparían de desmenuzar las implicaciones prácticas de algunas

de las charlas. Por ejemplo: todos los miembros del grupo tendrán sus propios problemas que airear sobre las razones para creer, así como las objeciones corrientes con las que se encuentran. La vida devocional de los miembros necesitará ser fortalecida; de modo que una o más sesiones del grupo tutorial podrían dedicarse a un período colectivo de lectura bíblica, oración e intercambio. Otra noche el grupo podría practicar entre sí cómo compartir la fe con un indagador interesado. El cuidado del recién convertido ocuparía otra velada más, un ejercicio de escucha atenta otra, etc. Una noche se dedicaría a la expresión práctica del ministerio de cada miembro, otra serviría para ayudar a dichos miembros a descubrir sus dones personales por medio de la percepción de otros individuos del grupo que han llegado a conocerlos y apreciarlos. Y, finalmente, el curso podría terminar con un culto de Comunión y comisión.

Hay otras dos características de un curso así que han demostrado ser valiosas. La primera consiste en incorporar una conferencia de un día completo, algún sábado, mientras dura dicho curso, para abordar en el terreno práctico algunas de las principales doctrinas que los miembros necesitan conocer: la naturaleza del hombre; la razón de la cruz; el hecho y las consecuencias de la resurrección; y la persona, los dones y las gracias del Espíritu Santo.

La segunda consiste en la planificación por parte de cada tutor de una semana fuera, en alguna otra iglesia, adonde pueda llevar consigo a su pequeño equipo y ministrar de la forma que parezca apropiada. Al menos el equipo debería tener la posibilidad de dirigir los cultos del domingo y las escuelas dominicales. Esta clase de actividad requiere bastante planificación, pero es eminentemente provechosa: saca todo el asunto del ámbito teórico y lo lleva al terreno de lo práctico; asusta a los miembros del equipo y les enseña a orar con fervor y a confiar en Dios; une más entre sí a dichos miembros ... Los integrantes de ese equipo dan un verdadero empujón a la iglesia anfitriona y vuelven entusiasmados con lo que han visto hacer a Dios a través de ellos mismos cuando apenas imaginaban que tal cosa fuera ni remotamente posible.

Un curso semejante tendrá inmensas repercusiones en la congregación y seguramente levantará rápidamente líderes que jamás había usted previsto, y dones y ministerios que a nadie se le habían pasado por la mente. Todo ello ayudará a preparar a la iglesia para la siguiente etapa de lo que Dios piensa hacer con ella.

Equipos para compartir la fe

El siguiente paso podría ser reunir a algunos de los que han pasado por su curso de capacitación y tenerlos como una reserva

de la que usted pueda extraer colegas cuando se lo invita a hablar en algún otro sitio. Esto, naturalmente, es posible hacerlo sin contar en absoluto con el respaldo del ministro, y en distintas partes del mundo existen equipos reconocidos de laicos que van a las iglesias, previa petición, para compartir lo que representa para ellos su fe; pero sería mejor hacerlo con el respaldo pleno y el estímulo activo del pastor, ya que de este modo podría coordinarse dentro de la vida continua y en desarrollo de la iglesia y no constituiría solamente un ejemplo de empresa privada.

Esto es algo muy fácil de organizar. Suponga que se le pide que hable en una conferencia o un retiro en alguna ciudad vecina. Usted podría responder que está de acuerdo siempre que lo dejen llevar consigo un equipo. La otra iglesia tal vez se sienta perpleja con la respuesta, pero es improbable que rehúse. De modo que un grupo de ustedes se reúne, planea y ora cómo pueden ser mejor utilizados durante esa visita. Trate de sacarle el mayor partido posible. Pregunte si puede alguno de los suyos cantar o guiar las oraciones en el culto, o tal vez hablar en una reunión de los jóvenes; y ofrezca la posibilidad de representar una pieza breve de teatro durante el servicio religioso o tener un encuentro después del culto en el que algunos de su equipo hablen de la creciente vitalidad que ha estado experimentando su propia congregación.

En resumen, usted convierte algo que iba a ser una tarea solitaria en un acontecimiento de equipo. Y todo el mundo queda encantado. La congregación anfitriona está complacida y asombrada de ver que unos laicos como ellos vienen a compartir la dirección de un culto. Contemplan a un equipo en acción; experimentan el poder que tiene incluso un vacilante testimonio laico acerca de Jesús presentado por un laico. Se sienten realmente ayudados si el equipo funciona bien; y en caso contrario muy bien pueden verse estimulados a reaccionar diciendo: «Creo que nosotros podríamos hacerlo igual de bien.» De cualquier modo usted habrá logrado su objetivo. Su equipo volverá entusiasmado a su propia iglesia, y al domingo siguiente debería concedérsele una breve oportunidad para que se levantara y diera testimonio de lo que Dios ha hecho por medio de ellos. El pastor se verá entonces asediado por gente que le pide ser invitada al siguiente equipo de esa clase.

Pienso en un querido médico amigo mío que era un miembro de iglesia poco comprometido cuando lo conocí. A lo largo de los años, por medio de un compromiso cada vez mayor, cursos de capacitación para laicos y salidas en equipo como ésta, no sólo adquirió confianza para evangelizar sino que ahora dirige esa clase de equipos él mismo con tranquilo aplomo y seguridad. Multiplique

un crecimiento como ese por toda la congregación y obtendrá resultados muy importantes. Una iglesia así estará lista para ir más lejos en el tema de las campañas.

HACIA LA REALIZACIÓN DE UNA CAMPAÑA

Lo que quiero hacer ahora es esbozar algunas formas posibles de organizar una campaña. Los principios me parecen válidos se trate de una campaña en una universidad, un barrio o una ciudad. Espero que lo que viene a continuación sea útil tanto para las organizaciones como para las iglesias que están intentando promover campañas, así como para aquellos que se sienten llamados a dirigir las.

Durante los últimos años he tenido el gozo de participar en cerca de veinte de esas campañas, y en la mayoría de ellas una buena parte de la capacitación, la organización y la preparación ha recaído sobre los hombros de Bruce Gillingham --ahora misionero diocesano de Birmingham-- y Jane Holloway --actualmente coordinadora de evangelización de Regent College, Vancouver, Canadá--, mis colegas. Jane ha preparado algunos apéndices detallados sobre el tema, que aparecen al final de este libro, los que merecen un estudio cuidadoso. El enfoque que yo haré ahora será más impresionista.

Campañas basadas en la iglesia

Es imposible definir cómo debe llevarse a cabo una campaña en una sola iglesia local, porque cada iglesia es diferente: la regla básica consiste en que debe hacerse de un modo que sea adecuado para la iglesia en cuestión.

La Junta para la Misión y la Unidad de la Iglesia Anglicana publicó un documento bastante útil en 1987 titulado *The Measure of Mission* [La medida de la campaña], con diez ejemplos específicos de cómo puede realizarse un esfuerzo de este tipo en distintas partes del país y diferentes sectores de la comunidad. Y la Comisión Episcopal para la Evangelización publicó, ya en 1945 un clásico sobre el tema titulado *Towards the Conversion of England* [Hacia la conversión de Inglaterra], el cual, aunque desgraciadamente nunca se ha llevado a la práctica, está lleno de sabiduría. Así como también están los escritos de Roland Allen, ese magnífico estratega misionero que se adelantó a su tiempo y cuyos libros, como *Missionary Methods: St Paul's or Ours?* [Métodos misioneros: ¿los de San Pablo o los nuestros?], tienen un valor permanente para dejar claros los

principios, a menudo incómodos, de la misión como aparece en el Nuevo Testamento. La Escuela de Iglecrecimiento en el Seminario Fuller, California, nos ha hecho a todos deudores suyos con los escritos de McGavran, Arn, Gibbs y Wagner sobre el tema de cómo crecen las congregaciones. Su experiencia a nivel mundial es enciclopédica. En Inglaterra, Roy Pointer ha hecho un trabajo excelente en esta área desde su puesto en la Sociedad Bíblica, y su libro *How Do Churches Grow?* [¿Cómo crecen las iglesias?] resulta particularmente útil. En comparación con las de estos hombres, las sugerencias que vienen a continuación serán de aficionado. Lo único que puede decirse a favor de ellas es que surgen de un ápice de experiencia.

Preparativos iniciales

Básicamente hay poca diferencia entre una campaña basada en una sola iglesia, hacia la que ahora volvemos nuestra atención, y otra a nivel de localidad, de la que nos ocuparemos un poco más adelante. Ambas dependen de que los creyentes oren e inviten a sus amigos a los acontecimientos. Pero la campaña organizada para una sola iglesia denominacional no tendrá un impacto de la misma magnitud en la comunidad que una empresa que abarca prácticamente a todas las iglesias de la zona: todavía da bastante la impresión de ser una iglesia particular en busca de nuevos adeptos. Esta campaña tiene un valor real, pero limitado; por esa razón yo he llegado a preferir las campañas de toda la localidad en la que toman parte todas las congregaciones. De esta manera se puede llegar a todos los sectores de la sociedad, visitar todas las casas, y la gente puede empezar a tomar nota de lo que las iglesias preparan juntas en su ciudad.

Sin embargo, aquí estamos considerando la campaña basada en una sola iglesia. Lo primero que yo hago cuando se me pide que dirija una campaña así, es orar acerca de ello y luego reunirme con sus líderes. Quiero saber si hay algún goteo permanente (por pequeño que sea) de personas que llegan a la fe en esa congregación, puesto que uno no puede organizar eficazmente una campaña si en la iglesia no está sucediendo ya algo por medio de la evangelización. Primeramente han de darse algunos pasos intermedios como los que he esbozado antes.

Y lo mismo se aplica a las campañas en las universidades. Recuerdo que hace algunos años me pidieron que me hiciese cargo de una de esas campañas, y cuando fui a hablarlo con la gente que estaba al mando quedó claro que ellos, ni habían visto a nadie llegar a la fe durante el último año, ni estaban esperando que tal cosa

sucediera. De modo que les dije que no realizaría una campaña, sino que iría a darles algunas charlas sobre cómo ayudar a otros para que llegasen a creer. Lo hice, y pocas semanas después ya tenían tres nuevos creyentes para gran regocijo suyo. Imagine cómo afectó aquello a su fe y su expectación. Llevaron a cabo la campaña deseada un año más tarde, poco más o menos, aunque debido a otros compromisos yo no tomé parte en ella. Fue muy provechosa ... pero no hubieran sido capaces de organizarla de no haber dado antes ese paso intermedio.

Si hay algunos signos de evangelización por parte de la iglesia, lo siguiente que yo querría saber es por qué han pensado que lo adecuado para ese momento es una campaña. Esta sólo tendrá un valor real si la congregación está ya en marcha y quiere progresar; y la medida de ese deseo no es el entusiasmo del ministro sino el sólido respaldo que éste tenga, en primer lugar, del organismo rector de la iglesia, y luego de la congregación en general. Los visitantes no pueden realizar eficazmente una campaña en sustitución de la iglesia local, sino únicamente ayudar a los cristianos del lugar a cumplir con su propia responsabilidad evangelizadora hacia su vecindario; y si la iglesia no está lista para hacerse cargo de dicha responsabilidad y deseosa de acometerla, entonces una campaña es pura insensatez. No estoy dispuesto a abordar una campaña así a menos que el organismo rector de la iglesia se encuentre prácticamente unánime en cuanto a solicitarla.

Seguidamente, debe usted determinar qué época del año es posible y conveniente para la campaña, y cuánto debería durar. Hay que apartar por lo menos nueve meses para la preparación de un acontecimiento así, y las actividades de la iglesia deberán enfocarse hacia el mismo, aumentando la publicidad y la intensidad a medida que el momento se acerca.

A la iglesia anfitriona deben dejársele muy claros algunos puntos desde el principio de las negociaciones.

Primeramente, que se trata de un trabajo de amor y los visitantes no recibirán ninguna remuneración monetaria, ya que dedicarán gratuitamente su tiempo y su esfuerzo. Pero la iglesia anfitriona deberá brindar hospitalidad y financiar todo el proyecto por medio de su presupuesto, ofrendas especiales y donativos particulares. Esta financiación debería estar terminada antes del comienzo de la campaña. Es sumamente poco recomendable hacer colectas en acontecimientos donde se está enfatizando la gracia de Dios y su don gratuito de Cristo. Una campaña costará bastante dinero. El equipo tendrá que ser hospedado en las casas de los miembros, y aunque tal vez ello no suponga ningún gasto para la iglesia, su

alimentación costará algo, al igual que sus gastos de viaje, la publicidad necesaria y tal vez el alquiler del recinto o del equipo de sonido. Pero desde el punto de vista financiero una campaña de iglesia no resulta cara si se realiza de esta manera; por lo menos en términos económicos. En cambio sí que será costosa en otros sentidos.

En segundo lugar, la iglesia debe empezar a orar regularmente por la campaña. Y no me refiero a hacer oraciones en el culto de los domingos, sino a celebrar reuniones especiales para orar por ella; quiero decir tener desayunos o conciertos de oración (música, canto, oración y silencio sobre una variedad de temas referentes a la campaña). Los tríos de intercesión han demostrado ser particularmente valiosos. Se trata de un recurso sencillo en el que tres amigos cristianos se juntan para orar cada uno por tres amigos suyos cuando la campaña se aproxima. El hecho de convertir en blanco de la oración a aquellos con quienes ya nos unen lazos de afecto y amistad resulta muy eficaz, y conduce generalmente a la conversión de algunas de esas personas antes de que la campaña comience.

En tercer lugar, para un acontecimiento de esta clase se necesita bastante preparación práctica. El Apéndice C muestra cómo puede abordarse dicha preparación y en qué orden, pero que quede claro que todo el mundo tendrá que trabajar mucho, ya que --contrariamente a lo que mucha gente espera-- no será el equipo visitante el que realice la mayor parte de la labor sino los miembros de la iglesia local. Ellos deberían planear el programa con el asesoramiento de los visitantes. Esto resulta natural, puesto que se trata de su localidad, y la campaña debe basarse en sus dones, sus amistades y sus oportunidades para llegar a la comunidad. Y cuanto mejor y más a fondo se realice ese trabajo, tanto más fructífera será la campaña. Para alguien del equipo, el hacerse cargo de una reunión casera en la que existe realmente un lazo de amistad y unas relaciones cultivadas cuidadosamente entre los presentes es una gran alegría: en ella resulta fácil hablar de cosas espirituales, ya que la gente se aprecia y confían unos en otros. En realidad, el mismo anfitrión puede tener un trato tan agradable con sus amigos que sea capaz de hacerles hablar acerca de su propia situación religiosa de la forma más natural. En cierta campaña reciente uno de nosotros estuvo exactamente en esa clase de reunión casera, y durante más de la primera hora los visitantes no tuvieron que decir nada: todo fluyó del liderazgo del dueño de la casa y de la participación animada de las personas presentes. Contraste esto con el anfitrión o la anfitriona nervioso y agobiado por el deber que siente

la obligación de invitar a algunos vecinos en el último momento para tener una reunión casera que registrar. Una gran proporción de los invitados no se presentarán en realidad, y quienes lo hagan se mostrarán renuentes e inquietos; esa reunión no es probable que vaya bien. La diferencia está en el esfuerzo realizado para forjar relaciones durante los meses e incluso los años anteriores, ya que uno siega lo que ha sembrado, y si no se está dispuesto a trabajar en ello será improbable que haya ninguna cosecha.

En cuarto lugar, debe formarse un pequeño comité para supervisar toda la preparación. Generalmente los miembros laicos son más eficaces, pero el respaldo y la promoción activa de la campaña por parte del pastor son verdaderamente muy importantes. El presidente es quien tiene la labor clave. Resulta decisivo contar con alguien que sea profundamente espiritual, ampliamente respetado y capaz de trabajar con el pastor. Ese presidente será también el mayor medio de enlace con el equipo visitante.

Cada miembro del comité debería tener una responsabilidad particular: oración, finanzas, publicidad, capacitación, trabajo con jóvenes, alojamiento, coordinación del programa y seguimiento. Valdría la pena contar con un secretario o una secretaria que se dedique realmente a un trabajo detallado. Desde el comienzo de los preparativos, este comité debe presentar un perfil preciso de la iglesia, a fin de que el equipo visitante cuente con un cuadro lo más exacto posible de las necesidades que hay que abordar.

Preparativos adicionales

La iglesia anfitriona siempre necesita un poco de tiempo para comprender que la campaña no es cosa de un predicador famoso que, como si se tratara de un hombre orquesta, lo lleva todo a cabo en cultos celebrados cada noche en la iglesia. Esa forma anticuada de realizar una campaña tiene aún cierto valor, especialmente en algunos lugares, pero tiende a desaparecer. La gente sencillamente no va a la iglesia a recibir una arenga en estos tiempos. Sin embargo, sí asistirá a una casa, una cena, un club deportivo o su sitio normal de reunión; y es muy probable que no ponga objeciones a alguien del equipo visitante y hable de temas cristianos en un ambiente así. La clave para un trabajo eficaz en las campañas es la diversificación del equipo. En la medida en que usted penetre los diferentes aspectos de la vida de la iglesia y su área circundante, tendrá un impacto eficaz; y esto ha de hacerse en el terreno de la comunidad y no en el de la iglesia.

Hay algunos preparativos muy específicos que realizar por ambas partes a medida que la campaña se acerca. En la iglesia

anfitriona debe tener lugar un compromiso creciente con la oración, una publicidad cada vez más precisa, una selección cuidadosa del alojamiento para los integrantes del equipo, y la planificación de todas las reuniones principales y de sus títulos. Algunos miembros de la congregación han de ofrecerse para organizar un encuentro con varios allegados en un mesón, una casa o un club, tal vez mientras comen o cenan. Debe proporcionarse enseñanza sobre cómo ayudar a un amigo para que llegue a la fe y cómo contar la propia «historia de fe» del modo debido. Mucho dependerá también de lo que venga después de la semana de campaña; por lo tanto es importante capacitar a dos grupos de cristianos de los más sensibles e instruidos que haya: el uno debe ser capaz de dirigir «grupos de descubrimiento» para nuevos creyentes, y el otro de guiar una reunión de indagadores (véase el capítulo 11 de este libro). En el Apéndice A se incluye un posible curso para indagadores.

También los visitantes necesitan hacer muchos preparativos. El director de la campaña deberá rodearse de un equipo en buena parte sacado probablemente de su propia congregación, y soldarlo para formar un grupo amoroso e interdependiente. No todos sus miembros han de tener mucha experiencia o preparación, pero sí una fe personal en Cristo, el deseo de darlo a conocer a otros y el compromiso de dedicar esa semana con entusiasmo a la campaña.

Ese equipo celebrará sesiones de capacitación regulares, cada una de las cuales tendrá por objeto unirlos en el culto, proporcionarles una profunda confianza en el Señor --y los unos con los otros--, examinar los dones de cada uno por parte de los demás, y recibir enseñanza práctica en cuanto a cosas que se demandarán de ellos en la campaña. Todos deberán, en un momento u otro, contar su historia espiritual, de manera que necesitarán ayuda para saber cómo hacerlo. Y todos darán alguna charla, aunque quizás no sepan de qué manera pronunciarla hasta que hayan tenido tanto la instrucción como alguna oportunidad para practicar. A todos se les puede pedir que ayuden a alguien que desea conocer el camino a la fe; así que tendrán que aprender dicho camino con sencillez y confianza. También habrán de contender por la fe entre gente que no crea ni una palabra de ella, de modo que se precisará de alguna exposición básica sobre la apologética cristiana. Todos se encontrarán en situaciones extremas que rebasarán con mucho sus aptitudes y experiencia; así que necesitan ser conscientes del poder y los dones del Espíritu Santo. Y todos igualmente deberán conocer los primeros pasos de la formación espiritual; por lo tanto deberán tener claras las medidas que se habrán tomado en cuanto a los «grupos de descubrimiento» una vez que acabe la campaña.

Además hay todo tipo de cosas prácticas adicionales que necesitan conocer, como, por ejemplo, de qué manera concluir una reunión o qué libros les serán de utilidad. A mí, en las campañas, me resulta de verdadera ayuda contar en todo momento con una tarjeta de observaciones (en el Apéndice B he sugerido su formato). Esta hace posible que al final de una reunión se diga algo como lo siguiente: «Cuando entró usted, se le entregó [o «Ahora recibirá de uno de mis colegas...»] una simple tarjeta. Nos gustaría mucho que la rellenara con su nombre, dirección y número de teléfono, y que nos dijera francamente lo que le ha parecido esta velada, cómo podríamos mejorarla y qué es lo que hemos hecho mal. Y en particular, si usted está considerando seriamente el discipulado cristiano y se halla dispuesto a comprometerse a un curso de ocho semanas sobre cómo iniciar el camino de la fe, marque el recuadro que dice: “Cuenten conmigo”. Por otra parte, si piensa que todavía no está listo pero le gustaría hablar las cosas con alguien, entonces marque aquel otro donde está escrito: “Díganme más”, y nos pondremos en contacto con usted durante los próximos dos días.» Todo esto puede llevarse a cabo sin el más mínimo embarazo, ¡y lo asombroso es que la gente responde!

Algún tiempo antes de la campaña resultará aconsejable que su director y unos pocos de su equipo vayan a realizar una conferencia de un día para la iglesia anfitriona, puesto que habrá cosas que necesiten hablarse y el propio director tendrá que impartir alguna enseñanza a los miembros clave de la congregación, tranquilizar a la gente en cuanto a posibles problemas, y motivar a aquellos que no estén seguros respecto del proyecto en sí. El tiempo así dedicado al fomento de las relaciones y la confianza no es tiempo malgastado: los miembros de la iglesia estarán probablemente mucho más dispuestos a arriesgarse a invitar a sus amigos para que escuchen a un director de campaña visitante si ya han adquirido algo de confianza en él.

Todavía no he mencionado otra parte decisiva de los preparativos que deben llevar a cabo los visitantes: éstos tienen que conseguir práctica, de ser posible, en el uso de las artes para la evangelización, particularmente en las tres áreas principales de la música, el teatro y la danza.

La música es un agente muy eficaz, pero se requiere un uso juicioso de los instrumentos, las canciones y las modalidades musicales, en buena parte animadas, para una campaña. El repertorio debería incluir el mejor material tradicional y moderno.

La utilización del teatro para presentar el Evangelio es muy antigua --piense en los «misterios» de la Edad Media--, y está

reviviendo con fuerza hoy en día. A aquellos que les interese este medio de comunicación les convendría formar un grupo de teatro para usarlo en la iglesia y al aire libre. A medida que el grupo vaya desarrollándose probablemente quiera escribir su propio material, pero en un principio lo mejor que podría hacer sería conseguir permiso para representar piezas breves que ataquen el meollo de la cuestión de un modo divertido y poderoso. Se trata de una ayuda estupenda para la predicación. Yo a menudo utilizo alguna pieza cuidadosamente seleccionada en el transcurso de un mensaje de evangelización.

La danza, por su parte, constituye un instrumento sensible que comunica eficazmente el sentimiento y puede resultar muy útil para dirigir los corazones y las emociones de la congregación hacia Dios. A veces en una campaña su efecto es imponente. Muchas congregaciones no están en absoluto preparadas para este medio, así que si piensa utilizarse habrá que dar una explicación meticulosa de antemano.

Todos los preparativos en estas tres áreas requieren mucho tiempo, coordinación y colaboración estrecha con el orador principal. Hay bastantes cosas que disponer por ambas partes antes que la campaña comience.

La campaña en sí

Pero ... ¿y qué cuando llega la campaña? La semana habrá sido cuidadosamente planeada por el comité local, que habrá acordado todas las cuestiones principales con el equipo visitante. Hay mucho que decir a favor de la celebración de una reunión central la primera noche, de tal manera que se motive nuevamente a la gente de la iglesia a participar de un modo completo en la campaña. La experiencia tiende a demostrar que no es mejor tener reuniones centrales cada noche, las cuales suelen atraer sólo a los miembros de la iglesia y a un reducido grupo marginal. Es mucho más eficaz decidirse por reuniones pequeñas acogidas por los creyentes en sus propias casas, lugares de trabajo, clubes, etc. Y los evangelistas son los integrantes del equipo, quienes van de dos en dos (siempre que sea posible) a estos acontecimientos y se conectan antes cuidadosamente con el anfitrión para saber lo más posible acerca de aquellos que estarán presentes. Estos evangelistas llegan con bastante tiempo y armados de la literatura apropiada para vender o regalar.

Si la reunión es en una casa, alguien del equipo hablará durante unos pocos minutos después del refrigerio, mientras que los otros pueden decir algunas palabras acerca de la diferencia que Cristo

ha supuesto para su vida diaria. El encuentro podría luego abrirse a las preguntas, y por lo general será difícil acabarlo a la hora prevista. Hay todo tipo de objeciones y distracciones que se plantean, y parte de la habilidad de los miembros del equipo consiste en manejar estas cosas lo mejor que pueden. Por último, uno de éstos debería terminar con un breve resumen de la velada y una explicación afectuosa y natural de cómo llegar a la fe en Cristo.

Luego podrían utilizarse las tarjetas de observaciones si resulta apropiado. Yo he llegado a convencerme del valor que éstas tienen, aunque antes me sentía muy receloso de ellas. Si se introducen de un modo relajado y todos son invitados a rellenarlas, dichas tarjetas no causan ninguna incomodidad; y aquellos que han sido tocados por la charla, y desean llevarla más lejos, pueden marcar el recuadro «Cuenten conmigo» y así unirse al «grupo de descubrimiento» sin atraer ninguna atención ingrata. Estas tarjetas llegan a ser muy valiosas, ya que constituyen la única forma tangible de evaluar la respuesta, y los miembros del equipo deben recogerlas y entregarlas a diario en sus reuniones internas.

Preferiblemente esas reuniones diarias de todo el equipo tendrán lugar por la mañana. Para que dicho equipo sea de alguna utilidad durante el resto de la jornada ministrando a otros, sus miembros deben ser alimentados por Dios y alentarse mutuamente más temprano ese mismo día. Un buen planteamiento podría consistir en que los dirigentes del equipo se reunieran con el pastor anfitrión y sus colegas más allegados todas las mañanas a las ocho para compartir noticias, repasar cómo está transcurriendo la campaña, y estudiar los planes para la jornada. Esto iría seguido de una reunión de todo el equipo para dar culto a Dios, orar, recibir enseñanza, compartir noticias, alentarse mutuamente y planificar. Durante ese período pueden tratarse todos los detalles administrativos, y luego el equipo se esparcirá para asistir a los almuerzos de evangelización, realizar la visitación de la tarde, etc.

Otros miembros del equipo tomarán parte en los acontecimientos juveniles que se hayan planeado. Diré más cosas acerca de éstos posteriormente, pero es crucial recordar la importancia que tiene la juventud. Las estadísticas demuestran que, con mucho, la mayor proporción de conversiones ocurre antes de los veinticinco años de edad. La evangelización que no se especializa en los jóvenes, a la larga, cosecha el fracaso.

Es muy probable que el orador principal en las reuniones centrales sea el director de la campaña, ayudado por los músicos y actores de teatro. El programa debería ser variado y notablemente distinto de un culto normal de la iglesia. Tendría que emplearse el testimonio, y a menudo resultará útil que alguien conteste alguna

de las objeciones corrientes que se le hacen al cristianismo. En la última velada, la cual atrae invariablemente a gran cantidad de personas, debería haber también un estupendo rato de celebración. Y entre la reunión central de la primera noche y aquella de la velada final, tal vez sea sensato incluir otra más o tal vez no. Quizá se emplea mejor al director de campaña en encuentros más pequeños y sectoriales celebrados en terreno neutral, como un restaurante o un club. Dichos encuentros podrían ser para colegas y amigos, por ejemplo, de algún hombre de negocios u abogado de la congregación: gente que probablemente jamás asistiría a una reunión masiva.

Además hay que explotar al máximo los cultos del domingo. En una campaña de iglesia local existen muy buenas razones para lanzar el principal desafío de evangelización el domingo por la mañana, cuando es de esperar que habrá muchos visitantes a causa del impacto de los días anteriores. Un reto a comprometerse, seguido de la invitación a incorporarse a un «grupo de descubrimiento», resulta a menudo muy fructífero en esta coyuntura. Y en la última noche puede ser apropiado celebrar un culto de comunión, pero que incluya elementos poco habituales tales como el testimonio, la alabanza exultante, la oportunidad de que la gente exprese lo que les ha significado la semana, y la oración en grupos pequeños por toda la iglesia en vez de dirigirla desde el frente; todo ello seguido del ministerio personal para aquellos que lo deseen. El tema debería mirar hacia el futuro, concentrarse en el seguir con Cristo y reiterar el desafío a incorporarse a los «grupos de descubrimiento». Si se esparcen abundantes tarjetas de observaciones por los asientos del templo es probable que la gente rellene muchas de ellas, y a la iglesia le quedará un trabajo importante de formación de los recién convertidos y la continuación, tal vez por medio de los «grupos de indagadores», del ministerio hacia aquellos que están «casi persuadidos».

Una campaña como esta contribuirá mucho a estimular a los cristianos; inyectará nueva vida en las estructuras de la iglesia; mostrará lo que puede hacer un equipo, como cuerpo de Cristo, en contraste con un solo individuo talentoso; atraerá a Jesús a mucha gente; hará pensar a bastantes otros; y elevará la expectación de los creyentes en cuanto a que el Dios que tan poderosamente actuó durante la campaña seguirá con ellos en el futuro bajo circunstancias de una actividad menos frenética.

La fase siguiente

¿Qué hacer después de una campaña de iglesia local? Bueno, una campaña así implica sólo una congregación representante de

una única confesión cristiana ... Obviamente lo ideal sería que toda la localidad o ciudad sea alcanzada con el Evangelio en vez de una iglesia sola. ¿Es eso factible?

Sí que lo es, pero no sin mucha preparación amorosa. La mayoría de las congregaciones pertenecerán al consejo local de iglesias, y sus ministros a alguna fraternidad de pastores u otra asociación ministerial que se junte una vez al mes para discutir asuntos de interés común. En ocasiones hay una comunión profunda en dichas fraternidades, y muchas otras veces no la hay; en algunos casos existe un verdadero deseo de colaboración entre la mayor parte de la iglesia en una localidad, y con frecuencia no es así. No saben quiénes son los miembros de las otras congregaciones; de modo que podría haber un número considerable de cristianos que vivan en el mismo edificio de departamentos o en la misma calle, sin que ninguno de ellos sea consciente de esto. Las iglesias tienden a meterse en sus asuntos, y la cantidad de ministerio y de cultos ecuménicos es por lo general pequeña y se limita habitualmente a algunos proyectos de bienestar moral y al culto compartido ocasionalmente (al que no asisten muchos miembros de las iglesias integrantes a menos que se celebre en su propio edificio). No se puede organizar una campaña eficaz para toda la ciudad sobre una base como esta.

Por lo tanto, para que pueda llevarse a cabo algo realmente corporativo en una localidad, habrá que dar varios pasos. El primero de ellos consiste en discernir si existe algún anhelo auténtico en esa ciudad de una presentación conjunta del cristianismo novotestamentario libre del sesgo denominacional. Una cosa así puede ser más deseada por los creyentes que por los ministros. Sin embargo, a menos que esté presente dicho anhelo, tal campaña no resultará eficaz.

E incluso si se tiene el anhelo en cuestión, las iglesias están por lo general demasiado separadas para confiar unas en otras y trabajar juntas. De manera que un buen paso siguiente es ofrecer la misma clase de curso de capacitación de liderazgo esbozado con anterioridad, esta vez no para una iglesia particular, sino para toda la ciudad, utilizando como tutores a los dirigentes --ordenados y laicos-- de las diferentes congregaciones. Esto tiene un gran efecto de unidad, además de su valor educativo. Conozco una iglesia que empezó organizando su propio curso para la capacitación del liderazgo y no mucho después estaba participando en la promoción de dicho curso entre muchas iglesias de toda la ciudad y de fuera de ella.

Además de los cursos de capacitación unidos, el siguiente escalón hacia una campaña para toda la ciudad es a menudo una

serie de celebraciones conjuntas. Entre las posibilidades está la de desfilar el día de Viernes Santo, en procesión unida, a través de la localidad; otra es la de juntarse para una celebración de Pentecostés al aire libre seguida de un culto interdenominacional con un orador devocional de la iglesia más grande de la ciudad. La sola planificación de un culto así y la preparación de la gente para aconsejar a aquellos que se acerquen luego pidiendo oración es un acto magníficamente unitivo; lo mismo puede decirse de la creciente comunión que se da en la fraternidad de ministros cuando los pastores y líderes trazan planes para esas empresas comunes y oran por ellas. El Adviento supone otro período bueno para tener una celebración conjunta: después de todo es el comienzo del año eclesiástico, y sin embargo no hay ninguna fiesta importante en la mayoría de las denominaciones. El ocupar la iglesia más grande de la ciudad o un cine para una velada de «Alabanza de Adviento» sería un paso concreto hacia una campaña para toda la ciudad.

Y esa clase de campañas son de incalculable valor: trascienden los intereses sectoriales; hacen que los cristianos de diferentes denominaciones se conozcan, confíen unos en otros y colaboren entre sí; demuestran a los inconversos que las cosas que dividen a los cristianos son triviales en comparación con aquellas que los unen; dan mucha más fuerza para solicitar cosas de las autoridades locales; tienen mucho más peso que el que pueda conseguir una iglesia por sí sola ... Y a estas alturas un proyecto así se ha hecho factible, mientras que antes de que esa acción conjunta se llevase a cabo no habría despegado.

La campaña para toda la ciudad

Importancia

Mientras escribo miro hacia atrás a las dos campañas para toda una ciudad llevadas a cabo en los seis meses pasados y doy gracias a Dios por ellas. En una de dichas campañas tuvimos un equipo de más de cien personas, y en otra menor uno de cincuenta. Usted debería haber visto el gozo reflejado en el rostro de los participantes al volver de allí. Habían contemplado a Dios obrar. Y tendría que haber observado también las lágrimas de los cristianos locales cuando se despedían de nosotros. Después de sólo una semana nos habíamos hecho amigos rápidamente, con esa profundidad de relación que se encuentra de la manera más honda entre cristianos entregados a los negocios de su Maestro. Esas habían sido oportunidades de lo más sugestivas y emocionantes, en las que trabajamos con iglesias de todo el espectro denominacional, desde

católicos hasta pentecostales. El ecumenismo se había hecho realidad por medio de la campaña.

Hoy ha llegado a mi mesa, mientras escribía, la revista *Update*, de Africa Enterprise. Se trata de una extraordinaria organización de evangelización que combina a negros y blancos del sur y el este de Africa, bajo el doble liderazgo del obispo Chitemo, de Tanzania, y Michael Cassidy, de Sudáfrica. Actualmente van a llevar a cabo juntos una campaña en la capital de Tanzania, bajo el lema «Lusaka vuelve a Dios». Este proyecto ha tenido una preparación sumamente meticulosa. La primera semana se concentrará en los círculos dirigentes de la capital, Lusaka, y la segunda en el resto de los sectores de la ciudad. El presidente de Zambia, Dr. Kenneth Kaunda, está detrás del proyecto, y él mismo se ha encargado de patrocinar un desayuno de oración presidencial para los altos funcionarios de la ciudad. El equipo de la campaña en sí procede del África oriental y Sudáfrica, y está dirigido por un obispo negro y un laico blanco. ¡Qué maravillosa encarnación del Evangelio de Cristo! ¡Qué testimonio vivo de su poder para salvar y unir!

Y campañas como esta están teniendo lugar por todo el mundo. Pienso en un obispo tanzano que se dedica a capacitar equipos para que vayan a los pueblos con las buenas nuevas de Cristo, y luego visita dichos pueblos a fin de animar, guiar y alimentar a aquellos que llegan a la fe. Solamente en nuestro cínico y paramnésico mundo occidental esas campañas se ven con ojos displicentes; pero si integran prácticamente a todas las iglesias y abarcan la ciudad entera, llegan a producir un impacto considerable. La publicidad causa impresión, y también el testimonio al aire libre. Lo mismo sucede con las invitaciones por parte de laicos a un sinnúmero de reuniones caseras y de profesionales. Las marchas callejeras integradas por creyentes de todas las denominaciones, alabando a Dios con música y pancartas, asombran a aquellos que suelen identificar a los cristianos con edificios lóbregos y que nunca los han visto saltar a las calles llenos de alegría. La utilización de las emisoras de radio y de televisión locales garantizan que todo el mundo sepa lo que está sucediendo. Tal vez la gente quiera asistir a un gran debate, una reunión pública multitudinaria al aire libre, un concierto o un encuentro en casa de algún amigo. Hay una inmensa variedad de opciones, y se cuenta con toda la autenticidad de una campaña unida organizada conjuntamente por la totalidad de las iglesias.

Planificación y preparación

La planificación y la preparación de una campaña así son esencialmente iguales a las que requieren las campañas de

evangelización para una sola iglesia local, aunque son más exigentes. Se necesita mucho más tiempo (por lo menos dieciocho meses) para organizar el apoyo pormenorizado de cada congregación participante. Hace falta ser muy persuasivo para conseguir que iglesias tan diferentes como, por ejemplo, la bautista y la católica trabajen juntas. Además, es bastante improbable que los católicos y los anglicanos den un respaldo generalizado a la campaña a menos que sus jerarquías la apoyen. De manera que hay que trabajar en ello. Las tensiones mutuas entre los ministros deben resolverse, y es necesario adquirir el mismo hábito de pensar en la ciudad como un todo y desde el punto de vista corporativo en vez de bajo la óptica de su propia iglesia individual. Y esa es una lección difícil de aprender. La planificación resulta mucho más dura por cuanto se está trabajando con toda una diversidad de estilos de liderazgo y de organismos rectores. ¡Pero vale la pena todo el jaleo!

Este no es el lugar para entrar en detalles acerca de los preparativos para una campaña que abarque toda la ciudad: eso se trata en el Apéndice C. Pero los principios, como ya hemos visto son muy parecidos a los de las campañas de una iglesia local. El primer requisito es que haya unidad, confianza y compromiso entre las congregaciones participantes. Así que el director de la campaña tendrá que dedicarles tiempo y ganarse su confianza, tendrá que convencerlas del valor de trabajar en equipo, y, si es una persona prudente, no accederá a participar a menos que se obtenga un apoyo casi completo de las iglesias de esa localidad. Naturalmente que dicho apoyo variará en cuanto al entusiasmo, pero a menos que se extienda algo parecido a una invitación unánime, el impacto del planteamiento unido por Cristo para la ciudad se verá mermado. Todo esto necesitará tiempo, amor y oración, al igual que un compromiso claro, desde bien temprano, por parte de las iglesias implicadas en cuanto a unirse a la campaña. El equipo de evangelización necesita saber con quién está tratando y --como en el caso de las campañas de una iglesia local-- es crucial no confiar solamente en las voces alentadoras de los pastores. Debe exigirse de éstos que vuelvan a los órganos rectores de sus iglesias y consigan un respaldo sustancial para la campaña. A menos que los miembros y los pastores estén juntos en el proyecto, la campaña no dará resultado. Y aquellas iglesias locales que inviertan mucho o poco en el proyecto obtendrán inevitablemente muy buenos o escasos resultados, respectivamente.

Cada iglesia participante no sólo deberá comprometerse a participar en la campaña, sino que también deberá estar dispuesta a colaborar en la recaudación de los fondos necesarios para realizarla.

Dichos fondos son exactamente para lo mismo que en una campaña de iglesia local: el equipo no recibe nada, pero se necesita dinero para viajes, comida, publicidad, alquiler de salones y bastantes gastos imprevistos tales como facturas telefónicas onerosas. Las iglesias de la localidad deben acordar la recaudación de esos fondos; después de todo se trata de su campaña, con la que cooperan los visitantes. Y al invertir dinero en ella es más probable que sean sus dueños.

Una vez que la suerte esté echada deberá formarse inmediatamente un comité bajo la dirección de un buen presidente. Debería escogerse a la gente que servirá en dicho comité, no en virtud de su denominación, sino por sus dones para el trabajo que hay que realizar. Cada área de responsabilidad estará a cargo de una persona del comité, la cual nombrará a otros con talentos en dicha área. De esta manera el trabajo puede repartirse sin que nadie resulte sobrecargado. El responsable sabe lo que está sucediendo en su departamento, y le es posible representarlo en las reuniones del comité. En los apéndices del final del libro pueden encontrarse más detalles sobre cómo organizar una campaña de esta clase para toda la ciudad, así como un bosquejo de la sucesión de acontecimientos que hay que planificar. La capacitación es esencial tanto para los visitantes como para los anfitriones, y resulta útil dedicar un día, seis meses antes de que tenga lugar la campaña, a un encuentro de su director con todo el ministerio de las iglesias que la respaldan. Seguidamente vendrá un fin de semana de capacitación para los laicos de las distintas congregaciones participantes, que abarcará el viernes por la noche y el sábado, culminando con una reunión pública al aire libre la tarde del segundo día. Eso les dará una idea de qué es lo que deben esperar cuando llegue la campaña.

Como en el caso de las campañas de una iglesia local, el programa es una mezcla de algunas reuniones centrales con una multitud de encuentros en casas particulares y hospitales, oficinas y clubes deportivos. Pero puesto que cada una de las congregaciones participantes elabora su propio programa, y decide dónde puede emplearse mejor a los miembros del equipo, la coordinación resulta mucho más difícil que en las campañas de una iglesia local. Alguien debe estar a cargo de dicha coordinación y mantenerse en contacto constante con el director de la campaña (¡o con quienquiera que lo organice a él!). Depende del comité decidir cuántas reuniones centrales debería haber y dónde puede utilizarse más estratégicamente al equipo y a su principal orador (u oradores) a lo largo de la semana. Ellos son los responsables de subrayar la importancia de la oración y de procurar que se le dé una prioridad alta en los preparativos de la campaña. Un libro como *This Present Darkness*

[Esta actual oscuridad], de Frank Peretti, abriría los ojos de muchos a la realidad del conflicto espiritual que despierta una campaña, y a la importancia decisiva de la oración si es que se quiere conseguir algo.

Naturalmente, cuando se está actuando a nivel de toda una ciudad, algunas cosas resultan mucho más fáciles. Se hace mucho más sencillo organizar acontecimientos para diversos sectores de la colectividad que tengan mucho en común, como los jueces, los atletas, los médicos o las autoridades civiles. También es más fácil obtener el permiso para la utilización de centros comerciales o para cortar el tráfico en el caso de una marcha de alabanza.

El trabajo con jóvenes

Otra cosa que resulta mucho más fácil de organizar en esta clase de campañas es un ministerio eficaz entre la juventud. Muchas iglesias no tienen grupos juveniles florecientes, y algunas de ellas no cuentan con ninguno en absoluto. Pero una campaña proporciona la oportunidad ideal para reunir a todos los líderes de jóvenes de una localidad y hacer que colaboren entre sí. Tal vez no lo hayan hecho nunca, y sea algo que requiera tiempo y paciencia; sin embargo, cabe esperar que para cuando comience la campaña habrán llegado a apreciar el valor de un planteamiento coordinado y cooperativo hacia la juventud de la ciudad.

Quizá esos líderes juveniles decidan hacerse cargo de un viejo local comercial y convertirlo en un lugar de encuentro para la juventud, celebrando allí actividades a diario después de las horas de clase y por la noche. O tal vez determinen traer a un cantante cristiano del máximo nivel (y si el proyecto es para toda la ciudad pueden permitirse uno), el cual podría pasar la semana cantando en los centros de enseñanza, realizando conciertos durante la hora del almuerzo y veladas juveniles. La música es un vehículo excelente para el Evangelio, de manera que ponga a varios del equipo a trabajar con ese cantante porque el impacto entre la juventud será grande. Pero también puede resultar efímero, de modo que hay que tomar precauciones especiales contra las falsas profesiones de entrega a Cristo basadas en el culto a la personalidad.

Puede ponerse en marcha un «coffee-bar» y centro de reunión, que deberá girar en torno a un grupo de jóvenes cuyo corazón haya sido inflamado por Cristo y que sientan un gran entusiasmo por compartirlo con sus amigos. Esto no sucede de la noche a la mañana, ni puede fabricarse; y que los propios jóvenes estén encargados de ese lugar es fundamental para un ministerio así. Hay que dejarles que decidan los posibles lugares para poner el «coffee-bar».

Permítales planear el modo de organizarlo, ayude a preparar el sitio, instalar la iluminación, etc. El programa debería ser variado. Hable con algunos de los jóvenes cristianos sobre un tema y luego mezcle dicho tema con una canción actual afín. La música es de vital importancia. Los vídeos también tienen su sitio; al igual que las mesas redondas sobre cuestiones tales como el sexo, los padres y quién es Jesús. Un trabajo realizado con amor, imaginación y flexibilidad en esa clase de entorno puede ser tremendamente útil para atraer a Cristo a los amigos de los adolescentes cristianos.

Al comienzo de una campaña reciente celebrada en el oeste del Canadá, el equipo de evangelización alquiló un *ferry* del gobierno y llevó a ochocientos jóvenes a dar la vuelta a las Islas del Golfo, poniendo así una magnífica base para las otras actividades juveniles programadas a lo largo del resto de la semana.

Sería provechoso que esos acontecimientos compartidos durante la campaña originaran una actividad conjunta similar en el futuro. Los jóvenes no tienen inclinaciones denominacionales, y les preocupan más sus amigos que sus pastores. Es muy importante no permitir que la rivalidad entre denominaciones obstaculice un trabajo eficaz para con la juventud. En una localidad canadiense fui recibido por más de cien jóvenes, y me sorprendió que una iglesia de allí pudiera tener tantos. La respuesta estaba en que ninguna iglesia los tenía; pero los líderes anglicano, pentecostal y bautista juntaban a sus adolescentes cada domingo por la noche y se reunían por turno en las diferentes iglesias. Aquellos jóvenes crecerán primero como cristianos y en un lugar muy secundario como bautistas, anglicanos y pentecostales.

Ministros

En una campaña para toda la ciudad como esta es muy importante mostrar interés por los pastores y ministros. Ellos han contribuido mucho a preparar esa semana, y necesitan aliento. Debería apartarse algún momento durante la campaña para tener una reunión especial con los ministros, aprender de los errores y de los éxitos, tratar los problemas, y considerar qué piensan hacer después de la campaña.

A menudo las esposas de los ministros son descuidadas por causa del trabajo de la iglesia, y bajo la superficie muy bien puede hervir el resentimiento. Los pastores mismos tal vez se encuentren al borde de la extenuación. Todo esto es susceptible de proporcionar oportunidades para el consejo personal durante el transcurso de la campaña. Y aunque posiblemente esos pastores no quieran abrirse a otro ministro de su ciudad, resulta muy distinto cuando un líder

de campaña llega a su área. Hay bastantes posibilidades de que lo escojan como confidente; y lo que se hace en la privacidad de algunas de esas conversaciones puede llegar a ser muy importante para la vida continuada de iglesias enteras de la localidad, gracias a la nueva vitalidad que aparece en el hogar del pastor.

Otra cuestión que debe tratarse con los ministros, tanto en las fases iniciales de planificación como una segunda vez mientras se desarrolla la campaña, es el manejo de los nombres. Todos los nombres de personas a las que se ha ayudado durante la campaña en cuestión deberán ser entregados poco después de que finalice a cualquier ministro con el que tengan algún vínculo. Luego dependerá de dicho ministro el visitar a esa gente y fortalecer los lazos de la iglesia con ellos. Pero más delicada es la cuestión de los «grupos de descubrimiento». Algunos ministros quieren dirigir sus propios grupos para nuevos creyentes e indagadores. Aunque esa es una opción posible, está lejos de ser la ideal. Por una parte, el recién convertido tal vez no esté vinculado todavía a ninguna iglesia y, por otra, las congregaciones débiles difícilmente se encontrarán en posición de tener grupos eficaces: necesitan la ayuda y la experiencia de los dirigentes de iglesias más fuertes. Además, si los grupos se gestionan de manera interdenominacional durante esas ocho semanas, usted estará ofreciendo una segunda posibilidad para la iglesia local en cuanto al inicio de la formación. Una iglesia particular puede (o no) ser apropiada para el nuevo creyente, pero de todos modos el «grupo de descubrimiento» está expresamente pensado para él y debería satisfacer adecuadamente sus primeras necesidades y luchas. Al cabo de las ocho semanas, la persona tendría que estar en una excelente posición para participar más estrechamente en la iglesia local y hacer una verdadera contribución a ésta. Pero hay que tratar delicadamente esta manera de actuación delicadamente con los ministros y tranquilizarlos al respecto.

Formación

Resulta difícil enfatizar demasiado la importancia del seguimiento en una campaña como esta. Los nuevos creyentes quedan en una posición muy vulnerable y necesitan un cuidado inmediato, adecuado y sensible. Esto es todavía más difícil de garantizar cuando esas personas han sido alcanzadas mediante una campaña para toda la ciudad. Con demasiada facilidad algunos nombres pueden caerse por las grietas que incluso la organización mejor gestionada tiene.

Hay que hacer que todos los miembros del equipo, así como cualquier cristiano local que aconseje en los hogares o en las

reuniones principales, comprenda lo esenciales que resultan las tarjetas de observaciones o de respuesta para que siga lo que ha comenzado en la persona. Todas esas tarjetas deberían entregarse a un coordinador central, una vez que hayan sido debidamente rellenas. Este es un trabajo de la más alta responsabilidad, y necesita estar en manos de alguien con gran sensibilidad espiritual y serena capacidad organizativa, ya que ese coordinador central es básicamente el encargado de seleccionar los nombres y de distribuirlos en los grupos. Al final de la semana de campaña podrá verse en qué horas y días se concentran las preferencias para los «grupos de descubrimiento», así como en qué partes de la ciudad es más numerosa la respuesta. Entonces esos grupos pueden organizarse en consonancia con esto. A aquellos que hayan relleno tarjetas de respuesta se les pedirá que den una primera y una segunda opciones respecto a cuándo podrían estar disponibles para asistir a un grupo. Tal vez sencillamente no sea posible concederles a todos su primera opción. Esto dependerá de varias consideraciones, tales como la combinación de varones y mujeres, viejos y jóvenes, en un determinado grupo, por no mencionar los factores geográficos y la idoneidad de los líderes particulares para los miembros que se consideran. Pero a la mañana siguiente de haber concluido la campaña debería ser posible decidir dónde puede colocarse a cada persona que se haya anotado, y transmitir por teléfono la lista de nombres al líder de cada «grupo de descubrimiento». Hasta ese momento, naturalmente, todos habrán estado sobre ascuas. Se los ha capacitado para dirigir un grupo, pero no han tenido ningún miembro ni la seguridad de contar con él. Hasta que la campaña haya terminado no puede asignárseles nadie. Ahora, con los nombres y números de teléfono en sus manos, el equipo de liderazgo de cada «grupo de descubrimiento» tiene la posibilidad de visitar a todos sus miembros antes de la primera reunión del grupo, que se celebrará esa misma semana.

A mí me gusta pasar un rato con todos los líderes de dichos «grupos de descubrimiento» en la última tarde de una campaña, que por lo general corresponde a un domingo. Ellos son los «subpastores» encargados de velar por esos nuevos corderos del rebaño de Cristo, así como por aquellos que están luchando por nacer, y necesitan toda la ayuda y todo el estímulo que puedan dárseles. En sus manos estará una buena parte del fruto a corto plazo de la campaña. Por lo tanto, yo trato de inculcarles la importancia que tiene entrar inmediatamente en contacto con aquellos que se les ha asignado, la necesidad de realizar entrevistas personales además de reuniones de grupo, y lo delicado que es el momento del traspaso de los miembros al final. Seguro que descubrirán que algunos que

se habían anotado para el día y la hora del «grupo de descubrimiento» después de todo no pueden asistir. Esos nombres deberán pasarse inmediatamente al coordinador central para que se los asigne a otro grupo cuya hora les sea factible y no pierdan esa primera reunión decisiva.

La última noche de una campaña así es siempre un momento de regocijo, y en ella suelen obtenerse muchos nombres para los «grupos de descubrimiento» y los «grupos de indagadores»: la gente tal vez haya estado vacilando durante algunos días, pero en esa última noche decide entregarse a Cristo. Por lo general el edificio está abarrotado, y la reunión combina un desafío final al compromiso con la ayuda para seguir adelante en la vida cristiana. También da la oportunidad a aquellos que han sido bendecidos durante la semana para levantarse y testificar de ello. La alabanza es un rasgo destacado de esa velada, al igual que la comisión de todos los ministros locales a su futuro servicio conjunto en la ciudad. Estos se habrán acercado más que nunca antes los unos a los otros gracias a la campaña, lo que constituye un gran beneficio que no debe perderse. Después de haber gustado el fruto de la unidad en la misión, no es probable que quieran volver a nada parecido al separatismo. Los lazos se han hecho demasiado fuertes para ello. Pero es necesario alimentar ese nuevo compañerismo más profundo mediante una acción conjunta, la oración unida y ocasionales celebraciones en común. Esas cosas se contarán entre las bendiciones a largo plazo de una campaña para toda la ciudad.

Dios el evangelista

Vivimos en una era pragmática y tenemos la tendencia a pensar, sobre todo si residimos en Norteamérica, que podemos resolver cualquier problema que se nos presente. Arreglaremos el sida y la cuestión del medio ambiente del mismo modo que hemos superado los problemas que había para los viajes espaciales. Y casi de un modo inconsciente solemos dar por sentado esto mismo con respecto a la evangelización: tenemos el mensaje, las personas, la metodología, el dinero ... ¡vayamos pues!

Pero las cosas no son así: Dios no dará a otro su gloria, y el pragmatismo de tanta evangelización moderna supone un insulto al Todopoderoso. El no necesita nuestras campañas publicitarias, nuestros folletos ni nuestros llamamientos. Puede que en su gracia los emplee de vez en cuando, pero estamos hablando del Dios Omnipotente. La evangelización es, por encima de todo, su obra: él amó tanto al mundo que se convirtió en el primer evangelista; y hay tres áreas especiales en las que se hace más patente el misterio de su operación (y sólo de la suya): la soberanía de su elección, la autoridad de sus Escrituras y el poder de su Espíritu.

LA SOBERANÍA DE DIOS

Cuando se habla de la evangelización es bastante corriente encontrar una de estas dos actitudes, que son tan antiguas como Arminio y Calvino. La primera afirma: «Esta tarde hemos ganado a diecisiete personas para Cristo.» Y la otra está contenida en aquella famosa respuesta de un diácono bautista a la preocupación de William Carey por evangelizar a los paganos: «Joven, siéntese ...

Cuando Dios quiera convertir a los paganos lo hará sin su ayuda o sin la mía.»

El mundo cristiano está tristemente dividido sobre esta cuestión: los calvinistas subrayan la soberanía de Dios en la salvación, y suelen ser quietistas; los arminianos, por su parte, enfatizan la responsabilidad humana, y tienden a ser activistas.

Una mirada imparcial a la Biblia demuestra que hay verdad en ambas posturas. La salvación viene sólo de Dios; él la ideó; él la reveló; él la compró a un precio inmenso en la cruz; él la aplica por su Espíritu al corazón humano ... Eso es fundamental. Por otra parte, Dios no impone su voluntad a sus criaturas: esa es la incomparable gloria de nuestra humanidad. Nosotros podemos escoger. A lo largo de toda la Escritura vemos a hombres y mujeres ejerciendo ese derecho, a veces a favor de Dios y otras en su contra. Contemplamos a los profetas suplicando a un pueblo obstinado en el nombre del Señor que los ama. Vemos el desafío que Jesús lanza a las voluntades de los hombres. Observamos el llamamiento insistente al arrepentimiento y a la fe en el libro de los Hechos, e implícitamente en las epístolas del Nuevo Testamento. Naturalmente que los hombres y las mujeres no pueden arrepentirse y creer a menos que Dios se los conceda; pero tampoco somos capaces de hacer nada sin la habilidad y la vida que sólo él nos proporciona. Sin embargo tenemos la obligación de darle la respuesta que él hace posible. En la evangelización hay un elemento tanto divino como humano.

Existe un dicho particular de Jesús que expresa esta paradoja de un modo muy claro: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí» (Jn. 6.37). No se puede explicar la elección divina con más nitidez. Sin embargo, ese versículo sigue diciendo: «Y al que a mí viene, no le echo fuera.» Eso se refiere muy directamente a la decisión humana de venir o no venir. Yo a veces me imagino la salvación como un jardín tapiado, al que se entra por una puerta en cuya parte externa está escrito con letras bien visibles: «Al que a mí viene, no le echo fuera.» Entro en dicho jardín y me maravillo de su belleza y fertilidad, tan insospechadas para mí hasta entonces, tan escondidas detrás de sus altos muros. Y ahora que estoy en el interior empiezo a recrearme en sus delicias y responsabilidades. Luego vuelvo la mirada hacia la puerta por donde he entrado y veo escrito de este lado: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.» Entonces reconozco que mucho antes de que yo eligiera a Cristo, él me había elegido a mí. No puedo siquiera empezar a entender por qué tuvo que concederme a mí su amor y llamarme, pero comprendo que lo hizo y que esa elección divina es más importante que mi frágil respuesta

humana: constituye la base sobre la cual la respuesta que yo doy puede siquiera producirse, es mi seguridad final. Estos dos elementos no son incompatibles, sino profundamente coherentes. Nadie ha resuelto nunca el problema intelectual de la elección y el libre albedrío, pero todos hemos gustado ambos platos en esta comida divina de la salvación. El célebre teólogo anglicano de Cambridge, Charles Simeon, reflexionando sobre este asunto declaró: «La verdad no está ni en un extremo ni en el otro, ni tampoco en un punto intermedio entre ambos, sino en sostener ambos extremos al mismo tiempo.» El aconsejaba a los evangelistas que fueran calvinistas en sus oraciones y arminianos en su predicación. El evangelista está llamado a orar como si todo dependiera de Dios, y a predicar como si todo tuviera que hacerlo él mismo. Yo, por lo menos, intento constantemente ser calvinista cuando estoy de rodillas y arminiano desde el púlpito. Esa me parece una actitud correcta delante del gran Dios que se digna a utilizarme como mensajero.

Però en nuestra cultura occidental no es necesario animar a los evangelistas a que prediquen como si todo dependiese de ellos. ¡Eso ya lo hacen! Hay que recordarles, *sin embargo*, el misterio de la actuación divina en la salvación, y el hecho de que los seres humanos nunca podremos entender dicho misterio. Los profetas sabían esto muy bien. Medite sobre el siguiente «canto del Siervo» de Isaías (Is. 49.1-6, 8-9), donde se hallan muy íntimamente entretreídos los dos elementos de la elección y la libre respuesta:

Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria. Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano; y me puso por saeta bruñida, me guardó en su aljaba; y me dijo: Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré. Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios.

Ahora pues, dice Jehová, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel (porque estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza); dice: Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz a las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra.

¿Y cómo se hará esto?

Así dijo Jehová: En tiempo aceptable te oí, y en el día de salvación te ayudé; y te guardaré, y te daré por pacto al pueblo ... para que digas a los presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Mostraos.

Y encontramos el mismo equilibrio en Isaías 45.18-25, y más claramente en Isaías 43.11-12: «Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. Yo anuncié, y salvé, e hice oír, y no hubo entre vosotros dios ajeno. Vosotros, pues, sois mis testigos.» Y precisamente vemos esa misma paradoja a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Con un ejemplo bastará. Escribiendo a los efesios, Pablo recuerda cómo sus lectores, que habían «oído la palabra de verdad, el evangelio de [su] salvación», y habían «creído», habían sido predestinados «en amor ... para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo» y escogidos «en él antes de la fundación del mundo» (Ef. 1.13, 5, 4). No honramos a Dios en modo alguno tratando de suprimir uno u otro de estos temas bíblicos gemelos: la elección divina y nuestra respuesta. Ambos son verdad ... ambos son importantes. Pero los predicadores occidentales modernos necesitan que se les recuerde la soberanía de Dios en esta era nuestra tan centrada en el hombre. Si tienen constantemente en cuenta dicha soberanía, eso arrojará varios resultados de lo más provechosos.

Primeramente, librará al evangelista tanto de estar orgulloso del éxito como de estar desconsolado por la falta de respuesta. La arrogancia y la desesperación son dos peligros terribles en el trabajo de evangelización. Pero si se tiene una confianza profunda y sosegada en la soberanía absoluta de Dios, la paz sustituirá ese activismo motivado por el sentimiento de culpa, y la humildad, la confianza en nosotros mismos.

En segundo lugar, no permitirá la pereza. La soberanía divina y la necesidad de una respuesta nos imponen responsabilidad en todas las cosas. Dios no nos trata como a robots: el evangelista es responsable de dar a conocer las buenas nuevas de toda manera posible, y el oyente de decidir lo que va a hacer con esas buenas nuevas.

Y lo más importante de todo: la confianza en la gracia soberana de Dios es nuestra única esperanza cuando evangelizamos. ¿Adónde si no podemos mirar? Si nos apoyamos en la presión humana, las técnicas de venta o las selecciones preparadas y empaquetadas de las buenas nuevas de Cristo, obtendremos alguna respuesta, pero no será duradera, ni tendrá la profundidad y el misterio característicos del nacimiento divino en el alma; procederá de la carne y se dará en la carne ... La fe, como la gracia misma, es un don de Dios (Fil. 1.29; Ef. 2.8; Hch. 5.31; 11.18). Así que, al igual que Pablo cuando Dios le dijo que había muchas personas que esperaban la conversión en Corinto, nosotros debemos recibir la exhortación: «No temas, sino habla y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque

yo tengo mucho pueblo en esta ciudad» (Hch. 18.9). Dios tenía a la gente; Pablo, la comisión. Eso le hacía al apóstol mostrarse confiado, atrevido, paciente y dedicado a la oración. Lo mismo debería suceder en nuestro caso.

LA AUTORIDAD DE LA ESCRITURA

Este no es el sitio adecuado para discutir la autoridad de la Escritura de manera general. Ese es un tema sobre el que se ha escrito bastante durante los últimos años. Casi todas las denominaciones profesan creer en las escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamentos como normativas para la fe y la conducta cristianas. Pero la mayor parte de ellas, y muchos ministros y creyentes en su seno, se apoyan muy poco en dicha creencia cuando se trata de la práctica. Los cristianos debaten cuestiones tales como la democracia, el aborto, el matrimonio y el divorcio, la educación de los hijos, la pena capital, la homosexualidad y la ecología usando las mismas referencias que predominan en la sociedad en su conjunto. Sin embargo, la Biblia tiene mucho que decir sobre esas cuestiones. Y del mismo modo, en lo referente a cómo puede la humanidad reconciliarse con Dios o cómo nos es posible conocerlo y descubrir su poder transformador en nuestra vida, muchas iglesias ofrecen remedios que no son en absoluto deudores a la Escritura. El mensaje de la Biblia se apaga en buena parte de las iglesias históricas, y en bastantes de las iglesias más nuevas tal vez se halle presente pero a menudo con una concepción estrecha y una aplicación legalista. En la práctica, algunos temas que figuran ampliamente en el relato bíblico de la salvación están curiosamente ausentes de nuestros púlpitos. ¿Quién oye hoy en día hablar mucho acerca de la santidad divina, la gravedad del pecado, el favor completamente inmerecido de Dios para con los pecadores que no son dignos de recibir nada de él? Podemos ir a la iglesia durante años sin llegar a comprender nunca que el Espíritu de Dios está disponible para entrar en nuestro mismo ser, que podemos ser justificados delante del Santo, que necesitamos tomar una decisión responsable la cual nos costará todo lo que poseemos ... Todas estas cosas están claramente escritas en cada página del Nuevo Testamento, pero en el mejor de los casos se les pone sordina, y en el peor de ellos se omiten por entero en buena parte de la predicación moderna. No es extraño que la iglesia pase por horas bajas en muchas partes de algunos continentes que solían ser mayoritariamente cristianos.

El cristianismo se basa en la convicción de que Dios está ahí y no guarda silencio. El se ha revelado a la humanidad, y el registro y el lugar de esa revelación es la Escritura. Hay tres cosas que vale la pena destacar en cuanto a la manera en que esta convicción cristiana fundamental se aplica a la evangelización.

La primera es que los escritores bíblicos tenían la confianza de que hablaban de parte de Dios. La expresión «Así dice el Señor» resuena por todo el Antiguo Testamento, mientras que el Nuevo no es menos explícito sobre esta cuestión. En 1 Pedro 1.10-12, el autor dice de un modo claro como el agua que el mismo Espíritu Santo que inspiró a los profetas estaba presente de manera única en Jesús de Nazaret, y que actuaba también en «los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo». Y la segunda carta de Pedro considera confirmadas las escrituras inspiradas del Antiguo Testamento con la venida, la transfiguración y la voz de Jesús. «A la cual --escribe-- hacéis bien en estar atentos ... entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1.16-21). La propia confianza de Pablo en la fuente divinamente revelada de su predicación evangelizadora se destaca poderosamente en 1 Corintios 2.12-13: «Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu.» Esa es la autoridad que hay detrás de la palabra pronunciada por el apóstol. Y Pablo no fue menos claro en cuanto a la palabra escrita: «Toda la Escritura es inspirada por Dios --dice--, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Ti. 3.16). Esos son sólo algunos textos de muestra que revelan la convicción de los primeros cristianos en cuanto a que hablaban de parte de Dios. Podríamos multiplicar dichos textos en gran manera. Las palabras de esos primeros creyentes estaban fundadas en la Palabra divina que había venido de muchas formas a lo largo de los siglos, pero que se había expresado de un modo más pleno, exhaustivo y personal en el Hijo de Dios (He. 1.1-2).

La segunda cosa es que la predicación de los evangelistas novotestamentarios tenía un contenido común. Esto ha sido objeto de un estudio muy cuidadoso por parte de uno de los eruditos del Nuevo Testamento más grandes de este siglo, C. H. Dodd, cuyo

libro *La predicación apostólica y sus desarrollos* muestra que los evangelistas de la iglesia primitiva utilizaban un bosquejo básico que resulta posible recuperar de diversos elementos novotestamentarios. No es que lo siguieran servilmente, pero dicho bosquejo constituía un marco valioso que empleaban con frecuencia. Era algo como esto:

Ha llegado la era del cumplimiento, como lo anunciaron las Escrituras. Dios ha enviado a su Mesías: Jesús. Este murió ignominiosamente en la cruz; pero Dios lo resucitó de la tumba. Ahora él es Señor, y está a la diestra de Dios. La prueba de esto es el Espíritu Santo, cuyos efectos podéis ver. Este Jesús volverá otra vez al final de la historia. Arrepentíos, creed y sed bautizados.

Tal era la esencia de lo que predicaban los primeros cristianos, y es algo que está muy lejos de lo que uno escucha hoy en día en la mayoría de las iglesias. Hace poco un arzobispo reunió a su clero para tratar de la evangelización, y él mismo enseñó sobre el tema sin mencionar ninguno de los puntos de este kerigma apostólico típico. Pero eso no constituye una excepción aberrante en absoluto. Si Kirsopp Lake tenía razón al mantener que «el hombre moderno no cree en ninguna forma de salvación conocida para el cristianismo antiguo», lo mismo podría decirse de muchos clérigos y pastores. Esto se ve en su predicación. Pero los cristianos antiguos pensaban de un modo muy diferente: creían que el mensaje con el que incansablemente instaban a sus oyentes era decisivo para la seguridad eterna de ellos. «Cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes» (1 Ts. 2.13).

Y el tercer punto resulta muy evidente cuando uno echa un vistazo alrededor del mundo. A mucha gente no le gusta que se le señale dicho punto, pero es importante hacerlo. El hecho es que en todas partes las iglesias que creen la Biblia, la enseñan, permiten que ésta moldee su perspectiva y sus actitudes, son las iglesias que crecen. Eso se aplica tanto a los países del mundo desarrollado como a los del Tercer Mundo; no hay diferencia alguna. La predicación bíblica tiene un poder que nunca se manifestará en el ministro que no puede decir sino: «Los expertos concuerdan en...», «A mí me parece que...» o «El hombre moderno no puede aceptar que...» Algunos ministros religiosos con una actitud distinta intentan explicar el crecimiento de las iglesias bíblicas alegando la ingenuidad de los receptores o su anhelo por lograr alguna forma de seguridad. Ninguna de estas explicaciones resulta convincente.

Es interesante destacar que en Oxford y Cambridge, dos de las universidades más prestigiosas e intelectualmente despiertas del mundo, las «uniones cristianas» --hombres y mujeres comprometidos con el cristianismo bíblico-- constituyen las sociedades estudiantiles más numerosas. Y lo mismo puede decirse de las iglesias de esas ciudades universitarias más atestadas de estudiantes capaces. Es poco convincente acusarlos a ellos de ingenuidad. Y en cuanto a que se busque seguridad de un mundo enigmático en el cristianismo bíblico, puede que eso sea cierto en el caso de algunas personas, pero en general constituye una explicación patéticamente floja y evasiva del crecimiento de ese cristianismo basado en la Biblia en las iglesias tanto católicas como protestantes de nuestro mundo moderno. ¿No se les ha ocurrido pensar a quienes hacen esas críticas que el crecimiento en cuestión tal vez no sea debido al escapismo sino a la verdad?

El hecho es que hay poder en el cristianismo bíblico: poder para edificar a los creyentes y capacitarlos para enfrentarse a las tentaciones, los problemas y las crisis de esta vida mortal; así como un poder único para convertir: «La palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que toda espada de dos filos» (He. 4.12). Una y otra vez el evangelista que hace buen uso de dicha palabra descubre que ésta ha penetrado hasta el corazón de sus oyentes de una manera que las suyas propias jamás podrían lograr. Esa ha sido siempre la experiencia de la iglesia. Allá en el siglo II, Justino Mártir escribía: «Las Escrituras y las palabras de Jesús poseen un poder terrible en sí mismas, y una maravillosa dulzura. De inmediato se encendió en mi alma una llama, y el amor por los profetas y por aquellos hombres que habían sido amigos de Cristo se apoderó de mí» (*Diálogo*, 8). Y lo mismo le sucedió a Taciano, amigo y alumno suyo, quien dice:

Buscaba la manera de poder descubrir la verdad, y entonces encontré ciertos escritos bárbaros, demasiado antiguos para compararse con las opiniones de los griegos y demasiado divinos para igualar sus errores ... Y me sentí guiado a poner la fe en ellos por el modesto lenguaje que usaban, el carácter genuino de sus escritores, su inteligible relato de la creación, la presciencia que demostraban tener de los acontecimientos futuros, la excelente calidad de sus preceptos, y su declaración de que el gobierno del mundo se centra en un solo Ser (*Discurso*, 29).

La Sociedad Bíblica puede dar muchos ejemplos modernos del poder de la Escritura para convertir a las personas. A finales del siglo pasado, una joven mujer malgache de cierta familia dueña de esclavos compró a una chica en el mercado de Mandritsara, al norte de Madagascar. Durante los días que siguieron, la joven esclava

alivió su soledad leyendo el único libro que tenía: un Nuevo Testamento en malgache; y su dueña se sintió intrigada al descubrir que la chica era capaz de leer, cuando ella misma no sabía hacerlo. Así que aquella joven sierva enseñó a leer a su señora, y el libro de texto fue ese Nuevo Testamento en malgache. Muy pronto invitaron a otros a unirse a la lectura, y no había pasado mucho tiempo cuando un pequeño grupo de gente interesada en el Evangelio se reunía en torno a la chica esclava. De allí nació una iglesia, que está viva y vigorosa hoy en día, y cuenta con congregaciones filiales en el área rural circundante. Uno de los hechos impresionantes de la Biblia respecto a la evangelización es que su influencia pocas veces se limita al individuo: cuando alguien encuentra vida nueva por medio de su mensaje casi siempre comparte su descubrimiento con alguna otra persona.

Todo esto enseña algunas cosas importantes a quienes predicán el Evangelio. La cuestión principal que hemos de decidir para nuestra propia vida es si aceptamos o no esa pretensión de la Biblia de que nos transmite la propia palabra de Dios: de ese fundamento decisivo depende todo lo demás. Esta es una cuestión difícil para aquellos que han recibido la educación teológica aceptable hoy en día, debido a que gran parte de esa educación se ha visto afectada por la secularización de nuestro pensamiento desde la época de la Ilustración. Pero los teólogos críticos modernos pueden sostener racionalmente la autoridad de la Escritura y defenderla con competencia. Es una cuestión que deberán solucionar los evangelistas actuales. ¿Pueden o no pueden ellos confiar en la enseñanza bíblica acerca del hombre, de Dios y de la salvación? Si pueden, deben tener buenas razones para hacerlo; y si no pueden, sería mejor que dejasen de evangelizar por completo, ya que la evangelización no es más que la proclamación de palabra y de hecho de las buenas nuevas contenidas en la Biblia: las buenas nuevas de cómo es Dios y de lo que él ha hecho para rescatar a una creación rebelde. Jamás podríamos inventar la maravillosa generosidad divina. O ésta es cierta o no lo es: eso es lo que debe decidir el evangelista. Recuerdo haber escuchado en cierta ocasión a Billy Graham contar a unos estudiantes de teología la lucha que él mismo tuvo con este asunto; y cuando llegó claramente a confiar en las Escrituras empezó a predicar con el poder y la autoridad que lo han convertido con mucho en el evangelista más eficaz del siglo XX.

Si estamos persuadidos de que las Escrituras llegan realmente a la humanidad con el sello de la autoridad divina estampado, eso tendrá varias consecuencias para nuestro ministerio de evangelización.

En primer lugar no nos sentiremos violentos en cuanto a abrir la Escritura: iremos a ella con la misma naturalidad que lo haríamos con cualquier otro libro. La Biblia es el *best-seller* mundial, pero un *best-seller* no leído. La gente ignora su contenido, y no tiene por qué latirnos fuertemente el corazón si acudimos a sus páginas para enseñar a otros lo que dice en realidad. Ese es un procedimiento completamente respetable en cualquier disciplina: acudir a las fuentes originales.

Aprovecharemos cualquier oportunidad para proporcionar a otros las Escrituras. El préstamo o el regalo de una traducción moderna del Evangelio atractivamente presentada influye con frecuencia muchísimo en la vida del lector. Recuerdo la historia de Tikichi Ishii, un criminal de crueldad casi inigualable de la Segunda Guerra Mundial, que aguardaba en su celda su ejecución. Este guardián japonés había asesinado con diabólica brutalidad a hombres, mujeres y niños, y se había deleitado en ello. Dos mujeres canadienses lo visitaron en su celda, y le hablaron de la salvación que Cristo había logrado incluso para personas como él. Tikichi las miró ferozmente y soltó una maldición; ellas se marcharon aparentemente sin haber conseguido nada. Pero le dejaron un Nuevo Testamento, y él comenzó a leerlo durante sus largas horas de obligada soledad. El hombre se sintió fascinado con la persona de Jesús, quien a pesar de haber sido tan salvajemente torturado no había proferido ninguna palabra de rencor, sino que más bien había orado por sus verdugos, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23.34).

Ishii explicaría más tarde: «Me detuve. No podía seguir. Sentía como si me hubiesen hincado un clavo de doce centímetros en el corazón. ¿Era eso el amor de Cristo? ¿Se trataba tal vez de su compasión? No sé lo que era; lo único que sé es que creí, y que la dureza de mi corazón fue transformada.» Más tarde, cuando el verdugo acudió en busca de Ishii, no se encontró con la bestia endurecida que esperaba, sino con un hombre sonriente y radiante de felicidad, cuyos últimos días en aquella cárcel habían sido completamente transformados por la nueva vida que encontró en Cristo. Podemos tener confianza en cuanto a proporcionarles a otros las Escrituras: se trata de un medio sencillo pero poderoso de evangelizar.

El evangelista debería también estar preparado para desafiar a la gente con las Escrituras: no sólo mediante la predicación pública, sino también en la conversación personal. A menudo yo he dicho a un indagador con quien había estado hablando: «Aquí tienes un ejemplar del Evangelio de San Juan, que según nos dice él mismo fue escrito para traer a gente como tú a la creencia intelectual de

que Jesús era el Hijo de Dios, y a la experiencia de una nueva vida por medio de él. ¿Por qué no lo lees sin prejuicios, preparándote para comprometerte con la causa de Cristo en caso de que quedes convencido, pero no antes? Y mientras lo lees, ora diciendo: "Oh Dios, si eres real (y no estoy seguro de que lo seas), muéstrame lo que es verdad en este relato, y te prometo que si me convence, entregaré mi vida a Cristo".» A menudo la persona ha vuelto para decirme que el experimento había tenido un poderoso efecto sobre ella: leyó el Evangelio sin prejuicios y se convenció, comenzando así la vida del discipulado cristiano.

El evangelista seleccionará con cuidado la Escritura, escogiendo pasajes que tengan que ver con la situación de la gente con quien está. La manera en la cual Jesús se dirigía a las diferentes clases de personas era inmensamente flexible, y no hay excusa para la insensibilidad por parte de sus seguidores.

También debemos intentar traducir la Escritura a una terminología que la gente entienda con facilidad, y no me refiero únicamente a la utilización de una versión moderna. En el caso de muchas personas hay que poner un nuevo ropaje a los mismos conceptos de la Escritura. Vemos desarrollarse este proceso en las páginas del propio Nuevo Testamento. Por ejemplo, entre los evangelistas, Juan casi sustituye enteramente la expresión «Reino de Dios», que utilizan los sinópticos, por la de «vida eterna», la cual tenía más sentido para los griegos a quienes dirigía primordialmente su Evangelio y que estaba también desprovista de connotaciones político-sociales poco afortunadas. El apóstol Pablo, por su parte, toma el concepto no judío de «adopción», que era muy corriente en los círculos romanos, y lo utiliza para describir brillantemente lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. Ni uno ni otro evangelista estaba rígidamente atado por los términos de la tradición que había heredado: ambos fueron fieles al contenido de esa tradición, pero sintieron libertad para vestir el mensaje con las ropas apropiadas que posibilitaran la comprensión de sus oyentes. Y los evangelistas modernos deberían hacer otro tanto. Tendríamos que usar un lenguaje cautivador e ilustrativo, como la moneda recién acuñada pero que es fiel al patrón oro. Dicho lenguaje no debe traicionar el mensaje encerrado en el Nuevo Testamento, aunque sí puede alterar debidamente los términos en los que tal mensaje se presenta.

Sobre todo, los que están intentando compartir las buenas nuevas deben confiar en las Escrituras. Estas tienen un poder que no poseen nuestras propias palabras; y cualquier ministro con experiencia habrá conocido ocasiones en las que algún versículo de la Escritura, leído durante una lección, ha penetrado hasta el mismo corazón de

un oyente, o en las que una palabra de la Biblia sobre la cual él ha pasado rápidamente en su mensaje, ha captado por completo la atención de alguien de la congregación, cerrando su mente y sus oídos a todo lo demás, y produciendo luego un cambio real en la dirección de su vida. Hay veces en las que el predicador que está exponiendo a la gente al mensaje bíblico puede casi salir de sí mismo y observar cómo funciona la química divina. Obviamente no se trata de la obra del propio ministro: ya que a una persona se le saltarán las lágrimas, mientras que otra estará mirando el reloj deseando que acabe el sermón.

EL PODER DEL ESPÍRITU

La obra del Espíritu Santo constituye la tercera área en la que resulta muy obvio que Dios, y sólo él, es el evangelista, ya que el agente primordial en la misión cristiana es el Espíritu.

El Nuevo Testamento enseña claramente que Cristo tiene un plan para la continuación de su obra en el mundo. En el famoso apocalipsis de Marcos, Jesús nos dice que el período comprendido entre su muerte y el fin del mundo se caracterizará por tiempos difíciles, la misión de la iglesia y la potenciación del Espíritu Santo (Mr. 13.9-13). En el discurso de despedida que aparece en el Evangelio de Juan, Cristo explica a sus seguidores que tres cosas seguirán a su partida al lado del Padre: el Espíritu Santo vendrá a dar testimonio de él, ellos mismos darán testimonio y la vida será difícil (Jn. 15.26-16.2). Y en el relato que hace Lucas de la despedida de Jesús de sus discípulos antes de la ascensión, se presagian esas tres mismas cosas: ellos darán testimonio en círculos cada vez más amplios; no podrán hacer nada hasta que reciban poder por la venida del Espíritu a su vida; y la historia entera del libro de los Hechos es el relato de tiempos difíciles.

De manera que el período comprendido entre las dos venidas de Cristo no es un lapso de espera vacío, sino que está lleno del Espíritu Santo y de evangelización. Ambas cosas van juntas, y son los dos instrumentos principales para el avance del Reino hasta que el Rey vuelva.

A medida que el relato de los Hechos se desarrolla, vemos al Espíritu Santo tomar la dirección. El empuja a la iglesia naciente a las calles, en el capítulo 2. El provoca la nueva iniciativa con los helenistas, en los capítulos 6-8. El guía a su pueblo a entrar en aquella tierra antes tabú de los samaritanos, en el capítulo 8. El hace que Pedro se ponga en contacto con un romano «temeroso de Dios», en el capítulo 10. Funda la primera iglesia gentil, en el 11.

Inaugura la misión mundial, en el 13. De ninguna de estas iniciativas fueron responsables los apóstoles, sino que el Espíritu Santo incitó a su renuente pueblo a pasar a la acción.

Resulta fascinante leer tantos libros como se publican hoy en día que dan testimonio de nuevos y emocionantes avances, y de cómo el Espíritu Santo los ha estimulado. Algunos que me han inspirado a mí, son: *Bursting the Wineskins* [Romper los odres], de Michael Cassidy; *Cuando el Espíritu llega con poder*, de John White; *God Can Do It Here* [Dios puede hacerlo aquí], de Eileen Vincent, y la colección de contribuciones procedentes de todo el mundo del arzobispo Bill Burnett, titulada *By My Spirit* [Por mi Espíritu]. Pero esos libros no son más que la punta de un enorme témpano.

Al Espíritu Santo le encanta empezar por cosas pequeñas y construir algo hermoso para Dios. Este es el modelo que aparece en el libro de los Hechos. Así comenzó él en el día de Pentecostés: simplemente con un puñado de personas. Así levantó la iglesia de Filipos: con un carcelero, una viajante de comercio y una ex médium. Así fundó la iglesia en Corinto: con un apóstol desanimado, la camaradería de Aquila y Priscila, unas oportunidades que se presentaron en el lugar de trabajo y en la sinagoga, algunas conversiones importantes y finalmente toda una ciudad tocada por el Evangelio. Una y otra vez se ha reproducido este patrón en la historia de la iglesia: Dios comienza con poco, a menudo incitando a una sola persona a lanzarse en el poder de su Espíritu, y los resultados que se obtienen son notables.

Muy recientemente leí la historia de un hombre llamado Nicholas Rivett-Carnac, el hijo de un almirante que se convirtió en párroco anglicano en una de las zonas duras de Londres. Es el extraordinario relato de alguien sin ninguna habilidad especial, ni planes concretos, que aprendió a escuchar al Espíritu de Dios y que ha visto surgir un ministerio amplio e influyente. El libro se titula *This Rock* [Esta roca], y su lectura resulta emocionante porque constituye de un modo muy evidente la obra del Espíritu divino.

Y lo mismo puede decirse del ministerio de Robert Warren en Sheffield. La iglesia de St. Thomas, en Crookes, es ahora una de las más famosas de Gran Bretaña, pero cuando a Warren lo hicieron párroco de aquella se trataba de una obra bastante pequeña. Como nos lo cuenta en su libro, *In the Crucible* [En la caldera], él mismo era muy consciente del fracaso de su propio ministerio. Pero el Espíritu de Dios se movía sobre él y, comenzando por algo pequeño, esa iglesia ha ido creciendo hasta convertirse en una obra maravillosa. Recuerdo muy bien una vez que fui a predicar para él en el principio y me mostró un mapa de la parroquia con los tres primeros grupos caseros indicados con chinchas de colores.

El Espíritu Santo atraía claramente a grandes cantidades de personas en los días de la iglesia primitiva por la mera calidad de la vida que mostraba la congregación. Lucas nos ofrece dos descripciones en relieve del amor, la generosidad, la unidad, la oración y el testimonio valeroso de la iglesia --junto con un conmovedor ejemplo del ministerio de aliento que era tan notable entre ellos-- al final de Hechos 2 y 4. Y como veíamos en el capítulo 4 del presente libro, esas siguen siendo todavía algunas de las formas primordiales de trabajar que utiliza el Espíritu Santo. Todos podemos pensar en congregaciones que tienen un impacto extraordinario en la sociedad que las rodea debido a la calidad de vida que el Espíritu ha modelado en el corazón de los creyentes y en las estructuras de su iglesia. Una de dichas congregaciones es University Presbyterian, en Seattle, Estados Unidos. Y también Holy Trinity, en Brompton, All Souls, en Langham Place, y All Saints, en Margaret Street, Inglaterra; para señalar cuatro iglesias de muy diversas tradiciones. Yo creo que una de las principales formas que tiene el Espíritu de evangelizar por medio del impacto que produce la vida en común, en su gozo y su poder, de los cristianos. Esto resulta tremendamente atractivo, y la gente se siente empujada hacia Cristo con más frecuencia por una santa y gozosa comunión que por un poderoso evangelista.

El Espíritu Santo capacita a discípulos timoratos para que den testimonio de Jesús. Lo hizo con Ananías, aterrorizado por el mal que podía causarle el zelote Saulo de Tarso si él reunía el valor suficiente para ir a visitarlo. Una y otra vez he visto repetirse esa situación: algún cristiano amedrentado que pide valor al Espíritu Santo y se lanza a la acción, encontrándose para su sorpresa con que el Espíritu lo utiliza poderosamente.

Un ejemplo sumamente interesante y muy divertido de esto mismo acaba de proporcionarlo Peter Lawrence, en su primer libro: *Hotline* [En línea directa]. Es la historia de cómo él, un joven pastor anglicano bastante cínico y más experto en jugar al cricket y al golf que en la evangelización o el escuchar a Dios, entró en el poder y la fecundidad del Espíritu Santo, y vio abrirse ante sí un ministerio, no sólo en la ciudad de Birmingham, donde trabaja, sino mucho más allá de su Inglaterra natal. Yo enseñé a Peter Lawrence hace mucho tiempo, de modo que soy bastante más consciente del gran cambio que el Espíritu de Dios ha realizado en su vida.

En Hechos 10 tenemos un ejemplo notable de cómo el Espíritu Santo obra a veces sin intermediarios humanos. El pasaje presenta a dos hombres, cuyas bases estaban respectivamente en Jope y Cesarea, a muchos kilómetros de distancia la una de la otra.

El Espíritu anhela salir de los confines del judaísmo a círculos más amplios; así que cuando esos dos hombres, Cornelio y Pedro, están orando, él les da sendas visiones. Ambas tuvieron la misma importancia, guiaron al encuentro de los dos hombres, dieron como resultado la conversión de Cornelio y de toda su casa e hicieron que el Evangelio saltase a un nuevo sector de la sociedad antigua. Hoy en día el Espíritu aún habla por medio de sueños, y opera con total independencia de las iniciativas humanas. Uno de los ejemplos más extraordinarios que yo haya oído de esto me lo contó el Rdo. Samuel Kameleson, un distinguido cristiano de la India. Según el relato de Kameleson, un valeroso colportor que él conocía fue impulsado a ir a un templo hindú situado en el corazón del territorio brahmán, en la India meridional, para predicar a Cristo. Se sentía bajo un fuerte apremio por llevar a cabo esa acción inusitada, pero temía que el realizarla le costara la vida. Para su absoluta sorpresa, casi inmediatamente, se unió a él una mujer, cuya historia escucharía más tarde. Se trataba de una mujer rica, de la casta alta, que había ido a Madrás a morir debido al cáncer terminal que padecía. Y prácticamente murió, y fue colocada en el depósito de cadáveres. De hecho, estaba profundamente inconsciente cuando se encontró en una visión con el Señor, cuyo rostro tenía una expresión de amor intenso. La mujer se sintió tan atraída por aquella figura que reconocía instintivamente pero no sabía quién era, que en su visión exclamó: «Si me devuelves la vida, Señor, la viviré para ti.»

Resultó que un ayudante del depósito de cadáveres se dio cuenta de que aquella mujer mostraba ligeros signos de respiración, e inmediatamente acudió a un médico, quien extrajo sangre a una limpiadora que pasaba por allí, y que casualmente era cristiana, para realizar una transfusión. La paciente revivió, y su cáncer había desaparecido. Entonces comprendió que le debía la vida a aquella limpiadora, de modo que la buscó hasta encontrarla. El resultado fue que se hizo cristiana y renunció al hinduismo. Viniendo de una familia como la suya, aquello produjo la más violenta reacción. Sus hermanos le dieron de patadas hasta dejarla casi muerta, y le arrancaron los dientes a golpes. Sin embargo, con el tiempo, la mujer guió a aquellos cinco hermanos suyos a Cristo. Ella no tenía Biblia ni predicaba, todo fue obra del soberano Espíritu Santo de Dios. El le dio la visión, la revivió, la guió a la fe, le otorgó valor para testificar y le concedió fruto por su trabajo.

Esa historia está lejos de ser única: podemos esperar y orar que el Dios evangelista nos permita en ocasiones ver lo que él está haciendo para glorificar a Cristo sin utilizar ningún instrumento humano.

Pero ese mismo Espíritu escoge a menudo canalizar su mensaje divino por medio de su pueblo. El problema está en que su gente ha estado con frecuencia tan condicionada por la perspectiva secular del mundo occidental que ha dejado de esperar, pedir e incluso creer en su poderosa intervención. En el Nuevo Testamento leemos de exorcismos, sueños, visiones, profecías, sanidades y lenguas, pero nosotros tenemos un bloqueo mental que nos dice: «Esto jamás podría ocurrir aquí; era sólo para la época novotestamentaria.» Y racionalizamos nuestra incredulidad diciéndonos a nosotros mismos que el cristianismo del Nuevo Testamento constituía una dispensación diferente de la gracia de Dios, y que esos dones del Espíritu fueron dados para la inauguración de la iglesia pero no para nuestros días.

Realmente ese escepticismo no tiene excusa, aunque reconozco haber participado de él yo mismo en el pasado. Durante los últimos treinta años, un poderoso movimiento del Espíritu Santo ha tocado a muchísimas iglesias por todo el mundo. Tal vez no haya habido nada semejante desde la época de la Reforma, no lo sé; pero de lo que no cabe la menor duda es de que alrededor de trescientos cincuenta millones de cristianos por todo el planeta pueden testificar del hecho de que esos dones del Espíritu no han desaparecido, y que constituyen poderosas ayudas para la evangelización hoy en día. Yo no soy más que un mero principiante en cuanto a experimentar dichos dones, pero he visto a personas llegar a la fe gracias a unas lenguas y una interpretación que alcanzaron las mismas raíces de su ser, o debido a un mensaje profético que sabían que iba dirigido a ellas y que les penetró hasta el corazón. He contemplado a gente sanada por la oración y la imposición de manos --no una, sino muchas veces--, lo que a menudo ha hecho que esos individuos se convirtiesen. Y también he presenciado el poder del Espíritu viniendo a expulsar demonios, en ocasiones a varios de ellos, de una vida que habían estado infestando, y he visto esa vida transformada por el nuevo poder que el Espíritu Santo le ha traído.

Yo no fui educado para esperar estas cosas, ni oí hablar jamás de ellas en mi seminario teológico. Tampoco fui guiado a esperarlas en mi ministerio. Siendo yo mismo profesor de teología, cuando tales cosas empezaron a afectar mi propia experiencia me sentí muy receloso de ellas. Pero ahora sé que son reales, que el Espíritu las utiliza como agentes para la propagación del Evangelio. He escrito más a fondo acerca de esta cuestión en tres de mis libros: *Creo en el Espíritu Santo*, *To Corinth with Love* [A Corinto con amor] y *I Believe in Satan's Downfall* [Creo en la caída de Satanás].

Una iglesia que tenga sensibilidad al Espíritu de Dios esperará que él intervenga de vez en cuando con poder soberano. No hay forma de saber cuándo surgirán esas ocasiones. Lo nuestro no es razonar el porqué, sino estar en oración, abiertos y siempre dispuestos para ver lo que tal vez vaya a hacer Dios en determinada situación. Creo que este es el cambio más importante que se ha producido en mi propia actitud. Ahora *espero* que Dios actúe, y sigo los suaves impulsos que él me da aunque me parezcan estúpidos. Y a veces sí que son estúpidos --y me doy de narices en el suelo--, ya que todavía no he aprendido a distinguir muy claramente la voz de mi Señor de todas las demás voces que claman pidiendo ser escuchadas en mi corazón.

Pero con frecuencia esos impulsos suaves sí que resultan ser insinuaciones tuyas y producen conversiones. Ya he escrito en otro lugar acerca de uno de esos impulsos que experimenté cierta mañana mientras me afeitaba. Fue un 24 de diciembre, y con los preparativos para la Navidad en casa y en la iglesia en ese atareado día del año, no hice nada al respecto. El impulso era para ir a visitar a un anciano que vivía enfrente, y que había tenido muchas oportunidades de responder al Evangelio pero no lo había hecho. Por lo tanto, imagine mi disgusto al día siguiente cuando supe que lo habían internado de urgencia durante la noche con un ataque de apoplejía. Aquella mañana de Navidad salí rápidamente hacia el hospital, y me sentí muy aliviado al encontrarlo vivo. Murió pocas semanas después, pero no sin antes haber puesto firmemente su fe en el Señor. Sólo el hecho de pensar cuántas de esas insinuaciones no las habré notado o las habré dejado de obedecer me horroriza.

Debemos prestar una gran atención a las nuevas iniciativas que se sugieran vacilantemente quizás desde un sector inesperado de la iglesia. La sugerencia puede venir de Dios. Y lo mismo se aplica a ciertas «imágenes» que alguna gente recibe y que pueden contener un mensaje para la iglesia o para algún individuo. Se nos dice que lo examinemos todo, desde luego, pero no que lo desechemos de antemano. El mismo Espíritu Santo que convence a la gente de su necesidad, que hace a Cristo real para ellos, que los capacita para que lo confiesen como Señor, que les asegura que han sido aceptados y que produce en ellos su hermoso fruto, ese mismo Espíritu, otorga también dones para el servicio, y se siente contristado cuando dichos dones se rechazan. Los dones del Espíritu constituyen una parte importante de la evangelización, algo que incluso iglesias muy tradicionales, como la Católica, la Anglicana y la Luterana están reconociendo cada vez más.

PALABRA Y ESPÍRITU

En las dos últimas secciones hemos estado considerando dos manifestaciones muy distintas de la misteriosa obra de Dios como evangelista. Por un lado, él actúa mediante la autoridad de su Palabra y, por otro, lo hace por el poder de su Espíritu. ¿Pero no son dichas manifestaciones antitéticas la una de la otra?

Ciertamente hay bastante tensión en el cristianismo actual entre aquellos que se apoyan principalmente en el Espíritu y quienes lo hacen en la Palabra. Los entusiastas del Espíritu se sienten a menudo decepcionados por el formalismo, la aparente falta de expectación y el carácter predecible de las iglesias que se especializan en la Palabra. Estas últimas, confiadas en su ortodoxia doctrinal, se muestran recelosas de las debilidades que perciben en los cristianos carismáticos: principalmente de su emocionalismo, su credulidad y su manga ancha respecto de la Escritura.

Pero con toda seguridad esta antítesis es más imaginaria que real, y desde luego innecesaria. Los carismáticos, si están en sus cabales, no reclaman nada que no pueda encontrarse en la Biblia, tan querida para los evangélicos. En el Antiguo Testamento hay un fuerte vínculo entre el *dabar Yahweh* y el *ruach Adonai*. Uno no puede separar la «palabra» de Dios del «soplo» o «Espíritu» del Señor: «El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua» (2 S. 23.2). Así de entrelazadas están ambas cosas. Tan estrecho es su vínculo que cuando Saúl desobedece a Dios y es desechado como rey de Israel, leemos: «Desechaste la palabra de Jehová ... [y así] el Espíritu de Jehová se apartó de Saúl» (1 S. 15.26; 16.14). El Antiguo Testamento muestra cómo el Espíritu de Dios trae el mensaje del Señor a la humanidad de diversas maneras, incluyendo los sueños, las visiones, la profecía, la historia didáctica, el proverbio y la salmodia. El mensaje viene de modos distintos, pero es inspirado por un solo Espíritu.

Y lo mismo sucede en el Nuevo Testamento. El Espíritu Santo inspira tanto las escrituras veterotestamentarias como novotestamentarias (1 P. 1.10-13; 2 P. 3.16), y las hace luminosas (2 Co. 3.12-18). Así pasa también con la predicación. El Espíritu inspiró el pasaje original de la Escritura, vive en el corazón del predicador que proclama la Palabra de Dios y en el de aquellos que la oyen, y él aplica la Palabra, ora aquí ora allá, como él quiere. El utilizar la Palabra es la prerrogativa especial del Espíritu Santo; se trata ciertamente de su espada.

Debería estar claro a estas alturas que el Espíritu y la Palabra son amigos, no adversarios; por lo tanto resulta trágico ver a los

carismáticos y los evangélicos tensos entre sí sobre esta cuestión. Los carismáticos deberían estar diciendo: «Volved a la Escritura; entusiasmaos con ella; obedecedla; usadla para comprobar toda afirmación...» Y los evangélicos, por su parte, tendrían que expresar: «No estemos satisfechos hasta que veamos en nuestra iglesia un cristianismo vivaz: tanto los dones del Espíritu como su fruto.» Son cosas que van juntas.

Yo creo que el poder de la Palabra ha influido en gran manera en el movimiento de renovación en años recientes. Actualmente hay mucho menos énfasis en las lenguas que antes, y éstas no se consideran ya en la mayor parte de los sectores carismáticos como el criterio para determinar que se ha recibido «la bendición»; más bien han vuelto a su posición bíblica como uno de los dones del Espíritu, y no como la señal de que el Espíritu mora en la persona.

También se insiste mucho menos en un «bautismo con el Espíritu» de una vez por todas como una segunda experiencia posterior a la conversión. Ahora se considera que hay poco en la Biblia que respalde esta postura, mientras que el término «bautismo» es desafortunadamente divisivo. Asimismo, percibo menos orgullo en los círculos renovados. Al principio esa pretensión de «Yo lo he recibido ... ¿Y tú?» resultaba bastante arrogante. E igualmente, el perfeccionismo inmaculado en el que rayaba el movimiento de renovación primitivo es menos visible en la actualidad. Por lo general hay también menos preocupación por los dones y más por las responsabilidades, menos triunfalismo, menos anti-intelectualismo y menos pandemonismo. Por otra parte, la orientación en los círculos renovados ya no es tanto hacia adentro, y existe en cambio la determinación extendida de permitir que el Espíritu impulse a su pueblo a salir para evangelizar y servir. Todo esto es muy beneficioso.

De igual manera creo que el movimiento de renovación ha subrayado algunos aspectos de la religión bíblica que los evangélicos así como otros sectores de la iglesia estaban descuidando: ha planteado un desafío al institucionalismo y el formalismo de ésta; ha mostrado la esterilidad del intelectualismo eclesial; ha revelado la pobreza del liderazgo de un solo hombre en las iglesias. Estas me parecen algunas de las áreas principales en las que, una vez que se haya reconocido que el alzar las manos y el hablar en lenguas son la espuma que recubre una mezcla muy suculenta, se considerará que la renovación carismática ha hecho contribuciones duraderas a lo largo y a lo ancho de toda la cristiandad.

Sí, la Palabra y el Espíritu son ciertamente amigos.

LA EVANGELIZACIÓN DE PODER

El énfasis que se ha puesto en el Espíritu Santo en años recientes ha sido considerable. En la primera parte del siglo dicho énfasis originó la Iglesia pentecostal --por lejos el sector que más rápidamente crece de la cristiandad--, y a mediados del mismo siglo llevó a la renovación carismática, la cual ha afectado prácticamente a todos los segmentos de la iglesia universal y merecido el título que le dio el cardenal Suenens de *A New Pentecost? [¿Un nuevo Pentecostés?]*. Más recientemente, lo que se ha dado en llamar la «tercera ola» de este poderoso movimiento del Espíritu de Dios ha estallado sobre el mundo cristiano. Está asociada con el genial californiano John Wimber y su énfasis en las «señales y prodigios». Tras su pintoresca conversión, Wimber se sintió sorprendido por el contraste que veía entre el cristianismo del Nuevo Testamento y lo que se practicaba en las iglesias, lo que lo llevó a hacer su famosa pregunta: «¿Cuándo vais a empezar con el asunto?» El «asunto» eran las sanidades, la liberación y el discernimiento sobrenatural que parecían ser cosas comunes en tiempos de los apóstoles.

La manera en que el propio John Wimber llegó a estar dotado en estas áreas después de una infructuosa búsqueda es ya algo bien conocido por todo el mundo cristiano. Sus libros *Power Evangelism* [Evangelización de poder] y *Power Healing* [Sanidad de poder] cuentan parte de la historia, proporcionan razones para apoyar lo que él cree y sugieren un modelo que otros deben seguir y que muchos han adoptado por todo el planeta. Sus propios seminarios sobre la sanidad, la oración, las señales y prodigios, y la santidad, han acogido y cambiado a ingentes cantidades de personas. Pero este énfasis en las señales y los prodigios no se limita en absoluto a John Wimber, sino que hace tiempo que predomina, y en realidad se da por sentado, en las iglesias del Tercer Mundo, no estorbadas por el escepticismo occidental que se remonta a la Ilustración. Ellas leen acerca del poder del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento y le toman la palabra.

Las principales suposiciones de la «evangelización de poder»; como ha llegado a ser conocido el tipo de evangelización que pone su confianza en estos dones espirituales, son las siguientes.

Primeramente, una cosmovisión en la que se considera tanto a Dios como al mundo espiritual activos y capaces de intervenir.

En segundo lugar, la creencia de que los dones del Espíritu mencionados en el Nuevo Testamento todavía están disponibles en nuestro tiempo.

En tercer lugar, la convicción de que todo cristiano tiene el Espíritu, y de que por lo tanto él puede, si lo desea, manifestarse por medio de cualquier creyente en una determinada situación. Esto marca una diferencia con otros elementos anteriores del movimiento carismático que tendían a enfatizar que el Espíritu otorgaba dones particulares como posesión permanente a las personas.

En cuarto lugar, una disposición a arriesgarse, a pasar a la acción sobre la base de lo que uno cree que Dios desea que haga en determinada situación. También existe una profunda convicción de que la voluntad de Dios es que estemos sanos en todos los aspectos de nuestra vida, suposición que, juntamente con la fe y la compasión, constituyen los requisitos previos que Dios se complace en honrar.

También se pone bastante énfasis en la llamada «teología del Reino», que, en línea con los Evangelios sinópticos (pero no con el de Juan), sostiene que Jesús vino para inaugurar el Reino de Dios sobre la tierra. El Señor realizó esto en parte durante su ministerio, terminando con lo más duro de la oposición mediante su muerte en la cruz. Aunque el Reino no se establecerá plenamente hasta que Jesús vuelva, ya podemos experimentar un anticipo. La iglesia debe vivir esa realidad del Reino.

Además se señala que Jesús no actuaba por su cuenta, sino en dependencia del Padre y en el poder del Espíritu. En todo esto él fue nuestro modelo y expresó tanto las palabras del Reino como sus obras: cosas que él jamás consideró separadas la una de la otra, ni nosotros tampoco deberíamos considerarlas así. Jesús comisionó a los doce y a los setenta para que hiciesen lo mismo que él hacía: predicar la palabra acompañada de las señales del Reino. Eso es lo que la «evangelización de poder» se propone realizar, indicando que se trata precisamente de la prioridad de los cristianos primitivos según cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles.

¿Cómo debemos nosotros considerar este énfasis?

El Dios que hace prodigios

En primer lugar, es claro que el Dios de la Biblia utiliza poderosamente las señales y los prodigios. Lo hizo en los tiempos veterotestamentarios, particularmente en el gran rescate de los israelitas de Egipto. Toda la historia de Israel está sembrada de señales y maravillas: con faraón, en el Mar Rojo, con las columnas de nube y de fuego, con el maná en el desierto, etc. Y así sigue a lo largo de todo el Antiguo Testamento: Dios es «magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios» (Ex. 15.11).

Y lo mismo puede decirse con toda claridad de Jesucristo, que vino para llevar a cabo el nuevo éxodo. Los milagros de Jesús ocupan casi un tercio del relato evangélico: él era ciertamente, como Pedro dijo en Pentecostés, un «varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él» (Hch. 2.22).

Cuando la profecía de Joel se cumple, y el Espíritu es derramado sobre los discípulos en el día de Pentecostés, vemos que empieza a darse una maravillosa sucesión de señales y prodigios, que, naturalmente, no tenían por objeto el espectáculo sino el progreso del Evangelio. La iglesia primitiva nació en medio de señales y prodigios: sanidades maravillosas, lenguas maravillosas, profetas maravillosos ... A medida que este diminuto movimiento se extiende, desde el extremo del mapa hacia el corazón de la capital del Imperio, la misma Roma, leemos acerca de conversiones asombrosas, de una asombrosa unidad, de liberaciones asombrosas de la cárcel y del poder de los malos espíritus, así como de una asombrosa dirección divina. Lucas destaca esto de manera especial, porque en el libro de los Hechos el evangelista tiene un propósito particular: demostrar que la fe cristiana es la verdad; para ello enfatiza tres razones principales que respaldan esta convicción. Dichas razones aparecen frecuentemente en Hechos y son un elemento habitual en los escritores cristianos de los dos siglos posteriores. Según Lucas, la veracidad del Evangelio de Jesús se confirma por el cumplimiento de la profecía, las señales y los prodigios, y el irresistible avance de las buenas nuevas. Sea como fuere, no cabe la menor duda de que las señales y las maravillas caracterizan al Dios trinitario que adoramos. Ya sea que consideremos la obra del Padre en el Antiguo Testamento, la obra de Jesús en los Evangelios, o la obra del Espíritu en el libro de los Hechos, las señales y los prodigios gozan de gran prominencia.

Las señales y los prodigios en el Nuevo Testamento

Dios hace maravillas: lo sabemos claramente por las Escrituras, aunque el relato está lejos de ser explícito. En un puñado de referencias --principalmente en Romanos 15.19, Hebreos 2.4 y el final largo de Marcos (16.9-20)-- se nos presentan dichas maravillas como ayudas para la evangelización, señales palpables de la presencia del Señor. En mi propio ministerio puedo recordar varios de esos casos. Pero resultaría erróneo suponer que en el Nuevo Testamento ese es el énfasis principal: no lo es. Hay tres factores que deben tenerse en cuenta.

El primero de ellos es que las señales son primordialmente cristocéntricas. En los Evangelios sinópticos los milagros son «hechos de poder», mientras que en el Evangelio de Juan se consideran «señales» de quién es Jesús y qué puede hacer. Aquel que alimenta a la multitud es el Pan de Vida; el que resucita a Lázaro es la Resurrección y la Vida ... Hay siete de esas señales en Juan que entrelazan el hecho con la interpretación. Los primeros doce capítulos de este Evangelio contienen «el libro de las señales», al que sigue y compensa el «libro de la pasión». Ninguno de ellos por separado, sino ambos juntos, nos revelan la esencia de la persona y la obra de Cristo. Las señales del cuarto Evangelio son expresa y exclusivamente claves de quién es Jesús, no modelos para los discípulos. Esto debe tenerse en cuenta cuando se pone un énfasis excesivo en las misiones de los doce y los setenta referidas en los Evangelios sinópticos, donde se ordena a esos discípulos que extiendan la obra del Reino mesiánico por medio de señales y prodigios.

El segundo factor es que las señales y los prodigios no conducen necesariamente a la fe. En realidad, si examinamos los Evangelios y el libro de los Hechos, veremos que por lo general esas cosas brotan normalmente de la fe pero no la inducen. Mateo 12.38-39 es un caso de ello. La gente a la que Jesús está hablando había visto milagro tras milagro. Entre Mateo 8.1 y Mateo 9.8 hay nada más y nada menos que siete de ellos, seguidos de otros en Mateo 9-11. En el mismo capítulo 12 se han narrado tres «señales y prodigios», y aun así los fariseos, con una cínica dureza de corazón, dicen: Muéstranos una señal. La respuesta de Jesús resulta muy instructiva. Les dice que la actitud de ellos es mala, que pertenecen a una generación «adúltera», infiel a su marido: Dios. Y pasa a explicar que ninguna señal puede *forzar* la fe; que si uno tiene la suficiente determinación siempre puede aducir razones para no creer. Y la referencia que hace a Jonás nos advierte del hecho de que la cruz y la resurrección constituyen la señal suprema: ahí nos encontramos con Dios y no necesariamente en algún suceso espectacular.

Por lo tanto, un buen número de citas evangélicas nos desaconsejan buscar señales, entre ellas Marcos 8.11-12; Juan 4.48 y Mateo 16.1-4. Es claro que en los días de la encarnación de Jesús los que tenían tanto interés en ver señales eran una generación incrédula y rebelde, lo cual sugiere que, aunque si Dios está actuando habrá de cuando en cuando manifestaciones sobrenaturales, sería poco sensato especializarse en ellas. Con demasiada facilidad la gente puede buscar lo que no debe, y mientras persigue lo sensacional sigue encerrada en la rebeldía.

En tercer lugar, las señales y los prodigios no proceden necesariamente de Dios, como no lo hacían en los tiempos de los magos de faraón, ni cuando los fariseos carismáticos echaban fuera demonios (Mt. 12.27), ni tampoco cuando Simón Mago realizaba sus curas (Hch. 8.11). Los Evangelios nos advierten contra el hecho de interpretar las señales y los prodigios como el distintivo de un ministerio auténtico: «Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos. Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes» (Mr. 13.22). E igualmente explícito es Mateo 24.24, y 2 Tesalonicenses 2.9: «[El] inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos.»

Yo he visto un poco de esto: he sido atacado por lenguas satánicas --falsificaciones de las verdaderas--, estado presente en visiones demoníacas, he oído a un ex médium contarme sus experiencias de curaciones diabólicas antes de ser cristiano ... De modo que tal vez no resulte sorprendente que la Biblia desaprobe un apoyo exagerado de nuestra fe en las señales: la señal suprema hacia la que ella nos dirige no es el poder divino en los milagros, sino más bien la «debilidad» de Dios sobre una cruz.

El lugar de las señales y los prodigios en la iglesia

En vista de esta actitud ambivalente de los Evangelios y las epístolas hacia lo milagroso, ¿cuál es el lugar correcto de las señales y los prodigios en la iglesia actual? En ningún otro sitio se nos da una respuesta más clara que en las epístolas a los Corintios, donde se habla de una situación muy parecida a la nuestra. Es claro que los creyentes de Corinto consideraban el poder divino en los milagros como la cosa más deseable de la vida cristiana. Pero no así Pablo: para él lo más importante era la semejanza con Cristo. El apóstol esperaba que entre los corintios hubiese milagros, pero sobre todo santidad de vida y disposición a sufrir. El poder y la gloria van inextricablemente unidos con la obediencia y el sufrimiento.

Hace algunos años se publicó un libro con el misterioso título de *Living in the Banana Shape* [La vida a modo de banana], que llamaba la atención sobre una verdad importante: hay un solapamiento en el cual «el siglo venidero» ha invadido «este siglo»; y dicho solapamiento, si quiere, es como un plátano. El tiempo presente está dominado por el pecado y el fracaso, el sufrimiento y la muerte; la era venidera se caracteriza por el Espíritu de la belleza, el gozo y el poder. Y nosotros estamos viviendo dentro de ese plátano: abiertos a los poderes del siglo venidero, pero también sujetos a las

fuerzas del pecado, el sufrimiento y la muerte. Desde luego que hemos sido liberados del dominio tiránico de esas fuerzas colosales, pero todavía no estamos fuera de sus garras. Se nos ha hecho libres para que podamos luchar contra ellas, y luchamos en el poder del Espíritu Santo. El es la primera entrega del siglo venidero, no su consumación final; en esta vida no hay ninguna consumación definitiva. Vivimos entre dos eras (en «tierra de nadie» y al mismo tiempo en «tierra de ambos») y algún día lo haremos para siempre en la tierra donde «ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Ap. 21.4). Pero aún no estamos en ella.

Entretanto hay una batalla que librar y una carrera que correr. Debemos esperar penalidades y reveses juntamente con las señales del poder sobrenatural de Dios obrando en nuestro mundo. En la vida cristiana no hay lugar para el triunfalismo, y menos aún en el ministerio de un evangelista. Pero tampoco lo hay para el derrotismo: ya que no se nos deja a merced de los viejos poderes que dominan este siglo; gustamos los poderes del siglo venidero. Nosotros creemos tanto en la cruz como en la resurrección.

Gran parte del cristianismo occidental se ha concentrado demasiado en la cruz como símbolo del sufrimiento, la debilidad y la aflicción de nuestra existencia terrenal. Hay cierta verdad en ello, pero no es una verdad exhaustiva. Por otra parte, el cristianismo carismático se ha centrado demasiado en la resurrección, el poder trascendental de la nueva vida, sus señales, prodigios y emoción. Un cristianismo realista sostendrá con firmeza *ambas cosas*. Eso es lo que vemos en Pablo, quien afirma: «Las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros» (2 Co. 12.12); pero casi al mismo tiempo confiesa: «Me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co. 12.10).

Poder en la debilidad: he ahí el lugar de las señales y los prodigios en la iglesia de hoy en día en general y en la evangelización en particular. Cuando nos disponemos a tomar por asalto las fortalezas de la incredulidad en el nombre del Dios evangelista deberíamos esperar que él actúe señaladamente entre nosotros, dar por sentados y alentar los dones espirituales, confiar en que el Señor sanará las enfermedades físicas, emocionales y espirituales ... Tendríamos que «resistir al diablo» cuando una persona está manifiestamente esclavizada por fuerzas tenebrosas y, en el nombre de Cristo, reclamar su liberación ... Deberíamos confiar en que Dios nos mostrará, tanto en lo general como en lo particular, su voluntad para nuestro servicio en su causa, ya sea mediante el consejo común,

el impacto de una porción de la Escritura o quizás a través de un sueño, una visión o una palabra profética. Pero jamás hemos de olvidar que lo mejor está todavía por venir. Vivimos en un mundo caído y heredamos una naturaleza caída. Inevitablemente el pecado, el sufrimiento, el fracaso y la muerte formarán parte de nuestra experiencia. Y si Jesucristo, nuestra cabeza, ha resucitado de los muertos, no hay ninguna forma en la cual él dejará de manifestar el poder de su resurrección entre nosotros al tiempo que nos hace partícipes de su misión.

15

La iglesia local, agente de evangelización

Este libro ha abarcado bastante material, y tal vez sea útil juntar en un último capítulo algunas de las hebras que hemos seguido. ¿Cómo es posible tomar una iglesia media y algo dormida del mundo occidental poscristiano y convertirla en una comunidad cordial y dinámica de creyentes que practiquen continuamente la evangelización? Nosotros, los cristianos, hemos echado raíces en formas de actuación que ya no comunican eficazmente con nuestra sociedad.

OBSTÁCULOS

Como ya hemos visto, nuestras iglesias están organizadas para el mantenimiento y no para la misión. Miran hacia adentro, y se espera del ministerio que alimente a los fieles no que meta la mano en las frías aguas de la incredulidad actual para conseguir nuevos miembros. Muchos ministros jamás han guiado a nadie a la fe: ese no es un requisito para la ordenación en la mayoría de las denominaciones. Las facultades de teología y los seminarios pueden muy bien no incluir siquiera en sus programas una preparación para evangelizar, y los estudiantes graduarse sin haber estado jamás en un proyecto de evangelización, en algunos casos sin haber predicado siquiera un sermón. Pero si se hubiesen preparado en Yakarta, por ejemplo, esos candidatos al pastorado habrían afrontado una formación muy distinta para su futura labor: tal vez sabrían menos sobre la crítica textual y la patrística, pero no se les hubiera permitido graduarse sin haber fundado antes personalmente una nueva iglesia

con no menos de treinta miembros bautizados. No es extraño que haya una fantástica explosión de nuevas congregaciones en Indonesia cuando la evangelización ocupa una prioridad como esta.

Pero no sólo la mayoría de nuestras iglesias miran hacia adentro y nuestros ministros están mal equipados para la evangelización, sino que también hay otros obstáculos muy serios para que dichas iglesias adquieran una orientación evangelizadora. Los miembros de las congregaciones no gozan de buena salud espiritual. Pregúntese si en su iglesia muchos de los miembros dan escasas señales de tener una relación lozana con Jesucristo. Si ese es el caso, y no debe juzgarse nunca, entonces resulta obvio por qué no se evangeliza: no podemos presentar a otros a quien no conocemos; es tan básico como eso.

Otra enfermedad debilitadora en muchas de nuestras iglesias es la falta de confianza y seguridad cristianas. La presencia de dicha enfermedad es fatal si uno trata de avanzar. Si no estoy seguro de ser cristiano, ¿cómo puedo ayudar en algo a otras personas? Lo que es más: en muchas de las iglesias históricas el nivel de enseñanza es tan bajo y está tan mal enfocado que gran parte de las congregaciones tendrían suma dificultad para guiar a alguien que expresa interés en la fe, y más aún para responder a algunas de las objeciones elementales. Simplemente, jamás se les ha enseñado a hacerlo. A muchos ministros nunca se les pasa por la mente capacitar a los laicos para la misión, y si se les ocurriera no sabrían por dónde empezar. Es obvio que nos enfrentamos a grandes obstáculos para la evangelización en la iglesia local, pero todavía hay más que pueden citarse.

El secularismo y el relativismo dominantes en la cultura hedonista en que vivimos han erosionado nuestras actitudes, y la motivación para levantarnos y trabajar en el servicio de nuestro Maestro nos elude. Muchas iglesias jamás han estado expuestas al aire fresco que suponen los nuevos creyentes que han entrado en las tranquilas aguas de su congregación; y como consecuencia de ello no lo esperan, y el pábulo de la fe y la expectativa apenas arde. El culto se convierte en esclavitud a la tradición, no en apertura al Señor, y el estancamiento se instaura. Uno de los problemas más serios es la mentalidad de gueto que parece caracterizar cada vez más a las comunidades cristianas a medida que disminuyen sus números. Se mantienen unidos por el calor, y cada vez cuentan con menos amigos que no sean de la iglesia; en cambio están absorbidos por un conjunto de actividades internas. Si se desarrollara una actividad de evangelización en su iglesia, francamente no podrían invitar a nadie.

IMPERATIVOS

Si los obstáculos resultan imponentes los imperativos para la evangelización son inexorables. En muchas partes del país la iglesia desaparecerá a menos que se evangelice. Hace poco se llevó a cabo un estudio sociológico en cuanto al estado del cristianismo canadiense que muestra una decadencia a todos los niveles. En muchas de las iglesias que visito la congregación está formada por miembros de una edad tan avanzada que es claro que dentro de veinte años se habrá esfumado a menos que haya un vuelco completo en las prioridades y la membresía de la iglesia.

La ausencia de evangelización en tantas iglesias locales tiene otra grave consecuencia, y es que los músculos espirituales e intelectuales de los miembros no se ejercitan y nunca están fuertes. La vida eclesial sin evangelización engendra cristianos débiles y enfermizos.

¿Y cómo harán frente unos cristianos debilitados a las imponentes necesidades de la sociedad que los rodea? El crecimiento de la urbanización, la escalada del crimen, la confusión sexual de nuestros días, el deterioro moral en la vida pública, la corrupción en los círculos gubernamentales, la destrucción del medio ambiente, los signos de nuestra decadencia y el egoísmo insensato están por todos lados ... ¿de qué manera podemos producir un impacto sobre estas cosas con una iglesia debilitada? Tampoco la población mundial se encuentra estacionaria. Las cifras globales publicadas en 1987 aportan una nota adicional de urgencia para la evangelización del planeta, en la que las iglesias locales tiene que hacer su parte. Los cálculos indican que para finales de siglo la población mundial habrá aumentado en aproximadamente mil trescientos millones, hasta alcanzar los seis mil doscientos millones de personas. Este aumento de noventa y tres millones por año sobrepasará a la población de México, el undécimo país más populoso del mundo. El evangelista canadiense Leighton Ford, comentando sobre estas cifras, señalaba: «Resulta imperioso que comuniquemos el desafío a los que se sientan en los bancos. Los cristianos cómodos pueden muy fácilmente dejarse absorber por preocupaciones secundarias.»

Pero para un auténtico discípulo de Jesucristo hay un imperativo primordial, y es el último mandamiento de Jesús de ir por todo el mundo y hacer discípulos. Por eso murió él: esa es la pasión suprema del Dios amante y redentor que él vino a revelarnos. La evangelización es algo muy querido de Dios, y ello debería suponer un imperativo suficiente para nosotros.

REFLEXIÓN

Si nos sentimos abrumados por todo esto, tal vez sean convenientes algunas reflexiones de comparación entre las actitudes iniciales de la iglesia con sus prácticas actuales.

La iglesia primitiva hacía de la evangelización su prioridad suprema, mientras que hoy en día se encuentra muy abajo en la lista: sospecho que muchas iglesias locales no han discutido ni una sola vez el asunto en su junta rectora.

La iglesia primitiva tenía una profunda compasión por la gente sin Cristo, mientras que muchos sectores de la iglesia actual no están en absoluto convencidos de que importe mucho si uno conoce a Jesús o no: otras religiones son casi tan buenas o igual de buenas que el cristianismo, y los humanistas llevan una vida impecable. En cualquier caso Dios es demasiado amoroso para condenar a nadie.

La iglesia primitiva era muy flexible en sus formas de predicar las buenas nuevas, pero se oponía absolutamente al sincretismo del tipo que fuese. Muchas iglesias modernas son rígidas en sus métodos de predicar pero totalmente abiertas a dicho sincretismo.

La iglesia primitiva era muy sensible a la guía del Espíritu Santo, mientras que en las iglesias modernas de Occidente las habilidades administrativas, las reuniones de comités y discusiones sin fin sustituyen por lo general a la seria dependencia de la dirección divina.

La iglesia primitiva no se apoyaba de un modo indebido en los ministros. Es extraordinariamente difícil intentar derivar de un modo concluyente ningún patrón actual de ministerio de los escritos novotestamentarios. Sin embargo hoy en día todo el mundo depende del pastor, y se espera que el servidor a sueldo de la iglesia hable de Dios, pero no los demás.

La iglesia primitiva contaba con que cada miembro fuese un testigo de Cristo y de su presencia y poder resucitados; hoy en día el testimonio goza de poco prestigio comparado con el diálogo, y solamente se espera que lo den, como mucho, algunos ministros dotados y no los laicos comunes y corrientes.

En la iglesia primitiva los edificios no eran importantes: los cristianos no poseían ninguno durante el período de mayor avance del Evangelio. Hoy en día parecen tener toda la importancia. Su mantenimiento consume el dinero y el interés de los miembros, y a menudo los hunde en deudas y los aísla de las personas que no van a la iglesia. La misma palabra «iglesia» ha cambiado de significado: ya no indica una compañía de personas, sino un edificio.

En la iglesia primitiva la evangelización era espontánea: una charla natural de las buenas nuevas. Los cristianos de todo tipo se

entregaban continuamente a ella como algo normal y considerándolo un privilegio. Hoy en día se trata de algo espasmódico, altamente organizado, caro, y por lo general dependiente de las habilidades y el entusiasmo de los especialistas visitantes.

En la iglesia primitiva la práctica consistía en salir adonde estaba la gente y hacerlos discípulos; hoy en día es la de invitar a las personas a venir a la iglesia, donde se encuentran a disgusto, y obligarlas a escuchar sermones. La iglesia actual intenta la aspiración, la invitación y el arrastre; la iglesia primitiva practicaba la explosión, la invasión y la extensión.

En la iglesia primitiva se debatía frecuentemente el Evangelio en las escuelas filosóficas, se discutía en las calles, se hablaba acerca de él en el lavadero. Hoy en día no se discute demasiado en ningún sitio, y menos aún en el terreno secular. Su sitio está en la iglesia, los domingos, y todo debería decirlo un ministro adecuadamente ordenado.

En la iglesia primitiva parecen haber llegado juntas a la fe comunidades enteras, mientras que en la atomizada iglesia occidental el individualismo se ha extendido por todas partes, y la evangelización, como muchas otras cosas, suele alcanzar su clímax en un encuentro entre dos personas.

En la iglesia primitiva el mayor impacto lo hacían la vida cambiada y la calidad de la comunidad entre los cristianos; hoy en día gran parte del estilo de vida de los creyentes casi no se puede distinguir del de aquellos que no profesan la fe de Jesús, y mucha de la comunión de la iglesia se destaca por su frialdad.

Vale la pena reflexionar sobre estos contrastes notables, juntamente con aquellos no menos llamativos relacionados con la eficacia, entre los cristianos primitivos y nosotros. Si queremos tomarnos en serio la evangelización en la iglesia local quizás sería aconsejable que volviéramos a nuestras raíces.

¿QUÉ PUEDE HACER UN PASTOR PARA QUE SU IGLESIA LOCAL SEA UN AGENTE DE EVANGELIZACIÓN?

Puede hacer mucho, pero resultará costoso. Si usted es pastor, ahí van algunas de mis sugerencias acerca de las cosas que se precisan.

Primeramente, debe usted contraer una pasión por la evangelización. Esto, más veces que menos, es algo que se capta, no que se

enseña. Puede captarse del Señor, de la participación en una campaña con otros, de alguien de su congregación ... Pero a menos que tenga usted una pasión por comunicar las buenas nuevas a aquellos que no las conocen, será difícil que movilice a su iglesia.

En segundo lugar, necesita enseñar acerca de ella. Debe usted explicar la importancia que tiene la evangelización, la cual, junto con la adoración, es de algún modo el llamamiento primordial de todos los cristianos. Nosotros no vivimos para nosotros mismos: nuestro cristianismo debe ser contagioso.

En tercer lugar, usted tiene que dar el ejemplo: empezar a predicar de manera evangelizadora de vez en cuando en la iglesia. Debe tratar de ayudar a los individuos para que lleguen a la fe, tanto en su despacho personal como en los cultos con ocasión del nacimiento, la muerte y el matrimonio, los que proporcionan grandes oportunidades para ello. Si usted es un ejemplo de evangelización, por muy torpe que se sienta realizándola, la idea prenderá en la iglesia.

En cuarto lugar, usted necesita revisar el culto de su congregación: ¿La cordialidad, el espíritu de oración, la preocupación por la localidad, la música y los medios de dicho culto convencerían al visitante fortuito de su pertinencia para la vida real? Si no es así, habrá que realizar cambios, y éstos serán resistidos desde dentro.

En quinto lugar, usted deberá formar un núcleo de personas consagradas, renovadas por el Espíritu Santo y con un interés activo en permitirle a éste último que las dirija y gobierne sobre su vida y en la iglesia. Tiene que amar a esas personas, invertir su vida en ellas, enseñarlas y animarlas, puesto que llegarán a ser las tropas de vanguardia para la evangelización.

En sexto lugar, usted necesita ser muy cuidadoso en cuanto a los nombramientos de los cargos para la iglesia: no designe a hombres y mujeres que sean como usted y vayan a estar de acuerdo con todas sus decisiones, sino a otros con distintos dones, que apelen a diferentes clases de individuos. Tres de los cargos clave serán el pastor de jóvenes, el director de música y su propio pastor ayudante. Ustedes deben convertirse en una comunión de líderes, y gozar de una unidad que nazca de la diversidad.

En séptimo lugar, usted debe enseñar a la iglesia la importancia de las armas espirituales que Dios nos ha dado, y no tanto de los recursos materiales que consideramos hasta tal punto indispensables. La oración, la guerra espiritual, la Escritura, la apertura al Espíritu, la santidad, el amor ... esas serán las cosas que harán de su iglesia una iglesia evangelizadora; no la técnica, o las finanzas, o los manuales sobre evangelización, o las campañas de avivamiento.

También usted actuará prudentemente si en el culto hace sitio para la música moderna además de la tradicional: no una en contraposición a otra, sino mezclando ambas. También podría explorar el uso de la danza en la adoración, poner en marcha un taller de teatro, empezar a utilizar más y más las casas --estimulando así la hospitalidad en la causa de Cristo--, y asegurarse de que la literatura cristiana ocupe el lugar apropiado.

Usted tiene que implicar a los laicos consigo mismo en la evangelización; de esta forma ejemplificará la vida corporativa, sacará partido de los dones que ellos adquieran, y extenderá ese entusiasmo que constituye una parte tan atractiva de la evangelización. El equipo puede consistir en una o cien personas (yo con frecuencia utilizo ambas modalidades). Lo importante es compartir la experiencia de la evangelización con uno o más compañeros; de este modo usted estará edificando a su propia congregación al tiempo que sirve a otros.

Ello lo comprometerá inevitablemente con la formación. Aunque otros puedan dar la capacitación real, usted tendrá que asegurarse de que dicha capacitación se lleve a cabo: en lo tocante a cómo hablar, la evangelización personal, la organización, el trabajo con jóvenes y la formación de nuevos creyentes. Esta clase de capacitación puede realizarse mediante la enseñanza, lecturas, dramatizaciones y el aprendizaje, pero es una parte esencial del desarrollo de un ministerio de evangelización en la iglesia. En Inglaterra, la Sociedad Bíblica, Agape (Campus Crusade) y la Unión Bíblica han confeccionado conjuntamente un fascinante cursillo en vídeo llamado *Person to Person* [Persona a persona]. Se trata de un instrumento muy flexible, que utiliza las charlas, el vídeo, el estudio bíblico, la literatura y la experiencia práctica, y está diseñado para «motivar, equipar y movilizar a su iglesia para la evangelización». Este curso no sólo ha ganado un prestigioso premio, sino que ha capacitado con eficacia a miles de personas para la tarea de evangelizar. (Si desea más detalles escriba a *Person to Person*, Box 240, Swindon, SN5 7HA, Inglaterra.)

Como pastor usted podrá explotar al máximo las grandes fiestas de la iglesia, cooperar con otros líderes cristianos de la ciudad en un esfuerzo de evangelización más amplio, sugerir formas en las cuales la congregación podría participar en algunas de las muchas clases de evangelización indicadas en el capítulo 12. Sobre todo, adquirirá usted el instinto del oportunismo santo y llegará a percibir cuándo es posible que una iniciativa sea fructífera en la evangelización. Así esta última se convertirá no en un trabajo rutinario, ni en un proyecto, sino en una forma de vida.

¿QUÉ PUEDE HACER UN LAICO PARA QUE SU IGLESIA LOCAL SEA UN AGENTE DE EVANGELIZACIÓN?

Es algo triste pero cierto que muchos creyentes se sienten frustrados con su iglesia local. Tal vez sea debido a la introversión de ésta, o a su culto, o a la forma que tiene el pastor de ejercer un control férreo sobre todo, o al predominio de una mentalidad de mantenimiento. Hay gente que me ha hablado con lágrimas en los ojos de años de espera y oración para que las cosas cambiaran. En ocasiones su paciencia se ve recompensada, pero otras veces no, por lo que tienden a descorazonarse o a marcharse a otro sitio. Esto resulta triste pero comprensible. No obstante, lo más triste es cuando abandonan toda membresía cristiana activa como consecuencia de su mala experiencia de la iglesia.

Si usted es un laico integrado en una iglesia viva que enfatiza el ministerio de todo el cuerpo de Cristo hacia la localidad circundante, no tendrá ningún problema salvo el de saber dónde invertir su tiempo y sus energías limitadas; pero ¿qué pasa si su iglesia local le resulta decepcionante? ¿Qué puede hacer usted para contribuir a la extensión de las buenas nuevas?

Lo primero es mantener su vida espiritual. Jesús busca ante todo nuestro primer amor: el amor de los recién comprometidos, de la pareja en su luna de miel (Ap. 2.4) ... Es muy importante conservar dicho amor, lo que puede hacerse en parte mediante la oración, en parte mediante la lectura de la Biblia, y en parte con conferencias y libros espirituales. Uno de los mecanismos más útiles y convenientes es buscar a otra persona susceptible de convertirse en su compañero de oración. El estímulo de un amigo puede hacer maravillas en cuanto a mantener nuestra propia vitalidad espiritual cuando no hay mucho en la iglesia que nos aliente.

Pero no pierda la esperanza en su iglesia. ¿Quién sabe? Tal vez Dios esté pensando revitalizarla por medio de usted, y eso jamás podrá suceder si su actitud es crítica y condenatoria. Se precisará de todo su amor, su tacto y su perseverancia; y si el mismo pastor carece de vitalidad esfuércese cuanto pueda por animarlo. Quizá haya experimentado décadas enteras de falta de respuesta a su trabajo y, como consecuencia de ello, perdido su chispa. Es saludable recordar que pocas personas se ordenan hoy en día al ministerio por falsas razones: quieren, o alguna vez quisieron, lo mejor. O tal vez no haya tenido muchos estímulos en su trayectoria profesional,

o recibido una buena preparación, o experimentado demasiados momentos espirituales excitantes que animaran su fe. Su propia vida devocional puede haberse desgastado ... Pero con el amor y el aliento que usted y otros de la congregación, cuya fe arde con llama brillante, le brinden, muy bien podrían ser testigos de un verdadero avivamiento de fe, gozo y utilidad en su pastor. No lo desahucien.

También es posible que los cultos de la iglesia no resulten demasiado emocionantes, pero esa no es razón para que usted deje de asistir a ellos. Puede hacer mucho por propia iniciativa. Esmérese en prepararse bien antes de ir al culto. Decida encontrarse con el Señor sean cuales fueren los obstáculos que tenga a su alrededor. Ore fervientemente, cante con gozo a Dios en su corazón, escuche con atención cuando se lee la Palabra, trate de obedecer aquello que Dios le está diciendo por medio del sermón en vez de criticar los errores del predicador, y esté vigilante para ver a quién puede invitar a comer. Ofrezca sus servicios juiciosamente cuando descubra áreas estratégicas en las cuales le sería posible ayudar. Quizá fuera oportuno presentarse a algún cargo en la iglesia, ya que desde esa posición probablemente podría efectuar cambios. Trate de ser un estímulo para los demás, y con el tiempo se hará acreedor al amor y a la confianza de la gente. Sea fiel a su iglesia, para que la seriedad de su vida cristiana se destaque. Tal vez necesitará retirarse de vez en cuando para un período de silencio, o asistir a otra iglesia con el objeto de participar en la adoración o la enseñanza de su culto vespertino, pero la lealtad y la iniciativa, empapadas en oración y ofrecidas con humildad, muy bien podrían transformar con los años la situación de su iglesia.

Otra área muy obvia pero descuidada es la de cultivar amigos fuera de la iglesia: no se rinda a la mentalidad del gueto. Está usted llamado a ser sal y luz, y como su Maestro a tener muchos amigos entre los marginados y pecadores. Su trabajo, su deporte, sus intereses en el terreno del ocio, todo ello puede ejercer magnetismo. Pídale a Dios que le traiga personas por esos medios tan naturales, y él lo hará si usted se lo permite. Su cordialidad, hospitalidad, entusiasmo por lo que ha encontrado, producirá inevitablemente un interés en la gente y lo pondrá en contacto con buscadores.

En estos tiempos asistimos a una nueva oleada de interés por el impacto de la vida cristiana atractiva como instrumento importante para la evangelización. Lo llaman evangelización por amistad, y se escribe acerca de ello del modo más divertido e interesante en *Fuera del salero*, de Becky Pippert, y *Reinventing Evangelism* [La reinención de la evangelización], de Don Posterski. Si la gente no

se siente impresionada por la clase de personas que somos, no querrá saber qué es aquello que nos hace palpar; pero si la intrigamos, muy posiblemente deseará investigarlo y nos habremos ganado el derecho de hablar. La esencia de ello es la amistad pura y simple: amistad con la gente, venga o no venga a la fe. Y nosotros aportamos a dicha amistad una vibrante, aunque no expresada, amistad con Cristo. Con el tiempo, esta última saldrá a la luz.

Todos podemos pensar en personas así: se ríen de los problemas, su vida ha sido claramente transformada, es divertido estar con ellos, son entusiastas en todo lo que hacen, tienen una proyección hacia afuera, no están siempre absortos en sus propias cosas ... Estos individuos poseen un amor afectuoso, sencillo y práctico; tienen interés por la justicia; se preocupan por los pobres y los que sufren; no están atados a las costumbres pasadas; son unos amigos magníficos.

De eso trata la evangelización por amistad, y es algo que está eminentemente a su alcance por muy inútil que le parezca su iglesia. En realidad constituye una de las mejores formas de evangelizar, ya que resulta personal y auténtica. Se trata de algo absolutamente indispensable para ayudar a nuestros amigos a conocer a Cristo: nosotros mismos debemos estar viviendo cerca de él, y eso sencillamente tiene que manifestarse en nuestro comportamiento. Resulta absolutamente esencial, pero por sí solo es a todas luces insuficiente, ya que ninguno de nosotros podría encarnar nunca de un modo completo todo lo que significa el Evangelio de Cristo, y a menos que estemos dispuestos a hablar y explicar a nuestro amigo el origen de la diferencia que lo intriga, muy probablemente pensará simplemente que somos buenas personas. La verdadera evangelización requiere tanto la presencia como la proclamación cristiana. Estas cosas no son alternativas, sino que van juntas, y juntas traen a otros a la familia.

Así que usted necesita practicar el modo de contar su historia. Todos tenemos una historia de lo que Dios ha hecho en nuestra vida, y si nuestra amistad es real la gente querrá escucharnos hablar de este tema tanto como de cualquier otro. No hay nada de lo que debamos avergonzarnos, ya que se trata de algo bastante poco amenazador para el que escucha y también para nosotros mismos, puesto que, al contrario que en un debate o una discusión, nadie será capaz de negar nuestra experiencia. De manera que, como vimos en el capítulo 10, el testimonio personal constituye una forma fácil y muy natural de iniciar y mantener una conversación que podría ayudar a nuestro amigo a conocer a Cristo.

Hay todo tipo de formas adicionales en las que los cristianos que no tienen mucho apoyo o supervisión pastoral en su iglesia

pueden participar con eficacia en la causa del Evangelio. Es posible para ellos encontrar oportunidades según sus talentos naturales o sentirse atraídos hacia alguna organización paraeclesial. Esto último tampoco deberían considerarlo como una opción peor: a menudo las organizaciones paraeclesiales son las mejores para el trabajo particular que son llamadas a realizar. La obra cristiana en los países musulmanes, por ejemplo, resulta a menudo más eficaz por medio de la literatura y de la radio que por medio de las iglesias locales; y en la universidad, el trabajo eficaz con frecuencia lo llevan a cabo más natural e imaginativamente otros estudiantes que las congregaciones cristianas, las cuales están inevitablemente más alejadas. Si usted ora y entrega sus talentos al Señor, es muy probable que él acepte su oferta. Tal vez usted observe que es muy hábil con los jóvenes, o ayudando a los que salen de la cárcel, o con estudiantes extranjeros, o --como una señora a la que conocí recientemente-- ¡con las reinas de la belleza! Sea cual fuere el don que posee, ofrézcaselo al Señor y él no sólo lo aceptará y le dará a usted gozo y satisfacción al usarlo, sino que lo convertirá en una vía por la que su amor fluya a los demás. ¡Sí, hay muchísimas cosas que un laico cristiano puede hacer aunque las cosas no vayan demasiado bien en la iglesia!

¿QUÉ PUEDE HACER LA VIDA DE LA IGLESIA PARA QUE LA IGLESIA LOCAL SEA UN AGENTE DE EVANGELIZACIÓN?

Una vez más la respuesta es «mucho de muchas maneras». Cualquiera que tenga algo que ver con el aspecto formativo de la vida de la iglesia puede influir en el nivel congregacional.

La calidad del culto dominical es obviamente una prioridad máxima. El llegar con tiempo a la iglesia, prepararse antes del período de adoración, dar una bienvenida sincera a la gente, mostrar hospitalidad por medio de un rato para tomar café después del culto, y muchas comidas congregacionales a las que es posible invitar a los recién llegados, todas esas cosas ayudan a dirigir hacia afuera las actitudes de una iglesia, y por ahí comienza la evangelización. Al planear los cultos, cuestiones tales como los momentos de silencio, la mezcla de himnología y liturgia clásica y moderna, la oportunidad para que los miembros hablen, la imaginación que se imprima a la música y el sermón, el iniciar una escuela dominical para adultos, la formación de un grupo de estandartes para hacer

vistas colgadas para la iglesia que expresen la fe y el amor de la congregación, todas ellas resultan de ayuda. La preocupación por las necesidades sociales y económicas entre los miembros, ciertas ocasiones en las cuales aquellas personas que lo deseen puedan recibir oración después del culto --así como para dar gracias en público cuando dichas oraciones son contestadas--, el desarrollo del ministerio de todos los miembros ... si estas cosas están presentes en la vida de la iglesia es casi seguro que la evangelización seguirá, del mismo modo que el verano sigue a la primavera. Asimismo la gente se quedará después de los cultos hablando y orando unos con otros, y habrá grupos que se congreguen en las casas y que quieran discutir cuestiones relacionadas con su vida cristiana. Los proyectos planeados de antemano --como sermones de evangelización, testimonios al aire libre, conciertos o cenas para invitar a no creyentes-- surgirán por iniciativa de los miembros de la iglesia, siempre que la atmósfera sea la adecuada. Pero dicha atmósfera deberá ser afectuosa y estimulante.

Cuando en una iglesia reina el amor, todo empieza a despegar. Es como el sol que al brillar en nuestro jardín hace que las plantas crezcan. Allí donde hay amor, a los miembros de la iglesia no les importará arriesgarse a cometer errores, sabiendo que ello no tendrá importancia y que los seguirán amando. Un amor como ese se hará contagioso; las puertas del templo no podrán contenerlo; fluirá hacia la comunidad ... El amor verdadero, desinteresado, el amor del Calvario, es muy escaso en nuestro mundo sufriente; y una vez que ese amor del propio Dios se apodera de una congregación, la gente se siente atraída inevitablemente hacia su fuente que está en el mismo Señor. Esa es la evangelización más poderosa y eficaz, y en ninguna otra parte se manifiesta mejor que en la iglesia local. Ahí el impacto del Evangelio se hace visible, a los cristianos los consideran auténticos quienes viven entre ellos, se pueden abordar los temas sociales --cuestiones que todo el mundo conoce porque viven en la localidad--, la gente encuentra un punto focal para el cristianismo y pueden sentirse persuadidos a investigarlo si éste los intriga mucho.

Tengo la convicción de que no hay fuerza evangelizadora más poderosa que una iglesia que ama de veras y está enfocada hacia el exterior. Esta es la clave para la evangelización en una era recelosa de las técnicas dinámicas de venta, y al mismo tiempo muy consciente de la vacuidad del materialismo, el colapso de las relaciones y la brevedad de la vida. Hay una gran hambre espiritual por ahí afuera. No necesitamos hacer que la gente se sienta hambrienta, sino persuadirla de que tenemos pan; y la única forma de conseguir tal cosa es por medio de individuos e iglesias tan llenos

del amor de Dios que éste resulte palpable. La gente lo percibirá en el culto, en la solicitud de los cristianos, lo verá cuando las buenas nuevas se expliquen sobre ese fondo.

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mr. 12.30). Eso es adorar. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mr. 12.31). Eso es evangelizar; y donde mejor se encarna es en una iglesia local a pesar de todos sus defectos. Jesús dijo: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros» (Jn. 13.34). Cuando esto se expresa en una iglesia local resulta profundamente atractivo, ya que, como reconociera Disraeli: «Nacemos para el amor ... Ese es el principio de la existencia y su sola finalidad». John Milton, por su parte, en una ocasión llamó al amor «la llave de oro que abre el palacio de la eternidad». Y esa llave está en manos de toda iglesia local, y fue modelada en la eternidad misma a la cual nos llama a todos nosotros: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3.16).

CUARTA PARTE

APÉNDICES PRÁCTICOS

A

Cursos para indagadores

Michael Green

VENTAJAS

Las ventajas de organizar cursos para indagadores son considerables:

a. Con su disposición de llevar a cabo un curso así, usted demostrará de inmediato que su fe cristiana no tiene nada que temer de una investigación sincera.

b. Atraerá a personas que no se sentarían en la iglesia a escuchar un sermón. Un grupo donde la confrontación abierta y el desacuerdo son bien recibidos resulta muy atractivo para alguna gente.

c. Por lo general reunirá contactos que ha hecho usted mismo u otros que ya tienen una relación estrecha con alguien de la congregación: un marido, una esposa, un novio ... Por lo tanto contará con el respaldo y la oración de otros creyentes.

d. Si usted logra que los miembros de su grupo conozcan a Cristo, probablemente se convertirán en cristianos audaces y elocuentes; en caso contrario dejarán el grupo con mucho más respeto por un cristianismo inteligente del que tenían cuando llegaron.

e. Desafiará a algunas personas muy ajenas a la iglesia, y a menudo tercas e ignorantes del cristianismo, a examinar por sí mismas la evidencia fundamental.

f. Recuerde que de los agnósticos puede decirse lo mismo que de los futbolistas: «Cuanto más grandes son, más estrepitosamente caen.» No debemos por tanto tener miedo de dirigir un grupo así: el Espíritu Santo es muy capaz de transformar a los más difíciles y beligerantes de entre ellos.

PRINCIPIOS

a. *Las relaciones son esenciales*, tanto entre el o los líderes y los miembros del grupo como entre estos últimos unos con otros. Las relaciones cordiales facilitan una discusión provechosa y sincera, y ayudan a evitar las disputas.

b. *La invitación es esencial*. Las personas invitadas tienen que poder sentir que son especiales, que sus opiniones van a tomarse en serio, que no hay nada por lo que tener vergüenza, y que no se ejercerá ninguna presión sobre ellas. A mí a menudo me parece mejor contar sólo con dos cristianos en el grupo: como anfitriones y líderes (es decir, constituir una clara minoría animada y desenfadada).

c. *El objetivo es esencial*. Debería dejarse bien claro antes de que asista la gente que el propósito es evaluar la verdad o la falsedad del cristianismo, así como que el centro de la fe cristiana es Jesús, y que por lo tanto el estudio, por muy amplio que sea, se centrará constantemente en él. No será en absoluto una tertulia acerca de las religiones del mundo. Si no se deja clara la meta a los participantes, y se mantiene ésta durante las discusiones, la coherencia y la utilidad del grupo desaparecerá. Entonces el carácter de descubrimiento dejará paso a la opinión, y la charla impedirá la posibilidad del encuentro con Jesús.

d. *El ambiente de la reunión es esencial*. Hay una diferencia enorme entre reunirse en un frío salón de iglesia o en la atmósfera relajada de un hogar. ¡Abra su casa! Esmérese un poco con los preparativos. Tenga siempre comida y bebida disponibles como símbolo de hospitalidad. Y si la primera reunión puede celebrarse disfrutando de una buena cena, tanto mejor. Su objetivo es el de llegar a conocerse, y no solamente saber qué opiniones tiene cada uno; deben ser compañeros de viaje en el camino de la búsqueda de la verdad, no adversarios que intercambien puñetazos intelectuales.

e. *La Escritura es esencial*. La Biblia tiene poder propio. Como posiblemente ellos no la conozcan, deje claro desde el principio que para investigar la verdad del cristianismo deberán considerar los documentos fundacionales, no necesariamente como «Escritura inspirada», pero al menos como testimonio honrado que cualquier estudiante serio del tema debe considerar. De modo que tenga disponibles algunos ejemplares de una traducción moderna de la Biblia para que ellos puedan tomarlos prestados y estudiarlos. Usted no debe esperar que ellos traigan su propia biblia.

f. *La exposición es esencial*. Tanto ellos como usted mismo deben estar dispuestos a someterse a una exposición sincera para poder avanzar. Dicha exposición será cuádruple:

Primeramente, exposición a la razón. En los debates que seguirán, la gente tiene que sentir libertad para declarar sus propias opiniones sin temor, pero también aceptar que dichas opiniones sean atacadas sin ofenderse por ello.

En segundo lugar, la exposición a la evidencia es decisiva, y el negarse a ella conduce al oscurantismo; de modo que deben estar dispuestos a leer ocasionalmente algún libro o quizá a escuchar a algún orador especial de vez en cuando, y sobre todo a leer uno de los Evangelios, o preferiblemente todo el Nuevo Testamento, mientras realizan esta investigación de la verdad cristiana.

En tercer lugar, deben exponerse a la experiencia. El cristianismo no es una colección de dogmas, sino la adoración de una persona. Los cristianos creen que es posible encontrarse con Cristo tanto individual como colectivamente; de modo que los participantes tendrán que escuchar y sopesar los testimonios de experiencias con Jesús que puedan surgir durante la vida del grupo. En realidad, ellos mismos empezarán a descubrirlo personalmente, y el testimonio de los recién convencidos colegas buscadores tendrá mucha influencia en el resto de los miembros. Por lo menos una o dos veces mientras funcione el grupo, debería instárseles enérgicamente a experimentar la calidad de la vida cristiana en el culto. No es necesario decir que algunas iglesias son mejores que otras para esto.

Por último han de ser expuestos a la oración. No se ande con rodeos al respecto: si hay un Dios vivo, podemos conocerlo y comunicarnos con él. No sienta ninguna vergüenza, por ejemplo, de acabar la reunión con una oración para que Dios se revele y guíe a aquellos que lo están buscando. Al igual que la Escritura, el testimonio y la adoración, la oración también posee una eficaz e implícita autenticidad (e incluso autoridad) que puede hacer avanzar más a la gente en tres minutos que las tres horas de discusión que hayan podido tener en la velada.

g. *El método es esencial*. Aclare que usted moderará la discusión, pero no la dominará. Anime a la gente a asistir todas las semanas con regularidad durante el tiempo limitado del curso. No hay opiniones prohibidas: el orden del día lo constituye la discusión. Sin embargo, como moderador del debate, continúe dirigiendo su rumbo una y otra vez hacia Jesús y la resurrección, las dos áreas de evidencia realmente poderosas del cristianismo.

CURSOS

Sugiero que un curso para indagadores dure aproximadamente ocho semanas: algo más corto sería incompleto y superficial, y algo más largo perdería miembros.

Hay muchas maneras de llevar a cabo un curso así; he aquí cuatro de ellas:

a. Utilice una serie en vídeo tal como *Jesus Then and Now* [Jesús en ese entonces y ahora], de David Watson, a la que nos referimos en el capítulo 11. La idea en este caso es dar veinte minutos de información sobre un tema capital para las tesis cristianas, seguidos de un período de discusión. Antes de cada sesión asegúrese bien de que ha visto usted el vídeo un par de veces, y determine cómo va a manejar el coloquio. Prepare algunas buenas preguntas de diagnóstico en caso de que la discusión se atranque.

A la semana siguiente proyecte el próximo segmento del vídeo referente a algún otro aspecto de la fe o el comportamiento cristiano, y siga con la discusión a partir de allí. Después de unas pocas sesiones la gente estará deseosa de saber más y adquirirá la costumbre de escudriñar la evidencia del Nuevo Testamento; e incluso tal vez quieran unirse a usted en oraciones breves aun antes de haber llegado a una fe explícita en Jesucristo.

b. Utilice un estudio bíblico inductivo. Dick Lucas, ministro de St. Helen's Church, en Bishopsgate, Londres, ha empleado mucho y eficazmente un curso basado en el Evangelio de Marcos y titulado *Read, Mark, Learn!* [¡Lea, marque, aprenda!]

Los Navegantes, una organización cristiana especializada en la evangelización reflexiva de los agnósticos, hacen esta clase de cosas particularmente bien. Yo recomiendo *Evangelism for our Generation* [La evangelización para nuestra generación], de Jim Petersen, que tiene un excelente apéndice con un estudio de investigación paso a paso del Evangelio de Juan, titulado: «Twenty-Four Hours with John» [Veinticuatro horas con Juan], el cual él mismo ha utilizado extensamente. Dicho estudio sería un buen instrumento en sus reuniones, o podría inspirarlo a usted para elaborar un curso propio semejante.

c. Haga inductivo todo el procedimiento. Comience la primera sesión con presentaciones, deje claras las reglas básicas, y luego diga: «Muy bien, veamos ahora cuál es el obstáculo más serio que tiene cada uno de nosotros para convertirse en un discípulo comprometido de Jesucristo. ¿Qué cosa en especial, si pudiera resolverse a satisfacción suya, lo dejaría libre para responder a las exigencias de Jesús?»

Si lo presenta de una forma parecida a esta, probablemente evitará la palabrería que surgiría de otra manera, concentrará los pensamientos de la gente en aquella cosa realmente importante que les resulta un obstáculo, y mantendrá rigurosamente delante de ellos el objetivo del compromiso cristiano hacia el cual espera usted sin rubor alguno dirigirlos. Muéstrese alegre y sin complejos en lo tocante a su propia fe cristiana y al deseo de compartirla: «Díganme ustedes lo que no creen --exprese--, y yo les diré aquello que creo acerca de Jesús y por qué.»

Ellos presentarán todo tipo de ataques contra la hipocresía y los errores de la iglesia, así como una variedad de resentimientos adicionales. Muchos de estos últimos estarán de sobra justificados, lo cual, naturalmente, debe reconocerse. Es muy posible que la iglesia los haya defraudado; algunos cristianos pueden ser hipócritas; sus oraciones tal vez no hayan recibido respuesta; quizás les dieran demasiada «religión» en su infancia ... etc. Pero confróntelos constantemente con Jesús y con las razones que tenemos para creer quién es él, lo que ha hecho por nosotros y cómo podemos conocerlo.

Puede usted dedicar una o incluso dos sesiones a limpiar el terreno de zarzas de esta clase; pero una vez hecho esto es posible que se le ocurra media docena de temas decisivos que la gente ha suscitado y los cuales pueden abordar de manera ordenada en las semanas siguientes, asegurándose de tratar la evidencia principal acerca de la existencia de Dios, la persona y la obra de Jesús, la resurrección y los pasos para llegar a la fe.

d. Planee su propio curso --tal vez como se indica a continuación-- y llámelo algo así como: «Preguntas interesantes».

PREGUNTAS INTERESANTES

Primera semana:

«¿por qué hay que creer en algo?»

El énfasis aquí está en la bienvenida, la cordialidad y la franqueza. Haga que cada persona se presente y exprese su principal dificultad para llegar a ser cristiana. Hable durante algunos minutos sobre la esencia del cristianismo auténtico y cómo lo encontró usted. Anímelos a buscar: «Buscad, y hallaréis.» Pida a cada uno que lea un Evangelio entero sin prejuicios durante el transcurso de las dos semanas siguientes.

Y concluya tal vez la velada examinando el carácter de la fe. El Dr. James Sire hace esto de un modo muy eficaz por medio de

seminarios de discusión sobre «¿Por qué hay que creer en algo?», los que podrían adaptarse muy bien para esta reunión. Todo el mundo cree en alguna cosa, pero ¿por qué *tendrían que creer* lo que creen?

Obtenga inductivamente del grupo dos temas importantes que aportarán mucha claridad a las discusiones subsiguientes. El primero es ¿por qué cree la gente? Y la respuesta puede ser sociológica («Porque fui educado de esa manera»), psicológica («Como reacción contra mis padres»), filosófica («Me parece la posibilidad más razonable») o de otros varios tipos. El segundo tema es el más importante: ¿por qué debería creer la gente? Todas las razones menos una pueden considerarse inadecuadas. La única base suficiente para la creencia es la verdad.

Pase luego a explicarles que sólo debería creerse en el cristianismo si éste es cierto, que esta es precisamente la pretensión de la fe cristiana, y que hay formas de comprobarlo. Sire da siete de esas pruebas: el inherente atractivo de Jesús, la lógica y la coherencia interna de la visión cristiana de la realidad, la capacidad explicativa de la cosmovisión evangélica, la evidencia empírica de la fiabilidad del Nuevo Testamento, la obvia precisión de la presentación bíblica de los seres humanos y sus problemas, el testimonio de la iglesia cristiana a través de los siglos (hay prácticamente un Hospital San Lucas en cada país del mundo), y la declaración de los adeptos al cristianismo en cuanto al poder transformador de éste. Pero no tiene por qué utilizar las evidencias que da Sire: cree las suyas propias. De cualquier modo esa sería una forma eficaz de terminar la primera velada.

Segunda semana: «¿hay alguien ahí?»

Habrà mucha discusión procedente de la semana anterior, pero al abordar el tema del día esboce las opciones acerca de Dios. ¿Optarán los indagadores por el ateísmo, el politeísmo (como los antiguos romanos), el animismo (tomando ejemplo de los adoradores de espíritus) o el monismo (como los seguidores de la Nueva Era y los hindúes)? No cese de preguntarles qué sistema de creencias proporciona la mejor explicación de los seres humanos y de nuestro mundo. Reconozca que el pluralismo, la falta de significado, el sufrimiento y el éxito tecnológico, todo ello ha embotado la creencia en Dios, pero sugierales siete hechos que, tomados conjuntamente, hacen muy probable la creencia en un Dios personal:

a. El hecho del mundo. ¿A qué se debe que haya vida aquí? Si es a la casualidad, ¿cómo explican el principio de la causa y el efecto evidente por todas partes?

b. El hecho del diseño en el mundo. El diseño es aún más notable en la naturaleza que en los artefactos que crean los inteligentes humanos. «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal. 19.1).

c. El hecho de la personalidad. Una persona viva es completamente diferente de un cadáver o un robot. ¿Puede lo personal tener como origen lo impersonal? ¿O lo superior (la personalidad humana) proceder de lo inferior (la materia bruta desprovista de todo Creador)?

d. El hecho de los valores. Todos tenemos valores, lo expliquemos como lo expliquemos. ¿Cómo pueden obtenerse valores del tiempo, la casualidad y lo impersonal? Y eso es lo que nos queda si no hay Creador.

e. El hecho de la conciencia. La conciencia es algo universal, por mucho que argumentemos contra ella; y aunque no se trata de una guía infalible, apunta hacia modelos que «deberíamos» (es decir, «lo debemos» ... aunque no sabemos a qué o a quién) guardar. Es algo que no se puede explicar como un mero condicionamiento social, ya que a menudo nos señala lo que debería ser apartándonos de lo que es. Esta ley interna sugiere enfáticamente la existencia de un Legislador.

f. El hecho de la religión. El hombre es un animal religioso: debe adorar a Dios o crear su propio ídolo; y esto siempre ha sido así. El instinto religioso universal ¿es el único de los que poseemos que no tiene ninguna realidad para satisfacerse? Siendo así, ¿cuál es la razón de su predominio y su poder?

g. Pero un Creador inteligente, personal, moral, la fuente de los valores, que se preocupa por nuestro culto y compañerismo, sigue siendo un Dios desconocido a menos que decida revelarse. Esto es lo que ha hecho en Jesucristo (Jn. 1.1-5, 14; He. 1.1-2; Col. 2.9).

¡Estas cosas deberían estimular la discusión! Dígales que la semana siguiente pasará a hablar acerca de Jesucristo.

Tercera semana: «¿quién es Jesús?»

Hay tanta basura a la venta o a la vista hoy en día acerca de Jesús, que es muy posible que usted tenga que establecer la existencia del fundador del cristianismo basándose en fuentes seculares, tales como *Anales*, de Tácito (15.44), *Antigüedades*, de Josefo (18.3), y *Claudio*, de Suetonio (25). O puede que quiera prestarles algún libro que los guíe oportunamente a la evidencia no cristiana acerca del Señor. El hecho de que Jesús existió y fue crucificado es incontrovertible, pero el quid de la cuestión está en: ¿Fue algo más que un mero hombre?

Los judíos, el pueblo original en medio del cual él vino, eran apasionadamente monoteístas --no había gente en el mundo más difícil de convencer de que él fuera algo más que un hombre--, y sin embargo llegaron a convencerse debido a cuatro factores:

a. Su carácter. Ha dominado a la humanidad desde aquellos días hasta hoy, atrayendo igualmente a hombres y mujeres, jóvenes y viejos, de todo tipo y nacionalidad. Hábleles de su equilibrio, sus cualidades, su atractivo ... ¿Qué hay en su herencia y entorno que pueda explicar un carácter así?

b. Su enseñanza. Es la más maravillosa que el mundo haya conocido jamás. Ni antes ni después ha surgido nada semejante: su autoridad, su agudeza, su profundidad, su claridad ... la diferencian de cualquier otra doctrina. Tome el Sermón del Monte, y expóngalos a alguna de sus partes, especialmente a su conclusión.

c. Su comportamiento. El enseñó las normas más altas de conducta, y, a diferencia de cualquier otro ser humano antes o después de él, las cumplió. Jesús afirmó no tener pecado, y cada hebra del Nuevo Testamento indica que sus seguidores, quienes lo conocieron íntimamente, estaban de acuerdo con eso. Aun sus enemigos --Judas, Pilato y los fariseos-- no pudieron sostener ninguna afirmación alternativa.

d. Sus milagros. Estos no causan ningún apuro a los cristianos. No se hicieron nunca por motivos egoístas y están insertados en casi todas las ramas de la tradición acerca de Jesús, que se remontan hasta unos pocos años después de su vida. También tienen su confirmación judía. Dichos milagros no demuestran su deidad, pero resultan muy coherentes con ella. No obstante todos los milagros de su vida son secundarios respecto de su encarnación y resurrección.

e. Su cumplimiento de la profecía. Las diferentes elementos del Antiguo Testamento se cumplieron en él: el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios, el Hijo de David, el Siervo Sufriente, Melquisedec; el profeta, sacerdote y rey definitivo; uno mayor que el templo, uno mayor que Moisés, uno mayor que Salomón, etc. Incluso se lo presenta como el que sustituye la tora y como la personificación de la gloria *shekinah* de Dios. Esa pretensión de cumplimiento concentrada en un solo individuo no tiene parangón. Y muchas profecías se referían a su nacimiento y su muerte, las dos áreas de la vida en las que es más difícil un cumplimiento simulado.

f. Sus pretensiones. El pretendía que Dios era su «Abba» (una relación filial totalmente única), y reclamaba el derecho a perdonar los pecados, recibir adoración, levantarse de la tumba, juzgar a la humanidad: a ser el camino a Dios, la verdad acerca de Dios y la

encarnación de la misma vida de Dios. ¿Cómo debemos considerar unas pretensiones como estas?

g. Su muerte. El carácter desinteresado que tuvo, el sacrificio que representó, su capacidad de llevar los pecados, la victoria que consiguió ... atrajeron a Jesús a toda clase de personas y todavía lo hacen. El hecho de que alguien así aceptase voluntariamente esa suerte, y la interpretación que le dio, los convenció. Y la resurrección fue el colofón de dicha muerte. De ella se ocuparán la semana siguiente. Mientras tanto resulta pertinente la pregunta que hizo Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Cuarta semana: «¿es la resurrección sólo una bonita historia?»

La resurrección es lo esencial del cristianismo. Ella nos capacita, por encima de toda otra cosa, para determinar si Jesús era o no era algo más que un hombre. Si la resurrección es cierta, él se diferencia de todos los demás; si es falsa, toda la fe cristiana se viene abajo.

Mientras consideran la resurrección, tal vez usted tenga que abrirse paso a través de distintos tipos de prejuicio. El prejuicio científico quizás haya convencido a los miembros del grupo de que los milagros no existen; el prejuicio teológico puede haberles sugerido que los orígenes del Domingo de Pascua están envueltos en un inescrutable misterio; el prejuicio personal es posible que les haya impedido examinar la evidencia ... De manera que llévelos a ésta. Fundamentalmente hay dos cuestiones importantes que abordar.

Primera, ¿es verdad?

Cinco hechos coinciden y apuntan en la misma dirección:

a. Jesús estaba muerto. Su ejecución pública, el atestado del centurión, la sangre y el agua, el que Pilato cediera el cuerpo a sus seguidores después del ajusticiamiento, todo ello indica que no puede hablarse de ninguna «conspiración pascual». Jesús estaba realmente muerto. Los romanos eran expertos en crucifixiones, y sus víctimas no sobrevivían.

b. La tumba estaba vacía. En esto concuerda todo el mundo, ya fuera algo debido a una intervención divina o humana. En el segundo caso lo habrían hecho bien los amigos de Jesús o sus enemigos. Sus amigos no pudieron ser: eran psicológicamente incapaces de ello y no hubieran podido sobrepasar la piedra del sepulcro ni la guardia. Y sus enemigos no lo harían de ningún modo: estaban muy contentos con que hubiera muerto, y no

pensaban perturbar esa situación. La única alternativa es que Dios haya resucitado a Jesús de los muertos, lo cual es coherente con la tumba vacía, el estado de las prendas mortuorias, la huida de la guardia y el nacimiento de la fe pascual.

c. Nació la iglesia. En un principio los discípulos no tenían nada que los distinguiera del judaísmo ortodoxo salvo sus convicciones acerca de Jesús y la resurrección. Las tres innovaciones principales --el bautismo, la eucaristía y el domingo-- son todas incomprensibles si él no resucitó.

d. Jesús apareció durante un período de cuarenta días a una amplia muestra de gente: los doce, Santiago, Pablo, Tomás, los quinientos, María Magdalena y la virgen María, su madre. Ninguna teoría sobre alucinaciones soportará una investigación meticulosa; las apariciones del Resucitado no tienen paralelo alguno en la historia.

e. La vida de aquellos que se encontraron con Jesús después de la resurrección fue transformada. Y lo mismo sucede con la de quienes entran en contacto con él hoy en día. Ninguna teoría de «mito» resulta convincente.

Estas cinco hebras de evidencia apuntan en la misma dirección, y su impacto es acumulativo: la seguridad de que Jesús ha resucitado y está vivo no se ha hecho más y más utópica y remota en los siglos subsiguientes, sino que se ha profundizado y extendido por todo el mundo. Hoy en día un tercio de la humanidad afirma suscribirlo.

Segunda, ¿es pertinente?

La resurrección tiene pertinencia en tres áreas:

a. El área de la mente. Contesta a nuestras preguntas más profundas tales como: «¿Existe Dios?» (Ro. 1.4), «¿Llevan a Dios todas las religiones?» (Jn. 14.6) y «Después de la muerte ... ¿qué?» (1 Co. 15.20).

b. El área del corazón. Habla a nuestra situación humana de remordimiento (Hch. 2.36; 10.40), depresión (1 P. 1.3), miedo (2 Ti. 1.12; Ro. 8.32), soledad (Mt. 28.18-20) y derrota moral (Fil. 4.13).

c. El área de la voluntad. Necesitamos tomar una decisión informada acerca de Cristo basándonos en la resurrección. Muestre a los integrantes del grupo la lógica (y el trasfondo) de Hechos 17.31.

Quinta semana: «¿qué dice usted...?»

Es conveniente tener algo bastante distinto para esta semana. Les ha estado usted dando mucha información, aunque de un modo

inductivo y por medio del coloquio. Ahora ha llegado el momento de estudiar principalmente dos o tres cosas dejando que los miembros del grupo lleven la voz cantante.

Primeramente, la semana anterior quizá debería haberle pedido usted a uno de ellos que intentase replicar a un libro como *Cristianismo básico*, de John Stott, o *¿Quién movió la piedra?*, de Frank Morrison. El o ella podría ocupar la primera parte de la velada tratando de refutarlo, y contestando las preguntas que le hicieran los otros presentes.

O también, si para entonces algunos de los miembros han llegado en realidad a la fe, usted podría animarlos a que lo dijese; eso produciría un tremendo impacto y dirigiría a los demás en la misma dirección a pesar de su escepticismo inicial.

Otra posibilidad es pedirles la semana anterior que enumeren los obstáculos sobresalientes que encuentran aún en el camino de la fe. Luego deberá prepararse usted para responder a ellos cuando se celebre la reunión. Así sabrá que está dando en el clavo, puesto que no hace sino contestar sus propias preguntas. Y eso también les proporcionará la sensación de que se los toma en serio. Yo siempre intento dar lo más posible la razón --con integridad-- a quien interroga. Seguro que hay parte de verdad en lo que dice, y si puedo reconocerlo eso lo ayudará a él a aceptar mi respuesta a la cuestión en la que se atasca.

De cualquier modo, esta semana, la maneje usted como la maneje, es una semana importante para ver cómo está yéndoles a la gente con el curso y qué movimientos ha habido desde las posturas iniciales manifestadas con vigor en la primera sesión. También usted se dará cuenta de que cuanto más trabajo de preguntas y respuestas realice, tanto más tenderán ellos a argumentar en contra de los puntos débiles expresados por sus propios compañeros; de modo que no se trata de usted y el otro líder contra los demás, sino de una búsqueda auténtica y compartida de la verdad, unida a la renuencia general a tolerar argumentos poco sólidos vengan de donde vinieren. Y recuerde: Si resulta usted rebatido en algún punto, sea siempre generoso para reconocerlo y rápido para pedir perdón o retractarse, según el caso.

Sexta semana: «¿pero y qué pasa con...?»

Si todavía no han surgido es hora de abordar dos de las principales objeciones intelectuales a la fe cristiana: ¿Qué pasa con las otras religiones? y ¿qué pasa con el problema del sufrimiento?

Tal vez usted quiera referirse a los capítulos 3 y 7 para una reflexión más completa sobre estos puntos. Recuerde que esas dos

cuestiones pueden ser problemas imponentes que impidan a la gente llegar a la fe o impresionantes cortinas de humo para ocultar la verdadera razón por la que no quieren convertirse a Cristo. De manera que sea sensible a la dinámica del grupo y de los miembros individuales, hable con la mayor seriedad, sea cortés, sincero, bíblico y prepárese para escuchar.

«¿Acaso no llevan a Dios todas las religiones?»

Todas las religiones ciertamente dan testimonio de la necesidad universal de Dios y del hambre que a veces sentimos por él (Hch. 17.27). La mayoría de las religiones refleja algo de verdad; sin embargo, aunque ampliamente sostenida, la idea de que todas ellas son muy parecidas y van por el mismo camino resulta ridícula.

En primer lugar, esa idea está probablemente poco informada. Si el miembro de su grupo supiera bastante acerca de otras religiones no saldría con una opinión tan simplista. Será interesante indagar lo que ellos conocen en realidad sobre cualquier otra fe, y luego contrastarlo con lo que la Biblia enseña acerca de Dios y del hombre.

En segundo lugar, esa idea es ciertamente ilógica. Al compararlas entre sí, las religiones del mundo resultan contradictorias en casi todos los temas que enseñan. Tienen doctrinas contrarias en cuanto a Dios, al ser humano, el pecado, la salvación, la ética y el destino. Son incompatibles, no en cuestiones periféricas sino en lo fundamental. El hinduismo es politeísta; el cristianismo monoteísta. El budismo es ateo, mientras que la religión cristiana cree en un Dios personal. El cristianismo confiesa a un Dios que se ha revelado a sí mismo en la encarnación y expiación amorosas de Jesús, su Hijo; el islam repudia tal cosa con vehemencia, no cree en la expiación por los pecados (uno debe deshacerse de ellos en el infierno) y tiene claro que Dios nunca se revela a *sí mismo* sino revelasólo sus mandamientos. En el monismo oriental, el destino de uno consiste en ser eliminado como individuo sensible, y después de muchas reencarnaciones incorporarse al Uno o Mónada; en el cristianismo, el fin es ser resucitado a la vida eterna, donde se conoce a Dios y se disfruta de él eternamente. Por mucho que esforcemos nuestra imaginación, esos «camino» diferentes no pueden llevar a un mismo destino; y cuanto más sepa el grupo de las doctrinas de otras religiones, tanto más claramente resaltará la falta de lógica de esta aseveración.

En tercer lugar, esa idea es espiritualmente imposible por dos razones. La primera es que los seres humanos jamás podemos

llegar a comprender plenamente, por mucho que nos esforcemos, a ese Dios inescrutable que nos hizo a nosotros y al universo. Si logramos saber algo acerca de él, será porque él mismo lo ha revelado. Y *Dios lo ha hecho*: en los libros gemelos de la naturaleza y la Escritura.

Más aún, nosotros somos finitos y él infinito; nosotros pecadores y él santo. La mentalidad de supermercado respecto a las religiones enmascara el hecho de que la persona no ha empezado a reconocer su bancarrota delante de un Dios santo. Lleve a esa clase de personas a Jeremías 17.9; Romanos 3.10-20; Mateo 7.21-27 y Lucas 13.3. Hágales recorrer las porciones éticas del Sermón del Monte (Mt. 5-7) o los Diez Mandamientos (Ex. 20); eso puede que acabe con su presunción y las lleve a humillarse delante del Dios santo que les ofrece misericordia.

A menudo resulta muy útil enfrentar al grupo con las claras pretensiones de Jesús y de los primeros cristianos: éstas tienen un poder inherente (véase Mt. 7.22-23; 11.25-30; 25.31-46; Mr. 8.27-38; 14.61-62; Lc. 4.16-21; 14.12-24; 19.1-10; Jn. 1.14, 18; 3.10-21; 10.7-8; 11.25; 14.6; etc.). No es extraño que los apóstoles estuvieran convencidos de lo que dice Hechos 4.12.

Otras religiones *no* llevan igualmente a Dios. Pero prepárese para enfrentarse con una objeción más sobre este polémico tema. Ellos muy bien pueden decir: «Si usted tiene razón, todas las demás religiones están equivocadas.» No del todo: puede haber mucho en dichas religiones que sea bueno y verdadero, pero al lado del Evangelio de Cristo son como velas comparadas con el sol. En todas ellas juntas usted no podrá encontrar ninguna luz que no encuentre en Jesús, y verá en ellas muchas cosas indignas. En ninguna otra parte oír hablar de un Dios personal que lo aprecia tanto que vino a buscarlo, se dejó crucificar por usted (a pesar de su rebeldía), se levantó triunfante sobre el pecado y el sufrimiento, y le ofrece nueva vida ahora y en el futuro. Compare Génesis 11.1-9 con Juan 14.6: es el contraste entre la religión centrada en el hombre que trepa ineficazmente hacia Dios, y la salvación cuyo centro es Dios, el que desciende en forma personal hasta el hombre.

«No puedo creer en Dios con todo el sufrimiento que hay en el mundo»

Ya hemos considerado este problema con cierto detalle en el capítulo 7. Tal vez usted pueda hacer que los miembros de su grupo lean (o resumir usted mismo) el libro *Making Sense Out of Suffering* [Interpretar el sufrimiento], de Peter Kreeft, el cual proporciona

pistas sacadas de los profetas, los artistas y los filósofos, antes de enfrentar al lector, no con la respuesta al sufrimiento, sino con Aquel que responde al sufrimiento: el varón de dolores experimentado en quebranto.

Podría usted considerar con el grupo las limitaciones que tiene que afrontar un Dios amante y poderoso en esta área del sufrimiento. En primer lugar, la naturaleza de nuestro planeta, con sus leyes físicas, biológicas y morales que producen inevitablemente sufrimiento si son quebrantadas; en segundo término, la existencia de Satanás, el gran artífice externo de la perversidad y la aflicción (deséchelo a él y la explicación bíblica del sufrimiento se hace increíble); en tercer lugar, el hecho del libre albedrío y de su mala utilización, que es responsable de nueve décimas partes del sufrimiento mundial; y en cuarto y último, esa misteriosa trama en la que cada ser vivo se alimenta de su inmediato inferior (y en realidad el tejido de la vida entera). Nuestro mundo, un mundo desfigurado por la caída, tiene como característica la interdependencia.

Y desde luego deberá usted considerar también con el grupo el centro mismo de la respuesta bíblica al mal y al sufrimiento. Dicha respuesta se concentra en Jesús: el Jesús crucificado y resucitado. Nuestra mirada, tan confundida por el mal y el dolor, necesita fijarse en la cruz del Hijo de Dios, la cual manifiesta varias cosas esenciales.

Primeramente, la paradoja definitiva del sufrimiento inocente. Nunca fue dicho sufrimiento tan absoluto y escandaloso como en el Calvario. Dios ha sentido la angustia del sufrimiento desde su interior.

En segundo lugar, el hecho de que Dios no sea en modo alguno extraño al dolor. El ha tomado de su propia medicina, y nos entiende porque ha pasado por ello con una intensidad que nosotros jamás podremos compartir.

En tercer lugar, el continuo amor del Padre por el Hijo en esa cruz indica que, aunque nosotros no lo sintamos en tiempos de angustia profunda, dicho amor está siempre presente. Dios sigue amando a través del dolor, y éste no constituye un signo de su rechazo.

En cuarto lugar, la cruz demuestra que Dios utiliza el dolor y el sufrimiento. Lo emplea para alcanzarnos, enseñarnos, prepararnos para el servicio a los demás y refinar nuestros caracteres. El usa el dolor, aunque no lo disponga deliberadamente.

En quinto lugar, la cruz nos muestra a Dios atacando la raíz del mal y de la aflicción al hacerse responsable personalmente por la maldad humana, la fuente última de tanta parte del sufrimiento en el mundo.

En sexto lugar, la cruz y la resurrección presentan a Dios triunfando sobre el dolor y la maldad. Gracias al Domingo de Resurrección, Romanos 8.17-23, Apocalipsis 21.4 y Filipenses 1.29 no son inverosímiles, sino conclusiones sensatas y realistas de la victoria del Viernes Santo y del Domingo de Pascua.

Pregunte a su grupo si no constituye esto la explicación más noble del sufrimiento y el mal que jamás hayan conocido, aunque sea incompleta. Inquiera de ellos si no pueden con toda confianza entregar su vida a un Dios que los ama hasta ese punto y está dispuesto a soportar tanto por ellos. Una manera adecuada de concluir la noche sería leyendo y meditando Isaías 53, tal vez con el colofón de 1 Pedro 2.21-25 y 3.17-18.

Séptima semana:

«¿qué significaría ser cristiano?»

A menudo la gente que piensa en la vida cristiana se frena por dos dudas fundamentales: ¿Cuál sería el costo? ¿Podrían estar seguros? No quieren comprometerse irreflexivamente a algo que les parece extremadamente importante, ni tampoco arriesgarse a un esfuerzo baldío.

¿Cuál sería el costo?

Hágales ver que todo lo que vale la pena en esta vida tiene un precio, y el discipulado cristiano no constituye una excepción: «La entrada a la vida cristiana es gratuita, pero la suscripción anual te cuesta todo lo que posees.» Esto se debe a que ser cristiano significa seguir a Jesús, lo cual resulta costoso. Siempre ha sido así. Asegúrese de discutir con ellos el precio que habrá que pagar.

La vida cristiana les costará sus pecados. El arrepentimiento verdadero es esencial, tanto al principio como en años sucesivos, y consiste en un cambio deliberado de dirección y en entregarle a Cristo las llaves de nuestra vida, dejándolo a él que arregle el desaguisado. Hacer limpieza es cosa suya; nuestro cometido es permitirselo. Ese «permitir» constituye una parte esencial del arrepentimiento.

La vida cristiana les costará su egocentrismo. Jesús se convierte en Dueño, y eso es costoso. El llega a ser el Señor de cada aspecto del matrimonio o de la vida célibe, del trabajo o del desempleo, de la vida o de la muerte, de la riqueza o de la pobreza ... Cristo nos guiará solamente si nos rendimos a él y confiamos en su persona de todo corazón. Esto significa nada menos que un cambio en el control central: nosotros abdicamos y él toma las riendas del gobierno.

La vida cristiana les costará su independencia. Hasta aquí les ha parecido oportuno impulsar ellos mismos su propia canoa y mantener el mito de la independencia y de una comparativa invulnerabilidad, pero eso se acabó: los cristianos son miembros de un cuerpo, ovejas de un rebaño, ladrillos de un edificio, ramas de un árbol ... Para un cristiano no existe nada semejante a la independencia espiritual. Nuestro sitio está en la familia de Dios, y eso significa que hay que dedicar tiempo a cultivar las nuevas relaciones tanto con el Padre como con los hermanos y hermanas. En resumen: quiere decir que la vida devocional (la oración, la lectura bíblica, el permanecer en Cristo) tendrá que ser nivelada con la vida congregacional (la iglesia, la Santa Cena, la comunión informal), y esto se traducirá en alguna forma de servicio costoso y desinteresado a los demás.

La vida cristiana les costará su silencio: Jesús dejó claro que si no lo confesábamos delante de los hombres, él tampoco nos confesaría como seguidores suyos delante de su Padre celestial (Mt. 10.32-33). El quiere que seamos como una vela sobre el candelero, no escondida debajo de la cama (Mt. 5.15-16). Cristo espera que sus soldados vistan el uniforme, que en sus barcos ondee su enseña ... y en ocasiones eso resultará muy incómodo.

La vida cristiana les costará su existencia tranquila. Se verán atacados implacablemente por los deseos de la carne, las presiones del mundo y la oposición directa del diablo. Cristo les proporcionará el poder para enfrentarse a todo ello, pero seguro que esas cosas vendrán.

Ese es el precio de ser cristianos. No obstante, los miembros del grupo deberían reflexionar también sobre el costo de volverle la espalda a Jesús: perder su perdón, su poder, su compañerismo, el propósito que él da a la vida y el destino que ofrece después de la muerte.

¿Podrían estar seguros?

Esta es la otra pregunta que mantiene a mucha gente en la periferia del Reino de Dios. Muéstrela al grupo, con el Nuevo Testamento en la mano, que Dios no quiere que seamos agnósticos en esta cuestión esencial: la Trinidad entera se asocia para dar seguridad a los creyentes sobre su posición ante el Dios todopoderoso.

Está la palabra de Dios Padre: «justificados», «absueltos» (véase Ro. 8.1 y 1 Jn. 5.10-13). Dios nos da su palabra y él no puede violarla.

Está la palabra de Dios Hijo (véase Jn. 3.16 y 1 Jn. 3.9-10). El se hizo responsable de todos los pecados de cada pecador en el mundo entero. Aquellos que le entreguen su vida en una confianza

agradecida jamás serán acusados de nuevo de esos pecados: «Consumado es» (Jn. 19.30).

Y está el testimonio de Dios Espíritu Santo (Ro. 8.16-17). El deja sentir su presencia (1 Jn. 3.24), y lo hace de varias maneras. Hay toda una lista de ellas en 1 Juan:

Dando una nueva sensación de perdón (2.1-2)

Dando un nuevo deseo de agradar a Dios (2.5-6)

Dando una nueva actitud hacia los demás (3.10, 17)

Dando un nuevo aprecio por la comunión cristiana (3.14)

Dando un nuevo poder sobre el mal (3.6; 4.4)

Dando nuevo gozo y confianza (1.3-4; 5.20)

Dando una experiencia nueva de oración contestada (5.14-15).

Estas cosas no crecen todas de inmediato en el jardín de nuestra vida, pero cuando el sol del Espíritu toca la tierra fría tienden a brotar. No basta con que nosotros sintamos o esperemos ser discípulos de Cristo a pesar de nuestra indignidad (la cual seguimos conservando); tenemos que *saberlo*. De ahí la seguridad de 1 Juan 5.13.

Octava semana: «¿cómo llegar a ser cristiano?»

Tal vez hubiera sido de ayuda haber dado un ejemplar de *Cómo llegar a ser cristiano* a cada miembro del grupo que lo deseara al acabar la séptima sesión, y en esta última velada centrar la discusión en dicho libro. Valdría la pena también tener una comida de celebración juntos y una evaluación sincera de lo que ha significado el curso para cada uno del grupo.

El líder deberá entonces dejar claro como el agua el camino a Cristo y permitir que el desafío de entrega a él penetre hasta lo más hondo.

En el capítulo 9 he dado una explicación detallada del papel de «comadrona» cristiana en la asistencia al nacimiento de nuevos hijos. Este es el momento en el que su propia sensibilidad y su manera favorita de presentar las buenas nuevas será lo más acertado. Anteriormente sugerí dos bosquejos sencillos (capítulo 10). El primero de ellos es:

Arrepiéntete ... no sólo de tus pecados, sino del gran pecado de la rebeldía orgullosa y por haber mantenido al Señor a distancia durante tanto tiempo.

Comprende ... lo que él ha hecho por ti por medio de Belén, el Calvario, el Domingo de Pascua y Pentecostés.

Reflexiona ... sobre el costo del discipulado, que implica compromiso

de por vida, declararse cristiano públicamente, ocupar un segundo lugar respecto de Jesús, integrarse en una iglesia, trabajar para Dios. *Recibe ...* no sólo la verdad en tu mente, sino el Espíritu del mismo Jesús en tu corazón y tu vida.

O también podría explicárseles que hay esencialmente cuatro pasos para llegar a una fe personal, los cuales son tan fundamentales como el abecé:

Algo que *admitir ...* nuestro fracaso en amar a Dios y obedecerle; y la delicada situación en la que eso nos ha colocado: de alejamiento de Dios y de esclavitud al pecado.

Algo que *creer ...* la venida, la muerte y la resurrección del Hijo de Dios, y el don de su Espíritu, para sacarnos del apuro en que nos encontramos. Algo que *considerar ...* el costo del discipulado: compromiso de por vida, declararse cristiano públicamente, ocupar un segundo lugar respecto de Jesús, integrarse en una iglesia, trabajar para Dios se tenga el empleo que se tuviere.

Algo que *hacer ...* la salvación no puede ganarse, pero debe recibirse; de otro modo no nos sirve de nada. Tenemos que decirle «sí» al Señor que nos dice «sí» a nosotros. Hemos de hacer sitio para que su Espíritu entre y en realidad pedirle que venga y tome el control.

Entre los versículos útiles pueden incluirse los siguientes:

Sobre la necesidad ... Romanos 3.23; 6.23; 1 Juan 1.5-6; Isaías 59.1-2; Juan 8.34; juntamente con las implicaciones de Mateo 22.37-9 y Santiago 2.10.

Sobre lo que Dios ha hecho ... Mateo 1.21; Romanos 5.8; 1 Pedro 2.24; 3.18; Isaías 53.6; Juan 8.36; 1 Pedro 1.5; Filipenses 4.13.

Sobre el costo del discipulado ... Mateo 6.24; Gálatas 2.20; Romanos 10.9-10.

Sobre el paso de fe ... Juan 1.12; 3.16; Apocalipsis 3.20; 1 Juan 5.11-13.

Usted ya ha explicado el cómo y forcejeado con los problemas intelectuales. A lo largo de esas ocho semanas ha tratado constantemente de traerlos otra vez a Jesús y a la resurrección. Quizás haya descubierto con delicadeza, en conversaciones privadas, los pecados personales que a menudo constituyen la verdadera razón para rechazar el cristianismo. Y ahora debe desafiar a cada uno de los miembros del grupo a declarar públicamente su decisión, como hizo Jesús. A estas alturas los integrantes del curso se conocerán entre sí y confiarán suficientemente los unos en los otros. Pregunte quién quiere unirse a usted en una oración de entrega allí mismo. Ese será un momento conmovedor y supondrá un desafío poderoso para aquellos que todavía no estén listos.

Luego quedan los planes para el futuro. Aquellos que hayan llegado a la fe necesitarán anotarse de inmediato en un «grupo de descubrimiento». Usted debe encontrar formas, bien de continuar durante algún tiempo con el resto del grupo --si ellos lo desean--, bien de verlos personalmente de vez en cuando, al igual que de animarlos para que asistan al culto. En realidad ahora se encuentran en una posición peligrosa: habiendo mirado a Jesús a la cara, se endurecerán si se dan vuelta sin responderle, y les resultará mucho más difícil en ocasiones sucesivas. Trate por todos los medios a su alcance de que aprovechen la oportunidad de responder a Cristo que les ha brindado la membresía en ese grupo. Desde luego algunos de ellos, como en los días del propio ministerio de Jesús, estarán decididos a no tener nada que ver con el asunto una vez que han comprendido lo que es el cristianismo y lo que demanda de las personas. El Señor dejó con tristeza marchar vacíos a los «jóvenes ricos», y tal vez nosotros tengamos que hacer lo mismo. Pero intente siempre mantener abiertas las vías de comunicación. ¿Quién sabe? Puede que en un momento de crisis esa persona que abandonó el grupo sin convencerse se vuelva hacia usted en busca de ayuda y tenga una nueva oportunidad para dirigir sus ojos a Cristo.

B

«Grupos de descubrimiento» para nuevos cristianos

Michael Green y Jane Holloway

ORGANIZACIÓN DE «GRUPOS DE DESCUBRIMIENTO»

Sea cual fuere la actividad que esté usted planeando --se trate de un culto con invitados, una pequeña cena de testimonio, una campaña de iglesia local, una campaña de toda la ciudad...-- planee siempre el seguimiento con antelación.

a. Decida en qué consistirá dicho seguimiento: un «grupo de descubrimiento», un grupo de indagadores ... así como cuántos grupos usted piensa que necesitará.

b. Reclute a los líderes con un espíritu de oración.

c. Adiéstrelos en el manejo de cualquier material que se haya seleccionado, en cuanto a cómo guiar una reunión de grupo reducido, cuidar de un grupo así en el sentido pastoral y llevar a alguien a la fe.

d. Pregunte a esos líderes qué horas del día tienen disponibles, y dónde se celebrará la reunión del grupo.

e. Ponga esa información en una tarjeta de respuesta (si las utilizan) o anúnciela con claridad en la reunión o en el culto, a fin de que la gente pueda incorporarse al grupo.

f. Asegúrese de que los líderes se reúnan antes del primer encuentro del grupo, tanto para conocerse entre sí como para hacer planes de antemano.

g. Si esos líderes pueden actuar como «consejeros» al terminar el acontecimiento de evangelización, eso les dará una oportunidad para conocer a los futuros miembros del grupo.

h. Asegúrese de que los grupos empiecen lo antes posible después del acontecimiento de evangelización, manténgase en contacto con los líderes, y ayúdelo al final del «grupo de descubrimiento» con la integración de los miembros en grupos de estudio bíblico.

(Para más detalles véase la sección del Apéndice C en cuanto al papel que debe desempeñar el coordinador de seguimiento.)

TARJETAS DE RESPUESTA

Las tarjetas de respuesta pueden ser muy útiles para saber más acerca de la fe cristiana y/o incorporarse a un «grupo de descubrimiento» cuando la invitación se realiza en una reunión o un culto más grande. Dichas tarjetas tienen que diseñarse de un modo conciso y claro, permitiendo recopilar la información tan fácilmente como sea posible. Podrían incluirse en la hoja del programa del culto, como una porción que se puede desprender, o imprimirse por separado.

Para ayudar a diseñarla piense bien en la información que necesita.

a. ¿Cuál es el objetivo del formulario? ¿Dar a la gente la oportunidad de decir si ha tomado una decisión por Cristo, unirse a un grupo, saber más acerca de la fe cristiana, pedir una visita o un libro?

b. Si se da a la gente la oportunidad de incorporarse a un «grupo de descubrimiento», ¿debería decirse en qué consiste dicho grupo, de palabra o en la tarjeta?

c. ¿Se podrá escoger el día y la hora? De ser posible, esto debería ir en la tarjeta.

d. ¿Tiene la gente que rellenar dichas tarjetas por su cuenta, o deberían usarse con la ayuda de un consejero? En el primer caso sería prudente pedir el mínimo de información, mientras que si las utiliza un consejero hay facilidad para solicitar más datos.

e. ¿Qué otra información se necesita aparte del nombre, la dirección, el teléfono y la marca en el recuadro apropiado? Si estas tarjetas se utilizan en un acontecimiento que abarca a más de una iglesia, o si se está trabajando con jóvenes, podría ser provechoso tener un espacio para colocar el nombre de la congregación o del instituto/universidad.

f. ¿Se piensa pedir a la gente que haga comentarios sobre el encuentro? En tal caso deje sitio en la tarjeta para que el orador pueda solicitar dichos comentarios durante la reunión.

g. ¿Cómo deberían entregarse esas tarjetas? ¿En la ofrenda, en una caja situada al fondo, a un consejero...? Si las tarjetas se utilizan en un acontecimiento más grande, incluya una dirección postal adonde puedan enviarse.

h. He aquí un ejemplo de tarjeta de respuesta para ser utilizada sin consejero:

Nombre de la iglesia o título de la campaña

¡Cuenten conmigo! Me gustaría incorporarme a un «grupo de descubrimiento». (Por favor, indique su 1ª y 2ª opciones en cuanto a día y hora)

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
Mañana						
Tarde						
Noche						

¡Díganme más! Quisiera información adicional acerca de la fe cristiana.

Nombre _____

Dirección _____

Teléfono _____

Iglesia (si la hay) _____ Escuela (si la hay) _____

Por favor, dénos sus comentarios acerca de la reunión:

Sugerencias para consejeros cuando rellenan una tarjeta de respuesta

a. Compórtese con naturalidad mientras habla con su «nuevo amigo». Usted debe explicarle por qué le está pidiendo los detalles que necesita. Si quiere invitarlo a un «grupo de descubrimiento», dígame claramente en qué consiste. Anímelo a incorporarse aunque todavía no se haya entregado a Cristo, ya que un grupo podrá ayudarlo a obtener respuesta a algunas de sus preguntas. Es posible también que ese seguimiento deba hacerse individualmente y no en grupo.

b. Pregúntele el nombre, la dirección y el teléfono, y acuérdesse de escribirlos de un modo legible.

c. Si asiste a otra iglesia, o a un instituto o una universidad, anótelos en la tarjeta.

d. Si quiere incorporarse a un «grupo de descubrimiento», pregúntele cuándo. ¡Recuerde que él no ha asistido al acontecimiento de evangelización sabiendo que necesitaría esa información! Ayúdele a pensar en cómo tiene la semana. Si está usted manejando varias opciones de día y hora, pídale una o dos preferencias y asegúrele que pronto se pondrán en contacto con él para hacerle saber los detalles.

e. Si no quiere incorporarse a un grupo, pero desea que se le haga una visita o recibir más información, proyecte verlo nuevamente usted mismo o indique en la tarjeta aquello que solicita.

f. Déle su número de teléfono personal, y llámelo al día siguiente o al otro aunque sólo sea para decirle hola.

g. Complete los otros detalles que necesite del formulario. Tal vez haya espacio para indicar si se trata de una primera entrega a Cristo o de una nueva dedicación. Si se está haciendo una agrupación por edades, podría ser adecuado calcular educadamente cuántos años tendrá la persona una vez que se ha separado de ella. Y si descubre usted cualquier detalle que podría ser útil para quienes organizan la ubicación de la gente en los grupos, o para los líderes de éstos, escriba las notas oportunas en el dorso de la tarjeta antes de entregarla (p. ej., «Necesita transporte», «No llamar a casa», «Le gustaría estar en el mismo grupo que un amigo suyo»).

h. Haga tiempo para hablar y orar juntos, y ayúdele con cualquier dificultad que tenga.

i. Acuérdesse de entregar con prontitud la tarjeta a los organizadores de la labor de seguimiento.

NOTAS PARA LÍDERES DE «GRUPOS DE DESCUBRIMIENTO»

Estos grupos son de corta duración (ocho o nueve semanas) y proporcionan un apoyo intensivo a los nuevos cristianos, así como a quienes todavía no lo son, para ayudarles a establecerse en la fe. El objetivo de este grupo es iniciar el proceso de «presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre». No se trata de una conferencia, ni de un debate, sino de un rato de aprendizaje colectivo informal en alguna casa particular. Variará en cuanto a

la membresía, ya que algunos habrán profesado la fe en Cristo, otros se habrán dedicado nuevamente, otros estarán reflexionando con seriedad sobre el tema y otros aún no tendrán claro siquiera el porqué están allí.

Este curso puede utilizarse tanto para individuos como para grupos. El material intenta abarcar los aspectos principales de la vida cristiana: los fundamentos, Jesús, la seguridad, la lectura bíblica, cómo aprender a orar, el Espíritu Santo, la comunión cristiana, la tentación y el servicio a Cristo. Este curso debería adaptarse según el orden que mejor convenga al grupo.

Las notas para cada sesión están divididas en cinco secciones:

a. Material para ayudar al dirigente a dar una breve charla sobre el tema.

b. Un versículo que los miembros deberán memorizar. Esto los ayudará a empezar a conocer y usar la Escritura.

c. Un pasaje para estudio bíblico en grupo, así como algunas preguntas que estimulen la discusión.

d. Algunas sugerencias en cuanto a cómo podría dirigirse el período de oración, el cual ayuda a los miembros a orar con otros y por otros, y a buscar respuestas en el grupo a lo largo de las semanas siguientes.

e. Y los títulos de algunos libros sobre el tema de cada semana, los cuales pueden prestarse o venderse para que los miembros tengan la posibilidad de comenzar una pequeña biblioteca cristiana para su propio uso y con el fin de prestar libros a otros.

Detalles prácticos

El momento oportuno

Estos grupos pueden reunirse a cualquier hora del día. La duración de cada reunión variará, pero cuente con dos horas o dos horas y media a fin de permitir que los miembros del grupo lleguen a conocerse unos a otros y haya tiempo para hacer preguntas.

Lugar de reunión

El marco debería ser informal y relajado. Lo mejor es una sala en una casa. ¡Los salones de la iglesia no constituyen lugares ideales! Se necesita un sitio que ayude a los miembros a relajarse, sentirse seguros y poder hacer preguntas sobre cualquier tema. Una habitación es suficiente para la primera mitad de la reunión, pero si se dispone de otra más (p. ej., una cocina o un despacho) el grupo puede dividirse en dos para el estudio bíblico posterior cuando se trata de un grupo grande.

Tamaño del grupo

Este dependerá del número de líderes disponibles y de la demanda que haya de dicho grupo. Lo conveniente es dos líderes para un grupo de seis, y tres o cuatro para uno de diez a doce.

Refrescos

No es esencial tomar alguna bebida, pero ofrecer a la gente una taza de café cuando llega, la ayuda a relajarse. A medida que los miembros del grupo van conociéndose, los dirigentes podrían poner alguna comida sencilla u organizar una colación a la que todos aportaran algo.

Libros

Se necesitarán ejemplares de la Biblia, sobre todo en la primera reunión. Asegúrese de que hay suficientes de la misma versión para todas las personas que espera (tal vez podrían tomarse prestadas de la iglesia). A los miembros se les debería animar a comprar la suya propia, pero es mejor no dar por sentado que tengan una. También debería haber disponibles notas de lectura bíblica, como regalo de la iglesia o para venderse. Tenga también algunos libros en venta o forme una biblioteca para prestar, haciendo que los dirigentes junten sus propios fondos. Recuerde disponer de libros breves que contesten a las preguntas que cualquier inconverso del grupo pueda estarse haciendo.

Notas del curso

Estas pueden entregarse cada semana, preferiblemente al *final* de la reunión, y ser muy útiles para los miembros del grupo si quieren repasar por su cuenta algún tema en especial.

Los líderes

Las personas

Es importante que los dirigentes sean capaces de identificarse con lo que está pensando un recién convertido (o alguien a punto de ser creyente), a fin de comprender cuáles son sus problemas y ser un oidor y un apoyo compasivo. Los líderes no tienen por qué contar con la respuesta a todas las preguntas, y uno puede estar mejor dotado para la función de maestro mientras que otro lo está para la conversación personal. Deben ser ellos mismos (usar consecuentemente sus diferentes dones), no escandalizarse por nada y mostrarse capaces de animar a los miembros del grupo.

Algunos pueden no haber tenido antes la experiencia de dirigir un grupo de nuevos creyentes, pero si han guiado pequeños grupos caseros y conocen así la dinámica de animar a la participación de los miembros, a menudo pueden fácilmente encajar en este papel. Un grupo como ese requiere tiempo: tiempo para reunirse y hacer planes con los líderes, para preparar cada reunión, para las reuniones en sí y para los individuos en particular. Aquellos implicados actualmente en un grupo de estudio bíblico tal vez tengan que ser liberados de su responsabilidad mientras dura el «grupo de descubrimiento». Los dirigentes necesitan poseer una capacitación básica sobre cómo guiar a alguien a Cristo, dirigir un grupo pequeño y utilizar el material del curso.

Responsabilidades generales

Cada grupo tendrá un líder y dos o tres «co-líderes», para que cada dirigente pueda ser pastoralmente responsable de dos o tres miembros del grupo. Antes de que empiece el curso:

- a. Organicen un encuentro para orar y conocerse unos a otros.
- b. Planeen la primera velada con un liderazgo compartido. Uno hará las veces de anfitrión (libros, café...), otro se responsabilizará de la enseñanza, otro del estudio bíblico y el período de oración.
- c. Oren por los miembros en particular, por ustedes mismos y por el grupo.
- d. Comuníquense con quien esté formando el grupo para obtener la lista de las personas que se esperan y decidir quién las invitará.
- e. Reúnanse semanalmente mientras dure el curso para orar y hacer planes.

Atención pastoral

Repártanse los miembros del grupo entre los líderes (después de la primera reunión) e intenten tener por lo menos dos ocasiones tranquilas con cada uno antes de que el curso termine. La primera de ellas servirá para asegurarse de que entienden claramente el camino de salvación, ayudarlos con cualesquiera dificultades y asistirlos en el comienzo de un hábito regular de lectura bíblica, oración y asistencia a la iglesia. La segunda sesión será para buscar a qué lugar de la vida de la iglesia se incorporarán una vez que el grupo haya concluido. Esta sesión debe capacitarlos para mirar al futuro, hacia algún área de ministerio y servicio práctico en la que puedan participar, y también ayudarlos a resolver cualquier problema. Ningún líder debería tener más de tres personas a su cargo, ya que esto puede resultar una gran carga. Dentro del grupo se forjarán amistades, e incluso, cuando el curso haya concluido,

los miembros volverán a menudo a sus dirigentes en busca de consejo y estímulo.

Consejos generales

Es mejor no intentar abarcar todos los aspectos del tema cada semana, ya que las materias son densas. La sesión de enseñanza debería ser breve --un máximo de quince minutos--, dejando a la gente con ganas de saber más y permitiendo un rato para preguntas.

a. Trate de facilitar una reunión variada cada semana, la que podría incluir algo de adoración (si hay algún músico en el grupo). Permita que la gente comparta sus experiencias y hable de sus dificultades. Durante la vida del grupo celebren una comida compartida o tal vez vayan juntos a un concierto.

b. Las notas del curso se ofrecen a modo de sugerencia. Modifique el material según las necesidades del grupo (p. ej., utilice pasajes bíblicos distintos o cambie su orden).

c. Para facilitar un buen coloquio en los grupos, haga preguntas orientadoras que requieran más que un «sí»/«no» como respuesta (p. ej., ¿Qué quiere decir con eso? ¿Cuál es la relación con nuestra vida hoy en día? ¿Lo ha experimentado alguien?).

d. Después de un coloquio, resuman: bien haciendo que uno de los líderes enumere las ideas principales que se han dado, para que todos puedan recordarlas, bien pidiéndole eso mismo a alguien del grupo.

e. Tal vez los líderes sientan aprensión e inseguridad, pero a menudo los miembros del grupo están todavía más aterrorizados en ese primer encuentro.

La primera reunión (véase el capítulo 11)

Bienvenida

La bienvenida es importante, ya que los líderes pueden saber a quiénes se espera, pero los visitantes no saben qué esperar. Propóngase hacer que la gente se sienta a gusto. Tenga la sala dispuesta (con el café preparado, los libros expuestos, las sillas sacadas pero no en filas muy bien definidas). Conceda diez minutos de libre circulación.

¿A quién tenemos ahí?

Los dirigentes deben empezar a conocer al grupo. Es una buena idea que el líder se presente a sí mismo, explicando brevemente

qué fue lo que lo llevó a Cristo, y que luego pida a los otros asistentes que digan qué los ha traído al grupo y qué esperan obtener de él. Esto tal vez requiera bastante tiempo, pero proporciona a los líderes una valiosa información: descubren en qué lugar de su peregrinación espiritual piensa cada persona que está. Eso resulta útil a la hora de dividir el grupo en subgrupos para la parte de la velada dedicada al estudio bíblico, ya que entonces viene bien contar con una mezcla de aquellos ya se han entregado a Cristo y quienes todavía no están seguros de ello. Este debe ser un momento relajado para compartir, y el líder debe recibir con interés cada una de las contribuciones, a fin de que desde el principio la gente tenga la sensación de que pueden expresar cualquier cosa que deseen. Esta sección muy bien podría ocupar la mayor parte de la primera velada.

La charla

Ese período de compartir anterior probablemente irá seguido de una breve charla sobre cómo poner los fundamentos, o sobre la seguridad de la fe. Recuerde: no dé por sentado ningún conocimiento de la Biblia e intente no utilizar expresiones de «jerga».

Las preguntas

Algunos grupos serán silenciosos, otros no, y las preguntas pueden constituir una parte importante de la reunión, proporcionando una forma de reconocer dónde está cada persona y la posibilidad de airear problemas.

La memorización de versículos

Este aspecto puede introducirse aquí, antes del estudio bíblico.

El estudio bíblico y el período de oración

Procure que los grupos de estudio bíblico sean lo bastante reducidos como para que todo el mundo participe plenamente. Esto tal vez requiera la subdivisión en dos grupos para esta parte de la reunión, cada uno de ellos bajo la responsabilidad de uno de los líderes. Si es preciso, tenga copiadas en distintas hojas algunas preguntas acerca del pasaje bíblico para la comodidad de los miembros del grupo.

Por lo general, al principio el período de oración es mejor en los grupos pequeños para animar a la gente a orar en voz alta y unos por otros.

El final de la reunión

Este es un buen momento para entregar las notas del curso y el material de lectura bíblica. Mencione la mesa de libros, e invite a todos a reunirse «en el mismo sitio y a la misma hora» la semana siguiente.

Una vez finalizada la reunión, será conveniente que los líderes departan entre sí, planeen el encuentro de la semana siguiente y decidan a quiénes van a pastorear cada uno.

Seguimiento

Visiten a aquellos que no han asistido a la primera reunión, entrégueles las notas de ésta e invítenlos cordialmente a la siguiente; o envíenles un recado por correo; o llámelos por teléfono. Naturalmente la visita es mejor.

Las reuniones sucesivas

Estas reuniones serán un poco distintas porque no precisarán de ese largo rato de presentación al principio. Sin embargo, conceda tiempo para ponerse al día en cuanto a lo que ha ocurrido durante la semana, compartir respuestas a la oración y pasarlo bien juntos en general: tal vez podrían ir a ver una película, una obra de teatro o hacer una merienda campestre un poco más tarde esa misma semana.

Al final del curso...

Los dirigentes necesitan estar en contacto con quienquiera que haya establecido el grupo, a fin de que el paso de éste a una reunión casera regular en la iglesia sea tranquilo. Para ello, necesitan:

- a. Animar a los miembros a que asistan al culto dominical regularmente.
- b. Informar al pastor de su congregación.
- c. Animar a los integrantes del grupo a que lleven a cabo algún tipo de servicio en la iglesia utilizando los dones que Dios les ha dado.
- d. Mantener contacto con los miembros que necesitan un amor y un apoyo continuos aunque el grupo se haya disuelto.
- e. Escribir una breve evaluación de cada persona para entregársela al líder del grupo reducido al que se incorpora y a su pastor.
- f. Recordar que el mayor peligro de «apartarse» viene después del «grupo de descubrimiento» y antes de que la persona se establezca en una nueva serie de amistades cristianas.

CURSO PARA «GRUPOS DE DESCUBRIMIENTO»

1. Los cimientos

Conociéndose

Esta es la primera reunión del grupo. Todos necesitamos conocernos para podernos abrir los unos a los otros en las semanas siguientes. ¿Qué es lo que nos trae aquí?

Sección de enseñanza

A fin de establecer unos cimientos satisfactorios para la casa de la vida cristiana hay cuatro preguntas preliminares que debemos hacernos y responder basándonos en la Biblia, el manual del cristianismo. Usaremos la Biblia cada semana.

¿Qué es el cristianismo?

Aquí existe una gran confusión. El cristianismo no es en absoluto una religión, sino una revelación y un rescate; su objetivo consiste en revelarnos cómo es Dios: Creador (Gn. 1.1), santo (Is. 6.3), amor (1 Jn. 4.8); y nos muestra a los extremos a los que él está dispuesto a llegar para rescatarnos (Jn. 3.16; Mr. 10.33-34). El cristianismo no es, por tanto, una cuestión de asistencia a la iglesia, ceremonias, credos o conducta, aunque incluya esas cuatro cosas: el cristianismo es Cristo.

¿Quién es Jesucristo?

Es un hombre como nosotros: nació, vivió, sufrió, murió ... muy humano. Pero era más que humano; era, como su nombre (Jesús) indica: «Dios viniendo al rescate» (Mt. 1.21). Era el cumplimiento de todo lo que Dios había estado mostrando a su pueblo Israel durante siglos (He. 1.1-4). El es el «Verbo» (la Palabra), el mensaje de Dios para nosotros bajo la perspectiva de una vida humana (véase Jn. 1.1-4, 14, 18).

¿Para qué vino?

Para liberarnos del lío en el que nos habíamos metido. La Biblia es clara en cuanto a nuestra pecaminosidad (Ro. 3.23; Jer. 17.9), algo que resulta importante ya que él «es luz, y no hay ningunas tinieblas en él» (1 Jn. 1.5). Todos los seres humanos tenemos esa enfermedad del pecado y el egocentrismo, que estropea la vida, impone la esclavitud, nos separa de Dios y resultará fatal a menos que se trate (Jn. 8.34; Ro. 3.23; Is. 59.1-2). La muerte de Jesús en la cruz acabó

con la culpabilidad del pecado (1 P. 3.18), y su resurrección de la tumba liberó el infinito poder de su Espíritu para que viniera y viviese en la vida de los creyentes (Fil. 4.13, 19).

¿Cómo se entra en contacto con él?

Si queremos una relación restaurada con Dios hay cuatro pasos que debemos dar, tan simples como el abecé pero difíciles de efectuar:

Hay algo que debo *admitir*: no tengo contacto con él, sino que me encuentro en mi propia senda egocéntrica y necesito un cambio radical que la Biblia llama arrepentimiento. Lo que es más: necesito un poder nuevo para romper las cadenas de todo egoísmo.

Hay algo que debo *creer*: a Dios le importo lo suficiente como para venir a buscarme. Lo hizo bajando a este mundo, muriendo en la cruz y responsabilizándose así de mis hechos perversos, y resucitando a una nueva vida la cual está dispuesto a compartir conmigo.

Hay algo que debo *considerar*: el costo del discipulado (véase Lc. 14.25-33). Ello implicará poner a Jesús en primer lugar, no avergonzarme de ser conocido como discípulo suyo, y permitirle que acometa la faena de limpiar mi vida. Necesitaré pasar períodos regulares con él y con sus seguidores.

Hay algo que debo *hacer*: invitar a ese Jesucristo resucitado a venir y habitar en la vida que él hizo y por la que murió (Ap. 3.20). Si le pedimos que entre, él vendrá, lo ha prometido; mientras tanto seguiremos desconectados de él.

De modo que, si le parece, el hacerse cristiano tiene tres aspectos: el aspecto del creer (fe), el aspecto del incorporarse (bautismo) y el aspecto divino (recibir el Espíritu de Cristo en nuestra vida). NB: Romanos 8.9 dice que uno sólo es cristiano cuando ha recibido el Espíritu Santo. ¿Qué mejor momento para empezar que ahora mismo? En la lealtad a Jesucristo no hay terreno intermedio: se trata de un enfático «sí» o «no». Véase Efesios 2.1; Mateo 7.24-27; 25.46; 1 Juan 5.12.

Versículo para aprender

Aprenda Apocalipsis 3.20: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje de la Biblia para estudiar es Lucas 19.1-10.

1. ¿Por qué cree usted que Zaqueo sentía la necesidad de conocer a Jesús? ¿Y nosotros?

2. ¿Por qué se molestó Jesús por Zaqueo? ¿Cuánto tiempo haría, según usted, desde la última vez que alguien había ido a comer con este último?

3. ¿Tuvo Zaqueo que embellecer su vida para que Jesús estuviera dispuesto a entrar en su casa?

4. ¿Qué trae Jesús cuando entra en la vida de alguien?

5. ¿Cómo cambiaron las cosas para Zaqueo con la visita de Jesús?

Estante de libros

Ejemplares de la Biblia y del Nuevo Testamento en la Nueva Versión Internacional, y ejemplares de *Notas Diarias*, de la Unión Bíblica.

C. S. Lewis, *Mero Cristianismo*

2. La esencia del asunto: Jesús

Sección de enseñanza

Jesús era plenamente humano

Nació en una familia humilde, algo confirmado por fuentes seculares, y participó de un cuerpo humano: se cansaba, tenía hambre, sufría (Jn. 4.6; Mt. 4.2; Jn. 19.5). También compartió las experiencias humanas: creció en una familia grande, trabajó para ganarse la vida y conoció la fuerza de la tentación (Mt. 12.46; Mr. 6.3; Mt. 4.1-11; He. 4.15).

Jesús era más que humano

Debido a su estricto monoteísmo los judíos eran las últimas personas del mundo que aceptarían que un hombre fuese uno con Dios, y sin embargo se convencieron de ello: ¿Por qué?

Escucharon su enseñanza (Mt. 5.44; Hch. 20.35; Jn. 7.16). Ninguna como ella había surgido antes ni lo ha hecho desde entonces.

Observaron su comportamiento totalmente inmaculado. Sus propias afirmaciones (Jn. 8.28) y la evidencia aportada por sus amigos (1 P. 1.18-22; 1 Jn. 3.5; He. 4.15), sus enemigos (Lc. 23.13-16, 47; Jn. 8.46) y los espectadores (Mt. 27.4, 19, 54) demuestran que su vida fue absolutamente única, un milagro moral.

Contemplaron sus milagros. Si se contaran de algún otro éstos resultarían extraños, pero a Jesús le cuadraban: nunca con fines egoístas, ni para alardear ... Eran señales, dramáticas ilustraciones de su identidad. La alimentación de las multitudes (Jn. 6), la resurrección de los muertos (Jn. 11.43-44), la curación de las enfermedades (Lc. 4.39), el dominio sobre la naturaleza (Mr. 6.47-52), todo ello realza sus pretensiones y hay que admitirlo o

rechazarlo juntamente con ellas: «El único Cristo del que hay alguna prueba es una figura milagrosa con pretensiones extraordinarias» (C. S. Lewis).

Sopesaron sus pretensiones. Pretendía perdonar pecados (Mr. 2.1-12), tener derecho a la adoración (Jn. 20.26-29), ser el Juez último de los hombres (Mt. 7.21-23; 25.31-46), constituir el único puente entre Dios y el ser humano (Mt. 11.27; Jn. 14.6). No podían creer que fuera ni un engañador ni un engañado. ¿Sería quién pretendía ser?

Lo vieron morir: una muerte por voluntad propia (Lc. 9.51). Su inocencia, el interés que demostró por sus asesinos y la forma en que murió los convencieron de que él había venido a dar su vida en rescate por el pecado del mundo, era el siervo sufriente de Dios anunciado en el Antiguo Testamento (Mr. 10.45; Is. 53), era realmente «Jesús», Dios el Salvador (Mt. 1.21).

Se encontraron con él resucitado. Tanto Jesús mismo como sus seguidores basaban sus convicciones acerca de él en su resurrección (Mt. 12.39-41; Ro. 1.3-4). La evidencia es convincente: la tumba vacía (en todos los Evangelios), las apariciones de Cristo resucitado (1 Co. 15.3-11), el surgimiento de la iglesia con sus tres elementos especiales (el bautismo, la eucaristía y el domingo) todos ellos basados en la resurrección, y la experiencia de los creyentes a partir de entonces (1 P. 1.3; Ef. 1.19-20).

Jesús exige un veredicto

Sólo hay tres opciones: o Cristo era un engañador (Mt. 27.63), o un loco (Jn. 8.52), o el «Señor mío y Dios mío» (Jn. 20.28). Lo único que no podemos decir de él es que fuera simplemente un buen hombre. Ese desafío lo comprendió bien Pilato, aunque tomó la opción equivocada: «¿Qué, pues, haré de Jesús?» (Mt. 27.22). La respuesta sabia es: «Recibirle», y así llegar a formar parte de la familia de Dios (Jn. 1.12-13).

Versículo para aprender

Aprendan de memoria Mateo 16.16: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Filipenses 2.1-13.

1. ¿Qué nos dice este pasaje acerca de Jesús antes de su nacimiento?
2. ¿Qué significa eso de que él «se despojó a sí mismo» (v. 7) y «se humilló a sí mismo» (v. 8)?
3. Busque Isaías 45.22-23. Allí se doblará toda rodilla «en el

nombre de Dios». ¿Qué nos dice esto cuando como aquí (v. 10) lo vemos aplicado a Jesús?

4. ¿Qué cambio debería producir en nuestro comportamiento práctico el ejemplo de Jesús?

5. ¿Cuándo se dobló su rodilla y confesó su lengua que Jesús es el Señor?

Período de oración

Podría ser provechoso que cada uno escogiera un versículo que lo haya impactado en esta noche, lo mencionase, y orase pidiendo que Dios lo haga realidad en su vida o dándole gracias por el mismo.

Estante de libros

George E. Ladd, *Creo en la resurrección de Jesús*
Michael Green, *Jesucristo vive hoy*

3. La seguridad cristiana

Sección de enseñanza

Llegar a «conocer a Cristo» (Fil. 3.10), «recibirle» (Ap. 3.20; Jn. 1.12) o «venir a él» (Jn. 6.37) son todas imágenes de Jesús y nosotros poniéndonos en contacto. Necesitamos saber cuál es nuestra situación, ya que no podremos edificar una casa satisfactoria sobre un cimiento inestable.

La Escritura prevé --y contesta-- las preguntas inmediatas que nos asaltan:

¿Puedo estar seguro de haber sido aceptado? (Jn. 6.37).

¿Utilizaré Dios mis pecados pasados contra mí? (Ro. 8.1).

¿Soy expulsado de la familia cristiana cuando fallo? (1 Jn. 1.9).

¿Estaré a la altura de ello? (2 Co. 12.9).

¿De qué manera puedo vencer la tentación? (1 Co. 10.13).

Uno de los problemas tempranos más apremiantes es la duda. ¿Cómo estar seguro de que he sido aceptado? He aquí tres bases para una confianza tranquila que crecerá con la experiencia:

Lo que el Padre nos promete (1 Jn. 5.10-12).

Lo que el Hijo realizó por nosotros (1 Jn. 4.10; 1 P. 3.18).

Lo que el Espíritu hace en nosotros (1 Jn. 4.13).

¿Y qué es lo que el Espíritu empieza a cultivar en el jardín de nuestra vida una vez que ha sido plantado allí? Si le hemos pedido que entre, poco a poco iremos descubriendo señales inequívocas de su presencia. No vendrán todas a la vez, ni en un orden determinado, ¡pero *vendrán!* Y todas ellas serán maravillosamente nuevas. La primera carta de Juan nos dice de qué señales se trata:

- Un nuevo deseo de agradar a Dios (2.5).
- Una nueva seguridad de perdón (2.1-2).
- Una nueva disposición de hacer frente al antagonismo (3.13).
- Un nuevo deleite en la compañía de otros cristianos (3.14).
- Una nueva generosidad de espíritu (3.17).
- Una nueva experiencia de victoria sobre las tentaciones (4.4; 5.4).
- Un nuevo descubrimiento de la oración contestada (3.22).
- Una comprensión y serie de prioridades nuevas (5.20-21).

No se espera de nosotros que supongamos o tengamos la esperanza de haber sido aceptados, sino que estemos seguros de ello (5.12-13).

Versículo para aprender

Aprendan 1 Juan 5.12: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Hechos 9.1-22.

Gran parte del relato de la conversión de Saulo es único, pero otro tanto puede aplicarse a toda persona que descubre a Jesús para sí.

1. Saulo de Tarso era inteligente, religioso, virtuoso, entusiasta y sincero. ¿Verdad que un hombre así no necesita convertirse, ni entonces ni ahora?
2. Más tarde Saulo consideró su conversión como «ejemplo» (1 Ti. 1.16). ¿De qué maneras es esto cierto?
3. ¿Hubo algún «Ananías» que lo ayudase a usted a descubrir a Jesús?
4. ¿Qué diferencias empezaron a verse en la vida de Saulo que lo convencieron a él mismo y a otras personas de que el cambio había sido real?
5. ¿Qué es lo que más lo ha impresionado de este relato?

Período de oración

Dios no tiene hijos mudos, y quiere que hablemos con él de un modo tan natural como lo hacemos con otros. Muchos de ustedes no habrán participado antes en un período de oración abierta. El orar en silencio es tan valioso como el hacerlo en voz alta, pero esto último nos ayuda a concentrarnos en nuestras propias oraciones y hace posible que los demás digan «amén» a ellas. Simplemente una oración en una sola frase de acción de gracias, petición o expresando un pensamiento del estudio bíblico realizado. Dicho sea de paso, el orar en voz alta cuando uno está solo lo ayuda a concentrarse.

Estante de libros

John Stott, *Cómo llegar a ser cristiano*

John White, *La lucha*

Una o dos biografías acerca del poder de Dios para cambiar la vida (p. ej., Charles Colson, *Nació de nuevo*) también serían útiles.

4. Leer la Biblia

Sección de enseñanza

¿Qué es la Biblia?

Los cristianos descubren que una de las mejores formas de desarrollar su discipulado es la práctica regular de la lectura bíblica y la oración diarias. La Biblia es una colección de sesenta y seis libros escritos por unos cuarenta autores, en tres idiomas, a lo largo de un período de más de mil años, que contiene una gran variedad de géneros literarios, y aun así tiene una asombrosa unidad de perspectiva y propósito. Esto se debe a que es un libro singularmente «inspirado por Dios» (2 Ti. 3.14-17; 2 P. 1.21), destinado a impartir la verdad acerca de él a todos los seres humanos y en todas las épocas (Mt. 5.18; Mr. 13.31). No se trata primordialmente de un libro de historia, ni de texto, ni de un manual de ética, aunque contenga elementos de esas tres cosas; su tema principal es uno solo: la intervención divina en nuestro mundo para rescatarnos del egocentrismo que nos caracteriza. En una palabra: trata de la salvación.

¿Por qué hay que leerla?

Vea qué es lo que afirma hacer por nosotros: es un espejo (Stg. 1.22-25) para mostrarnos cómo somos, una espada para usar en la tentación (Ef. 6.17), un martillo para quebrantarnos (Jer. 23.29); es dulce como la miel y nutritiva como la leche o la carne (Ez. 3.3; 1 P. 2.2; He. 5.12-14); puede limpiarnos, guiarnos, darnos paz y sabiduría (Sal. 119.9, 105, 165; Pr. 4.4-6). No es extraño que no podamos crecer sin ella (Sal. 119.162; Jos. 1.8-9; 2 Ti. 3.14-17). Es una manera selecta de mantenernos en contacto con el Señor (Jn. 15.7).

¿Cómo leerla?

Consiga una traducción de la Biblia que usted pueda apreciar. Busque algunas notas de ayuda a la lectura (p. ej., *Nuestro pan diario* o *Encuentro con Dios: guía diaria de estudio bíblico y oración, Notas diarias*). Más adelante añada estudios de personajes, de palabras, de grandes temas o de todo un libro. Pero hágalo regularmente y aplíquelo a su vida. Busque alguna promesa que reclamar, algún mandamiento que

obedecer, alguna luz nueva en la que regocijarse, alguna advertencia que escuchar, alguna oración que utilizar, algún ejemplo que seguir ... Pregúntese a sí mismo: a) ¿Qué significaba esto para los receptores originales? y b) ¿Cómo se aplica a mi caso? Luego transforme lo que ha encontrado en oración y acción de gracias.

Versículo para aprender

Aprendan el Salmo 119.105: «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Hechos 8.26-40.

1. ¿Qué estaba haciendo el viajero en su carro? ¿Por qué necesitaba ayuda?

2. ¿De qué manera exactamente lo ayudó Felipe? ¿Cuál podría ser el equivalente moderno de la ayuda que Felipe ofreció?

3. ¿Qué efecto tuvo la naciente comprensión de la verdad de Dios en la vida del etíope?

4. ¿Y qué efecto debería tener en nosotros una nueva comprensión de la Biblia cuando nos exponemos a ella?

5. ¿Qué papel desempeña el Espíritu Santo en todo esto?

Al pie de la página hay un bosquejo práctico de cómo pasar un rato diario en el estudio bíblico y en la oración. Intente utilizarlo cada día durante la próxima semana, juntamente con las notas de lectura de la Biblia, y la próxima vez trataremos de aquello que hemos encontrado útil y de cualesquiera problemas que nos hayan surgido.

Período de oración

Tome un versículo de Hechos 8.26-40 o una expresión de este pasaje y conviértalo en una oración, primeramente por usted mismo y luego por un amigo.

Estante de libros

William Barclay, *Introducción a la Biblia*

Paul Little, *La razón de nuestra fe*

John Stott, *Cómo comprender la Biblia*

Pan diario y Notas diarias, Encuentro con Dios, notas de lectura bíblica

Tiempo devocional diario

Ocúpese de Dios

Busque un lugar y un momento tranquilos en los que pueda estar a solas, e intente deliberadamente dejar a un lado los negocios

y las distracciones del día para concentrar su mente en Dios, su verdad y su benevolencia. Recuerde que él lo ama y quiere comunicarse con usted, así como que no trata de hacer difícil el encuentro. Dios está a su lado y simplemente espera que usted se abra a él.

Ocúpese de la Biblia

Utilizando las notas de lectura bíblica que se le han entregado, abra la Biblia por el pasaje del día y léalo cuidadosamente, de ser posible dos veces: una para captar su tono general y otra más para prestar atención a los detalles. Pregúntese qué nuevas verdades le enseña este pasaje y qué pertinencia tiene en particular para su propia vida. Vea si hay en él alguna promesa, alguna advertencia, algún ejemplo o alguna oración que podría utilizar.

Ocúpese de su cuaderno de notas

Sin dedicar mucho tiempo a ello, apunte en un cuaderno las principales verdades y lecciones que le han impresionado de ese pasaje que tiene delante mientras piensa en él y lo rumia.

Ocúpese de sus notas

Llegado a este punto --no antes-- eche un vistazo a las notas de lectura bíblica que usted está utilizando, ya que probablemente le ayudarán con alguna información de trasfondo, preguntas difíciles y sugerencias para su aplicación personal. Léalas bien, y si es necesario apunte algo más en su cuaderno.

Ocúpese de la oración

Recuerde que está conversando con un amigo. Vuelva simplemente su corazón hacia Dios y (en silencio o en voz alta) hable con él acerca del pasaje de la Escritura que ha estado estudiando, déle gracias por la nueva luz y pídale ayuda a fin de llevar a la práctica cualquier sugerencia para su vida diaria que haya podido recibir. Luego, usted puede pasar a otras necesidades, asuntos personales, familia, amigos y trabajo, carencias de la iglesia y otras cuestiones que tenga en la mente. Quizá en un principio esto no le lleve demasiado tiempo, pero es probable que la lista de las personas por las que se interesa vaya creciendo, de modo que tal vez tenga que dedicar una o dos páginas de su cuaderno a anotar aquella gente por la que no quiere olvidarse de orar.

Ocúpese del día

Escoja algunas palabras del pasaje bíblico que le hayan sido de ayuda y téngalas presentes durante el día. Es muy posible que se

encuentre usted volviendo a ellas a medida que transcurre la jornada, lo cual le hará levantar los ojos hacia el Señor.

5. Aprender a orar

Sección de enseñanza

La oración

Es completamente distinto saber cosas acerca de alguien y conocerlo a él personalmente. Un hombre que jamás ora puede saber mucho sobre Dios, pero sólo la persona de oración tiene la posibilidad de conocerlo (Sal. 73.25-26; Jn. 10.27-30). Somos llamados a una vida cada vez más profunda de conocimiento del Señor, quien nos ama y quiere que compartamos toda nuestra existencia con él (1 Ts. 5.10). Cualquier relación madura implica «dar» y «recibir», y aunque por causa de quién es nuestro Dios nosotros siempre recibimos mucho más de lo que podemos dar, él nos pide que le ofrezcamos:

Alabanza: aprecio y disfrute de su persona por lo que es (Sal. 96.7-8).

Confesión: para limpiar los borrones de nuestra hoja de servicios (Sal. 32.3-5; 51.1-2).

Acción de gracias: por sus dones, su rescate y sus respuestas a la oración (Sal. 103.1-5).

Meditación: reflexión sobre las Escrituras (Jos. 1.8).

Nuestra vida: de buena gana, gustosamente, a su servicio (Ro. 12.1-2).

Orar no es torcerle a Dios el brazo, sino más bien cooperar con él en su propósito para el mundo. En la oración descubrimos la intención divina (Ef. 5.10, 17) y nos unimos al Señor en su propósito (Mt. 9.38; 10.5). De manera que el orar y el trabajar son dos cosas que van juntas (Stg. 2.18-26).

Aprender a orar

Aunque la oración es tan natural como el habla, también como esto último debe aprenderse.

Aprenda practicando

Aparte ratos regulares para la oración (Dn. 6.10). Ore a solas (Mr. 1.35) y con otros (Mt. 18.20), ya que al igual que en una familia no aprendemos a hablar estando aislados. Aprenda también a hacer breves y rápidas oraciones cuando surja la necesidad (Mt. 14.30; Neh. 2.4-5).

Aprenda de Jesús, partiendo de su gran «modelo» de oración (Lc. 11.1-13) y continuando hasta su meditación de Juan 17.

Aprenda de los libros, y sobre todo de los Salmos. También los himnarios y los cuadernos de coros --o de oraciones-- pueden ser de inspiración.

Aprenda del Espíritu Santo, quien nos es dado para ayudarnos a orar (Ro. 8.15-16, 26-27).

La oración no contestada

Y si no recibe respuesta a sus oraciones ... ¿Está usted orando de veras? (Stg. 4.2). ¿Lo hace en serio? (Mt. 7.7). ¿Son sus fines egoístas? (Stg. 4.3). ¿Hay pecado no confesado de por medio? (Stg. 4.8). ¿Persevera usted en la oración? (Lc. 18.1-8). ¿Está buscando la voluntad divina? (Mr. 14.36).

Recuerde que las respuestas no siempre llegan de la forma que nosotros esperamos, o en el momento en que pedimos: puede que debamos contestar nosotros mismos a nuestra oración (Mt. 14.15-16); la respuesta quizá sea «no»; y, en ocasiones, si parece que Dios no contesta, tal vez él espere que empecemos a amarlo por lo que es y no por aquello que podemos obtener de él.

Versículo para aprender

Aprendan Juan 15.7: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Colosenses 1.3-14.

1. ¿Cuáles son las cosas principales en la vida de esa gente a la que Pablo nunca ha visto y por las cuales da gracias?

2. ¿Por qué es la acción de gracias una parte tan importante de la oración?

3. Pablo no es tardo en pedir cosas a Dios en oración, pero ¿qué le solicita principalmente? ¿Cómo deberíamos orar nosotros por nuestros amigos?

4. Pablo pide que ellos conozcan el poder de Dios: ¿qué clase de cosas hará ese poder?

5. ¿Cuáles son los principales signos de discipulado cristiano en este pasaje?

Período de oración

Repase algunas de las cuestiones particulares relacionadas con la plegaria que le hayan impresionado durante el estudio bíblico o la sección de enseñanza, y haga girar su período de oración en torno a esas cosas.

*Estante de libros*Hermano Andrés, *El contrabandista de Dios*Richard Foster, *Alabanza a la disciplina*Richard Foster, *La oración personal*John White, *Oración*O. Hallesby, *La oración cristiana*J. I. Packer, *Hacia el conocimiento de Dios***6. El Espíritu Santo***Sección de enseñanza**El Espíritu Santo*

El Espíritu Santo no se originó con Jesús. Él es la vida de Dios en el mundo de los hombres. Estaba presente en el principio (Gn. 1.2-3; 2.7). En el Antiguo Testamento se otorgaba a hombres especiales para trabajos especiales: los profetas, los sacerdotes y los reyes de Israel en particular eran dotados por el Espíritu. La revelación veterotestamentaria aguardaba el día en que el Espíritu Santo estaría ampliamente disponible (Ez. 36.25-27; Jer. 31.31-34) con la llegada del Mesías (Is. 11.1ss.; 61.1ss.; Jl. 2.28-32). Jesús fue la persona llena de un modo único del Espíritu (Jn. 1.32ss.; 7.37-39), y prometió que después de su muerte, el Espíritu Santo --su «otro yo»-- vendría a vivir en los creyentes (Jn. 14.15-18; 16.7-15). Y eso fue precisamente lo que sucedió en Pentecostés (Hch. 2). Ahora, al contrario que en el Antiguo Testamento, el Espíritu es para todos los creyentes --no para unos pocos--, no es intermitente sino que permanece para siempre con nosotros, y ya no es impersonal sino está marcado con el sello de Jesús.

El fruto del Espíritu

El Espíritu Santo entra en nuestra vida en el momento de la conversión (Gá. 4.6) y luego se pone a cultivar un hermoso fruto en el huerto de nuestra vida (Gá. 5.22-24). Mientras los pámpanos permanecen en la vid, la savia del Espíritu de Dios da fruto lentamente pero con seguridad (Jn. 15.1-15). Nosotros no podemos crear esos frutos del carácter, pero sí impedir que broten contristando al Espíritu o apagándolo (Ef. 4.30; 1 Ts. 5.19).

Los dones del Espíritu

El Espíritu Santo es un gran dador: dio inspiración a las Escrituras (2 Ti. 3.16; 2 P. 1.21), encarnación a Jesús (Lc. 1.35; 4.14, 18), y nueva vida a hombres y mujeres sentenciados a muerte (Ro. 6.23; Ez. 37.1-14). Él también prepara al pueblo de Dios para que viva en la tierra

la vida celestial (véase 1 Co. 12.4-13; Ro. 12.3-13), y su objetivo supremo es hacernos como Cristo (2 Co. 3.18).

Preguntas actuales acerca del Espíritu

- a. ¿Quién tiene el «bautismo» del Espíritu? (1 Co. 12.3, 13; cf. Ro. 8.9).
- b. ¿Podemos decirle al Espíritu qué dones debe darnos? (1 Co. 12.7-11).
- c. ¿Cuál es el propósito de los dones espirituales? (1 Co. 12.7; 14.5).
- d. ¿Cuál es el don espiritual supremo? (1 Co. 13).
- e. ¿Qué se experimentaría estando «lleno» del Espíritu? (Ef. 5.15-20).
- f. ¿Cómo podemos ser llenos del Espíritu? (Hch. 5.32; Lc. 11.13).

Versículo para aprender

Aprendan Lucas 11.13: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es 1 Corintios 12.1-13.

1. ¿De qué manera el versículo 3 vincula entre sí a Jesús y el Espíritu Santo?
2. ¿Qué enseñanza saca usted de la diversidad de dones y de su fuente unificada?
3. ¿Qué nos enseñan los versículos 8-10 acerca del tipo de ministerios que deberíamos ejercer en nuestras iglesias?
4. ¿Qué significa «se nos dio a beber de un mismo Espíritu»? (véase Jn. 7.37-39)
5. ¿Da este pasaje algún apoyo a la idea de que hay dos clases de cristianos: los comunes y los «llenos del Espíritu»?
6. ¿Querrá usted pedirle al Espíritu que le llene y equipe para el servicio con los dones que él considere necesarios? «Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 16.24).

Período de oración

Haga escribir a cada miembro dos cosas importante que él o ella desee que el Espíritu Santo haga en su vida, y pídale que las comparta con los otros integrantes del grupo si siente libertad para hacerlo. Luego los miembros deberían orar unos por otros.

Estante de libros

Billy Graham, *El Espíritu Santo*

Michael Green, *Creo en el Espíritu Santo*

7. La comunión cristiana

Sección de enseñanza

La vida cristiana no es algo solitario, sino una pertenencia con otros a la sociedad alternativa de Dios: la iglesia. La iglesia tiene mala imagen para mucha gente, pero la idea bíblica es, por el contrario, emocionante.

Figuras de la iglesia en el Nuevo Testamento

Cada una de estas figuras destaca un aspecto distinto de la pertenencia cristiana: ¿qué implican ellas?

La familia de Dios (Gá. 4.4-7; Ef. 2.17-19).

La esposa de Cristo (2 Co. 11.1-3; Ef. 5.25-33; Ap. 21.2-8).

El templo del Espíritu (Ef. 2.19-22; 1 Co. 3.16; 6.19).

La colonia del cielo (Fil. 3.17-21).

El cuerpo de Cristo (1 Co. 12.12-28; Ro. 12.1-14).

El ejército de Dios (Ef. 6.10-20).

Funciones de la iglesia

Culto: nuestra responsabilidad para con Dios.

Comunión: nuestra responsabilidad los unos para con los otros

Testimonio y servicio: nuestra responsabilidad hacia el mundo por el que Cristo murió.

Lea 1 Pedro 2.1-12 y considere cómo se entrelazan estas tres funciones.

La unidad de la iglesia

Jesús oró para que sus seguidores fueran uno (Jn. 17.20-21), y en los primeros días ellos (más o menos) lo consiguieron. Con el paso del tiempo, sin embargo, la debilidad humana y los diferentes énfasis particulares condujeron a las denominaciones. Pero Dios aborrece la división en su pueblo. A pesar de las apariencias *hay* una unidad entre todos los cristianos que es don de Dios (Ef. 4.4-6), y la cual debemos intentar preservar y recobrar.

El Nuevo Testamento no menciona en absoluto la división entre clero y laicos, ni tampoco las denominaciones, y es muy obvio que no basta con la membresía nominal en la iglesia. La iglesia es una sociedad sin clases, que trasciende todas las barreras de sexo,

educación, clase y nacionalidad (Ef. 2.14-18; Gá. 3.28), y no reconoce rangos distintos entre los cristianos, sino sólo diferentes funciones (Ef. 4.11-12). El amor es el vínculo que debería unirnos a todos los creyentes (Col. 3.14).

La iglesia es al mismo tiempo universal (Mt. 16.18) y local (p. ej., Col. 1.2), invisible y visible. El arrepentimiento y la fe (1 P. 2.4) constituyen la puerta de entrada a la iglesia invisible de Dios y el bautismo es la señal de membresía en la iglesia visible (Hch. 16.30-31). La profesión externa no garantiza el compromiso interior, pero debería acompañarlo (Ro. 10.9-10). Si no ha sido usted bautizado, debería solicitarlo (Mt. 28.19; Gá. 3.26-27); entonces podría participar de la comida familiar, la Santa Cena, que Jesús ordenó a sus discípulos para que recordasen su muerte, como medio para crecer en su gracia y como anticipo del cielo (1 Co. 11.23-26).

Versículo para aprender

Aprendan 1 Corintios 12.27: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Romanos 12.1-13.

1. ¿En qué consiste el verdadero culto?
2. La iglesia es el cuerpo de Cristo sobre la tierra. ¿Qué implicaciones se desprenden de esto? ¿Las ven ustedes en su iglesia local?
3. Si somos «todos miembros los unos de los otros» (v. 5), ¿qué significa esto para nuestras relaciones?
4. Según Pablo cada uno tenemos dones y habilidades diferentes. ¿Cuáles son los que ustedes piensan personalmente que poseen? ¿Qué dones tienen según los otros miembros del grupo? ¿Cómo los están utilizando para el bien común en su iglesia o en su grupo universitario?
5. Examinen los frutos prácticos mencionados en este pasaje que brotan de una entrega sincera al Señor. ¿Hay algo que le impida a usted «presentar su cuerpo en sacrificio vivo»?

Período de oración

Sepárense por parejas y oren cada uno por el ejercicio de los dones de su compañero. Luego piensen en algo que les gustaría que sucediese en su iglesia; pidan por ello y comprométanse a hacerlo cada día a lo largo de la semana siguiente.

*Estante de libros*David Watson, *Creo en la iglesia***8. Derrotar al mal***Sección de enseñanza*

La tentación es una experiencia universal que aumenta en vez de disminuir cuando nos hacemos cristianos. Esto resulta natural, ya que hemos cambiado de bando. La tentación nos ataca por medio de:

«el mundo», es decir la sociedad que no toma en cuenta a Dios (1 Jn. 2.15-16);

«la carne», o sea nuestra propia naturaleza caída (Ro. 7.21-23);

«el diablo», es decir el poder maligno contra Dios (1 Ts. 3.5).

Génesis 3 nos da una idea extraordinariamente clara de cómo actúa la tentación. Considérela si quiere como lenguaje figurado, pero no pase por alto las importantes verdades que este pasaje nos enseña.

¿Por qué tiene que haber tentación?

Porque contamos con un gran enemigo externo: Satanás. Este no es ningún gracioso personaje de patas hendidas, sino la concentración de la maldad, una de las criaturas de Dios que se rebeló contra él y quiere destruir todo aquello que es bueno en el mundo del Señor. ¿Parece increíble? Es claro que Jesús creía en la existencia del diablo (Mt. 4.1-11), y la experiencia apunta en esa misma dirección (1 P. 5.8-9).

¿Cómo se presenta la tentación?

Muy bien disfrazada (Gn. 3.1): nunca muestra su carácter verdadero. Intenta tomarnos por sorpresa. Satanás no puede crear sino sólo estropear, y él nos ataca por medio de:

el cuerpo, pervirtiendo sus deseos legítimos (v. 6);

la mente, haciendo que dudemos de la bondad (v. 1), la

palabra (v. 1) y la santidad (v. 4) de Dios;

la ambición, es decir, la comezón de ser el primero (vv. 3-4).

Todo ello está diseñado para alcanzar la voluntad y producir la desobediencia (v. 6). Sólo cuando nosotros cedemos la tentación se transforma en pecado.

¿Y cuáles son las consecuencias?

Cuando cedemos a la tentación...

nos sentimos culpables (vv. 7, 9-10);

a menudo ello afecta a otras personas (v. 6);

hace que Dios parezca irreal e inoportuno (vv.8-9). Véase Isaías 59.1-2;

produce temor y cobardía moral (vv. 10-12);
provoca el juicio divino (vv. 14-19).

¿Cuál es la solución?

Versículo 15: Jesús, «la simiente de la mujer», aplastó la cabeza de la serpiente en el Calvario. El soportó y venció toda la fuerza de la tentación. Cristo está vivo y habita en nuestro interior como vencedor (Col. 2.15), ofreciéndonos su poder moral para cambiar progresivamente las derrotas que sufrimos en victorias (Ro. 8.37).

Cosas que recordar

a. La tentación no constituye pecado, el ceder a ella sí.

b. Jesús fue tentado más de lo que lo somos nosotros, pero él nunca cedió (He. 4.15).

c. Ya que Cristo ganó la guerra en el Calvario, también puede ganar nuestras batallas individuales (He. 2.18).

d. Siempre hay una salida, si quiere usted utilizarla (1 Co. 10.13). Cuando la tentación golpee, pídale a Cristo su fuerza.

e. Usted puede perder una batalla --muchas incluso-- y aun así ganar la guerra. Cobre ánimo, él todavía no ha terminado con usted (1 Jn. 3.2-3).

Cosas que evitar

a. No coquettee con el mundo: amistades, películas, revistas, conversaciones, actitudes, ambiciones que emboten su amor por Cristo.

b. No perdone a la carne: ese «yo» egoísta necesita ser mantenido en la cruz a diario para que el Espíritu de Jesús brille por medio de usted (Gá. 2.20; Ro. 8.13).

c. No contemporee con Satanás. Resístale (Stg. 4.7; 1 P. 5.9). No tenga nada que ver con el ocultismo: los libros y las prácticas ocultistas deben confesarse y abandonarse (Hch. 19.18-20). No hay nada tan desdichado como una vida cristiana indiferente.

Versículo para aprender

Aprendan Filipenses 4.13: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Lucas 4.1-13.

1. ¿A qué tentaciones fue sometido Jesús? ¿Cuáles serían sus equivalentes hoy en día?

2. ¿Tienen alguna importancia el momento y el lugar en los que se produjo la tentación?

3. Jesús citó varios versículos al enfrentarse con estas tentaciones (Dt. 8.3; 6.13, 16). ¿Qué enseñanza saca usted de ello?

4. En el Edén (Gn. 3), el hombre cayó; en el desierto, Jesús salió vencedor. ¿Qué comparaciones y contrastes ve usted entre esos dos acontecimientos?

5. Las primeras y las últimas palabras de ese pasaje son muy significativas...

Período de oración

El grupo tal vez quiera compartir algunas áreas de debilidad en su propia vida en donde la tentación resulta particularmente atractiva, y orar unos por otros. Dios busca santidad en nosotros ... y nos ofrece su Santo Espíritu.

Estante de libros

C. S. Lewis, *Cartas de un diablo a su sobrino*
John White, *La lucha*

9. Servir a Cristo

Sección de enseñanza

Todo el ministerio de Jesús se caracterizó por el servicio. El había venido no para ser servido sino para servir (Mr. 10.45). Este fue un tema que encontró en el Antiguo Testamento y particularmente en Isaías 40-55.

En dicho pasaje hay tres temas predominantes: la obediencia (Is. 44.1), el testimonio (Is. 43.12) y la perseverancia (Is. 43.1-6). Israel fracasó en esas pruebas, ¿cómo le va a usted con ellas? Este fue el modelo de liderazgo que Jesús adoptó: servicio, no posición; y dijo a sus seguidores que hicieran lo mismo (Jn. 13.12-17; Mr. 10.43-44; Lc. 22.24-27). Todo cristiano es llamado a servir, tiene un ministerio ... Resulta imposible ser cristiano sin convertirse en ministro de Jesucristo. No reserve esa palabra para los pastores y los misioneros, ¡lo incluye también a usted!

En el Nuevo Testamento hay principalmente tres palabras que se traducen «siervo», y todas ellas se aplican a cada cristiano sin excepción.

La primera de ellas significa «esclavo» (1 P. 2.16; Ap. 1.1), y describe la entrega completa de cada parte de nuestra vida --hogar, trabajo, vida sentimental, ambiciones, todo ello-- a Jesús, quien lo dio todo por nosotros. Considere Romanos 12.1-2 y 1 Corintios 6.19-

20. En la sociedad antigua el esclavo no tenía derechos sino que estaba totalmente a disposición de su amo. Los escritores del Nuevo Testamento escogieron deliberadamente la palabra «esclavo» para describir su relación con Jesús. ¿Qué tal le cuadra a usted?

La segunda palabra significa «líder de culto» (el término del que nos viene «liturgia»). Tiene que ver con nuestra adoración (Hch. 13.2). Pero culto es una palabra amplia, que incluye nuestras ofrendas (2 Co. 9.12), nuestra fe (Fil. 2.17), el hacer bien nuestro trabajo (Ro. 13.6) e incluso la evangelización (Ro. 15.16). ¿Cómo es de importante el culto para usted? ¿Qué le cuesta? ¿Se desborda en el hablar a otros acerca de su Señor? Si no es así, ciertamente se pondrá rancio.

La tercera palabra significa «ayudante» y de ella se deriva nuestra palabra «diácono». Se utiliza mucho para hacer referencia a la ayuda práctica de todas clases. Describe nuestra relación con nuestros hermanos cristianos y con aquellos que todavía no lo son (2 Co. 4.5). También se aplica el término «servicio» a la visitación de los presos y a la asistencia personal (Flm. 13; Hch. 19.22), al repartir la sopa y al predicar (Hch. 6.1, 4). Desde la venida de Jesús a nuestro mundo, no debemos seguir aislando lo sagrado de lo secular.

«Téngannos los hombres por servidores de Cristo» (1 Co. 4.1). Pregúntense qué diferencias les ha supuesto el hacerse cristianos en estas áreas de la entrega entusiasta, culto y servicio práctico.

Versículo para aprender

Aprendan Romanos 12.1: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.»

Sección de estudio bíblico

El pasaje bíblico para estudiar es Hechos 5.40-6.8.

1. ¿Qué era lo que movía a aquella gente a querer servir al Señor? ¿Y qué me dice de usted?

2. ¿Cuántas formas de servicio se mencionan aquí?

3. ¿Son los trabajos «espirituales» más importantes que los prácticos?

4. ¿Qué cualidades espirituales debían reunir aquellos que deseaban servir comidas? Aplique esto a su iglesia o su grupo.

5. ¿Cómo es que los discípulos se «multiplicaban» en Jerusalén?

6. ¿Qué servicio realiza usted actualmente que no llevaría a cabo si no fuese cristiano?

7. ¿A qué nueva área de comunión y servicio va a dedicarse cada uno de ustedes ahora que ha terminado este breve curso? ¡Sean específicos!

Período de oración

Los miembros del grupo deberían compartir unos con otros aquellas áreas en las cuales se sienten llamados a servir a Cristo (véase la pregunta 7 de más arriba), y orar cada uno por los demás cuando pasan de este grupo a nuevas áreas de comunión y servicio.

Estante de libros

Biografías tales como *Nací de nuevo*, de Charles Colson.

C Campañas en la iglesia y la ciudad

Michael Green y Jane Holloway

PREPARACIÓN PARA UNA CAMPAÑA DE IGLESIA LOCAL

Si está usted pensando en organizar una campaña, he aquí algunas pautas básicas que han sido confirmadas por la experiencia.

Aclare el objetivo

Este es el primer factor esencial: ¿debe llevarse a cabo esta actividad en el interior de la iglesia, para renovar la vida comunitaria y despabilar la asistencia a los cultos convirtiéndola en un gozoso compromiso con Cristo, o va dirigida a esa comunidad más amplia que tiene pocos vínculos o ninguno con la iglesia? La claridad sobre este punto determinará todo lo que venga a continuación, y su confusión producirá resultados desastrosos.

Una vez que se tiene claro el objetivo, puede pasar a tratarse de cuestiones estrechamente relacionadas con el mismo tales como la longitud de la campaña y su contenido. ¿Debería dicha campaña durar una semana, dos semanas, o uno o dos fines de semana? ¿Tendría que basarse en una iglesia o en un lugar neutral? ¿Se concentraría en grandes reuniones o más bien intentaría acercarse a diferentes grupos de interés en el medio donde éstos se encuentran más a gusto? O aún: ¿debería enfocarse en una serie de pequeñas reuniones caseras? La época del año puede ser también un factor decisivo.

Una vez que la iglesia ha respondido a estas preguntas está en condiciones de considerar el siguiente imperativo.

Escoja al evangelista

Esto es algo de vital importancia. Al tomar la decisión de invitar al responsable de la campaña usted debe tener en cuenta los puntos fuertes y las debilidades de la iglesia, así como el ambiente que reina en ella. Por lo general, el evangelista será conocido por el ministro local, personalmente o por medio de sus libros o videos.

Una vez que se ha hablado con dicho evangelista es importante invitarlo a visitar la iglesia para una reunión exploratoria con sus dirigentes, tanto ordenados como laicos. De ser posible, resultará útil combinar su visita con el culto principal del domingo a fin de que la congregación empiece a conocerlo y a confiar en él. Los miembros de la iglesia necesitan tener claros los objetivos de la campaña, cómo encaja ésta en la vida normal de la congregación y lo que significará a grandes rasgos. El evangelista también deberá explicarles lo positivo que resultaría que trajese consigo a un equipo de evangelización para la campaña. Y después de la visita tendrá que haber una decisión firmemente respaldada por el liderazgo de la iglesia para invitarlo y apoyar la campaña a todos los niveles. Entretanto, debe destacarse bien dicha campaña en los anuncios de la iglesia a fin de que todos los miembros comiencen a captar la visión y vean cómo encajan en ella. No es mala idea encargar esto a alguien distinto del pastor, para que dicha campaña no parezca el pasatiempo personal de este último. Ahora ha llegado el momento de comenzar la planificación detallada, que debería iniciarse por lo menos nueve meses antes de la campaña en sí.

Planee la preparación

Una secuencia útil de los acontecimientos podría ser la siguiente:

- a. Forme un comité de campaña y ponga a trabajar a los miembros en sus respectivas áreas.
- b. Asegúrese de que los objetivos (y las fechas) de la campaña sean claros como el agua para todos los interesados.
- c. Escoja un título en colaboración con el evangelista. Dicho título debe ser breve, atrayente, descriptivo y relacionado con la localidad, no con el evangelista invitado. Tiene que estar destinado a conectar con la gente de fuera de la iglesia.
- d. Distribuya un breve documento informativo a la congregación.
- e. Haga planes para los programas de capacitación y enseñanza que desembocarán en la campaña.

- f. Organice un bosquejo aproximado de la semana de campaña.
- g. Reclute gente para aconsejar y realizar el seguimiento.
- h. Dé amplia publicidad a la campaña.
- i. Empiece el curso o los cursos de capacitación.
- j. Haga cuidadosos preparativos finales para el equipo, el programa y la publicidad, y pase luego a la campaña en sí.
- k. Comience el seguimiento no bien termine la campaña.
- l. Algunas semanas después de finalizada, deberán transferirse los miembros de los «grupos de descubrimiento» a pequeños grupos caseros de comunión de la iglesia. Puede que el entusiasmo alcance tal nivel que la congregación forme su propio equipo de evangelización.

Esta es la preparación general; consideremos ahora algunos de sus aspectos con más detalle.

Constituya la junta ejecutiva de la campaña

Una vez que el evangelista ha aceptado la invitación a la campaña, es hora de preparar el marco administrativo que hará posible movilizar, informar y capacitar de un modo pleno a la iglesia. Confiar en que una sola persona, sobre todo el pastor, se haga responsable de las muchas tareas que hay que realizar es pura insensatez: mejor será formar una pequeña junta ejecutiva entre el liderazgo de la iglesia. Esto muy bien podría significar tener que liberar a las personas implicadas de sus compromisos normales con la iglesia a fin de que tengan tiempo para los preparativos de la campaña sin mermar indebidamente su tiempo familiar o su capacidad profesional.

Esta junta debe ser una comisión de trabajo: escoja a las personas que tengan los dones necesarios, no a aquellas con renombre en la iglesia. Deberán cubrirse áreas tales como la oración, las finanzas, la publicidad, el trabajo con jóvenes, el consejo y el seguimiento, así como otras que surjan a medida que se vayan elaborando los planes. Algunas de estas tareas podrán ser realizadas por un solo individuo, pero hay mucho que decir a favor de la constitución de pequeños subgrupos compuestos por dos o tres personas para manejar diversos aspectos del proyecto. Cada uno de dichos subgrupos trabajará en su propia área y estará representado por su coordinador en la junta ejecutiva de la campaña.

El presidente de esta junta debe escogerse con un cuidado muy especial. Ha de ser alguien que goce de amplio respeto y sea capaz de motivar a la congregación y de prever el curso que la campaña puede tomar. El o ella habrá de ser capaz de supervisar el desarrollo

completo de las actividades que desembocarán en dicha campaña.

A menudo también es muy importante que haya un vicepresidente que trabaje al lado del presidente y comparta la carga de la responsabilidad. Si el presidente es un ministro ordenado, el vicepresidente debería ser un laico. A una de estas dos personas ha de encomendársele la tarea de mantener contacto regular con el evangelista.

Es esencial que haya un secretario de la campaña, para levantar actas y hacerse cargo de la correspondencia. Muy bien podría ser el secretario de la iglesia. Sin embargo, en este caso se necesitaría una ayuda suplementaria en la oficina de la iglesia antes de iniciarse la campaña, con el objeto de que no se descuiden los asuntos de la congregación. El secretario de la campaña podría ser la persona idónea para coordinar el programa.

Asigne las responsabilidades

Hay diversas áreas que deberán estar a cargo de pequeños subgrupos o individuos:

La oración

Es lo que primero ha de ponerse en marcha, ya que sin ella no se realizará nada. Hay diversas formas en las cuales puede estimularse la intercesión:

a. Introduzca «tríos de oración», animando a tres amigos a reunirse semanalmente para orar cada uno por tres conocidos suyos que todavía no sean cristianos.

b. Diseñe una tarjeta de oración que lleve estampado el título de la campaña. En una cara de la tarjeta anime a la gente a orar por un número específico de personas; en la otra, informe acerca de necesidades generales de la campaña, preferiblemente ordenadas según los días de la semana, para que oren por ellas. Esta tarjeta podría tener la forma de un marcador de libro.

c. Mencione cada semana en la iglesia las principales necesidades de oración de la campaña, y haga que se ore por ellas.

d. Informe y anime a cualesquiera grupos de oración que haya en la iglesia, y consiga su respaldo en la intercesión.

e. Proporcione detalles y noticias, según vayan surgiendo, a través de la hoja informativa semanal, suministrando tanto temas de oración como respuestas a las peticiones hechas.

f. Organice reuniones de intercesión especiales, conciertos de oración o medias vigilias para orar por la campaña.

Las finanzas

Habrà que esbozar un borrador de presupuesto, y puede pedirse a los miembros que contribuyan económicamente utilizando en los cultos unos sobres especialmente destinados a este propósito. También podría apartarse un domingo, tanto para orar como para destinar íntegramente las ofrendas que se reciban a los gastos de la campaña. Intente recaudar todos los fondos necesarios antes de su inicio, para evitar tener que pedir dinero en alguna de sus reuniones. Los gastos más altos serán por lo general el alquiler de locales, los medios técnicos, los gastos de viajes del equipo visitante, y los materiales que se utilicen para el consejo y el seguimiento.

La publicidad

Esta quizá podría correr a cargo de un solo individuo, pero será mejor que se ocupe de ella un pequeño grupo de personas con aptitudes en ese campo.

Habrà que hacer publicidad tanto entre los miembros de la iglesia como para avisar a la comunidad en general. Este grupo deberá trabajar en contacto estrecho con el resto de la junta, produciendo la labor artística necesaria y manejando todo el diseño y los carteles de la campaña. Hay tres áreas particularmente importantes:

a. El diseño de una hoja sencilla para los miembros de la iglesia, en la que se dé información acerca de lo que es la campaña y cómo pueden participar en ella.

b. La toma de contacto con los periódicos, la radio y la televisión locales, según convenga, para contratar anuncios u ofrecer noticias. Si se puede entrevistar al evangelista, tanto mejor.

c. El diseño de tarjetas pequeñas y atractivas para invitar a la gente a los diferentes acontecimientos de la campaña, las que podrían ser útiles también en la visitación casa por casa.

Los jóvenes

El líder de jóvenes de la iglesia tendría que tomar parte en todo desde el principio. El o ella deberá elaborar un programa para la juventud de la iglesia y sus amigos. El o los líderes han de trabajar en colaboración estrecha con los miembros de más edad del grupo de jóvenes para planear, orar y facilitar el programa.

Podrían organizar un concierto con algún artista cristiano invitado que tenga aptitudes, no sólo musicales, sino también para presentar el desafío de Jesucristo. También podrían planear un acontecimiento deportivo, una velada de cine, una fiesta con pizzas, una cena o cualquier otra actividad para llegar a la vida y los intereses de los jóvenes de la zona que actualmente están apartados

de Cristo. Tal vez puedan dar publicidad a estos acontecimientos en los centros de enseñanza locales. Naturalmente es muy probable que el equipo visitante cuente con algunos miembros experimentados en el trabajo con jóvenes, lo cual necesita explorarse y tomarse en cuenta al comenzar a planear el programa.

También podría ser oportuno idear algunos acontecimientos para niños más pequeños, si entran dentro del plan de la campaña. En ocasiones puede ser posible visitar clases, hacer una asamblea u organizar actividades durante la hora de la comida en un colegio de la zona.

El consejo

Podría ser de provecho capacitar a algunos miembros de la iglesia para que actúen como consejeros de aquellos que hayan respondido durante la campaña. Dichos miembros necesitarán saber cómo guiar a alguien a Cristo y responder a las objeciones y dificultades más comunes que suelen plantearse.

Será prudente, por lo tanto, diseñar un curso breve para consejeros, anunciarlo ampliamente en la iglesia e invitar personalmente a aquellos que en su opinión deberían participar. Si se hace una invitación pública a los voluntarios en esta área, la idoneidad de aquellos que soliciten tomar parte deberá examinarse muy bien al final del curso.

A medida que se aproxima la campaña haga una lista rotativa para cada reunión principal, de modo que los consejeros no piensen que todas las noches están de servicio, sino que puedan ser estimulados a invitar a sus amigos. Asegúrese de que sepan exactamente lo que se demandará de ellos, estén familiarizados con los materiales que habrán de entregar y tengan una sesión con el evangelista al comienzo de la campaña, para garantizar que todo esté a punto y puedan actuar con confianza y naturalidad. No celebre una reunión especial para los consejeros (ni siquiera de oración) justo antes del acontecimiento particular de la campaña en el que esperan ser utilizados, ya que eso puede disuadirlos de invitar a amigos, y probablemente sean ellos los miembros de la congregación más motivados para hacerlo. Al final de la sesión de capacitación usted tendrá que asegurarse de que se les han dado todas las instrucciones.

Los «grupos de descubrimiento»

Los planes para la formación de los nuevos creyentes tienen que estar hechos mucho antes de la campaña en sí. Esto requerirá la supervisión de un par de personas con gran sensibilidad espiritual y aptitudes organizativas que colaboren estrechamente tanto con

el «grupo de orientación» como con el presidente de la junta ejecutiva. Dichas personas tendrán que decidir qué materiales de seguimiento van a utilizarse, y familiarizar a todos los líderes de los «grupos de descubrimiento» con ellos.

Pero hay una cosa más que es necesaria: deberán preparar dirigentes para esos «grupos de descubrimiento», los que saldrán a la luz a medida que la gente venga a la fe en Cristo durante la campaña. Por muy expertos que sean esos líderes dirigiendo estudios bíblicos caseros, necesitarán por lo menos dos sesiones meticulosas de capacitación en el manejo de estos grupos para nuevos creyentes, ya que presentan desafíos particulares y demandan amor, dedicación y bastante pericia.

Los responsables deberán averiguar qué hora del día pueden dedicar los líderes de los «grupos de descubrimiento», y organizar a dichos líderes consecuentemente en pequeños equipos, poniendo a un dirigente más experimentado junto con uno o dos que tengan poca o ninguna experiencia en dirigir grupos de recién convertidos.

Durante la campaña en sí, los responsables del seguimiento tendrán que llevar un control de las tarjetas de respuesta a medida que éstas vayan entrando, y asegurarse, inmediatamente después de la finalización del esfuerzo de evangelización, de que los nombres se ordenen con sensibilidad formando los «grupos de descubrimiento» adecuados, y de que se informe a los líderes acerca de quiénes participarán en dichos grupos, para que las reuniones comiencen la semana siguiente a la campaña.

La persona encargada del seguimiento tiene que mantenerse en el más estrecho contacto con los dirigentes de los «grupos de descubrimiento», de manera que pueda efectuar cualquier cambio necesario de personal. El o ella conservará una lista principal de todos los grupos, y será también responsable de garantizar que haya una transferencia suave de los miembros de los «grupos de descubrimiento» a los grupos caseros normales de comunión de la iglesia una vez acabado el curso.

Las funciones anteriores serán siempre necesarias, y según el tamaño de la iglesia puede precisarse igualmente un pequeño grupo para coordinar el hospedaje del evangelista visitante y de su equipo, y otro que se encargue de los requisitos de la música si, por ejemplo, participan tanto un grupo de canto como un coro tradicional, y no digamos si hay una pequeña orquesta. Podría ser prudente también contar con un grupo pequeño pero entendido, más que con un sólo individuo, para hacerse cargo de los aspectos técnicos de la campaña, tales como equipos de sonido, andamiajes y disposición de asientos.

Esboce el programa

Esté programa sólo cobrará forma a medida que las fechas se aproximen, pero será prudente tener en estudio lo más importante de los preparativos de la campaña desde temprano.

Cuando ataque esta responsabilidad, la junta ejecutiva tendrá que recoger un perfil de la iglesia en el vecindario circundante, a fin de evaluar sus puntos fuertes y sus deficiencias, así como la medida en la cual dicha iglesia responde a las necesidades de su comunidad. Esto no sólo será muy valioso para la junta ejecutiva, sino también para el evangelista.

Primeramente la junta ejecutiva de la campaña tendrá que determinar sus líneas maestras de actuación, y luego pasar a la planificación específica, todo ello asegurando la participación congregacional en un grado elevado.

Líneas maestras

Es importante decidir cómo puede utilizarse mejor al equipo visitante, averiguar cuántas veces el evangelista está dispuesto a hablar cada día, determinar si van a basar mayormente la campaña en reuniones principales en la iglesia todas las noches o tener como objetivo primordial los encuentros en las casas de los miembros, o tal vez si sería mejor decidirse por diferentes sectores de la sociedad: profesionales, gente de negocios, trabajadores nocturnos, obreros, etc. También sería posible participar en algún acontecimiento local, como, por ejemplo, un festival de música que se celebre la misma semana de la campaña. O puede haber algún otro medio imaginativo de llegar a la comunidad abordando, con la ayuda de todo el equipo, alguna necesidad obvia que ésta tenga. Temas como esos determinarán todo el énfasis de la campaña y precisan nuestra meditación cuidadosa y nuestra oración. Las opiniones de la congregación deberán considerarse durante todo el proceso: los miembros esperan que la junta ejecutiva tome la iniciativa de la campaña, pero como es natural querrán que sus pareceres se tengan en cuenta.

Planificación específica

El programa muy bien podría incluir cultos dominicales especiales dirigidos por el equipo; reuniones caseras; encuentros para jóvenes, médicos, abogados y otros grupos homogéneos; debates; reuniones especiales en algún lugar neutral; coloquios en el Club Rotario; reuniones de entre semana en la iglesia, abiertas a los invitados; trabajo al aire libre en las calles y los centros comerciales...

Participación congregacional

La campaña será ineficaz a menos que la congregación la respalde. Por lo tanto habrá que esforzarse al máximo para que los miembros participen a todos los niveles. La publicidad constante y la oración regular resultan esenciales, y es útil impartir alguna enseñanza a la congregación acerca de cómo celebrar reuniones caseras y ayudar a los buscadores a encontrar la fe. Lo mejor es idear y hacer circular un cuestionario para todos los miembros, destacando las áreas más importantes en las que se necesita personal e invitando al voluntariado. Dichas áreas podrían incluir la visitación, la participación como consejeros, la dirección de un «grupo de descubrimiento», el proporcionar comidas o alojamiento, el aportar dones creativos en la música, en el teatro o la danza, habilidades técnicas, etc. Valdría la pena celebrar una reunión congregacional temprana, preferiblemente con la presencia del evangelista, para explicar la visión, responder a las dudas, lograr una máxima participación y despertar entusiasmo por el proyecto. De dicho entusiasmo imaginativo surgirán ideas, y la junta ejecutiva verá su trabajo inconmensurablemente aligerado.

El inicio de la campaña

En vista de todo lo que hay que hacer, muy pronto se les vendrá encima la campaña. Es necesario preparar bien la acomodación y el transporte del equipo a lo largo de todo el esfuerzo, y los visitantes deberán tener en sus manos una lista con la totalidad de sus compromisos algunos días antes de llegar. Habrá que organizar reuniones diarias de oración en la iglesia, y el equipo visitante necesitará tiempo para reunirse todos los días, orar, planear y ser estimulados, porque su trabajo es duro. Podría resultar provechosa la presencia de algún dignatario destacado de la iglesia para encomendar al equipo a su tarea. De cualquier modo, una gala inaugural, preferiblemente en el culto principal del domingo, es de enorme ayuda para obtener buen respaldo para la campaña en la iglesia.

Asegúrese de que haya alguien bien informado sobre la campaña para contestar al teléfono de la iglesia durante toda la semana. El período diario de culto, noticias y enseñanza del equipo puede abrirse también a los miembros de la congregación, quienes se sentirán entusiasmados a medida que vayan dándose a conocer las respuestas a la oración, y se verán atraídos cada vez más cerca de todo el proyecto.

Resulta imposible saber de antemano cómo resultará la campaña. Todos necesitan estar bien sintonizados con el Señor: tratando de

discernir su voluntad en el desarrollo de los acontecimientos de la semana y dispuestos a adaptar los planes según convenga, incluso en el último momento. El equipo tendrá siempre emocionantes historias que contar acerca de cómo vez tras vez han descubierto la guía divina a lo largo de la campaña, a menudo cuando no tenían tiempo para prepararse o estaban pensando en llevar a cabo algo completamente distinto. Una campaña no sólo será fructífera fuera de la iglesia, sino que traerá mucha bendición a toda congregación que se lance a participar en la empresa, y sobre todo al equipo que acompañe al evangelista. Con frecuencia se trata de una experiencia que transforma la vida de la gente.

Antes de que el equipo se marche, es importante que el liderazgo local tenga la oportunidad de interrogarlos y de considerar el futuro. Anime esa clase de reuniones de diálogo en otros sectores de la vida de la iglesia, a fin de aprender de los errores y poner en práctica las lecciones aprendidas. Pocas semanas o meses después de la campaña será muy útil que el evangelista reciba una valoración debidamente reflexionada y conteste a su vez con otra similar en cuanto a los esfuerzos realizados por la iglesia local.

PREPARATIVOS PARA CAMPAÑAS EN CIUDADES O LOCALIDADES ENTERAS

A esta clase de campañas se aplican muchos de los mismos principios; sin embargo es necesario un tiempo más largo de preparación (digamos dieciocho meses) para que las iglesias participantes empiecen a trabajar en colaboración estrecha y creen un programa con posibilidades de tener amplio efecto en la sociedad.

Nuestra experiencia sugiere que una campaña de estas proporciones sólo resulta eficaz cuando existe un alto grado de confianza y cooperación anteriores entre los ministros de las diferentes iglesias, cuando casi todas las congregaciones pueden participar en ella, y cuando ya está llevándose a cabo algo de evangelización, que es enfocada y recibe un empujón con la llegada de un numeroso equipo visitante.

La posibilidad de patrocinar conjuntamente un acontecimiento para toda la ciudad debería plantearse en la reunión habitual de todos los ministros, y sus implicaciones explicarse en detalle. Si se considera que ha llegado el momento de acometer una empresa así, habrá que invitar a un evangelista para una reunión especial de pastores y líderes laicos de todas las iglesias participantes.

El evangelista deberá primeramente compartir la visión: no se tratará de una «cruzada» de un solo hombre, sino de un proyecto inequívocamente de las iglesias implicadas, a las cuales él y su equipo prestarán sus servicios durante el tiempo de la campaña. Ese evangelista no llegará con un paquete preparado: las congregaciones locales determinarán la mejor forma de utilizar los servicios del equipo visitante, y el programa se elaborará en consecuencia. Y hay que dejar muy claro que la campaña no se basará en que el evangelista hable en un lugar céntrico cada noche, sino en un equipo visitante de laicos trabajando juntamente con los cristianos locales para penetrar la sociedad, a todos los niveles, literalmente, con una veintena o más de reuniones diarias.

En segundo lugar, el evangelista explicará lo que se requiere de las iglesias participantes: respaldo de sus órganos rectores; apoyo económico acorde con el tamaño de la iglesia; voluntad de que los miembros del equipo participen en todos los cultos y reuniones de entre semana a lo largo de la campaña; organización de encuentros especiales en casas, ideados para invitar a vecinos que no asisten a la iglesia; provisión de un representante laico para trabajar junto al ministro en la promoción del proyecto; aceptación de un curso de capacitación para la campaña, común a todas las iglesias, antes del acontecimiento, y de «grupos de descubrimiento», también intereclesiales, para los nuevos creyentes después de la campaña. Se trata de una lista bastante larga, pero resulta esencial para fortalecer las profesiones de unidad y apoyo a la empresa. Cuando cada una de las iglesias participantes haya firmado una invitación al evangelista basada en estas condiciones, la preparación puede comenzar en serio.

El comité ejecutivo

Debería formarse un comité ejecutivo con representantes de las iglesias implicadas, cuya responsabilidad será la de formular y ejecutar todo el plan de acción de la campaña. Dicho comité tendrá que mantenerse en contacto estrecho con el conjunto de los ministros, pero la experiencia demuestra que esa clase de comités con frecuencia funcionan mejor si están compuestos principalmente por laicos. La elección del presidente es decisiva: él o ella deberá tener visión, dones de liderazgo, y contar con un gran respeto y apoyo. Este presidente, consultando por lo general con el grupo de pastores, selecciona entonces al comité, cuyos miembros deberían escogerse primordialmente según los dones especiales que se necesitan y sólo, en segundo término, como representantes de una iglesia determinada.

El comité ejecutivo debería estar compuesto asimismo por un vicepresidente y los coordinadores de las siguientes áreas: programa, oración, finanzas, publicidad, jóvenes, consejo, seguimiento, locales, hospitalidad, reuniones pequeñas, acontecimientos especiales y, posiblemente, música, literatura y transporte. Se encargaría a uno de sus miembros que mantenga contacto regular con el evangelista y el grupo de ministros.

El comité deberá reunirse al menos una vez al mes en los comienzos, y con más frecuencia a medida que se acerca la campaña. Es el responsable de decidir las metas, los títulos, los oradores, el presupuesto, los acontecimientos más grandes del programa, la capacitación para la campaña y los consejeros, así como lo tocante a los jóvenes y a la formación de los nuevos creyentes.

El *presidente* debe dirigir las reuniones del comité, que pueden convertirse en ocasiones para formar profundos lazos interdenominacionales de amistad: cuando las relaciones son buenas las decisiones que se toman también lo son. Asimismo debe recibir de cada una de las áreas breves informes sobre el avance del proyecto, y asegurarse de que la actividad no deje fuera a la oración.

El *vicepresidente* tendrá una función distinta según sea la campaña, pero resulta juicioso que haya alguien para compartir la carga con el presidente. Uno de ellos deberá mantenerse en contacto estrecho tanto con los pastores como con el evangelista.

El *coordinador de programa* habrá de poseer al mismo tiempo dones pastorales y de organización. Será el responsable de mantenerse en contacto con todos aquellos que estén planeando las actividades del proyecto, de facilitar imaginativamente las ocasiones principales de la campaña, de conjuntar todo el programa y mantener constantemente informado al evangelista, así como de reclutar a los «representantes laicos» (véase más abajo) y actuar como su pastor.

El *coordinador de oración* habrá de ser una persona con un verdadero don de intercesión, que pueda inspirar y movilizar a otros a orar tan pronto como se haya acordado la campaña. Cualquier otra cosa depende de la oración, la cual es absolutamente decisiva. El o ella introducirá los tríos de intercesores así como una tarjeta de oración, y hará un lanzamiento sonado de estas cosas en las iglesias. El coordinador o sus colegas visitarán todas las congregaciones y hablarán sobre la plegaria; elaborarán una lista de grupos de intercesión de la localidad y procurarán que se mantenga informados a éstos sobre los temas por los cuales orar; organizarán reuniones de oración intereclesiales, así como cadenas de intercesión y un «concierto de oración» para toda la ciudad antes de la campaña. El coordinador de oración deberá también

diseñar una sencilla hoja informativa, que se introducirá en el boletín de todas las iglesias e incluirá necesidades por las cuales orar y respuestas a la oración. Si la plegaria colectiva en unidad inflama las iglesias locales éstas nunca volverán a ser las mismas.

El *coordinador de finanzas* tendrá primeramente que elaborar un presupuesto basado en si se piensan alquilar o no locales, lo que supondrá hacer publicidad, y cuáles serán las exigencias económicas del equipo visitante. Este muchas veces puede que se ofrezca de forma gratuita, pero sus gastos de viaje serán considerables, así como sus facturas de teléfono y correspondencia; naturalmente también habrá que alimentar a sus miembros durante la campaña. También debería pedirse a cada subcomité un cálculo de sus costos, decidiendo luego el comité ejecutivo cómo tendrían que recaudarse los medios económicos entre las iglesias participantes. También habría que hacer circular una copia del presupuesto y de las responsabilidades económicas de cada congregación, indicando cuándo se necesitan las primeras aportaciones. Evite el pedir contribuciones en la campaña misma, pero hágalo si es preciso en las reuniones previas.

El *coordinador de publicidad* es responsable de la propaganda, tanto dentro de las iglesias como a nivel local. ¿Podría animarse a las autoridades gubernamentales para que declaren a la semana como «de interés especial»? ¿Sería buena idea hacer algún tipo de gran acto festivo? ¿Debería crearse un logotipo y utilizarlo en pegatinas para los coches, sudaderas y chapas, así como en el papel de cartas y en los carteles de la campaña? ¿Habría que imprimir tarjetas de invitación para los diferentes acontecimientos? ¿Qué publicidad gratuita puede conseguirse en la radio y la televisión local? ¿Debería hacerse llegar un librito cristiano a cada hogar o producirse un periódico acerca de la campaña? Este cargo ofrece infinitas posibilidades para la imaginación relacionada con la eficiencia, y su trabajo principal consiste en proporcionar respuestas atractivas y claras a las preguntas que la mayoría de la gente se estará haciendo: ¿Qué es una campaña? ¿Quiénes son estos visitantes? ¿Qué va a suceder? No hay ni que decir que la mejor forma de hacer publicidad es la invitación personal de un amigo a otro.

El *coordinador de hospitalidad* será el responsable del alojamiento del equipo y de sus comidas. El evangelista proporcionará una lista de los integrantes de dicho equipo, con detalles acerca de su denominación, edad, sexo y cualquier alergia que padezcan. Es mejor reclutar a los hospedadores entre los miembros más periféricos de las iglesias, puesto que el núcleo comprometido estará probablemente implicado en organizar reuniones en sus casas.

Aclare a dichos hospedadores lo que se espera de ellos (especialmente si deben suplir la cena), y envíe sus direcciones al evangelista antes de que vaya el equipo.

En cuanto a las comidas, muchos del equipo visitante estarán trabajando fuera al mediodía, de modo que será mejor contar con un almuerzo empaquetado provisto por diferentes iglesias de diversas maneras en vez de con una comida caliente. Hay que proporcionar un refrigerio a media mañana, y sería buena idea colocar a los miembros del equipo en hogares estratégicos para la cena, a menos que coman con sus anfitriones. El responsable de esta área lo será también de proyectar cómo deberá desplazarse el equipo por la ciudad (¿con automóviles o bicicletas prestados?) y de suministrar a cada uno de sus miembros cuando lleguen un mapa claro.

TITULO DE LA CAMPAÑA

Quisiera ser el anfitrión de una reunión:

Nombre del anfitrión.....

Teléfono.....Día.....Fecha.....Hora.....

Dirección.....

Afiliación eclesial.....

Orientaciones para la reunión:

¿Es una reunión normal de la iglesia u organizada sólo con motivo de la campaña?

¿Dónde se celebrará? (casa, restaurante, iglesia...).

Por favor, indique qué clase de gente es probable que asista: ¿mayormente hombres, mujeres, jóvenes, solteros, padres jóvenes, jubilados?

A menos que solicite otra cosa irán a ella dos miembros del equipo.

¿Puede proporcionar alguna otra información que sea útil para la preparación del equipo?

Por favor, envíese a: (nombre de la oficina de la campaña y teléfono)

El *coordinador de actividades especiales* puede necesitarse para organizar algunos de los acontecimientos más grandes, tales como un concierto o una marcha de alabanza, un debate o un centro de paso ... También sería responsabilidad suya, naturalmente, cualquier reunión de adoración central.

El *coordinador de consejeros* reclutará a miembros de las iglesias idóneos para realizar esta función en los acontecimientos grandes,

juntamente con el equipo de la campaña. Ello implicará la preparación de un cursillo de instrucción en colaboración con el coordinador de seguimiento. Tenga en cuenta que el papel de los consejeros en las reuniones principales diferirá del realizado por los anfitriones de los pequeños encuentros caseros, quienes estarán después en contacto regular con sus amigos. Decida con el evangelista cómo usará él a los consejeros, de qué forma deben identificarse éstos (chapa con nombre, cinta, etc.), cuál es el material más apropiado que tendrían que utilizar y cómo hay que emplear las tarjetas de respuesta.

El *coordinador de seguimiento* supervisa a líderes de los «grupos de descubrimiento» del mismo modo que en las campañas de iglesia local, pero ahora la tarea es más compleja a causa del carácter interdenominacional del proyecto. Los líderes de grupo deberán ser seleccionados de las diferentes iglesias, capacitados y confirmados en cuanto a su idoneidad. Una vez que se cuente con estos dirigentes, averigüe a qué hora del día están disponibles, para que se puedan imprimir los horarios en la tarjeta de respuesta. El liderazgo de los «grupos de descubrimiento» debería ser interdenominacional, y el coordinador tendría que garantizar que los dirigentes se conocieran y estuvieran cómodos unos con otros antes de la primera reunión con el grupo.

Al final de la campaña complete los grupos, poniendo cuidado en equilibrarlos en cuanto a la edad, el sexo y la denominación; decida si es importante que los miembros estén en un grupo cercano a sus casas; e informe a los líderes y haga que éstos inviten a los participantes a la primera reunión, la cual debería comenzar lo antes posible después de la conclusión oficial de la campaña.

El coordinador tiene que estar disponible para actuar como persona central durante la primera o las dos primeras semanas después de la campaña. Tras la primera reunión debería pedirse a los líderes que den por teléfono las listas de los asistentes, a fin de que se mantenga actualizada la lista principal. Alguna gente, después de haber sido asignada a un grupo, se da cuenta de que necesita cambiarlo. Por otra parte el coordinador deberá asegurarse de que los líderes indaguen lo que pasa con todos aquellos que no asisten, y estará disponible para ayudar a los dirigentes en cualquier problema. También los asistirá con el fin de garantizar una transición suave de los miembros a los pequeños grupos de entre semana en la iglesia que hayan escogido al concluir el «grupo de descubrimiento». Por otro lado, siempre habrá personas que por alguna razón no puedan ser integradas en un «grupo de descubrimiento», el coordinador tendrá entonces que procurar su seguimiento mediante el contacto personal.

El *coordinador de jóvenes* debería ser alguien que ya esté trabajando entre la juventud de la ciudad y pueda colaborar con otros dirigentes juveniles de distintas iglesias. Dicho coordinador debe fijar una reunión regular para todos aquellos con un ministerio entre jóvenes, que participen en la campaña. Juntos precisarán la banda de edades a la que se trata de llegar y determinarán la mejor forma de alcanzarla con el Evangelio. Probablemente tengan que organizar alguna actividad para cada noche de la campaña. Habrá que capacitar a consejeros juveniles y preparar «grupos de descubrimiento» para la juventud una vez terminado el esfuerzo de evangelización. Antes de éste, celebren algunas actividades juveniles conjuntas y planeen otras para después. Si durante la campaña misma se deciden por un músico cristiano famoso, recuerden que esas personas tienen muchos compromisos y sus precios son altos.

Una de las actividades evangelísticas más eficaces entre la juventud es el «coffee-bar», el cual precisa de un equipo de líderes visionarios y dinámicos, y de un grupo juvenil que ore y esté dispuesto a trabajar duramente para establecerlo e invitar a sus amigos. Permítales que sugieran posibles ubicaciones para el «coffee-bar» que sean céntricas y estén en terreno neutral. El coordinador debería acompañar a los jóvenes para conocer al dueño del lugar y alquilárselo. Una vez encontrado el sitio, los jóvenes desempeñarán un papel importante en cuanto a decorarlo adecuadamente y decidir qué equipamiento se necesita. Deberá ser agradable para chicos que no van a la iglesia (las grandes redes de pescar y una iluminación tenue han demostrado ser muy eficaces). Deberá haber una barra, música grabada y en vivo, y un sistema de luces y de sonido adecuado. También hay que dejar espacio para cualquier actuación musical o teatral que forme parte del programa de la velada. El programa en sí tendrá que concentrarse en temas importantes para la juventud: el sexo, el deporte, los padres, el suicidio, las relaciones y Jesús el amigo. También puede haber lugar para vídeos o películas, así como para mesas redondas o intervenciones de estrellas del deporte cristianas. La música ocupará con toda certeza un lugar prominente. Tendría que ponerse abundante comida y café, y cualquier cosa programada debería ser divertida, ágil y variada.

La oración resulta vital a todos los niveles, particularmente entre los mismos jóvenes al invitar a sus amigos y hacer propaganda de las actividades en sus centros de estudios. La primera noche es particularmente decisiva: debe contarse con un orador que se sienta verdaderamente a gusto en la cultura juvenil y que caiga bien a los jóvenes. Un grupo musical cristiano tiene bastante aceptación,

y con frecuencia le es posible ir antes a los centros de enseñanza y dar una idea de lo que puede esperarse en el «coffee-bar». La continuidad en las actuaciones noche tras noche es importante. Con frecuencia los chicos se presentarán a la primera velada, seguirán asistiendo, y al final de la semana habrán encontrado una fe personal. Los líderes juveniles deberán, desde luego, mezclarse naturalmente con los jóvenes y proponerse establecer relaciones duraderas con los que acudan por primera vez. La juventud es muy sensible a las demandas de Cristo una vez que se ha conseguido captar su interés y se ha llegado a su corazón. Gane su confianza y no le resultará difícil guiarlos a la fe; luego necesitarán una formación meticulosa la cual no aceptarán sino de las manos de aquellos en quienes confían.

Por último, puesto que se habrán reunido jóvenes de diferentes denominaciones y probablemente querrán ver alguna continuidad a las amistades que han hecho, podría ser útil que los líderes planeen un acontecimiento mensual o trimestral conjunto apoyado por todos los grupos juveniles de la localidad para complementar lo que sucede semanalmente en las diferentes iglesias.

Los representantes laicos

Antes hemos mencionado de forma ocasional a los «representantes laicos». Lo ideal sería que hubiera un representante laico de cada iglesia colaborando con el pastor para animar e informar a la congregación. Estos representantes habrán de liberar al ministro, quien tiene muchas otras responsabilidades que llevar además de ocuparse de la campaña, de la planificación detallada de esta última; aprovecharán cualquier oportunidad para motivar a los miembros de la congregación a comprometerse en la hospitalidad, las reuniones caseras y el ofrecimiento de sus aptitudes en otras áreas; mantendrán un contacto regular con el coordinador de programa, y por lo tanto estarán al día en cuanto al progreso realizado y serán capaces de tener informados a los miembros de la iglesia por medio del boletín o de un «espacio» en los cultos dominicales; y serán sumamente valiosos para el coordinador de programa como ojos y oídos suyos en las diferentes congregaciones de la ciudad, y no menos para aconsejarlo en cuanto a posibles personas dispuestas a servir en las diversas áreas de la campaña.

Los meses de preparación

Los pastores locales son la clave para el éxito de todo el proyecto. Si ellos lo respaldan, las congregaciones también lo harán; si son

laxos en cuanto a transmitir la información a los miembros, tienen poco entusiasmo, o les falta amor los unos para con los otros, confianza y oración, la campaña difícilmente prosperará. Así que el comité ejecutivo debe dar la máxima prioridad a fomentar las relaciones dentro de la fraternidad de pastores y estimular el interés, el intercambio y la oración entre ellos. La oración por la campaña tiene que convertirse en parte central de sus reuniones, y es indispensable una conferencia de un día entero para los ministros dirigida por el evangelista. Esta los capacitará tanto para expresar sus dudas como para adquirir confianza en todo el proyecto. El movilizar a cada iglesia local para la campaña no será cosa fácil, y se precisará la más plena cooperación de los ministros, quienes necesitan poner un énfasis especial en el fomento de grupos caseros para el estudio bíblico, la oración y el aliento y servicio mutuos. Los nuevos creyentes serán transferidos de los «grupos de descubrimiento» a dichos grupos caseros. ¡Cuando las iglesias no poseen esta clase de grupos los recién convertidos tienden a emigrar a otras donde sí existen! Los pastores desempeñan también un papel importante en cuanto a estimular a la congregación a que participen en la campaña de diversas formas: incorporándose a un trío de oración, organizando una reunión pequeña, dando alojamiento a un integrante del equipo, asistiendo a un curso de capacitación previo a la campaña, dirigiendo un «grupo de descubrimiento», prestando un coche o una bicicleta a un miembro del equipo visitante, o aportando dones creativos para la confección de pancartas o musicales.

Después de haber tomado mucho interés en los pastores, el comité ejecutivo tiene que procurar que sus subcomités funcionen, y garantizar que se tomen decisiones firmes y a tiempo en cuanto a los objetivos de la campaña, su título, las líneas generales del programa y la difusión de información en todas las iglesias participantes. Los integrantes de dicho comité deberán asegurarse de que los representantes laicos y el curso de capacitación estén preparados y funcionando debidamente.

También prestarán atención a la tarea de tender puentes en dos direcciones: primeramente entre las iglesias participantes de la ciudad, organizando celebraciones unidas ocasionales de fe y conciertos de oración intereclesiales, así como estimulando a los cristianos de diferentes iglesias que vivan en una misma área a conocerse.

Y en segundo lugar, los miembros del comité ejecutivo deberán tender puentes entre el equipo de la campaña y la ciudad anfitriona. No bastará con que el evangelista y algunos de su equipo pasen

simplemente un día con los pastores locales, sino que habrán de tener como mínimo un día --y preferiblemente un fin de semana-- de conferencia con una amplia muestra de las congregaciones participantes. Esto hará que la gente adquiera confianza en el evangelista y el equipo visitante, y les dará la posibilidad de subsanar malentendidos y plantear problemas, así como de provocar ideas. Supone además una oportunidad maravillosa para que el evangelista y sus colegas impartan buena e inspiradora enseñanza.

Otra manera de fomentar la confianza es que las iglesias participantes individuales reciban a unos pocos miembros del equipo de la campaña durante una semana como preparación para esta última. Esto comenzará a fomentar tanto las relaciones como el entusiasmo, y ayudará a los miembros laicos de las congregaciones locales a hacer suya la campaña; algunos de ellos tal vez quieran incluso tomarse libre esa semana y unirse al equipo visitante. Todo ello es beneficioso.

Habrà que mantener al evangelista bien informado de todos estos sucesos. El agradecerá recibir del comité ejecutivo un perfil del área que incluya todos los aspectos principales de la vida de la ciudad y esboce las más importantes áreas de resistencia al Evangelio, así como las otras religiones y sectas con las que él y su equipo se encontrarán cuando vayan. También estará muy interesado en un breve perfil de cada iglesia participante, cuyos datos no son difíciles de recopilar: puede ponerse en circulación un formulario que pregunte el tamaño de las congregaciones, los horarios y los tipos de sus cultos dominicales, los arreglos que tienen para los niños, sus actividades de entre semana y las reuniones de comunión case-ras que celebran, si utilizan las artes creativas en la adoración y cómo atienden a sus adolescentes. También estará interesado en saber si hay grupos de teatro o músicos locales que constituyan un recurso para la campaña misma.

El programa de la campaña

Entre las actividades programadas podrían estar las siguientes:

Reuniones caseras: grupos informales de amigos o vecinos donde hablar de las buenas nuevas de Cristo y hacer preguntas en un ambiente relajado. Los anfitriones invitarán a la gente, ofrecerán unos refrescos e informarán al equipo, mientras que éste dirigirá la reunión.

Reuniones sectoriales: cristianos locales de una profesión o grupo particular que organizan un acontecimiento especial para sus colegas durante la campaña.

Reuniones vespertinas más grandes: éstas sirven para enfocar los encuentros tanto al principio como al final de la semana de campaña; y consisten en un culto con predicación, teatro, danza y testimonio, además de utilizar una mezcla de música tradicional y moderna.

Cultos dominicales: en los que los miembros del equipo toman parte de un modo destacado en la adoración regular de cada iglesia participante.

Trabajo al aire libre: llevando el Evangelio a las calles, la playa o el mercado, y utilizando el teatro, las conferencias, el testimonio, los bailes en círculo, el mimo, la música, la lectura bíblica u otros medios para intrigar y atraer a la gente mientras los demás miembros del equipo charlan con aquellos que se paran a observar. Los elementos de la sorpresa, el gozo y la confianza son esenciales en este caso, ¡como también el permiso de la policía!

Una marcha de alabanza: esto da a la comunidad cristiana la posibilidad de presentarse en masa, cantando y alabando a Dios en las calles, con globos, niños en monopatines y expresiones generales de alegría. La ruta debe acordarse con las autoridades. Estas marchas producen ciertamente una conmoción en la comunidad local, y a menudo constituyen la primera vez que algunos cristianos se identifican como tales en público.

Centros de paso: pueden ir dirigidos a los adultos o a los jóvenes, y resultar muy eficaces. Dan la oportunidad a la gente de entrar a tomar un café, charlar, escuchar música, conocer cara a cara a los cristianos, y tal vez de presenciar una breve pieza de teatro o tomar parte en un debate o un tiempo de preguntas.

Pero no basta con enumerar posibles actividades: se necesita una planificación meticulosa. Habrá que estudiar el perfil de la ciudad, ver dónde están las principales áreas de carencia y decidir si será útil que el equipo de la campaña trate de satisfacerlas; identificar los distintos grupos sociales y buscar a los cristianos que haya en ellos para animarlos a orar y a organizar algún acontecimiento durante la campaña; decidir si el inicio y la clausura de esta última debería ser en alguna iglesia grande o en terreno neutral; planear el programa juvenil y el general sistemáticamente, y asegurarse, en colaboración con el evangelista, de que la programación definitiva llegue a manos de éste antes de la campaña, para que al menos se esboce la asignación de los miembros del equipo y se preparen las charlas. Debe disponerse de una iglesia céntrica que sirva de base para el equipo, abierta en todo momento, y con varias líneas telefónicas y una fotocopiadora. Si para las grandes reuniones vespertinas va a utilizarse un auditorio, asegúrese de que su

comodidad y decoración se comprueben con tiempo. Por último cerciórese de que haya disponible un buen surtido de libros cristianos. Alguna librería especializada podría suministrar esa literatura en depósito, posibilitando que el equipo la lleve a las pequeñas reuniones caseras y se encargue un puesto de libros en los acontecimientos más grandes.

La semana de la campaña

Durante la campaña en sí, el evangelista, el administrador del equipo, el presidente y el coordinador de programa del comité ejecutivo tendrán que mantener reuniones diarias para conservar el rumbo. El programa, aunque planeado con antelación, es muy posible que experimente bastantes cambios y adiciones de última hora a medida que la semana avanza.

A menudo resulta útil para el evangelista pasar un rato con los pastores locales en el transcurso de la semana, y programar otro período con los dirigentes de los «grupos de descubrimiento» hacia el fin de semana, cuando probablemente estén empezando a preocuparse porque es evidente que comienzan a llegar nombres y que se les va a pedir que dirijan esos grupos.

Después de la campaña

Es demasiado fácil derrumbarse agotado al final de la campaña, pero aún queda mucho por hacer. Habrá bastantes nombres de los que llevar el control: es importante que nadie que haya expresado interés en un formulario de respuesta sea pasado por alto. El comité ejecutivo tendrá que informarse, escribir una valoración para el evangelista y decidir si deberían mantenerse en «estado latente» a la espera de alguna actividad conjunta futura. Ciertamente tendrían que considerar si hay más proyectos unidos inmediatos los cuales sería apropiado realizar: una marcha de alabanza en Pentecostés, una «alabanza de Adviento» o algún encuentro para suplir determinada necesidad social que sea mejor abordada por las iglesias en colaboración unas con otras en vez de por separado. De cualquier modo las iglesias en cuestión necesitan mantener el ímpetu adquirido: la campaña no ha sido más que un enfoque y un catalizador en la senda del ministerio colectivo de la iglesia en la comunidad y hacia ella.

D

Dirigir una campaña y capacitar a un equipo

Michael Green y Jane Holloway

DIRIGIR UNA CAMPAÑA

Trabajar con un equipo, sea cual fuere su tamaño, tiene muchas ventajas sobre la campaña llevada a cabo por un solo evangelista.

El equipo

Importancia

- a. Pueden celebrarse reuniones en más sectores de la comunidad.
- b. Los miembros del equipo aprenden mucho y vuelven a casa capacitados para contribuir más a su propia iglesia.
- c. Los miembros de las iglesias anfitrionas se dan cuenta de que no es necesario ser un «obrero cristiano profesional» para hablar acerca de Cristo, y en adelante querrán tomar parte en sus propios proyectos de evangelización.
- d. Un equipo demuestra lo que el cuerpo de Cristo puede hacer en una iglesia o comunidad cuando intentamos «amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos». Y la gente ve eso.

Requisitos

No se necesita ningún requisito salvo conocer personalmente a Cristo y tener la voluntad de hablar de él y de probar cosas

nuevas. Los miembros deberían considerar una prioridad las sesiones de capacitación y participar en la campaña entera. Algunos habrán tenido cierta experiencia, otros tal vez ninguna. El equipo debería trabajar por parejas, asegurándose su líder de que aquellos menos experimentados colaboren con los más expertos.

Reclutamiento

Ya que probablemente el evangelista llevará consigo a gente de su propia iglesia, una invitación personal, juntamente con el anuncio en un culto de domingo, debería bastar.

a. El evangelista tendría que pasar algún tiempo con cada futuro miembro del equipo individualmente, a fin de averiguar qué dones, intereses y experiencia tiene.

b. Según el tamaño del equipo, podría ser oportuno idear una forma de obtener el nombre, la dirección, el teléfono, la edad, la experiencia laboral, el tiempo que lleva como cristiano comprometido, cualquier experiencia previa que haya tenido en campañas, denominación (si se trata de un acontecimiento para toda la ciudad), un breve perfil personal (para poderlo enviar a la iglesia o la ciudad anfitriona), cualesquiera alergias o peticiones en cuanto a la dieta para transmitir a sus hospedadores, y si tienen un coche que llevar.

Tamaño

Eso dependerá mucho de si se trata de una sola iglesia o de una campaña para toda la ciudad. Calcule el número de reuniones propuestas y decida en consecuencia.

Sesiones de capacitación para el equipo

Estas sesiones son importantes para que los miembros se conozcan mutuamente y confíen unos en otros, así como para que sean instruidos en la manera de hacer lo que tienen por delante. Conceda tiempo para fomentar las relaciones.

Culto

El culto es esencial y debería constituir el principal foco de atención de las reuniones. Períodos de canto, de silencio, de meditación, de enseñanza de la Escritura, todo ello garantiza que el equipo reconoce su dependencia de Dios antes de intentar decir o hacer algo.

Oración

La oración es necesaria.

a. Se precisa orar tanto por las necesidades individuales como por las áreas específicas de la campaña.

b. La iglesia de origen necesita orar, ya sea que vaya una sola persona o todo un equipo, y debería proporcionar información en sus boletines y organizar reuniones especiales de intercesión.

c. Habría que animar a cada persona del equipo a buscarse un padrino de oración para antes, durante y después de la campaña.

d. Los miembros del equipo deberían comprometerse a orar unos con otros y los unos por los otros.

El valor del equipo

Sea el equipo del tamaño que fuere y tenga la gente experiencia, habrá quienes digan: «¿Cuál es mi sitio?» Hay que animar a los miembros a «ser ellos mismos» y a aportar dones diversos (cf. 1 Co. 12). Algunos serán utilizados de un modo más público (p. ej., para hablar, para actuar...), mientras que otros emplearán sus dones escuchando, orando y alentando.

Sesiones informativas

Dedique tiempo a mantener informado al equipo acerca de la campaña y a ponerlo al día en cuanto al programa, las peticiones especiales de oración, etc. Podría ser provechoso dar una información actualizada por escrito para cada reunión si se trabaja en un equipo grande.

Enseñanza

En las sesiones de capacitación trate temas tales como la forma de dar un testimonio, cómo guiar a alguien a Cristo, cómo aconsejar, cómo utilizar la Escritura, cómo dar una charla breve, cómo dirigir una pequeña reunión casera (véase más adelante). Es importante que la sesión sea práctica. El uso de la dramatización (cuando dos miembros forman pareja a fin de comprobar sus habilidades) resulta útil para destacar las áreas donde tienen deficiencias, y ayuda a los integrantes del equipo a conocerse unos a otros. Enseñe acerca de la realidad de la guerra espiritual antes de llegar a la primera línea del frente.

Preparación personal

Anime al equipo a:

a. Sacar partido de libros tales como *Cómo compartir su fe*, de Paul Little.

- b. Preparar con tiempo un par de charlas generales.
- c. Practicar el hablar con gente a la que todavía no conocen (al final del culto del domingo).
- d. Acostumbrarse a hablar de su fe, al principio con amigos y luego con otras personas.

Tal vez se necesite una preparación especializada en las áreas de la música, el teatro y la danza. Desde luego los músicos disponibles deberían reunirse y hacer planes preliminares sobre cómo desplegar mejor los recursos del equipo. El teatro requiere mucho tiempo de preparación, y el evangelista ha de adelantar la planificación de los temas y asuntos para que se pueda escoger y ensayar el material. Cualquier danza en los cultos de adoración estará posiblemente a cargo de un grupo pequeño, pero los bailes en círculo puede realizarlos cualquiera, y vale la pena enseñar unos cuantos a todo el equipo para que si surgen espontáneamente, como tal vez suceda al aire libre, todos puedan participar en ellos.

La enseñanza se imparte en las sesiones de capacitación del equipo, y las lecciones se aprenden en la campaña misma.

El evangelista y/o el administrador del equipo

Estos cargos pueden ostentarlos la misma persona o dos individuos diferentes. Si recaen en dos personas, éstas deberán colaborar estrechamente entre sí en todas las fases de la preparación para la campaña, en el conocimiento y la capacitación del equipo, así como en permanecer muy en contacto con la ciudad o la iglesia anfitriona. Sus responsabilidades incluyen cinco áreas principales.

Discernir los dones del equipo

Durante la campaña saldrán a la luz muchos dones, pero utilicen aquellos que ustedes ya conocen (p. ej., si cuentan con alguien dotado para dirigir el culto, tocar un instrumento o enseñar, úselo en las reuniones del equipo). El tiempo dedicado a los miembros del equipo individualmente aportará mucha luz sobre cuáles son los puntos fuertes y débiles de cada uno. Resulta provechoso tener a algunos miembros experimentados para dar un empujón al equipo en un principio en cuanto a la confianza y el número.

Capacitar y enseñar al equipo

Esto implica una capacitación y una enseñanza específicas para la campaña particular que hay por delante. Véase más abajo.

Enlace regular con la iglesia o la ciudad anfitriona

a. Mantenga informada a la iglesia anfitriona en cuanto al equipo. Envíele breves perfiles de sus miembros con antelación, y tal vez una fotografía del grupo entero.

b. Basándose en el perfil recibido de la iglesia o la localidad anfitriona, adapte consecuentemente la capacitación del equipo (p. ej., en caso de que éste necesite información especializada acerca de una secta en particular).

c. El evangelista o el administrador del equipo debe hacer al menos dos o tres visitas (según la distancia que haya) para asistir a las reuniones del comité y llegar a conocer a sus miembros, así como para hablar en algunas reuniones o jornadas de instrucción previas a la campaña. Tienen que llegar a familiarizarse con la iglesia o la localidad en cuestión.

d. El programa necesita ser supervisado mientras se hace la planificación: un visitante puede a menudo percibir mejor las necesidades locales que un residente. Resulta importante asegurarse de que el equipo podrá con todo lo que está esbozado en el programa, que éste contempla períodos reservados a las reuniones regulares del equipo, y --si la campaña es de más de una semana-- que se enfatiza un día libre completo para todo el equipo visitante. El programa debería estar disponible al menos una semana antes de que comience la campaña.

e. El evangelista tendría que pensar de antemano en el título que debería darse a cada una de las reuniones más grandes, y acordarlo con el comité con la suficiente antelación para que se imprima en la publicidad.

Cuidar del equipo

A menudo, y especialmente cuando el programa es apretado, los miembros del equipo pueden muy bien acometer toda la empresa en sus propias fuerzas durante los dos o tres primeros días, y luego derrumbarse. Necesitarán, por tanto, recibir amor y aliento para terminar la tarea, así como una nueva llenura del Espíritu Santo. Según sea el tamaño del equipo, tal vez resulte mejor dividirlo en pequeños grupos de cinco o seis personas en torno a un miembro más experimentado con el fin de orar juntos, tanto antes como durante la campaña. Anime a los miembros a cuidar unos de otros.

Cuestiones de planificación práctica

Hay que prestar atención a los arreglos prácticos tales como la provisión de medios de transporte y la organización de una base para el equipo en la localidad anfitriona.

Détalles de la campaña

Consejo

Puesto que todos los miembros del equipo habrán sido capacitados en cómo aconsejar, estarán disponibles para actuar como consejeros, ya sea en un ambiente casero informal o en una reunión más grande. Explique a grandes rasgos al equipo lo que se espera de ellos en cada acontecimiento y cómo trabajarán juntamente con cualesquiera consejeros preparados en la localidad.

Literatura

Asegúrese de que los miembros del equipo reciben con antelación cualquier clase de literatura para consejeros que vaya a utilizarse en la campaña, a fin de que se les puedan dar instrucciones específicas y sepan cómo usar el material.

El equipo necesitará asimismo un surtido de literatura cristiana (sobre todo libros de evangelización) que pueda utilizarse como complemento del mensaje hablado en todas las reuniones. Quizá deba pedirse a una librería local que provea dichos libros en depósito y colocarlos en un puesto grande en la sede del equipo. Los miembros de este último podrán entonces llevar consigo un número reducido de volúmenes a cada una de las reuniones adonde vayan. Hay que dar instrucciones detalladas sobre cuáles de esos libros son para vender y cuáles pueden regalarse, a fin de que las cuentas sean claras al final de la semana.

Formularios de respuesta

Estos deberán hacerse llegar al equipo con antelación, juntamente con las instrucciones sobre cómo rellenarlos (véase el Apéndice B). El equipo tendrá que conocer cuáles son los procedimientos ideados para el seguimiento después de la campaña y en qué consisten los «grupos de descubrimiento» y de «indagadores», a fin de poder explicar estas cosas a la gente que llega a conocer. Debería darse a sus miembros una información clara en cuanto a qué responsabilidades tienen de ponerse en contacto con aquellos a los que han aconsejado. En algunos casos puede que los miembros del equipo hayan de hacer personalmente el seguimiento de cada persona en un plazo de veinticuatro horas, pero otras veces un acuerdo asignará este trabajo a los consejeros locales.

Medidas sobre el alojamiento

El tener que vivir en casa de otros durante la campaña puede resultar aterrador para algunos del equipo. Hay que mencionar la

necesidad de ser puntuales, la cordialidad y el espíritu de servicio en todo momento. También deberían destacarse cuestiones prácticas tales como el pedir una llave de la casa (siempre que se necesite entrar cuando los anfitriones están fuera) o el avisar con mucha antelación si no se precisa cenar determinada noche. Además podría ser pertinente recordar a los miembros del equipo que compren a sus anfitriones algún pequeño regalo antes de partir, y les escriban una carta de agradecimiento posteriormente.

No dé por sentado que quienes le hospedan son cristianos entusiastas, y muéstrase sensible con los hijos de éstos. El ministerio para con los anfitriones puede ser una de las cosas más útiles que los miembros hagan en una campaña.

Reparto del programa

a. Asegúrese de que al administrador del equipo le llegue un programa completo bastante antes de la campaña. Naturalmente puede haber cosas que se añadan o se supriman más tarde, pero el contar con dicho programa permitirá hacer una asignación preliminar de los miembros.

b. Distribuya con oración al equipo entre las diversas actividades, emparejando a los miembros experimentados con aquellos de menos experiencia, y asimismo haga corresponder a la gente que tenga los dones apropiados con los acontecimientos particulares que los requieran utilizando las hojas informativas (ver más arriba).

c. Planee quiénes hablarán en las reuniones más grandes. Obviamente el evangelista se hará cargo de buena parte de éstas y utilizará a los miembros del equipo con experiencia para otras.

d. En el caso de los acontecimientos para jóvenes elija al orador juvenil más experimentado, y si está trabajando con un músico o un grupo musical, cerciórese de que ambas partes tengan antes la oportunidad de hablar sobre el acontecimiento.

e. El culto dominical que se celebra durante la campaña es importante. Si hay más de una iglesia implicada, asigne a los predicadores al menos con catorce días de antelación para que su participación pueda anunciarse en los cultos de la semana anterior. Luego forme un pequeño equipo en torno al orador para leer las lecciones, dar testimonio, hacer un espacio para niños, actuar, bailar o cantar. El culto por lo general tendrá como objetivo que las personas inviten a sus amigos y visitantes.

f. Para las reuniones caseras más pequeñas intente hacer corresponder la edad y el trasfondo con los de aquellas personas que asistirán.

g. Los miembros del equipo probablemente realizarán alrededor de dos reuniones por jornada, y el evangelista no dará más de dos alocuciones diarias, además de llevar a cabo las reuniones normales del equipo en cuestión.

h. Haga hincapié con los miembros del equipo en que no hay nada malo en apartar ratos para estar tranquilos y descansar.

La semana de campaña

a. Después de la llegada deje tiempo para que se informe al equipo sobre los detalles locales.

b. Celebre reuniones diarias del equipo, cuya duración obviamente dependerá del tamaño del equipo; cerciórese de que en el programa no se anuncian encuentros para las horas en las que el equipo debe reunirse; y tengan una sesión abierta de culto, información, oración y un breve «pensamiento para el día», seguidos, después del café, de un rato de planificación detallada y de asignación de la gente a las actividades.

c. Si usted trabaja con un equipo grande en un acontecimiento para toda la ciudad, sugiera que la primera parte de la reunión (el culto, la información, la oración y el «pensamiento para el día») esté abierta a cualquier persona de la comunidad que quiera asistir, ya que ello animará la participación de los cristianos locales.

d. En el caso de un equipo grande (cincuenta personas o más), el empezar a las 8.45 de la mañana, con media hora para tomar café, significará que el equipo estará disponible para actividades desde las 11.30 en adelante. Tal vez unos pocos miembros necesiten llegar con retraso por tener que participar en reuniones de desayuno.

e. El evangelista, el administrador del equipo y el presidente del comité de la campaña deben tener reuniones diarias para garantizar que todo lo de ese día está en marcha y resolver cualquier cambio que haya de última hora. Con frecuencia es mejor celebrar esta reunión antes de que se reúna el equipo.

f. Todos los pastores locales deben ser invitados a reunirse con el evangelista hacia el final de la campaña, para considerarla retrospectivamente y alentar la unidad entre las diferentes iglesias de la comunidad una vez que el esfuerzo de evangelización haya terminado.

g. Los líderes de los «grupos de descubrimiento» deberían tener una última sesión de capacitación hacia el final de la campaña, a la que asista el evangelista para darles alguna información y aliento antes de que empiecen dichos grupos la semana siguiente.

h. En la última reunión del equipo advierta a los miembros del mismo acerca de las dificultades que entraña el volver al mundo

normal cuando se está cansado y emocionado, así como acerca de la importancia de las relaciones con aquellos que han estado orando en su iglesia de origen.

Informar después de la campaña

a. Planeen un encuentro de todo el equipo para después de que haya terminado la campaña, con el objeto de que informen, compartan aquellas lecciones personales que hayan aprendido, así como los nuevos dones descubiertos, alaben y oren. Esta también será una forma valiosa de aprender cosas sobre la administración de campañas en general para la siguiente vez.

b. Reserven un espacio informativo en los cultos dominicales de las iglesias a las que pertenecen los miembros, a fin de animar a quienes hayan estado orando.

c. ¡Piensen en la próxima campaña!

CAPACITAR A UN EQUIPO

He aquí un cursillo básico diseñado específicamente para ser utilizado en una campaña que cuente con un equipo colaborando con el evangelista. Se puede adaptar para capacitar tanto al equipo visitante como a la congregación de la iglesia anfitriona.

Sugerencias para los líderes del curso

a. Utilicen tanto métodos tipo conferencia como dramatizaciones. Sean lo más prácticos posible.

b. Empleen otra literatura, vídeos o libros según convenga.

c. Animen a trabajar en casa.

d. Rectifiquen el cursillo para adaptarlo a la campaña en cuestión.

Temas para un curso de capacitación

1. Cómo dar un testimonio
2. Cómo ayudar a alguien para que llegue a la fe
3. Resolución de problemas
4. Cómo dar una charla de evangelización
5. La utilización de la Escritura
6. Cómo dirigir una reunión casera
7. Cómo ser anfitrión de una reunión casera
8. El trabajo al aire libre
9. La visitación durante una campaña
10. Cómo rellenar y utilizar los formularios de respuesta (véase el Apéndice B)

1. ¿Cómo dar testimonio?

Una de las cosas más importantes que podemos ofrecer en una campaña es nuestra propia «historia». Habrá muchas oportunidades para compartirla, tanto en reuniones pequeñas como grandes. He aquí algunos consejos que debemos tener en cuenta.

¿Qué es el testimonio?

No trata de usted mismo. Esos testimonios que dan la impresión de que «yo antes era muy malo y ahora soy muy bueno» resultan empalagosos.

No trata del pasado. Muchas personas, cuando se les pide que den un testimonio, suelen hablar de su experiencia pasada, de cuando conocieron a Cristo. Eso podría saber a rancio: a la gente le ayudará mucho más lo que significa Jesús para usted hoy en día.

Testificar, en el Nuevo Testamento, significa *dar testimonio de Jesús* y del hecho de que está vivo. Eso es tan importante porque la mayor parte de la gente no tiene la más mínima idea de que Jesús (en contraposición a los credos, la asistencia a la iglesia o la conducta ética) es el centro del cristianismo, y menos aún de que él haya resucitado y pueda suponer un cambio en la vida de las personas comunes. De modo que el testimonio es simplemente contar, con las propias palabras de uno, la realidad transformadora de Cristo. El foco de atención de lo que usted diga debería estar en Jesús, y sólo accidentalmente en usted mismo.

¿Qué valor tiene el testimonio?

En el testimonio hay muchos aspectos valiosos.

Primeramente, crea un vivo interés. Piense simplemente en el impacto que produjo el testimonio de la mujer samaritana entre sus conciudadanos cuando volvió corriendo y les habló de Jesús (Jn. 4.28-30). Fue el elemento principal en el inicio de un movimiento hacia Cristo en Samaria (Jn. 4.39-42).

En segundo lugar, resulta algo muy natural. Cuando hemos encontrado un tesoro es normal que queramos compartirlo. El testimonio no se parece a un mensaje previamente planeado, sino que es algo espontáneo, adaptado a las circunstancias de la persona a la que le estamos hablando.

En tercer lugar, es sencillo. Se trata de algo que todo el mundo puede hacer. Todos tenemos algún relato acerca del impacto que Cristo ha producido en nuestra vida. El testimonio consiste simplemente en compartirlo con una persona o una multitud, y es algo que siempre se hace en primera persona del singular: «He encontrado...»

En cuarto lugar, da pie a la conversación. En el transcurso de una cena uno no tiene más que decir: «¿Puedo compartir con ustedes el mayor descubrimiento de mi vida?», y la gente inevitablemente responderá: «Hágalo, por favor.» Entonces la persona continúa diciendo: «Se trata de que Jesucristo está vivo y ha venido a hacer un cambio impresionante en mi vida.» ¡Le garantizo que tendrá una cena interesante!

En quinto lugar, saca al cristianismo del área esperada: el edificio de la iglesia, el libro de liturgia, la religión profesional ... Lo planta en medio del mundo verdadero. Y allí está usted, una persona corriente y moliente, hablando del cambio que Jesús puede suponer. Eso es muy posible que los deje boquiabiertos.

Y por último, es incontestable. En Juan 9 hay una encantadora historia acerca de aquel hombre ciego al que Jesús sanó en el día de reposo. Los fariseos estaban airados, e interrogaron sin piedad primeramente a sus padres y luego al hombre mismo. Le plantearon difíciles cuestiones teológicas, tales como: «Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo» (Jn. 9.16). Pero el ciego sanado fue muy listo y no trató de contestar al argumento teológico de ellos, sino que se limitó simplemente a lo que conocía: «Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Jn. 9.25). Esta clase de afirmaciones incontestable: la gente no puede rebatir nuestra experiencia. ¡Aprovechémoslo al máximo!

Principios generales para dar su testimonio

a. Ore pidiendo a Dios que le guíe mientras se prepara y cuando hable.

b. Centre su testimonio en la persona de Jesús y no en sí mismo. ¿Cómo era la vida para usted antes de conocer a Cristo? ¿De qué manera lo conoció? ¿Cuáles son las principales ventajas que ha descubierto?

c. Sea selectivo: intente determinar la situación de sus oyentes y no mencione detalles que no significarían demasiado para ellos. Pude aquello que no venga al caso.

d. Sea disciplinado: pare una vez que haya concluido y límitese al tiempo que se le ha asignado.

e. Sea cordial y actúe con naturalidad. Su forma de hablar y su lenguaje corporal son tan importantes como lo que dice. Sonría. El testimonio no debe ser algo que haga con timidez: se trata sencillamente de un rebosar. Eso era lo que Pablo reconocía en sus convertidos tesalonicenses. El apóstol habla de la «certidumbre» de ellos (1 Ts. 1.5), que significa literalmente estar hasta tal punto llenos del Señor que se desbordan.

f. La sinceridad completa es esencial: jamás pretenda que la fe en Cristo ha hecho por usted más de lo que en realidad ha hecho; a todos nos queda aún mucho camino por recorrer.

g. Sea educado ... pero atrevido. Muchas personas sencillamente no han oído nunca que Jesucristo esté vivo hoy y se le pueda conocer.

h. ¡Muéstrese misterioso! Cuando Jesús se encontró con la mujer (Jn. 4), la fascinó con su idea del agua que podía brotar dentro de su muy vacío corazón: «Si conocieras...» (v. 10).

Cosas que deben evitarse:

- i. El uso de la jerga cristiana.
- ii. Predicar a sus oyentes. Su cometido es decir: «Yo he descubierto...». No: «Deberían ustedes...»
- iii. Demasiadas citas bíblicas.
- iv. Hablar en tono crítico de otra iglesia, denominación o individuo.
- v. Dar la impresión de que la vida cristiana es fácil.
- vi. La utilización de notas mientras habla (aunque tal vez sea conveniente preparar algunas con anterioridad).

Situaciones específicas de campaña

En una reunión grande o culto en la iglesia

El objetivo aquí es mostrar que ese aspecto de la realidad cristiana en el cual el orador está concentrándose es algo que realmente supone un cambio para la vida de las personas corrientes. Así pues, usted tendrá que colaborar estrechamente con el predicador y procurar que su testimonio esté en armonía con el énfasis del mensaje.

Pasen algún tiempo juntos con anterioridad, y decidan cuáles son las áreas en las que usted debería concentrarse, de cuánto tiempo dispone, en qué lado se colocará, si utilizará un micrófono (y en tal caso cómo usarlo), y en qué momento de la reunión debe participar. El solucionar estas cosas ahorra posibles confusiones durante la reunión.

A menudo resulta de lo más conveniente y natural responder a una o dos preguntas que usted sabe de antemano que se plantearán, y en torno a las cuales puede elaborar lo que quiere decir.

Recuerde no superar el tiempo que se le ha asignado.

En una reunión pequeña (p. ej., un encuentro casero)

Aquí la situación es diferente, ya que usted no constituye la guinda del pastel en la charla de otra persona sino que ¡es la exposición! En las reuniones caseras de una campaña resulta muy fácil pasar al testimonio personal; después de todo ustedes

son visitantes que han sido invitados para aportar algo al encuentro.

A menudo su testimonio constituirá el comienzo de una actividad así. Empiece en tono informal, presentándose a sí mismo y al miembro de su equipo. Explique que no son profesionales, sino que participan en la campaña porque quieren compartir algo de la alegría que supone conocer a Jesucristo. Luego siga expresando lo que ha descubierto acerca de esa alegría. Sea breve, y seleccione aquellos aspectos de su historia con los cuales es más probable que puedan identificarse quienes le escuchan.

Según cómo haya planeado usted la reunión, tal vez quiera dar la posibilidad de preguntar o de que otras personas compartan sus «historias espirituales». El otro miembro de su equipo puede llevar un ligero control de la conversación subsiguiente para garantizar que usted termine a la hora anunciada. Subraye que no hay dos individuos que lleguen a Cristo por caminos idénticos.

Permanezca vigilante en cuanto a las oportunidades que se presentan para cambiar de tema y pasar a las cuestiones espirituales. Se nos pide que «redimamos el tiempo» (Ef. 5.16); que echemos manos de las ocasiones como de las gangas en el mercado. Eso requiere imaginación e iniciativa, y todo ello puede resultar de su testimonio.

2. ¿Cómo ayudar a alguien a que llegue a la fe?

He aquí algunas sugerencias para una situación de campaña en la cual el tema del compromiso cristiano está muy en el ambiente, y en la que ha surgido la oportunidad de hablar con un amigo (o incluso con un extraño) acerca de Cristo después de la reunión.

Preparación

Los requisitos básicos no son demasiados ni muy exigentes:

- a. Debemos conocer personalmente a Cristo, ya que sin eso jamás podremos presentárselo a nadie.
- b. Hemos de estar entusiasmados con él. El entusiasmo tiene facilidad para comunicar: vea como en Juan 1.41 la sensación de haber descubierto algo demostró ser un instrumento vital de evangelización. Esto todavía es así.
- c. El amor del Señor debe estar fluyendo a través de nosotros; sin ello todo resultará difícil y profesional. Compare Juan 3.16 con 1 Juan 3.16.
- d. Debemos ser flexibles, permitiendo que nuestro amigo vaya delante y trayéndolo constantemente hacia Jesús y la resurrección.

Muy bien podría no tratarse del clásico «sentido de necesidad» lo que lo hace buscar, sino un sentimiento de la presencia de Dios, de que ahí hay algo diferente, un deseo de realización personal y significado, o una sensación de profunda soledad. Su trabajo consiste en ver dónde está la persona y aplicar a su situación el aspecto de nuestro polifacético Señor que sea más apropiado para la circunstancia en que se encuentra.

Preparación específica

Dando por sentados esos preparativos generales, en la velada misma:

a. Lleve consigo una Biblia, papel y bolígrafo, y recoja un opúsculo y un formulario de consejero. Intente ir acompañado de alguien que todavía no sea creyente: el hecho de que esté usted disponible para aconsejar no debe disuadirlo de ello; simplemente, cuando llegue el final de la reunión colóquese con discreción su distintivo de consejero, sonría a su amigo y dígame: «Se me ha pedido que ayude con la gente que quiere integrarse en esos "grupos de descubrimiento" de los que él estaba hablando. ¿Por qué no te anotás en uno? Puedo recomendarlos muy encarecidamente.» De este modo bien podría encontrarse usted aconsejando al amigo que ha llevado consigo.

b. Ore mucho por el predicador, por sí mismo y por cualquier persona con la que el Señor quiera usarlo esa noche. Pero esté preparado para todo: un día tal vez no se precisen en absoluto sus servicios, mientras que otro puede tener que hacerse cargo de dos o tres personas. No se ponga de distintivo o su identificación de consejero hasta el final mismo de la reunión.

c. Esté alerta en cuanto a cómo concluye el orador esa reunión. Puede solicitar una respuesta de distintos tipos, y de usted dependerá el actuar coherentemente.

Tal vez haga un llamamiento a la gente para que pase al frente o a otra sala: en ese caso muévase con prontitud y mantenga los ojos abiertos para descubrir a alguien de su propio trasfondo que no lleve distintivo de consejero. Póngase a su lado y abórdelo con naturalidad: «Buenas tardes, soy Carmen Sánchez, ¿cómo se llama usted?»

O quizá el orador pida a la gente que se ponga en pie mientras los demás mantienen los ojos cerrados y oran. En ese caso tenga los suyos abiertos y recorra con la vista la zona que le rodea, para que más tarde pueda acercarse a alguien que se haya levantado y preguntarle si quiere tener una breve charla. En este caso la vigilancia resulta esencial, ya que de otro modo puede pasarse por alto a la gente que más necesitada está de ayuda. Este enfoque por

parte del orador va destinado a poner en contacto al consejero y a la persona interesada con el mínimo de movimiento y agitación, pero deja mucho a la iniciativa y la atención del primero de ambos.

Puede también que el predicador pida a la gente que levante la mano y vaya luego a hablar con uno de los consejeros. En tal caso mantenga los ojos bien abiertos y su distintivo muy a la vista. Quizás el orador diga incluso: «Que cada uno hable acerca de Jesucristo con alguna persona que tenga a su lado.» Entonces le llega a usted su turno. En tales ocasiones no es difícil ser encantadoramente directo: «Dígame ... ¿conoce a Cristo?», o «Me pregunto qué significa Jesús para usted...»

Indicar el camino

Una vez que se encuentre usted sentado con su amigo (y no importa dónde sea, ya que resulta asombrosa la intimidad que se puede tener en medio de una sala repleta de gente hablando), preséntese y establezca una relación cordial sin más tardar: «¿Es la primera vez que vienes, Juan? ¿Qué es lo que te ha llamado la atención esta noche? ¿Dirías que has puesto tu fe en Cristo de un modo personal, o todavía estás considerándolo?»

Preguntas así hacen que el otro hable, y eso es lo que usted necesita (resulta fatal recetar sin haber realizado un diagnóstico). Es muy útil inquirir: «¿Dirías que has puesto tu fe en Cristo [o "aceptado a Cristo" o "venido a Cristo", siga con la misma metáfora que el orador esté empleando esa noche], o todavía estás considerándolo?»

Si la persona aún no ha llegado a ese punto, puede estar seguro de que abrazará agradecida su segunda opción y dirá: «Todavía estoy considerándolo.»

Responda usted con otra pregunta de diagnóstico: «¿Es acaso porque hay algo en todo esto que no comprende o porque todavía no está preparado para lo que implica esa decisión?»

Probablemente esto le dará pie para resumir los pasos necesarios hasta llegar a la fe y para ver dónde está la dificultad. Necesitará contar con algún bosquejo general en su mente en torno al cual construir los versículos que más le han ayudado a usted.

En las páginas 301-306 y 313-315, ya habrá visto algunas sugerencias explícitas sobre cómo presentar a Cristo a una persona interesada en él. Hay muchos otros bosquejos sencillos, tales como el «esquema del puente», muy utilizado por los Navegantes, o las «cuatro leyes espirituales», tan apreciadas por Agape (Campus Crusade). Elija el que le parezca más apropiado. Entre los versículos útiles para tener presentes durante estas conversaciones se encuentran:

Sobre la necesidad: Romanos 3.23; 6.23; 1 Juan 1.5; Isaías 59.1-2; Juan 8.34; juntamente con las implicaciones de Mateo 22.37-39 y Santiago 2.10.

Sobre lo que Dios ha hecho: Mateo 1.21; Romanos 5.8; 1 Pedro 2.24; 3.18; Isaías 53.6; Juan 8.36; 1 Pedro 1.5; Filipenses 4.13.

Sobre el costo del discipulado: Mateo 6.24; Gálatas 2.20; Romanos 10.9-10.

Sobre el paso de fe: Juan 1.12; 3.16; Apocalipsis 3.20; 1 Juan 5.11-12.

Estimular la respuesta

Al confrontar a su amigo con el poderoso desafío personal del Evangelio, probablemente recibirá usted una de estas tres reacciones principales: «sí», «no», «todavía no». En las páginas 306-313 hemos examinado las preocupaciones y dificultades comunes acerca del compromiso. Tal vez usted quiera refrescarse la memoria sobre cuáles eran. Pero si la persona dice que ha confiado su vida a Cristo, regocíjese con ella, y haga que dé gracias a Dios allí mismo. Alabar al Señor en voz alta juntamente con usted, por muy vacilante que sea, la ayudará.

a. Pídale que le explique la esencia de lo que ha hecho; esto ayudará a la persona a tener la cosa todo lo clara que puede esperarse en esa etapa.

b. Háblele de los «grupos de descubrimiento» que se están planeando, y averigüe si hay algunas noches que le sería imposible asistir.

c. Anote cuidadosamente los detalles de él o de ella en el formulario de consejero, y déle su dirección y su número de teléfono.

d. Adviértale de las inevitables dudas iniciales que experimentará, y enséñele a combatir la incertidumbre con la promesa (p. ej., Ro. 6.23; Jn. 10.10; Ap. 3.20; 1 Jn. 5.12-13).

e. Preséntele al orador o a algún otro dirigente cristiano, y póngalo en esa posición en la cual pueda «confesar con la boca al Señor Jesús» enseñuida. Esto constituirá una verdadera ayuda para él (Ro. 10.9-10).

f. Anímelo a volver la noche siguiente llevando consigo a un amigo. Puede ser útil al Señor de inmediato, y debería esperar serlo.

g. Si faltan algunos días para que empiece el «grupo de descubrimiento», fije un encuentro con la persona dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes para resolver los problemas iniciales.

h. Entregue su formulario de consejero antes de abandonar el edificio, y asegúrese de que lo ha rellenado del todo.

Pero no piense que, por el hecho de que la persona con quien está hablando haya pasado al frente tras un mensaje de evangelización, ya ha llegado necesariamente a la fe. La gente se adelanta por todo tipo de razones, y puede que tenga usted que examinar pacientemente los problemas y las dificultades que demuestran ser un obstáculo (algunos de los más comunes se tratan en la sección siguiente, así como en las páginas 301-315 de este libro). Usted precisará además toda su flexibilidad y sensibilidad en este punto.

Podría ser, sin embargo, que después de haber pasado algún tiempo con esa persona, contestando pacientemente a sus dudas en función de la Biblia y la experiencia, ella estuviera lista para dar un paso de fe. No se encontraba del todo preparada cuando terminó la predicación, pero el que usted hablase con ella ha cambiado las cosas. En tal caso deberá tratarla de un modo bastante parecido al de aquellos que estaban en nuestra primera categoría de respuesta: quienes dicen «sí».

De manera que, una vez que la cosa parezca hallarse bastante clara, pregúntele: «¿Cree usted que está listo para decirle que sí al Señor ahora, o hay todavía algo que le impide venir a él?» Si no se le ocurre nada, dígame: «Muy bien, entonces arrodillémonos de inmediato y pidámosle que venga a su vida» [o expréselo en cualquier otro lenguaje figurado que esté utilizando]. Tal vez él prefiera hacerlo por su cuenta, y decírselo una vez que lo haya efectuado; pero también es posible que quiera contar con su ayuda y su presencia en este importante momento. Probablemente optará por la asistencia que le brinda (aunque usted debe respetar la otra posibilidad si él la elige). Entonces, siéntense o arrodíllense juntos, y ore por él para que pueda llegar a pertenecer verdaderamente a la familia de Dios. Luego anímelo a orar por sí mismo, reconociendo sus pecados y pidiéndole a Cristo que venga a su vida. Utilice alguna promesa, como, por ejemplo, Juan 3.16, Juan 1.12 o Apocalipsis 3.20, y haga que él la reclame. Aunque naturalmente no es mejor que ore en voz alta, los cristianos lo hacen así, y puesto que pretende seguir adelante muy bien podría empezar ahora. Además eso lo ayudará a ser preciso y romperá la barrera del sonido. También contribuirá a que usted sepa lo que está pasando. Si él expresa: «No puedo orar en voz alta», respóndale: «Vamos a pedirle juntos a Dios que él abra sus labios.» Luego ore por él, y probablemente su amigo descubrirá que también puede dirigirse a Dios en voz alta. Supone un inmenso privilegio hallarse presente cuando se pronuncian esas palabras entrecortadas y a veces sollozantes de compromiso, arrepentimiento y fe. A menudo usted mismo se encontrará llorando por empatía. Pida entonces que el Espíritu

Santo lo bautice, bien hondo en Cristo, lo colme de dones espirituales y nunca lo abandone.

Esta es una ocasión de lo más conmovedora; no obstante, no omita el rellenar el formulario de consejero, obtener su número de teléfono y fijar un día muy próximo para charlar. Recuerde que el lazo entre un nuevo creyente y la persona que lo ha guiado a la fe es muy especial, y que su amigo aceptará cosas de usted que no admitiría de ninguna otra persona (véase 1 Co. 4.15). Una vez que haya entregado su formulario, técnicamente habrá cumplido con sus responsabilidades, pero probablemente querrá volver a ver a esas personas, ayudarlas en los primeros días de su vida cristiana, y procurar que se instalen en un «grupo de descubrimiento» y en una iglesia en la cual puedan ser alimentadas. Deberá usted asegurarse de que reciban algunas notas de lectura bíblica iniciales, antes de adoptar uno de los sistemas muy conocidos para leer la Escritura; ciertamente querrá orar regularmente por ellos; y habiendo gustado el gozo de este ministerio, deseará seguir en él hasta el día de su muerte, con campaña o sin campaña. ¡Regocíjese: usted puede hacerlo!

3. Resolución de problemas

Los seres humanos somos una mezcla muy variada, de modo que resulta prácticamente imposible aconsejar sobre toda clase de situación a la que uno se halla expuesto por haber ofrecido su ayuda como consejero. No obstante he aquí algunas sugerencias.

Puede que se encuentre usted hablando con alguien que es verdaderamente cristiano pero está muy inseguro al respecto

Algunas expresiones clásicas de ello son: «Esto no funciona», «Ya lo he intentado antes», «Creo que soy cristiano» ... El instar a una persona indecisa a tomar una decisión constituye un error. Más bien...

Eche mano a las promesas: Juan 6.37; Apocalipsis 3.20; Romanos 8.1; Efesios 2.1.

Señale a la cruz: Hebreos 10.10-14 es suficiente y no hay que repetirlo nunca. Las facturas no necesitan pagarse dos veces.

Busque los indicios del nuevo nacimiento. El tiene que *saber* (1 Jn. 5.13).

Vale la pena indicar algunas de las señales de la nueva vida que aparecen en 1 Juan. Si la persona puede empezar a ver varias de esas señales creciendo en su ser, le supondrá un estímulo enorme. Como vimos anteriormente (pp. 308-309, 491), poco a poco irá surgiendo

una nueva sensación de perdón, un nuevo deseo de agradar a Dios, una nueva actitud hacia los demás, un nuevo amor por los hermanos en Cristo, un nuevo poder sobre el mal, un nuevo gozo y confianza y una nueva experiencia de la oración contestada (1 Jn. 2.1-2; 2.4, 6; 3.10; 3.14, 16; 4.4; 4.16-19; 5.14-15). No se nos pide simplemente que esperemos, sino que estemos humildemente confiados de que pertenecemos a la familia de Dios y tenemos vida eterna (1 Jn. 5.13).

Puede que usted se encuentre hablando con alguien de un trasfondo católico u otro fuertemente litúrgico

En este caso el concepto de responder a Jesús con la fe que se apropia de la salvación se confunde a menudo con el recibir a Cristo regularmente y de manera renovada en palabra y sacramento. No haga nada que perturbe el trasfondo en cuestión, pero enfatice las áreas que pueden haber sido oscurecidas: dicho trasfondo tal vez sea flojo en cuanto a la persona de Jesús (los santos y la virgen quizá se hayan destacado más que él) y flojo también en la seguridad de la salvación (Ro. 5.1, 8). Puede que haya tenido el marco del cristianismo sin el retrato en su interior. No se preocupe por el marco: devuelva a la vida dicho retrato. Y esto se hace mejor poniendo el énfasis principal en la respuesta a la misericordiosa oferta de Cristo de venir y hacer su morada en nuestra vida para que empecemos a experimentar verdaderamente la realidad de la fe en la que hemos sido criados. La liturgia puede suponer un escape del compromiso, y muy posiblemente nuestro amigo haya estado utilizándola de ese modo. Sin embargo, también puede convertirse en un amplio canal por el que corra dicho compromiso. Es privilegio de usted ayudar a esa persona a «poseer sus posesiones». Muéstrole cómo puede estar seguro de su posición ante Dios.

Puede que usted se encuentre en medio de la guerra espiritual

La Escritura nos advierte que está librándose una guerra. Nosotros no luchamos únicamente contra carne y sangre, sino contra fuerzas espirituales de gran poder y maldad (Ef. 6.10-18; 2 Co. 11.3; 1 P. 5.8). A menudo estas fuerzas se agitan durante una campaña y aparecen de maneras poco habituales.

El Nuevo Testamento habla mucho de personas afectadas por las fuerzas demoníacas y, aunque esto no es algo que debamos andar buscando, tampoco debemos descartarlo, en particular cuando nos enfrentamos a una reacción violenta contra el nombre de Jesús, la Biblia o el culto; o cuando alguien prorrumpie en carcajadas histéricas o manifiesta una fuerza maniática. Jesús explicó que

Satanás es como un hombre fuerte que tiene atada a una persona como esta, pero Aquel que es más fuerte que él puede someterlo. Si la persona en cuestión ha tomado parte, como mucha gente hoy en día, en magia negra o blanca, astrología, tarot, escritura automática, levitación; o ha visto muchas películas o leído mucha literatura de parapsicología; o ha estado implicada en sectas orientales, puede muy bien necesitar un ministerio especializado. No se haga cargo usted de tal persona si no ha visto a gente liberada de esas fuerzas de las tinieblas. Vaya con su contacto a ver a alguien que haya tenido esa experiencia, quizás el orador.

En algunas partes del país se nota una intensidad particular en esta área, debido a que allí se practica mucho el ocultismo. La oración, la reclamación confiada en el nombre de Jesús, la alabanza y la adoración, y una vida sobre la que ningún pecado sin confesar tenga poder alguno son las mejores formas de combatirla. Tal vez reciba usted cierto discernimiento profético en cuanto a alguna causa particular del problema, en cuyo caso consulte con el líder del equipo. Si usted no tiene experiencia en toda esta área, vaya también por favor a dicho líder para que él lo introduzca si se requiere algún ministerio así.

Puede que se encuentre usted con alguien que tenga problemas acerca del Espíritu Santo

Ciertas iglesias son muy dogmáticas, o porque afirman que a menos que uno hable en lenguas está tremendamente incapacitado, o, por el contrario, porque dicen que si lo hace actúa bajo una influencia psicológica e incluso demoníaca. Debido a esta polarización (algunas iglesias incluso aseguran que los dones espirituales se extinguieron en el siglo II) es poco prudente meterse demasiado en ese debate, a menos que la persona tenga particular interés en seguirlo hasta el final. Una información especialmente útil es que, aunque se nos ordena que seamos llenos del Espíritu Santo (Ef. 5.18 utiliza un presente continuo: no se trata de una experiencia única y definitiva), en ninguna parte del Nuevo Testamento la expresión «bautismo en el Espíritu Santo» se utiliza para indicar una segunda etapa de la iniciación cristiana. Las siete referencias que se hacen a dicho bautismo tienen que ver con nuestra primera introducción al terreno del Espíritu cuando nos convertimos (Mt. 3.11; Mr. 1.8; Lc. 3.16; Jn. 1.33; Hch. 1.5; 11.16; 1 Co. 12.13). Naturalmente que muchos cristianos experimentan ocasiones en las que van más hondo con el Espíritu Santo --algunas de ellas muy transformadoras--, pero no existe ninguna evidencia novotestamentaria en cuanto a que haya dos clases de cristianos:

los que han sido bautizados con el Espíritu y los que no lo han sido. «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Ro. 8.9). Debemos animar a la gente a profundizar en la vida del Espíritu, a pedir que éste les conceda cualesquiera dones que necesiten para el servicio y a cultivar el fruto del Espíritu Santo.

Puede que se encuentre usted con alguien que es muy crítico con su iglesia

No preste un oído demasiado comprensivo a esta clase de queja: pregúntele a la persona si ha tratado el tema con su pastor; y si no lo ha hecho diríjale a él en persona. Todas las iglesias tienen defectos, y nosotros no estamos para tomar partido. Tal vez sea una cuestión que usted puede trasladar en confianza al líder del equipo, quien a su vez podría comentarla con la persona adecuada de la congregación anfitriona como algo con lo que se ha topado el equipo visitante.

Puede que se encuentre usted con alguien cuyas reacciones parezcan ilógicas

Si la reacción de una persona es desproporcionada con el suceso; si parece que se están expresando emociones injustificadas; si hay pensamientos o sentimientos aparentemente irracionales; si Dios es irreal o distante; si el éxito parece capital y el fracaso da la impresión de impregnarlo todo ... entonces puede sospechar que algún acontecimiento del pasado (reciente, a medio plazo o temprano en la vida) está enturbiando la capacidad de pensar objetivamente o de sentir como es debido. Con frecuencia el clima en que se educó una persona (incluso, de hecho, a menudo en un hogar cristiano) ha moldeado tan profundamente las actitudes, que hay que limpiar mucha basura antes de que se arraigue la nueva educación del Señor. Explore con suavidad si se trata de una actitud o de un sentimiento de hace mucho tiempo, ya que esto puede guiarlo a las raíces del problema. Los instrumentos clave para ayudar aquí son las dos direcciones del perdón: a) *Ser perdonado*: confesar, reclamar el perdón de Dios y cambiar (1 Jn. 1.8-9) y b) *Perdonar a otros*. Un perdón intencionado, expresado en oración, con el tiempo cambiará el sentimiento de rencor (Mt. 5.43-44; 6.14-15). No ore usted solo, sino espere que la otra persona se dirija también a Dios en voz alta.

Puede que se tope usted con problemas matrimoniales

No hay solución rápida para esa clase de problemas. Escuche, esté al lado de la persona ... pero no se compadezca demasiado.

Recuerde que lo que oye es la perspectiva de un solo individuo. Lo más útil que puede hacer usted después de algún tiempo es señalarle la necesidad de perdonar repetidamente a su cónyuge (Mt. 18.21-22) y pedirle al Señor que muestre su verdad. Indique a esa persona que siempre debemos estar dispuestos a orar: «Por favor, Señor, cámbiame», antes de pedirle a él que transforme a nuestro esposo, nuestra esposa o la situación.

4. ¿Cómo dar una charla de evangelización?

(Las notas que siguen están pensadas para ayudar a los miembros de un equipo que no tengan experiencia y que se ven empujados de repente a desempeñar el papel desacomodado, y bastante aterrador, de predicar o hablar en un acontecimiento importante de la campaña.)

Durante una campaña, muchos de ustedes tendrán que dar alguna charla, quizá por vez primera, y serán muy conscientes de la importancia de la ocasión. Esperamos que muchas personas vengan a la fe, pero ... ¿cómo pueden oír si no hay predicador? ¿Y qué si ese predicador es usted?

Habrán muchas situaciones en las que se le pedirá que hable: en una reunión casera, un centro de enseñanza, un encuentro juvenil al aire libre, un culto ... Usted debe estar preparado lo más cuidadosamente posible. He aquí algunas sugerencias.

Averigüe

¿De qué clase de actividad se trata? ¿Es para gente que va a la iglesia, indagadores, hermanos en la fe...? ¿Hablamos de una reunión grande o pequeña? ¿Se celebrará en una casa o en un edificio más grande? ¿Cómo encaja usted en el resto de la reunión o del culto? Si otra gente tiene que hablar, cantar o actuar, ¿sobre qué temas lo harán?

¿Durante cuánto tiempo usted debería hablar? Es muy importante saberlo y respetarlo. La mayoría de la gente suele excederse.

¿Cuál es su objetivo? Tenga claro su propósito y no se aparte de él. Esto es de una importancia capital. Dígase a sí mismo: «¿Qué debe efectuar esta charla?» Anote dicho objetivo en su papel mientras prepara lo que va a decir, y cerciórese de que todo lo demás se le supedite. Corte todo aquello que no se sujete a dicho objetivo, por muy precioso que sea. Asegúrese de que el objetivo en cuestión surge con naturalidad del pasaje en sí, y que no se le impone ninguna idea ajena. Si usted no tiene claro el objetivo, ninguna otra persona lo tendrá. Que su meta no sea doble, sino simple, y pueda expresarse con una sola frase. Esto es de vital importancia.

Recuerde

No cometa el error de menospreciar la gran dificultad que entraña el predicar las buenas nuevas como para transformar por completo la vida de la gente. Gracias a Dios que se trata de una obra divina, no humana: sólo Dios mismo puede revelar a Dios; nadie más que él es capaz de resplandecer en el corazón cegado. Pero Dios se ha dignado a utilizarnos como colaboradores suyos. Nosotros somos sus embajadores, sus mensajeros, sus heraldos...

Estaremos actuando en alguna ciudad impía de una época poscristiana. La predicación en las iglesias se halla en decadencia. Con frecuencia hay poca sensación de autoridad en numerosos púlpitos, poco contenido bíblico, poco atractivo en el mensaje, poca variedad en las presentaciones ... La estructura de muchos mensajes es difícil de seguir, y a menudo éstos no están empapados de oración ni tienen la seriedad de un hombre moribundo que señala a otro el camino a la liberación.

Nuestra predicación debe ser diferente, provocativa, ha de llegar al corazón ... y todo esto en una época consumida por el egoísmo y el materialismo, descreída, que rechaza la autoridad, que se ha vendido al relativismo, ignora la Biblia y está dominada por la televisión.

Una cosa más: Si Dios es el evangelista, también lo es usted. No se trata de una campaña basada en un gran predicador, sino polifacética y que depende de cada uno. En muchas reuniones, si la gente no escucha el Evangelio de boca suya no lo escuchará en absoluto.

Preparación general

Esté abierto a Dios. Ofrézcase a él por completo; pídale que reavive su primer amor; ábrase a cualquier don y equipamiento que el Espíritu Santo pueda darle, a esperar en Dios y ver cómo lo dirige, a la posibilidad de que quiera utilizarlo incluso a usted ... Usted necesita acudir a Dios para recibir su mensaje, no inventarlo y luego pedir la bendición del Señor.

Empápese de la Escritura. La Biblia es dinamita; deje que ella hable: será mucho más eficaz que sus mejores pensamientos. Expóngala sin disculparse, a fin de que cobre vida para sus oyentes. Nada de huesos secos ... ellos deben encontrar en la Escritura un sabor de vino nuevo. En realidad la gente nace de arriba por medio de la palabra de Dios. Utilícela, permita que sea una espada en su mano, escóndase detrás de ella, desmenúcela de un modo inolvidable y atractivo, para que las personas experimenten su poder y perciban su verdad.

Por lo general usted entusiasmará más a otros con aquello que lo ha entusiasmado a usted personalmente; de manera que si tiene la oportunidad de escoger libremente un tema, elija algo que le haya hablado a usted hace poco en su propio tiempo devocional.

Sea una persona moderna, y refiérase a las necesidades que se reconocen. Aprenda del teatro, el deporte, la música, las películas, y perciba lo que le interesa a la gente. A fin de poder ganar a las personas de este mundo moderno para Cristo usted necesita estar firmemente arraigado en la Escritura y en el mundo en cuestión. Ataque las áreas donde el hombre moderno es vulnerable: falta de sentido en la vida, falta de amor, falta de poder moral, anhelo de realización, las relaciones, la soledad, etc. No empiece con un pasaje de la Escritura, pero trate el tema bíblicamente.

Sea cristocéntrico, que es lo que necesita la gente: jamás podrá realmente ayudarlos a menos que los ponga cara a cara con Jesús (divino, humano, expiatorio, resucitado y desafiante). Muéstrelas quién es él, lo que ha hecho, que está vivo ... Hágales ver el cambio que puede suponer para una vida, y que se requiere una decisión al respecto.

Preparación específica

a. Lea el pasaje que se le haya asignado, o que haya escogido usted mismo, una y otra vez.

b. Tome *notas* al azar de aquellas cosas que le llaman la atención, y dispóngalas en un orden coherente.

c. *Pode* todo aquello que no sirva a su objetivo.

d. Ponga *títulos* inolvidables y ordene el material de acuerdo con ellos. La claridad precisa de encabezamientos atrevidos. Usted sabe lo que va a decir, ellos no. Cada uno de los títulos debería ser claro como el agua.

e. Asegúrese de que todos sus *puntos* procedan de la Escritura. Trate de exponer la Biblia, y que cada punto lleve al siguiente. Así, por ejemplo, Juan 3.16 se presta al análisis: el gran amor de Dios ... la gran necesidad humana ... su gran decisión (crear). ¡Con tres puntos principales basta!

f. Utilice *ilustraciones* cuando convenga. Intente tener un buen ejemplo para cada punto principal, pero no lo invente. Las buenas ilustraciones no atraen la atención sobre sí mismas, sino que iluminan el camino. Dichas ilustraciones se sacan de cosas que los oyentes conocen bien. No son verbosas, ni excesivamente pintorescas (no sea que la gente se acuerde de ellas pero no de su significado), y sirven tanto para permitir que la luz penetre como para dar descanso a la concentración, haciendo una pausa en el argumento.

g. Asegúrese de que su charla *se aplica* a las necesidades de los oyentes y no queda flotando en el aire. El reto de tomar una decisión al respecto puede venir al final, pero no tiene por qué limitarse a eso: la verdad de Dios siempre desafía a responder, y lo mismo debería hacer la exposición de dicha verdad.

h. Prepare su *final*. La conclusión es decisiva: los temas de la necesidad humana, la provisión divina y la exigencia de un paso de compromiso deben quedar claros como el agua. Concédase tiempo para rogar a la gente, desafiarla, decirles que los va a invitar a que abran su vida al Señor. Luego debe usted prever las objeciones más obvias que tal vez tengan esas personas y tratar con ellas ágilmente: «¿Tiene usted miedo? No es extraño, a muchos les pasa ... Pero no hay razón para ello: el perfecto amor echa fuera el temor, y usted está a punto de invitar al Amor Perfecto a que entre en su vida.» Luego repita el desafío.

i. Tenga sus *notas* escritas en tarjetas lo suficientemente pequeñas como para que le quepan en la Biblia. Que dichas tarjetas sean de un tamaño que usted pueda verlas, pero no así sus oyentes.

Mientras habla

a. Su *porte* es fundamental. Como embajador de Cristo debería usted vestir sin ostentación y hablar con naturalidad, claramente, y lo bastante alto como para llegar a todos los presentes. También debería tener la Biblia delante, como para indicar que ella es su autoridad. Practique ante un espejo de cuerpo entero. Evite los amaneramientos y cualquier cosa que distraiga la atención de su mensaje.

b. Sea *entusiasta*. Aunque poco corriente en una sociedad desganada como la nuestra esto resulta muy atractivo. Su entusiasmo es consecuencia de haber encontrado un tesoro en Cristo; se mantiene con la proximidad a él cuando surgen el desengaño y la oposición, y también con un reconocimiento sensato de los problemas. La predicación de evangelización no es un extra opcional, sino un asunto de vida o muerte.

c. Sea *atrevido*. La mayoría de los predicadores sin experiencia no lo son: sienten apuro de aplicar el bisturí y decir «usted» cuando es eso lo que quieren dar a entender, y de desafiar a la gente a tomar una decisión. Uno puede ser humilde y osado al mismo tiempo. No hay nada de qué avergonzarse.

d. Concédase *tiempo para terminar*. Puede hacerlo, por ejemplo, con silencio y oración.

El silencio es algo muy poderoso, no tema utilizarlo. Deje que la gente sopesa durante un par de minutos de quietud lo que usted

ha dicho, y luego explíqueles que va a dirigirlos en una oración de entrega a Cristo. A aquellos que se sientan preparados para dar este paso se los puede invitar a unirse a ella, ya sea para sus adentros o en voz alta. Ponga una oración parecida a esta:

Señor, te he mantenido fuera de mi vida durante demasiado tiempo. Resulta asombroso que te preocupes por mí después de lo poco que me he interesado por ti. Gracias por mostrarme que te necesito, y por tratar con las cosas corrompidas de mi vida en la cruz. Gracias porque estás vivo y dispuesto a venir y compartir mi vida. Señor, quiero pedirte que entres, aquí y ahora. Entra y no me abandones nunca; yo trataré de ser tu siervo fiel durante el resto de mi vida.

Cómo recoger los resultados

Algunos de los resultados de la predicación no se conocerán sino en la eternidad, pero otros podrán cosecharse enseguida. Haga sitio para esto.

a. Pida a la gente que venga a verlo una vez terminada la reunión o que charle con algún miembro del equipo; también que se anote en un grupo de «indagadores» o de «descubrimiento».

b. Desafíe a las personas indecisas a leer uno de los Evangelios, a estar abiertas al reto que dicho Evangelio contiene y dispuestas a seguirlo adonde las lleve.

c. Llame la atención de la gente sobre el material que convenga de la mesa de libros.

Por último esté abierto a las oportunidades que se le presenten para hablar: no espere simplemente a lo programado. La «predicación» evangelizadora puede hacerse en el autobús o en un *ferry*, en algún bar o en una fiesta. No aguarde a las ocasiones formales; y si éstas llegan, no permita que sean formales. «Redima el tiempo...»

5. La utilización de la Escritura

«Procura con diligencia presentarte a Dios ... como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (2 Ti. 2.15).

La Escritura es esa «palabra de verdad», y no debemos excusarnos por confiar en su verdad inherente, ya que es «útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Ti. 3.16). Uno de esos fines tiene que ver directamente con nuestro entendimiento, los otros sobre todo con nuestra conducta. Pero necesitamos saber utilizar bien esta poderosa herramienta, como hábiles obreros. De modo que estos consejos son para quienes han

de pronunciar charlas y para la resolución de problemas que puedan surgir en un trato de persona a persona.

Algunas cosas que debemos evitar

a. *La pesadez.* La Biblia es un libro vivo y emocionante, y constituye un crimen reforzar esa idea que muchos ya tienen de ella como algo aburrido y falto de pertinencia.

b. *La jerga.* Puede resultar fascinante escuchar a un especialista en determinado tema en el cual nosotros somos legos totalmente ignorantes, pero sólo si dicho especialista es capaz de explicarse en un lenguaje que se utilice en la vida corriente. Con frecuencia el cristiano no está en realidad lo bastante seguro de lo que cree como para poder expresarlo sencillamente, o sin emplear la jerga de la iglesia. Por ejemplo: ¿Quién en la vida normal comprende la palabra «gracia»? Es un término totalmente ajeno a la experiencia diaria, y por lo tanto no comunica nada.

c. *La complejidad.* No cree confusión utilizando un sinfín de referencias cruzadas; trate de usar pasajes de la Biblia que abarquen la mayor parte de lo que quiere decir.

d. *La suposición de un amplio conocimiento bíblico.* No espere que la mayoría de las veces sus oyentes tengan conocimiento del trasfondo bíblico. Aun las personas más inteligentes son con frecuencia totalmente ignorantes de la Biblia (para convencerse de ello escuche algunos concursos eruditos de radio y televisión), y la gente que lleva muchos años en la iglesia está a menudo sumamente confusa en cuanto a lo que cree.

e. *La impertinencia.* El propósito de la Biblia no es que adquiramos un conocimiento teórico, sino que seamos guiados a cambiar de estilo de vida; por consiguiente, la Escritura debe ser aplicada y considerada como algo práctico para la existencia diaria.

Algunas cosas que debemos hacer

a. Generalmente constituye una ayuda el que los oyentes vean escritas las palabras a la vez que las escuchen; por lo tanto, imprima el pasaje bíblico que vaya a utilizar en las hojas del programa del culto o use un retroproyector.

b. Haga que dicho pasaje cobre vida poniéndolo en el contexto presente y utilizando un sencillo y vívido lenguaje coloquial; esto ayuda a demostrar que se trata de algo actual y pertinente, y no simplemente de un libro de hace dos mil años.

c. Explique (o haga que sus oyentes expliquen) lo que significa ese pasaje. Examine bien el lenguaje que emplea, y dígame:

«¿Comprendería yo estas palabras si fuera un inconverso corriente? ¿Sería capaz de seguir esta línea de pensamiento?»

d. Utilice ilustraciones. Asegúrese de que la ilustración destaque realmente un aspecto del versículo bíblico en uso y de que no necesite que se la explique.

e. Use quizá un breve testimonio personal para subrayar la pertinencia del pasaje de la Escritura que usted está utilizando.

f. Aplique lo que está diciendo a la vida diaria de sus oyentes.

Para encuentros entre dos personas

Aquí usted no está dando ningún sermón, pero piense en ello como si guiara a un grupo de estudio bíblico compuesto por una sola persona.

a. Pida al otro que lea los versículos en voz alta; por lo general no más de dos o tres seguidos.

b. Pregúntele: «¿Qué le ha sugerido el pasaje?»

c. Haga preguntas graduales para ayudar a su interlocutor a escudriñar, explorar y comprender por sí mismo.

d. Luego añada lo que sea necesario a modo de explicación adicional para hacerlo entender.

e. Y una vez que existe comprensión hay que elegir si dicha verdad debe ser aplicada a la vida.

f. La oración que capta la nueva verdad y desecha intencionadamente la confusión antigua puede pedir que el Espíritu Santo nos ayude a vivir las consecuencias de esa verdad recién comprendida.

Algunos consejos útiles

a. Personalice el pasaje. Si han considerado 1 Juan 1.8, pida a su alumno que lo lea en primera persona del singular: «Si digo que no tengo pecado, me engaño a mí mismo...» Sea muy lógico. Hablando por ejemplo de Romanos 5.6-8, pregunte: «¿Con qué palabras se identifica usted?» «Débiles, impíos, pecadores.» «¿Qué hizo Cristo por esa gente?» «Murió por ellos.» «¿Qué demuestra esto?» «Su amor.» «¿A quién ama él?» «A los pecadores.» «¿Qué decía usted que era?» «Débil, un pecador.» «¿A quién ama Cristo?» «Bueno, supongo que eso significa que me ama a mí.» «Ahora vuelva a leer los mismos versículos en primera persona.» «Cuando aún era débil, a su tiempo murió por mí, el impío, etc.» Puede que la verdad no le haya calado todavía hasta el corazón, pero ha sido afirmada por la Escritura: «Dios muestra su amor para conmigo en que...»

b. Cuando en un versículo aparezca la palabra «todos» o una del mismo tipo anótela, con algo de espacio para especificar. Por ejemplo, en el caso de Filipenses 4.6: «Por nada estéis afanosos [ni siquiera por ... y pida a su alumno que enumere aquellas cosas que le causan ansiedad], sino sean conocidas vuestras peticiones [incluyendo ... y mencione esas mismas cosas] en toda oración...». O en el de Mateo 19.26: «Para Dios todo es posible [excepto ... y escriba las cosas que los sentimientos, las circunstancias aparentes, etc., dicen que no pueden hacerse. Luego suprima la palabra *excepto* y sustitúyala por *incluso*]...»

c. La mayor parte de las veces lleve consigo una Biblia o por lo menos un Nuevo Testamento: uno nunca sabe cuándo puede resultar útil.

6. ¿Cómo dirigir una reunión casera?

En las campañas se llevan a cabo muchas reuniones pequeñas. Los cristianos locales invitan a amigos o colegas suyos para que conozcan a los miembros del equipo y escuchen hablar de la campaña y del cristianismo. Los anfitriones de estas reuniones son los creyentes de la localidad, pero por lo general la mayor aportación corre a cargo de los miembros del equipo visitante en una colaboración estrecha con ellos.

Una actividad con el formato de «reunión casera» puede celebrarse en un lugar de trabajo o un restaurante, del mismo modo que en una casa. Puede dirigirse a un grupo de vecinos o de compañeros de trabajo, o a un grupo especializado.

Estas reuniones más pequeñas constituyen la parte principal del programa de la campaña y hacen posible que los miembros del equipo conozcan a la gente en un ambiente donde es más fácil hablar de persona a persona sobre la fe cristiana.

¿Qué sucede en una reunión casera?

Estos encuentros pueden desarrollarse mientras se desayuna, se toma café, se almuerza, se cena, se degusta una cena, en una sauna ... es decir: ¡en cualquier parte y en el momento que sea! Después que a la gente se le ha servido la comida o la bebida que se ofrecía, por lo general el anfitrión les da la bienvenida, anuncia cómo será la reunión y entrega su dirección al equipo. Luego, uno de los miembros de dicho equipo hablará acerca de la pertinencia de Jesucristo, tras lo cual habrá un coloquio, y el encuentro concluirá a la hora anunciada. Toda la reunión debe ser informal, tranquila y centrada en Cristo.

Las responsabilidades del anfitrión

- a. Orar y decidir qué clase de reunión es la apropiada.
- b. Dejar claro para los invitados que se trata de un encuentro para hablar de la fe cristiana.
- c. Escoger el sitio y la hora del día que convenga a los asistentes.
- d. Organizar todos los detalles prácticos (disposición de la sala, comida y bebida).
- e. Comunicar a los organizadores de la campaña tanta información como sea posible acerca de la reunión, particularmente el número y la clase de personas que se esperan.
- f. Colaborar estrechamente con los miembros del equipo.
- g. Orar por la reunión en sí.
- h. Participar en el seguimiento de sus invitados.

*La función de los miembros del equipo**Ponerse en contacto con los anfitriones*

Una vez repartidas las actividades del programa es responsabilidad de los miembros del equipo ponerse en contacto con el anfitrión, preferentemente cuarenta y ocho horas antes del acontecimiento. Esto le da a aquél la oportunidad de conocerlos, así como de coordinar los planes para la reunión.

a. Preséntense a sus anfitriones; tal vez tengan que hacerlo por teléfono si no hay tiempo para una visita. Déles confianza. Puede tratarse de cristianos, miembros de la iglesia o gente completamente ajena a ella. No espere que ellos sepan cómo dirigir una reunión así; contarán con que usted lo haga.

b. Averigüe tanto como pueda acerca de aquellos que han sido invitados.

c. acuerde con los anfitriones el objetivo específico del encuentro: algunas reuniones serán mucho más de pre-evangelización (es decir, para suscitar preguntas e invitar a las demás actividades de la campaña) y otras directamente de evangelización.

d. Decida si los refrescos deberían servirse al principio o al final de la reunión. Puede que sea mejor tomar algo tanto a la llegada, para ayudar a la gente a tranquilizarse, como después del encuentro, a fin de estimular las conversaciones personales entre los presentes. Subraye que no se precisa nada complicado, sino sólo comida sencilla.

e. Observe la disposición de la sala donde va a celebrarse la reunión, y trate de evitar que los anfitriones pongan filas de sillas de antemano.

f. Dichos anfitriones no siempre estarán seguros de *quiénes* van a asistir en realidad, aunque hayan recibido respuestas en firme a

su invitación. Tranquilícelos y ánimoelos a llamar a sus amigos o vecinos. Y lo que es más importante: manténgalos orando.

Prepararse para dirigir la reunión

Esto puede parecer aterrador, especialmente la primera vez. Sin embargo, el equipo trabajará por parejas, y uno de los dos miembros habrá tenido ya cierta experiencia.

a. Reúnase con su compañero, ya que puede que no se conozcan el uno al otro. Preséntense y compartan su historia brevemente. Oren juntos el uno por el otro y por la reunión.

b. Averigüen mutuamente cuáles son sus puntos fuertes y débiles: a uno, por ejemplo se le puede pedir que guíe el coloquio y no tanto que dé una «charla» formal.

c. Decidan cuál de ustedes comenzará la reunión, dará el testimonio, pronunciará la charla; cómo debería terminar el encuentro; quién llevará el puesto de libros ... Tengan clara la cuestión del transporte, y cítense si es posible para orar con los anfitriones antes de que llegue la gente.

d. Vaya provisto de bosquejos para dos charlas breves: una dirigida a un grupo mixto, compuesto por creyentes e inconversos, y otro en caso de que todos los invitados resulten ser cristianos; si es así, valdría la pena compartir algo que los animara a evangelizar y mostrarles algunas formas de hacerlo. Recuerde que siempre usted puede dejar a un lado lo que ha preparado, pero es difícil sacarse de la manga una presentación sucinta.

Sugerencias en cuanto a temas y formato

Basándose en la información recibida de los anfitriones (y algunas veces ésta será muy limitada), decida con oración lo que usted cree que resultaría apropiado en el encuentro. Usted podría:

Emplear una charla breve (de diez minutos a lo sumo) para iniciar la discusión. Esto puede ayudar a la gente a tranquilizarse, y al mismo tiempo entusiasmarla con la persona de Jesús, estimular preguntas y empezar la conversación. Su tema podría ser:

- a. Uno de los títulos de la campaña
- b. ¿Por qué es Jesús tan especial?
- c. ¿Qué le pasa al mundo?
- d. ¿Qué es un cristiano?
- e. ¿Por qué molestarse?

Intente partir de preguntas que la gente se esté haciendo realmente, y pase de ellas a la pertinencia del Evangelio para contestarlas.

Emplear el testimonio personal, de cada uno de ustedes, de sus anfitriones y tal vez de otros asistentes a la reunión. Podría ser que sus anfitriones se hicieran más cargo de la dirección, introduciendo sus propias «historias» y pidiendo luego a sus amigos que digan en qué situación se encuentran, y dejando para el final a los miembros del equipo. En tal caso uno de ustedes puede lanzar un conciso desafío a la fe.

Emplear un libro que usted conoce y piensa que ayudará a responder a las preguntas que la gente se está haciendo. Tenga a disposición algunos ejemplares de dicho libro. Podría utilizar ciertos pensamientos de alguno de sus capítulos para comenzar un coloquio.

Emplear un vídeo, si usted o sus anfitriones conocen alguna presentación breve y cautivadora que pudiera iniciar un coloquio.

Como sugerimos anteriormente, vaya siempre provisto de dos charlas: una para aquellos que todavía no conocen al Señor y otra para cristianos. No se sienta abatido si no asisten nada más que creyentes. Esto puede suceder a menudo. ¿Y qué hace entonces usted? Una posibilidad es examinar lo que no es el cristianismo: credos, conducta, ceremonias, asistencia a la iglesia (aunque incluya estas cuatro cosas), y luego explicar lo que sí es: Jesucristo mismo y una relación viva con él. Entonces usted podría preguntar a los presentes lo que significa Jesús para cada uno. Esto debería caldear el corazón de los asistentes, a los que no tendría que resultar difícil animar una vez más a comunicar a otros las buenas nuevas de Jesús. Quizá usted descubra entre ellos quiénes saben acerca del cristianismo pero no conocen a Cristo. Estos tienen que ser alentados a abrir su vida a Jesús y a incorporarse a un «grupo de descubrimiento» después de la campaña.

O también usted podría elaborar los títulos para dos charlas breves: una de aliento (tal como el crecimiento de la fe en Corinto partiendo de un hombre hasta la formación de una iglesia viva, Hch. 18.1-11) y otra de desafío (como, por ejemplo, los cambios que experimenta la gente cuando dan la bienvenida en su medio al Espíritu Santo, p. ej., Hch. 2.37-47). Escoja cuál de ellas usar, y luego empiece el coloquio. Confíe en que Dios hará de usted una bendición incluso si no están presentes más que los anfitriones. El tiempo que se dedica a estimular o desafiar a los creyentes desalentados no es nunca tiempo perdido. Oriéntelos hacia afuera con delicadeza. A veces el tratar con ellos cómo pueden compartir su fe en el trabajo resulta de lo más provechoso. Y si sólo hay cristianos presentes, ¿por qué no animarlos a orar en voz alta? Esa podría ser la oportunidad para algunos de ellos de «traspasar la barrera del sonido»

¿Cómo dirigir la reunión?

a. Llegue con tiempo para orar con el anfitrión. Tal vez no se espere a mucha gente, e incluso sea apropiado que vayan ustedes a invitar a los vecinos. Intente charlar, aunque sea brevemente, con cada invitado a medida que éstos vayan llegando, ¡para que no les parezca un marciano invasor!

b. Vaya con un puesto de libros, y coloque esos y otros materiales de la campaña sobre una mesa pequeña pero evidente. Decida el lugar donde se situará, ya sea en pie o sentado; usted debe poder ver las caras de todos los presentes.

c. Anime al anfitrión a presentarlos a ambos y a decir cuándo terminará la reunión.

d. Esté tranquilo y lleno del Espíritu Santo, entonces podrá hacer que los demás se sientan a gusto. Pida que su compañero de equipo ore por usted constantemente mientras está hablando, y hágalo usted a su vez cuando le toque el turno a él. Confíe en que Dios obrará. Un poco de humor al empezar tiene un efecto magnífico si es natural.

e. Trate las cosas espirituales como lo más normal del mundo. Esté preparado para pasar sin problemas de lo natural a lo espiritual y viceversa.

f. Utilice la Biblia con naturalidad, sin excusarse ni dar explicaciones --como el libro de consulta sobre el cristianismo--, y su experiencia como la guinda sobre la tarta bíblica.

g. Su charla debería considerarse como el iniciador del coloquio. No hable durante más de diez minutos. Usted debe ver cuál es la situación de la gente, y eso surgirá del coloquio en cuestión. Su comienzo ha de ser llamativo.

Consejos sobre el trabajo en grupos pequeños

a. No hay dos grupos que sean iguales, y la misma «fórmula» no tendrá forzosamente éxito porque haya funcionado con otro grupo anterior. Los miembros del equipo deben tratar enseguida de captar cómo es dicho grupo y seguir actuando con sensibilidad hacia su carácter.

b. La gente asistirá a la reunión por razones diversas, y muchos de los invitados se mostrarán nerviosos y aprensivos. Los miembros del equipo deberían ayudarlos a sentirse cómodos, lo cual haría posible que más personas contribuyeran al intercambio o la discusión.

c. Los miembros del equipo deberían también identificar a los personajes principales del grupo (es decir, el dominante, el locuaz, el bromista, el disconforme, el resentido, el confuso, el silencioso, el cooperativo) y actuar en consecuencia. Recuerde que la mayoría

de ellos traerá consigo alguna carga del alma o del cuerpo, por muy disimulada que esté.

d. No haga juicios apresurados sobre la gente; usted podría estar terriblemente equivocado.

e. No entre en disputas, ni permita que otros lo hagan. Hay una gran diferencia entre una disputa sin provecho y un coloquio vivaz. Las relaciones con la gente son más importantes que ganar una discusión. Usted puede muy bien permanecer ajeno a diversas cuestiones improductivas hasta encontrar una que dé pie a un debate provechoso.

El coloquio

a. Intente no dominar la discusión, pero esté listo para cambiar la dirección de la conversación si es necesario.

b. De ser posible utilice a su colega, el que ha dado la charla, para encauzar el coloquio, pero colaboren muy estrechamente el uno con el otro.

c. No tenga reparo en contestar a las preguntas con la Escritura. Esta es poderosa y posee su propio tono de verdad.

d. Evite la situación en la que todos los comentarios van dirigidos exclusivamente a los miembros del equipo. Dé a otros la oportunidad de contribuir. Tampoco permita que una sola persona domine la reunión, ni que el coloquio divague hasta perder toda pertinencia.

e. Jamás trate de impresionar a nadie. Pregúntese a sí mismo: «¿Qué respuesta sería la más útil para la situación en la que se encuentra ahora mismo el interlocutor?»

f. Manténgase en contacto con el Espíritu. Espere lo inesperado. Mantenga la discusión centrada en Jesús.

g. Casi con toda certeza en algún momento habrá que explicar el camino de salvación usando un lenguaje sencillo, bien ilustrado y sin términos teológicos.

¿Cómo terminar una reunión?

a. Concluya a la hora anunciada. Si el coloquio todavía continúa, puede proseguirse mientras algunos se marchan y se trae más café.

b. Tal vez no sea apropiado acabar con una oración, pero eso dependerá de cómo haya transcurrido el encuentro (para algunos podría tratarse del momento de tomar la decisión). Tenga preparada una oración sencilla, y anime a la gente, si piensan que están preparados, a que la repitan después de usted.

c. Una forma útil de concluir podría ser diciendo: «Queremos ser de ayuda para usted y animarlo en toda forma posible. Antes

de que nos marchemos hoy voy a pasarles estas tarjetas en blanco y estos lápices, porque nos gustaría saber lo que piensan de lo que hemos estado diciendo.» Haga que esas cosas recorran el círculo. Luego pida: «Por favor, escriban: 1) su nombre; 2) un comentario sobre lo que hemos compartido con ustedes; y 3) si ha abierto usted su vida a Cristo, simplemente ponga una cruz en la esquina superior derecha. Nos gustaría proporcionarle algún material que le ayudará a desarrollar esa relación con Cristo, e invitarle a unirse a un «grupo de descubrimiento». No todos rellenarán esa tarjeta, ni se debe ejercer sobre la gente ninguna presión. Recoja las tarjetas y repáselas luego con los anfitriones.

d. Invite personalmente a todo el grupo a otra reunión de la campaña, y tenga lista la información sobre las fechas, horas y lugares de las demás reuniones.

e. Venda, regale o preste los libros, según convenga.

Más tarde

a. Paséese. Tal vez se haya dado cuenta de que algunos del grupo han sido tocados por lo que se decía. Intente asegurarse de que todos reciban una palabra personalmente. Los miembros del equipo deberían tomar la iniciativa en cuanto a acercarse a la gente. Esas conversaciones después de la reunión son, por lo general, lo más provechoso del programa.

b. Ofrézcase a orar con las personas por sus situaciones allí mismo, sentados o de pie.

c. Quizás sería apropiado organizar otra reunión casera, más tarde esa misma semana, para seguir hablando. A veces un invitado a quien el encuentro lo haya intrigado se ofrecerá para invitar a un grupo de sus amigos a una velada similar.

d. Una vez que los invitados se hayan marchado, evalúe juntamente con los anfitriones cómo ha sido la reunión. Repasen las tarjetas de respuesta, oren juntos, hablen acerca de los puntos fuertes y débiles del encuentro, aprenda de ellos, y anime a los anfitriones a proseguir con sus amigos al día siguiente o al otro.

e. Si alguien ha respondido con el deseo de incorporarse a un «grupo de descubrimiento», recuerde llevar a la siguiente reunión de equipo el formulario con toda la información.

Unas palabras acerca de otras clases de reuniones

Grupos especializados

Tal vez ueste sea asignado a un grupo de apoyo para personas afligidas, o a una reunión con padres de niños minusválidos.

Recuerde que no se pretende que actúe como un experto en el tema: los miembros del equipo serán asignados basándose en el hecho de que alguno de ustedes habrá tenido un poco de experiencia en esa área. El propósito es acompañar, ser comprensivos, y en todo momento mostrar a la gente que Jesucristo es pertinente para sus situaciones, por muy desesperadas que éstas les parezcan a ellos.

Reuniones en restaurantes

Si la reunión se celebra en un restaurante, planee con sus anfitriones la disposición de los asientos, dónde se sentarán los miembros del equipo, quién pagará la comida, cómo se pedirá, y en qué momento los miembros del equipo deberán hablar. Procure no quedarse atascado en una conversación con aquellos que tiene a su derecha y a su izquierda, y al final de la comida levántese y esté disponible para conversar personalmente con la gente.

7. ¿Cómo ser anfitrión de una reunión casera?

(Estas notas van dirigidas a aquellos que están considerando tener una reunión en su hogar.)

¿Qué es en realidad una reunión casera?

Durante una campaña las reuniones caseras proporcionan el mejor medio de alcanzar a personas que de otro modo no se acercarían a una iglesia. Se llaman así a las reuniones organizadas en el hogar de alguien para que la gente escuche más acerca de la fe cristiana. No se trata de una cena formal, aunque puede incluir comida. No necesita de la mejor porcelana china, ni tampoco de que la casa haya de estar limpia, bien arreglada y especialmente en orden. Tampoco precisa usted contar con una casa grande o una gran sala, ni tener muebles elegantes. Se trata de un acontecimiento informal, en el cual la principal intervención estará a cargo del equipo.

¿Qué sucede en una reunión casera?

Una vez que ha llegado la gente y se les ha servido unos refrescos, haga que todos se sienten. Los miembros del equipo deben estar claramente visibles y audibles.

Entonces dé la bienvenida a todo el que haya acudido y presente a los miembros del equipo, quienes se harán cargo de la reunión a partir de entonces (por lo general, dando una breve charla que estimule la reflexión, entremezclada con testimonios y preguntas).

Luego se concluye el encuentro y la conversación personal sigue por toda la sala.

¿Qué pasa si soy miembro de un pequeño grupo de estudio bíblico, asisto a una reunión de comunión casera o formo parte de un grupo de oración?

Tanto mejor si es así, ya que para los propósitos de esta semana de campaña el grupo puede dividirse en dos, de modo que dé usted la posibilidad a cada miembro de invitar a un amigo no cristiano. Será buena idea conseguir que la mitad del grupo que no se reúne primero ore por la otra mitad, y viceversa.

¿Cómo hago para organizar una reunión casera?

a. *Ore.* Si usted es capaz de dirigir una reunión casera junto con otro miembro de su familia (o con un amigo), entonces véanse para orar por ello. Pidan dirección a Dios en cuanto a lo que deberían hacer, a quién podrían invitar, y qué clase de reunión tendrían que llevar a cabo. Quizá este sea el momento de formar los tríos de oración para orar específicamente por sus posibles invitados.

b. *Planee las cosas.* ¿En casa de quién se celebrará la reunión? ¿Qué clase de encuentro será? ¿Qué horas le convendrán más a la gente? A medida que se acerca el momento hay que solucionar estas cuestiones.

c. *Invite.* Su objetivo es invitar a amigos, conocidos del vecindario y/o del trabajo, contactos sociales, los padres de los amigos de sus hijos, etc., que no sean cristianos. Y quizá esté bien incluir a algunas personas de otras iglesias que tal vez se hayan comprometido con Cristo o no.

¿Cómo debería hacer para invitar a la gente?

Ya sea que lo pregunte cara a cara, por teléfono o de forma escrita, actúe con naturalidad al invitar a la gente, y aclare a qué la invita (p. ej., «A una charla dada por un miembro del equipo sobre tal o cual cosa», «A una breve conferencia de fulano sobre esto o aquello, con la oportunidad de preguntar y discutir», o lo que sea). La experiencia demuestra que hay que buscar una respuesta clara de «sí» o «no» a la invitación más que un «tal vez».

¿Y qué del contacto con los miembros del equipo?

El equipo participará en muchas de esas reuniones. Una vez que usted haya proporcionado los detalles en cuanto al día, la hora y el lugar de la reunión casera al representante de la iglesia, y que éste

le haya asegurado que está en el programa, entonces tenga la seguridad de que se le asignarán algunos miembros del equipo.

Normalmente dos de dichos miembros irán a su casa, aunque tal vez usted esté más que dispuesto --y capacitado-- para colaborar en la dirección del encuentro con uno de ellos, haciendo así posible que se celebren más reuniones caseras.

Alguno de los miembros del equipo se pondrá en contacto con usted uno o dos días antes de la reunión para presentarse a sí mismo y a su compañero; juntos pueden cerrar el orden exacto de lo que debe hacerse, cuándo han de servirse los refrescos, etc. Reserve tiempo antes del comienzo de la reunión para orar con los miembros del equipo que se le han asignado.

¿Y qué del día en sí?

a. Haga un seguimiento de sus invitaciones por teléfono uno o dos días antes de la fecha fijada para la reunión.

b. Tenga claro de antemano lo concerniente a la disposición de los asientos (¡por favor, nada de filas de sillas!), y conceda tiempo y espacio para que la gente se mezcle al llegar y conozca a los miembros del equipo.

c. Tenga claro asimismo quién servirá los refrescos y cuándo.

d. Disponga de una mesa pequeña para la exposición de libros que llevarán los miembros del equipo.

e. Ore antes, durante y después de la reunión.

f. Evite la jerga de iglesia en todo momento.

g. Termine la reunión de una forma natural, invitando a la gente a quedarse para tomar café o tratar alguna pregunta que haya quedado sin contestar.

¿Y qué del seguimiento posterior?

Los anfitriones tienen la responsabilidad de hacer el seguimiento posterior de aquellos que asisten a la reunión casera, de modo que es muy importante que piensen acerca de las actividades o los grupos a los cuales pueden invitar a esas personas después del encuentro. Póngase por objetivo el lograr que todo aquel que ha ido a su reunión casera asista a otro acontecimiento, culto o «grupo de descubrimiento».

El equipo habrá traído consigo una pequeña exposición de literatura previendo el caso de que la gente quiera comprar algunos opúsculos o libros. Tal vez usted mismo desee proveer una cantidad reducida de libros para prestar: tome nota de quiénes los llevan, y haga luego el seguimiento de esas personas cuando le devuelvan los libros.

El equipo puede repartir tarjetas de respuesta en blanco para que la gente anote lo que les ha parecido la velada. Esto se discutirá con usted. La información de dicha tarjetas puede ayudarlo a llevar a cabo la tarea de seguimiento.

8. El trabajo al aire libre

La expresión «trabajo al aire libre» se utiliza para describir las muchas formas en las que podemos comunicar nuestra fe en las calles, playas y centros comerciales de un modo atractivo y para hacer pensar a la gente que normalmente no se acercaría a una iglesia. La manera en la que esto se realiza es tan importante como lo que se dice, se canta o se representa.

Preparativos de fondo

a. Para la mayor parte de las actividades al aire libre es necesario obtener el permiso de las autoridades locales, los directores de centros comerciales, etc. Muchas ciudades están dispuestas a permitir que un equipo de campaña haga algo una vez, y observar lo que les parece a los comerciantes locales. Cada director de centro comercial tendrá sus propias instrucciones especiales; asegúrese de que el equipo sepa cuáles son.

b. Usted tiene que escoger una hora del día en la que haya mucha afluencia de público. Esto es importante: no vale la pena planear algo y esperar sencillamente que la gente aparezca. Hemos de estar en los lugares concurridos; por ejemplo, un buen sitio será allí donde la gente toma su almuerzo en medio de un ajetreado día de compras.

Diferentes clases de trabajo al aire libre

La «representación fija»

Esta puede utilizar cualquier medio que sea apropiado: el teatro, la música, los bailes en círculo, el guiñol, el malabarismo, el tablero ... Por lo general exige una pequeña «zona de representación», que concentra la atención de la gente en un programa fijado de antemano.

En esta clase de representaciones hay dos grupos de personas: la gente «de delante» (músicos, actores de teatro, oradores...), que no deben ocuparse en conversaciones mientras transcurre el programa, y la «multitud» que se reunirá en torno a los que actúan, observarán y entrarán en conversación con aquellos que se paren a mirar. Al contrario de lo que muchas veces se piensa, esa «multitud» es más importante que la gente «de delante».

Los que actúen habrán planeado un programa (por lo general de no más de veinte minutos), para que el material siga una secuencia lógica presentando diferentes aspectos del Evangelio. Cada pieza de teatro breve, testimonio o canción estará conectada por medio de un orador; la idea es tener un programa rápido (sin pausas) que atraiga a una muchedumbre.

a. El equipo debe reunirse para orar y alabar antes de salir a las calles. Siempre que sacamos el Evangelio afuera estamos adentrándonos en territorio hostil, y necesitamos la limpieza y la protección del Señor antes de salir.

b. Cada miembro del equipo debe llevar una abundante provisión de literatura que anuncie la campaña.

c. A la hora convenida, todos los implicados se reunirán para comenzar la representación. La «multitud» debería formar un círculo bastante cerrado alrededor del lugar donde dicha representación está llevándose a cabo, dejando el suficiente sitio para los actores pero sin bloquear el paso.

d. Una vez que usted esté en la «multitud», observe, ore y sea sensible a aquellos que le rodean. A menudo constituye una buena idea volverse a alguna persona después de la pieza de teatro breve y preguntarle: «¿Qué le ha parecido esa representación?» Espere la respuesta y bájese en ella para continuar. Tal vez usted no esté acostumbrado a hablar a personas totalmente extrañas ... ¡ellas tampoco lo están! Prepárese para recibir respuestas tanto cordiales como hostiles. Mantenga su conversación alegre, pero sea osado en cuanto a repartir literatura e invitar a la gente a una reunión de la campaña.

e. Otros integrantes de la «multitud» pueden estar más allá entregando literatura y hablando con la gente. Ponga atención a aquellos que le rodean, y dé tiempo para que la gente se pare y observe antes de acercarse a ella. Nunca acose a los transeúntes. ¡Sonría!

f. Sea sensible al final de la representación: ese es el momento para todos de iniciar conversaciones individuales. Si alguna gente ha mostrado interés en asistir a la reunión principal, búsquela allí cuando llegue el momento.

La utilización de encuestas

Este es otro enfoque bastante distinto, que a veces resulta útil en el trabajo al aire libre. Los miembros del equipo salen individualmente o de dos en dos con una encuesta sencilla, y llevan a cabo un muestreo de opiniones al azar que a menudo puede dar lugar a conversaciones realmente interesantes. Como mínimo, tales

encuentros proporcionarán a la persona con la cual esté usted hablando un primer plano de lo que es un cristiano comprometido charlando en las calles, algo que puede resultarle poco común. También perfeccionará sus propias habilidades de conversar informalmente acerca de cuestiones importantes con gente completamente extraña.

He aquí una encuesta sencilla que se utilizó durante cierta campaña para toda una ciudad titulada «Celebration of Hope» [Celebración de la esperanza]. Contenía las siguientes tres preguntas:

a. ¿Cree usted que hay alguna razón de peso para tener esperanza en nuestros días?

b. ¿Piensa usted que la iglesia cristiana cuenta con alguna esperanza real para transmitirle a la gente?

c. ¿Querría usted conocer a Jesucristo si pudiera hacerlo?

La entrevista podía ser algo como lo siguiente:

P: Perdona, ¿podría usted dedicar un momento a ayudarnos con una breve encuesta que estamos llevando a cabo en la localidad para «Celebration of Hope» esta semana?

R: Muy bien, pero no tengo mucho tiempo.

P: Lo entiendo ... Ahí va entonces la primera pregunta: «¿Cree usted que hay alguna razón de peso para tener esperanza en nuestros días?»

R: Bueno ... supongo que nuestro país es estupendo y que nuestras familias representan mucho para nosotros.

P: Muy bien. Aun así mucha gente lleva una vida desgraciada sin demasiada esperanza, de modo que he aquí mi siguiente pregunta: «¿Piensa usted que la iglesia cristiana cuenta con alguna esperanza real para transmitirle a la gente?»

R: Bueno ... nunca había pensado en ello; parecen guisárselo y comérselo ellos solos.

P: Por desgracia muchas veces así es, pero no pasaba lo mismo con Jesús: él siempre estaba saliendo entre la gente y ofreciéndoles las cosas más maravillosas que celebrar y las razones de más peso para la esperanza. De manera que ahí va mi tercera pregunta: «¿Querría usted conocer a Jesucristo si pudiera hacerlo?»

¡Me sorprendería mucho que eso no brindara una oportunidad para dar testimonio personal del Cristo vivo!

Desde luego no hay modo de saber cómo responderá la gente a sus preguntas, pero usted se dará usted de la manera en que puede utilizarse (con un mínimo de imaginación) una encuesta sencilla de tres preguntas como esa para entrar en una conversación que podría ser provechosa. Existe una progresión en dichas preguntas: empiezan

donde uno se encuentra («Celebration of Hope», que está teniendo lugar mientras ellos hablan con usted), y con una pregunta acerca de las esperanzas que todos deben abrigar en su corazón de una manera u otra, porque nadie puede vivir sin esperanza. Luego, consú su segunda pregunta, usted se abre paso hacia un frente más estrecho, ya que ésta inquiera lo que ellos sienten acerca de la iglesia, pero más específicamente siembra en su mente la posibilidad de que ella tenga alguna esperanza que ofrecer y algo que celebrar. Sin importar cuál sea la respuesta a esto, es fácil pasar de ahí a la fuente de la esperanza, y a las razones de peso que tenemos en el Jesús histórico crucificado y resucitado para dicha esperanza.

Recuerde los puntos siguientes:

- a. Su porte es más trascendental que lo que dice.
- b. Usted no está ahí para discutir, sino para invitar a la persona a que responda a ciertas preguntas que pueden conducirla poco a poco hacia la luz.
- c. No debe entretener demasiado a la gente, a menos que ellos quieran y que se produzca una buena conversación.
- d. Su objetivo es señalarles decisivamente la esperanza que ofrece Jesús y mostrarles por qué tienen peso sus razones.
- e. Usted querrá despedirse de ellos invitándolos a asistir en su compañía a algún acontecimiento de la campaña; y tal vez después de un buen encuentro podría dejarles algo para leer.

Puestos de libros

El promover un puesto de libros --con frecuencia en un centro comercial-- es otra forma de dar publicidad a una campaña y entrar en conversación con aquellos que tengan interés. También se necesitarán carteles y folletos acerca de dicha campaña, y las tazas de café suelen ser bien aceptadas.

Una marcha de alabanza

Esta es una forma muy eficaz de hacer un manifiesto para toda una ciudad, juntando a los cristianos locales y al equipo. Se anima a todo el mundo a incorporarse, desde niños en bicicleta hasta personas ancianas, mientras la marcha transcurre lentamente por una ruta prefijada, siguiendo generalmente a un grupo de música, y cantando y alabando a Dios. Pueden llevarse pancartas y distribuir folletos a quienes están mirando. Existe también la posibilidad de invitar a sumarse a la gente. En uno o más puntos del recorrido podría hacerse una pausa para dar tiempo a más canciones, alguna pieza breve de teatro, música, baile en círculo y posiblemente un mensaje corto dirigido a aquellos que se han unido a la marcha.

El trabajo al aire libre puede ser grato, aunque bastante aterrador. Recuerde las palabras de aliento que Dios le dio a Pablo: «No temas, sino habla y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad» (Hch. 18.9-10).

9. La visitación durante una campaña

La visitación es algo muy descuidado por las iglesias, lo cual se deja para las sectas y los vendedores ambulantes; por lo tanto, la gente se resiste bastante a aquellos que se presentan a la puerta de sus casas. Tal vez nos encarguen que visitemos a algunas personas seleccionadas o una calle entera; en ambos casos haremos bien en tener en cuenta las siguientes consideraciones.

La preparación

Hay necesidad de prepararse incluso para algo tan impredecible como es la visitación.

Necesitamos tener el corazón caliente

Nuestro corazón tiene que estar lleno del amor de Jesús antes de entregarnos a una tarea tan amedrentadora. Tal vez usted debería leer Lucas 15, 2 Corintios 4 ó 5 o Juan 21 antes de salir. Yo con frecuencia vuelvo a Hechos 9.11: ¡la historia del visitante reacio!

- a. El Señor llamó a Ananías porque lo necesitaba (v. 10).
- b. El Señor le dijo que fuese a visitar una casa (v. 11).
- c. En aquella casa había alguien con profunda necesidad (v. 11).
- d. Dios había preparado a la persona en cuestión para que fuese receptiva (v. 11).
- e. Ananías se mostró renuente: aquel hombre tenía demasiados prejuicios; era demasiado duro, demasiado hostil ... (v. 13).
- f. Al segundo intento Ananías fue, sin duda alguna, con temor y temblor (v. 17).
- g. Su planteamiento fue natural, cordial, directo (v. 17).
- h. Su mensaje era sobre Jesús, quien puede abrir los ojos cegados y llenar una vida vacía (v. 17).
- i. Descubrió que en aquella casa estaba esperándolo un ministerio muy práctico (vv. 18-19).
- j. Su obediencia fue recompensada con la conversión de Saulo y con el hecho de que éste recibiera la plenitud del Espíritu.

Necesitamos tener la cabeza fría

Hemos de escuchar atentamente las instrucciones que se nos

han dado, familiarizarnos con la geografía y, de ser posible, conocer los nombres de aquellos a quienes debemos visitar. Vaya provisto de un bolígrafo, un cuaderno (para anotar los detalles de cada visita) y algunos folletos, opúsculos o ejemplares de los Evangelios que puedan resultar útiles, así como de un tratado sobre la campaña. Tenga a la vez una buena comprensión de lo que hay disponible en la iglesia local para cada una de las edades, a fin de darle a la familia las sugerencias apropiadas.

El enfoque

Tal vez usted se sienta más a gusto haciendo la visitación de dos en dos: ¡ya hay un precedente de ello!

a. No recorra sistemáticamente un lado de la calle, ya que la gente le verá venir y no le dejará entrar.

b. Es más fácil rellenar la información acerca de su visita anterior cuando se halle frente al siguiente portal, antes de llamar allí. Entonces usted resulta prácticamente invisible.

c. Ore en la puerta: por la impresión primera, por humor, porque se olvide de sí mismo y actúe con cordialidad.

d. Si tiene miedo recuerde que cuenta con la ventaja de la iniciativa. Ellos no lo esperan, y tal vez estén ocupados, a la defensiva, recelosos ... De modo que sonría. ¡Dios le ama!

e. Si un niño le abre la puerta, pídale hablar con alguno de sus padres, y si el pequeño acompaña al adulto asegúrese de implicarlo en la conversación.

f. Las primeras impresiones son decisivas, de modo que preséntese con un «¿Qué tal?» o un «¡Hola!» cordial. Dé a conocer su nombre, su autoridad (en la iglesia o la campaña) y su objetivo.

g. Muéstrese alegre, incansablemente cortés, natural ... Deje claro que no va con la intención de estafarlos ni de aprovecharse de ellos, sino de amarlos y darles algo.

h. No se aflija si pocas veces lo invitan a entrar, pero cuando tenga la posibilidad entre. No permanezca en la casa tanto tiempo que se haga pesado.

La visita

Naturalmente no existe un programa detallado de acción. Mantenga los ojos abiertos para cualquier directriz posible, cualquier terreno común ... He aquí algunos objetivos que puede tener en mente:

a. Propóngase establecer una buena relación. Hágale ver que no es una persona rara. Jamás discuta ni sea descortés. Deje abierto el camino para una nueva visita, la cual a menudo será mucho más fácil.

b. Propóngase reunir la información acerca del hogar y de la familia que pudiera resultar útil en el futuro: ¿Hay niños a los que se podría invitar a una fiesta de escuela dominical? ¿Se trata de una familia monoparental susceptible de recibir alguna ayuda práctica?...

c. Propóngase dar información acerca de la campaña. Concéntrese en un solo acontecimiento, y vea si les gustaría que usted los recogiera para llevarlos allí (tal vez no les importe ir solos, o tal vez no se atrevan a hacerlo). Un «venga conmigo» tiene fuerza, mientras que un «vaya» no la tiene.

d. Propóngase hablar de Jesús, mencionar su nombre de una forma u otra. El puede suplir la necesidad de esas personas --en realidad, la única carta que podemos jugar--, y mucha gente no sabe que el centro del cristianismo no es un sistema sino la persona de Jesús. En esta coyuntura, una palabra de testimonio puede resultar muy eficaz.

e. Tal vez sea oportuno orar por la casa, o por la persona, o por alguna necesidad que usted haya descubierto. La gente a menudo aprecia esto aunque no oren ellos mismos. NB: ¡Hágalo en un tono de voz natural!

f. Puede ser conveniente dejar algo de literatura, así como información relacionada con la campaña.

Las preguntas

Seguro que surgirán preguntas a poco que se extienda la conversación. En ocasiones no serán más que excusas enmascaradas: «El pastor nunca me ha llamado ... Fui demasiado a la iglesia cuando era joven ... Puedo adorar a Dios en mi patio...» Otras veces constituirán verdaderas dificultades, tales como la situación de una iglesia dividida, el movimiento de la Nueva Era, la inverosimilitud del cristianismo en una era secular, el problema del sufrimiento, el corazón dolorido de una esposa maltratada o de una madre soltera ... Intente analizar si se trata de *una excusa* o *un problema*. Las excusas proceden de un corazón endurecido; los problemas, de una mente confusa. Yo a veces digo: «¿Cree usted que si le contesto esto de una manera satisfactoria para usted, quedaría libre el camino para que usted le abra su vida a Cristo?» Si no es así, no se moleste en dar respuesta a la excusa: el hacerlo no ayudará nada, mientras que el mostrar que le ha visto la intención puede que sí lo haga.

Sea siempre educado, humilde y afectuoso. Jamás trate de apuntarse tantos. Intente en todo momento descubrir cualquier terreno común para aprovecharlo.

La continuación

a. Cuando no puedan verle, anote cualesquiera comentarios que tenga: toda información que no sea confidencial y pueda entregarse a aquellos que le han enviado.

b. Ore por la casa que acaba de visitar.

c. Determine si sería provechosa una visita adicional dentro de un día o dos.

d. No se desanime: si está desalentado eso se reflejará en su conducta y no usted será un buen testigo. Lea Isaías 55.11. Reclame el poder de Cristo mientras va. Reclame la presencia de Jesús y --como él le ordenó-- vaya (Mt. 28.18-20).

10. ¿Cómo rellenar y utilizar los formularios de respuesta?

Podría parecer totalmente innecesario dedicar tiempo durante el curso de capacitación a un detalle tan aparentemente insignificante como este, pero la experiencia demuestra que rellenar tarjetas de respuesta es de una importancia capital, ya que constituyen la única información que sobrevive a la partida del equipo de la campaña (quienes con toda seguridad habrán hecho muchísimos contactos en la ciudad acerca de los cuales las iglesias no saben nada). Estas tarjetas deben, por lo tanto, rellenarse con sumo cuidado, por lo cual hemos dedicado bastante atención a este asunto al comienzo del Apéndice B. Hay que rellenar no sólo el anverso del formular: cuando los miembros del equipo han logrado saber cualquier información adicional sobre la persona o sus circunstancias, deben anotarla en el reverso de la tarjeta antes de entregarla a los encargados de hacer el seguimiento. A menudo resulta también útil añadir una nota acerca de la ocasión en la cual se rellenó dicha tarjeta. De cualquier modo valdrá la pena asimilar el Apéndice B sobre este asunto, ya que ha surgido de una experiencia abundante; mucha de ella desalentadora, simplemente porque nosotros mismos no hicimos aquello que hemos llegado a recomendar.

E

El teatro y el movimiento en la evangelización

Jane Holloway

La verdad del Evangelio puede comunicarse con gran eficacia utilizando artes creativas como el teatro, el movimiento y el mimo; sin embargo, es importante que comprendamos que, mientras algunas personas consideran esta forma de expresión muy natural, a otras les resulta impropia. Debemos mantenernos sensibles a esta tensión, y hacer cuanto sea posible para que dichas formas artísticas se utilicen para glorificar a Dios y no al ser humano. El significado encarnacional de utilizar todo el cuerpo en la adoración (cf. Jn 1.14) está volviendo a ser entendido en muchos sectores de la iglesia cristiana. El culto no tiene por qué limitarse a nuestra mente y nuestro corazón. En Romanos 12.1 Pablo nos recuerda que, en vista de la misericordia de Dios, debemos presentar nuestro cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, lo cual es nuestro acto espiritual de adoración. Esta es la actitud con la que debemos usar estas formas artísticas creativas en nuestras iglesias para alcanzar a otros. La atención no debería concentrarse en los actores: Dios mismo tendría que estar en el centro de la escena.

CONTEXTOS EN LOS QUE PUEDEN UTILIZARSE

EL TEATRO Y EL MOVIMIENTO

En los cultos de adoración

a. *Invitación a adorar:* la Escritura puede ser leída por distintas voces; las lecturas antifonales implicar a la congregación entera;

una danza interpretativa introducir el tema; o una simple procesión llevar consigo algún símbolo, tal como una cruz o una vela.

b. *Hora infantil*: lea un relato, y haga luego que los niños lo representen y lo disfracen; incluya a otros pequeños en la lectura de algunas porciones; enseñe sencillos movimientos de brazos para sus coros de acción favoritos o un baile en círculo; utilice ayudas visuales, tableros de dibujo, guiñoles y mimo.

c. *Lectura bíblica*: emplee a diferentes lectores para los distintos personajes de un pasaje; represente con teatro (o con danza) dicho pasaje entero, utilizando la narración bíblica; actualice una parábola modernizándola.

Anime a las personas que participan en la lectura pública de la Escritura a:

i. Prepararse mediante la oración.

ii. Buscar la versión que se precise para ese caso y familiarizarse con el pasaje: ¿Qué dice? ¿Cómo debería leerse? Utilizar la puntuación y las pausas. Practicar leyéndolo en voz alta.

iii. Hablar claramente, sin mascullar ... Aprender a tratar los micrófonos como amigos y no como enemigos. Hacer que su aspecto sea el de quienes creen lo que leen.

d. *Período de oración congregacional*: distintas personas pueden dirigir en oraciones diferentes, y es posible enseñar a la congregación entera sencillos movimientos de brazos para acompañar a las oraciones (o respuestas) conocidas, tales como el Padrenuestro.

e. *Comunión*: sin merma de la santidad de la Cena, los elementos pueden ser acercados al altar con pasos de danza procesionales. También los movimientos del ministro durante la consagración son importantes.

f. *Período de adoración*: se pueden preparar danzas para algunos himnos o coros particulares que vayan a ser utilizados en el culto, y emplearlas mientras la congregación está cantando.

g. *Colaboración con el predicador*: ya sea ilustrando el tema del culto con una pieza de teatro breve o una danza, o haciendo una dramatización de determinado aspecto de la charla con un breve *sketch*.

En la enseñanza

a. En la escuela dominical --ya sea para adultos o para niños-- utilice las oportunidades que haya para que la gente represente el pasaje bíblico que se está tratando. Estimule también el uso de todo el cuerpo para expresar las lecciones aprendidas.

b. Es posible celebrar talleres con el objeto de enseñar más acerca de las formas artísticas en sí, animar a probar suerte a cualquiera

que esté interesado, e identificar a aquellas personas que estarían dispuestas a dedicar más tiempo al empleo del teatro y el movimiento en la vida de la iglesia.

En la evangelización

a. A menudo los cultos con invitados que incluyen alguna de las sugerencias anteriores en la iglesia pueden comunicar mucho del gozo y la vitalidad de la fe cristiana.

b. Las actividades especiales de la congregación, tales como comidas campestres o picnics, reservan a menudo un espacio para alguna charla, de manera que ¿por qué no insertar en dicho espacio algo diferente?

c. Las vacaciones de la iglesia, los campamentos de niños ... todas esas cosas son oportunidades ideales para introducir el teatro.

d. Los centros de enseñanza locales: muchas iglesias tienen relación con algunos centros de enseñanza. Ofrézcanse a llevar a cabo una reunión en dichos centros utilizando el teatro; o realice allí una representación de música y teatro durante la hora del almuerzo.

e. Trabajo al aire libre: en los centros comerciales, las urbanizaciones, las calles, y en el transcurso de marchas de alabanza, una mezcla de testimonio, teatro, bailes en círculo, malabarismo, guiñoles y charlas, puede llevar a la gente a interesarse más por lo que es la fe cristiana.

f. Los festivales artísticos locales, los centros culturales, los grupos de teatro para aficionados: tal vez aquellos que tengan interés en actuar y bailar podrían trabajar juntos a fin de producir algo y participar en una de esas actividades de la comunidad.

¿CÓMO INTRODUCIR EL USO DEL TEATRO Y DEL MOVIMIENTO?

Esto requerirá mucha oración y sensibilidad, pero puede hacerse.

a. *Esté abierto a Dios*. El es la fuente de toda creatividad y de quien proceden las artes creativas. El hecho de que usted sienta interés por el teatro o la danza no quiere decir que deba utilizar estas cosas para actuar en público: su función puede consistir en capacitar a otros. Pero esté abierto a Dios y a hacer un intento.

b. *Esté abierto al pastor*. Manténgalo informado de sus planes a medida que vayan surgiendo. ¿Está preparada la iglesia para el uso del teatro y el movimiento? ¿Tiene el liderazgo una actitud favorable a ello?

c. *Comparta la visión con amigos de su misma mentalidad* y empiecen a orar juntos.

d. *Explore las posibilidades.* ¿En qué aspectos de la vida de la iglesia o de la evangelización podrían usarse el teatro o la danza? ¿Existen algunos recursos locales en cuanto a personas ya implicadas en ello, o alguna iglesia cercana que pueda ayudar? Investigue los libros que hay acerca del tema.

e. *Prepare a la congregación.* Se requerirá algo de enseñanza sobre cómo pueden integrarse las artes en el culto y la evangelización; de otro modo se expone usted a escandalizar y ser rechazado.

f. *Escoja una oportunidad apropiada,* como alguna festividad especial: Adviento, Pascua u otra ocasión de celebración en la iglesia.

g. *Comience con los niños:* ellos son muy a menudo quienes enseñan a los mayores.

TIPOS DE TEATRO

a. Lecturas y narración de historias: utilizando un pasaje de la Escritura, un relato bíblico o un poema.

b. Obras breves: que se concentran esencialmente en un tema, utilizan un mínimo de accesorios y están diseñadas para formar parte de un «cuadro más amplio».

c. Obras de un solo acto: menos exigentes, en cuanto a equipo y actores, que una pieza teatral completa, pero que permiten el desarrollo de una trama.

d. Obras en varios actos: que requieren un escenario completo. El tema podría ser secular (con un mensaje cristiano subyacente) o explícitamente cristiano.

La mayoría de estos tipos diferentes de teatro utilizan las palabras como vehículo principal de comunicación; en cambio el mimo, que sustituye la palabra hablada por movimientos estilizados del cuerpo, puede a menudo ser incluso más eficaz y resulta enormemente valioso en un ambiente internacional al no tener necesidad de palabras.

TIPOS DE MOVIMIENTO O DE DANZA

a. Movimientos sencillos de brazos, o gestos, para acompañar a las canciones infantiles y las oraciones.

b. Danzas populares o bailes en círculo del tipo hebreo.

c. Danzas congregacionales, en las que la congregación entera podría desfilar al son del último himno o canción.

d. Piezas preparadas por un grupo de danza más pequeño:

i. danza/mimo: para una pieza musical, canción o relato;

ii. danza de presentación: realizada como un ministerio para la sanidad, la meditación o como puro culto.

e. Movimiento espontáneo que responde al amor de Dios sin ninguna coreografía previa.

¿CÓMO EMPEZAR UN GRUPO DE TEATRO O DE DANZA?

Para producir piezas de teatro o de danza que sean de buena calidad, se necesita tiempo para la creación, la práctica y el ensayo antes de representarlas delante de otros. Hay que considerar detenidamente la formación de un pequeño grupo dedicado específicamente a esta labor.

a. *¿Qué clase de grupo?* Podría ser uno que se reuniera ocasionalmente, cómo y cuándo surgiese la oportunidad de representar una pieza, o de un grupo de más largo alcance, que tuviese reuniones regulares y se dedicara a la producción constante de material.

b. *El propósito de tener un grupo* sería agradar a Dios (no a la iglesia, ni al pastor, ni a los integrantes del grupo), servir a la congregación, y comunicar el Evangelio a los no creyentes. El objetivo ideal consistiría en una mezcla de estas tres cosas.

c. *El liderazgo* implica compromiso con las prioridades y los objetivos del grupo; estar preparado tanto para tomar parte como para aprender; alentar a los miembros del grupo e interesarse por ellos; descubrir y fomentar los dones creativos en otras personas; e invertir tiempo organizando y delegando la escritura de guiones y la publicidad. Sería útil contar con alguna experiencia anterior.

d. *El grupo* puede estar formado por personas con experiencia y sin ella. Lo más importante es el compromiso: con Dios, con el trabajo y los unos con los otros. A medida que los miembros del grupo vayan conociéndose, orando, adorando y estudiando la Biblia juntos, surgirán nuevos dones, la creatividad fluirá, y se forjarán un gran amor y una gran confianza. Intente que el grupo no sea demasiado grande: entre tres y diez miembros pueden funcionar bien, cualquier cosa más grande tiende a convertirse en algo impersonal. Sin embargo, para algunas producciones especiales es posible que haya que incorporar a otros.

e. *Cada reunión* deberá incluir oración, adoración e intercambio. Otros elementos serían: ratos para aprender cosas nuevas; juegos y movimientos teatrales; ejercicios para mejorar los músculos y la respiración, el movimiento corporal, el equilibrio y la transferencia de peso; el trabajar juntos como grupo y la sincronización; la práctica de técnicas diversas; la improvisación y la preparación de nuevo material. También podrían invitar a oradores de fuera para impartir enseñanza, e ir a ver obras de teatro, conciertos y producciones de danza. Obviamente el contenido dependerá de cuánto conozcan en un principio los miembros del grupo.

f. *Cómo empezar.* Decidan cuándo y dónde se reunirán. Escojan una sala grande y enmoquetada si es posible. Vayan rompiendo suave y paulatinamente las barreras (p. ej., la vergüenza en cuanto a moverse o ser observado, y la incertidumbre respecto de lo que cabe esperar). Relájense y pásenlo bien. Oren y adoren juntos. Aclaren las cuestiones del liderazgo, los objetivos del grupo y la frecuencia con que se reunirán.

¿CÓMO INTEGRAR EL TEATRO O LA DANZA EN UN ACONTECIMIENTO O UN CULTO?

- Colabore estrechamente con los líderes.
- Averigüe el tema y planee una pieza que encaje debidamente.
- ¿Qué objetivo tiene la pieza que ha planeado? ¿Cómo comienza y termina dicha pieza? ¿De qué debería ir precedida y seguida?
- ¿Necesita dicha pieza una introducción y/o un vínculo con los elementos anterior y posterior?
- Intente no introducir demasiados ingredientes nuevos en un solo acontecimiento.
- Si es la primera ocasión en la que va a utilizarse el teatro o la danza, se imponen unas breves palabras de explicación.

DETALLES PRÁCTICOS

- Sitio para actuar. A menudo éste tendrá que despejarse antes de iniciarse la actuación. Planeen qué área se necesitará y quién se encargará de quitar las sillas, los micrófonos, etc.
- Visibilidad. Siéntense en los asientos y comprueben cómo se ve desde diferentes sitios y ángulos.

c. Audibilidad. No intenten utilizar micrófonos cuando hagan teatro para acontecimientos pequeños. Enseñe a los miembros del grupo a proyectar sus voces. En caso de necesitarse micrófonos, haga pruebas de voz antes de iniciarse la actividad y colabore con el técnico de sonido.

d. Recursos técnicos. Si utilizan música grabada, prepárelo todo y haga una prueba de antemano. Pida información meticulosa a quien esté trabajando con la mesa de mezclas, y disponga la colocación de cualesquiera accesorios.

e. Ropa. Para la danza ésta deberá permitir un movimiento completo, y también ser recatada. Para el teatro, manténgala sencilla pero uniforme.

f. Asegúrese de que el ensayo final se realice donde haya de tener lugar la actuación.

DESARROLLO

Recursos

Utilice los recursos disponibles (véase la lista de libros del capítulo 4). Póngase en contacto con otros que trabajen en las mismas áreas. Compartan ideas. Muchas de las piezas de teatro publicadas están regidas por las leyes del *copyright*. Investíguelo y haga que la iglesia o la organización compre las licencias oportunas (bien para una sola actuación en un contexto de adoración o campaña, bien para una situación en la que el público vaya a pagar para ver la obra).

Creación de material nuevo

Ya se trate de escribir una nueva obra breve o coreografiar una danza inédita, Dios es el Creador y proporcionará la creatividad.

a. Como grupo o como individuo oren por la pieza musical, la canción, el tema o el pasaje bíblico. Anoten las ideas y compártanlas con otros.

b. El material debe ser pertinente y adecuado para el lugar y el acontecimiento. Averigüe cuáles son éstos, y pase tiempo con el orador si dicho material ha de ir integrado con el mensaje.

c. Se puede empezar el proceso creativo haciendo que varias personas improvisen y otra escriba el diálogo o los movimientos precisos; o es posible identificar los dones de coreografía o de escritura de guiones breves en uno o dos individuos y enviarlos afuera para que confeccionen la pieza.

d. Hay cierto peligro en «escribir en comité», aunque más de una vez se sabe que ello ha dado resultado.

e. Lo más difícil es cuando se produce una danza o una obra breve que no parece tener éxito. No la utilice simplemente porque haya sido creada por el grupo: hablen y oren acerca de ella, y luego tomen lo que tenga de bueno y trabajen desde ahí.

¿Cómo tratar las respuestas?

Las respuestas serán muchas y variadas: la misma pieza puede suscitar la alabanza de alguien y la dura crítica de otra persona. Atienda a la procedencia de los comentarios, y:

a. Dirija hacia el Señor cualquier alabanza que reciba.

b. Sopesa la crítica, ore acerca de ella en el grupo y aprenda de ella.

c. Esté preparado para no recibir ninguna reacción en absoluto a una pieza. La más divertida de sus obras de teatro breves puede no hacer gracia ni producir una sola carcajada, especialmente en otra cultura o en un ambiente en el que pocas veces se utiliza el teatro. Asimismo, una obra teatral seria e impactante es capaz de despertar risas cuando uno menos se lo espera.

Decida qué quiere que se haga con los aplausos, y eduque a la congregación respecto a la manera en que pueden demostrar su aprecio por estas nuevas formas de arte cuando se utilizan en el contexto del culto.

Y lo más importante ... ¡diviértase!

F

La dirección del culto en la evangelización

Neale Fong

INTRODUCCIÓN

Dirigir el culto en la iglesia supone una gran responsabilidad, ya que lo que se está intentando es llevar a toda la congregación a la situación en la cual entre en una verdadera comunicación con Dios a nivel tanto individual como colectivo.

Se trata de un ministerio con técnicas distintas, y al mismo tiempo complementarias, de aquellas del pastor, el sacerdote, el anciano, e incluso del músico. También requiere dones determinados, y no debería considerarse como una función que todo el mundo «prueba» para desarrollar el liderazgo, ni como un requisito para todo aquel que es líder, ni tampoco como un escalón hacia otros ministerios dentro de la iglesia.

Quienes dirigen el culto necesitan darse cuenta de la imponente responsabilidad que recae sobre ellos al hacerlo, comprender las dimensiones espirituales de aquello en lo que están implicados, saber qué habilidades de comunicación deben practicar y la variedad de música y tipos de adoración que pueden acomodarse.

FUNCIONES DE UN DIRECTOR DE CULTO

a. Guiar a la congregación a la presencia de Dios, de tal manera que puedan al mismo tiempo adorarlo y recibir de él en cada culto.

Cuando se está dirigiendo un culto de evangelización, la meta es garantizar que el servicio en sí, la clase de música y la forma de adorar utilizadas, así como el porte del director, sean un testimonio de la presencia y realidad transformadoras de Jesucristo.

b. Coordinar a los instrumentistas, los cantantes y otros participantes en el desempeño de su ministerio en el culto.

CONSIDERACIONES GENERALES EN LA DIRECCIÓN DE UN CULTO

a. El objetivo principal es hacer que la gente se sienta cómoda y relajada en un ambiente cordial y gozoso. Las personas que estén a disgusto no participarán en la adoración. Recuerde que quienes no suelen ir a la iglesia se encontrarán con un mundo totalmente nuevo al entrar por la puerta principal del templo; en general, a la gente le resultará más difícil responder al director de culto y al predicador en una atmósfera tensa y excesivamente formal.

b. Además de hacer que los asistentes se sientan a gusto y relajados, para que un culto sea verdaderamente eficaz debe llevar incorporado un sentido de expectación; de confianza en que sucederá lo «inesperado»; de comprensión de que, por medio de su Espíritu, Dios se halla presente y obrando. La dirección del culto requiere en este aspecto valor y sensibilidad.

c. Paradójicamente, el director de culto necesita ser lo más discreto posible, pero también proporcionar una dirección enérgica. Si al final de la reunión la gente no se ha dado cuenta de que usted estaba en realidad dirigiendo, habrá hecho un buen trabajo. Y no obstante, un buen director de culto mantendrá el control de los participantes y dirigirá, delicadamente pero con firmeza, a la congregación para que adore, animándoles a ser sensibles a la presencia y la guía del Espíritu.

d. La analogía del libro *Up With Worship* [Arriba con la alabanza], de Anne Ortlund, constituye un buen modelo para nuestros cultos: el auditorio o la congregación es Dios; los participantes son los adoradores; y los apuntadores, los directores de culto.

La gente tiene que participar en la adoración a Dios y no ser meros espectadores de algún «santo acontecimiento». El director de culto intentará que así suceda.

ELEMENTOS ESENCIALES EN LA DIRECCIÓN DEL CULTO

Preparación

a. El director de culto debe conocer de qué clase de servicio se trata (p. ej., de evangelización, de acción de gracias, bautismal), cuál es su tema (p. ej., el perdón de Dios, el discipulado) y qué orden tendrá dicho culto (¿qué viene después de cada cosa!). Estos aspectos deben discutirse y ser objetos de oración antes del servicio con un equipo de adoración o un comité que se reúna regularmente.

b. Durante la semana debería dedicarse mucho tiempo a pensar y orar por todo el culto: los directores de culto necesitan la unción del Espíritu Santo tanto como el predicador.

c. Constituye una buena idea (sobre todo si usted es hace poco que dirige cultos) saber lo que deberá decir en diferentes momentos del servicio: no hay nada malo en utilizar discretamente notas que haya preparado de antemano.

d. Llegue temprano a la iglesia, y organice los programas, la música, los libros, las transparencias del retroproyector, y a los participantes, antes que comience el servicio. Esta clase de preparación proporciona tranquilidad al director de culto y a todos los implicados.

e. Orar con los participantes tiene una importancia suprema, ya que ustedes están entrando en un período de batalla espiritual.

f. Esté siempre preparado para los cambios de última hora; sea sensible al hecho de que puede que el Espíritu Santo esté dirigiéndolos --a usted o a otros-- a incluir o suprimir alguna parte del culto.

Proyección

a. Sea entusiasta y cordial. Los adoradores habituales van al culto para celebrar muchas cosas referentes a su fe, y en el encuentro debería al menos percibirse gozo y expectación. Los que no suelen asistir a la iglesia, por su parte, tal vez no estén de acuerdo con el contenido o los sentimientos que se expresan, pero como mínimo esperarán que el director de culto crea las cosas de las que está hablando y sienta entusiasmo por ellas.

b. Hay una gran necesidad de ser sensible (tanto a la clase de culto como a las personas presentes), al igual que de mostrarse afectuoso y auténtico en el porte y la actitud. Nunca exagere poniéndose sensiblero.

c. Si la tarea que debe realizar es nueva para usted, no se excuse por ello; muchas veces el hacerlo produce inseguridad en la gente e intensifica la tensión que ya pueden estar sintiendo. Si comete usted un error, los presentes lo entenderán; no necesitan ninguna explicación.

d. Un buen director de culto no trata de ser la atracción principal, sino que en colaboración con el Espíritu actúa simplemente como facilitador: el objetivo de la reunión es que la gente entre en contacto con el Dios vivo, no con el director de culto o el predicador.

e. Confíe en su propia capacidad y en la ayuda del Espíritu.

Confianza

Para dirigir un servicio de cualquier tipo, el director de culto necesitará confianza. Alguna gente parece que nace con esa confianza y otros tienen que adquirirla. He aquí algunas maneras de lograr confianza en la dirección de cultos.

a. Comprenda que su ministerio viene de Dios y tiene el propósito de glorificarlo y dar testimonio de él. Esté vigilante contra cualquier arrogancia acerca de su propia capacidad, pero al mismo tiempo arrepíentase de toda falsa humildad respecto a que Dios no puede utilizarle.

b. Comprenda que su ministerio es un ministerio importante en la vida del cuerpo de Cristo: usted no es simplemente el «director de canto», ni alguien a quien le haya tocado el turno esa semana.

c. Desarrolle una relación amorosa y viva con Dios. Esto parece algo básico, pero ¿cómo puede mostrarse confiado en cuanto a dirigir a otros en el culto si su propio caminar con el Señor no está bien?

d. Esté preparado para cualquier cosa que deba realizar. Si usted no sabe lo que hace, o a dónde va, actuará con timidez y falta de confianza; además la congregación no lo seguirá.

e. Desarrolle el don de dirigir participando en el liderazgo de un grupo más pequeño y menos imponente que la congregación principal, e instrúyase a sí mismo en dicho grupo respecto al uso de sus habilidades.

¿CÓMO EMPEZAR UN CULTO?

a. Sea puntual en el comienzo: el empezar tarde un culto causa mala impresión a las personas nuevas (especialmente a aquellas que no suelen ir a la iglesia), y engendra malos hábitos entre los adoradores habituales.

b. Utilice una variedad de métodos, entre ellos: un llamamiento a la adoración utilizando la Escritura; una introducción al culto y

una bienvenida general suya (normalmente más apropiada para un servicio de evangelización); una selección musical; el canto espontáneo (aunque puede que éste resulte desconcertante en un culto de evangelización donde la gente no está acostumbrada a cantar); o --si se trata de la Iglesia Episcopal-- el Libro de Oración Común, adecuadamente presentado y, quizá, «troceado».

c. Resulta esencial lograr que la gente se sienta aceptada y bienvenida. Haga que los instrumentistas y los cantantes dirijan algunas canciones antes del «comienzo oficial»; esto ayudará a crear un ambiente acogedor y de culto en el que la gente pueda participar.

d. Estimule la «psicología de la grandeza». Jamás se disculpe por la escasez de personas presentes. El tamaño de la reunión no importa; sea positivo al recibir a la gente y entusiasta en cuanto a lo que va a ocurrir durante ese rato juntos.

ALGUNOS FACTORES EN LA DIRECCIÓN DE UN CULTO

a. Tenga cuidado de no hablar demasiado. A medida que vaya creciendo su experiencia, tenderá a decir menos cosas: por lo general, un director de culto habla cuando se siente inseguro. El que dirige debe guiar el culto, no predicar, y jamás ha de utilizar su posición para insistir en algo o presionar a favor de ciertas cosas.

b. Sea entusiasta y claro dando instrucciones. Esto resulta especialmente necesario cuando se utiliza algún manual de culto que tal vez no conozca demasiado bien la congregación, o en lo referente a cuándo y dónde debe acudir para recibir consejo.

c. Tenga cuidado con las bromas, ya que a menudo pueden salir mal y quizás no todo el mundo comparta su sentido del humor.

d. En la mayoría de los cultos no tiene por qué temer a los períodos de silencio. Tal vez durante esas ocasiones Dios quiera intervenir directamente, revelando algo inesperado. Sin embargo introduzca bien dichos períodos, ya que el silencio puede significar que el director de culto ha perdido la orientación o hacer que la congregación se sienta incómoda. En un servicio de evangelización es posible que la gente experimente una especial incomodidad si hay largos períodos de silencio o de reflexión.

e. Sirve de estímulo: jamás critique a la gente por su manera de adorar o de cantar.

f. Sea cuidadoso con el uso de la jerga eclesial. Los cristianos tenemos todo un diccionario terminológico con el que nos sentimos a gusto; pero cuando esté dirigiendo un culto, sobre todo si es de

evangelización, evítelo como a la peste y opte por un sencillo lenguaje cotidiano.

La dirección del canto

a. Para el adorador habitual, el cantar es una actividad normal y nada embarazosa; sin embargo, para el promedio de los que no suelen asistir a la iglesia, la idea de cantar en voz alta con un grupo de gente desconocida en su mayoría, y a menudo canciones cuyas melodías y letras ignoran, puede resultar bastante atemorizador. Es muy importante hacer que los «no iniciados» se encuentren relajados en el ambiente del culto. Evite que la gente se sienta culpable por no tener deseos de cantar.

b. También es importante que la voz del director de culto sea la que guíe, aunque esto no significa que él mismo tenga que ser un gran cantante. La primera nota o la primera palabra de cada canción es la principal, ya que constituye un comienzo claro que la gente puede seguir.

c. Como director de canto, usted debe conocer las canciones que selecciona, y siempre es mejor cantar la primera voz; si entona otras voces, puede que desconcierte a la gente. Anímelos a adorar como personas «completas»; es decir, con el cuerpo (gestos y movimientos si es apropiado, aunque pocas veces lo es en una reunión de evangelización), el alma (la mente, las emociones y la voluntad) y el espíritu (abriéndose al Espíritu de Dios). Pero jamás presione a una congregación a «producir» adoración o hacer cosa alguna con la que no se sientan a gusto (p. ej., levantar las manos).

d. Mientras dirige, esté tranquilo, sonría y disfrute de la experiencia; si goza de ella, otros también lo harán.

La voz

La expresión vocal del director de culto debería ser variada, entusiasta, alegre y decorosa. En la medida de lo posible, ese director tendría que resultar estimulante en contenido y tono, poniendo especial cuidado en no mascullar, hablar con voz excesivamente grave o ser demasiado estridente. Los directores de culto deberían hablar con claridad y no muy deprisa. A veces resulta útil escuchar cintas de uno mismo para oír lo que oyen los demás.

El lenguaje corporal

a. Al dirigirse a la congregación mire a la gente, y haga contacto con la vista. No hay nada más desconcertante para alguien que

escucha, que el hecho de que quien está hablando no se «conecte» visualmente con él.

b. El director de culto no tiene por qué ponerse detrás de un púlpito. A menudo los púlpitos, especialmente si son grandes, suponen una barrera para comunicarse con la congregación.

c. La mayoría de la gente tiene sus propias peculiaridades, y el director de culto debería ser consciente de las suyas y reducirlas al mínimo. El nerviosismo produce distracción.

d. Una imagen vale más que mil palabras. El director de culto tendría que estar disfrutando de la experiencia y expresándolo con una sonrisa.

La elección de himnos y canciones

a. Seleccione aquellos himnos y canciones que desarrollen el tema del culto. Es mejor agruparlos por asuntos y estilos (p. ej., no pase de canciones acerca de la guerra espiritual, a la adoración o a la entrega a Cristo). Tenga también en cuenta los cambios de tonalidad para los instrumentistas.

b. Si se trata de una reunión en la que hay asistentes ocasionales, intente que las canciones sean muy conocidas o fáciles de aprender. En un acontecimiento o una reunión al aire libre de carácter interdenominacional, escoja himnos y canciones que tengan amplia aceptación.

c. Para los cultos de evangelización, es buena idea que las canciones tengan un contenido bastante objetivo: no debemos molestar a los visitantes pidiéndoles que canten cosas subjetivas que pueden ser o no ser ciertas en su experiencia.

La enseñanza de canciones nuevas

a. Asegúrese siempre de que *usted* conoce ese nuevo himno o canción; nunca lo practique con la congregación.

b. No hay nada malo en enseñar una canción nueva en un culto de evangelización; de hecho eso coloca a toda la gente en un mismo plano. El único peligro que se corre es que dicha canción no sea bien recibida, y por lo tanto no contribuya a realzar el servicio.

c. Utilice a los cantantes e instrumentistas como herramientas para enseñar la canción o el himno en cuestión: hágalos cantar al unísono hasta que dicha canción o dicho himno se aprenda.

La presentación de los invitados

a. Conozca siempre el nombre del invitado, y averigüe un poco de su trasfondo antes del culto.

b. Si dicho invitado es un cantante, préstele atención, mirándolo mientras él realiza su ministerio; nunca haga gestos con la cara que demuestren lo que piensa del artista. La gente estará observando el rostro de usted para ver su reacción.

c. Es siempre educado mostrar reconocimiento a los invitados y darles las gracias.

Los músicos

a. El formar un grupo de músicos que consideren su participación como un ministerio para el Señor y no como un trabajo que es necesario realizar tiene grandes ventajas.

b. Cuanto más grande sea la labor de equipo, tanto más eficaz resultará el grupo dirigiendo los períodos de alabanza y adoración. El practicar *y el orar juntos* es esencial.

c. Como director de culto jamás corrija públicamente a los músicos, ya que eso destruirá la cooperación y la confianza.

d. De ser posible idee y utilice ciertos signos para hacer con las manos, a fin de facilitar el paso de una canción a otra sin tener que detenerse a dar instrucciones verbales.

Emplee un retroproyector

a. En los cultos de adoración modernos hay muchas ventajas en dirigir el canto utilizando un retroproyector. Este hace que la gente pueda mirar hacia arriba, libera de libros sus manos, evita el tener que decir a la congregación que busque determinados números, y hace posible el cantar canciones en popurrí sin interrupciones.

b. Antes del culto asegúrese de que las transparencias están en orden.

c. Es importante contar con un operador experimentado para manejar dichas transparencias.

HEREJÍAS COMUNES

Acerca de la dirección del culto

a. Todo el mundo puede hacerlo.

b. Cualquiera anciano, pastor o «buen orador» puede hacerlo.

c. Cualquiera que comprenda y sepa leer música puede hacerlo. (Aunque estas cosas son una ayuda.)

d. Si usted no es capaz de cantar bien, no puede hacerlo. (Aunque resulta útil estar capacitado para ello.)

Acerca de la forma del culto

a. El Libro de Oración no es bueno.

b. Los himnos son anticuados.

c. Los himnos y los coros no son compatibles.

d. Ningún coro tiene «unción» a menos que se cante como mínimo dos veces.

e. El orden del culto no puede cambiarse.

f. El órgano es el único instrumento adecuado para dirigir el canto.

CARACTERÍSTICAS DE UN BUEN DIRECTOR DE CULTO

a. Compromiso con Jesucristo: si uno no conoce al Señor no puede guiar a otros en su culto a él.

b. Sentido del ritmo: no se precisa un alto grado de capacidad musical, pero sí hay que tener buen ritmo.

c. Buena voz para hablar: debería usted poder expresarse claramente y hacerse entender.

d. Entusiasmo: que es algo contagioso.

e. Sinceridad: tanto en su vida como en su actuación. La gente descubre enseguida la hipocresía y la indiferencia.

f. Dignidad: existe un delicado equilibrio entre ésta y el entusiasmo. Tanto lo uno como lo otro son esenciales y se complementan entre sí. Muéstrese animado y alegre, pero nunca a expensas de la dignidad.

g. Sea un animador: usted necesita tener habilidad para hacer entrar en la adoración a los asistentes.

h. Esté dispuesto a ser vulnerable.

G

Ministerio deportivo de la iglesia local

Andrew Wingfield Digby

TRASFONDO

En años recientes el público cristiano se ha acostumbrado a ver a personalidades famosas del mundo del deporte hablando abiertamente acerca de su fe en Jesús. En muchos países hay un ministerio complejamente organizado que evangeliza y pastorea a diversos tipos de deportistas específicos: un grupo se ocupa de las necesidades de los jugadores profesionales de tenis alrededor del mundo; se celebran estudios bíblicos regulares en los campos de golf; en los grandes festivales deportivos internacionales hay capellanes, y también se han nombrado pastores para los equipos de muchos deportes en muchos países ... Los testimonios de Julius «Dr. J» Erving, Stan Smith, Andre Agassi, Larry Nelson, Glenn Hoddle, Rudi Hartarno y otros pueden obtenerse fácilmente. La iglesia local ha utilizado estas historias en sus propios periódicos, y con frecuencia los medios de comunicación seculares también las han recogido. Todo ello ha tenido un impacto evangelizador en las iglesias. Grandes movimientos paraeclesiales, como *Athletes in Action* [Atletas en Acción] y la *Fellowship of Christian Athletes* [Fraternidad de Atletas Cristianos], han alcanzado y educado literalmente a miles de deportistas.

Pero esto también ha tenido una cara negativa: ¿consiste el ministerio deportivo sólo en explotar a los famosos para «vender» el Evangelio? ¿Somos los cristianos culpables de un enfoque elitista

al seleccionar a los deportistas para un trato especial? ¿Estamos contemporizando peligrosamente al relacionarnos con el degradado mundo materialista del deporte profesional? Algunos han llegado incluso a preguntar si los cristianos deberían «jugar», especialmente si involucra la posibilidad de hacerlo en domingo.

UNA RESPUESTA BÍBLICA

Aquellos de nosotros que trabajamos en el mundo del deporte nos enfrentamos a diario a estas preguntas, y entendemos los fuertes sentimientos que pueden despertarse al respecto. Hace poco el Rdo. Leonard Browne pasó un año estudiando el lugar del deporte en la iglesia local («Sport and Recreation, and Evangelism in the Local Church»; es posible conseguirlo escribiendo a Christians in Sport, P.O. Box 93, Oxford, Reino Unido OX1 1QX), y llegó a la conclusión de que «jugar» es parte de la voluntad de Dios para la humanidad. En Zacarías 8.5, un aspecto del plan divino para el Israel restaurado es que «las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas que *jugarán* en ellas». El juego y el esparcimiento se consideran en la Escritura dones de Dios, según afirma Browne. El juego es analizado como fundamento de la cultura, esencial para el desarrollo cognitivo de los niños, esencial también para conservar lo mejor del pasado por medio de festivales y ceremonias, e instrumento para engendrar fantasía que ayude a comprender y a preparar para el futuro.

LA FUNCIÓN DE LA IGLESIA LOCAL

Podría decirse mucho más al respecto, pero yo sostengo que la iglesia local debería tomar más en serio el juego y el esparcimiento a fin de implicar y evangelizar a la comunidad donde está situada.

El hecho es que en el mundo occidental la gente cuenta cada vez con más tiempo de ocio. El esparcimiento, como todos sabemos, supone un gran negocio. En Gran Bretaña los agricultores están transformando a toda prisa sus campos de cultivo en parques de diversión y reservas naturales. Los anuncios de televisión ensalzan las virtudes de las vacaciones, de los programas de salud y de las jubilaciones a una edad temprana. La iglesia puede --me atrevería a decir que debe-- aprovechar la oportunidad que le proporciona este aumento del tiempo de ocio.

LA PRIORIDAD DE LA EVANGELIZACIÓN

Si ha leído usted el presente libro cuidadosamente, a estas alturas estará convencido de que el cumplimiento de la gran comisión de Jesús en cuanto a proclamar el Evangelio, es la prioridad urgente. Nosotros los cristianos somos «embajadores de Cristo»; se nos ha confiado el mensaje de la reconciliación; esa es nuestra tarea. El problema está en que muchos creyentes simplemente no conocen lo suficiente a los inconversos como para transmitirles el mensaje. Se encuentran con la gente en las tiendas o en la calle, pero piensan que no saben de ellos lo suficiente como para hablarles acerca de Jesús; o tal vez han perdido la confianza en el poder del mensaje relacionado con Cristo debido a lo poco que lo han utilizado. De modo que, con demasiada frecuencia, sólo se evangeliza en situaciones «establecidas»: predicación en las calles, visitación puerta a puerta, grandes cruzadas y campañas, cultos con invitados, etc. Todo ello tiene su lugar, naturalmente, pero la manera de forjar relaciones con personas con quienes pueda compartirse confiadamente es sin duda alguna haciendo algo divertido con ellas.

ALGUNOS MODELOS

Tal vez serían útiles algunos ejemplos. En Oxford, donde yo vivo, hay 250 bares que inscriben a equipos en la liga local de «Tía Sally», que es un juego tradicional del condado de Oxford consistente en lanzar una viga a una «muñeca» de madera situada a diez metros de distancia. El equipo que derriba más veces a la «Tía Sally» es el ganador. Cada miércoles por la noche, aproximadamente 2.500 hombres fuertemente bebedores e inconversos participan en ese juego. La inmensa mayoría de ellos no se acercan a una iglesia ni considerarían las exigencias de Cristo. Pero cierta iglesia local se puso en contacto con un bar que no participaba en el juego y le preguntó si podían inscribir a un equipo en la liga. Se les concedió el permiso y han empezado a evangelizar el mundo de la «Tía Sally».

Otro grupo no evangelizado se ocupa en el serio pasatiempo recreativo del tiro al plato, de modo que algunos cristianos que estaban dispuestos a hacer un intento invitaron a ciertos amigos suyos no creyentes a una velada para practicar ese entretenimiento en el club de tiro local. Todos lo pasaron sumamente bien, y después, mientras tenían una comida informal, hablar de Jesús resultó la cosa más natural del mundo.

En otra ocasión, una iglesia estaba situada en un lugar de pesca recreativa junto al mar, donde mucha gente pasaba horas enteras sentándose y levantándose en medio del agua tratando de pescar. Así que dicha iglesia fletó un barco, invitó a los miembros que disfrutaban de la pesca a traer consigo a un amigo, y pasaron doce horas ininterrumpidas en medio del mar sin otra cosa que hacer que hablar de temas cristianos.

Y tan seriamente consideró la iglesia Peninsula Covenant Church, de California, la posibilidad de evangelizar por medio del deporte y el esparcimiento, que compraron el centro deportivo local, lo dotaron de personal cristiano y ahora regentan un club recreativo de la máxima calidad, aunque con el objetivo de proclamar a Cristo a sus socios, inconvertos en un noventa y cinco por ciento.

Otra área evidente en la que el entrenamiento puede resultar muy eficaz como aliado de la evangelización, es el trabajo con niños y jóvenes. Ciertamente, en Inglaterra cada vez se proporciona menos instrucción deportiva en los colegios, y lo que hay disponible en los clubes y equipos locales a menudo enfatiza el objetivo de ganar frente a la destreza y el desarrollo personal. La iglesia que provea un cuidado solícito del niño juntamente con un entrenamiento relativamente bueno será muy popular entre la mayoría de los padres. Nosotros hacemos esto con mi iglesia en Oxford, y en un año nuestro grupo de niños se ha multiplicado por ocho. Ahora, por lo menos dos tercios de los miembros de dicho grupo proceden de familias que no van a la iglesia. Este programa constituye un puente estupendo entre la iglesia y la comunidad local.

UNA ADVERTENCIA

En todas estas actividades hay un gran peligro que no siempre se ha sabido evitar en los nacientes ministerios deportivos. Dicho peligro consiste en que su programa no cree una contracultura sino una subcultura cristiana. Recuerdo vívidamente cierta conversación que mantuve en una iglesia grande de Dallas con una joven casada. Ella estaba viendo a su marido jugar al baloncesto con su clase de escuela dominical para jóvenes cónyuges, contra la clase de los solteros, en el espléndido gimnasio de la iglesia. Se trataba de cristianos recreándose en el programa deportivo de la congregación. Pregunté a la mujer si el baloncesto les proporcionaba oportunidades para invitar a sus amigos no cristianos a esa actividad de la iglesia, y ella me dijo que no. Cuando inquirí lo más cortésmente que pude la razón de ello, me contestó que no

tenían ningún amigo inconvertido, porque pasaban su tiempo de ocio con el equipo de baloncesto de la escuela dominical.

Los responsables del programa deportivo de una iglesia local deben mantener su énfasis evangelizador; de otro modo aquello mismo que se proponen hacer resultará imposible. Los creyentes que antes jugaban en equipos no cristianos se encaminan ahora al programa de la iglesia como los barquitos sorprendidos en una tempestad se dirigen al puerto. Temerosos de testificar a sus amigos, esos cristianos se aglomeran buscando la seguridad del gueto eclesial, donde no existe el peligro de tener que testificar a nadie porque todo el mundo ya es creyente. De modo que el liderazgo resulta esencial, y hay que suprimir todos aquellos programas que pierden su impacto evangelizador.

Pero ... ¿cómo empieza uno este ministerio, y qué ayudas hay disponibles?

¿CÓMO EMPEZAR?

Permítame sugerirle un plan en diez puntos:

1. Ore ... con el liderazgo de la iglesia para que Dios abra el camino, y venza los posibles problemas, para que la gente llegue a la fe por medio de un ministerio deportivo. ¡Empiece ya a orar por sus amigos!
2. Nombre ... a alguien para estar al frente del trabajo: tal vez el pastor, pero más probablemente un miembro con *visión evangelizadora*, más que un fanático del deporte (aunque un interés entusiasta por los deportes será obviamente de ayuda).
3. Evalúe ... las instalaciones de su iglesia y de la comunidad (p. ej., salones, sótanos, parques, centros de ocio, etc.), juntamente con los recursos financieros de que dispone (si tiene algunos), para ver qué posibilidades hay. Una esto a la oferta que ya existe en su localidad y a aquello que interesaría a sus amigos no creyentes. Averigüe mediante un cuestionario cómo emplean los miembros de su iglesia su tiempo de ocio.
4. Comience ... pero sea realista. Prepárese para un crecimiento a largo plazo partiendo de un

conjunto de actividades pequeñas, bien planeadas y acompañadas de mucha oración. Según sean las instalaciones y los recursos con los que cuenta (así como la época del año), he aquí algunos posibles planteamientos:

5. Introdutorio ... Consiga la utilización de un centro de ocio o de un gimnasio de colegio local, o júntense en un parque, para pasar un *día de diversión familiar*. Invite a todos sus amigos no cristianos con sus familias; realicen muchas actividades diferentes, poniendo el énfasis ante todo en pasarlo bien; acabe con unos refrescos y tal vez con un saludo breve de la iglesia; repítalo, cuando convenga, con abundantes variaciones.
6. Ocasional ... Organice una *carrera de diversión*, nuevamente para la familia (o para los jóvenes u otros grupos), tal vez con el fin de recaudar fondos para una asociación benéfica. Tenga listos certificados para *todos* los participantes, con los detalles de la iglesia en su reverso. Termine con unos refrescos, o una comida al aire libre y, si resultan apropiadas, unas palabras del pastor.
7. Regular ... Comience una clase de mantenimiento o aerobismo para mamás. Realícela en el edificio de la iglesia y asegúrese de contar con una guardería infantil. Haga que un cristiano la dirija; alguien que sepa lo que están haciendo. El director debería tener la capacitación adecuada. Aproveche la regularidad para forjar amistades.
8. Equipos ... Forme un equipo de fútbol/hockey/voleibol/ bolos ... compuesto en su mayoría por cristianos. Invite a a algunos no creyentes a participar. Jueguen unos pocos partidos amistosos o inscribanse en una liga local. Nuevamente, utilice el tiempo que pasan juntos para forjar relaciones.
9. Cursillos ... Siempre habrá personas que se sientan atraídas por la enseñanza de las técnicas de determinados deportes, especialmente si su

profesor es competente. Organice cursillos para ciertos deportes (y probablemente para diferentes grupos de edades). Otra vez, tenga listos los certificados al final del cursillo, posiblemente con alguna información acerca de otras actividades de la iglesia. Las variaciones sobre este tema pueden incluir una enseñanza y un entrenamiento continuados de diferentes juegos, especialmente para jóvenes, quizá con los epílogos adecuados.

10. Evangelice ... Todos los ejemplos anteriores han demostrado su eficacia respecto a traer gente a la órbita de la iglesia. Si resulta apropiado, puede invitarse simplemente a las personas a los cultos o a algún programa de evangelización ya establecido. Esto puede funcionar juntamente con la organización de «cenas deportivas» o cenas frías regulares a las que sea posible invitar en especial a su grupo (p. ej., equipo de fútbol) para comer y escuchar la entrevista a un futbolista cristiano y la charla de evangelización debida del pastor. O la iglesia puede también invitar a todos aquellos que han participado en los diferentes deportes a un acontecimiento semejante dirigido a un sector más amplio. Recuerde, sin embargo, que muchos llegarán a la fe, primordialmente, por medio de *nuestra amistad* y *nuestras oraciones* cuando son *utilizadas* por el Señor.

RECURSOS

El ministerio deportivo es ahora un movimiento mundial coordinado por la Coalición Deportiva Internacional. Una información detallada sobre ministerios existentes en el campo del deporte en muchos países y programas para ministerios de iglesia local ya establecidos, puede obtenerse de: ISC, P.O. Box 878, Newhall, Ca. 91322-0878, EE.UU.

H

La evangelización y la justicia social

Ron Dart

Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda

(Isaías 1.15-17).

El mayor de los males hoy en día es la indiferencia. Tener conocimiento y no actuar es una forma de consentir en la injusticia. El planeta se ha convertido en un sitio muy pequeño, y lo que sucede en otros países nos afecta a nosotros

(Elie Wiesel).

Si vienen a buscar a los inocentes sin tener primero que pasar por encima del cuerpo de usted, entonces maldita sea su vida y maldita sea su religión

(Philip Berrigan).

Lo que me sigue viniendo a la mente una y otra vez es: ¿Qué es el cristianismo? Y en realidad: ¿Qué es Cristo para nosotros hoy en día?

(Dietrich Bonhoeffer).

A muchos evangélicos sus hermanos y hermanas de las iglesias históricas los han reprendido durante la mayor parte de este siglo. Algunos evangélicos reflexivos también están cuestionando seriamente los métodos y el mensaje de muchos evangelistas

actuales. Aquellos que apoyan las grandes campañas y la evangelización por amistad son fieles en cuanto a proclamar el nombre de Cristo, pero a menudo deforman o niegan el carácter de Jesús por la clase de Cristo que están proclamando.

Jesucristo vino a traer buenas nuevas, pero las buenas nuevas anunciadas por muchos evangelistas son a menudo, desgraciadamente, una tranquilizadora defensa del statu quo social y político. Muchos de nuestros modernos heraldos del evangelio pasan por alto, silencian o apaciguan cómodamente el desafío de la tradición profética y la exigencia absorbente del Sermón del Monte.

Gran cantidad de cristianos actuales están haciendo preguntas difíciles sobre cuál es el significado de su fe cuando se enfrenta con los señores de la guerra del militarismo, la agobiante realidad de la pobreza, los millones de refugiados, las culturas indígenas en vías de extinción, las violaciones cada vez más brutales de los derechos humanos, el genocidio ambiental, el desmoronamiento de la familia, la legalidad del aborto, y la injusticia sistémica en los tribunales, los palacios y las catedrales.

Hay quienes escogen no mirar a la injusticia, y cierran su corazón a los gritos de los oprimidos. Luego tenemos a aquellos que, momentáneamente, permiten que las escamas se les caigan de los ojos y empiezan a ver; pero el precio de la visión es demasiado grande, de modo que se retiran del combate. Hay otros que entran en la lucha, pero se sienten abrumados por la inmensidad de los problemas y les parece que no es posible hacer nada, así que por varias razones se vuelven cínicos y su cinismo los paraliza. Después hay algunos que entran en la batalla, llenos del mejor entusiasmo y el idealismo más elevado, pero sus experiencias los convierten en resentidos: estas personas siguen trabajando en el área de la paz y la justicia, pero sus actitudes y los medios que utilizan socavan el mensaje que expresan con sus labios, y la meta que se esfuerzan por alcanzar. Y por último están aquellos, profundamente conscientes de los peligros de la extenuación, circunspectos en cuanto a los optimistas ingenuos y los cínicos paralizados, sensibles a los esfuerzos de los activistas resentidos, que sirven al Cristo resucitado pero entienden que las buenas nuevas con frecuencia consuelan a los afligidos y afligen a los holgados.

Para que la evangelización en la iglesia tenga algún significado importante que no sea el de añadir unos pocos miembros más a la comunidad cristiana, aquellos interesados en difundir las buenas nuevas de Jesucristo deben preguntarse de qué tratan esas buenas nuevas. Puesto que Cristo es el portador del evangelio, esto nos

lleva a inquirir, una y otra vez: «¿Quién es Jesús?» Toda evangelización sería empieza con esta pregunta, la cual conduce inevitablemente a estas otras: «¿Qué es el Reino de Dios?» y «¿Cuáles son las responsabilidades de los ciudadanos de dicho Reino en su peregrinación por el tiempo y la historia?» Hay naturalmente diferentes enfoques y respuestas a estas preguntas, pero nosotros necesitamos discernir la relación que existe entre la proclamación de las buenas nuevas y las cuestiones de la paz y la justicia.

En mi trabajo dentro del campo de la paz y la justicia a lo largo de los años, he descubierto que muchos cristianos bien intencionados han identificado equivocadamente algún régimen político o grupo de acción social con el Reino de Dios. Esto conduce inevitablemente a la desilusión, ya que el Reino de Dios es mucho más grande que cualquiera de los grupos en los que podemos poner nuestras más elevadas esperanzas. ¿Quiere eso decir entonces que no deberíamos trabajar con los grupos pacifistas o que buscan la justicia? Una tragedia del cristianismo en el siglo XX ha sido que aquellos que se denominan evangélicos han abandonado la tarea de ser forjadores de justicia y pacificadores, y que quienes se han comprometido con la justicia y la paz se han apartado, por tanto, del cristianismo evangélico. También podría añadir que hay mucha gente comprometida trabajando de forma sacrificial por los temas de la paz y la justicia, que tienen una profunda hambre espiritual, pero son escépticos en cuanto a la iglesia; y hay muchos otros en la iglesia que ensalzan la importancia del culto, la oración, los estudios bíblicos y los ratos devocionales, pero que son totalmente apáticos en lo referente a las cuestiones de la justicia y la paz.

Ha llegado la hora de que recordemos la riqueza de la tradición cristiana, y mientras traemos a la memoria esta antigua --y sin embargo siempre nueva-- tradición, comprenderemos que el mensaje redentor de Jesucristo significa necesariamente que debemos ser agentes y embajadores de la paz y la justicia divinas, así como protectores de la creación. Si el Jesús que proclamamos no tiene nada que decir en estas áreas, hemos caído en una forma moderna y más sofisticada de gnosticismo, en la cual adoramos y anunciamos a un Cristo espiritual que tiene poco que ver con la materia, el tiempo y la historia.

Cuando la gente contempla el sufrimiento, su primera reacción, si son siquiera un poco sensibles, es intentar aliviarlo tan pronto como pueden. Esta reacción resulta comprensible, y siempre debemos recordar y alentar tal respuesta. Una respuesta así justifica la importancia de la caridad, de los actos de misericordia y de todo

tipo de agencias de socorro y de desarrollo. Pero los actos de misericordia y las respuestas emotivas al sufrimiento nunca deben cegar o refrenar nuestra preocupación por la justicia. Oscar Romero dijo en cierta ocasión: «Cuando doy de comer a los pobres me llaman santo, pero si pregunto por qué los pobres son pobres, me tachan de comunista.» La tarea por la justicia y la paz comienza cuando se hacen las preguntas del «porqué». Las obras de misericordia atacan los síntomas, y la ayuda puede ser un obstáculo potencial al desarrollo de una sociedad justa. Muchos países ricos, en nombre del progreso, y utilizando el socorro, la ayuda o el desarrollo como su estandarte compasivo, crean a menudo una mayor injusticia en aquellos países de los que dicen preocuparse. Los profetas hablaron palabras fuertes a quienes estaban en autoridad y creaban y mantenían el poder personal y estructural causante de la opresión de las viudas, los huérfanos y los desvalidos. Si queremos buscar la justicia, deberemos ayudar a las víctimas de la injusticia; pero también tendremos que preguntarnos por qué hay víctimas y quién está sacando provecho de su situación. Si Moisés, por ejemplo, sólo hubiera construido un puesto de primeros auxilios para asistir a los esclavos judíos en Egipto, entonces no habría habido ninguna liberación seria de la opresión de la esclavitud egipcia. Moisés habló al faraón y a sus maestros religiosos, lo cual fue un acto de justicia comprometida. Cuando nos movemos en el terreno de la justicia con el evangelio, descubrimos que las buenas nuevas del Reino son malas noticias para aquellos con importantes intereses creados. Los poderes chocarán entonces y se podrá experimentar de un modo totalmente nuevo la anchura, la profundidad y la altura del Cristo vivo.

He enumerado a continuación ocho áreas para reflexionar y discutir mientras usted o su grupo intentan pensar y orar a fondo sobre el significado de las buenas nuevas en lo tocante a la paz, la justicia y la integridad de la creación.

Primeramente, el deseo de compartir el evangelio debe tener sus raíces en la tierra de la oración. En la plegaria, o si usted quiere en la contemplación, experimentamos nuestra unión con Cristo de una manera cada vez más profunda. En dicha contemplación, las raíces de nuestra nueva persona ahondan en el carácter de Cristo, y mediante la alimentación del alma divina somos activados y capacitados para vivir las plenas exigencias del amor de Dios. Pero, como nos recuerda C. S. Lewis: «El amor es duro como los clavos.» Es orando como despertamos a nuestros dones, nuestro llamamiento, nuestra vocación ... Y a medida que aprendemos a discernir esos importantes aspectos de nuestras personalidades

emergentes, tenemos menos probabilidades de ser llevados de acá para allá por todo tipo de modas e intereses pasajeros. También en la oración, particularmente en la oración unitiva, aprendemos a centrarnos y enfocarnos; y al crecer en esta área, discernimos nuestra ruta, nuestra senda en medio de miles de posibilidades contrarias. Una de las primeras preguntas que hacen a menudo aquellos preocupados por la paz y la justicia, es: «Hay tantos grupos, tantos temas ... ¿Qué puedo hacer yo?» Y mientras esperamos en Dios y aprendemos a estar quietos y centrados, una vocecita suave se abrirá paso por entre las interferencias de las muchas voces opuestas y susurrará: «Este es el camino, andad por él.» A medida que aprendamos a sintonizarnos y, como insiste Simone Weil, a estar atentos a esa suave vocecita, la senda se aclarará para nosotros; aunque a menudo nos sentimos como si estuviésemos flotando en una nube de desconocimiento. No me es posible enfatizar demasiado la importancia de la oración como fundamento de las actividades por la paz y la justicia. Cuando aprendemos lo que significa ser «unificados» en Cristo, el amor de Jesús abre para nosotros la senda en la que cada uno de nosotros debemos andar; pero hemos de estar dispuestos a abrirlas.

En segundo lugar, deberíamos intentar empaparnos de la tradición profética de la Biblia, el Sermón del Monte y otros textos; habrá muchos de ellos que traten los temas de la justicia y la paz. Al leer las Escrituras, intente imaginar lo que diría un profeta a nuestra situación actual. Resulta demasiado fácil aislar la Escritura, limitar su contenido a una era pasada, y no preguntarnos nunca cuál es su palabra profética para nosotros hoy en día. También tiene importancia que leamos buenos libros dentro de la tradición cristiana, escritos por hombres y mujeres que han pasado su vida anhelando la justicia y buscando la paz. Esa gran nube de testigos puede enseñarnos muchas cosas si estamos dispuestos a mirar atrás, recordar nuestra historia y escuchar. La combinación de discernimiento bíblico y tradición puede formar en nosotros, si se lo permitimos, una mente cristiana; y dicha mente, si está realmente unida al corazón de Jesús, sentirá el dolor de este mundo y deseará acabar con él. También deberíamos leer alguna buena literatura contemporánea que trate de la relación de las buenas nuevas con la justicia y la paz, e intentar hojear libros que investiguen el significado de la justicia en nuestro tiempo.

En tercer lugar, deberíamos intentar incorporarnos a un grupo o una comunidad de personas que esté forcejeando con estas cuestiones. Puede resultar algo solitario y alienante el tratar de comprender esos temas solos, y siempre necesitamos a la

comunidad más amplia para probar nuestras ideas y poner coto a cualquier herejía personal o a nuestras tendencias estrambóticas. Uno de los asuntos más importantes en cuanto a la justicia y la paz es que vivamos estas cosas, y nos necesitamos unos a otros para desafiarnos acerca de si estamos llevando una vida justa y no hablando meramente de ella. Cada grupo tendrá su propia textura o calidad, y cambiará con el trasiego de sus miembros, pero el desafío a vivir las buenas nuevas empieza, en primer lugar, en el hogar, con nuestros familiares inmediatos, y luego con los grupos en compañía de los cuales estamos tratando de crecer. Lanza del Vasto dijo en cierta ocasión:

No podemos tener paz en el mundo si no la tenemos en nuestra nación, y no podemos tener paz en nuestra nación si no la tenemos en nuestras comunidades, y no podemos tener paz en nuestra comunidad si no la tenemos en nuestra familia, y no podemos tener paz en nuestra familia si no la tenemos dentro de nosotros mismos.

La búsqueda de la justicia y la paz comienza en la vida interior profunda del individuo; por eso resulta tan decisiva la oración: porque es Dios quien proporciona la paz divina. El individuo intenta, acto seguido, vivir relaciones auténticas y sinceras en la familia inmediata y en la comunidad. De poco vale pensar en macrocuestiones de injusticia cuando las microcuestiones del yo, la familia y la comunidad están en un estado de confusión. Pero existe el peligro de reducir los temas de la justicia y la paz a un nivel de relaciones, pasando por alto las macrocuestiones más grandes y estructurales. Un interés saludable por la justicia y la paz aunará dichas macro y microcuestiones: la integridad relacional y la justicia política.

En cuarto lugar, cada grupo debería intentar discernir qué temas son importantes para ellos y cómo van a abordarlos. Algunos grupos sólo se concentran en cuestiones locales y realizan un buen trabajo, mientras que otros se preocupan por temas de justicia nacionales y unos pocos tienen un interés más amplio por los asuntos internacionales. La gente de cada grupo determinará por lo general sus intereses, y es importante que así suceda, en vez de imponer un programa de alguna fuente exterior. Muchas iglesias tienen unidades de justicia y paz nacional, pero a nivel local la dirección que tome el grupo dependerá habitualmente de sus miembros. Yo recomendaría que si es posible se colabore con algún grupo internacional o nacional que tenga algún tipo de representación local. Cuanto más grande sea dicho grupo, tanto más eficaz podrá ser en la asistencia a aquellos que más la necesitan,

y tanto más exigente a la hora de plantear preguntas difíciles. También, cuanto mayor sea su tamaño, tanto más abundantes serán los recursos de que disponga, pudiéndose, por tanto, evitar mucho trabajo innecesario al explotar ese yacimiento. Creo que resulta prudente (y se trata de una actividad continua) intentar tener claras las interrelaciones que existen entre las cuestiones internacionales, nacionales y locales. Cuantas más preguntas difíciles haga un grupo acerca, por ejemplo, de los problemas locales de alojamiento o desempleo, tanto más descubrirá que esos temas los llevan al ámbito nacional y, todavía más lejos, a una discusión internacional de la economía y, en el Occidente, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

En quinto lugar, puesto que la difusión de las buenas nuevas es algo crucial, y ya que tenemos que ser luz y sal en nuestro mundo, yo aconsejaría integrarse en grupos de paz y justicia que poseyeran poca o ninguna orientación religiosa. Es valioso trabajar con grupos cristianos que están preocupados por la justicia y la paz, pero se corre el riesgo de que la luz quede dentro de la familia religiosa. Resulta importante que salgamos, extendamos la mano a otros, trabajemos con quienes piensan y viven de un modo distinto, y en esa actividad discernamos cómo debería brillar la luz de Cristo. Este tender la mano a otros suscitará toda clase de preguntas y temas difíciles y exigentes, y el peligro para muchas personas religiosas consiste en que las cuestiones lleguen a demandar demasiado y las hagan volver corriendo al seno de sus amigos creyentes para jamás volver a salir de allí. Si la gente desea madurar en su fe, deberá encarar cuestiones que a veces amenazan con derribar a ésta; pero al hacerlo descubrirá que su fe, en vez de disiparse, se hace cada vez más profunda.

En sexto lugar, creo que es importante ponerse en contacto (telefónico, por carta o mediante una visita personal) con aquellos a quienes admiramos en esta área. Cada uno estamos en diferentes etapas de nuestro viaje, y todos hemos sido ayudados por personas que se encuentran más avanzadas en el camino. A veces, quienes nos han ayudado con sus libros o sus artículos, o con las charlas que han dado, pueden suponer un apoyo mayor si las conocemos personalmente. Una cosa es la información, y otra el respaldo personal; y aquellos que se preocupan más por la justicia y la paz, suelen tener un interés igual de profundo por la integridad informativa y por apoyar a otros personalmente. No tema nunca ponerse en contacto con aquellos que lo han ayudado: Jesús siempre tenía tiempo para la gente, y si no lo tenía lo buscaba. Si aquellos que afirman seguir a Cristo no disponen de tiempo para

preocuparse por otros de un modo personal, porque están demasiado ocupados en la industria de la información, entonces tal vez tengan que recordar, de manera más profunda, al Cristo que es su Señor personal, y cómo él sacaba tiempo de su apretado programa para la gente que venía a verlo.

En séptimo lugar, mientras forcejeamos por entender los diversos niveles del Evangelio, hemos de recordar que estamos en un viaje y que, por tanto, nuestra comprensión se expandirá más cuanto más hondo sondeemos en esta área. Ello significa que deberemos ser conscientes de que nos encontramos en un proceso, de modo que lo que sepamos y hagamos se halle siempre abierto a la corrección. Ahora vemos oscuramente, como por espejo, y a medida que vayamos actuando según lo que sabemos, nuestro conocimiento y nuestra comprensión de las cosas se profundizarán y cambiarán. Siempre debemos tamizar el conocimiento que tenemos por medio de la acción y, cuando lo hagamos, lo esencial pasará, mientras que lo innecesario quedará allí y será desechado. Es indispensable que pongamos en práctica lo que sabemos y que probemos nuestro conocimiento con nuestras acciones; a continuación deberemos verificar la clase de actividad que realizamos con el nuevo conocimiento obtenido. Paulo Freire dice algunas cosas importantes en esta área, y para aquellos que estén interesados en sus ideas de conciencia crítica o «concienciación» cabe señalar que sus libros son fáciles de obtener.

En octavo lugar, la resolución de conflictos es una cuestión importante. Todos los grupos chocan inevitablemente con otras asociaciones que difieren de ellos en métodos u objetivos, y a menudo los miembros de un mismo grupo entrechocan los cuernos. Debemos siempre esforzarnos por recordar que nuestras visiones son finitas, y respetar al otro aunque podamos discrepar de él o de ella. Resulta fácil retirarse a un rincón, negarse a reconocer los errores personales y defenderse ya tenga uno razón o esté equivocado. Para ser verdaderamente portadores de las buenas nuevas, los medios que utilizemos deberán estar en línea con el fin que esperamos obtener. Tenemos que ser siempre sensibles y amables con los demás, aunque discrepemos de ellos. También hemos de estar preparados para reconocer nuestros errores y comprender que podemos aprender mucho de personas con las cuales no estamos de acuerdo. Los conflictos son parte inevitable de la vida, pero la manera en que los resolvamos demostrará la medida de nuestra comprensión de la abundancia del amor reconciliador de Dios.

Cuarenta mil pequeños mueren cada día de hambre o de desnutrición. Hay aproximadamente doce millones de refugiados

en el mundo hoy en día, mayormente mujeres o niños. Al menos ochocientos millones de personas viven en un estado de absoluta pobreza, y se espera que ese número aumente hasta los mil millones para finales de siglo. Aquellos codiciosos de obtener más beneficios están destruyendo el medio ambiente. Entretanto, si el dinero que se gasta alrededor del mundo en la investigación, la producción y el despliegue de armas se destinara a otros fines, podría proporcionar un suministro adecuado de comida, agua, educación, cuidado sanitario y alojamiento para cada individuo sobre la tierra. ¿Qué mensaje tienen las buenas nuevas de Jesucristo para estas realidades y para aquellos que las sustentan y sacan provecho de ellas? Si no tienen ninguno, entonces el evangelio sólo es bueno para una élite privilegiada en nuestro orden feudal planetario. Pero esa clase de gente mató a Cristo en su época, y las cosas no han cambiado desde entonces. Si alguna vez ha de haber renovación, deberemos ser uno en Cristo, tenemos que constituir un pueblo de integridad relacional, que proclame la justicia y la paz en la esfera política; y anunciar a Cristo como el Señor de toda vida, muy conscientes de que tal proclamación nos hará entrar en conflicto con los principados y las potestades.

NOTAS SOBRE LOS COLABORADORES

Ron Dart es en la actualidad Coordinador Nacional de Comunidades Religiosas de Amnistía Internacional en Canadá, y también Oficial de Desarrollo Regional de esa misma organización en la Columbia Británica y el Yukón. A lo largo de los años ha trabajado con diversos grupos ocupados en la relación entre el militarismo y la pobreza. Ha publicado tres libros: *Adam: Rationalism, Romanticism and Propheticism, Contemplation and Politics* y *The Lute and the Anvil*; así como artículos sobre la religión y los derechos humanos. Ron está casado, tiene dos hijos, y vive en Vancouver, Canadá.

Neale Fong se licenció en medicina y cirugía por la Universidad de Australia Occidental. Ha tenido experiencia en el ministerio de la iglesia local como pastor laico de jóvenes, anciano y director de culto. Ha dirigido cultos en campañas de ciudades enteras en Australia y Canadá, llevado a cabo seminarios para directores de culto y dirigido campañas de evangelización rurales en Australia Occidental durante seis años con coros de jóvenes. Ahora está terminando una maestría en estudios teológicos en Regent College y es director de música y predicador laico en la iglesia Holy Trinity Anglican Church en Vancouver. Neale está casado con Peta, cantante cristiana natural de Australia.

Jane Holloway estudió para secretaria y trabajó en investigación bioquímica y en publicaciones antes de incorporarse a la plantilla de la iglesia de St. Aldate, Oxford. Durante sus ocho años allí estuvo haciendo trabajo de secretariado, administración de iglesia, teatro y danza, llevando equipos para realizar campañas y trabajando en la tarea pastoral entre los estudiantes. En 1987 se trasladó a Vancouver para hacerse cargo del puesto de coordinadora del departamento de Campañas y Evangelización en Regent College. Ahora es responsable de la administración y buena parte del adiestramiento de los equipos de campañas que salen de Regent College hacia diversas ciudades y universidades del Canadá. También dirige el grupo de teatro del College y ha enseñado en la

Escuela de Verano de Regent College sobre cómo utilizar las artes en el culto.

Andrew Wingfield Digby es ministro anglicano, educado en Oxford, Inglaterra, donde se destacó como jugador de cricket. Después de servir en dos parroquias, volvió a dicha ciudad como director a tiempo completo de Christians in Sport, un ministerio cristiano dirigido a los deportistas de toda Gran Bretaña, el cual ha crecido enormemente bajo su liderazgo. Ha sido capellán británico en los Juegos Olímpicos, y es un miembro influyente de la Coalición Deportiva Internacional. Él y su esposa Sue, así como su familia, son miembros de la iglesia de St. Aldate, Oxford.

Bibliografía

- Amaya, Ismael, *Teología, Biblia y evangelismo*, Publicaciones de Las Américas, San Diego, 1986.
- Arias, Mortimer, ed., *Evangelización y revolución en América Latina*, Iglesia Metodista en América Latina, Montevideo, 1969.
- Baggett Anthony, Lee, *Utilice su casa para evangelizar*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, 1978.
- Baillie, D. M., *Dios estaba en Cristo*, La Aurora, Buenos Aires, 1960.
- Barbieri, Sante Uberto, *El desafío de la comunicación del evangelio*, Casa Unida de Publicaciones, México, 1979.
- Barclay, William, *Introducción a la Biblia*, Casa Unida de Publicaciones, México, 1987.
- Berger, Peter, *El dosel sagrado*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971.
- Bright, Bill, *¡Revolución inmediata!*, Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, Barcelona, 1973.
- Bruce, F. F., *¿Son fidedignos los documentos del Nuevo Testamento?*, Caribe, San José de Costa Rica, 1957.
- Campbell Morgan, G., *El evangelismo*, CLIE, Terrassa, s/f.
- Coleman, Robert, *Plan supremo de evangelización*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, 1972.
- Colson, Charles, *Nací de nuevo*, Caribe, Miami, 1977.
- Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, constitución dogmática sobre la iglesia, *Documentos del Vaticano II*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1969.
- Cook, Guillermo, *Profundidad en la evangelización*, INDEF, San José de Costa Rica, 1975.
- Costas, Orlando E., *Evangelización contextual: fundamentos teológicos y pastorales*, SEBILA, San José de Costa Rica, 1986.
- Costas, Orlando E. *La iglesia y su misión evangelizadora*, La Aurora, Buenos Aires, 1971.
- Costas, Orlando E., *Liberating News*, Eerdmans, Grand Rapids, 1989, Nueva Creación lo publicará en castellano próximamente.

- Costas, Orlando E., *¿Qué significa evangelizar hoy?*, INDEF, San José de Costa Rica, 1973.
- Dodd, C. H., *El fundador del cristianismo*, Herder, Barcelona, 1984.
- Dodd, C. H., *La predicación apostólica y sus desarrollos*, Fax, Madrid, 1974.
- Evangelismo a Fondo, *Revolución en evangelismo*, Caribe, San José de Costa Rica, 1961.
- Ford, Leighton, *La gran minoría*, Caribe, Miami, 1969.
- Foster, Richard, *Alabanza a la disciplina*, Betania, Puerto Rico, 1986.
- Foster, Richard, *La oración personal*, Certeza ABUA, Buenos Aires, 1993.
- Graham, Billy, *Paz con Dios*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, 1979.
- Graham, Billy, *El Espíritu Santo*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, 1980.
- Green, Michael, *Creo en el Espíritu Santo*, Caribe, Miami, 1977.
- Green, Michael, *Jesucristo vive hoy*, Certeza, Buenos Aires, 1976.
- Green, Michael, *La evangelización en la iglesia primitiva*, Certeza, Buenos Aires, 1979.
- Greenway, Rogelio, *Una estrategia urbana para evangelizar América Latina*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, 1977.
- Hallesby, O., *La oración cristiana*, Casa Unida de Publicaciones, México, 1955.
- Hans, Jr., Billie, *Evangelización todos los días*, Caribe, Miami, 1994.
- Harrower, Juan, *Evangelización personal*, Certeza-Abua, Buenos Aires, 1988.
- Kennedy, James, *Explosión de evangelismo*, Evangelismo Explosivo, Buenos Aires, 3a. ed., 1992.
- Küng, Hans, *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid, 1978.
- Ladd, George Eldon, *Creo en la resurrección de Jesús*, Caribe, Miami, 1977.
- León, Jorge, *La comunicación del evangelio en el mundo actual*, Pleroma/Caribe, Buenos Aires/Miami, 1974.
- Lewis, C. S., *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid, 1988.
- Lewis, C. S., *Cartas a un diablo novato*, Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, 1976.
- Lewis, C. S., *Mero cristianismo*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.
- Lewis, C. S., *Los milagros*, Encuentro, Madrid.
- Lewis, C. S., *Una pena observada*, Andrés Bello, Santiago de Chile,

- Lewis, C. S., *El problema del sufrimiento*, Centro de Publicaciones Cristianas, San José, 1966.
- Little, Paul, *Cómo compartir su fe*, Casa Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, 1978.
- Little, Paul, *La razón de nuestra fe*, Ed. Las Américas, Puebla, 1973.
- Lum, Ada, *Encuentros bíblicos*, Certeza, Buenos Aires, 1972.
- McDowell, Josh, *Evidencia que exige un veredicto*, Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, Cuernavaca, 1973.
- Moltmann, Jürgen, *El Dios crucificado*, Sígueme, Salamanca, 1975.
- Moltmann, Jürgen, *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca, 1969.
- Morrison, Frank, *¿Quién movió la piedra?*, Caribe, Miami, 1977.
- Mraida, Carlos, *La iglesia en las casas*, Asociación Baustista Argentina de Publicaciones, Buenos Aires, 1988.
- Packer, J. I., *Hacia el conocimiento de Dios*, Logoi, Miami, 1979.
- Pippert, Rebecca M., *Fuera del salero*, Certeza-abua, Buenos Aires, 1989.
- Roberts, W. Dayton, *Los auténticos revolucionarios*, Caribe, San José, 1969.
- Schaeffer, Francis A., *Huyendo de la razón*, Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1969.
- Spurgeon, Charles, *Discurso a mis estudiantes*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, 1950.
- Spurgeon, Charles, *Ganador de hombres*, The Banner of Truth, Lima, 1972.
- Stibbs, Alan E., *Escudriñad las Escrituras*, 3 vols., Caribe, Miami, 1973.
- Stott, John R. W., *La fe cristiana frente a los desafíos contemporáneos*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1991.
- Stott, John R. W., *Cómo llegar a ser cristiano*, Certeza ABUA, Buenos Aires, 1993.
- Stott, John R. W., *Creer es también pensar*, Certeza, Buenos Aires, 1974.
- Stott, John R. W., *La misión cristiana hoy*, Certeza, Buenos Aires, 1990.
- Stott, John R. W., M. Lloyd Jones, et al., *La evangelización y la Biblia*, Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1969.
- Strachan, Kenneth, *Desafío a la evangelización*, Logos, Buenos Aires, 1970.
- Strachan, Kenneth, *El llamado ineludible*, Caribe, San José, 1969.
- Toffler, Alvin, *El shock del futuro*, Plaza & Janés, Madrid, 1995.

- Velazco, Juan Martín, *Increencia y evangelización: del diálogo al testimonio*, Sal Terrae, Santander, 1988.
- Walker, Luisa J. de, *Evangelismo dinámico*, Vida, Deerfield, 1984.
- Warren, Max, *Creo en la Gran Comisión*, Caribe, Miami, 1978.
- Watson, David, *Creo en la evangelización*, Caribe, Miami, 1978.
- White, John, *Cuando el Espíritu llega con poder*, Certeza abua, Buenos Aires, 1995.
- White, John, *La lucha*, Certeza, Buenos Aires, 1986.
- White, John, *Oración: un diálogo que cambia vidas*, Certeza, Buenos Aires, 1994.
- White, John, H. Burki y R. Halverson, *¿Evangelización o lavado cerebral?*, Certeza, Buenos Aires, 1973.
- Yoder, John Howard, *El ministerio de todos*, Semilla/Clara, Guatemala/Colombia, 1995.
- Yonggi Cho, Paul, *Los grupos familiares y el crecimiento de la iglesia*, Vida, Miami, 1982.